A. M. Weiss



APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

A.M.Weiss

APOLOGIA
DEL
CRISTIANISMO

TOMO I

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

R. P. ALBERTO MARÍA WEISS

del Orden de Predicadores

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO

IX

QUINTA PARTE

FILOSOFÍA DE LA PERFECCIÓN

DOCTRINA DE LA MÁS ELEVADA EMPRESA MORAL DEL HOMBRE

I

TRADUCCIÓN DE LA ÚLTIMA EDICIÓN ALEMANA

POR EL

Dr. D. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro.

Catedrático de Apologética y de Elocuencia Sagrada
en la Universidad Pontificia Compostelana

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

BARCELONA
Herederos de JUAN GILI
EDITORES
581, Cortes, 581
MCMVI

MÉXICO
Herrero Hermanos, Sucs.
LIBRERÍA RELIGIOSA
Plaza de la Concepción, n.º 2
MCMVI

TIPOGRAFÍA DE LOS EDITORES, BARCELONA

INTRODUCCIÓN

1. Ministerio y suerte del profeta.—«Y gritó como león: Yo estoy de centinela de parte del Señor:—dice el Profeta—de día permanezco aquí continuamente, y estoy pasando en mi puesto las noches enteras». (1) «Porque el Señor me ha dicho: Hijo del hombre, yo te he puesto por centinela; ve á los hijos de Israel, y de mi boca oirás mis palabras, y se las anunciarás á ellos de mi parte». (2) «Yo estaré alerta *entre tanto*, haciendo mi centinela, y estaré firme sobre el muro, para ver lo que se me dirá. Pero siempre se cumplirá una sola palabra: una piedra de escándalo, un hombre de contradicción para todo el mundo». (3) «Y si pregunto qué debo responder al que me reprenda, entonces el Señor me dice: Escribe la visión y nótala en las tablillas para que se pueda leer corrientemente. Porque la visión es cosa todavía lejana; más ella al fin se cumplirá, y no saldrá fallida. Si tardare, espérala; que el que ha de venir, vendrá, y no tardará. Mira que el que es incrédulo no tiene dentro de sí un alma justa. El justo, pues, en su fe vivirá». (4)

Tal es el ministerio del profeta, y tal su destino.

Ciertamente, es sublime ministerio ser centinela del Señor; pero es ministerio nada agradable, y toda persona prudente cuidará bien de no usurparlo. Al presente, todo es motivo de aflicción para el profeta. ¿Recibe del Señor encargo de vituperar? Atráese malquerencia y contradic-

(1) Is., XXI, 8.
(2) Ezech., III, 17, 4; XXXIII, 7.
(3) Is., VIII, 14. Jr., XV, 10.
(4) Hab., II, 1 y sig.

ción. ¿Glorifica un pasado mejor que ya no existe? ¿Sueña con tiempos venideros, en los cuales el pueblo de Dios será un pueblo santo? Sarcasmo y burla recoge. ¿De qué tiempos, de qué gentes propónese hablar? Parece moverse en medio de los aires; permite que su imaginación intime con cosas que no son para este mundo. ¿Quién sabe si las exageraciones de mal entendida piedad no le han trastornado de tal suerte la cabeza, que no resulta responsable de sus actos?

Nada extraño, pues, que el hombre de Dios se duela en estos términos: «La palabra del Señor hízose para mí objeto de oprobio y burla durante el día entero». (1)

Pero por más que piense y diga: «Señor mi Dios, no puedo hablar; no soy sino un niño; (2) no soy profeta, ni hijo de profeta; (3) no nombraré al Señor, no volveré á hablar en su nombre». (4)

Es inútil. La respuesta siempre es esta: «Vete y habla como profeta á mi pueblo de Israel; (5) no digas: soy un niño, pues irás por do quiera que te envíe, y dirás lo que te mande decir». (6)

¡Amarga suerte, y, no obstante, digna de ser envidiada!

Entre todos los profetas cuyas palabras acabamos de citar, es Jeremías único en su género. Otros fueron apedreados, y después, seguidamente, honrados con soberbios monumentos. Á él, persiguiósele durante su vida, y por más de que haya mucho tiempo que ha alcanzado el ser glorificado, aun hoy día su nombre es objeto de burlas entre las almas pequeñas, para quienes su palabra es sobrado elevada y demasiado dura. He ahí lo que ganó con ser «puesto á manera de fuerte ciudad, como férrea columna y muro de bronce», (7) para defender la verdad y el honor de Dios.

(1) Jer., XX, 8.—(2) Jer., I, 6.
(3) Amos, VII, 14.
(4) Jer., XX, 9.
(5) Amos, VII, 15.
(6) Jer., I, 7.
(7) Jer., I, 18.

2. Labor completa del apologista.—Los profetas murieron; más el profetismo continúa, y no desaparecerá en tanto que haya una Iglesia de Dios. (1) Si no tiene, como antes de ahora, la misión de hacer saber á los hombres la divina voluntad, quédale siempre la tarea de ordenar las costumbres de los cristianos. (2)

Por eso la Iglesia no cesa, aun cuando participa siempre de la suerte de los profetas, de predicar como ellos la penitencia y la piedad.

Es igualmente un terreno en el cual no debe dudar el apologista un solo instante defenderla, una labor en la cual debe sostenerla. Á un mundo que se mofa de Dios y de la inmortalidad, que alaba la usura y la inmoralidad, que no reconoce, digámoslo así, más que la religión de Mammón y de la comodidad, necesario es en gran manera hacerle ver claramente, que, por encima del término de sus aspiraciones, dase un fin todavía mucho más alto, que aun hoy día es un deber el aspirar á la perfección y á la santidad, que de todas las obligaciones que reclaman las necesidades de la época, la más imperiosa está en resucitar la ciencia y el arte de los santos.

Por extraña que pueda parecer esta frase, eso no nos impide que la digamos con tono firme y resuelto. Lo que en esta época parece más extraño, es precisamente aquello de que más necesita; y lo que parece no serle grato, es ordinariamente lo que más falta le hace.

Pues bien, rara vez se dió época en que más necesario fuese decir que el pecado sigue siendo pecado, y que el ser santos es para nosotros tan apremiante deber como lo fué para nuestros padres.

¿Á quién somos deudores de esa necesidad? Al mundo y á nosotros mismos. Á causa de sobrado exageradas contemplaciones con los sensibles oídos del primero, pasó tanto tiempo sin que se hablase de perfección y de santidad,

(1) Chrysost., I Cor., *hom.*, 32, 1. Gregor. Mag., *Mor.*, 1, 50. Bellarmin., *De Eccl.*, 4, 15. Gravina, *Lapis Lyd.*, p. 1, l. 1, c. 2. Schram, *Theol. Myst.*. § 555.
(2) Thomas, 2, 2, q. 174, a. 6, ad 3.

que sólo estos nombres nos asustan, y que es cosa de preguntar cómo es dado tratar de semejantes materias en una obra destinada á defender la vida cristiana. Por otra parte, ¿no hemos vivido sobrado largo tiempo en la ilusión de que, para cumplir enteramente nuestra tarea, bastaba con evitar las más graves infracciones de los preceptos divinos, y con satisfacer las exigencias más indispensables de su ley?

Desde el punto de vista práctico, hallámonos manifiestamente dominados por la funesta tendencia que por tanto tiempo rigió las almas desde el punto de vista teórico.

En época todavía no muy distante de la nuestra, creíase que la única labor del apologista consistía en demostrar que á nosotros, cristianos, el Hijo de Dios nos había enseñado muy pocas cosas fuera de las verdades descubiertas por el filósofo razonable, y de la moral practicada por el pagano honrado.

Tal era igualmente la creencia de muchos minimistas. Suprimir del Cristianismo cuanto es posible restarle; reducir al silencio cuanto es posible hacer que calle en él, después aceptarlo de esa suerte aminorado, mutilado, despojado de su aderezo, era según ellos, excelente medio para acomodarlo á los gustos de la época.

Difícil sería encontrar mayor envilecimiento de la encarnación de Jesucristo, por no decir más patente prueba de que Dios hubiera podido ahorrarse el trabajo de fundar una religión, y, por consiguiente, que no pudo fundar una especial.

La venida de Jesucristo como maestro no era oportuna, de no enseñar verdades y no dar leyes que excedieran en mucho lo que en nosotros poseemos. Y su religión no tiene derecho á la existencia, ni tiene objeto, como no exija de nosotros, no solamente lo que la filosofía y las demás religiones piden, sino algo más elevado, superior á las exigencias de la vida ordinaria.

El mundo no debe, pues, admirarse de que hagamos resaltar, con toda la fuerza de que somos capaces, el aspecto sobrenatural del Cristianismo. Por el contrario, verá que es el único medio de atraerle la atención y el respeto. [1]

3. La doctrina referente á la perfección es parte esencial de la apologética.—Resulta, pues, de esto que una apología del Cristianismo, en cuanto es espíritu y vida, en manera alguna debe evitar el exponer la doctrina de la perfección.

Y eso por doble motivo.

Primeramente, porque, según lo que acabamos de manifestar, fuera desmochar el árbol de la vida cristiana, y sustraerle la médula, si se pretendiese hacer abstracción de ese asunto.

Además, porque no se haría suficientemente notar que el deber de aspirar á la perfección y á la santidad, no es cosa tan extraordinaria como se cree, por desgracia, con sobrada frecuencia.

No hay dos morales. No se da sino una sola ley que obliga á todos sin excepción á observarla de manera tan perfecta cuanto es posible. Quien cumple el menor de sus preceptos con toda la fidelidad de que es capaz, no debe mirar desdeñosamente al principiante que ensaya sus primeros pasos por ese camino para él nuevo. Ambos van por la misma vía.

La perfección no es algo accesorio, que acompañe ó exceda á los demás deberes del hombre y del cristiano. Tampoco es una obligación especial, sino únicamente el esfuerzo hecho para llenar de la manera más formal, y en la más amplia medida, todas las obligaciones que el hombre está precisado á cumplir en este mundo: deberes de su estado, deberes como hombre, como ciudadano y como cristiano, práctica de la justicia y de la caridad, de la

(1) Hay, entre los modernos, el empeño ridículo de establecer la moral evangélica, prescindiendo del Dogma; tanto vale querer levantar maravillosa fábrica, sin cimientos que la sostengan. No se da piedad sólida sin fundamento dogmático; por eso son tan dignas de leerse las profundas obras de Monseñor Gay y los doctos y hermosos libros del Abate Sauvé.—Nota del Traductor.

virtud y de la religión naturales y sobrenaturales. [1]

En el fondo, el fin de la perfección es cuanto hay de más sencillo y accesible.

Aun cuando no comprendiese,—y esto ante todo,—la virtud sobrenatural, nos atreveríamos á decir que la obligación de conseguirla es el deber más natural de cada uno. De todos modos, consiste en el resumen breve de todos los deberes. Formar un hombre completo, un perfecto cristiano, una naturaleza completa; unir íntimamente lo natural con lo sobrenatural, verdadero y completo, he ahí lo que pretende, ni más ni menos.

Si la perfección pide que hagamos la guerra á toda mediocridad y á toda inconsecuencia; si pide que exterminemos la desventurada tendencia de nuestro corazón, en virtud de la cual nos dejamos tan de buen grado ir á las cosas como se nos presentan, en satisfacernos con las apariencias y con el primer resultado obtenido; si reclama imperiosamente de nosotros la acción y la perseverancia en esa acción, hasta que el objeto á nosotros por ella propuesto se haya alcanzado, ¿qué exige entonces que no se halle de acuerdo con los datos de la razón y las aspiraciones de la voluntad? ¿Quién podría citar cosa por él más estimada, que más ardientemente desee poseer, y cuya privación se perdone menos á sí mismo?

Refiérese que San Felipe Neri manifestó cierto día que consideraba la sinceridad y la honradez, ó la rectitud en el pensar, en la palabra y en la acción, como base y cumbre de toda virtud. No hemos hallado en sus obras pasaje que refiera esas palabras; pero, sean ó no suyas, quien se las atribuye dijo siempre la verdad.

En efecto, la perfección no es otra cosa que la formalidad, la verdad, la sinceridad, la lógica en todo cuanto es deber del hombre y del cristiano.

(1) Sobre el recto sentido que debe darse á la idea de perfección es necesario grandísima prudencia. Este punto puede verse hermosamente tratado en la Filotea de San Francisco de Sales, y en el opúsculo destinado á las personas escrupulosas, por Cuadrupani.—N. del T.

¿No es legitimar por adelantado el lugar que la perfección cristiana debe ocupar en una apología del Cristianismo? ¿Qué asuntos fuera dado tratar bien en ella si este se omitiera?

4. Imposibilidad de separar del Cristianismo la perfección.—Renunciar á la perfección, atacarla, del propio modo que á los medios que permiten lograrla, es, pues, un intento de homicidio cometido contra la religión, el Cristianismo y la Iglesia.

No hay duda que esta verdad es dura; mas poco importa. Necesario es decirla muy alto. Pues, de una parte, el Cristianismo perdió algo de su influencia en el mundo, y de otra, búscase por todas partes la causa de esa pérdida, menos en donde realmente está.

Actualmente, sepárase todo del Cristianismo: el Estado, la ciencia y la escuela. Abrumado bajo el peso de la convicción de que no es una Iglesia, el protestantismo llegó hasta sostener que la Iglesia y la religión son cosas enteramente diversas. [1] Solamente faltaba separar la religión de la virtud. Pues bien, el Protestantismo ha igualmente abierto el camino en tal sentido, y el racionalismo demostró que era digno hijo suyo. Ambos no hicieron más que colocar minas por diversos lados. Si el primero enseñó que la fe sola lo es todo, que las obras más bien dañan que aprovechan, el otro ha proclamado que sólo la honradez basta, y que el hombre sensato no se cuida ni de la fe ni de la religión.

Huelga decir que equivale á herir en el corazón al Cristianismo, si no se le deja siquiera la honradez de la vida y la justicia.

¿Pero no se puede ser cristiano, sin que por eso se haga necesario entusiasmarse por la santidad y ser un santo? ¿Acaso es dar muerte al Cristianismo por el hecho mismo de sustraerle algunos medios propios para favorecer la perfección entre algunas personas?

(1) Desgraciadamente no sólo el Protestantismo; V. Weiss, *Die religiöse Gefarh*, (3), 312.

Tales son, por lo regular, las razones con que se justifican nuestros ministros del culto y nuestros políticos de iglesia, cuando se les echa en cara que se oponen á la circulación de la vida cristiana. «Lejos de nosotros—dicen—el pensamiento de querer mal á la religión. ¿Carecemos de la suficiente perspicacia para comprender la locura que comete el racionalismo, queriendo separar la religión de la moral? Para decirlo con franqueza, la única razón que tenemos para sostener la religión está en que el pueblo paga más cumplidamente los impuestos, y no estorba la marcha de la máquina del Estado, valiéndose del petróleo y de la dinamita, si en su corazón guarda sentimientos religiosos. Únicamente no conviene dejarle saborear el gozo que en esa religión encuentra, ni permitirle que tenga sentimientos sobrado elevados tocante á su calidad de cristiano. Tórtola domesticada, cuyas necesidades vense satisfechas cuando recibe diariamente su alimento en la jaula, y que llega al colmo del bienestar, cuando su dueño de vez en cuando la acaricia con sus rudas manos, he ahí nuestro ideal tratándose de la Iglesia. Mas no nos fuera conveniente un pichón fugitivo, al que se le ocurriese lanzarse del arca del Estado á las alturas vertiginosas del cielo. Ó bien, en tal caso, habría necesidad de tomar oportunamente precauciones para que tal no sucediese, cortarle las alas, arrancarle plumas en suficiente cantidad para detener su ímpetu, sin dañarle, no obstante, demasiado. Únicamente en este caso,—por lo menos según nuestras ideas—resultaría un animal doméstico á propósito para alcanzar el fin que nos proponemos. Procediendo de esta suerte, ¿qué se le quita que le sea esencial? Lo mismo acontece con el Cristianismo. ¿Por ventura se le causa la muerte con suprimir todas las excrecencias inútiles que hicieron asiento en su cuerpo? ¿Para qué sirve esa multitud de Órdenes religiosas? ¿Acaso la religión tiene que ver algo con los retiros, peregrinaciones y misiones? ¿Y los santos? ¿Hácennos falta? Lo que queremos son ciudadanos pacíficos, cristianos modestos, que no tengan

pretensiones sobrado elevadas en cuanto á los bienes temporales y á las satisfacciones de su piedad. Por eso disponemos nuestras leyes, y toda la educación del pueblo, de tal suerte que no sienta el cristiano demasiada necesidad del confesonario, de sacristía y de altar. Además, mejor quisiéramos que no se hablara de nada de eso».

Confesémoslo; es este un lenguaje que no podemos aprobar en esos hombres de Estado.

Con todo, hallamos siempre en nuestras propias filas gente impregnada de laicismo, fanfarrones ó cobardes cortesanos que dicen *sí* y *amen* á todo, personas que, con pena lo decimos, se olvidan hasta el punto de animar con sus consejos y con su apoyo á los representantes de esa causa, y eso en nombre de la teología, del derecho canónico y aun de la disciplina eclesiástica.

Si, por otra parte, consideramos la flojedad que damos á nuestras contestaciones, el aprieto en que tales propósitos nos ponen, las reticencias á que dan margen, ¿con qué derecho entonces nos atreveríamos á censurarles? «Sí,—dicen—es cierto, la fe cristiana puede muy bien existir sin Órdenes religiosas, sin escolástica, sin mística y sin todas esas devociones pueriles que la invaden. No hay duda de que las cosas extraordinarias son un ornamento para la Iglesia; prestan á la religión cierto aroma poético, y á la piedad un impulso del cual muchos no acertarían á prescindir de buena gana. Pero no se requieren en manera alguna para su existencia. Puede vivir perfectamente, suponiendo que el Estado se contente con proveer de maestros á las cátedras, de curas á las parroquias, y con pagar con exactitud los haberes de unos y otros. No hay duda de que no se da inconveniente alguno en pedir de vez en cuando el concurso de algunos religiosos, pero, generalmente, conviene observar en ese punto prudente reserva, sobre todo cuando son demasiadamente inquietos. Son gente que no se amoldan jamás por entero á las miras de la administración, y que turban fácilmente la marcha regular de las cancillerías. Por otra parte, no tienen conocimiento algu-

no de la vida real. Hállanse en contradicción completa con las exigencias de la época, y su sola presencia torna imposible toda avenencia con el mundo. Que sea bastante numeroso el reclutamiento del clero secular, y se pasará muy bien sin ellos».

5. Hacer separación entre el Cristianismo y lo sobrenatural y la perfección, equivale á dirigir un ataque contra su vida.—Como respuesta á esas doctrinas, basta con recordar la situación de la Iglesia en los países y en las épocas en que han sido aplicadas. Y tal vez conviene hacer notar á quienes así piensan y se expresan, qué ayes dan antes que nadie respecto de la supuesta esterilidad de nuestros esfuerzos. «¿Quién nos dará sabios superiores al mundo, hombres que le obliguen á contar con ellos y á respetarlos?—exclaman—¿En dónde buscar los sacerdotes que nos hacen falta para servicio de la Iglesia? Tenemos universidades, seminarios, fundaciones, pensiones; ¿por qué alcanzamos tan medianos resultados? ¿De dónde, pues, procede el mal? ¡Ay! no debe buscarse en otra parte sino en los gustos materialistas de nuestra época».

Así terminan invariablemente sus desesperadas quejas. (1)

¡Si esos nuevos Jeremías pudieran llevar algo más adelante el pensamiento que ahora mismo acabamos de manifestar!

¿Por ventura el mundo no fué siempre mundo? ¿Por qué la acción de los sacerdotes, de los predicadores, de los escritores eclesiásticos y de los doctores ejerció antes de ahora mayor influencia sobre él? Actualmente los establecimientos de enseñanza para el clero, y los sacerdotes empleados en su ministerio son mucho más numerosos de lo que fueron en ciertas épocas. Tenemos sabios, maestros escritores y revistas en gran número. En las ciudades hállase constantemente numeroso clero. Hace verdaderamente cuanto puede; predica mucho, casi demasiado; predica sabiamente, en ocasiones demasiado también. La suntuosidad no falta ni en los templos ni en las ceremonias

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 344 y sig.

del culto. No obstante, con dolor experimentamos que todo eso no basta.

¿En qué consiste? Pueden señalarse varias causas, que no proceden de nosotros y que no nos es dado suprimir. Pero dase una que ciertamente no es la menos importante, y de la cual difícilmente podríamos disculparnos. Consiste en que, á manera de sabios de gabinete, y aun á semiracionalistas, esperamos el triunfo de nuestra causa únicamente de un progreso en la ciencia y de medios exteriores enteramente profanos, por no decir de la inevitable fuerza de las cosas.

La ciencia, la participación en mayor grado en la vida pública, la actividad social política, los viajes, el roce con la vida ordinaria, he ahí las únicas frases que aparecen constantemente en nuestros labios.

Con eso, perdemos precisamente de vista lo que sirve para dar vida y fuerza á nuestra actividad. No es la ciencia lo que nos falta, ni tampoco la actividad. Necesario es penetrar más hondo para dar con el mal.

No se puede hacer notar lo bastante que la condición primera de todo progreso es la regularidad, así en la propia vida interior como en la actividad exterior. Mas necesario es hacer notar con igual insistencia, que lo ordinario tórnase forzosamente rutina ó servidumbre desagradable, ó bien lleva á malsanas singularidades, si lo extraordinario no viene en su ayuda, y si la actividad exterior no se ve enfervorizada por el fuego interior.

Desde que el entusiasmo del pueblo cristiano no va dirigido hacia el esfuerzo para llegar á la piedad y á la virtud sólida, sino al enfermizo temor del demonio, y hacia el deseo no menos enfermizo de revelaciones y de apariciones; desde que intentamos persuadirnos de que se debe dejar á los demás el cuidado de orar, porque nosotros tenemos mucho más que hacer; desde que los conventos no son ya, propiamente hablando, semilleros de santidad para la cristiandad entera, sino que vegetan miserablemente, y solamente se les tolera como especie de cuarteles

auxiliares y como puestos de bomberos, desde entonces, dado es afirmar que nuestra labor no es bendita. Además, diríase que nuestra actividad, no obstante las buenas intenciones de que parece hallarse animada, no es capaz de santificarnos. En vez de hacer de nosotros hombres interiores, de tal suerte nos arrastra hacia lo exterior, y hasta tal punto nos torna laicos, que casi comprendemos esa consigna que por doquiera óyese resonar: «¡Fuera de la sacristía!», como si no nos fuera dado hacer bien en ella. (1)

Sin embargo, ¿quién podría disimularse que los pastores ordinarios de las almas no bastan para satisfacer las necesidades extraordinarias de la época? ¿que para volver las masas á la fe, á la moral, á la sobriedad, á la moderación, á la obediencia y á la religión, requiérese no solamente una cruzada de misiones y de ejercicios espirituales, una actividad continua en la prensa, en el púlpito y en el confesonario, sino ante todo el ejemplo estimulante de los santos? ¿Quién, pues, no ve que se hace imposible remediar los males de la sociedad sin un ejército volante de voluntarios bien preparados, bien penetrados del espíritu apostólico? ¿Quién, pues, duda que el número de vocaciones eclesiásticas no se acrecerá nunca en tanto que el espíritu de las masas no mejore, y que los mismos pastores tienen necesidad tanto mayor de una formación especial y de cuidados espirituales particulares, cuanto que más numerosas y abrumadoras son las obligaciones que sobre ellos pesan?

¡Y se cree que es dado atender á todas esas necesidades mediante palabras muertas referentes á la ciencia, á la actividad social, á la necesidad de un trato más inmediato con el mundo y de una armonía más íntima con las ideas de la época!

¡Y se teme que el clero pierda fuerzas, si los conventos volvieran nuevamente á llenarse y renovasen en el pueblo

(1) Es necesario tomar en buen sentido la frase: «¡Fuera de la sacristía!» Lo prudente es, dentro y fuera: dentro, para sostener el fuego interior de la caridad y de la vida del espíritu; fuera, para combatir el mal y deshacer el error.—N. del T.

cristiano el espíritu de mortificación, de piedad y de perfección! ¡Y mírase como un hecho de escasa importancia la desaparición de la influencia ejercida en otro tiempo por las Órdenes religiosas, bajo el pretexto de que borraría más aún de lo que está la de las universidades, y de que el clero secular muy pronto acabaría por verse despojado enteramente de su autoridad!

La causa de ese mal no es difícil de encontrar.

Hanse tomado las cosas demasiado estrictamente á la letra, cuando se ha tratado de delimitar lo que hay de esencial y de accesorio en el Cristianismo. Por último, apenas hánsele dejado plumas al pichón. En fuerza de sacarle lo que parecía superfluo, hásele, digámoslo así, sustraído la médula de los huesos. Sabiendo bien lo que querían los enemigos de la Iglesia, dieron el tono, bajo el pretexto de hacer Cristianismo más conforme con los tiempos y de facilitar su triunfo, y con frecuencia los defensores legítimos de la verdad han seguido su ejemplo, sin darse cuenta de las consecuencias que, no obstante, á nadie se ocultaban.

La Iglesia no es, sin embargo, un árbol corriente. Á éste, puédele el jardinero suprimirle una rama, y después otra sin causarle daño, bien que, no obstante, acabe por hacerle morir, cuando hace labor de carpintero. Pero si á un cuerpo se le quita, del propio modo que á la Iglesia de Dios, un miembro, aun el más insignificante, ¿qué sucede entonces? Ese cuerpo resulta mutilado y todos los demás miembros padecen. Aun cuando ese miembro no fuera indispensable á la Iglesia, y aunque sin él pudiera perfectamente seguir viviendo, no es menos cierto que se le abrieron violentamente las venas, y que se le sacó una parte de su savia. Mas cuando se trata de ver qué cantidad de sangre es dado sustraer á un organismo tan noble, sin hacerlo perecer enteramente, entonces todo se acabó para él.

Pues bien, tal es verdaderamente el proceder de aquellos que, con aire de benevolencia, aseguran constantemente que no se les ocurriría atentar á la vida de la Igle-

sia. Hace más de un siglo que andan probando cada día qué número de sangrías puede todavía soportar. Y en eso proceden no como quirúrgicos, sino como leñadores, mozos de matadero ó carniceros judíos. De igual modo que se derriban los árboles en el bosque, así, empuñada el hacha, golpean con redoblados golpes todas las doctrinas, todas las instituciones del Cristianismo [1] que molestan el espíritu de la época, y así han derramado como agua la sangre de Jerusalén. [2]

En tales condiciones, no es de extrañar que las cosas hayan llegado al punto en que se encuentran. Ciertamente, no han podido dar muerte á la Iglesia, pues que el Señor cuida de que su palabra no sea tratada de falsedad, pero su vigor ha venido á menos, su calor se enfrió y sus colores hanse tornado pálidos.

6. Relación entre lo sobrenatural y la perfección. —¿Y nosotros? Allí estábamos y mirábamos, primeramente, ansiosos, después, en seguida, tranquilos, diciéndonos: «¡Ved qué madre tenemos! Posee una fuerza de resistencia verdaderamente increíble. Si es capaz de resistir tales acometidas, soportará bien otras. ¡Qué vida indestructible, qué pujanza maravillosa posee! Vedla despojada de su celestial vestidura, mutilada en todos sus miembros, teniendo apenas con qué cubrirse y no morir de hambre. Á pesar de eso, mantiénese siempre viva y activa. ¿Qué más necesita? ¡Á qué exponernos acudiendo en su ayuda, puesto que le es dado perfectamenre arreglarse ella sola!»

Así es como el último resto de fe en lo sobrenatural, por débil que fuese, debía suministrar vergonzoso pretexto á nuestra pereza y á nuestra cobardía. Para ahorrarnos las molestias de la lucha, hémonos también acordado de la doctrina de la divinidad de la Iglesia y del poder de la gracia. Pero, aparte de eso, lo sobrenatural hízosenos extraño, por no decir sospechoso y molesto.

Sí, á no dudarlo, las principales causas de la frialdad espiritual, y de la parálisis de que estos últimos tiempos

(1) Psal., LXXIII, 5, 6.—(2) Psal., LXXVIII, 3.

han sido testigos, son la falta de inteligencia tocante á lo sobrenatural, y la indiferencia respecto de la santidad.

Quien dé una ojeada á las obras teológicas que se han publicado en la Iglesia de más de un siglo acá, no puede salir de su asombro, notando que, no solamente toda concepción profunda de la enseñanza de lo sobrenatural anda allí ausente, sino hasta su idea misma. Parecería que no se haya querido pensar en ello. Rivalízase en celo con el racionalismo para hacer de la Iglesia uno de esos templos claros, uniformemente blanqueados en su interior, y vacíos de todos los pretensos adornos de los antiguos tiempos bárbaros. [1]

Y si tal era la teoría, tal era la práctica. Al Cristianismo, emancipado cuanto es posible de las doctrinas de la fe, y fundado casi únicamente sobre la razón, debían responder el silencio y la modestia en la vida de la Iglesia. Para que el mundo no sintiera horror alguno súbito al solo nombre de Cristianismo, volvióse éste á manera de guante, de tal suerte que el cristiano resultase dentro y el ciudadano fuera. Éste último resultaba entonces un ser excesivamente pacífico, que se proporcionaba la existencia tan grata cuanto era posible, y en quien nadie adivinaba que en él viviera un cristiano como en un hospital un enfermo. Abríanse efectivamente tan de raro en raro y por tan breve tiempo las ventanas á ese cristiano enfermizo, para darle aire y luz, que bien pronto mejor pareció un moribundo que criatura viva. [2]

En estos revueltos tiempos, la vida pública de la Iglesia, si todavía se permite esta frase, respondía por entero á la conducta individual de sus miembros. Los sacerdotes penetraban disfrazados en los aposentos de los moribundos,

(1) Dicho sea con todo el respeto debido al autor, parécenos muy exagerada su manera de ver; y la prueba mejor, son los hechos; yo ruego á cualquiera, que registre los trabajos del P. Monsabré, los profundos y numerosos libros de Monseñor Gay; la copiosa y brillante labor del Abate Sauvé, las incomparables obras del P. Faber, los sólidos libros del P. Blot, y luego diga lo que siente.—N. del T.

(2) Tampoco aquí parece hallarse en lo exacto el respetable P. Weiss; si hay gentes de escaso fervor, las hay también, ¡y cuántas! de sólidas y cristianas virtudes.—N. del T.

llevando el Santísimo Sacramento escondido. Ninguna procesión se atrevía á desplegarse á la luz del sol. Como canto, en los templos, no se toleraba otra música que la de ópera; las melodías sagradas habían cesado. Los confesonarios habíanse cubierto de polvo, los goznes de las puertas de los tabernáculos estaban oxidados y apagadas las lámparas del santuario. Aquello ofrecía mayor tristeza que si el interdicto pesara sobre un territorio. Todos gimieron entonces; pero, en las presentes circunstancias, hallábanse satisfechos, porque—decían—la luz comenzaba á penetrar en los entendimientos.

¡Pues bien! gracias á Dios, esos tiempos han cambiado. Lo sobrenatural ha traspasado esas nubes de plomo, y como onda bienhechora, derramó el frescor y la vida sobre la tierra entumecida.

La Iglesia despojóse de sus vestidos de luto; sacudió el polvo que los cubría; rompió las cadenas que pesaban sobre sus espaldas; recobró su espléndido ropaje de otros tiempos; hízose nuevamente corona magnífica en las manos del Señor, diadema real de Dios. [1] No es la abandonada de otros tiempos, pues sobre sus techos mantiénense día y noche guardianes, que no cesan de proclamar la doctrina de lo sobrenatural, [2] como en los pasados días de su prosperidad.

La vida de los cristianos ha sufrido igualmente saludable transformación. Los templos llénanse de nuevo; recíbense los sacramentos, y es dado afirmar por doquiera mejores aspiraciones. Es ese un hecho que únicamente groseros ó agriados espíritus podrían negar. Si comparamos nuestros días con los pasados, no podemos menos de decir con ánimo conmovido, y levantando agradecidamente los ojos á Dios: «Es un consuelo vivir en estos tiempos. Dios borró de nuestra frente la vergüenza que nos habíamos atraído, destruyendo con loca demencia su obra, lo sobrenatural. Hala Él como resucitado, y, por el hecho mismo, nos ha dado la vida».

(1) Is., LII, 1 y sig.; LXII, 3.—(2) Is., LXII, 4, 6.

7. La restauración de lo sobrenatural y los esfuerzos para lograr la perfección distan todavía del punto en que debieran hallarse.—Pero confesémoslo, todavía estamos muy lejos de haber resuelto la tarea que Dios puso ante nosotros, mediante la renovación milagrosa de nuestra época, es decir el restablecer á lo sobrenatural en todos sus derechos.

Quien se negare á admitir esto, ó se escandalizare al ver que otros lo hacían, se hallaría manifiestamente muy lejos de comprender lo que de nosotros lo sobrenatural exige.

Con todo, no podemos creer que la gracia de Dios, que se manifiesta de tan evidente modo, en el movimiento de nuestra época, ofrezca dudas á nadie tocante á ese punto, de la justa inteligencia del cual depende la esperanza de un porvenir más dichoso.

Si, pues, hay quienes se sienten desagradablemente impresionados, desde que la conversación se hace respecto de tal asunto, procede eso únicamente de su temor de ver que la manifestación de nuestras faltas tórnase más dañosa que útil.

Es opinión que no podemos compartir, y precisamente desde el punto de vista apologético. No confesar francamente nuestro lado débil, es hacer la misión del apologista con respecto al hombre tan difícil como la del sacerdote en la reconciliación de un pecador tenaz con Dios. Si el apologista hiciera siempre oficio de panegirista, y prestase su voz, destinada á defender la verdad, á bajas adulaciones, por no decir á deslumbradoras disertaciones, no alcanzaría su objeto, y lograría precisamente lo contrario de su deseo. Si ocultase las miserias conocidas, y aun las que no lo son; si llegase hasta excusar lo reprensible, perdería entonces el derecho de hablar en favor de la verdad, á la que dañaría. «Temes confesar,—dice San Agustín—y, con todo, no puedes disimular lo que no está escondido. Así es que tu silencio te condena, mientras que tu confesión habríate absuelto». [1] Pero si confiesa con valentía faltas

(1) Augustin., *Psal.*, LXVI, 6.

que le interesaría ocultar, todo el mundo vese obligado á convenir en que el amor á la verdad en todo es su guía único, y nadie puede negarse á oirle, porque no trae restricción alguna en su defensa.

Dejemos, pues, á los orgullosos que se miran como autores de su propia justificación, el deseo de pasar á todo trance por gente del todo irreprochable á los ojos del mundo. Los justos no se avergüenzan de confesar sus faltas. (1) Si Job no recela decir: «Mi intención no es justificarme, ocultando mis pecados», es prueba evidente de que toda la justicia del hombre aquí consiste en confesar generosamente los suyos. (2)

No obstante, confesar no es curar. Pero allí donde falte la voluntad de confesar las propias faltas, tampoco se da posibilidad de curación. La confesión es por lo menos el comienzo indispensable para llegar á un estado mejor; es el principio del cual la buena acción es coronamiento. (3) No podría ser, pues, jamás una vergüenza.

Lo que á ésta constituye, es únicamente tener defectos y ocultarlos. Pues bien, ¿quién pretenderá hacer creer al mundo que nos hallamos sin defectos? La Iglesia misma no comienza la más santa de sus obras, el sacrificio de la misa, sin la confesión de las culpas; y repite tal confesión, cuando el jefe de la cristiandad se halla presente sobre el altar. Como tendremos ocasión repetidas veces de hacerlo notar, los santos han puesto en la confesión de sus faltas una franqueza que nos asombra; y sus biógrafos han demostrado con respecto á ellos una sinceridad no menos asombrosa.

El espíritu de la Iglesia, la conducta de los santos, ¿no son caminos del todo marcados, por los cuales no tenemos más que andar, cuando debemos prestar á la verdad un servicio que tiene ella derecho á exigirnos?

Confesamos, pues, sin temor de hacer traición á nuestra

(1) Augustin., *Sermo*, 301, 2.
(2) Augustin., *Annotat. in Iob.*, 13.
(3) Augustin., *Ioan. tr.*, 12, 13; *Psal.*, XCIX, 16; CIII, 1, 4; CXLVI, 14, 15.

sagrada causa, que hubo siempre sobre el suelo que vamos á registrar, es decir, sobre el terreno de la vida práctica, errores y faltas referentes á la perfección.

Las más brillantes épocas de la historia de la Iglesia tienen sus páginas obscuras, como, por el contrario, los tiempos peores tienen algo bueno. Los santos mismos tienen sus defectos como el sol sus manchas.

La santidad sobrenatural es tan elevada, que sería tan insensato como injusto admirarse ó escandalizarse, si las almas nobles, que caminan por esa escarpada senda, tropiezan á menudo y alguna vez caen.

No debemos, pues, recelar el confesar también eso. Por otra parte, ¿no sería ridículo el pretender que solamente nosotros y nuestra época nos hallamos libres de defectos? ¿Quisiéramos, por acaso, dar la razón al mundo, cuando dice que no somos formales, y que tratándose de nosotros no se trata de la verdad? ¿Cómo podríamos hacerle callar, sino confesando francamente nuestras faltas?

Lejos también de nosotros la idea de que no tenemos suficiente bondad en nosotros mismos para confundir esas acusaciones. Gracias sean dadas á Dios, distribuidor de todo bien, si tenemos nuestras debilidades, tenemos también mucho bueno. Pero ¿cómo el mundo habrá de creer en lo bueno que en nosotros haya, y que no le es visible, si negamos el mal que diariamente ve, y al cual saluda con maligno gozo? Aquel, pues, que desea prestar verdadero servicio á la verdad, debe tener igualmente valor para proclamarla, sea ella la que fuere.

Esto es algo enteramente distinto de esa manía profesional de censurar, que se había encarnado en otro tiempo en el jansenismo, y que, por sus raíces, hase perpetuado hasta el presente, de ese desacuerdo y esa acritud pesimistas que dan vida á continuas quejas contra uno mismo, y sobre todo contra los demás, de ese humor negro que no ve en parte alguna nada bueno, en todo caso jamás entre los cristianos, y que encuentra en lo mejor el mayor motivo para desesperar.

Tales exageraciones en punto á vituperar son tan dañosas como lo fué en otro tiempo, en el terreno de la moral, aquel rigorismo implacable llamado estoicismo y jansenismo. Conocidos son sus estragos.

Para evitar ambos excesos, jamás debemos olvidar que, en aquello que á la vida práctica se refiere, trátase siempre únicamente de la perfección posible y realizable. Y, para no perder de vista esa necesidad, conviene siempre mirarse á sí mismo, y no olvidarse de la propia debilidad, en fuerza de fijarse en la de los demás.

8. Labor que corresponde á nuestro tiempo.—Las consideraciones que acabamos de hacer señalan al apologista el camino que debe seguir, si quiere entender, en su exposición, la flor del Cristianismo: la perfección.

Fuera perder inútilmente el tiempo, pretender defender al Cristianismo, porque no le basta con la fe, ni con la ciencia muerta, ni con las acciones á medio hacer. (1)

Otros pueden darse por satisfechos con tener las palabras de la Biblia; por lo que á nosotros toca, sabemos que el Maestro nos reconoce tan sólo como suyos, si practicamos su enseñanza, (2) y que nos exige el ser justos hasta el último óbolo. (3)

Por eso la obligación que incumbe aquí al apologista está en exponer primeramente á fondo la doctrina cristiana tocante á la perfección, defenderla contra erróneas interpretaciones, y luego trabajar, mediante la palabra y el ejemplo, en hacer que se practique.

Todo buen libro ascético es también una apología de la vida cristiana, y eso por dos razones.

Primero, porque, como dice Zöckler, «el ascetismo y todos los medios para llegar á la virtud, hasta la vida religiosa, son partes absolutamente esenciales del sistema católico eclesiástico, y como tales, indispensables y esenciales al Cristianismo vivo». (1)

(1) ¿Se habrá pensado bastante en la fuerza demostrativa ó apologética que resulta de las grandes obras de la ascética cristiana? ¿En dónde se ve nada comparable, p. e., á los libros de Monseñor Gay, Sauvé, Faber, Edelin, y otros mil?—N. del T.

(2) Matth., VII, 21 y sig.; Joan., XII, 47.

(3) Matth., V, 26.

En segundo lugar, porque refuta del más elocuente modo la odiosa acusación dirigida á la Iglesia, de que se vale de la religión y de la moral únicamente por política, para educar gente abnegada y dispuesta para la pelea, mas no en cuanto al interés moral de la cristiandad, y que por eso no se la ve nunca luchar contra la literatura inmoral, (2) contra la mala prensa y contra el alcoholismo. (3)

Ante tales acusaciones, con el mayor placer aceptamos la ruda tarea de un Jeremías, repitiéndonos estas hermosas palabras del Dante:

«En mi viaje al cielo, aprendí cosas que resultarán duras para muchos, si me atrevo á repetirlas; mas, por el contrario, si soy amigo cobarde de la verdad, temo no hallarme entre aquellos para quienes el tiempo presente será el antiguo tiempo. Mas en tanto que yo así hablaba, respondióme una voz: «Las conciencias que tengan faltas que echarse en cara, ó que se avergüencen de las de sus amigos, hallarán ásperas y desagradables sus palabras; no obstante, sin variar nada, manifiesta entera tu visión, y deja que se rasque aquel á quien le pique. Si tus revelaciones no halagan el gusto en el primer momento, dejarán fortificante substancia en quien no recele con ella alimentarse. Tus clamores serán esos huracanes que azotan á las más elevadas montañas, y no reportarás escasa gloria de tu valor». (4)

Sí, era también un apologista, y apologista distinguido, aquel que en el desierto exclamaba: «Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos. No intentéis decir en vuestro interior: Tenemos á Abraham por padre; pues yo os digo que de estas mismas piedras, Dios puede hacer

(1) Zöckler, *Aszese und Mönchtum*, 627.

(2) Para que tal necedad no pudiera creerse, basta con haber leído las hermosas Conferencias sobre el Arte, dadas por el R. P. Felix, y el libro de Pastor y Aicart, sobre la novela naturalista.—N. del T.

(3) *Evang. luther. Kirch. Ztg.*, 1897, p. 1044.

(4) Dante, *Parad.*, XVII, 115-120; 124-135.

hijos de Abraham. Ya su mano sostiene el harnero; va á limpiar su era. Preparad el camino del Señor; aplanad sus senderos. Todo valle se colmará, toda montaña y toda colina abajaráse; los caminos tortuosos haránse rectos, y allanaránse los escabrosos». (1)

Sí, este otro era también un apologista, y no pequeño, ni mucho menos, aquel que hacía resonar en las tumbas de los corazones el siguiente llamamiento: «¡Dormilones, arriba! ¡á trabajar! ¡Muertos, resucitad! Pues he aquí lo que dice el Señor Dios de los ejércitos: «Esperad un poco, y conmoveré los cielos, la tierra, el mar y las naciones todas». (2)

Hallámonos en vísperas de grandes acontecimientos. Tiemblan ya los cimientos de la tierra; sienten que se acerca el Señor que viene á ejercer su juicio. ¿Ese juicio será el último? Nadie lo sabe; mas poco importa. Será grave y severo.

Créense muchos grandes y prudentes, al reírse de tales palabras. Esto prueba tan sólo que los espíritus á quienes dirigíase Jeremías nunca faltarán, que siempre será necesario un Jeremías, y que, no obstante las burlas todas de que pueden ser objeto, cumpliránse sus palabras cómo en otro tiempo cumpliéronse las del profeta de Israel.

Por otra parte, ¿requiérese una revelación sobrenatural para entenderlas? Dejando á un lado á los esclavos embriagados de voluptuosidad, ¿encuéntrase hoy un solo hombre en el mundo que se halle á gusto dentro del estado actual de cosas, y que no se diga: «Eso no puede continuar así?»

Laméntase todo el mundo, todo el mundo hace planes para evitar la temida catástrofe, y para preparar mejor porvenir. Las almas hállanse bajo el peso de una sobreexcitación tal, de tal inquietud y de tal precipitación, que ese solo espectáculo nada tiene de tranquilizador. Cuanto procede de antiguas tradiciones, nada vale. Necesario es

(1) Matth., III, 2 y sig. Luc., III, 4 y sig.
(2) Agg., II, 7, 8.

renovarlo todo de arriba abajo: la ciencia, el arte, la política, la vida social, la filosofía, la moral, la teología, el derecho, la misma vida cristiana.

Y todo eso, pretenderíase mejorarlo por medios puramente exteriores, valiéndose de la política, de la diplomacia y de vacías declamaciones.

En este caso, los remedios propuestos resultan peores que la enfermedad. Dejan ver claramente lo profundo del mal y lo agudo de los dolores por él causados. Mas precisamente son ellos quienes lo hacen más agudo y más incurable.

Ese mal proviene de la debilidad de la vida interior de la humanidad, de que hasta se halla á punto de desaparecer. Y ese mal no se cura con paliativos, sino haciendo renacer la vida espiritual en el mundo.

Pudiéramos siquiera abrir los oídos de nuestro corazón al llamamiento de Dios, á este clamor que sólo él señala el camino de la salvación: «Renovaos en el espíritu de vuestra inteligencia, y revestíos del hombre nuevo, creado según Dios en una justicia y en una santidad verdaderas». (1)

No poniendo nuestra confianza en medios profanos, ni apoyándonos en el frágil sostén del favor popular y de la protección á tan alto precio comprada de los poderes de la tierra, ni haciendo prueba de una obsequiosidad servil respecto de la pública opinión, ni aprobando la conducta del mundo, ni acomodándonos al espíritu de la época, hallaremos la salvación. Eso desea el mundo; y precisamente por esa razón nos lo aconseja. Lo único que teme es la fiel adhesión á la Iglesia y á los principios sobrenaturales.

Debemos, pues, ante todo, entrar en nosotros mismos, tener conciencia de las fuerzas sobrenaturales que Dios depositó en nosotros, y servirnos de ellas sin vacilar un instante.

Necesario es defender la fortaleza de la fe contra la nueva táctica de un saber del cual se abusa. No podremos

(1) Eph., IV, 23, 24.

resistir el ataque de todos los poderes reunidos, como no sea olvidando las discusiones de escuela y de partido, renunciando á nuestro propio entender, agrupándonos bajo la bandera eternamente victoriosa de una Iglesia común, y adhiriéndonos con fidelidad y desprendimiento mayores que nunca al foco de la vida cristiana, á la silla de Pedro. Nada podría mejor contener los peligros de la angustia social, que las armas de las virtudes cristianas, de la abnegación personal, de la justicia, de la caridad. Y, contra el torrente devastador de la inmoralidad que amenaza con sumergir las bases todas del orden público, de la disciplina doméstica, de la educación, de la fe y de la vida cristiana, un solo dique puede aún resistir: la santidad.

Lo que nuestra época necesita ante todo, por no decir la única cosa necesaria, son los santos, grandes santos capaces de inspirar el convencimiento y de atraer á los demás. Y de no ser santos, por lo menos hombres nuevos completos, verdaderos cristianos, interiores, perfectos.

9. Lo que más necesitamos actualmente.—Mas al escribir estas líneas, no podemos evitar un sentimiento de dolorosa tristeza.

Para obligar al mundo á que acepte la tarea más conforme á sus actuales necesidades, es decir, para obligarle á que aspire á la perfección, necesario fuera presentársela tan bien, que por ella se entusiasmase.

Supuesto eso, ¿quién se atrevería á lisonjearse de poder conseguir eso? Solamente un nuevo Juan Bautista sería capaz de hablar con suficiente energía para lograrlo. ¡Si solamente el Dios misericordioso quisiera suscitar servidores que cumpliesen la misión sublime de predicar en el desierto, con la santidad de un Jeremías, de un Bautista ó de un Pablo!

¡Ay! es una de las pruebas particulares de nuestra época, el que no nos dé Dios hombres extraordinarios, santos. (1) Con frecuencia viéronse días tan sombríos, acaso

(1) Respetando ese juicio del sabio autor, no llevamos tan lejos como él esa triste idea. La Iglesia es madre fecunda en santos.—N. del T.

más sombríos aún que los nuestros. Pero Dios no dejaba de enviar entonces hombres escogidos, y en crecido número. Actualmente, nos ha negado ese consuelo. Los santos enmudecen. El cielo hase tornado silencioso, como si el último de los siete sellos fuese á romperse. Esperemos que tal silencio no llenará sino media hora, como dice el Apocalipsis. (1)

Entre tanto, mejor harían en callarse, y en pensar en sus propios defectos, los mismos que hablan. Pueden, no obstante, hacerlo, si comienzan por confesar sus faltas y por decir con el poeta:

«¡Oh! Dios grande y fuerte! Si he lastimado con una sola palabra el honor de tu santidad, no apartes de mí tus ojos. No puedo, ciertamente, hablar dignamente de ti, mas considera por lo menos mi buena voluntad. Más brillante eres que el sol; mis ojos serían tan penetrantes como los del águila, que descansó antes de ahora sobre tu pecho, pero el abismo inmenso de tu santidad, aun sería sobrado profundo para ellos». (2)

10. La salvación para los tiempos presentes hállase en volverse al Cristo.—He ahí duras palabras que empezamos por aplicárnoslas. Mas, por imperfectos que seamos, abrigamos, sin embargo, la certidumbre de haber indicado, en las páginas que siguen, el remedio para las llagas de nuestra época, exhortando á la perfección cristiana.

Con frecuencia pregúntase actualmente lo que San Pablo haría si volviese en medio de nosotros. Sin duda alguna que repetiría lo dicho mucho tiempo ha: «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y eternamente». (3)

Si Juan Bautista, Henoch y Elías volviesen, nos indicarían, como en otro tiempo, Aquel que vino largo tiempo ha, y que vendrá de nuevo, esto es, Jesucristo. (4)

(1) Apoc., VIII, 1.
(2) Vintler, *Blumen der Tugend*, 10, 140 y sig.
(3) Hebr., XIII, 8.
(4) Act. Ap., XIX, 4.

La causa de la miseria del mundo y de nuestra debilidad está en que para todo hay lugar en nuestro corazón, menos para Aquel que para sí lo hizo. Los zorros de la prudencia de la carne tienen en él profundas y sinuosas madrigueras; los pájaros de la vanidad y de la frivolidad tienen en él sus bien calientes nidos. Únicamente para Jesucristo nuestro Salvador no hay en él el más reducido espacio. (1)

Así, pues, ¿á qué decir más tocante á ese asunto? Tenga el Salvador suficiente lugar en nuestro corazón para vivir en él y reclinar allí su cabeza, y nos hallaremos en el camino que á la salvación conduce.

Si necesario nos fuera resumir en dos palabras cuanto el mundo necesita para salvarse, bastaríanos con repetir lo que dice el Apóstol: «Os ruego que no os dejéis desalentar en las aflicciones, sino que Jesucristo viva en vuestros corazones por la fe, para que, arraigados y establecidos en la caridad, podáis comprender con todos los santos cuál sea la latitud, la longitud y la profundidad del amor de Jesucristo, y que de esa suerte resultéis henchidos con toda la plenitud de Dios». (2)

(1) Gregor. Magn., *Moral.*, 19, 2.
(2) Eph., III, 13 y sig.

PRIMERA PARTE

LA MÁS ELEVADA EMPRESA MORAL DEL HOMBRE

CONFERENCIA PRIMERA

LA MÍSTICA NATURAL

1. El Cristianismo es una Revelación nueva, sobrenatural, que procede de lo alto.—La crítica incrédula, la pretensa historia de las religiones y de los dogmas, hasta debiéramos decir, quienquiera que se precie de hallarse á la altura de la época, no se cansan de afirmar que la Revelación cristiana no debe y no puede considerarse de otro modo que todo acontecimiento ordinario de la civilización puramente humana. «Por otra parte,—añaden los representantes de esas ciencias nuevas,—sus pretensiones limítanse sencillamente á que se la mire como un progreso que, en su tiempo, fué inmenso, pero que más tarde debió dejar puesto á progresos de mayor importancia». (1) De hecho, no es más que el natural y necesario resultado del desarrollo intelectual de la antigüedad, por decirlo así, el precipitado de la atmósfera que se había extendido sobre el mundo pagano, en el siglo primero de la era cristiana. Quien no admita tal principio, que es el punto de

(1) Tocante á la difícil tarea del estudio comparativo de las religiones, véanse el libro, clásico en la materia, del ilustre Abate de Broglie, el voluminoso tomo del P. Juan Mir y Noguera, y la colección de la sabia *Revue des Religions*, que, desgraciadamente, dejó de publicarse.—N. del T.

La causa de la miseria del mundo y de nuestra debilidad está en que para todo hay lugar en nuestro corazón, menos para Aquel que para sí lo hizo. Los zorros de la prudencia de la carne tienen en él profundas y sinuosas madrigueras; los pájaros de la vanidad y de la frivolidad tienen en él sus bien calientes nidos. Únicamente para Jesucristo nuestro Salvador no hay en él el más reducido espacio. (1)

Así, pues, ¿á qué decir más tocante á ese asunto? Tenga el Salvador suficiente lugar en nuestro corazón para vivir en él y reclinar allí su cabeza, y nos hallaremos en el camino que á la salvación conduce.

Si necesario nos fuera resumir en dos palabras cuanto el mundo necesita para salvarse, bastaríanos con repetir lo que dice el Apóstol: «Os ruego que no os dejéis desalentar en las aflicciones, sino que Jesucristo viva en vuestros corazones por la fe, para que, arraigados y establecidos en la caridad, podáis comprender con todos los santos cuál sea la latitud, la longitud y la profundidad del amor de Jesucristo, y que de esa suerte resultéis henchidos con toda la plenitud de Dios». (2)

(1) Gregor. Magn., *Moral.*, 19, 2.
(2) Eph., III, 13 y sig.

PRIMERA PARTE

LA MÁS ELEVADA EMPRESA MORAL DEL HOMBRE

CONFERENCIA PRIMERA

LA MÍSTICA NATURAL

1. El Cristianismo es una Revelación nueva, sobrenatural, que procede de lo alto.—La crítica incrédula, la pretensa historia de las religiones y de los dogmas, hasta debiéramos decir, quienquiera que se precie de hallarse á la altura de la época, no se cansan de afirmar que la Revelación cristiana no debe y no puede considerarse de otro modo que todo acontecimiento ordinario de la civilización puramente humana. «Por otra parte,—añaden los representantes de esas ciencias nuevas,—sus pretensiones limítanse sencillamente á que se la mire como un progreso que, en su tiempo, fué inmenso, pero que más tarde debió dejar puesto á progresos de mayor importancia». (1) De hecho, no es más que el natural y necesario resultado del desarrollo intelectual de la antigüedad, por decirlo así, el precipitado de la atmósfera que se había extendido sobre el mundo pagano, en el siglo primero de la era cristiana. Quien no admita tal principio, que es el punto de

(1) Tocante á la difícil tarea del estudio comparativo de las religiones, véanse el libro, clásico en la materia, del ilustre Abate de Broglie, el voluminoso tomo del P. Juan Mir y Noguera, y la colección de la sabia *Revue des Religions*, que, desgraciadamente, dejó de publicarse.—N. del T.

arranque para la exacta inteligencia de la civilización y del Cristianismo, renuncia no solamente, por lo que á él toca, á toda ciencia, sino que igualmente renuncia á comprender la naturaleza de la nueva religión y el secreto de su rápida expansión por todo el globo».

Varias veces ya, hemos dado la única respuesta debida á tal afirmación, y pudiéramos tener por concluído el asunto. Sin embargo, aprovecharemos esta ocasión para volver á él, pues que la historia de la mística nos ofrece una prueba de su falsedad, tal como no pudiera ofrecerse de más brillante manera. (1)

Como es sabido, enseña la dogmática cristiana que se dan en la Revelación cristiana misterios propiamente dichos, no doctrinas que deben tenerse reservadas como los antiguos misterios, (2) sino verdades que el hombre, sin la Revelación sobrenatural, y abandonado á las propias fuerzas de su razón, no puede descubrir por sí mismo, y que después de la Revelación que de ellas se le hizo, debe creer, sin poder jamás profundizarlas, (3) ni explicarlas por completo. (4)

Pues bien, esa doctrina vese confirmada de manera por demás curiosa en el terreno que vamos á explorar.

El Cristianismo contaba ya varios siglos de existencia; había suscitado nueva vida en el mundo, transformado con sus doctrinas las aspiraciones de las almas, y las almas mismas, de tal suerte que el abajamiento de Dios á nosotros, producía de nuestra parte la obligación de elevarnos á Él, en la medida de las fuerzas á nosotros por Él otorgadas. Al ver comprometido seriamente lo que de vida le queda-

(1) Para los estudios fundamentales de Mística, véanse los libros del alemán Görres, y los del Abate Rivet.—Para los Orígenes del Cristianismo, las obras del Abate Fonard, del Abate Thomas, y del P. Fontaine.—N. del T.

(2) Tertull., *Valentin.*, 1. Irin., 3, 15. Orig., *C. Cels.*, 3, 21.

(3) La fe no priva el respetuoso estudio de sus misterios.—N. del T.

(4) I Cor., II, 7 y sig. Clem. Alex., *Strom.*, 2, 2, 8. Chrysost., *I Cor. hom.* 7, 2. Theodoret., *In Col.*, 1, 26. Isidor. Pelus., *Ep.* 2, 192. August., *Ps.* 138, 31; *Vera relig.*, 17, 33. Thomas, *C. Gent.*, 1, 5. Conc. Vat., *ses.* 3, *cap.* 4; *ses.* 4, *cap.* 1. Denzinger, *Enchiridion*, 474, 475, 1497, 1503, 1525, 1527, 1534, 1556, 1760.

ba, el Paganismo, ya medio muerto, sentía que había llegado la hora de oponer un dique poderoso á la marcha victoriosa de su enemigo, si no quería perecer sin lucha y sin honor. Y bien, ¿qué obstáculo atravesó en su camino? La más exagerada elevación personal del hombre, y el intento de rebajar á Dios hasta el hombre. Tal fué el mayor esfuerzo del espíritu humano abandonado á sus propias fuerzas. ¿Cómo entonces hablar de vínculo alguno entre el Paganismo y el Cristianismo? El neoplatonismo,—pues de él es de quien hablamos,—es precisamente la antítesis del Cristianismo.

Ciertamente, su punto de partida es el mismo, á saber, el sentimiento y la declaración del olvido general de Dios, de nuestra triste situación personal, y de la decadencia que reina en todo el mundo. Mas los caminos seguidos por cada uno de ellos en particular no podrían ser más opuestos.

El Cristianismo viene en socorro nuestro, mostrándonos á Dios que se digna bajar á nosotros y socorrernos en nuestra indigencia. El neoplatonismo pretende ayudarnos, invitándonos á elevarnos mediante nuestras propias fuerzas á una altura sobrehumana, hacia Dios, y aun más allá de Dios. Según él, no cabe darse inteligencia en lo que de más sublime hay en nuestra religión, la elevación sobrenatural del hombre hacia Dios mediante la bajada de Dios hacia el hombre. Es lo que impresionaba ya á San Agustín, en una época en la cual hallábase todavía aprisionado en las redes del error, y muy apartado de la fe. (1)

Sí, el Cristianismo es enteramente extraño en punto á la manera de pensar del hombre puramente terrestre, tan extraño, que según el testimonio del mismo Hijo de Dios, no entiende lo que del Espíritu de Dios procede. (2)

2. La naturaleza adelántase á las exigencias de la razón.—Mas eso no quiere decir que entre el orden natural y el sobrenatural medie un abismo imposible de llenar.

(1) Augustin., *Confess.*, 7, 9, 13, 14, 15.

(2) I Cor., II, 14.

Quien en tal sentido entendiese las enseñanzas del Cristianismo, ó quisiera predicar él mismo esa doctrina, padecería grave error. ¡No! la diversidad no se identifica con la contradicción, y porque dos orillas se hallen separadas, no quiere decir eso que sea imposible reunirlas.

Tampoco en esta materia, el dogma cristiano nos ofrece duda alguna. Por doquiera, efectivamente, en los asuntos de fe, como en los deberes de la vida cristiana, presentamos como modelo á Aquel de quien se dijo que sus dos naturalezas tan profundamente diferentes hállanse unidas en una sola y única persona, sin que ninguna de ellas haya sufrido el más leve menoscabo, para obrar de esa suerte lo que se requería para nuestra salvación. [1]

La doctrina del Maestro mándanos, ciertamente, que distingamos con exactitud el orden sobrenatural, por ella fundado, del orden natural; más también nos impone el deber de cumplir nuestra doble tarea, la del cristiano y la del hombre, de manera que se dé entre ambas la más cabal armonía.

El hecho de creer en Jesucristo y de seguir su ley, no confiere, pues, á nadie el derecho de creerse desligado de una obligación que por la naturaleza le corresponde, y en virtud de su posición civil. Nadie tampoco tiene derecho para pretextar los asuntos de la vida terrenal para dispensarse de intentar alcanzar el más elevado fin de la vida cristiana. La doctrina y el ejemplo de Jesucristo pídennos, y precisamente á causa de nuestra fe, que hagamos cuanto es posible para cumplir lo más perfectamente que podamos nuestro destino humano. Pero al mismo tiempo enséñannos que únicamente la Revelación sobrenatural es la que nos indica ese fin hacia el cual nuestra naturaleza esfuérzase en subir, fin sin la posesión del cual jamás encontramos la verdadera satisfacción y la dicha verdadera.

Pues bien, no cabe dudar que ese fin nos haya sido propuesto únicamente por Jesucristo. Solamente por él tene-

(1) Leo Magn., *Ep.* 28, 3 *ad Flavian.*

mos su claro conocimiento, y únicamente por su gracia poseemos la fuerza de aspirar á él.

Sin embargo, nuestra naturaleza hácenosle ya desear con ardor. Pues, por más de que se halle debilitada por la corrupción original, hasta el punto de no poder satisfacer á su propia labor, no puede, sin embargo, ahogar jamás en sí cierto vago deseo de llegar á más elevado fin que aquel al cual debiera tender naturalmente, y aun al más elevado fin que exista. Ó más bien, precisamente es el malestar producido por su debilidad y por interiores sufrimientos, quien la empuja á tener sus aspiraciones al bien supremo. Y éste no tiene más que ofrecerse á ella bajo cualquiera forma, para que ella inmediatamente se una á él, si cede á sus buenas inclinaciones, ó se encierra tenazmente en sí misma, si se deja arrastrar por sus instintos perversos, y trata de satisfacer, mediante sus propias fuerzas, su inextingible sed de perfección, sed que, dado el estado de decadencia en que se halla, debe naturalmente expiarse mediante los más grandes errores y merced á inútil gasto de fuerzas.

3. En el mismo Paganismo, nótase viva tendencia hacia la mística natural.—La historia de los primeros siglos del Cristianismo ofrécenos una prueba evidente de cuanto acabamos de manifestar.

Por grande que haya sido la decadencia de la humanidad al finalizar la antigüedad; por grande que haya sido el gusto que tuvieron sus más preclaros representantes, políticos, filósofos, poetas, en proclamar que todos los esfuerzos para llegar á ser santo son inútiles, porque un mundo, la decadencia del cual va acentuándose cada día más, está irremediablemente perdido; por espantosa que haya sido la epidemia del suicidio, pues hubiérase dicho que la humanidad había perdido las fuerzas y el gozo de vivir, el hombre, á pesar de eso, no podía familiarizarse con la idea de verse llamado á la ruina. Por el contrario, la naturaleza humana hizo ver entonces una vez más, como lo hizo en los tiempos de la mayor decadencia, que puede

verse espontaneamente asolada, más no enteramente destruida.

El retorno á la barbarie en las cosas exteriores, por una parte, y el intolerable vacío interior, por otra, empujaban al hombre, que todavía conservaba un resto de aspiraciones elevadas, á sustraerse á esa existencia miserable, y á buscar un refugio en un mundo mejor y más puro. Mas cuando allí se había refugiado en espíritu, más vivamente sentía el abatimiento producido por el alejamiento de Dios, bajo el peso del cual había siempre gemido la antigüedad.

En sus supuestos mejores tiempos, habíase sumergido en las delicias de la tierra, y había tratado de embellecer lo mejor posible esta mansión, para no pensar en Aquel cuya proximidad érale tan penosa como el alejamiento. Mas es ese un medio desesperado que jamás produce sino un efecto á medias, y tal efecto no persiste más allá del tiempo durante el cual estrecha el mundo á su víctima en sus brazos seductores. Á partir, pues, de los Césares, el paganismo, ora rechaza con furor al hombre, ora intenta ahogarle entre el cieno. Por eso únicamente restábale á éste la solución de volver hacia Aquél de quien hasta entonces habíase mantenido alejado.

Así se explica fácilmente la inclinación hacia la vida interior y hacia el misticismo, á los cuales tan extraño había sido otras veces el mundo antiguo, y que se apoderaron tanto más vivamente de él, cuanto que él precipitábase más hacia su fin.

Mas quien pretendiese creer que esa es la atmósfera al calor de la cual el Cristianismo desarrollóse enteramente solo, como la brizna de hierba bajo la influencia del sol, caería en singular error.

Prescindiendo de que el Cristianismo existía ya por lo menos un siglo antes de que las primeras señales del movimiento que acabamos de indicar se hubiesen manifestado en el paganismo, la naturaleza íntima de la religión cristiana, por una parte, y la elevación personal pagana, por otra, no tienen vínculo alguno de parentesco. Por el contrario, media entre ambas la más completa oposición.

Esa mística del paganismo hállase únicamente fundada en la desesperación de poder hacer algo con el mundo. Epicteto, Marco Aurelio, Plotino, abandónanle á su triste suerte como incorregible, y tratan únicamente de salvarse á sí mismos del naufragio, sin apurarse por los demás.

El Cristianismo pone manos á la obra para transformar el mundo, con ánimo sencillo é infantil, hasta tal punto que con frecuencia se creyó no poder explicar esto sino por la carencia completa de experiencia en sus primeros adictos. El Cristianismo pretende crear algo enteramente nuevo; la antigüedad vuélvese á sus supuestos mejores días y á los héroes que han resplandecido en su cielo, á Zenón, Platón, Pitágoras. El paganismo, y ahí está la más señalada diferencia entre él y el Cristianismo, pretende unir el abismo que separa lo de acá de lo de allá, y quiere hacer algo mejor únicamente por sí mismo; el Cristianismo indícanos los medios para salir de nosotros mismos, y nos invita á no esperar la salvación sino de lo alto, sin descuidar, no obstante, nuestra cooperación personal. Ofrécenos la salvación en nombre de Dios, de suerte que nosotros no tenemos más que aceptarla y aplicárnosla.

4. Base natural de la mística.—Es, pues, inútil que nos dirijamos primeramente al Cristianismo para hallar la inclinación á la mística. Tal inclinación existe por doquiera en donde todavía se halle un resto de naturaleza sana y vigorosa, por donde quiera que se manifiesten esfuerzos un tanto enérgicos para llegar al bien. El hombre formal no encuentra su reposo en caminar cómodamente con la innumerable multitud por el ancho camino que á los abismos conduce. Por el contrario, si desea vivir en paz consigo, vese obligado á dirigir sus aspiraciones hacia algo mejor.

Desde este punto de vista, nosotros, cristianos, portámonos con frecuencia de manera indigna de nuestra naturaleza humana. Con excepción de la palabra *lógica*, ape-

nas dase ninguna otra que más ingratamente suene á los oídos de nuestra generación que la palabra *mística.* [1] Esa doble repulsión es del todo natural. Hace ver cuánto, en nuestra debilidad y en nuestra molicie, nos asustamos de toda consecuencia, sea teórica ó sea práctica. Porque ¿qué otra cosa es la mística sino la vida cristiana, es decir, la vida digna del hombre, llevada lógicamente hasta la perfección?

Cuando alguien, efectivamente, conténtase sencillamente con tomar en serio las exigencias de la razón y de la conciencia; cuando, en otros términos, admite y practica en todo su rigor lógico los principios de la moral puramente natural, ése encuéntrase ya en el terreno de la mística. Con razón se ha dicho de Platón que podría encontrarse en sus obras, ó por lo menos deducir de ellas, las enseñanzas fundamentales más importantes de la mística. Y los neoplatónicos hanlo hecho añadiendo ideas nuevas.

Contrariamente, todo observador atento, notará con admiración el ver que los mejores autores ascéticos y místicos cristianos asientan la exposición de su doctrina sobre la más árida filosofía y la ética más árida. [2] Quienquiera que coja uno de esos innumerables libros de *Ejercicios*, que exponen según San Ignacio la idea fundamental de la vida cristiana, pregúntase, desde los primeros capítulos, si se trata de un autor espiritual cristiano, ó de un lógico, ó de un matemático al modo de Spinoza. Muchos tratados de mística, como por ejemplo la gran obra de José del Espíritu-santo, comienzan enteramente como si las hubiese escrito Aristóteles. La pretensa oposición entre la escolástica y la mística es tan profundamente falsa, que es cosa de preguntarse si los que la proclaman han leído alguna vez los místicos. Con frecuencia se desearía que és-

(1) Sobre las diferentes y á menudo extrañas explicaciones de la palabra, cf. Pachen, *Introduction á la psychologie des mystiques*, 27 y sig. Joly, *Psichologie des saints*, (8), 37 y sig. Cf. más abajo, conf. V, y Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 124 y sig.

(2) ¡No merecen verse exceptuados de ese juicio el P. Faber, Monseñor Gay, el Abate Sauvé y el Abate Planus, y aun el P. Blot?—N. del T.

tos hubiesen llevado la lógica y la teoría no tan allá.

No obstante, ese exceso tiene también sus ventajas. Muéstranos del más claro modo que la mística no consiste en vagas elucubraciones de algunos espíritus cristianos desarreglados, sino que tiene sus raíces en el suelo profundo y firme del natural pensar, y en el instinto siempre indeleble que mueve al hombre hacia su más elevado fin.

5. La mística puramente natural debe forzosamente degenerar.—No obstante, solamente tiene allí sus raíces; y sobre tales raíces el árbol no brota por sí solo. Por sí solo no se desarrolla perfectamente; por sí solo no da flores ni frutos. Necesita un cultivador experimentado, teniendo en cuenta que las raíces mismas, la naturaleza humana, la razón, la voluntad, el corazón, la conciencia, hállanse dañados y corrompidos. Sin purificación por una parte, y sin mejora por medio de la inoculación de mejores jugos por otra; sin el auxilio bienhechor de una dirección más alta; en una palabra, sin un poder y sin una dirección sobrenaturales, la mística no podría crecer.

De ello tenemos la mejor prueba en la historia de los esfuerzos que el paganismo agonizante opuso al Cristianismo desde ese punto de vista.

Según hemos ya dicho, la mayor falta cometida por esos pretensos reformadores ó salvadores, y al propio tiempo la fuente de todos los demás extravíos, consistió en pretender basar su mística tan sólo sobre el hombre. Manifiestamente era ese el único medio posible,—como por otra parte, fué siempre el único posible—si querían sustituir la religión sobrenatural con una religión puramente natural.

Mas la cuestión está en saber si procediendo de esa suerte, han encontrado fundamento seguro y sano, en otros términos, si apoyándose en el hombre, han hallado una base natural verdaderamente pura é intacta, para el edificio que pretendían levantar, y si, sobre tal base, es

dado al edificio llegar con toda seguridad á su postrer término.

Nadie dudará que tomasen en serio sus esfuerzos. Quien haya estudiado el neoplatonismo, principalmente á Plotino, convendrá con nosotros si afirmamos que representan el esfuerzo más gigantesco que hizo jamás el espíritu humano. Si los resultados no han correspondido á sus esperanzas, necesario es buscar entonces la falta en sus mismas hipótesis, pues, desde el punto de vista humano y natural, los medios empleados no podrían verse sobrepujados en punto á grandeza. Pues bien, tales medios son exclusivamente, no naturales,—y lo decimos así con intención—sino humanos.

Para darnos de ello cuenta, no debemos dejarnos engañar por ciertas expresiones que parecen tener sentido religioso. Ó bien hállanse empleadas únicamente porque el lenguaje usual del pueblo muéstrase acá y allá accidentalmente en esos trabajos, ó bien no tienen todo el alcance que nosotros, los cristianos, les damos.

No hay duda que es agradable oir á Epicteto decirnos que aun la filosofía debe ser religiosa, y que no puede estudiársela sin la divina asistencia, [1] ó bien llamar—acaso haciéndose el eco de Filón—[2] al sabio un servidor, un profeta, un sacerdote de Dios. [3] Mas el mismo filósofo hácenos ver al mismo tiempo por eso mismo la idea que tiene respecto al poder del hombre. Levántalo casi hasta la idolatría personal, no vacilando en afirmar que no es el hombre quien habla por su boca, y que quien no le obedece se atrae la venganza de Dios. [4]

(1) Epictet., 3, 21, 11 y sig.; 22, 2, 53.
(2) Philo, *De gigant.*, 13 (Mangey, I, 271; Richter, II, 62).
(3) Epictet., 3, 22, 23; 4, 8, 30.
(4) Epictet., 3, 1, 36. Pretendióse poner en paralelo con esto á S. Luc., X, 16. Mas aquí no es un hombre quien habla de sí; es el Salvador mismo que dice á sus discípulos que quien desprecia la misión que les confió no los desprecia á ellos personalmente, sino á él mismo, y que, por el contrario, aquel que acepta su doctrina cuando es predicada por ellos, no escucha á los hombres, sino á Dios. Es igualmente el sentir de San Pablo, II Cor., V, 20. Cf. Act. Ap., V, 39.

Es perfectamente natural. Dar al hombre un fundamento que no es otra cosa sino él mismo, ¿no es convertirle en autócrata, hasta en Dios?

Dado el convencimiento de que el espíritu inteligente en el hombre es, si no Dios mismo, por lo menos un destello de Dios, [1] ó un ser superior que á él descendió, un demonio, [2] esos filósofos hacen inauditos esfuerzos, casi diabólicos pudiera decirse, para elevarse sobre cuanto es terrestre y humano, más arriba de todos los límites en los cuales hállase encerrada nuestra naturaleza.

Nada paréceles imposible á los neoplatónicos, á Plotino y á Yámblico. Llenos de confianza en sus propias fuerzas, pretenden elevarse sobre todo lo creado, sobre todo lo visible, sobre todo lo espiritual, sobre todo lo existente, sobre cuanto es dado imaginar, en una palabra, elevarse hacia Dios, aun sobre Dios, hasta el ser universal, primitivo. Su deseo está, no solamente en descubrir y contemplar más allá de lo bueno y de lo malo, como dice Nietzsche, sino más allá del pensamiento y de la existencia, [3] el Ser puro, el Ser primitivo, sin forma y sin realidad; pretenden abrazarlo, y aun apropiárselo, hasta tal grado, que se sumergen en él, con él se identifican, ó, mejor dicho, para expresar con más exactitud su pensamiento, que sea él quien con ellos se identifica. [4]

6. Subjetivismo de la mística natural.—Tal error explica fácilmente todas las demás aberraciones en las cuales ordinariamente cae esa especulación filosófico-mística, cuando, por principio, opónese á lo sobrenatural, y se limita exclusivamente á lo que se llama puramente natural y humano.

Primeramente aparece naturalmente afectada de un subjetivismo igualmente inmenso en extensión y en pro-

(1) Marc. Aurel., 12, 26. Plotin., *Enn.*, 5, 1, 10.
(2) Plutarch., *Gen. socrat.*, 22.
(3) Το ἐπέχεινα νοῦ καὶ ἐπέχεινα οὐσίας: Plotin., *Enn.*, 5, 1, 8; τὸ ἐπέχεινα ὄντος: 5, 1, 10; 5, 5, 6; con frecuencia simplemente τὸ ἐπέχεινα: *Enn.*, 1, 2, 9; 6, 8, 12.
(4) Cf. Zeller, *Philosophie der Griechen*, III, 2 (2), 551 y sig. (2 (3), 613 y sig.).

fundidad. El hombre, ó, para decirlo con mayor precisión, el amado *yo*, es para ella punto de partida, punto de llegada y medida de todos sus esfuerzos. Pretende y debe hallar por sí solo la verdad más elevada. No, esto sería poco, quiere producirla, y llegar á ese resultado, no mediante penosas investigaciones, cuidado que deja á los entendimientos minúsculos, menos todavía juntándose á una verdad exterior á él, independiente de él, sólida, inmutable,—no quiere oir hablar de eso—sino sumergiéndose en Dios, ó, mejor dicho, en el llamado Ser universal, que domina á Dios mismo. Luego que haya penetrado en él y le haya dado albergue en su propio corazón, todo lo hallará en sí mismo. [1]

De esta suerte es como se acostumbra á un estado de alma artificial y arbitrariamente subjetivo, formándose un mundo á su manera.

Ese antiguo pensar pagano enseñaba ya lo que Schopenhauer enseña, á saber, que el hombre es creador, fuente, medida y dueño de la verdad como del ser.

Ese subjetivismo contamina y envenena cuanto la filosofía tendría aún de bueno en sí.

Seguramente siéntese cierto gozo viéndola de pronto hacer consistir su labor en la curación del alma, [2] en el bien moral, [3] en la salvación del alma. [4] Como ya lo hacen notar Eusebio [5] y Agustín, [6] se ve tal progreso, que se ve uno precisado á decir que aquí el paganismo prestó atención á una palabra que hasta entonces érale completamente extraña. Sin duda de ningún género, llególe de las esferas de la Revelación por medio de Filón. [7] Mas, desgraciadamente, tan sólo llególe la palabra. Tocante á los medios para obtener esa curación ó esa salvación del alma, dase únicamente uno. El sabio debe huir de este in-

(1) Plotin., *Enn.*, 4, 8, 1; 5, 5, 7.
(2) Epitect., *Fragm.* 17; *Diss.* 3, 23, 30; Marc. Aurel., 3, 10.
(3) Marc. Aurel., 3, 14.—(4) *Σωτηρία*: Euseb., *Præpar. Ev.*, 4, 7.
(5) Euseb., *Præpar.*, *l. c.*—(6) August., *Civ. Dei*, 10, 32.
(7) *Sacrif. Abel*, 37 (Mangey, I, 187; Richter, II, 261); *Provid.*, 2, 23 (Richter, VIII, 56), *Fragm.*, Mangey, II, 637; (Richter, VI, 189 y sig.), sec. Euseb., *Præpar. Ev.*, 8, 13 (Migne, *Patr. græc.*, 21, 660).

digno mundo, en otros términos, no cuidarse de él, sino replegarse exclusivamente sobre sí.

7. Desprecio individualista de la mística natural por el mundo.—Un subjetivismo individual tan desmesurado, naturalmente y necesariamente produce, como siempre y por do quiera sucede, el más completo individualismo práctico.

Quien haya adquirido el hábito de juzgarlo todo humanamente, es decir, según uno mismo, no experimenta dificultad alguna en referirlo todo á sí solo en la práctica. Para él las cosas y aun los hombres no tienen importancia, sino en cuanto le son útiles, ó pueden ser utilizados para lograr sus fines. No se le ocurre sacrificarse por los demás ó en favor del bien común.

Tal degeneración compréndese fácilmente en el espíritu rígido y orgulloso de la antigüedad. Dadas sus disposiciones anteriores, no podía resultar de otra manera.

Entre los estoicos, en quienes ese espíritu manifiéstase de la manera más clara, la confianza sin límites en el poder personal ilimitado del hombre camina paralelamente con el desprecio más grosero respecto del mundo real, sus exigencias mezquinas y sus penosos sacrificios.

Pero el mismo hecho nótase por donde quiera en el antiguo paganismo, principalmente entre los que se preciaban de elevarse sobre la humanidad, por la distinción y la nobleza de sus sentimientos.

De ahí el desprecio estúpido de cuanto el pueblo tiene como interesante y verdadero; en otros terminos, el escepticismo y la insensibilidad absoluta.

De ahí esa aparente indiferencia respecto de cuanto generalmente causa gozo y dolor á los hombres que forman lo común, esa ausencia de sentimientos de humanidad, ó, como dicen los estoicos, la filosofía de la *apatía* y de la *ataraxia*.

De ahí la indiferecia y el desprecio respecto de la vida pública. Si se trata, para esos *super homos*, de hacer ver ahí su superioridad, interésales aún en cierta medida. Mas desde que necesitan bajar de las alturas imaginarias en

donde viven, trabajar por su parte en el alivio de ajenas miserias, abandónanla y déjanla ir á la deriva como cosa perdida.

Tal es la mística de la antigüedad por su lado práctico. El prosaico nombre de *egoísmo* convendríale mejor.

Los primeros estoicos ostentábanla ya con ese desenfado brutal que Stirner y Nietzsche han renovado en nuestros días. Los que han llegado después, sobre todo Epicteto y Marco Aurelio, diéronle una expresión más bien elegíaca, que respondía á su carácter de espíritu búdico. Pero no cambiaron su idea fundamental. Dicen ellos igualmente: «Por nada te inquietes, deja que todo siga su marcha, que eso vaya bien ó mal. [1] Deja que todo corra su suerte, la patria, el curso del mundo, amigos y parientes; [2] repliégate únicamente sobre ti mismo; no te dejes turbar por nada en tu tranquilidad interior, y cuida en ti lo que es divino». [3]

Los neoplatónicos no hablan de otra suerte, excepto, no obstante, que revisten esa mística del egoísmo con palabras filosóficas más elevadas. [4]

8. Su carácter puramente negativo.—Ante semejantes aberraciones, no puede uno menos de admirarse al ver cómo el mundo se atreve á echar en cara á la ascética y á la mística religiosas el privar al hombre del placer y de la fuerza de ser útil á los demás, y cómo, por el contrario, atrévese á recomendar una vida basada sobre el naturalismo y el humanismo, porque da más ventajosa formación.

No negamos que el sentido puramente terrestre del antiguo como del nuevo paganismo, haya dado al mundo numerosas ventajas materiales. Pero jamás concederemos que haya logrado tal resultado por haberse apoyado exclusivamente sobre el hombre, y que solamente se atuviese á él.

(1) Marc. Aurel., 1, 15; 3, 7, 12; 4, 10; 6, 10.
(2) Epictet., *Man.*, 1, 1; 11, 14, *Diss.*, 1, 15, 3; 3, 3, 5.
(3) Marc. Aurel., 4, 6, 5, 28; 9, 42; 10, 30; 12, 16; 4, 26; 5, 25; 7, 29; 9, 20; 11, 18; 12, 26.
(4) Plotin., *Enn.*, 1, 4, 14; 3, 2, 9.

Por el contrario, afirmamos que el secreto de su poder consiste en que el mundo no puede felizmente, realizar los principios que sin cesar lleva en la mente y en los labios, y que obra siempre sin darse cuenta, ó movido por la necesidad, según los desdeñados preceptos de una moral religiosa, ó, si se prefiere, de una moral trascendental.

La historia del asunto de que tratamos hace ver suficientemente lo que de ahí resulta, cuando se la deja por completo á un lado.

En toda la línea, en la vida privada, como en la pública, esa mística antireligiosa demuestra que es absolutamente negativa y pasiva. Si Schopenhauer, uno de sus más logicos defensores, afirma que el rasgo característico del sabio y del genio es la inutilidad, tiene razón desde su punto de vista, es decir, en cuanto á suponer que un pensador consiga realizar por completo la tendencia por él indicada.

Los mismos antiguos no lo han logrado. El caso dióse muy rara vez, y únicamente en algunos individuos tipos de excepcional valor. Únicamente, crecido número entre ellos, han llevado muy allá ese aislamiento del mundo, viviendo en su seno.

Erwin Rhode dice con razón, tratando de la filosofía platónica, de aquella que presenció la ruina de la antigüedad, que todos sus esfuerzos resolviéronse en una huída vana del mundo, pero que jamás había pensado en ejercer una acción creatriz y reformadora en la humanidad. [1]

Esto aplícase todavía más al estoicismo, aun al más antiguo. En cuanto al que vivió bajo el imperio romano, todo el mundo sabe que se perdió en meras contradicciones con el mundo.

¿Qué podía hacer, en efecto, con el mundo real y la vida real, una filosofia que parte del principio de que el hombre bástase á sí mismo, que hace consistir toda la labor de este último en el logro de la sabiduría, es decir, se-

(1) Rhode, *Psyche*, 689.

gún ella, en el saber y en el hablar más insípidos y racionalistas, una filosofía que conserva algunos restos de una moral materialista, únicamente porque no puede prescindir de ella para su íntima satisfacción?

Naturalmente, semejante desprecio de la realidad, véngase con no cuidarse ésta en nada de esa filosofía nebulosa y arbitraria. Pues bien, sirviéndonos de una frase popular, bien hecho está eso para mandar el agua al molino del subjetivismo. Á medida que el abismo por éste abierto se ahonda, convéncese mejor de que no se acomoda á los hombres tales como en la realidad son. Como es natural, no se le ocurre buscar la falta en sí mismo. Entonces tórnase más fuerte su cólera, acentúase su desprecio del mundo, finalmente, ni siquiera se digna dirigir una mirada á este último, y creeríase deshonrado si con él mantuviese aún algunas relaciones.

De esta suerte explícanse fácilmente todas las aberraciones á las cuales dió margen tal grosería. El estoicismo favoreció su desarrollo con una predilección enteramente especial, y, merced á él, propagáronse un poco por todas partes.

Ese desprecio y esa condenación del mundo que nada bueno encuentran entre los hombres y en las instituciones humanas, el pesimismo, como ahora decimos, fue siempre una de las enfermedades intelectuales más contagiosas. Hasta tal punto, que si se pretende explicar psicológicamente los grandes acontecimientos de la historia, cabe preguntarse formalmente si no debe atribuírse su origen, ó á lo menos la expansión del dualismo, á esa enfermedad moral, más bien que á errores dogmáticos. Pues bien, en la antigüedad, apenas se registra escuela en donde haya dominado más que entre los estoicos. Trasladado al dominio del pensamiento, el pesimismo no es más que el escepticismo. Aplicado á la marcha de los grandes acontecimientos del mundo, tórnase fatalismo. Cuando se refiere á la conducta interior, no es ni más ni menos que la *apatía*, esa doctrina de que tan orgulloso estaba el Pórti-

co, ó, como decimos en nuestro moderno lenguaje, el quietismo.

Así es como toda esta tendencia, que ha comenzado por exaltar á la naturaleza y al hombre de tan exagerada manera, termina lógicamente en el abandono completo, y aun en la negación del mundo, de la naturaleza y del hombre. Hiere con el ostracismo cuanto es ordinariamente considerado como verdadero y bueno. En una palabra, hiere con muerte moral el único principio que quería admitir, que el hombre bástase á sí mismo, es decir que posee en su propia naturaleza suficiente conocimiento de lo verdadero y de lo justo, suficiente energía para perfeccionarse, sin socorro sobrenatural, y hacer del mundo que le está asignado como lugar de su actividad, una mansión dichosa.

9. La naturaleza es base, pero también peligro para la mística.—Todo esto no daña al principio que hemos asentado en el comienzo, y cuya importancia no podemos hacer resaltar bastante, que la inclinación á la mística y la sed de perfección son naturales al hombre. Es, por el contrario, una prueba de que, en tal terreno,—como en parte alguna,—no se basta el hombre á sí mismo, y que aquí su naturaleza exhórtale á la previsión, á la vez que le mueve á elevarse siempre más.

Aun cuando perseguimos los fines más sublimes que la Revelación nos indica, no podemos, sin embargo, decir nunca que nos dejamos llevar hacia las cosas respecto de las cuales no hallamos en nosotros, ó bien cierto impulso natural, ó por lo menos un punto de adhesión. He ahí lo cierto y lo que eternamente será verdad.

Es, pues, imposible acusar á la fe cristiana y á la vida cristiana de que se hallan en contradicción con la naturaleza humana, aun en sus exigencias más elevadas.

Mas esto contiene igualmente seria exhortación para los que somos cristianos. Aun cuando aspiramos á los más altos fines de la perfección humana, debemos permanecer siempre de acuerdo con las exigencias de la razón, y sobre

el firme terreno de la naturaleza humana. Jamás nos será dado despojarnos por entero de la debilidad de nuestra naturaleza, como intentaban persuadirse de ello tantas falsas tendencias místicas, que creían poder elevar el espíritu más allá de los límites de la debilidad del pensamiento humano, y al cuerpo sobre las necesidades de la vida ordinaria. Siempre y por donde quiera nos vemos sometidos á las leyes generales y comunes de la naturaleza, aun en nuestro vuelo hacia las cosas más elevadas. Una especulación mística que no puede conciliarse con las leyes generales de la lógica, un ascetismo que torna al hombre grosero y extravagante, una piedad que lleva al descuido de los deberes naturales, hállanse *a priori* marcados con el sello de la reprobación.

Vamos nosotros todavía más allá, y sin temor afirmamos que nuestra misma naturaleza se adelanta á las más difíciles exigencias de la ascética y de la mística sobrenaturales. Es cobarde y corrompida; muéstrase en ocasiones recalcitrante respecto de ciertos dogmas de fe y de ciertas exigencias de la santificación; mas no hay razón en eso para que nos formemos ideas equivocadas tocante á ese asunto. Acontece aquí como con los elementos revoltosos y malos que se hallan en un pueblo. No hay duda de que forman un ruido mayor, y de que se agitan con mayor violencia que los buenos, pero en definitiva son, no obstante, los últimos quienes suman la mayoría. De igual suerte en nuestra naturaleza, dase siempre una inclinación buena, sobrado débil quizá para triunfar de los movimientos de la parte corrompida, más á pesar de eso, lo bastante noble para sentirse satisfecha y agradecida de que se haga violencia á estos últimos, y que de esa suerte se la liberte.

Pero no exageremos la corrupción de nuestra naturaleza, ni su fuerza nativa. Si ya somos débiles, á causa de la constitución más íntima de nuestro ser, resultámoslo todavía más á causa de la caída de la humanidad, sin hacer mérito de nuestras faltas personales y de sus consecuencias. Quien se niegue á tener en cuenta esos dos hechos,

necesariamente habrá de extraviarse, y sus errores serán tanto más considerables cuanto que más alto se eleve. Acabamos de ver las pruebas de ello.

Luego, porque un principio no se hace inmediatamente claro á una inteligencia racionalista; porque á nuestra manera de sentir y á nuestro gusto, al sentimiento de una época particular y al gusto de alguna Abdera aislada, una disposición de Dios que leemos en la Escritura, un principio ó una manera de obrar de los Santos, parecen un tanto extraños; porque nuestra molicie y nuestra cobardía se rebelen contra una orden ó un consejo del Espíritu Santo, no de ahí se sigue que tengamos derecho para juzgarlos á nuestro modo, ó para no cuidarnos de ello. Tal vez ahí se halla una prueba más en favor de la verdad de lo que combatimos. De cualquiera manera, muchos hay que hallarán en nuestra repulsión por los fines más elevados de la humanidad, evidente confirmación de que no nos hallamos en tan buenos términos con nosotros mismos como pretendemos decirlo. Y les daremos prontamente razón, cuando hayamos vencido nuestra resistencia, y nos hayamos familiarizado con el yugo de la verdad, de la justicia, de la caridad y de la pureza del corazón.

En una palabra, para decirlo en dos, del propio modo que la naturaleza es base de toda bondad y de toda nobleza humana, de igual suerte sobre ella brota la flor de esta bondad y de esta nobleza, es decir la mística. Pero no es ni su medida única ó solamente infalible y suficiente, ni su límite.

10. La historia de la mística natural demuestra que necesita de un auxilio sobrenatural.—Cuanto más consideramos la historia de los esfuerzos de lo que puede llamarse la mística natural,—bien que con frecuencia mejor fuera decir la mística contra natura,—en oposición á la mística sobrenatural, más lograremos la convicción de que si alguna actividad moral no prospera sin hallarse unida estrechamente con la religión, y que si la moral natural en ninguna parte se mantiene intacta allí en donde

el orden natural no le presta ayuda, es principalmente en el mundo de la mística en donde es dado verlo.

Es muy natural. Si los comienzos y las primeras manifestaciones de la vida moral son tán delicados, y si tienen tanta necesidad de verse protegidos, ¿no será necesario un socorro todavía más poderoso al hombre que quiera practicar sus deberes del modo más perfecto posible y subir á la santidad? Pues tal es la labor de la mística.

No tenemos, pues, motivo alguno para desdeñar la mística natural, como si temiésemos que dañe á la mística sobrenatural. Los místicos cristianos jamás hicieron eso; por el contrario, apoderáronse de ella con celo tal, sobre todo en lo tocante á la especulación filosófica, que casi pudiera uno admirarse, si no se recordara que la escolástica no procedió de otra suerte con la filosofía antigua, y la Iglesia con el derecho antiguo.

No es, pues, motivo de confusión para nosotros, ni cosa que nos perjudique, el ir á la escuela de la filosofía platónica, para aprender á no evitar con tanto cuidado como lo hacemos, el trabajo intelectual, aun el más elevado.

Otro tanto cabe decir de las prácticas exageradas de ascetismo entre numerosos penitentes antiguos y modernos. Invítanos, por lo menos, á declarar que nuestra naturaleza podría verse tratada un poco más seriamente y con un poco más de severidad de lo que suponemos, y que no es posible hallar la sabiduría en la tierra de quienes se forman cómoda la vida. [1]

Si quisiéramos persuadirnos de una vez de que nuestra naturaleza es capaz de numerosos y considerables esfuerzos, fácil nos fuera entonces levantar nuestras miradas y nuestros deseos á las sagradas cumbres de donde recibimos auxilio. [2] Sábese hace tiempo que precisamente son aquellos que pretenden hacer creer que no necesitan de auxilios sobrenaturales, quienes ni aun utilizan sus fuerzas morales naturales, y que, por el contrario, aquellos que

(1) Job., XXVIII, 13.
(2) Psalm., CXX, 1.

hacen lo posible por el cumplimiento de sus ordinarias obligaciones humanas, son los más dispuestos á tenerse por siervos inútiles, [1] y á confesar que, sin un socorro más alto, son incapaces de cumplir su misión natural.

Para convencer á cualquiera de que no le es posible alcanzar nuestro fin sin Dios y sin religión, sin fe y sin vida, según los preceptos de la fe, no hay medio mejor que invitarle á que pruebe sus fuerzas naturales. Verá que se le impone una perfección más alta que la que ordinariamente se imagina el mundo, que es capaz naturalmente de esfuerzos mayores de lo que quiere confesar nuestra molicie, y que su naturaleza tiende irresistiblemente hacia Aquél único que hace al hombre fuerte y puro, hacia Jesucristo nuestro maestro, nuestro modelo, y nuestra fuerza.

(1) Luc., XVII, 10.

Apéndice

LOS ERRORES REFERENTES Á LA MÍSTICA

1. Doctrinas á las cuales dieron márgen los errores en la mística.—Si exceptuamos la historia de la filosofía, apenas si es dado encontrar mundo en donde se hallen más numerosos y diversos errores que en el de la mística. Una exposición y juicio completos de tales errores pediría muy extensa obra. (1) Contentarémonos con indicar los de mayor consideración, para que, después, conozcamos exactamente los que debemos evitar, así como las cuestiones á las cuales debemos dar mayor importancia.

Esta rápida ojeada nos prestará además otros beneficios. Nos hará ver la falsedad y el peligro del triste principio que el rutinario perezoso tomó del racionalismo, á saber, que la teoría poco importa, que únicamente la práctica tiene importancia. Igualmente nos dejará ver realizado centenares de veces, de la más evidente manera, y por medio de los más significativos ejemplos, el principio que nos pareció que debíamos hacer resaltar tan á menudo en los precedentes volúmenes, y según el cual un error ó una verdad general encierra una influencia práctica tanto mayor cuanto que más allá se llevan sus consecuencias.

Entre esos ejemplos, los hay con frecuencia tan terribles

(1) Una obra que sirve para esto, en cierta medida, es la de Terzago, *Theologia historico-mystica adv. veteres et pseudo-mysticos quorum historia texitur et errores confutantur*. Venet., 1764, fol. Hállase esparcida mucha materia en Godínez-Reguera, *Theol. myst.*, y en Schram, *Theol. myst.* Inaccesibles me fueron Casnedi, *Crisis theologica*, y Casimir a Marsala, *Dissertat. mystico-scholast.* y *Crisis mystico-dogmatica*.

y tan contrarios á la naturaleza, que se nos hace imposible hablar de ellos en una obra destinada á numerosos lectores. Hubiera sido de desear, para honor de la humanidad, que las malsanas excrecencias que á la vista tenemos, y que han brotado en el terreno del dogma, del propio modo que en el de la moral, se hubieran suprimido radicalmente desde su aparición, y que jamás los hubiese conocido la posteridad.

Lo que aun habría sido mejor,—dícenos el genio de la humanidad, que se ve aquí obligado á velar su faz por vergüenza—es que los autores de tales monstruosidades hubieran permanecido en el terreno de la verdad, y se hubieran puesto bajo segura dirección, que les hubiese hecho evitar tales extravagancias.

En otros términos, la historia de tales errores es testimonio brillante de que los esfuerzos intelectuales más grandes no pueden prescindir de una disciplina y de una vigilancia severas, ni llegar á buen resultado, como no sea sobre terreno sólido, y para decirlo con mayor exactitud, como no sea sobre el terreno de la fe, de la moral y de la disciplina de la Iglesia.

Quien tal niegue, por temor de que la inmixtión de la autoridad de la Iglesia en asuntos intelectuales ahoga la mente, ó que por lo menos la detiene en su vuelo, coopera á las extravagancias que acabamos de vituperar. Con el nombre de libertad de pensamiento, toma la defensa de desórdenes que atacan al honor de la naturaleza humana.

2. Errores fundamentales de la mística tocante á las relaciones con Dios.—Efectivamente, si se quiere aprender á conocer al hombre bajo su aspecto menos amable, tiénese, ¡ay! con sobrada frecuencia ocasión de hacerlo en el dominio de que tratamos. Aquí encontramos representadas todas las pasiones, desde el más indomable orgullo hasta las más bajas corrupciones. No hay error acerca de Dios, acerca del hombre, acerca del mundo, acerca de la misión de cada cual aquí abajo, que allí no se halle.

Compréndese que ante todo eso, una imaginación viva

llegue fácilmente á las leyendas del Blocksberg y del sábado de las brujas, y que la idea de un culto secreto del diablo haya arraigado profundamente en las almas. Gran número de hechos que aquí encontramos, son tan repugnantes, que muchas personas admíranse menos de ver en eso la intervención del espíritu maligno, que suponer al hombre capaz de perderse solo en tan horribles caminos.

Es la idea que al punto se ocurre, cuando se examinan los errores acerca de Dios.

El hombre caído no pudo arreglárselas con ese contraste de bien y de mal que todo lo penetra, como no sea deificando á uno y otro. Resultó que, así por interior atractivo como por temor supersticioso, prestóse mayor atención al dios malo y á los poderes que estaban á su servicio, y que con frecuencia también rindiósele mayor culto que al Dios de la luz.

En la antigüedad, reina el dualismo casi por doquiera; no solamente en las mitologías y en los sistemas religiosos dualistas propiamente dichos, como en Babilonia, Persia, y Egipto, ó en las espantosas sectas gnósticas, sino también en las demas religiones, en Grecia, en Roma, y Germania. Los demonios, los espectros, las legiones de seres intermediarios entre Dios y el hombre, con los cuales la imaginación mal sana de los partidarios de la Cábala y de la Gnosis habían poblado el espacio; los sortilegios á que se había recurrido para defenderse de las funestas potencias del más allá, ó para domeñarlos y subordinárselas; las prácticas literalmente diabólicas que debían servir para apaciguarlas ó para conquistárselas; la locura inhumana, la maldad criminal que con frecuencia las acompañaba, todo eso habíase extendido de tan general manera, y había de tal suerte penetrado en las almas, que se vería uno tentado á no saber qué pensar del hombre.

Pero es verdadero alivio para quienquiera que ame á la humanidad, el poder pensar que sus semejantes no son los únicos responsables de tales errores. Por más de que se haya con frecuencia abusado de la palabra *satanismo*, no

es razón, sin embargo, para que se cierren los ojos ante hechos innegables. [1] Por eso, según nuestro parecer, aquellos que exageran la inmixtión de Satanás en las cosas de aquí abajo, merecen excusa, porque la caridad tiene su parte en sus exageraciones. Si atribuyen al diablo una parte sobrado grande en las acciones humanas, con frecuencia es para no verse obligados á atribuir ese papel al hombre mismo. [2]

Desde este punto de vista, la mística, ha, pues, por completo fracasado en su más elevada tarea, es decir que no armonizó los dos grandes contrastes llamados lo *de acá* y lo *de allá*, el bien y el mal, lo natural y lo sobrenatural, lo divino y lo humano.

Para llegar á ese término, el espíritu humano siguió también otro camino. Pero, según su costumbre, cayó en el extremo opuesto, el cual hállase tan lejos del justo medio como el extremo que acabamos de referir.

En tanto que el dualismo quería nivelar las grandes contradicciones ante las cuales se halla la mente pensadora, intentando colocarse debidamente, y aun á no formar sino uno con cada cual de ellas, esa nueva tendencia ingenióse en unir del más perfecto modo lo sensible y lo suprasensible, mezclándolo todo en un conjunto uniforme. Así tomaron vida las diferentes tendencias intelectuales que se resumen bajo el nombre de *panteísmo*.

Inútil es entrar aquí en más extensos pormenores acerca de las diversas especies de panteísmo, y mostrar cómo, en el asunto que nos ocupa, los extremos más opuestos,—este error y el dualismo,—se tocan con mucha frecuencia.

Que, con el emanatismo, se considere al mundo como desarrollo de la esencia divina, ó á Dios como la inmanencia, como el contenido propiamente dicho del mundo; que, con el panteísmo de identidad, no se entienda por divinidad otra cosa que la totalidad de los seres existentes; que,

(1) Deuter., XXXII, 17. Psalm., XCV, 5. I Cor., X, 20. Cypr., *Idol.*, 7. Augustin., *Civ. Dei*, 8, 14 y sig. Euseb., *Præp.*, 4, 15 y sig.
(2) Cf. Parte segunda, conf. XIII.

con el panteísmo de la trascendencia y el panteísmo hylozoístico, se conciba el mundo como una porción de Dios, ya sea que, con el primero, se admita una nube primitiva divina cerniéndose sobre él sin haberse todavía condensado en estado de ser concreto, ya sea que, con el segundo, distíngase á Dios, en cuanto alma del mundo, del mundo mismo; que, expresándose de manera realista, se llame á Dios el conjunto de cuanto se halla bajo el dominio de los sentidos, ó bien que se idealice, que se deifique lo sensible, hasta el punto de considerarlo como mera apariencia é ilusión de los sentidos, todo eso no implica diferencia considerable desde el punto de vista desde el cual consideramos al panteísmo.

Lo que aquí es importante para la mística, es el punto común á todos los errores panteístas, á saber: por un lado, la mezcla inaudita de lo creado y de lo divino, por otra parte, el sacar al hombre del puesto que le es propio, negando la voluntad libre.

3. Errores en cuanto á la posición del hombre.— Como consecuencia del primer error, el contraste entre lo divino y lo humano, entre el ideal y la realidad, considérase como equivalente del contraste entre el bien y el mal. Entonces fácil es hacer ver qué graves consecuencias deben resultar de ahí para la vida moral.

Ó bien se concibe la materia, lo sensible, el cuerpo con sus necesidades, aun la existencia, como pecado y como algo malo, como sucede con muchos errores tocante á la mística, comenzando por el budismo para llegar, pasando por Filón, hasta Scheleiermacher y sus discípulos; ó bien, por el contrario, represéntase al mal como algo puramente natural y necesario, y por lo tanto, indiferente desde el punto de vista moral, siendo entonces abrir la puerta al laxismo y al antinomismo; es hallar justificación filosófica y aun dogmática á todos los más abominables horrores.

Los gnósticos, efectivamente, los hermanos del libre pensamiento, los partidarios de Molinos y de otros miembros de innumerables sectas, cuyos nombres son menos importantes, no han vacilado en recurrir á ese medio para justificarse. Y es difícil objetar nada en contra, si, según la frase de Jacob Böhme, las ideas de bien y de mal no son más que contrastes cósmicos en la naturaleza de *lo que existe*.

Mas al proceder de ese modo, ábrese camino á otro error, del cual acabamos ya de hablar, y que consiste en suprimir para el hombre, derechos, deberes, poder y responsabilidad. Ó bien, si es partidario de la teoría del mal, saca por consecuencia que no puede menos de verse arrastrado por él; ó bien, si el orgullo acude en ayuda de su inclinación al bien, cree que fácilmente cabe borrar la diferencia que media entre el espíritu y la materia, entre él y Dios, del propio modo que la diferencia entre el bien y el mal. Y entonces trata de persuadirse que puede perfectamente elevarse sobre la vida de los sentidos, que puede despojarse de las cosas de la tierra, y hasta llegar á Dios y desaparecer en él.

Numerosas sectas pseudo místicas han ciertamente enseñado ambas cosas. [1]

Por más de que el hombre haya sido aparentemente elevado por el panteísmo á una altura del todo incomprensible, eso no impide que haya sido por él sacado del puesto que le es propio, y, por el hecho mismo, despojado del poder á que tiene derecho.

Según la única manera de ver admisible, la diferencia esencial entre Dios y el hombre existirá siempre, y jamás podrá destruirse.

El contraste entre el bien y el mal nada tiene que hacer con esto. No se encuentra en la naturaleza de lo creado, sino que fué producido por la libertad de la criatura, ó, para decirlo con más exactitud, por el abuso de su libertad. No es dado, pues, hacerle desaparecer si no es por

(1) Sobre los neoplatónicos, véase más arriba, n.º 5. Sobre Amalrido véase Gerson, *Considerat. de Theol. myst.*, p. I, *considerat.* 41 (Dupin, III, 394). Schram, *Theol. myst.*, § 322, *schol.* 1. *Protest. Realenzykl.*, (3), I, 433. Véase también más abajo, V, 3, 4.

medio de la libertad humana, es decir, permitiendo á ésta su ejercicio dentro de justos límites. La diferencia natural y esencial entre lo finito y lo infinito no queda por eso suprimida. Permanece, por el contrario, tan grande, que ni aun la más elevada perfección de lo creado llenará el abismo que los separa. Jamás lo finito hará tales progresos que pueda llegar á lo infinito ó desaparecer por entero en él. Únicamente mediante el abajamiento voluntario de Dios, por una parte, y la actividad voluntaria del hombre, por otra, hácese posible establecer un puente sobre ese abismo que, no obstante, mediará eternamente.

Manifiestamente, esta doctrina es á propósito para humillar al orgullo humano, volviendo al Icárida audaz de las celestes alturas á la tierra. En cambio, le pone sobre sólido y firme terreno; hácele dueño libre é independiente, no sólo de sí mismo, sino del mundo que le rodea. Hasta le hace centro del reino divino, de ese reino comenzado por Dios, pero del cual dejó su terminación á la humana actividad.

4. Errores contradictorios en punto á la moral.— No es de admirar que la falsa mística, que saca al hombre de su puesto tan claramente señalado, tan modesto y, no obstante, tan sublime, caiga en terrible vacilación y en curiosas contradicciones, desde el momento en que pretende entrar en pormenores acerca de él y de su misión.

Si, por ejemplo, preguntamos lo que debe pensarse tocante á la existencia, casi siempre la teoría humana nos dará al punto una respuesta que nos arrebata el derecho de existir.

Hemos hecho ya notar, en el tomo primero de esta obra, cuánto difieren, desde este punto de vista, los procedimientos del Cristianismo y los del paganismo.

Enséñanos la Revelación que venimos á la vida manchados por la culpa, pero ni llama injusticia á nuestra existencia, ni pretende que nuestra naturaleza sea esencialmente mala. El paganismo, por el contrario, aun el paganismo griego, tan sereno, pretende ambas cosas, y considera además la vida como un castigo.

En el famoso mito de los dos corceles, Platón, [1] imitando probablemente á Empédocles [2] y á predecesores orientales, [3] relaciona nuestra existencia terrestre con un desorden que habría ocurrido en una vida anterior, y á causa del cual nuestras almas habrían perdido sus alas, y merecido ser desterradas aquí bajo.

Sabido es el error que esa doctrina causó en la especulación y en la mística cristianas, principalmente en Orígenes. Aquí, como en muchos otros puntos además, ese poderoso genio cayó en los más graves errores, queriendo seguir la filosofía platónica. [4] ¿No se creería que había querido mostrar con su ejemplo á los sabios modernos que hacen derivar el Cristianismo del paganismo, á qué resultados puede y debe llevar teoría semejante?

Si esa falsa mística profesa, desde el comienzo, doctrinas tan erróneas y tan tristes respecto del hombre, como es perfectamente natural, no debemos esperar que nos enseñe algo más placentero tocante á su misión.

Según ella, nuestra existencia, y lo que es más, todo nuestro ser, es pecado. Por lo tanto, si el hombre no quiere elegir morada en este último, quédale tan sólo una solución: desentenderse de su propia persona, aniquilarse, puesto que es él el pecado mismo.

En esta hipótesis, no basta limitar la tarea de la ascética á hacer que desaparezca el mal que penetró en la naturaleza, y á desenvolver así el bien dormido en ella, como el Cristianismo lo enseña; sino que debe acabar con el mal y con su naturaleza juntamente, porque ésta, debiendo su origen á una separación de Dios, es consiguientemente mala en su esencia.

De esa manera explícanse la falsa ascética y sus diversas tendencias.

Entre sus representantes, algunos, los más lógicos, bus-

(1) Plato, *Phædrus*, c. 25 y sig.; p. 246 y sig.
(2) Empedocl., *Carm.*, 9 (Mullach, *Phil, Gr.*, I, 1, 17).
(3) Plato, *Rep.*, 3, p. 414, c.
(4) Schawane, *Dogmengeschichte der vornicänischen Zeit*, (2), 360 y sig.

can el mal en el grado más bajo del ser, en aquella naturaleza que, según su doctrina, es lo que más dista de la luz divina en el *processus* de separación de Dios, en la materia. Por lo tanto, toda su intención dirígese á ésta. Por medio de las más terribles penitencias, es como tratan de destruir la carne, pretenso asiento del mal. Así proceden los brahamanes, los galos y otros muchos insensatos.

Muchos entre ellos, indudablemente, han hecho la prueba de que así procediendo, no habían todavía destruído el pecado, ni mucho menos. Pero eso no contribuyó á llevarles al buen camino. No han reconocido que el mal tiene su asiento en el alma, de la cual debe expulsársele, que el ascetismo corporal, bien que sea excelente, no tiene, sin embargo, mas que una importancia secundaria relativamente al ascetismo espiritual. (1) Después, siguiendo su sentido carnal, dieron en el extremo que trataban de evitar. Pretendieron que era necesario matar la carne con sus propias armas, es decir, permitirle todos los placeres sensibles, y aun obligarla á darse á ellos, hasta verse saturada y disgustada de los mismos. Doctrina horrible, que desgraciadamente se vió representada por numerosas sectas gnósticas y antinomianas.

Otros han seguido mejor camino, es cierto, porque comprendieron que el bien y el mal son propiedades morales del alma. Pero no pudiendo desentenderse de la ilusión de que el hombre es naturalmente malo, pretendieron que, para alcanzar su perfección moral, debía despojarse de sí propio y elevarse sobre sí mismo. De ahí, viéronse llevados lógicamente á concluir que una cosa es tanto más perfecta, cuanto que se halla en mayor contradicción con la razón, con las disposiciones é inclinaciones naturales.

Los estoicos son quienes han enseñado, y con extremada exageración, esa mística contra natura. Merced á la influencia por ellos ejercida, hiciéronse, para todos los tiempos venideros, guías en esa extraña ciencia. En ellos encuéntranse ya todos esos excesos que tocan á lo ridícu-

(1) Tim., IV, 8.

lo, de los cuales la ascética hízose tantas veces culpable, principalmente desde el jansenismo.

Según ellos, todo impulso de un sentimiento humano, aun el más natural, toda manifestación de gozo, de tristeza, de compasión, de admiración, no es más que locura y enfermedad. Según ellos, es prudente aquel cuyo corazón no es accesible á sentimiento alguno, y del cual el estado normal de su fisonomía es la impasibilidad completa. Aquel que, en orgulloso aislamiento, se basta á sí mismo, es perfecto, dicen ellos. Los demás, son insensatos, despreciables y vulgares.

Mas ese orgullo desmesurado no les impidió el justificar las atrocidades y desórdenes más horribles. Para el verdadero sabio, que comprende la gran verdad de que el espíritu es quien constituye al hombre, lo sensible es del todo indiferente, decían ellos, porque no alcanza la elevación de su perfección intelectual.

Desgraciadamente, han tenido, aun en ese sentido, imitadores entre los profanadores del nombre cristiano. Los gnósticos, los hermanos del libre pensamiento, y los partidarios de Molinos son prueba de ello.

Cuando tales errores tienen cabida tocante á la fe y á la misión del hombre, es inevitable que se produzcan errores igualmente monstruosos acerca de los medios de llegar á la una y cumplir la otra. Y es lo que de hecho ha sucedido. Pero tales errores son tan numerosos, que no es posible examinarlos por menor. Pues aquí se encuentran todas las aberraciones de que es capaz el espíritu humano.

Los partidarios del espíritu en un sentido exclusivo, los falsos espiritualistas y los idealistas exagerados desechan, como no siéndoles de utilidad alguna, toda actividad exterior, los días festivos, los sacramentos, el sacerdocio, la Iglesia, (1) el ayuno, los ejercicios de penitencia, (2) las prácticas exteriores de religión, (3) los preceptos de Jesucris-

(1) Preger, *Geschichte der deutsche Mystik*, I, 177, 462 y sig.
(2) *Ibid.*, I, 465 y sig.— (3) *Ibid.*, I, 210, 471.

to, [1] y hasta la diferencia entre el bien y el mal. [2] «Si alguno posee interiormente la caridad, dice Amalrico de Bena, los pecados exteriores no se le imputan. [3] La cumbre de la perfección consiste en renunciar á toda actividad, aun á la práctica de la virtud, no sólo exteriormente, sino interiormente. [4] Únicamente cuando uno ha llegado al punto en que todo le es indiferente, perfección é imperfección, felicidad y condenación, querer y no querer, es perfecto, porque entonces entró en el reposo de Dios». [5]

Frente á esos extraviados, hállanse aquellos á quienes Tertuliano, en su severo lenguaje, llama los *psíquicos*. Para muchos de ellos, esta expresión es sobrado espiritualista, porque buscaban la perfección tan sólo en las prácticas externas, en el cumplimiento farisaico de las obras mandadas por la ley, en un correr no interrumpido, en un trabajo furioso, sin pensar jamás en el espíritu.

Todos, ciertamente, no llevaron tan lejos ese error como aquellos que evitaban penetrar en el tribunal para no mancharse, [6] y que, no obstante, no vacilaron en sacrificar injustamente el Cordero de Dios.

Pero aun fuera del judaísmo, hanse hallado en todos tiempos gente que hizo tanto caso de las ceremonias externas como de los sentimientos del corazón, sino más, gente que mide sus perfecciones según el número de sus plegarias y la cantidad de sus genuflexiones, gente que se imaginan ser tanto más agradables á Dios cuanto más se mezclan en todo, al tiempo mismo en que procediendo así, pierden todo recogimiento, todo vigor para la oración, y descuidan aus deberes civiles y religiosos más importantes.

5. Peligros de la pseudo-mística.—Tales son, en resumen, los principales errores que se encuentran, dando una ojeada á la historia de la mística. Es útil tenerlos siempre á la vista para conocer los falsos caminos que se deben evitar, y las seguras sendas que deben seguirse.

(1) Preger, *Ibid.*, I, 210, 468.
(2) *Ibid.*, I, 208, 470.
(3) *Ibid.*, I, 175, 178; cf. 465 y sig.
(4) Denzinger, *Enchiridion*, n.º 404, 1089; Terzago, *Theologia historico-myst.*, 77 y sig.
(5) Denzinger, n.º 1094, 1095, 1099, 1101.
(6) Juan., XVIII, 28.

Mas, para que esta ojeada general alcance mejor el fin que acabamos de indicar, quizás sea bien insistir, algo más pormenor, en el camino seguido por la mística fuera de la Iglesia.

Los aspectos peligrosos no siempre se ofrecen de tan brutal y evidente manera como hemos manifestado. La mayor parte de las veces, un error sale tan naturalmente de otro, que el lector ó el oyente, sin desconfiar, llega á él poco á poco sin darse cuenta de ello, si dió un primer paso, aun en el momento en que le parecía enteramente inofensivo. Suponiendo entonces que el amor propio ó el orgullo acuda en ayuda á la lógica de tal error, la caída es segura. ¡Y necesario es ver cómo sabe discurrir acerca de esos auxiliares!

Escogeremos aquí únicamente algunos casos, que, á causa de su influencia histórica, y á título de ejemplos para centenares de casos semejantes, merecen más profundo examen.

6. Mística de Filón.—Primeramente, citaremos á Filón de Alejandría, padre de la teosofía. Varias razones muévennos á dedicarle particular atención. Por una parte, ejerció profunda influencia en las más extensas esferas del dominio del pensamiento religioso y de la mística. De otra parte, interesa hasta el más elevado punto á la historia de la religión, porque en él tócanse la Revelación y el paganismo, de igual modo el paganismo oriental que el occidental.

Verdaderamente, dase un centro en el mundo espiritual, ya le consideremos con relación al pasado, ó relativamente al porvenir.

Si le miramos con relación al pasado, transmite, no solamente la fe judaica, sino que también resume, de la más rica manera, las doctrinas de Platón, de los peripatéticos

y de los estoicos. Hasta resume, no obstante, su severa crítica contra los caldeos y los egipcios, muchos pareceres orientales.

Si le consideramos relativamente al porvenir, asienta la base de las principales doctrinas del gnosticismo y del neoplatonismo. Manifiestamente, estas diferentes porciones de su obra, forman un tejido de contradicciones. Mas para nosotros es precisamente un punto de la mayor importancia. Muéstranos eso que, no solamente tales medios son impotentes para crear un sistema de enseñanza independiente y ordenado, sino que, con mayor razón, no pueden crear una religión homogénea como es el Cristianismo.

Hase recurrido á todas las explicaciones posibles para hacernos creer que el Cristianismo debió resultar necesariamente de la unión del paganismo y del judaísmo, [1] y eso bajo la forma que tenía el día en que nació. ¡Pues bien! he aquí el hombre en quien de hecho se han reunido, precisamente en el momento oportuno de su madurez, el judaísmo y el paganismo. Veamos si tal fusión responde al Cristianismo real, si se concilia con él.

Aquí, naturalmente, no podemos hablar sino de la mística de Filón. Visto el objeto que nos hemos propuesto, vémonos obligados á dejar á un lado los demás puntos sobre los cuales la contradicción es con frecuencia todavía más considerable.

Apenas asentamos el pie en los umbrales de esa fábrica doctrinal de Filón, vémonos impresionados por el contraste profundo que en él se da, por el hecho mismo de apoyarse él juntamente en la filosofía griega y en las doctrinas del judaísmo y del Cristianismo.

Alábasele mucho por haber trabajado en la difusión de la doctrina del Antiguo Testamento acerca del Logos y tocante á la Sabiduría, y por haber preparado los últi-

(1) «Mística sublime cópula del Oriente y del Occidente», llamó al Cristianismo el extravagante filósofo Sr. Salmerón. Si hubiera leído los trabajos que acerca de tal asunto nos dieron el Abate Broglie, Monseñor Laouxnan, y, poco ha, el P. Juan Mir, ¿se atrevería á decir tales cosas el catedrático positivista?—N. del T.

mos materiales para la doctrina cristiana referente á la Trinidad, utilizando á Anaxágoras y otros filósofos griegos, quizá hasta las enseñanzas del Zend Avesta.

En nuestro juicio, parece que es todo lo contrario. Tales ideas fuéronle funestas, y lleváronle á concebir á Dios mismo como un ente de pensamiento abstracto é impersonal en el género de lo bueno y de lo bello, [1] como el Ser, [2] el Ser más general, como el Todo y el Único, [3] como la naturaleza en cuanto sirve de base á todo, [4] en una palabra, como un ser cuya esencia, consistente tan sólo en la existencia, no puede entrar en ninguna de las categorías que arrancan del humano saber, un ser que se sustrae á todas las determinaciones del ser, á todas las cualidades que lo especifican. [5]

Su conciencia de judío protesta, es verdad, y se torna constantemente contra la doctrina panteísta. Pues bien, esto hace ver únicamente en qué contradicción se lanzó, y cómo él mismo se da cuenta de hasta qué punto se halla por bajo del Antiguo Testamento, el cual, mediante sus sentencias claras tocantes á la personalidad de Dios, sobrepuja en esta materia á la sabiduría de todo el antiguo mundo. [6] Sufre igualmente con las consecuencias lógicas é inevitables de la manía de la adaptación, de la cual consiste el

(1) Τὸ ἀγαθὸν χαὶ τὸ χαλὸν: Philo, *De mundi opificio*, 2 (Mangey, I, 2; Richter, I, 6.

(2) Τὸ ὄν: *De somn.*, 1, 39 (Mang., I, 655; Richter, III, 263).

(3) Τὸ ἕν: *Leg. alleg.*, 2, 1 (Mang., I, 66 y sig.; Richter, I, 92 y sig.); τὸ γενιχόν: *Leg. alleg.*, 1, 9 (Mang., I, 48; Richter, I, 65); τὸ πᾶν, ἅπαν; *ibid.*; μόνος καὶ τὸ ἕν: *Leg. alleg.*, 2, 1; τὸ ἕν καὶ ἡ μονάς: *ibid.*; εἷς καὶ τὸ πᾶν: *Leg. alleg.*, 1, 14 (Mang., I, 53; Richter, I, 71).

(4) Quis rerum divin. heres 23 (Mang., I, 489; Richter, III, 27).

(5) Ἐκβιβάσαντες αὐτὸ (τὸ ὄν) πάσης ποιότητος: *Quod deus inmutab.*, 1, 1 (M., I, 281; R., II, 77); ἄποιος (M., I, 53; R., I, 72): cf. ὕλη ἄμορφος, ἄπους: Plut.. *Plac. phil.*, 1, 9, 4.

(6) Hase pretendido que la expresión de Filón τὸ ὄν (*De somn.*, § 39) era la traducción literal de *Iehovah*. Pues bien, la comparación de ambas expresiones hace ver que eso es falso. En la Biblia, Dios es Aquél que es, el *Existente*, en sentido masculino, como el mismo Filón traduce el pasaje, Exod., III, 14; ὁ ὢν (*ib.*, § 40). Según él, es el *Existente* en sentido neutro τὸ ὄν. Manifiestamente, sigue á Parménides que constantemente dice τὸ ἐὸν (*Carm.*, 43, 59, 66, 68, 75, 80, 88, 91, 95, 97, 106, 107. Mullach, *Fragm. philos. Graec.*, I, 118 y sig.).

fin en hacer más aceptables las verdades de la Revelación, atenuándolas y acomodándolas á la opinión corriente en el mundo.

Lo mismo sucede, cuando examinamos el sentir de Filón tocante al origen y naturaleza del hombre. En esto, remítese por entero á Platón, mezclando á veces, no obstante, el parecer de su maestro con doctrinas panteístas y doctrinas judaicas interpretadas á su manera.

El alma es para él un fragmento (1) desprendido de Dios, que, en una existencia anterior, antes de la creación del mundo, perdió por su culpa un puesto más elevado, y que, en castigo, fué relegada á la tierra, (2) y arrojada en el cuerpo como en un calabozo, como en una tumba, como en un cadáver. (3) Esta unión del alma con el cuerpo es la desventura propiamente dicha del hombre. Es para él el gran obstáculo que halla siempre en su camino, última fuente de todo mal, por no decir el mal mismo, el mismo pecado. (4) Mientras vivimos en la carne, no nos será posible entrar en comunicación con Dios, á causa de esta unión del alma con el cuerpo. (5) Únicamente cuando se vea separada de él por la muerte, nos elevaremos á más alta vida. (6)

No obstante tal estado, el hombre no debe, así y todo, permanecer inactivo. Según Filón, la inactividad es el mal; el movimiento y la actividad son la virtud. Mas, no obstante toda la actividad que al exterior despliega, no debe jamás olvidar el hombre que siempre es cosa imperfecta, porque necesario es desear volver á Dios y descansar en él. (7)

(1) Ἀπόσπασμα θεῖον: *Leg. alleg.*, 3, 555 (Mang., I, 119; Richter, I, 170); *De mundi opif.*, 51 (Mang., I, 35; Richter. I, 47).
(2) *De mundo*, 3 (Mang., II, 603 y sig.; Richter, VI, 152); *De gigant.*, 3 (Mang., I, 264; Richter, II, 53).
(3) *De gigant.*, 7 (Mang., I, 266; Richter, II, 56); *Quod Deus immutab.*, 32 (M., I, 295; R., II, 97); *De migrat. Abr.*, 2 (M., I, 437 y sig.; Richter, II, 294); *Leg. alleg.*, 1, 33 (M., I, 65; Richter, I, 88).
(4) *Quod deterior*, 23, 26 (Mang., I, 207, 210; Richter, I, 290 y sig.; 294).
(5) *Leg., alleg.*, 3, 13 (M., I, 95; Richter, I, 137).
(6) *De mundi opif.*, 46 (M., I, 32; Richter, I, 44); *Abraham*, 44 (M., II, 37; Richter, IV, 54).
(7) *Quæst. in Genes.*, 4, 47 (Richter, VII, 93).

Por esa razón, debe intentar, por una parte, realizar el aquietamiento cuanto posible sea, y aun el exterminio de todas las pasiones, (1) y, por lo tanto, lo que los estoicos entendían con su doctrina de la *apatía*. Por otro lado, jamás debe olvidar su misión propia, que consiste en imitar á Dios, (2) y hasta el sumergirse en él. (3) Los hombres imperfectos, los ascetas, (4) es decir, aquellos que no están aún despojados de su naturaleza, y que, por tal razón, tienen constante necesidad de vigilarse, no se elevarán jamás á ese conocimiento. Por esa razón, su vida se verá siempre llena de desigualdades y atada á la actividad exterior. (5)

Entre el común de los hombres, tiénese ya por cosa grande el que algunos, mediante penosa labor intelectual, se levanten algo más, por lo menos hasta el conocimiento de su destino sublime; pero ni aun estos llegan jamás al fin, y por esta razón, no pueden ser apellidados sino *progresantes*. (6) Muy raro es dar con un hombre perfecto, (7) que, apoderándose de él el mismo Dios, se eleve hasta él. Mas tal hombre, cuando se le encuentra, aparece dominado por santa embriaguez que le obliga á perder todo sentimiento y todo gusto tocante á la vida terrestre. De tal suerte se abisma en Dios, que desaparece en él en una especie de éxtasis, ó de locura de coribante, y goza desde aquí bajo de la dicha más elevada. (8)

(1) *Leg. alleg.*, 3, 45, 49 (Mang., I, 113, 115; Richter, I, 161, 165).
(2) *De mundi opif.*, 50 (M., I, 35; R., I, 47); *Decalog.*, 15 (Mang., II, 193; Richter, IV, 262).
(3) *Vita Moys.*, 23 (M., II, 164; R., IV, 224); *De præmiis*, 8 (Mang., II, 416; R., V, 228).
(4) Ἀτελεῖς?: *Quis rerum div. heres*, 56 (M., I, 513; R., III, 61).
(5) *Mutat. nom.*, 12 (Mang., I, 590; Richter, III, 173; *De poster. Caini*, 7 (Mang., I, 230; Richter, II, 9)
(6) Προκόπτων: *Leg. alleg.*, 3, 48 (Mang., I, 115; R., I, 164 y sig.); proficiens: *Quæst. in Gen.*, 4, 47 (Richter, VII, 92).
(7) Τέλειος: *Mut. nom.*, 14 (Mang., I, 592; Richter, III, 174). *Quod deterior*, 19 (Mang., I, 204; R., I, 286); τὸ τέλειον γένος: *Quis rerum div. heres*, 56 (M., I, 513; R., III, 61); perfectus, sapiens: *Quæst. in Gen.*, 4, 47 (R., VII, 92); τελειωθέντες: *De præmiis*, 8 (M., II, 416; Richter, V, 228).
(8) Νάρκη: *De præmiis*, 8 (l. c.); *Quis rerum div. heres*, 14 (Mang', I, 482; Richter, III, 18).

Tal es, en lo esencial, la mística de Filón. No es fácil mostrar cómo al aceptar las teorías de los filósofos paganos, perjudicó á la sana ascética. Vese también con qué prudencia debemos examinar en él los principios que, en boca de un verdadero judío ó de un verdadero cristiano, tendrían un sentido perfectamente exacto. Así, en él, la hermosa frase: *salvación del alma*, tiene un sentido enteramente distinto del que entre nosotros tiene. Significa un procedimiento medicinal que debe purificar al alma de su mancha corporal de manera negativa, pero que no la torna positiva é interiormente sana, perfecta y santa, como lo exige la mística en la enseñanza de los tres grados de la vida espiritual.

Según Filón, sea cual fuere la insistencia con que habla de la libertad, no es dado buscar, exactamente hablando, el pecado en el alma, sino que se halla en la naturaleza sensible. Es, pues, en el fondo, algo natural é inevitable, algo que no se puede razonablemente pretender suprimir en esta vida. La ascética debe arrojarse entonces, ó en el espíritu pitagórico y farisaico, ó en la teurgia y la magia, exclusivamente en lo exterior, y llevarnos á ciertos excesos, puesto que la lógica final inevitable está en que llena ella tanto mejor su cometido cuanto que mejor destruye la supuesta causa del mal, la cohesión del alma y del cuerpo.

Por otra parte, la desaparición en el Dios que Filón enseña, en el Ser universal, sin propiedades determinadas, no supone lógicamente otro camino en la mística, para alcanzar la más elevada perfección, que la imitación de esa carencia de propiedades determinadas, en otros términos, el quietismo.

Por más de que Filón predique la actividad, procediendo de esa manera, no hace más que demostrar cuánto siente él penosamente el peso de esa fatal consecuencia, y cuánto trabaja por que no produzca su efecto en la gran masa de los hombres imperfectos.

7. Mística neoplatónica. — Muchas de esas consecuencias, manifiéstanse además poco en Filón, en parte, porque lo más á menudo conténtase con exponer sencillamente tales principios sin desarrollarlos por entero, y en parte, porque los hace inofensivos, oponiéndoles las doctrinas del Antiguo Testamento por él conocidas, cualesquiera que sean las contradicciones que puedan resultar de ahí para su sistema.

Pero en donde tales consecuencias abundan, es en el neoplatonismo, que no se hallaba ligado por nada con ninguna religión revelada, y que, por el contrario, tenía por especial objeto, aventajar al Cristianismo, sin distinguir de medios.

Para Plotino, cuanto los teólogos cristianos y los filósofos paganos han enseñado acerca del ser divino, es del todo insuficiente. No tenemos más que la afirmación emitida por Filón, de acuerdo con Jenofonte y los eléatas, referente á la carencia de cualidades específicas en ese ser, que le convenga. (1) Desarróllala con una sutileza maravillosa y una lógica imperturbable, que no podemos menos de admirar. El ser más elevado, el ser universal, el Uno inefable, dice, hállase, no solamente por encima del *devenir* (2) y del *no ser*, sino que carece de propiedades específicas, sin virtud, (3) sin pensamiento, sin conciencia, (4) sin actividad, (5) sin vida, sin *ser*. (6) Ó más bien, hállase infinitamente más allá de cuanto podemos expresar con una de esas palabras.

No hay para que decir entonces que aquello que concibe nuestra mente, y que ven nuestros ojos, no puede ser creado por nosotros. Verdaderamente, Plotino también combate el emanatismo panteísta de los gnósticos, mas tan

(1) Plotin., *Enn.*, 6, 8, 11: οὐδέ τό ὅσον, οὐδε τό ποιόν·
(2) Devenir, significa llegar á ser; es el infieri de los latinos, ó el verden, de los alemanes.—N. del T.
(3) Platino *Enn.*, 1, 2, 9: Ἡ ἀρετὴ ψυχῆς, νοῦ δέ οὐκ ἔστιν, οὐδε τοῦ ἐπέκεινα·
(4) *Id.*, *Enn.*, 6, 9, 6 (ed. Didot, 534, 13); 6, 7, 17 (489, 12): 1, 7, 1.
(5) *Id.*, *Enn.*, 6, 8, 12 (Didot, 519, 17); *Enn.*, 1, 7, 1: ὅτι ἐπέκεινα οὐσίας, ἐπέκεινα καί ἐνεργείας, καί ἐπέκεινα νοῦ καί νοήσεως·
(6) Plotin., *Enn.*, 1, 7, 1; 5, 2, 1: αὐτός οὐκ ὄν, οὐδέ ἕν (Didot, 308, 1, 6); 5, 5, 6: ἀνείδεον ὄν οὐκ οὐσια (Didot, 334, 35).

sólo porque tal sistema parécele insuficiente é imperfecto. [1] No por emanación, no por pensamiento ó voluntad, ni siquiera por necesidad lógica, cosas que suponen una actividad ó un precedente, sale todo de Dios, sino *físicamente*, ó bien, diciéndolo según la moderna manera de hablar, *de él mismo*, *de él solo*. Todo lo finito no es más que manifestación de lo divino. Pero éste no desaparece en lo creado y no deja de ser el ser universal en sí. [2]

Según eso, el pensamiento y la acción místicos, es decir la actividad humana que nos lleva á Dios, nuestro fin, no puede efectuarse por el camino penoso ordinario. Éste jamás nos lleva más allá del ser imperfecto en lo puramente divino. Únicamente mediante más elevado é inmediato conocimiento, vuelve el hombre á su ser puro, únicamente por medio de la vista, del tacto, la fruición y la unión, entra en la esencia sobrenatural, y no forma sino uno con Dios. [3]

Es la elevación mayor que al hombre es dado alcanzar, el éxtasis. [4] Desgraciadamente, á causa de nuestra debilidad, dura tan sólo algunos instantes. [5]

Compréndese fácilmente que tal pensar carezca de todo conocimiento de la vida ordinaria con sus miserias y sus necesidades. El místico neoplatónico lleva el desprecio de cuanto le rodea, la huída del mundo y la renuncia de la actividad pública, en una palabra, el individualismo y la suficiencia personal mucho más allá que el estoicismo. En

(1) Plotino, *Enn.*, 6, 5, 3: Μηδέ προϊέναι τι ἀπ᾽ αὐτοῦ. Combate por otra parte muy bien la afirmación αὐτὸ (lo divino) τὸ ἓν καί τὰ πάντα εἶναι, cuando dice: έι ἅμα κἰάαὐτὸ καί τά πάντα, οὐκ ἀρχὴ ἔσται...οὐ γὰρ ἀρχὴ τὰ πὰντα, ἀλλ᾽ἐξ ἀρχῆς τὰ πάντα, αὐτὴ δὲ οὐκέτι ταπάντα οὐδέ τι τῶν πάντων, ἵνα γένὴνση τα πάντα (*Enn.*, 3, 8, 8; Dibot, 187, 41, 52).

(2) *Enn.*, 6, 5, 3; 3, 8, 9; 3, 9, 3.

(3) *Enn.*, 4, 4, 2; 5, 3, 7; 5,6, 5; 6, 7, 35; 6, 9, 7.

(4) Plotin., *Enn.*, 6, 7, 34. Excelente es la explicación, 6, 9, 11: οὐ θυμὸς, οὐκ ἐπιθυμία ἄλλου, οὐδέ τις λόγος, οὐδε τss νόησις, αλλ᾽ ὥσπερ ἁρπασθεὶς ἢ ἐνθουσιάσας ἡσυχῇ ἐν ἐρὴμῳ καταστάσει... οὐ θέαμα ἀλλὰ ἄλλος τρόπος τοῦ ἰδεῖν, ἔκστασις καί ἄπλωσις καί ἐπίδωσις αὐτοῦ καί ἔφεσις πρὸς ἀφὴν καί στάσις (Didot, 539, 10 y sig.).

(5) *Enn.*, 5, 5, 8. Cf. sobre este punto á Gregor. Magn., *Mor.*, 5, 58 y sig.; 30, 53; 31, 49; *In Ezech.*, 2, 2, 14. Hugo a Folieto, *Claustr. an.* 4, 36 (Migne, 176, 1174 y sig.). Alvarez a Paz, III, l. 5, p. 2, c. 11. Scaramelli, *Myst.*, I, 3, 4, 3, n. 22. Schram, *Theol. myst.*, § 606.

el fondo, el mundo real para él no existe. [1] Por esta razón todos los actos y medios sensibles, morales y religiosos nada valen á sus ojos.

Cierto que practica el ascetismo externo, mas tan sólo es para debilitar el cuerpo, vestidura que mancha al alma, y para sacudir el oprimente yugo que le ata á la materia. [2] Mas, prescindiendo de eso, vistas las alturas en donde se cierne, el culto divino externo no tiene valor, y es tan imperfecto como cualquiera otra obra. «Poco importa la acción, dice Porfirio; lo que importa, es la inteligencia pura y el corazón piadoso. Dado es invocar al Dios inferior con palabras; mas al Dios superior, á quien el místico contempla, hónresele tan sólo con santos pensamientos, con devoción silenciosa, en una palabra, con el sueño del alma». [3]

8. La historia de la mística muéstranos numerosos peligros y nos orienta hacia Jesucristo.—Inútil es continuar la historia de la mística, pues tenemos desde ahora ante nosotros todos los gérmenes de los errores que se han desarrollado en el curso de los tiempos en ese terreno.

La equivocación según la cual es dado llegar á la perfección por medio del ascetismo físico, y mediante prácticas puramente externas; el error opuesto, el desprecio de las buenas obras y del elemento sensible que se encuentra en la moral y en la religión; la carencia de aprecio referente á todos los medios de salvación de que la Iglesia dispone tocante á la dirección espiritual, al culto divino, á la oración, á los sacramentos y á la disciplina eclesiástica; el aislamiento individualista de toda comunidad en la fe, de igual modo que en la vida, en una palabra, todos los errores que tan grande mal han causado en el Cristianismo hasta el presente, hállanse aquí enteramente manifiestos á nuestra vista. Ofrécennos á la vez espantosa respuesta á la afirmación de que los principios generales

(1) *Enn.*, 1, 4, 7, 14.

(2) Porphyr., *Abstin.*, 1, 31; 2, 46.

(3) *Ibid.*, 2, 34, 61.

importan poco, y que, por lo tanto, necesario es dejar un poco de libertad al humano pensamiento.

Ciertamente, necesario es otorgarle libertad, y no tan sólo á él, sino también á la voluntad. Únicamente que el buen uso de la libertad no consiste en echar por tierra los límites trazados por la razón y la conciencia, en perderse en lo vago y en lo incierto, sin inquietarse si uno se precipita en abismos morales ó en fantasías especulativas insensatas.

Pues bien, en la mística, tales peligros aumentan á medida que se adelanta, si no se pisa en terreno sólido. Por esa razón, la más elemental prudencia consiste en sacar provecho de los graves errores que aquí se nos presentan. Quizá en parte alguna no se hace tan necesario aceptar por divisa la frase del Apóstol: *Sapere ad sobrietatem.* [1] Más vale un saber modesto y una virtud humana basada en el dogma de la Iglesia, y dirigida por ella, que un orgullo de Titán que, subiendo hasta el cielo, se abra á sí propio su tumba, y arrastre millares de personas á su ruina.

Como ya hemos dicho, admiramos sinceramente cuanto de grande el espíritu humano hizo en ese terreno. Es para nosotros estímulo para hacer los mayores esfuerzos, no solamente en el pensamiento, sino en la acción. Por otra parte, no podemos negar que la historia de la mística nos ofrece casi en cada página advertencias que nos recuerdan la facilidad con que pueden ocurrir exageraciones é infracciones en su terreno, á la vez que la necesidad de emplear reflexión y mesura, y buscar consejo en guías ilustrados, experimentados y formales.

Mas, aun proponiéndonos la cuestión en donde nos es dado hallar reunidas esas condiciones tan diferentes, por no decir inconciliables, dirige nuestras miradas sobre un hecho que, en este terreno, como en cualquier otro, es único, un hecho al lado del cual la mística profana no acertaría á ofrecer cosa equivalente. Ofrécenos una personali-

(1) Rom., XII, 3.

dad viva, en la cual hállanse reunidas, en la más elevada perfección y la más hermosa unidad, todas las exigencias requeridas para alcanzar el más elevado fin, y reunidas de manera tal, que cada cual puede imitarla á su manera.

Esa personalidad es Jesucristo, el más santo de los santos, hecho en todo semejante á nosotros, excepto en el pecado, [1] para que seamos perfectos y á propósito para toda buena obra. [2]

La mística natural no conoce tal personalidad. Tiene hermosas palabras, palabras de incomparable sublimidad; mas no puede darnos un modelo en el cual las hallemos realizadas en el más alto grado, un modelo que, á pesar de eso, podamos imitarlo.

Pues bien, cuanto más ella nos hace sentir esa necesidad, sin poder remediarla, más nos empuja hacia Aquél que es el único capaz de ayudarnos, llegado el caso.

De esta suerte, la historia de la mística natural, si sabemos leerla debidamente, es guía para llegar á Jesucristo. Cumpliendo ese cometido con respecto á nosotros, llenó una gran misión, misión que no se dió ella á sí misma, pero que le fué impuesta por la Providencia, y que la Divina Sabiduría le ayudó á cumplir á pesar de ella.

En difinitiva, la historia de la mística demuestra lo que cada rama de la civilización y del saber humano, como la historia de la humanidad entera, atestiguan, á saber, que los hombres andan su camino, y que con todos sus errores y sus resistencias, trabajan en el cumplimiento del plan divino en el mundo.

(1) Hebr., IV, 15.
(2) II Tim., III, 17.

CONFERENCIA II

LA MÍSTICA SOBRENATURAL

1. Cómo se explica la influencia de ciertas palabras sacramentales.—Quien recorra con atención la historia de la humanidad, á menudo no sabe lo que debe causarle mayor asombro, si la increible influencia ejercida por ciertas frases convenidas respecto de una época, ó la facilidad con que los hombres cambian de impresiones. Hoy, véseles de pronto entusiasmados hasta el delirio por una idea, á la cual nadie ayer prestaba atención; millares de ellos lucharían y sufrirían la muerte por ella. Mañana, bastará con una palabra para hacérsela insoportable.

¿Quién no conoce, por ejemplo, la fiebre causada en los siglos XVI y XVII con las palabras: *Nuevo mundo, nueva tierra de oro?*

En el fondo, compréndese lo bastante. Lo que no se comprende tan bien, es la embriaguez sorprendente causada en los espíritus, en el siglo II, con la simple palabra *gnosis*, y en el XIX con las de *progreso* y de *civilización.*

Más sorprendente aún es el fanatismo con que los pueblos, en el siglo XVIII, se precipitaban ciegos, cual comedores de haschischh, contra las bayonetas, y se dejaban arrastrar á la sublevación, á la guerra civil y á las matanzas en masa, tan pronto como oían que alguno lanzaba el grito de: *libertad, igualdad, fraternidad.*

Hay ahí un gran misterio que es difícil esclarecer por entero. Mas los místicos y los escolásticos diéronnos la cla-

ve para explicarlo en parte, mediante su tan importante doctrina del *ápice* ó del *fondo* del alma. (1)

Por lo general, el espíritu hállase tan distraído, y reparte al propio tiempo sus fuerzas en tantas cosas, que no tenemos idea de lo que puede. Vemos eso tan sólo cuando un objeto le absorbe tan por entero, que todo lo demás desaparece. Entonces, reune todas sus fuerzas, y se lanza á ese fin, con una impetuosidad, ante la cual no se halla uno más seguro de lo debido, porque no se sabe si podrá dominarlo, ó si él le privará de la calma y de la reflexión.

Ese afán por el estudio, que perturba el sueño, quita el apetito, consume la salud como fuego devorador; esos actos de valor sobrehumano, de los cuales ofrécenos Josefo multitud de ejemplos en la historia de la Guerra de Judea; los sacrificios increibles que una madre es capaz de imponerse, cuando vela al pie del lecho de dolor de su hijo, prueban lo bastante cuánto un hombre es capaz de hacer cuando se halla entusiasmado por una idea.

Mas cuando el fenómeno se produce en las masas, el contagio, por una parte, y la emulación, por otra, tratándose de entusiasmo por el bien ó por el mal, hasta tal grado suben, que con frecuencia la multitud no es dueña de sí misma, y los individuos pocas veces pueden resistir á ese general empuje. Basta con recordar la Reforma, la gran

(1) Apex totius affectus (Bonaventura, *Itinerar.*, c. 7); vertex animae seu mentis (Thomas), *De Veritate*, q. 16, a. 2, ad 3); fundus vel centrum animae (τὸ τῆς ψυχῆς οἷον κέντρον, Plotin., *Enn.*, 6, 9, 8); Seelengrund (Preger, *Mystik*, II, 212 y sig.); Funken der Seele (*Ibid.*, II, 214, 219 y sig., 224); intimus affectionis sinus (Rich. a S. Vict., Benjamin maj., 4, 16 (Migne, 196, 154, d); cordis intima (*ibid.*, 4, 6, p. 139 d); mentis summum, mentis intimum (*ibid.*, 4, 23, p. 167 a); cubiculum v. secretum mentis (Rich. a S. Vict., *In cantic.*, c. 8, Migne, 196, 425); claustrum animae (Hugo de Folieto, *Claustrum animae*, 3, 1, Migne. 176, 1087, c). Cf. Bona, *Via compendii*, 20. Blosius, *Institut.*, *spir.*, c. 12, 4. Sandaeus, Clavis s. v. anima, centrum, fundus, culmen. Surin, *Catéchisme spirit.*, 5, 4; 13, 7. Schram, *Theol. myst.*, § 321. *Schol.*, *Die Lehre der Kabbala vom göttlichen Seelen-oder Lebensfunken.* Molitor, *Philos. der Gesch.*, I, 97 y sig., II, 257 y sig.; III, 468. Weber, *Jüdische Theologie*, 2.ª ed., 165, 214 y sig., 222 y sig., de donde Saturnin y Mani parece que han tomado su doctrina referente á la creación, á la caída y á la redención del hombre, nada tiene que ver con esto.

revolución de 1848, las guerras de libertad y tantas otras manifestaciones legítimas ó falsas del patriotismo.

2. Cómo es dado despertar y aprender á conocer las humanas fuerzas.—Si, pues, queremos enseñar á conocer al hombre por su lado favorable, y sacar provecho de su fuerza respecto del bien, desde luego tenemos que hacer dos cosas. Primero, dirigir exclusivamente su atención á un objeto bueno, y después saber excitar en él todo el entusiasmo de que es capaz tocante á ese objeto.

En eso consiste el secreto de la educación de la juventud, pero en eso también está la obra de la educación y de la dirección de un pueblo.

«No debemos creer—dice acertadamente Platón, en el *Fedro*—que todo entusiasmo y todo amor sean censurables y dañosos en sí mismos. Pueden, por el contrario, ser fuente de mucho bien, y dar á los hombres impulso para grandes acciones, cosa que la fría inteligencia no sabría darles. Es lo que vemos en la poesía y en la música, en las cuales la inspiración interior, procediendo del entusiasmo, sobrepuja las más de las veces en mucho á la árida reflexión». (1)

Si tal observación fué ya necesaria en la antigua Grecia, eslo doblemente en la actualidad, en que creemos haberlo hecho todo en favor de la educación de la juventud y del pueblo, con haberle atiborrado la inteligencia con áridas materias científicas, pero habiendo, en cambio, descuidado por entero en ellos la formación de la voluntad y del carácter, del corazón y del sentimiento de lo bello.

No hay para que decir que toda actividad exterior, que toda moral, toda piedad y todo arte deberían ser dirigidos por una inteligencia convenientemente formada. Mas, para nosotros, mejor fuera no tener necesidad de hacer notar que, con sola la dirección de la inteligencia, se pone únicamente la verdadera primera base de una formación completa y digna del hombre.

Por eso es de la mayor importancia para la humanidad, que la educación dirija la atención sobre cosas verdaderamente buenas, elevadas, y útiles. Pero no es menos importante que sepa inflamar los corazones con un entusiasmo por ellas duradero.

(1) Plato, *Phaedrus*, 22, p. 244, a y sig.; 48, p. 265, a. b.

Sólo por esta razón, debiera ya ella detestar esa desgraciada sabiondez que empobrece actualmente, con extraordinarias proporciones, las fuerzas intelectuales y morales de la humanidad. Cuanto más distrae la atención de la juventud, cuanto más cansa su espíritu, más indiferente y aun hostil á todo lo verdadero, bello y bueno la torna, con ese caos de fragmentos sin cohesión que le ofrece, más sustrae á nuestra generación la perspectiva de poder hacer nunca algo profundo y duradero.

Si de nuevo queremos tener espíritus vigorosos, y, lo que todavía importa más, caracteres vigorosamente templados, corazones capaces de sacrificarse y entusiasmarse por todo lo sublime y noble, necesario es llevar formales mejoras á la educación de la juventud y á la educación personal. En ambas, forzoso es renunciar á esa desdichada inclinación á la vaguedad y á la multiplicidad de conocimientos, dirigir, por el contrario, todos los esfuerzos para llegar á la profundidad, ó, para decirlo como los místicos, cultivar el *fondo* del alma, el *ápice* del espíritu, el *centro* del alma, el *ápice* del corazón, en una palabra, el hombre interior.

Mas no será dado llegar á tal resultado á no ser que las cosas, á las cuales deben limitarse la educación y la instrucción, sean de tal suerte, que se apoderen del espíritu, y sobre todo del corazón, y los cautiven de modo duradero. Quienquiera que dirija una mirada á nuestras escuelas, no se sorprenderá de que hoy la duda y la indiferencia apaguen toda llama en la juventud, antes de que haya llegado á su madurez física. Hasta un niño tiene bastante discernimiento para decirse que, en toda esa balumba de cosas con que se carga su memoria, tan sólo para sufrir un examen, difícilmente hay una entre ciento que merezca atención.

No siempre es debilidad intelectual ó pereza moral lo que

torna tan insensibles y olvidadizos á nuestros niños. Mas bien es la convicción, más ó menos clara, de que no merece la pena el hacer tantos esfuerzos para aprender cosas tan inútiles como las que se les imponen. Si la instrucción y la educación les comunicasen lo que es verdaderamente útil, y, ante todo, lo que es necesario, pronto se notaría si no daban pruebas de mayor afán y de mayor interés.

3. Efectos de la enseñanza de lo único necesario. —Para llegar á tal resultado, requiérese ciertamente que la enseñanza de la única cosa necesaria, de la verdad más elevada y del mayor bien, se dé de perfecta manera. Pues bien, esto puede hacerse sin que haya necesidad de altisonantes palabras, que nadie entiende, lo mismo el oyente que quien las dice. Basta con esa plenitud de fuerza interior que deja satisfecho al hombre y le eleva al propio tiempo sobre su propia debilidad.

La sabiduría del mundo, que, como Cirilo de Alejandría dice, (1) tiene pensamientos tan fríos y tan pueriles acerca de Dios, y que, para decirlo con Máximo el Confesor, (2) rebaja, aun las palabras de la Revelación, hasta el punto de darles un sentido carnal, puede burlarse de la opinión según la cual la doctrina referente á Dios y á las cosas eternas contribuye á la verdadera formación. Á su entender, parece que la religión nada tiene que hacer con respecto á la instrucción, y debe permanecer, por sistema, alejada de la educación. Mas el proceder así, demuestra dos cosas.

La primera consiste en que se forma una idea totalmente falsa tocante á la formación intelectual y moral del hombre. Sabemos, efectivamente, que por tal entiende únicamente la dirección tan exclusiva cuanto es posible de la inteligencia, ó mejor dicho, de la memoria.

La segunda consiste en que igualmente profesa acerca de las cosas divinas ideas tan falsas como bajas. Cabe decir de ella, con razón, lo que de los filósofos griegos dice

(1) Cyrill., Alex., *Dial.* 7, *de Trinit.* (Migne, 75, 1097, b).
(2) Maxim. Conf., *Centur.*, 5, 27, 33 (Migne, 90, 1357, c. 1361, a).

Clemente Alejandrino. «Hablaban de Dios sin conocerle, y eso porque no le adoraban de manera digna de él». Pues bien, esto es ya la especie de filosofía profana respecto de la cual Empédocles se expresa en estos amargos términos: «Vierten torrentes de palabras; desgraciadamente, no son sino palabras. Sus ojos están sobrado empañados para ver una partecilla del conjunto». (1)

Pero, afortunadamente, existe una fuente más elevada y más pura de la verdad. Es la Revelación que la gracia de Dios ha dado al mundo. Merced á ella, puede conocer el hombre cuanto necesita para aplacar su sed de saber y para satisfacer los deseos de su corazón, según ello le es útil en su peregrinación terrestre.

No decimos que la Revelación sobrenatural resuelva todos los enigmas y llene todos los deseos. Aun pudiendo, no lo haría, pues no fuera provechoso al hombre. Quien á sí propio se conozca, puede darse cuenta de la rapidez con que nos lanzaríamos á nuestra muerte espiritual y á nuestra ruina moral, si pudiéramos creer que nos hallamos en posesión de la verdad completa. Nos aquietaríamos fácilmente con el consuelo de saber que la situación en la cual nos hallamos es la más perfecta que sea dado imaginar. La fórmula tan conocida de Lessing, y de la cual tan frecuentemente se abusa, tiene su valor legítimo, tomada en ese sentido. Sí, mejor es que nunca poseamos aquí bajo la verdad completa, que no disfrutemos jamás de la plena seguridad de nuestra salvación, ni de entera paz, para no dejarnos ir á la pereza, al orgullo y á una falsa seguridad.

Por esa razón, muy acertadamente, la Revelación no hizo más que darnos algunas indicaciones respecto de muchas cosas, y precisamente respecto de las más importantes; por eso nos permitió únicamente dar rápida ojeada en *el mas allá*. Y, sobre cuanto nos manifestó, tendió el velo de la fe para avivar nuestros deseos y estimular nuestra propia energía.

(1) Clem. Alexandr., *Strom.*, 6, 17, 149, cf. (Aristote), *De Melisso* (Xenophane), c. 2 (Paris, III, 675, Mullach., *Fragm. philos. Græc.*, I, 289).

Esta consideración pedagógica es manifiestamente una de las causas principales que han determinado á Dios á dejar en su Revelación tantas lagunas misteriosas, ó, como se acostumbra á decir, misterios, esas manchas en el sol de la fe, respecto de las cuales la inteligencia corta de vista y el corazón impaciente del hombre tan de buena gana murmuran.

No obstante eso, es cierto que la Revelación divina da á conocer, no tan sólo muchas cosas tales que la sabiduría humana jamás descubrió, pero que no descubrirá jamás. Y lo que es más importante, dánoslas á conocer con esa certidumbre que nos permite descansar en ella confiadamente, sin temor á engaño ni á ilusión. Mas también está fuera de duda que nos ofrece al propio tiempo cuanto necesitamos y nos es útil para llegar en esta vida, bajo su dirección, al fin á donde quiere llevarnos, esto es, la formación de una naturaleza humana sana, completa, noble, elevada sobre la naturaleza inferior.

4. Doble poder pedagógico de la Revelación sobrenatural.—Para resolver esa labor, el divino Maestro, con infinita sabiduría, dispuso su Revelación, de tal suerte que, por un lado, resulte calculada sobre la concentración más completa de todas las fuerzas intelectuales, y, de otro, sobre la más elevada tensión de la vida moral, y, si así cabe decirlo, sobre la permanente vigilancia del más elevado entusiasmo del corazón.

Inútil es que nos detengamos mucho respecto al primer carácter de la Revelación sobrenatural. Para el mundo de cortos alcances, el principal escollo que encierra está en haber basado toda la educación del género humano sobre la fe y la religión.

En eso, el espíritu profano supo encontrar quizá de manera enteramente instintiva una de las diferencias más esenciales entre su educación y la de la Revelación. En tanto que, en él, todo tiende á la diversidad y cantidad de materias científicas, y, por el hecho mismo, á la dispersión de las fuerzas intelectuales; en tanto que él aspira constantemente á la novedad y al cambio, no para llegar á una verdad bien restablecida,—recházalo por principio,—sino tan sólo para poder aplacar su sed de curiosidad; en tanto que se defiende con verdadero fanatismo contra toda tentativa de pretender reducir el batiborrillo de los acontecimientos y de los hechos á principios filosóficos homogéneos, porque es caer en la escolástica, á la que detesta, la pedagogía de la Revelación tiene su punto de partida en la más alta razón y única de todo ser, y todo lo atrae á sí en medio de las pruebas del mundo real.

Para eso, nunca le ocurre cambiar esencialmente sus principios últimos según los cuales ordena y clasifica las cosas aisladas, sean cuales fueren los cambios que se producen á causa de los descubrimientos científicos y de las necesidades de los tiempos.

Lo que más en cara le echa el mundo, constituye, pues, uno de sus mejores privilegios y es su mejor recomendación.

Únicamente merced á ese privilegio, puede responder á su segunda misión educadora: el mejoramiento de la vida moral en la medida más elevada posible. Desde este punto de vista, reconoce en el arte de la educación obligaciones especiales que no pueden ser más imperiosas.

En eso, hállase de acuerdo con los primeros talentos de la humanidad, que, como Platón, jamás vieron en la educación la mera enseñanza de una ciencia muerta, sino una iniciación en la virtud y en la perfección. (1) Según ellos, su misión está, no solamente en formar discípulos capaces de conocer lo bello y lo bueno, sino de practicarlo. Debe enseñarles no las apariencias de la virtud, sino la virtud misma, (2) y hacerlos aptos para elevarse hasta la más alta perfección moral. (3)

Pues bien, como ya hemos dicho, esto no puede ser sino mediante dos condiciones. Consiste la primera en que las

(1) Plato, *Leg.*, 1, 643, d y sig.
(2) Plato, *Rep.*, 3, 401, b y sig.; 402, a y sig.
(3) Plato, *Rep.*, 3, 403, e y sig.

potencias del alma dejen de andar por doquiera ocupadas en numerosos objetos secundarios, y se apliquen, mediante el recogimiento, á un solo punto, es decir á lo esencial. Pide la segunda que el fin homogéneo, al cual debe tender el desarrollo de todas las potencias del alma, y por lo tanto, no solamente la actividad intelectual, sino también la actividad moral, sea de tal suerte que levante al hombre por cima del mundo y de la situación en que se halla.

La Revelación sobrenatural llena igualmente esas condiciones; hácelo poniéndonos ante los ojos esa cosa esencial, única necesaria, bajo una forma religiosa sobrenatural, es decir, no como el espíritu humano puede representarse á Dios y las cosas divinas según sus propias ideas, sino como Dios estima oportuno manifestarlas bajando hasta nosotros.

Mirada así, y sobre todo de esa manera, la idea de lo sobrenatural, tan extraña para el racionalismo, preséntase como la verdadera bienhechora del género humano.

Una religión exclusivamente humana, que, según la expresión de Schiller, quiere que Dios forme parte del espíritu creado y de la voluntad propia, y por lo tanto una religión que pretende que Dios baje de su trono hasta el hombre, no acertaría á elevar á este último sobre su propia bajeza, ni vencer su frialdad. La sequedad y la miopía poco gratas de la inteligencia, la honradez y el árido cumplimiento del deber, que recuerdan la religión china, sello característico de las épocas del racionalismo, son la mejor prueba.

No se da más que una religión procedente de lo alto y que penetre en el hombre, capaz de elevarle sobre sí mismo. No se da más que una religión sobrenatural que ofrezca á sus ojos á Dios, como la más elevada verdad, como fuente de toda verdad, y al propio tiempo como el más alto bien y como causa de todo bien, capaz de apoderarse de todo el hombre. Sólo ella puede satisfacerle por entero, sólo ella puede estimular la actividad de su mente y sobre todo hacerle capaz de esfuerzos morales.

5. Los impulsos morales más elevados hállanse en la Revelación.—Quien dude de estas palabras ó las niegue, no conoce ni el contenido de la fe, ni lo eficaz de la gracia. Ni siquiera conoce el poder y la nobleza de la naturaleza humana.

Si nos representamos el contenido de las doctrinas de la fe tocante á la conducta de Dios con el hombre, á la dignidad que le otorgó, al fin á donde le elevó, á la grandeza de la misión que en su bondad le asignó, vémonos obligados á convenir en que encierran los gérmenes fecundos del heroísmo sobrenatural más sublime.

No hace falta emplear artificios de lenguaje ó exagerar la verdad. Las meras sentencias de la Escritura bastan para convencernos de la verdad de lo que acabamos de decir, y eso tanto más seguramente cuanto que las bases que ofrecen son más sólidas. Bástanos con que no las tomemos irreflexivamente, como se acostumbra, sino que penetremos las insondables profundidades de su sentido y dejar á este que obre en nosotros.

«De tal suerte amó Dios al mundo, que dió su Unigénito, para que todo hombre que cree en él no perezca, sino que tenga la vida eterna». [1] Estas palabras dícennos qué suerte nos esperaba, si hubiésemos permanecido como la naturaleza nos formó, es decir, hijos de ira; [2] dícennos á donde podemos llegar, y cuán fácilmente; dícennos el precio infinito, inestimable, que eso costó á Dios. «Habéis sido rescatados á elevado precio,—dícenos el Verbo de Dios—no con cosas perecederas, plata ú oro, [3] sino con sangre preciosa, como la de un cordero sin tacha ni mancha, con la sangre del Cristo». [4]

Merced al pago de ese precio, sabemos que hemos pasado de la muerte á la vida, [5] que hemos sido libertados del poder de las tinieblas, y transportados al reino del Hijo de su

(1) Ioan., III, 16.
(2) Eph., II, 3.
(3) I Cor., VI, 20; VII, 23.
(4) I Petr., I, 18, 19.
(5) I Ioan., III, 13.

amor; [1] sabemos que antes éramos esclavos del pecado, [2] y que ahora lo somos de la justicia, [3] servidores de Jesucristo, [4] los libertos del Señor; [5] sabemos que hemos sido libertados por Jesucristo, [6] que hemos venido á ser sus hermanos, [7] hijos de Dios, [8] que por adopción [9] hemos entrado en la familia divina, que somos herederos de Dios y coherederos de Jesucristo, [10] llamados á participar de su reino y de su gloria». [11]

Todo esto es tan grande, que no es de asombrarse que sucumbamos casi bajo el peso de la impresión que tales pensamientos producen en nosotros. Quizá también esa impresión no es tan profunda como debiera serlo, porque nuestra debilidad niégase á seguirlos. No obstante, el Espíritu de Dios mismo dice: «Somos ahora hijos de Dios, y lo que un día seremos todavía no se ha manifestado, pero sabemos que, cuando eso se manifieste, seremos semejantes á Él». [12]

Mas danse dos consideraciones que á nosotros se imponen, y que, si les damos cabida en nuestro corazón, deben ya bastar para que se transforme por completo nuestra vida entera.

Consiste la primera en representarnos lo que la gracia de Dios hizo de nosotros. El hombre—conocémonos bien ¿á qué insistir en ello?—el hombre, polvo y ceniza, [13] el hombre atado á la vanidad, [14] el hombre, cosa que todavía es peor, que se complace en la vanidad del mal, [15]

(1) Col., I, 13.
(2) Rom., VI, 16.
(3) Rom., VI, 17.
(4) Eph., VI, 6.
(5) I Cor., VII, 22.
(6) Gal., IV, 31.
(7) Rom., VIII, 29. Hebr., II, 11.
(8) Ioan., I, 12. Rom., VIII, 16.
(9) Rom., VIII, 17.
(10) Rom., VIII, 15. Gal., IV, 5. Eph., I, 5.
(11) I Thess., II, 12.
(12) I Ioan., III, 2.
(13) Gen., XVIII, 27.
(14) Rom., VIII, 20. Psalm., CXLIII, 4.
(15) Eccli., XVII, 29.

el hombre cuyos pensamientos todos hállanse inclinados al mal desde su juventud, [1] de tal manera se vió colmado de gracias por la misericordia y la bondad de Dios, que no tan sólo es llamado hijo de Dios, sino que realmente lo es. [2]

Es algo tan inconcebible, que ese mismo hombre siéntese como llevado á dudar de esos inmensos favores de Dios, ó á aminorarlos. Algunos herejes de estrechas miras han tratado de interpretar las palabras de la Sagrada Escritura en el sentido de que el hombre es considerado en gracia por Dios, tan sólo exteriormente, en tanto que interiormente permanece pecador como antes. Según ellos, basta con que Dios nos impute los méritos de su Hijo, como si fueran nuestros, y que su santidad nos envuelva exteriormente como un manto, de tal suerte que, al mirarnos, no vea el pecado que sigue viviendo en nuestro interior, sino tan sólo la vestidura exterior que Dios nos prestó.

¡Pues bien, no! Ese es un error monstruoso. Las palabras de Dios deben tomarse literalmente, y en su más estricto sentido. Su poder no ha sufrido disminución. Lo que hace, hácelo por entero; si nos hace hijos suyos, danos también el espíritu de adopción. [3] No seguimos siendo pecadores, sino que nos hacemos nuevas criaturas. [4] Borrados quedan los pecados, [5] y la justicia, aquella que de Dios procede, inunda nuestros corazones, [6] al propio tiempo que el amor de Dios por el Espíritu Santo que se nos da. [7] Así hacémonos templos del Espíritu Santo, [8] santos, [9] santificados en el espíritu de Dios, [10] participantes

(1) Gen., VI, 5; VIII, 21.
(2) I Ioan., III, 1.
(3) Rom., VIII, 15.
(4) II Cor., V, 17. Gal., VI, 15.
(5) Act. Ap., III, 19.
(6) Phil., III, 9.
(7) Rom., V, 5.
(8) I Cor., III, 16; II Cor., VI, 16.
(9) Rom., I, 7· I Cor., VII, 14. Col., III, 12.
(10) Rom., XV, 16.

de la naturaleza divina, (1) á la vez que deificados en cierto sentido. (2)

He ahí una primera enseñanza que nos da la fe, una verdad que nos eleva tanto como nos abaja y humilla bajo el peso de la dignidad que nos impone.

La segunda consiste en que, no obstante las gracias inmensas con que nos colmó, Dios nos ha testimoniado una gran confianza, y nos dejó el honor de terminar su obra en nosotros, mediante nuestra propia actividad. (3) Es por su parte una disposición á propósito para llenarnos del más santo orgullo, y para excitar en nuestro corazón el celo más generoso.

«Transformaos por la renovación del Espíritu;—hase dicho—(4) despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestid el hombre nuevo creado según Dios en una justicia y una santidad verdaderas. (5) Sí, revestíos del Señor Jesucristo, (6) pues sois una raza escogida, un sacerdocio real,

(1) II Petr., I, 4. Thom., 1, 2, q. 110, a. 2 ad 2, Scheeben-Weiss, *Herrlichkeiten der göttlichen Gnade* (6), 35 y sig.

(2) Θέωσις (deificatio): Dionys. Areop., *Cœl. hier.*, 1, 3 (Migne, 3, 124, a); Pachymeres, *Paraph. in Cœl. hier.*, c. 1, § 3 (Migne, 3, 136, a); Maximus Confess., *Quæst. ad Thalass.*, 9 (Migne, 90, 285, b); *Centur.*, 1, 42 (Migne, 90, 1193, d); *Centur.*, 5, 94 (Migne, 90, 1388, d); *Ep.* (Migne, 91, 640, c); θεοποιεῖν, θεοποιός: Dionys. Ar., *Cœl. hier.*, c. 1, § 1 (Migne, 3, 121, a); *Ep. 2 ad Caj.* (Migne, 3, 1068, a); Athanas., *Ep. ad Serap.*, 1, 24 (Migne, 26, 588, a); Cyrill. Alex., *De Trinit. dial.*, 7 (Migne, 75, 1097, c): Maximus Conf., *Centur.*, 1, 62 (Migne, 90, 1204, b); θεοῦν, θεοῦσθαι: Dionys. Ar., *Ep. 2 ad Caj.* (Migne, 3, 1069, a); Pachymeres, *Paraph. in Cœl. hier.*, 1, 3 (Migne, 3, 136, b); Maxim. Confess., *Ep.* 12 (Migne, 91, 468, c); *Ambigua* (Migne, 91, 1280, b); θεουργεῖσθαι: Maximus, *Ambig.* (Migne, 91, 1088, c); θεουργία: Dionys. Areop., *Eccl. hier.*, c. 3, III, § 5 (Migne, 3, 432, b); Maxim. Conf., *Schol. in h. l.* (Migne, 4, 141, b); *Quæst. ad Thalass.*, 63, 34 (Migne, 90, 692, a); *Ambig.* (Migne, 91, 1168, a); ἐκθέωσις: Maxim. Confess., *Quæst. ad Thalass.*, 22, 2 (Migne, 90, 321, d); *Centur.*, 1, 62 (Migne, 90, 1204, a); *Opuscula theol.* (Migne, 91, 36, a); *Ambig.* (Migne, 1113, b); εἰς θεότητα μεταβολή: Maxim. Conf., *Centur.*, 1, 62 (Migne, 90, 1204, b); θεοειδής: Dionys. Ar., *Cœl. hier.*, c. 1, § 3 (Migne, 3, 124, a); χριστοειδής: Dionys. Areop., *Eccl. hier.*, c. 7, I, § 2 (Migne, 3, 553, c); Maxim., *Ambig.* (Migne, 91, 1300, a); θεοφόρος. θεοειδής καὶ θεῖος: Maxim., *Ambig.* (Migne, 94, 1085, c), etc....

(3) Esta doctrina expúsola hermosamente San Agustín, cuando dice: «Dios, que sin ti te crió, no te salvará sin ti.»—N. del T.

(4) Rom., XII, 2.

(5) Col., III, 9, 10. Eph., IV, 24.

(6) Rom., XIII, 14.

una nación santa, un pueblo adquirido para anunciar las perfecciones de Aquél que os llamó á su admirable luz». (1)

¡Qué misión verdaderamente divina la que al hombre le fué impuesta!

La deificación, he ahí el fin último para el cual Dios le crió. (2) El Cristo hízose hombre para elevarnos mediante su abajamiento, y otorgarnos en su encarnación una prenda de nuestra transformación en Dios. (3)

Y nosotros mismos podemos colaborar en esa obra; hasta debemos darle la última mano, y llegar á la deificación, no solamente por la gracia que Dios derrama sobre nosotros, (4) sino también mediante la imitación del mismo Dios en nuestra conducta. (5)

¿Quién puede creerlo? ¿Quién puede contemplar su vida, de igual manera que todas las disposiciones divinas referentes á la salvación del mundo, sin sentirse dominado por el más santo entusiasmo?

6. Su eficacia estudiada en los Apóstoles.—Tal fué igualmente la consecuencia que de hecho se siguió, cuando el mundo hubo comenzado á entender tales verdades.

Apenas el Espíritu Santo las hubo manifestado á los Apóstoles, hasta entonces tan cobardes y tan obtusos, cuando los judíos, al ver su conducta, decían meneando la cabeza: «Llenos están de vino nuevo». (6)

Ciertamente,—dice San Cirilo Jerosolimitano—(7) estaban ebrios, pero era de la plenitud del Espíritu Santo. No es, pues, de admirarse entonces que su entusiasmo traspasase toda medida. Ciertamente, estaban ebrios, pero era de la plenitud de la casa de Dios, pues que bebían del torrente de sus delicias. (8) Ciertamente, estaban ebrios, pero ebrios

(1) I Petr., II, 9.

(2) Maxim. Conf., *Centur.*, 1, 42 (Migne, 90, 1193, d).

(3) *Ibid.*, 1, 62 (Migne, 90, 1204, a. b).

(4) Maxim. Conf., *Opusc. theol.* (Migne, 91, 33, a); *Ep.* 24 (91, 609, c); *Ep.* 43 (91, 640, c).

(5) Θεομιμησία: Dionys. Areop., *Cœl. hier.*, c. 13, § 3 (Migne, 3, 304, a), θεομίμητος ἐνέργεια: *ibid.* (Migne, 3, 301, c), etc.

(6) Act. Ap., II, 13.

(7) Cyrill. Hieros., *Catech.*, 17, 18, 19.—(8) Psalm., XXXV, 9.

de la plenitud de la gracia que da muerte al pecado, vivifica el corazón y hace conocer cosas hasta entonces ignoradas.

En esa santa embriaguez, no sabían si estaban en sí ó fuera de sí mismos, [1] si estaban en su cuerpo ó fuera de él. [2] En tal estado, veían el cielo abierto, [3] y oían palabras misteriosas, que á ninguna boca humana es dado pronunciar; [4] tenían resplandeciente el rostro como ángeles, [5] y hablaban con energía tal, que sus mismos enemigos no podían resistirles, [6] sino que se veían obligados ó bien á echar mano de la violencia contra ellos, ó á exclamar: «Estáis locos». [7]

En esa santa embriaguez, encontraban la fuerza necesaria para sufrir humillaciones y sacrificios, que parecían traspasar las fuerzas humanas. Bajo su influencia, el Apóstol de las gentes hacíase pequeño, hasta el punto de cuidar á sus fieles como una nodriza cuida de sus niños. [8] ¿Quién se sintió débil, sin que él se haga débil con él? [9] ¿Quién se vió caído, sin que él se sintiera abrasado? [10] Hacíase el siervo de todos; tornábase débil con los débiles, hacíase todo para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo. [11]

En esa santa embriaguez, los Apóstoles, antes tan cobardes, viéronse de tal suerte tranformados, que salían de los tribunales gozosos de haber sido juzgados dignos de sufrir oprobios por el nombre de Jesús. [12]

En esa santa embriaguez, San Pablo cárgase de miserias y de privaciones, de las cuales él mismo dice que ex-

(1) II Cor., V, 13.
(2) II Cor., XII, 2, 3.
(3) Act. Ap., VII, 55.
(4) II Cor., XII, 4.
(5) Act. Ap., VI, 15.
(6) Act. Ap., VI, 10.
(7) Act. Ap., XXVI, 24.
(8) I Thess., II, 7.
(9) II Cor.. XI, 29.
(10) *Ibid.*
(11) I Cor., IX, 19, 22; X, 33.
(12) Act. Ap., V, 41.

cedían á cuanto es dado imaginar. Vióse encarcelado, con frecuencia vió de cerca á la muerte; recibió latigazos, fué vapuleado y lapidado; naufragó, pasó un día y una noche en los abismos: corrió peligro sobre las olas, peligro con los bandoleros, con los de su nación, con los gentiles, peligro en las ciudades, peligro en los desiertos, peligro en el mar, peligro entre los falsos hermanos. Trabajos, penas, vigilias, hambre, sed, ayunos, frío, desnudez, todo lo sufrió. [1] Después, además de todo eso, trataba duramente á su cuerpo y le reducía á servidumbre, temiendo que, después de haber predicado á los demás, no se viese él mismo desechado. [2]

En esa santa embriaguez, cumplía las obras más increíbles, tan sólo con la palabra de la verdad, la fuerza de Dios y las armas de la justicia. Pasó sano y salvo á través del fuego y del agua, la gloria y la vergüenza. Tratábasele de impostor, y, no obstante, era verídico; parecía desconocido, y, sin embargo, bien conocido era; mirábasele como moribundo, y, no obstante, vivía; como triste, y hallábase siempre gozoso; como pobre, y enriquecía á muchos; como no teniendo nada, y poseyéndolo todo. [3] Se le maldecía, y él bendecía; perseguíasele, y era sufrido; se le calumniaba, y rogaba; se le tenía por insensato á causa del Cristo, como las barreduras del mundo y el desecho de los hombres, y precisamente por eso era dado en espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres. [4]

7. Su eficacia estudiada en la historia de la Iglesia.—¿Quién no ve ya en todas esas palabras y en todas esas acciones, un bosquejo anticipado de la vida de todos los santos, esos hombres por la conducta de los cuales demostró la Iglesia, en todos tiempos, que el es-

(1) II Cor., XI, 23 y sig.
(2) I Cor., IX, 27.
(3) II Cor., VI, 7 y sig.
(4) I Cor., IV, *passim*.*
(*) Hermosa es la página que antecede, referente á S. Pablo; pueden los lectores ver, tocante al mismo asunto, los párrafos dedicados por L. Veuillot, el P. Faber y Ernesto Hello.—N. del T.

píritu de los Apóstoles continuaba viviendo en ella con igual fuerza que antes?

«De esa misma embriaguez de la fe y de la caridad,—dice San Agustín—[1] hallábanse poseídos los mártires, cuando despreciaban los atractivos del mundo, abandonaban toda posesión terrena, renunciaban á su familia, rompían los lazos más legítimos y más sagrados, y caminaban alegres al encuentro de los sufrimientos para los cuales no se hizo la humana naturaleza. Sus hijos, lo que tenían más querido aquí abajo, cosíanse á ellos; sus ancianos padres, destrozados por el dolor, partíanles el corazón con sus lágrimas y sus sollozos; mas ellos, embriagados por el Espíritu Santo, nada veían ni oían nada del dolor de sus prójimos; entregábanse al martirio como á una fiesta nupcial».

De esa misma embriaguez hallábanse penetrados los mensajeros de la fe, y los pastores del rebaño de Dios, que se apartaban de las dulzuras de la patria, para llevar la semilla de la palabra divina á comarcas desconocidas, y seguir edificando esta Iglesia adquirida por el Señor al precio de su sangre. En celo tal, hacían fructificar lo más posible los dones que se les habían otorgado, y recogían para sí y para aquellos que se les habían confiado centuplicados frutos.

Fuese ó no propicia la ocasión, enseñaban, rogaban, conjuraban, exhortaban, reducían á los extraviados, resistían á los lobos rapaces con peligro de su vida, combatían el error, fortalecían á los débiles, reunían á los dispersos, levantaban de nuevo los demolidos muros del santuario, multiplicábanse de increíble modo, manejando ora la espada, ora la paleta, prodigándose aquí como enfermeros, allá como jefes de combatientes, pero siempre dispuestos, en cuanto defensa de sus rebaños, á ofrecer el cuello á la espada de los impíos para dar testimonio de la verdad y para animar á los tímidos.

De esa misma embriaguez hallábanse llenos millares y

(1) (Augustin.) *Append. sermo*, 182, 5.

millares de seres humanos, que abandonaban á su padre, á su prometida, su herencia, su patria, para esconderse en el desierto ó en la soledad con los animales salvajes y entregarse pacíficamente al cuidado de su alma. Hubieran podido vivir libres, ricos, considerados; pero escogían libremente el yugo de Jesucristo, la pobreza por esposa, y soportaban el verse tratados por el mundo como *minus habentes*, desechos de la sociedad. En medio de penosos trabajos durante el día, y de prácticas de mortificación y de oración durante la noche, luchaban sin cesar con la esterilidad del suelo y su ruin naturaleza. Nada les era necesario para sí. Lo que adquirían á costa de su trabajo, pertenecía á los pobres y á los que viajaban. Muertos estaban para el mundo; mas con eso daban pruebas de ser bienhechores de la humanidad, faros en el agitado mar. Si alguno se veía atormentado por necesidades espirituales ó corporales, refugiábase junto á ellos, y partía consolado. Sufrían por todo un mundo. Eran con todos caritativos. Tan sólo consigo eran severos. No tomaban alimento ni descanso, mientras tenían deberes de caridad que cumplir. Apiadábanse de las faltas ajenas; expiábanlas con sus penitencias; pero ellos mismos manteníanse en cuerda como prisioneros. Vigilaban sus ojos, su lengua, todos los movimientos de su corazón. Por la menor falta imponíanse tan duras penitencias que, ora el mundo les acusaba de pecadores ocultos, ora se mofaba de ellos como de hipócritas rematados.

De esa misma embriaguez hallábanse poseídas débiles mujeres, cuando se levantaban á luchar con los hombres, y obtenían brillantes victorias. Ante los tribunales, como á la vista de los instrumentos de tortura; en el desierto, como en sus esfuerzos para conquistar el mundo para Dios, jamás faltaron á su misión.

Esas almas generosas renunciaban á los placeres de la tierra, al matrimonio, á las dulzuras de la vida de familia, para poder darse exclusivamente al celestial esposo. Llevaban siempre en su cuerpo la muerte de Jesús, para que

su vida se manifestase en su carne mortal. [1] Mas, cuanto mejor renunciaban al mundo en su corazón, más ricas hacíanse en frutos de bendición. No hay miserias que sus manos y su corazón no hubiesen aliviado, ni necesidades para las cuales no hubiesen hallado remedio. Los pobres, los ciegos, los estropeados, los leprosos, los ancianos, los enfermos, los moribundos, los ignorantes, los niños abandonados, las víctimas de la seducción, los prisioneros, han encontrado en humildes vírgenes, madres, y más aún que madres. Cuanto la humanidad necesitó: pan, vestidos, fuego, albergue, cuidados, instrucción, alientos, consuelos, fuele dado por esos ángeles de misericordia. El mundo hase preguntado con asombro de dónde sacaban todo eso. Tomáronlo del tesoro de su corazón, que el amor del Espíritu Santo, en unión con sus sacrificios, había colmado, hasta tornarle inagotable.

Mas, sea que derramasen sus obras de caridad por todo el mundo, sea que retornasen con crecido interés á su Redentor el amor que él mismo les prestaba, creían, sin embargo, que nunca hacían lo bastante. Un pesar les hostigaba incesantemente, el ver que su corazón era demasiado pequeño, su caridad harto fría, y sus manos sobrado débiles. Cuantos más beneficios hacían, más vivamente sentían la necesidad de exclamar: «La caridad de Jesucristo nos urge». [2]

8. La mística cristiana inseparable del Cristianismo.—De cuanto acabamos de manifestar, claramente se ve que la mística cristiana nació el día mismo en que la doctrina cristiana se manifestó á los hombres en todo su alcance. He ahí porque no desaparecerá del mundo en tanto haya seriedad en el Cristianismo.

Ciertamente, es opinión muy extendida que la mística es una invención posterior á los primeros tiempos del Cristianismo, una creación debida á la imaginación de almas ociosas, en castigo de su aislamiento enfermizo del mun-

(1) II Cor., IV, 10.
(2) II Cor., V, 14.

do, ó, á lo sumo, una cosa de supererogación, aunque hermosa, porque, en el Cristianismo, debemos distinguir cuidadosamente lo principal de lo accesorio. Mas tal manera de ver, no es admisible. Lleva á una lógica tan peligrosa como la funesta enseñanza de los *artículos fundamentales*, fecunda raíz de donde han brotado el racionalismo y el indiferentismo.

No, la mística no tiene doctrinas, no tiene dogmas aparte. Ni aun tiene una concepción especial de la Revelación ó de cualesquiera verdad de fe particular. Tampoco tiene moral que le sea propia. [1]

Naturalmente, se aprovecha también del privilegio de que gozan todos los cristianos, esto es, de la libertad de aplicar, á las necesidades personales y á la situación de la época, las doctrinas y los principios del Cristianismo, dentro de los límites permitidos por la Iglesia. Desde este punto de vista, hay ciertamente en la mística, como en la teología, tendencias, escuelas particulares. Mas éstas, si son legítimas, no difieren entre sí, y no se distinguen de lo que ordinariamente es cristiano, sino en cosas secundarias.

Ciertamente, danse diversos grados en lo esencial del Cristianismo; pero no hay más que una sola doctrina y una sola moral.

El Apóstol resumió esto en términos maravillosamente breves y completos: «Hay un solo cuerpo y un solo espíritu, como igualmente habéis sido llamados á una sola esperanza por vuestra vocación. Hay un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, obrando por todos y permaneciendo en todos. Mas á cada cual de nosotros la gracia fué dada según la medida del don del Cristo». [2]

La mística cristiana no es otra cosa que la ejecución y la aplicación perfecta de las enseñanzas y de los deberes

(1) Para el estudio de los fundamentos dogmáticos de la mística, véanse los numerosos tomos que al asunto dedicó el Abate Sauvé, con el título de «Elevaciones Dogmáticas», obra de riquísimo contenido, expuesto en forma brillantísima.—N. del T.
(2) Eph., IV, 4 y sig.

del Cristianismo. Si quisiéramos definirla de breve y exacta manera, cabría decir con mayor razón que es el Cristianismo llevado á sus últimas consecuencias.

Siendo así, claro es que debe encerrar las bases fundamentales de la vida cristiana en su desenvolvimiento y en su armonía más completos, el empleo de la gracia, la aplicación de los medios para obtenerla, la fidelidad más firme del pensamiento y de la voluntad á los fundamentos del edificio entero, á la fe y á la obediencia, al ejercicio de la libertad y á la práctica de la delicadeza de conciencia, todo ello llevado hasta el mayor heroísmo.

9. La mística cristiana contenida en el mismo Cristo.—Pues bien, la apropiación del socorro divino, la sumisión á los mandamientos y la libertad en la actividad, la fe, la caridad, la fidelidad á la conciencia, no tienen más que un solo punto de partida y un solo término, el Salvador Jesucristo, por quien todas las cosas existen y por quien somos nosotros. [1]

«Pues nadie puede echar otro fundamento que aquel que ya está puesto, á saber, Jesucristo». [2]

Por grande que sea un espíritu, y por elevado que sea el fin á que aspira, no le es dado hallar nada más elevado que Jesucristo, «en quien se hallan guardados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia». [3] Y si fuere arrebatado con San Pablo hasta el tercer cielo, obligado estaría á decir con él: «No he juzgado saber entre vosotros otra cosa que Jesucristo, y Jesucristo crucificado». [4]

Por perfecto que un hombre sea, debe, no obstante, aspirar siempre á mayor santidad. Pero jamás encontrará para imitar á alguien que sea más perfecto que Jesucristo, el santo y el justo, [5] el santo de los santos. [6]

Este santo de los santos dignóse compartir nuestras debilidades, y hacerse semejante á nosotros, menos en el pecado, [1] para elevarnos de la bajeza de nuestra debilidad á las alturas de su santidad. Por esta razón, nos invitó á seguirle, con esta sencillísima frase: «Conviéneme cumplir toda justicia». [2] Mas él anduvo ante nosotros siempre más elevado, muy por encima de la mera justicia ordinaria, de tal suerte que el Apóstol pudo decirnos: «Andad en la caridad, á ejemplo del Cristo que nos amó, y se entregó á sí mismo á Dios por nosotros, como oblación y sacrificio de grato aroma». [3]

(1) I Cor., VIII, 6.
(2) I Cor., III, 11.
(3) Col., II, 3.
(4) I Cor., II, 2.
(5) Act. Ap., III, 14.
(6) Dan., IX, 24.

Por eso no se da principiante ni hombre perfecto á quien no puedan aplicarse estas palabras: «Tened los sentimientos de que Jesucristo estaba animado». [4]

Jesucristo, pobremente conocido é imperfectamente imitado, he ahí lo que hace al cristiano principiante. Jesucristo, conocido é imitado en la medida de las fuerzas humanas, he ahí lo que forma al místico, al hombre perfecto, al santo.

(1) Hebr., IV, 15.
(2) Matth., III, 15.
(3) Eph., V, 2.
(4) Phil., II, 5.

CONFERENCIA III

LA MÍSTICA ESPECULATIVA

1. Eterna vacilación entre la teoría y la práctica. —Entre los curiosos contrastes en medio de los cuales agítase la vida humana, debemos también contar las eternas alternativas de predilección exclusiva por la especulación y de odio excesivo contra ella.

En la época de los gnósticos, y algunos siglos aún después de ellos,—por lo menos en Oriente—la pasión por las abstracciones filosóficas y teológicas estaba por encima de todo otro interés. Actualmente preguntámonos, cómo un hombre pudo entusiasmarse por esas extrañas creaciones de una imaginación delirante, con las cuales aquellos herejes trataban de aventajarse recíprocamente. Mas en eso estaba precisamente lo que en esa época se consideraba como el saber más elevado, y arrastraba los espíritus casi hasta la demencia.

La misma tendencia por las especulaciones abstractas fué lo que dió á las discusiones trinitarias y cristológicas la violencia y la duración que son sabidas. El mismo pueblo bajo entusiasmábase por las discusiones filosóficas y dogmáticas más difíciles, de tal suerte que Gregorio Nacianceno reprochábale el descuidar sus propios quehaceres por causa de ello.

Los rudos y oscuros siglos que siguieron pusieron término para siempre á tal espíritu. Mas la escolástica trajo consigo tal furor por los problemas suprasensibles más profundos, que la ciencia histórica y la ciencia experimental tuvieron incontestablemente que sufrir por ello.

Por el contrario, la especulación debió hacer penitencia terrible á partir del momento en que el Humanismo, en lo que se llama la edad de los descubrimientos y del empirismo, persiguió con su odio fanático toda cuestión relativa á los últimos motivos de las cosas. La corriente filosófica obtuvo una vez más la victoria al final del siglo XVIII y en el comienzo del XIX. En esa época, logró tal predominio, que, según cálculos hechos, las nueve décimas partes de la producción literaria de entonces pertenece exclusivamente á la filosofía.

Inútil es decir con qué exceso tal tendencia hubo en corto tiempo de rebosar.

Siempre y en todo, la historia de la humanidad gira entre dos extremos. Siempre y en todos los ramos del saber, después de las más violentas oscilaciones, vuelve á lo antiguo en las cosas esenciales. Siempre en todos los ramos del conocimiento, cada época jura que la tendencia actual que la mueve á obrar jamás existió antes, que es lo más elevado que hay, y que nunca se vió nada semejante. ¡Tres fenómenos de la historia de la civilización ciertamente á propósito para enseñarnos la moderación y la modestia!

2. La repulsión actual tocante á toda especulación hállase aun en el seno de la Iglesia.—Actualmente el desdén de lo que llaman discusión por medio de principios, hállase nuevamente á la orden del día, y solamente aquél puede jactarse de estar á la altura de su época—según la frase favorita en los momentos presentes—que cuente únicamente con los hechos reales ó dispuestos de artificial manera, y que deseche, con la sonrisa en los labios, como materia sofística y escolástica, todas las cuestiones tratadas con cierta profundidad, ó desde puntos de vista más elevados y más generales. Ciencias exactas, ciencias experimentales, ciencias históricas, ó por lo menos críticas, he ahí las únicas ocupaciones á las cuales puede entregarse un sabio, sin perjudicar á su reputación. Quien se aventure en el terreno de la filosofía, y principalmente en el

de la historia de la filosofía, júzgase él mismo por adelantado.

Actualmente, tal espíritu,—que, por otra parte, no es un desconocido, puesto que es el antiguo espíritu del racionalismo y del libre pensamiento—hase hasta ingerido en las esferas cristianas. [1]

«¿Para qué sirven—dícese con frecuencia—los estériles vuelos filosóficos y teológicos de las antiguas escuelas? De nada sirven en el mundo materialista actual. Hoy no vienen los hombres á buscarnos, es decir, al sermón en la iglesia; actualmente vémonos obligados á levantar nuestra cátedra en la plaza pública; hoy, lo que necesitamos, tratándose de oradores, son hombres de acción y no gente que viva en las nubes, no estilitas, que huyen del mundo, no llorones devotos. ¡Fuera, pues, de la sacristía, y á las plazas públicas, á los cafés! [2] Nada de viejas disputas de escuela, sino el conocimiento de la vida práctica. ¡Atrás la envejecida especulación, y viva práctica. ¡Ella es, y principalmente la práctica de la vida social y política, quien nos volverá los hombres».

Que tales teorías sean dócilmente acogidas por numeroso público, nadie lo duda. La razón de ello está en que, de una parte, tienen por base una parcela de verdad, y que, de otra, indican un camino más fácil y más ancho que el angosto sendero escarpado, por el cual los tiempos antiguos más graves han llevado á las puertas del templo.

No debemos, pues, admirarnos de que hayan igualmente penetrado en el terreno de la ascética, de la vida y de la educación cristianas.

«¿Por qué,—dícese, y muchas veces con excelente intención—por qué pretender violentar, aun en la Iglesia, á las personas con la ciencia? ¿No están ya, desde su juventud, de tal manera saturadas de cosas incomprensibles, que más

(1) Esta aserción del autor debe entenderse entre ciertas personas, no en el espíritu de la Iglesia. De otra suerte, la consecuencia fuera horrible.—N. del T.

(2) Ni siempre en la sacristía, ni á todas horas fuera. Lo prudente es el refrán castellano: «A Dios rogando, y con el mazo dando.—N. del T.

bien es alejarlas del Cristianismo, cuando se pretende aplicarlas á esa labor de Sísifo? Y en realidad, ¿qué provecho sacan de esas doctrinas de fe abstractas? Saben lo que más les importa saber; en cuanto á lo demás, no lo comprenden. Con que vivan según la fe, basta; son buenos cristianos. No nos hallamos en tiempos en que se pueda exigir á la gente cosas superfluas en nombre de la religión. Debemos darnos por contentos cuando se llega ya á inculcarles lo más necesario. Limitémonos, pues, á edificarlos un poco, y aun en esto, necesario es andar con moderación. Démonos por muy satisfechos si podemos conservar en ellos las principales prácticas del Cristianismo. Más vale algo que nada».

3. Consecuencias peligrosas que de ahí se derivan respecto á la vida religiosa.—No nos admiremos de que el vulgo tenga ese lenguaje, pues estamos acostumbrados á que, por destruir algunas orugas, arranque el bosque entero. Mas podría esperarse algo mejor por parte de los servidores de Dios. Por un grano de verdad, no debieran hollar toda la semilla del campo del Señor. La gravedad del asunto y el conocimiento de la historia debieran preservarles de tal irreflexión.

Ante todo, el conocimiento de la historia. Quien tan sólo consulte la pequeña colección de las decisiones y de las condenaciones de la Iglesia, reunidas por Denzinger, puede ver qué cantidad de errores y de doctrinas peligrosas, producidas precisamente por los principios que acabamos de mencionar, se ha propagado por medio de la literatura. Con frecuencia esa expansión fué tanto más considerable, cuanto que el pueblo mismo gustaba más de tales producciones.

El gran autor espiritual Luís de la Puente, dice con razón que, en el terreno de la teología mística, los errores son tan posibles y acaso más peligrosos que en el de la teología corriente. [1]

Cuando se llega á no considerar la ciencia dogmática

(1) Lud. a Ponte, *Dux spirit.*, 1, 7, 3.

como punto de partida en la piedad y en la vida cristiana, sino á reemplazar la fe por la pretensa práctica ó por piadosas prácticas, inventadas al gusto de cada cual, es abrir el camino á los más peligrosos errores. Basta con citar nombres como los de Molinos, de Madame de Guyon, de Quesnell, de Eckartshausen, para tener la más completa prueba de lo que aventuramos. [1]

Las cosas deben forzosamente llegar ahí. Las únicas palabras que esa tendencia que acabamos de censurar gusta decir: *con tal de vivir según la fe*, demuéstranlo suficientemente.

Significan tres cosas. Primeramente, que los hombres deben tener fe, después, que únicamente en conformidad con eso existe la vida, y por último, que ésta debe regularse según la fe.

Pero si la fe desaparece ó se torna defectuosa, si la vida debe reemplazarla ó aun crearla, la consecuencia es la misma que cuando un padre, en vez de educar y dirigir á su hijo, le deja crecer y portarse como bien le plazca, y después, más adelante, cuando se halla enteramente depravado, le pasa por todo, para no disgustarle ni alejarle enteramente de sí.

Nuestra época es, desgraciadamente, un testigo de quien podríamos y hasta deberíamos invocar su testimonio en esta materia. Los principios que acabamos de citar han, ¡ay! dado su fruto sobrado pronto.

Poseemos toda una literatura que se dice edificante, la cual, de concierto con un arte igualmente edificante, pero igualmente dañoso, parece haber tomado empeño en minar en el pueblo lo serio de la vida cristiana y la solidez de la piedad. ¡Puedan quienes llevan el peso de esa res-

(1) La moral, y con ella toda práctica religiosa, como se pretende en el llamado neo-cristianismo, cristianismo sin dogma, es la más grande de las ilusiones; suprimido el elemento de la fe, desaparece la base de la moral; y así todo el edificio se viene á tierra. Quienes deseen lectura piadosa sólida, sustentada sobre la roca firme del dogma, lean los admirables libros de Monseñor Gay, y los copiosos y sólidos, al par que brillantes trabajos del Abate Sauvé.—N. del T.

ponsabilidad cumplir sus deberes con mayor brío! En esa desgraciada literatura, en esos libros de oraciones y de meditaciones, y más aún en esas revistas religiosas, fácil sería coleccionar no pocos funestos errores. No obstante, este mal no es el más considerable, pues no penetra quizá muy adentro en los espíritus. Mas lo que causa daños incomparablemente mayores, es, por una parte, el sentimentalismo insípido que contienen tantas obras leídas por mujeres, por las jóvenes y por los niños, y, por otra, la explotación de esa inclinación enfermiza por todo lo nuevo, sorprendente, extraordinario, de esa afición á lo siniestro, á lo lúgubre, á lo horrible, á lo perturbador, á propósito de lo cual, bajo capa de religión, muchas revistas aparecen como dignos cómplices de nuestras novelas sensacionales.

4. Una piedad sana y vida mejor lograránse únicamente volviendo á la ciencia eclesiástica.—En esta materia igualmente, necesitamos asentar de nuevo los límites que tiempos mejores habían señalado con tanto cuidado, y que, desde entonces, han sufrido varios cambios.

Pues bien, la piedra más importante fué colocada antes de ahora por el Príncipe de los Apóstoles, jefe de la Iglesia, y eso en términos tan claros y tan decisivos, que podría creerse que los escribió expresamente para nuestra época.

«No es—dice—por medio de fábulas hábilmente compuestas, [1] como os hemos hecho conocer el poder y el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, sino que es por haber visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la gloria de su majestad hízole oir una voz que decía: «Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias». Y nosotros mismos hemos oído esa voz que bajaba del cielo, cuando nos hallábamos con él sobre la santa montaña. Tenemos además los oráculos de los profetas actualmente confirmados con su cumplimiento; bien hacéis en prestarles atención como á una lámpara que luce en lugar obscu-

(1) *οὐ σεσοφισμένοις μύθοις*: 2 Petr., I, 16.

ro, hasta que aparezca el día, y la estrella matutina se levante en vuestros corazones. Pero sabed ante todo que ninguna profecía de la Escritura tiene su propia interpretación; pues no por voluntad de hombre fué dada jamás una profecía, sino que, movidos por el Espíritu Santo, han los hombres hablado de parte de Dios». [1]

Si el Apóstol, que puede demostrar por medio de milagros la verdad de lo que dice, afirma que vió al Salvador Jesús cara á cara, y oído con sus propios oídos la voz de Dios, no presta gran importancia á eso, para atar corto toda acusación de ilusión por parte de la incredulidad, ¿qué pensaremos entonces de un espíritu que cree poder reemplazar ó confirmar el santo Evangelio y la doctrina de los Apóstoles con las invenciones de una imaginación sobreexcitada?

Si el mismo Apóstol concede á la sagrada Escritura, en cuanto es base inatacable, mayor eficacia que á su propio testimonio, para convencer á los infieles é instruir á los fieles, ¿qué nos hemos hecho nosotros? ¿Qué hemos hecho del Cristianismo? Porque no sentimos gusto por la palabra de Dios; no nos basta; creemos poder hacerla más aceptable añadiéndole nuestras propias elucubraciones, más conforme con la época mutilándola, y más eficaz acomodándola á nuestro gusto.

¡Y después nos asombramos, parécenos mal que otros se levanten de hombros, cuando les hablamos, y nos contesten: «¡Todo eso son invenciones humanas!»

Por otra parte, ¿qué predicamos ordinariamente? ¿Es la palabra de Dios, ó bien son humanos pensamientos? ¿Á quién alcanza este cargo? ¿Á quiénes ven el defecto de la coraza, ó á nosotros que les proporcionamos ocasión de ejercer sus críticas?

Que no se nos diga que, para conocer la verdad, tiene el Cristianismo además fuentes distintas de la Sagrada Escritura. Como todo cristiano, sabemos que nuestra religión no es una ciencia libresca, una colección de epístolas

(1) II Petr., I, 16-21.

muertas, sino que es espíritu y vida. [1] Pues bien, la sagrada Escritura no es un libro muerto; es un libro inspirado por el Espíritu de Dios y animado de su soplo vivo. Por esa razón es la primera y más importante fuente en donde los hombres deben tomar su regla de fe [2] y su regla de vida, es decir, el conocimiento de Jesucristo.

¿Qué somos sin Jesucristo? ¿Cómo nos acercaremos á él, si no le conocemos? Pues bien, ¿de qué manera podemos conocerle mejor que por su propia palabra?

¿Creeremos, por ventura, que quien no tiene sino muy imperfecta noción de la fuente más importante para conocer á Jesucristo, conoce mejor las otras? ¿Encontramos en aquellos que prestan tan escasa atención á la Sagrada Escritura mayor conocimiento de los santos Padres, conocimientos teológicos más considerables? Nos abstenemos de contestar.

Una vida que honra á la Iglesia y al nombre cristiano, ¿puede crecer y desarrollarse en las áridas estepas y sobre los arenosos montículos de las opiniones que privan, de ideas propias, inestables y pasajeras, que jamás vense regadas por una gota de rocío de la palabra celeste, ni por el más insignificante regato procedente del seno de la Iglesia? Eso fuera pedir milagros; y más aún que milagros.

¡Y nos quejamos de las escrecencias y de las mutilaciones de que se encuentra llena la actual vida cristiana! ¡Lloramos nuestra debilidad y nuestra inferioridad! Y luego, después de esto, tiénese el valor de decir que una de las causas principales de tal estado es el retorno á la vieja teología de antaño!

¡Á Dios pluguiera que tuviésemos el espíritu de los antiguos tiempos, el Espíritu de los santos Padres, que se alimentaron en la Sagrada Escritura, el espíritu de Santo Tomás, de quien el cardenal Cayetano dijo que había en sí con-

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 218 y sig.
(2) Conviene no tomar de absoluta manera esta frase; la Sagrada Escritura, sí, es fuente de la Revelación; pero es libro muerto, y que se presta á falsificaciones de doctrina, si falta la declaración ó enseñanza de la Iglesia, su intérprete genuino, seguro ó infalible.—N. del T.

centrado la médula de todos los Padres, el espíritu de los grandes teólogos y de los grandes ascetas, que, por sus trabajos, sus oraciones, sus esfuerzos para llegar á la santidad, llenáronse del espíritu de la Iglesia! La ciencia, la piedad y la vida eclesiásticas serían muy distintas de lo que actualmente son.

¿De qué manera, en efecto, esas épocas que se han distinguido de la nuestra por un sentimiento religioso más sano, una vida cristiana más vigorosa, por esfuerzos más enérgicos para llegar á la santidad, han llegado á ese resultado? Mediante una energía más grande, es verdad, pero también mediante un saber más sólido, más eclesiástico.

Ciertamente, háblase de una separación, hasta de una oposición entre la escolástica y la mística. (1) Mas, como ya hemos dicho, tales palabras demuestran singular ignorancia de la historia y de la materia de que aquí se trata. Los místicos y los ascetas más notables, San Buenaventura, Dionisio Cartujano, Felipe de la Santísima Trinidad, Antonio del Espíritu Santo, Brancato de Laurea, Luís de Granada, Alvarez de Paz, Lesio, Masoulié, para no citar más que algunos nombres, son al propio tiempo eminentes teólogos. Por el contrario, las obras teológicas de San Antonino, de Contensón, de Bail, de Tomasino, sirven de igual manera para la edificación y para la instrucción. Y los grandes exegetas, esos hombres por desgracia sobrado olvidados, cuyas obras llenas de ciencia y de piedad son inagotable mina para la teología, la ascética y la predicación, Luís de la Puente, Toledo, Belarmino, Ribera, Agelio, Estio, Maldonado, Pineda, Pinto, Justiniano, Florerio, Bernardino de Piconio, y tantos otros, ¿no son maestros distinguidos de la vida espiritual, y seguros guías para llegar á la ciencia de los santos? (2)

(1) La mejor respuesta á esta acusación es la *Teología mística* de Vallgornera, sencillamente una *Catena* de Tomás de Aquino.

(2) Entre las obras edificantes de lectura y devoción (desgraciadamente muy descuidadas) recomendamos (además de los Padres, y singularmente de San Agustín para los Salmos y el evangelio de Juan, S. Crisóstomo para el de

5. La ciencia de los santos.—¡Ay! estas palabras que acabamos de escribir pártennos el corazón. Pues, desgraciadamente, de tal suerte hemos olvidado la ciencia de los santos, que ni siquiera la entendemos. ¡Ah! ¡Cómo las cosas cambiarían pronto de aspecto, si esa ciencia lograse de nuevo derecho de ciudadanía entre nosotros!

Dícese á veces: «Dios sabe porqué motivos el Cristianismo, la piedad, el sentimiento religioso, no se armonizan con la ciencia; la Iglesia mira á ésta con aire desconfiado».

Nada más falso, suponiendo que se trate de la verdadera ciencia. Ciertamente, la Iglesia no puede ser favorable á una ciencia falsa y peligrosa. Ante una ciencia indiferente, debe igualmente permanecer indiferente. Mas, desechando una filosofía como la de Spinoza, Stirner y Nietzsche, (1) no causa ciertamente más perjuicio á la ciencia que descuida sus deberes, cuando no dice que sí ni que no á la cuestión de saber si se encuentra agua en Marzo.

Que no mira ella á la ciencia como única misión y más elevado fin del hombre; que teme de su parte, si se la cultiva de sobrado exclusiva manera, una atrofía del corazón,

Mateo, el de Juan y las Epístolas de Pablo, y Gregorio el Grande para Job), Oleaster, *Coment. in Pentateuchum;* las homilias del obispo Eberhard para el Génesis y demás libros de Moisés; Dionysius Carthusianus, *Comment. in psalmos;* Berthier, *Les psaumes avee des notes et des reflèxions;* Maurus Wolter, *Psallite sapienter;* König, *Theologie der Psalmen;* J. Schmitt, *Salm.* 118; Zschokke, *Theologia der Propheten*, sus libros sobre la *Sabiduría del Antiguo Testamento*, *L' Évangile médité*, traducido en todos idiomas por Girandeau); Bernard. de Piconio, *Expositio Epistolorum S. Pauli;* Didaeus Stella, *Comment. in Evangelium Lucae*, también los dos *Comentarios de los Evangelios y de las cartas* de Natal Alejandro; Sylveira, *Comment. in Apocalypsim* (en verdad, ningún Comentario, pero una mina inagotable de las más excelentes materias de meditación) y Henr. Marcellius, *Theologia Scripturae divinae.* (*)

(*) En España tenemos una mina riquísima en los místicos españoles; y, además, quienes no puedan ser los originales, tienen la hermosa Coleccion de Homilias y Sermones de los Santos Padres, puestos en castellano bajo la dirección del sabio y difunto Sr. Caminero.—N. del T.

(1) En España no faltan ilusos admiradores de la doctrina, loca, del filósofo alemán; merece verse el estudio á él referente en la Revista «Etudes...», de los PP. Jesuítas.—N. del T.

negligencia en la voluntad, por consiguiente, una mutilación del hombre y una falsa educación de la humanidad; que está convencida de que jamás la ciencia sola no podrá labrar la dicha del género humano; en una palabra, que con el Apóstol aconseja, en los esfuerzos hechos para apropiársela, la razón, la mesura y el dominio personal, es perfectamente exacto. (1) Mas, en ello, no se ve sombra de hostilidad contra la ciencia. El sabio dice también: «No seas más sabio de lo necesario, por temor de no hacerte estúpido». (2) Los griegos pensaban lo mismo, dando tan grandes alabanzas á la σωφροσύνη. (3) Y el proverbio alemán dice con cierta crudeza: «No hay peores locos que los sabios locos». (4)

No, esa prudente reserva no demuestra en manera alguna aversión á la ciencia. Es, por el contrario, señal de legítima solicitud por su prosperidad. Por eso en manera alguna creemos hallarnos en contradicción con el espíritu del Cristianismo y la práctica de la Iglesia, censurando, como acabamos de hacerlo, el desdén respecto de la ciencia y el entusiasmo exclusivo por la sediciente vida práctica.

Más bien decimos, con la mayor seguridad, y la convicción más profunda, hablando en sentido de la Revelación cristiana: Si queremos verdaderamente dar pruebas de que somos cristianos superiores á las funestas corrientes de la época: «si tomamos con formalidad el culto de Dios, de ese Dios á quien la Escritura llama el Dios de las ciencias»; (5) si no queremos que en nosotros se cumpla la amenaza: «Porque has desechado la ciencia, yo también te desecho», (6) debemos contar la formación de la inteligencia de igual manera entre nuestros deberes de cristianos, que la

(1) Rom., XII, 2.
(2) Eccl., VII, 17. Prov., XXIII, 4.
(3) Sofrosine, es decir, moderación, templanza; esta nota se halla en el estudio de la Estética Griega, y fácil es verla, prácticamente, en su arte y en su literatura.—N. del T.
(4) Así pasó con Hegel; la Astronomía se encargó de demostrárselo.—N. del T.
(5) I Reg., II, 3.
(6) Apoc., IV, 6.

de la voluntad y la del corazón; y debemos tratar de alcanzar en la práctica de la ciencia,—digamos mejor en la virtud de la ciencia,—como en cualquiera otra virtud, la mayor perfección posible.

Nadie tiene derecho para excluirse de tal obligación, refiriéndose al Cristianismo. Ciertamente, nuestra religión no exige que todos sus seguidores sean sabios, más impone á la conciencia de cada cual, como un deber, el cultivar sus disposiciones intelectuales, en la medida de sus fuerzas y según su situación. Quien esconde su talento, omite la práctica de una virtud cristiana que entra en los deberes de su estado.

Ya en tal sentido háblase de una ciencia de los santos. Cultivar la ciencia como el cumplimiento de un deber con relación á Dios, y como medio de aprender á conocer las verdades más elevadas, el camino que á Dios nos lleva, Dios mismo, es hacer de la ciencia una virtud y un medio de santificación.

Más esta expresión tiene también otro sentido.

En donde reina el Espíritu de Dios, allí también se da salud y vida. No se puede hallar esa especie de hidropesía intelectual de la cual es causa una ciencia falsa, y que hace afluir á la cabeza todos los humores, mientras que, por el contrario, el corazón, la voluntad y el carácter agóstanse, allí en donde se dán verdaderos esfuerzos para llegar á la santidad, es decir al hombre verdadero y completo. Para quien cultiva la ciencia al modo de los santos, dicho se está que adelanta en el amor á la verdad, en la práctica del bien, en la purificación del corazón, en la vigorización de la voluntad, y en la terminación del hombre completo, en grado igual á su engrandecimiento en penetración intelectual y en experiencia.

La razón por la cual los santos hicieron todos sus esfuerzos para llegar al más elevado grado en la ciencia, está en que la consideraban como base de la actividad moral, y que para llegar al más alto grado de la perfección, necesario es poseer las mas grandes luces de la inteligen-

cia. Creían, como San Bernardo, que, sin la caridad, la ciencia engendra el orgullo, y que la caridad sin la ciencia lleva al error. (1) Procedieron como hombres reflexivos. Jamás dieron un paso adelante en la ciencia, sin dar igualmente un paso en la vida espiritual, fieles en eso á la exhortación del Apóstol: «Debéis andar de manera digna del Señor, y agradarle en todo, dando fruto en toda clase de buenas obras y adelantando en el conocimiento de Dios». (2)

6. Cuán necesario nos es el tener hombres juntamente sabios y santos.—Quien procede según ese principio; aquél en quien todo progreso en la ciencia es una impulsión al progreso en la piedad y en la práctica de la virtud, no necesita temer el poder llevar sobrado lejos sus esfuerzos para desarrollar su inteligencia. Por el contrario, nunca se le exhortaría demasiado á que cultivase la ciencia, lo mismo que cualquiera otra virtud, hasta la más elevada perfección, es decir, siempre y continuamente.

Si esta exhortación fué siempre útil, eslo de manera enteramente especial para esta generación sin energía, que apenas levanta de la tierra sus miradas, para esta época impaciente en obrar sin haber aprendido nada, ávida de recoger sin haber sembrado cosa, para esas almas mercenarias que ponen siempre esta cuestión tocante á todo cuanto se les dice referente al aprender: «¿Qué provecho sacaré de ahí? ¿En cuánto tiempo?»

Ciertamente, necesitamos hombres de acción, hombres que tengan conciencia de su fin, hombres incansables, entusiastas, hombres aptos para las grandes cosas. Mas eso todavía no basta, falta mucho. Necesitamos hombres completos, capaces de los mayores sacrificios. Únicamente esos podrán ser de alguna utilidad á la época y al reino de Dios, cuyos esfuerzos superan á lo mediano de los esfuerzos humanos.

Mas precisamente porque tenemos necesidad de tales

(1) Bernard., *Cant.* 69, 2.
(2) Col., I, 10.

hombres, necesitamos también aquellos que, desde el punto de vista intelectual, superen en mucho á lo mediano de los sabios ordinarios. Necesitamos hombres que superen á la gente del mundo en la penetración de las cosas divinas y profanas, hombres, á quienes su conocimiento profundo de Dios y del mundo los ponga sobre las medianías, sobre la vacilación y las contradicciones eternas de donde jamás éste último es capaz de salir.

Ciertamente, el Espíritu Santo danos esa aptitud mediante el don de sabiduría; pero, con eso, no se dice que quiera él descargarnos de la obligación de aspirar á la sabiduría y á la ciencia. Por el contrario, precisamente por tener sobrenatural socorro para llegar á esas virtudes, vémonos doblemente obligados á apropiárnoslas y desarrollarlas en nosotros hasta el más alto grado posible.

La luz sobrenatural de la Revelación ábrenos sorprendente camino sobre una escala elevada capaz de causarnos vértigo, que debe subir el espíritu si quiere llegar á la cumbre de esa ciencia, el acceso de la cual hácesele posible cuando se halla iluminado por la fe y vigorizado por los dones del Espíritu Santo.

Quienes temen que la fe y la piedad causen naturalmente daño á la actividad del pensamiento, no saben lo que dicen. Casi siempre desconocen hasta los nombres de los grados elevados que el espíritu debe atravesar en esa vía.

Ciertamente, la filosofía, principalmente la filosofía platónica, dió algunas miradas profundas sobre algunos de ellos. En punto á la cuestión de saber si pudo naturalmente atravesarlos mediante sus propias fuerzas, ó si debe ese secreto al Cristianismo, no la trataremos aquí. Como quiera que sea, bien que haya dado en algunos errores, es, en ese sentido, muy superior á nuestra ciencia actual. (1) Pero únicamente la doctrina cristiana es quien penetró por entero y sin error en ese dominio, el más difícil y más elevado que existe; y únicamente guiado por ella,

(1) V. acerca de ese punto á Hugo de S. Víctor *In Ecclesiastem, hom.* 10 (Migne, 175, 177).

es dado orientarse en él sin temor de equivocarse. [1]

Ciertamente, no se exige que cada cristiano escale las más elevadas y solitarias cumbres del monte de la contemplación. Quienquiera que lo quisiese, ni aun lo podría, sin una gracia extraordinaria y especial de Dios. Mas lo que fuera de desear, y que sería de gran utilidad para el mundo cristiano, es que hubiese personas muy versadas en el conocimiento de todo lo referente á la salvación, personas conocedoras á fondo, y capaces de enseñar á los demás la grandeza de Dios, la pequeñez del hombre, los designios de la Sabiduría y de la Providencia divinas, la vida del mundo, la gracia y sus efectos, la corrupción de la naturaleza humana, los laberintos del corazón humano, los peligros que deben evitarse en la senda de la vida, el arte de vencer las tentaciones, los medios de alcanzar el fin, lo natural y lo sobrenatural, en una palabra, como antes se decía, hombres *de Dios*.

Un gran peligro para nuestra época, y una de las principales razones porque la vida cristiana se practica de tan defectuosa y superficial manera, al propio tiempo que deja aparecer tantas excrecencias, que con frecuencia suministran á los enemigos de la Iglesia ocasión para justos reproches ó maliciosos ataques, está en que nos faltan hombres penetrados del Espíritu de Dios.

En una época en que todo es público, y en donde todo viene dirigido por la sediciente opinión pública, aun la piedad; en una época en que numerosas revistas y hojas religiosas ejercen incalculable influencia sobre el pensamiento del pueblo cristiano, necesitaríamos más que nunca tales faros, á la luz de los cuales el fiel pudiera orientarse, y

(1) Visto el fin que nos proponemos aquí, superfluo fuera el tratar de la doctrina de la contemplación y de sus diferentes grados. Quien desee noticias tocantes á este asunto puede ver todos los místicos, por ejemplo, Ricardo de S. Vict., *Benjamin major*, l. 1-5 (Migne, 196, 63-192); Thomas de Jesus, *De contemplatione*, libri 6; Godínez, *Theol. myst.*, l. 4-6; Schram, *Theol. myst.*, § 238-326; Alvarez de Paz, l. III, 5; Philipp. a S. Trinitate, *Theol. myst.*, II, tr. 1, tr. 3; Ribet, *La mystique*, (2) I, 180 y sig.; Wetzer und Weltes, *Kirchenlexikon*, (2) II, 496-510.

la vida cristiana evitar los escollos que por doquiera la rodean.

Mas en vez de eso, cábenos el dolor de atestar que los espíritus que retienen esos medios de acción son espíritus que lisonjean el espíritu corrompido de la época en vez de mejorarle, espíritus formadores de maestros sin haber ellos aprendido, espíritus que creen poder reemplazar la ciencia que les falta por medio de un celo mal aconsejado, espíritus que, á causa de su inexperiencia, caminan con tanta mayor seguridad por esa ruta equivocada, cuanto que, astutos enemigos, aprovéchanse mejor de tales abusos para minar en sus bases la piedad cristiana y hasta la fe.

Por eso no rogaríamos, ni exhortaríamos, ni conjuraríamos bastante á quienes sirven al santuario, á los heraldos de la divina palabra y á los directoros de almas, que tomasen á pecho las miserias de la época, los peligros que corren las almas, las necesidades de la Iglesia, las llamadas de Dios, y hacer lo posible por adquirir una ciencia tan completa y tan profunda cuanto posible sea en todos los ramos, pero sobre todo la ciencia sagrada. «La ciencia verdadera unida á la piedad no podría causar extravío;—dice Santa Teresa—mas la falta de solidez y de profundidad en el conocimiento de la palabra de Dios, es uno de los principales motivos por los cuales el poder del mal hace tantos progresos». [1]

7. Lo que más necesitamos actualmente, es la renovación de la ciencia de los santos. —No nos lamentemos, pues, y no nos irritemos por los males presentes. Los hombres son quienes forman los tiempos;—dice San Agustín—[2] los hombres son los tiempos, y nosotros también formamos parte de los hombres; nosotros tenemos nuestra parte de culpabilidad en esas desdichas que lloramos.

Dolémonos, y con razón, de la pobreza de la fe, de la falta de inteligencia respecto de lo sobrenatural, y del estado de parálisis en que se hallan el amor á Dios, el afán por

(1) Sainte Thérése, *Vie*, chap. 5, 13 y sig.
(2) Augustin., *Sermo* 80, 8; 167, 1; 311, 8.

la salvación de las almas, el celo por la defensa de la verdad. Dolémonos, y con razón, de que el ideal y el heroísmo desaparezcan, que la abnegación personal y el valor para sacrificarse no existan, que ya no haya en los corazones ánimo, ni entusiasmo. Irritámonos, y con razón, porque la piedad se manifieste con frecuencia de tan poco ilustrada manera, que más bien resulta dañosa que útil á causa de la impetuosidad irreflexiva de que da pruebas, porque emplea medios y se muestra bajo formas á propósito para alejar de ella las masas, y principalmente á las personas instruídas.

Mas ¿por qué nos limitamos á gemir, á quejarnos, á irritarnos, y quizá también alguna vez á criticar? ¿Acaso con eso ponemos remedio al mal? ¿No nos fuera mejor, y no está en nuestra mano, extender más sanos pareceres, ó á lo menos, despertar su necesidad y provocarla? ¿No es precisamente la ojeada que damos á tantos abusos, que deploramos, la que debería movernos á ello? ¿Por qué Dios nos otorgó el ver más profundamente que esos miles de personas que se encuentran bien con esa vida, sino para difundir sus luces, y obrar así sobre nuestra época enferma de manera purificadora y edificante?

¡Atrás, pues, esas censuras estériles y exageradas! No todo es censurable en lo que el espíritu del mundo, hecho extraño á Dios, critica en la vida de los cristianos. Todo lo que nosotros vituperamos tampoco es para rechazado. Todos los espíritus, todas las inclinaciones deben ser tenidas en cuenta en el Cristianismo, y por eso también él debe marcar direcciones diferentes.

Dejemos, pues, á los demás libertad en las cosas que se armonizan con su espíritu, puesto que la reclamamos para nosotros.

Mas todo aquello que no puede conciliarse con la dignidad y la formalidad de la fe, debemos intentar mejorarlo con modestia, dulzura, paciencia, ante todo enseñando y trabajando en hacer que predominen principios mejores y más sanos.

Hermosa labor espera, pues, á quien posea el espíritu de Dios. Cumpliéndola, se atraerá seguramente los divinos favores. Ofrecer nuevamente en toda su pureza, á los ojos del mundo, las doctrinas desconocidas del Cristianismo; penetrar nosotros mismos en sus profundidades y manifestar á los demás su poder, relativamente á la vida espiritual propia; hacer brillar como faro luminoso la ciencia de los santos tan olvidada, para que á su claridad pueda el pueblo cristiano instruirse, edificarse, y orientar con nueva fuerza su conducta hacia el fin más elevado, en verdad ¿cabe pensar algo más hermoso?

¡Trabajemos pues! La labor que indicamos merece la pena de emprenderse. ¡Cuántas veces oímos esta frase: «Necesitamos santos!» Sí, es una frase verdadera y digna de toda atención. ¡Pues bien! Cada cual puede ser santo, puesto que cada cual destinado está á la santidad. Mas para serlo, necesario es comenzar. Pues bien, lo que constituye el comienzo en ese camino, es el estudio de la ciencia de los santos y su imitación, en la medida de lo posible, con la voluntad resuelta de ser santo á cualquier precio, y sea el que fuere el tiempo necesario para llegar á serlo.

Apéndice I

LO SOBRENATURAL COMO REGLA DEL PENSAMIENTO CRISTIANO

1. Los tres medios para lograr que salga la Iglesia del rebajamiento y de la opresión.—En su *Historia de la literatura española en la Edad Media*, [1] Luís Claro cita un romance conmovedor, del cual véase el asunto. El papa hállase en la terraza de su palacio. Triste y afligido, contempla á sus pies la tiara que cayó de su cabeza. Cubierto está de polvo y de sudor, como el sumo sacerdote en el día de sacrificio. Sus miradas penetran en la ciudad, que á lo lejos se extiende. La reina del mundo descendió al nivel de una ciudad vulgar. La esclavitud ó la muerte son la suerte de quien quiera permanecer fiel á la Iglesia. Los cardenales y los obispos hállanse aherrojados, las reliquias de los santos esparcidas andan sobre la arena, las iglesias en manos del pillaje. Las siete colinas repiten los gemidos de las matronas. Sus hijos y sus hijas vendidos como esclavos. No se ve cónsul ni senador. No aparece ningún Horacio; los romanos más bien son Coriolanos. Nada de terrestre socorro, ni perspectiva alguna de verlo llegar, ni de las alturas del Lacio, ni de los llanos de la Campania, ni del desierto mar. Nada más que enemigos y opresores, que llenan las calles todas. El único punto á donde todavía se pueda mirar, es el cielo. ¡Ay! Cerrado está. Mas puede abrirse. Pues cuanto más abandonados de la tierra, más nos empuja la necesidad á buscar por ese lado la salvación y la libertad.

Ese romance, descripción poética de pasados acontecimientos, ¿no podría también aplicarse á nuestra situación

(1) Clarus, *Span. Literatur im Mittelalter*, 1, 176.

actual? Parécenos, efectivamente, que no tenemos razón para andar repitiendo incesantemente, ante los males y sufrimientos de nuestra época, que nunca las cosas anduvieron tan mal.

La Iglesia de Dios vió ya numerosos días sombríos, y difícil es decir cuáles fueron para ella los más duros. Pues bien, siempre, en horas tales, es cuando mostró ella su verdadero espíritu. No se salvó mediante el socorro de humano poder, sino tomando fuerzas de lo alto, y renovándose interiormente. Así, no solamente rompió los obstáculos que la rodeaban, sino que más que nunca tuvo conciencia de la fuerza divina que en ella habita. En esos tiempos de aflicción y de tristeza, su salvación estuvo siempre en la oración: «He levantado los ojos hacia los montes santos de donde podrá llegarme el socorro. Este socorro me llegará del Señor que hizo el cielo y la tierra». [1] Jamás la debilitó el poder del mundo; siempre, por el contrario, lo que la debilitó, fué la entrada de su espíritu en su seno. Tan luego consigue alejar de sus miembros la inclinación judaica hacia los ídolos de este mundo, y llenarlos con su propio espíritu, el espíritu de los hijos de Dios, su triunfo es completo. Tal triunfo raras veces es una victoria exterior, mas, por el contrario, resulta una victoria espiritual tanto más gloriosa. Recuérdese tan sólo la Contrareforma en el siglo XVI.

En la historia de la Iglesia, vemos siempre un período de abajamiento y de opresión seguido de una época de renovamiento y del más grande esplendor. Pues bien, el medio á favor del cual se ha obrado esa transformación fué siempre triple: volver á lo interior, á la penitencia y á la oración, un esfuerzo para llegar á la verdadera santidad, y una elevación hacia la vida sobrenatural.

2. ¿Cómo los empleamos en las presentes necesidades?—Los tiempos que atravesamos son para el pueblo cristiano tiempos de prueba. «¿En qué consiste, ¡oh Israel!, que al presente os halláis en el país de vuestros ene-

(1) Psalm., CXX, 1, 2.

migos, qué envejezcáis en tierra extraña, y que os manchéis al contacto de los muertos?»

He aquí la respuesta: «Porque habéis abandonado la fuente de la sabiduría. Pues si hubierais caminado por las sendas del Señor, habríais seguramente permanecido en eterna paz. Aprended, pues, ahora en donde se halla la prudencia, en donde la fuerza, en donde la inteligencia». [1]

Tomar bien á pechos esa exhortación del santo profeta, es lo más conforme que puede haber con estos tiempos. Contiene tan bien el conocimiento de la verdadera causa de nuestra miseria, que nos muestra el único camino posible de salvación. ¿Pero vamos por ese camino? ¿Podemos decir, por lo menos, tocante á lo que nos concierne, que comprendemos verdaderamente lo que nos falta, y á donde es necesario ir á buscar el único remedio para la situación presente?

De todo corazón quisiéramos poder contestar de afirmativa manera á esas dos preguntas. Mas, hablando con franqueza, tememos lastimar la verdad, respondiendo inmediatamente que sí. Por eso queremos primeramente examinar minuciosamente la situación, para poder emitir acertado juicio acerca de ella.

Para lograrlo, haremos otras dos preguntas. ¿En dónde nos encontramos respecto del conocimiento de los males presentes y de los remedios que contra ellos tenemos que emplear? ¿Qué uso hacemos de tal conocimiento y de tales remedios?

Responderemos inmediatamente á la primera de tales preguntas, reservando la segunda para la conferencia siguiente.

3. Aprecio de lo sobrenatural en los antiguos tiempos.—¿Podemos afirmar que poseemos claro conocimiento del origen de nuestros males, y de los remedios que debemos llevarles? Es cosa que no nos atrevemos á confesar. Pues parécenos que nos hallamos sobrado dispuestos á mirarnos con cierta complacencia personal, á dar alabanzas á

(1) Bar., III, 10 y sig.

nuestro tiempo, y á oscurecer los tiempos pasados—buenos y malos—para colocarnos en más favorable luz.

No hablaremos detenidamente aquí de aquellos tiempos de fe, llamados la Edad Media. Si, como ocurre con frecuencia, danse acerca de ellos los más duros juicios, en nuestras propias esferas, no otorgaremos á esas críticas mayor importancia de la merecida. Tales apreciaciones son hijas del desconocimiento de la realidad, y de los esfuerzos para ganarse los favores de nuestro tiempo, igualmente que para lograr reputación de personas libres de todo prejuicio.

La única desgracia que en eso haya, es que ese severo juicio toca, no á la vida, sino á la fe de nuestros padres. Éstos, es verdad, cometieron numerosas faltas; pero también nosotros nos confesamos culpables. Con sólo eso basta para impedir á todo hombre honrado el condenarlos por tal motivo.

Mas no todos proceden de igual manera. Precisamente porque cometieron faltas, censúrase muy severamente su manera de considerar la vida, y el espíritu que—dicen—fué causa de los males de aquellos tiempos. Pues bien, no solamente hay en ello grosera mentira y flagrante injusticia; hay también, para decirlo sin rodeos, grave ataque, hasta verdadera blasfemia, contra la fe en lo sobrenatural mismo.

Lléganse á presentar de tal suerte las cosas, que parece que las faltas de que la Edad Media se hizo culpable tocante á la vida, fueron natural consecuencia de sus tendencias intelectuales. Acúsasela de haber orientado su pensamiento solamente en sentido de lo sobrenatural, y, por lo tanto, de haber descuidado sus deberes terrenos.

Pero si nos mostramos severos con las faltas de nuestros padres, creo que no llevaremos la hipocresía hasta disculparnos á nosotros mismos. ¿De dónde proceden, pues, nuestros defectos, que en nada ceden á los de la Edad Media? ¿No sería más razonable el creer que los mismos efectos suponen las mismas causas? Pues bien, entre nosotros el mal no procede ciertamente de la excesiva estimación de

las cosas sobrenaturales. Entre la gente de la Edad Media, hubo también una causa por la cual no se les puede acusar, dada la debilidad de la naturaleza humana; y esa causa consiste en que, con frecuencia, en la práctica, fueron infieles á principios que apreciaban ellos en su cabeza y en su corazón,

Es muy de sentir. Mas la falta no recae sobre su fe, procede tan sólo del olvido en que la tuvieron durante su vida. Afortunadamente, su espíritu vuelto estaba hacia el lado de lo sobrenatural. Poseían interiormente la verdadera luz, que para ellos era el faro merced al cual podían orientarse desde que nuevamente se dirigían al puerto de salvación.

Nosotros, por el contrario, precipitámonos locamente en el mar agitado, y dejamos que se apague la luz encendida por Dios en nosotros, sólo con la criminal intención de poder alabarnos—si caemos en tinieblas desde el primer momento—de haber sido nuestros propios salvadores, con el pobre cabo de vela que habíamos tomado con nosotros en nuestro débil esquife.

4. Consecuencias del desarrollo racionalista.—De esta suerte, la mirada que dimos á la Edad Media, en vez de hacernos conocer la causa de nuestra miseria y los medios de suprimirla, no sirve más que para afirmarnos todavía más en nuestras ilusiones personales.

Puesto que así sucede, dirijámonos á un pasado menos lejano y al presente. Quizá seamos menos rebeldes á la verdad.

Préstase generalmente poca atención al período que se extiende inmediatamente antes de nosotros, y que se llama período del libre pensamiento. El necio orgullo de la razón abusó con tanta frecuencia de esa frase, que apenas es dado pronunciarla, sin que al punto se produzca una sonrisa de lástima. Y, sin embargo, ¿quién sabe si, al proceder de ese modo, no somos injustos con ella, en cuanto que de nosotros mismos se trata? En todo caso, más útil nos fuera, si en vez de mofarnos del racionalismo, nos pre-

guntásemos en qué consiste su falsedad, y por qué se hizo con tan justo motivo objeto de burla. Por lo menos, veríamos el escollo con que ha chocado, y podríamos tomar nuestras medidas para evitarlo.

Fácilmente dejámonos llevar á no conceder al racionalismo su justo valor, y á pasar sobre él como sobre un error fastidioso, del cual nada tenemos que temer actualmente. Pues bien, es cuestión de saber si debemos considerarle como si nos fuese por entero extraño. [1]

Ciertamente, es muy aburrido, cuando se registra una serie de obras publicadas en la época del racionalismo, el no hallar en ellas otra cosa más que suntuosas letanías acerca de la caridad y de la humanidad, acerca de la naturaleza santa, acerca de la buena madre naturaleza, tocante al libro de la naturaleza, al templo sublime de Dios, que es la naturaleza libre. El sueño hácese dueño de vosotros, cuando leéis esas frases que jamás varían, en las cuales trátase siempre de emancipación del pensamiento, de formarse conforme á la época, de sabiduría profana purificada, de moral práctica, de adoración pura de Dios, de religión pura, de Cristianismo puro, de doctrina de Jesús pura, de moral pura, de amor puro de la virtud, de ideas razonables, de ideas y sentimientos purificados, de manera de pensar más clara. Aparecen en ellas tantos amigos de la niñez, amigos de la probidad, amigos de la luz, amigos de la verdad, personas leales, bienhechores de la humanidad, que giran en torno vuestro como los moscardones en tarde estiva, que os dejan mareados. Casi es cosa de preguntarse en qué planeta se vive; de tal manera,—al decir de tales autores—hay en el mundo emancipación, amor, paz, exención de prejuicios y devoción sincera.

Mas no debemos prestar demasiada atención á esas exterioridades pueriles; necesario es penetrar más en ellas.

(1) El P. Felix, en sus Conferencias sobre «El progreso por medio del Cristianismo», traza hermoso estudio respecto del Racionalismo. Véase, sobre ese punto, la notable y copiosa obra del Abate Canet, «La libre Pensée Contemporaine»; y en sus relaciones con los dogmas, la «Apologetique», del Abate Cauly.—N. del T.

Desde que examinamos esta época, en lo que mira á su creencia tocante al origen y al fin de las cosas, al Dios omnipotente, vemos que se parece interiormente á la nuestra. Para ella, Dios no existe. La madre naturaleza, ó bien el cielo, son quienes le reemplazan. Á lo sumo, se habla todavía del arquitecto enteramente bueno que hizo el mundo, del padre universal, del administrador universal, del bienhechor universal, que no conoce mejor la cólera que el castigo, que únicamente sabe amar y olvidar.

Pero todavía es mayor tristeza, cuando preguntamos á los promovedores de tales principios: «¿Qué pensáis respecto á Jesucristo? ¿Creéis en Jesús, Hijo de Dios vivo, creado anteriormente á todos los tiempos, eterno?» Levántanse de hombros sin decir una palabra. El solo nombre de Jesucristo prodúceles mala impresión. No oímos hablar sino de Jesús de Nazaret, del sabio de Nazaret, del excelente maestro del pueblo, del maestro de los maestros, del educador y del pastor del pueblo, del hombre benéfico por excelencia, honrado, (1) que tempranamente adquirió ideas justas, y que, toda su vida, extendió tan clara y sana moral, que todo el mundo no pudo menos de amarle. (2)

El racionalismo posee, pues, numerosas frases humanitarias. Mas, en contra, guarda espantosas groserías. (3) Para él, las cosas sobrenaturales no son más que espantajos con los cuales se amedrenta á los pueblos infantiles y bárbaros. (4) No reconoce sacerdotes, sino únicamente ministros de la religión, maestros del pueblo, educadores de útiles servidores del Estado. Para esos hombres perfectamente ilustrados, la Eucaristía no es más que un alimento elevado de la religión, (5) y la religión misma no es más que una especie de freno en manos de los gobernantes.

(1) Brück, *Die rationalistichen Bestrebunaen*, 3, 59.
(2) Wiser, *Predigten über weise Kindererziehung*, I, 163.
(3) Geismar, *Bibliothek der deutschen Aufklärer*, I, 84 y sig., V, 329, 341; *Triumph der Philosophie*, II, 48, 50.
(4) Geismar, V, 263.
(5) Werkmeister, apud Brück, 27.

La Iglesia es instrumento de policía. (1) El infierno aparece como cosa muy sencilla y no menos natural, es decir como abismo extraordinariamente profundo, á lo sumo como una tumba. (2) El reino de Satán tampoco causa terror alguno; los pecadores son aquellos que contradicen las doctrinas más importantes para la Iglesia y para el Estado. (3)

Desde el punto de vista en que se coloca la época presente, cuanto sirve para promover la piedad cristiana es dañoso.

La recepción del Dios de la Eucaristía, sin el cual no podría sostenerse la vida de la gracia, y, con mayor razón, desarrollarse; todas las devociones y fiestas de la Iglesia, que excitan nuevo celo en el pueblo cristiano; todos esos medios extraordinarios que el Espíritu de Dios inspiró á su Iglesia, para arrancar á las almas del pecado y moverlas á la perfección, misiones, retiros, peregrinaciones, indulgencias, todo eso es despreciado, burlado, como invenciones de ciego fanatismo.

En donde no es dado destruir ó profanar las iglesias, trátase de dejarlas vacías. Para sustraer á la palabra de Dios toda influencia sobre los corazones, obligóse al clero á que profanase el púlpito con sermones acerca del modo de cuidar los animales, acerca de la vacunación, y con lecturas de disposiciones gubernamentales acerca de la cría caballar y medidas sanitarias que debían tomarse. (4) La devoción á los misterios más dulces y profundos de la fe, víctima de los más violentos ataques. No podría repetirse en qué términos blasfematorios y groseros hízose mofa de la devoción al Sagrado Corazón. (5) Si de milagros se trataba, contentábanse con dibujar fina sonrisa, ó

(1) Sonnenfels, apud Brunner, *Mysterien der Aufklärung*, 56, 76; *Theologische Hofdienerschaft Joseph* II, 393.
(2) Brück, 5.
(3) Danzer, *Moral*, (2) II, 403.
(4) Brunner, *Mysterien*, 169, 347. Hohoff, *Revolution*, 87. Hurter, *Geburt und Wiedergeburt*, (2), I, 188 y sig.
(5) Brunner, *Theolog. Hofdienerschaft Joseph* II, 334; *Mysterien der Aufklärung*, 199, 452.

bien explicábaselos naturalmente, de tal suerte, que no se les podía considerar sino como ilusión de tonta sencillez.

En una palabra, todo estaba dispuesto con arte para alejar de la religión cristiana lo que es cristiano propiamente hablando, lo sobrenatural, y reducirla á un vacío y á una aridez dignos de la religión china. Parecía consagrada al desprecio y á la muerte. (1)

Por esta razón, el estudio del período del libre pensamiento, no podría recomendarse bastante á cuantos desean instruirse. Entresacar tal ó cual frase de los escritos de los racionalistas, para divertirnos con motivo de su estrecho espíritu y de sus ridiculeces, y lisonjearnos en seguida de que nos hallamos muy por encima de eso, no es cosa de gran utilidad. Pero quien desee ver en qué se convierte la religión, cuando no se toma en serio lo sobrenatural, así en la vida como en la fe, tiene, en esto, materia copiosa para pensar.

La historia de esta triste época dícenos claramente que no hay más disyuntiva que abrazar lo sobrenatural de todo corazón, ó perder hasta lo religioso natural mismo. No se da término medio. Hasta teólogos católicos que, en tal época, pisaban esa resbaladiza pendiente, viéronse finalmente en la necesidad de llegar al siguiente principio, que el fin del hombre no es Dios, ni la glorificación de las perfecciones divinas, sino que el hombre es para sí su beatitud, y el amor que á sí mismo se profesa, la virtud que lo resume todo. (2) De esta suerte, el último resto de las relaciones con Dios, si no la fe en Él, y, por lo tanto, la misma religión natural, hállase desterrado de la vida humana, y reemplazado por el egoísmo y la deificación personal.

Este es el único resultado natural á donde se llega cuando se daña á lo sobrenatural.

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 246-295.
(2) Brück, *Rational. Bestrebungen*, 49, 51. Brunner, *Hofdienerschaft Joseph* II, 372.

En consecuencia, el estudio formal del racionalismo lleva á las mismas conclusiones que una mirada que se dé á las antiguas épocas de fe, y quizá más directamente, porque nos enseña, por medio de ejemplos típicos, esta decisiva verdad, que es necesario permanecer unidos á la fe en lo sobrenatural. El mismo viejo Fichte dice de la época, de la cual todavía fué contemporáneo: «Más que ninguna otra, nuestra época necesita la verdadera religión. ¡Si tan sólo se le ocurriese esa idea! La vana y poco agradable charla racionalista tuvo tiempo para explicarse de todas maneras. Hízolo, y hémosle oído; y en ese punto, nada nuevo ni mejor se dirá que lo que ya se dijo: Cansados estamos de eso; sentimos su vacío y su completa nulidad, pues que, no obstante todos los esfuerzos desplegados á ese objeto, no es dado borrar por entero el sentimiento por lo que es eterno». (1)

5. Los resultados obtenidos por el protestantismo moderno prueban en favor de lo sobrenatural.—He aquí unas palabras que en verdad no son exageradas. ¡Si el mundo solamente las hubiese tomado á pechos! Pero desgraciadamente, mucho falta para que el racionalismo se hubiese aprovechado de sus propias faltas, ni de las ajenas. Apenas si sirve la historia para criticar el pasado. Estos sombríos tiempos del racionalismo han transcurrido, pues, en suma, sin utilidad alguna para el mundo situado fuera de la Iglesia.

Hoy, todavía, la situación en el seno del protestantismo es mucho más triste que en la época del más árido libre pensamiento. (2) El racionalismo que, en la hora presente, continúa reinando en toda su pujanza, ha caminado con frecuencia hacia la incredulidad completa, unas veces embozadamente, otras con franqueza.

Un predicador de Berlín, Hossbach, hizo aparecer en 1879, tratando de las obligaciones de la *Asociación pro-*

(1) J. G. Fichte, *Grundzüge des gegenwärtigen Zeitalters*, 16 Vorlesungen (G. W. VII, 230).
(2) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 186-245.

testante, un folletito en donde indica, como el deber más apremiante, no una nueva cruzada contra las invasiones de la incredulidad, como pudiera creerse, sino una expansión de las puertas de la Iglesia, para que los partidarios de la incredulidad moderna, que no quieren admitir la Trinidad, la doble naturaleza de Jesucristo y los milagros, puedan entrar en ella con toda facilidad, y que las tendencias más diversas del presente adquieran derecho de ciudadanía en ella, como legítimas conquistas del espíritu de la época.

En el año 1888 de Cristo, el superintendente de Gotha, Otto Dreyer, publicó, para el jubileo de la gran Revolución, bajo el siguiente título que lo dice todo: *Cristianismo sin dogmas*, [1] un librito, en el cual expone este principio: que el mundo no quiere oir hablar de dogmas, y que, por lo tanto, tiempo es de que se rompa el vaso precioso que contiene las doctrinas de la fe, para que exteriormente se derramen.

No hay duda de que la disolución del Cristianismo en el protestantismo moderno, despertó de su letargo á muchas almas honradas. Pero danse pocas que tengan valor para volver á la vida de la Iglesia y á la verdadera fe. Á lo más, se arrojan en brazos del pietismo. Pues bien, el mismo antiguo pietismo distinguióse casi siempre por una indiferencia tan grande respecto de la Iglesia, y del culto tributado á Dios en ella, como por su desafición respecto de la ortodoxia. Con su indiferentismo y su interpretación arbitraria de las verdades de la fe, hallábase muy cerca del racionalismo. Pero en ello, el moderno pietismo sobrepujó al antiguo.

Así es que las dos famosas cuestiones presentadas por Strauss, en su libro *La fe antigua y la nueva fe*, eran desgraciadamente muy naturales. ¿Somos todavía cristianos?—pregunta.—¿Tenemos aún religión? Y lo mismo á la una que á la otra, el *enfant terrible* da, en nombre de sus correligionarios protestantes, la espantosa respuesta: ¡No!

(1) Respecto á las tendencias del neo-cristianismo, véase el docto libro del Abate Klein.—N. del T.

Y, lo que es más triste, entre ellos, no se dió uno para contradecirlo.

Ese hombre sabía perfectamente á qué atenerse. Antes, había clasificado á sus partidarios en hombres completos y en semi hombres. Los acontecimientos diéronle la razón. Los hombres completos aclamáronle cuando dijo con franqueza: No hay cristianos ni religión entre nosotros. Y los semi hombres, que le atribuían más sinrazón que acierto, contentáronse con gemir. Sabía él por anticipado lo que sucedería. Sin eso, no se hubiera atrevido á llevar tan lejos su audacia. Él mismo habíase dado gran trabajo para que las cosas llegasen á tal punto. Igualmente, entre los suyos, era él quizá el único que comprendió por qué no tenían derecho á llamarse cristianos. En todo caso, él fué el primero en confesarlo.

Desde entonces, muchos tuvieron valor para repetir estas palabras. «No hay más que una sola cosa—dicen ellos, como él, en el prefacio de la edición popular de su *Vida de Jesús*—que sepamos y creamos firmemente, y es que nada hubo de sobrenatural en la persona y en la obra de Jesús». [1]

Así, pues, limitan el protestantismo á un solo artículo de fe, á saber, la negación de lo sobrenatural. Lo que la *Asociación libre* fundada en Marbourg por el profesor Bayrhoffer declaraba ser el programa de su fe, en 7 de Febrero de 1847, podría bien expresar de la manera más clara el resultado final del movimiento comenzado por el racionalismo. «Libertada del dualismo de la humanidad y de la divinidad,—decíase en esa declaración—libertada de lo de acá y de lo de allá, del propio modo que de las formas místicas, la vida cristiana comienza á adquirir claramente conciencia de sí misma, y se nos muestra como la

(1) Lacordaire tiene una hermosa frase, referente á la famosa obra del racionalista alemán: «Por causa vuestra,—decía á su auditorio de Nuestra Señora de París—he tenido que devorar aquellos cuatro tomos de un tedio trascendental». Renán, con su novela, que no historia, «La vida de Jesús», vistió á la francesa la pesada labor de Strauss; y el Abate Fremont nos dió su obra maestra, refutando esas atrocidades impías.—N. del T.

más perfecta humanidad libre, y como la humanidad—Dios del presente».

Cada cual podía ciertamente prever ya ese final por la historia del racionalismo. Pero cuando nosotros, cristianos, sacamos tales conclusiones, se nos tacha de exagerados. Esta vez, sin embargo, la lógica, la historia y la triste realidad, diéronnos la razón. La fe y la razón, lo pasado y lo presente, hácennos ver, de irrefutable manera, que hay en el pensamiento y en la vida religiosa un punto del cual depende todo, una base con la cual todo se sostiene, ó sin la cual todo se derrumba, lo sobrenatural.

6. Empeño del espíritu de la época en alcanzar lo sobrenatural.—Pues bien, ¿en dónde nos hallamos actualmente nosotros mismos tocante al conocimiento y estima de esa verdad fundamental? No hay para qué decir que mientras la Iglesia sea Iglesia, lo sobrenatural jamás desaparecerá del mundo. Es el lugar en donde hallará él siempre patria y refugio.

Mas hubo un tiempo, no muy lejano, en que lo sobrenatural no ejercía gran influencia en la mente y en la conducta de muchos miembros de la Iglesia. Influencia decimos. ¿Acaso no había entre nosotros muchos y muy influyentes hombres, los Launoi, los Baillet, los Hermant, los Isenbiehl, los Boos, los Rautenstrauch, los Bittola, los Eybel, los Febronio, que no podían dejar un santo en su urna, una araña en su lugar, una costumbre en su derecho, una devoción de la Iglesia, un principio de fe sin crítica? ¿No había hombres que no podían llorar bastante á causa de la pretensa manía de divinizar cuanto á la Iglesia atañe, hombres que no descansaban sin haber examinado con lente cuanto de extraordinario había en la vida de los santos, hombres que, según frase de Benedicto XIV, caían siempre en un estado de furor y de locura, cuando oían hablar de penitencia, de virtudes heroicas, de milagros, de apariciones y de profecías? (1)

¿Qué hicieron, pues, José II y el coro de terroristas

(1) Benedict. XIV, *De festis*, 2, 74.

franceses, sino poner en práctica lo que esos supuestos jefes de un catolicismo purificado habían dejado escrito?

¿No se vieron centenares de nuestros profesores y de nuestros pastores, que, en la época del libre pensamiento, consideraban el celo impetuoso de tantos destructores como todavía muy lento, muy tímido, sobrado lleno de consideraciones? Á excepción del pueblo creyente, ¿quién en aquella época no se vió tocado del espíritu de incredulidad ó de escepticismo? ¿No hubo hasta hombres ilustres, comenzando por Sailer y Rosmini, para llegar hasta Gunther y Oischinger, que pagaron tributo á las corrientes de la época?

Tales tiempos han pasado, ¡alabado sea Dios por ello! Desde que se terminaron las luchas ocurridas entre 1860 y 1880, la literatura católica demuestra, en tal sentido, un resurgir que da gozo el verlo, no obstante los esfuerzos formidables que todavía nos quedan por hacer para comprender lo sobrenatural en todo su alcance, y asimilárnoslo como en los antiguos tiempos.

En suma, el Espíritu Santo que reina en la Iglesia de Dios, muestra su acción de innegable manera, dando cierta inclinación á un concepto más profundo de la religión, el cual acentúa más lo sobrenatural.

Á pesar de eso, hay siempre gente que teme que la separación entre lo natural y lo sobrenatural pueda alejar de nosotros al mundo, y hacernos incapaces de mantener relaciones con él.

Llevamos siempre con nosotros esa inclinación hereditaria que nos legó la época del racionalismo, y que consiste en correr en pos del mundo, hacer cortesías respetuosas ante su civilización y sus caprichos diarios, como esos mendigos que no saben qué contorsiones hagan, para conseguir cinco céntimos que se les arrojan con desprecio.

Apenas una nueva filosofía panteísta y algunos sistemas absurdos han aparecido, cuando ya se creen algunos de los nuestros obligados á acrecer las luces de la Revelación con sus propias minúsculas luces. ¿Considera el mundo la historia como la única ciencia intelectual que pueda

contar con la aprobación de la época? Al momento parécenos que la teología la erró hasta el presente, porque no se cuidó de la historia, y que está perdida para siempre, si no reconoce á la Escuela Histórica como su maestra. Los adelantos hechos en las ciencias naturales y en la filología excitan justamente nuestra admiración. Mas, con celo infantil de novicios, creemos no poder estar á la altura de la época hasta que hayamos cambiado, descompuesto y sustituído las narraciones bíblicas por algunos desperdicios exhumados del cesto de los papeles del astrónomo, del químico, del físico, del geólogo y del lingüista.

En nuestro entusiasmo, no nos tomamos tiempo para examinar, á la luz de la Revelación, las pretensas conquistas de esas ciencias recién nacidas. Pues, para reivindicar la gloria de cerebros ilustrados, hallámonos sobradamente dispuestos á arreglar y á interpretar la palabra de Dios según ellas, como se ha dicho:

«En mi orgullo, creí temerariamente que la débil ciencia que poseía era para el Creador poder extraordinario, medida cierta é infalible». (1)

Las cosas no andan mejor en los dominios de la literatura y del arte. Por doquiera en que la manía del ingenio y de la estética—por costoso é inútil que pueda ser eso—se ha hecho cuestión de moda, y nos asegura el favor del mundo, perdemos, con ligero corazón, el tiempo y el dinero, nuestra formalidad y nuestro recogimiento. Siempre tenemos tiempo y dinero para comprar y leer la literatura profana, divertida, peligrosa; mas hallámonos muy pobres y con sobrada prisa para procurarnos y para estudiar la literatura honesta.

Pero hay más. Hay además la desdichada manía de ocuparse en política. ¡Ay! No se puede prescindir de eso. Pues bien, ese escollo es quizá todavía más peligroso que los que acabamos de indicar. Lo que hay de malo en eso, es que uno dase á ello con una pasión y un gozo no empleados en los estudios juveniles, y que se la considera como tarea propiamente dicha, en vez de considerarla como un mal necesario. Si se nos ofreciese como medio enfadoso para llegar á fines más elevados, santos, sentiríamos la necesidad de apartar sus peligros, mediante un celo tanto mayor en la oración, el estudio, el recogimiento y la vida según la Iglesia. Pero no es así. La política hízose para nosotros casi un fin que sustituye á la oración y al servicio de Dios. Desaparecemos en ella; sin ella no podríamos vivir. Una reunión pública sin nosotros sería imposible. El lunes, día en que no recibimos nuestro periódico, apenas tenemos en que ocuparnos intelectualmente. Recitar el Oficio por la tarde, hacer nuestra meditación por la mañana, tener lectura espiritual y visitar al Santísimo en el día; llevar vida de oración y de trato íntimo con Dios, todo eso hémoslo olvidado desde que tal movimiento se apoderó de nosotros. Después de haber hecho por la mañana en la iglesia aquello de que no podíamos dispensarnos, apresurámonos á volvernos á casa. Al lado de nuestro desayuno, esperamos los periódicos. Desde este momento, acabóse todo. No se trata de prepararse para la cátedra ó para un sermón, ni se trata de serios estudios. Las cosas más fútiles y más entretenidas absorben nuestra atención. Son las que ocupan nuestra conversación en la mesa, constituyen el asunto de nuestras conversaciones por la tarde en las visitas, por la noche en las reuniones, y mucho después, avanzada la noche, en el mundo. No habría manera de decir qué tiempo precioso nos hace sacrificar todo eso, y qué debilidad intelectual resúltanos de ahí.

(1) Tasso, *Jerusalén libertada*, 14, 45.

¿Quién piensa todavía en cosas referentes al espíritu, en esa especie de continuo vértigo? ¿Quién podría entonces darse á una labor intelectual cualquiera? ¿Pero qué decimos? ¿Quién pretendería tan sólo exigir la lectura de un libro formal por parte de una víctima de esa tendencia? ¿Quién podría encontrar en esas esferas un hombre que hubiese estudiado los Padres de la Iglesia, los teólogos y los intérpretes de la Sagrada Escritura? Algunos tomos

de sermones cómodos para las necesidades del momento, algunas revistas de teología práctica, algunas novelas y algunos periódicos ilustrados, he ahí lo que, la mayor parte del tiempo, hace el gasto del alimento intelectual de las personas de quienes hablamos.

¡Y nos admiramos de que lisonjeando así el mal espíritu de la época, el impulso del Espíritu Santo, que nos mueve á que lleguemos á algo más serio, á la completa realización de lo sobrenatural en nosotros, se comprenda tan poco, encuentre tantos obstáculos, y se haga lugar tan despacio!

«¡Ay! Señor Jesús,—exclama una santa vidente, que vivía en época más seria que la nuestra—necesario es que así me queje, al ver en ciertas personas tan gran ceguera. Son eclesiásticos, y, no obstante, temen á la gracia de la devoción interior. En ese número, veo también religiosos, y entre éstos, á muchos que pasan por prudentes y sabios. Cuando la misericordia de lo alto derrama tantos rayos en el alma, que no le es dado sustraerse á la luz, y debiera arder y fundirse, el sentido humano ciego quiere entonces cambiar lo celestial por lo terrestre. No,—dice—necesario es que me haga útil al mundo por medio de obras exteriores. ¡Ay! Señor, cuidar del cuerpo y vivir de tal suerte que su ejemplo enseñe el amor y la imitación del espíritu del mundo, he ahí lo que llaman ellos sabiduría». (1)

7. Nuestra salvación y la tarea que nos corresponde consisten en renovar el pensamiento y la vida cristiana por medio de la Iglesia.—Con todo eso, no podemos disimularnos que somos en parte causa de los males de la época y de la gran miseria que sobre nosotros pesa.

No debemos acusar siempre únicamente á los enemigos declarados del reino de Dios. Procediendo así, nada conseguimos mejorar. Tampoco estaría eso conforme con la verdad. Puede suceder que los defectos sean mayores en otra parte, pero no impide que tengamos los nuestros.

(1) Mechtild. Magdeburg., *Lux divinitatis*, 5, 11.

«De tu seno brota la perdición, ¡oh! Israel»,—dice el Espíritu de Dios.—(1) «No acuses á quienes no puedes mejorar, pero golpéate el pecho. Tienes en ti bastantes motivos para humillarte». (2)

El mismo concilio Vaticano tuvo que hacer la siguiente declaración: «Por medio del racionalismo ó del naturalismo, este gran enemigo de la religión sobrenatural,—dice—el espíritu de la época trata de arrojar al Cristo de los corazones, de la vida y de las costumbres de los pueblos, para establecer un supuesto reino de la naturaleza y de la razón. Desgraciadamente, muchos hijos de la Iglesia hanse dejado apartar, á causa de él, del camino del verdadero temor de Dios. Sucede entonces que debilitan las verdades de la Revelación, causan daño al espíritu católico, y admiten pareceres que le son enteramente extraños. Confunden la naturaleza y la gracia, mezclan la ciencia humana y la fe divina, desfiguran el verdadero sentido de las doctrinas reveladas, y ponen así en peligro la verdadera fe». (3)

Así, pues, de nada sirve lamentarse constantemente de este mundo ruin, seductor, é irritarse contra él. Ni siquiera basta con implorar el socorro de Dios. Dios no nos enviará ángeles del cielo para decirnos, de milagroso modo, cómo podemos salir del apuro. No necesita suscitar profetas. Esperamos siempre un ejército de nuevos santos para renovar la faz de la tierra. Efectivamente, serían muy necesarios los santos. Pero, siendo como actualmente somos, si viniesen Henoch y Elías en persona, nada podrían hacer, porque encontrarían por parte nuestra la mayor resistencia y los obstáculos más insuperables. Seríamos los primeros en venderlos por unas cuantas monedas de plata, como restos de una civilización desaparecida mucho tiempo atrás. Les miraríamos como fanáticos molestos, únicamente destinados á aniquilar nuestra obra de ecuación con el mundo, y les rogaríamos que abandonasen nuestra ciu-

(1) Oseas, XIII, 9.
(2) Mich., VI, 14.
(3) Concil. Vatic., *Constit. de fide cathol. introd.*

dad, como los filipenses lo hicieron con Pablo y Silas, [1] si no llegábamos hasta querer precipitarlos de lo alto de un monte, como si fuesen perturbadores enojosos. [2]

Por esa razón, esperando, no debemos admirarnos de que nuestra época tenga tan pocos grandes hombres, y, diríase, ningún santo. «¿Á que enviaros santos para los cuales no hay lugar, santos á quienes ni siquiera comprenderíais?—responderíanos Dios, si se los pidiésemos.—Si comprendieseis en qué consisten vuestra fuerza y vuestro honor, no pediríais milagros, y no esperaríais santos, sino que vosotros mismos haríais milagros, y vosotros mismos seríais santos. Sin embargo os he confiado lo sobrenatural. ¿Qué más necesitáis? Comprended tan sólo esto: Mi gracia [3] y mi Iglesia os bastan. Estaré con esta última hasta la consumación de los siglos. [4] Hele dejado toda verdad [5] en herencia. [6] Ella es columna y fundamento de la verdad. [7] Y mi espíritu que está en ella, y mis palabras que puse en su boca, permanecerán allí eternamente. [8] Posee la virtud de renovarse siempre por sí misma, y de renovar á cuantos tienen su espíritu».

Así, pues, el único medio para quien pretenda realizar en sí la renovación necesaria, consiste en unirse á la Iglesia con toda la fuerza de que son capaces su propia inteligencia y su propia voluntad, con todo el entusiasmo que pueda excitar en su corazón, en penetrar en ella como el ingerto en la rama, en hacer que pase á sí propio su vida, su manera de ver y de obrar, y en transformar, bajo la influencia de su espíritu, su pensamiento y su conducta en un pensar y en una conducta verdaderamente sobrenaturales. En tales condiciones, será dado responder á todas las necesidades y á todas las exigencias de la época.

8. El camino que lleva á lo sobrenatural está en sometemos á la Iglesia.—Por el momento, hablemos tan

(1) Act. Ap., XVI, 39.—(2) Luc., IV, 29.—(3) II Cor., XII, 9.
(4) Matth., XXVIII, 20.—(5) Ioan., XVI, 13.
(6) I Tim., VI, 20; II Tim., I, 12, 14.
(7) I Tim., III, 15.—(8) Is., LIX, 21.

sólo de la obligación de aprender á pensar y á creer de manera sobrenatural.

Es la misión más apremiante que se debe cumplir, pues el espíritu de fe hállase bien perjudicado entre nosotros. Nuestra manera de pensar apenas tiene nada de sobrenatural. Parécenos, no obstante, que podemos decir que creemos. ¿Pero tenemos la fe sobrenatural? No toda fe es la virtud teologal de la fe. Hay también una fe humana, y ésta no es en manera alguna el fundamento de la salvación. Débese á contentarnos con ella, el que tan mal aceptemos las doctrinas de la verdadera fe. Somos extraños. Cuanto más familiares nos son, cuanto más pierden de su influencia sobre nosotros, más se nos ofrecen como otras verdades naturales.

Sí, he ahí nuestro error. Vemos en las verdades sobrenaturales verdades que apenas difieren de las verdades naturales. Nuestro propósito consiste en hacer á nuestro espíritu señor absoluto de unas y otras. Las dominamos, criticámoslas, trazámoslas según nuestra fantasía, formámoslas según nuestro pensar y como bien nos parezca.

Sin embargo, lo contrario es lo que debiera suceder. No según nuestro pensamiento debiéramos transformarlas, sino que según ellas debiéramos pensar. Si las acomodamos á nuestra manera de ver, tórnanse entonces en verdades naturales, y aun en menos que eso. Pero si nuestro espíritu ha de recibir algo sobrenatural, debemos disponer con toda sinceridad nuestra manera de pensar conforme á esto. Únicamente de esta suerte responderemos á nuestra misión de cristianos.

Hallámonos unidos á Jesucristo como el sarmiento á la cepa, [1] como el ramo bravío lo está al árbol manso. [2] No es el sarmiento quien da la savia á la cepa; sino la cepa quien se la da al sarmiento. Ingertar una rama en un tronco manso, como sucede en el mundo de lo sobrenatural, es operación contraria á la naturaleza, como dice el

(1) Ioan., XV, 1 y sig.
(2) Rom., XI, 17, 24.

Apóstol. [1] Ordinariamente ingértase un árbol manso en uno bravo, para mejorarlo. Aquí, ocurre precisamente lo contrario. Por eso el Apóstol dice: «Advierte que no eres tú quien sostiene á la raíz, sino que la raíz es quien te sostiene». [2]

Porque pretendemos destruir tal estado de cosas, atraemos lo sobrenatural á nosotros, en el polvo de nuestra miseria, en vez de elevarnos por medio de lo sobrenatural.

Es lo que igualmente sucedió á San Agustín, durante sus años de estériles luchas. Pretendía hacerse dueño de las verdades sobrenaturales. Pero fueron ellas más fuertes qua aquel espíritu gigantesco. No hizo más que cansarse y hundirse siempre más y más en el lodo de la tierra. Por último, el Dios misericordioso apiadóse de él. No le envió un ángel, ni un gran sabio. Fué una voz infantil que le dijo: «Toma y lee. ¿Quieres aquí ser maestro? Eso á nada conduce. Necesitas ser discípulo. No es vergüenza el ser discípulo de la verdad divina. Toma y lee; lee y toma». En aquel momento, vió con claridad cómo se podía encontrar la verdad. Dice de sí mismo refiriéndose al caso: «¡Oh! eterna verdad! Deslumbrabas mis débiles ojos con tu viva y penetrante claridad, y yo estremecíame de amor y de horror. Y yo me encontraba bien lejos de ti, en las regiones subterráneas en donde apenas oía tu voz que descendía de lo alto: «Yo soy alimento de los fuertes; cree y me comerás. Y no me haré tu substancia, como el alimento de tu carne; tú eres quien se convertirá en la mía». [3]

Para nosotros también ahí está el único medio por el cual podemos llegar á comprender lo sobrenatural.

Ante todo, la manera de proceder debe ser sobrenatural. No basta que nos ocupemos tan sólo de general manera en lo sobrenatural. Necesario es que aprendamos á apropiárnosle. Pues bien, el verdadero modo para conseguirlo, está primeramente en la sumisión de nuestro corazón, y después en la de nuestra inteligencia.

(1) Rom., XI, 24.—(2) Rom., XI, 18.
(3) Passional, Köpke, 421, 23 y sig., según August., *Conf.*, VII, 10, 16.

Pero distamos mucho de eso, cuando con el *minimismo*, limitamos el deber de la sumisión á lo absolutamente necesario, es decir, á los dogmas definidos. [1] Para un corazón creyente, su camino está trazado, al saber cual es el sentir de la Iglesia. [2] No quiere decir esto que no sea necesario examinar minuciosamente, en sus pormenores, la extensión y el contenido de las verdades sobrenaturales. Por el contrario, es de gran importancia, y por ese lado tenemos muchas negligencias y equivocaciones que reparar.

Veráse inmediatamente la verdad de lo que decimos, si damos una mirada á las tres clases principales de verdades sobrenaturales, de cuyo conocimiento depende la vivificación de nuestra fe y un impulso religioso más elevado.

9. Deber de la época tocante á las verdades de la fe sobrenaturales.—En la primera de dichas clases, ponemos las verdades de la fe, en el sentido propio de la frase, con todo cuanto les es conexo, según el espíritu de la Iglesia.

En lo concerniente á tales verdades, no cabe dudar que, en estos últimos tiempos, hiciéronse verdaderos esfuerzos para tener acerca de ellas más profundas ideas. Pero todavía se necesitará tiempo y trabajo para que arraiguen de manera general en los espíritus. Con frecuencia evítanse, con cierto temor, las doctrinas tocantes á los misterios, y por lo tanto, el contenido propiamente dicho sobrenatural de nuestra fe. Ó bien, si no se procede de esa suerte, trátaselas tan superficialmente cuanto es posible. Esto hasta ocurre en las escuelas de teología, [3] y á propósito de la enseñanza dada acerca de Dios, principalmente en lo que atañe al misterio de la Santísima Trinidad, la Providencia y las divinas perfecciones. ¿Por qué admirarse entonces de que los predicadores se atrevan tan raras veces á hablar de tales asuntos al pueblo, á quien le son tan queridos?

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 331.—(2) *Ibid.*, 480.
(3) Afortunadamente, en España, no se dan esas cobardías teológicas: en los Seminarios españoles, la Teología, es lo que ha de ser: Sagrada Teología.—N. del T.

La razón de eso es muy sencilla. No teniendo acerca de ellos sino muy vagas nociones, no han tomado gusto á su contenido, y no se forman idea de su importancia para la vida cristiana.

El amable Martín de Cochem, nuestro primer escritor popular de los siglos XVII y XVIII, este hombre que poseía en extraordinario grado la lengua alemana, este teólogo tan profundo como rico de celo en favor de las almas, dice en el prefacio de su magnífico librito acerca de Dios: «Es doloroso que nosotros hombres desventurados, nada ignoremos tanto como el Dios bueno, y que trabajemos tan poco en hacer que desaparezca esa ignorancia. En el púlpito, en el catecismo, en la escuela, en el templo, en casa, háblase muy pocas veces de esa ciencia». [1]

Otro tanto cabe decir del misterio de la Redención. Ciertamente trátase de la persona del Hombre Dios en los manuales de teología. Mas el abismo inagotable de sus perfecciones considérase como cisterna de la cual nadie se atreve á abrir la puerta. Y la obra de Jesucristo, sus efectos, que Santo Tomás trató con tan maravillosa claridad y predilección tan visible, vense hace tiempo excluídos del programa. Por esa razón, el entusiasmo por el Salvador es tan pobre en nosotros, de igual manera que la exacta inteligencia de la obra de nuestra salvación, del plan de la Redención, y, por lo tanto, de la historia universal, de la cual es centro ese misterio. [2]

(1) Martín von Cochem, *Büchlein von Gott.* Paderborn, 1864, p. XI. Además de este agradable libro se pueden recomendar Avrillon, *Reflexions théologiques sur les attributs de Dieu;* L. Lessius, *De perfectionibus divinis,* y su obra más reducida *De quinquaginta nominibus Dei;* D' Argentan, *Conférences sur les grandeurs de Dieu*, y Rogacci, *Von dem Einem Notwendigen.* Las meditaciones más excelentes sobre esta materia contienen las cien *Contemplaciones* de Alvarez de Paz (III, l. 3, p. 3); los más excelentes ejercicios de piedad ofrece (además de Martín de Cochem) la primera parte del *Paradisus animae christianae* de Merlo-Hostio, el más recomendable de todos los libros de rezo.

(2) Aquí se pueden recomendar, además de muchos libros de meditación, Ludolphus a Saxonia, *Vita I Christi;* B. Simon Fidatus a Casia, *De gestis Christi;* D' Argentan, *Conférences sur les grandeurs de J. C.;* Drexelius, *Deliciae gentis humanae;* Nouet, *Des betenden Christen Einsamkeit zur Erhaltung des Geistes Jesu Christi;* Bade, *Christotheologie;* Meschler, *Leben unseres Herrn Jesu Christi*, y el excelente libro: *Connaissence de J. C.*, nueva edit., por el P. Schouppe, Bruselas, 1871. Propiamente, no pertenecen aquí las dos excelentes obras de Fr. Arias, *Thesaurus inexhaustus honorum, quae in Christo habemus* y de J. B. Saint-Jure, *De la connaissance et de l'amour du Fils de Dieu.*

No hay porqué admirarse entonces de que jamás lleguemos á interesarnos verdaderamente en lo que importa al corazón de Jesús. Solamente puede comprender tales intereses en todo su alcance, quien conozca el precio y magnitud de su sacrificio, los obstáculos y dificultades de la obra de la salvación. Esto explica porqué el hermoso libro del P. Faber acerca de este asunto tan importante yace casi desconocido. [1]

Una de las mejores pruebas que demuestran cuán poco sabemos apreciar la persona y la obra del Salvador, es el poco cuidado que ponemos en la enseñanza referente á la Madre de Dios en nuestras obras teológicas. Schecben es quien primero dió á esa enseñanza el lugar que le corresponde en la doctrina referente á la Redención. [2] Hasta él, nuestros mismos teólogos parece que creían que se trataba de un asunto á lo sumo bueno para alimentar la devoción de las mujeres y de los niños. [3]

Quizá debamos deplorar que el frío protestantismo, la influencia del cual en este punto es evidente, nos haya arrebatado la poesía de los antiguos tiempos. Pero una cosa de la cual no siempre sabemos darnos cuenta, es que al proceder así, arrancó el corazón al Cristianismo vivo, reventóle los ojos y le mutiló la cabeza, y que no tendría-

(1) El libro á que alude el autor, es el delicadísimo trabajo, titulado: «Todo por Jesús»; y análogo, y del mismo P. Faber, es el que lleva por nombre, «La Preciosa Sangre». Ambos corren puestos en castellano.—N. del T.

(2) Bibliografía en Scheeben, *Dogmatik*, III, 476 y sig. Lépicier, *Tract. de B. V. Maria*, París, 1901.

(3) En este punto, necesario es decir algo referente á los grandes estudios modernos acerca de Jesucristo y de su divina Madre. Véanse, pues, las obras de Monseñor Gay, «Élévations sur la vie et la doctrine de N. S. J. C.», y «Les Mistères du Rosaire»; y los libros, «La Virgen María y el Plan Divino», de Augusto Nicolás, «Los Dolores de María», del P. Faber, y la hermosa obra, recientemente publicada, acerca de la Santísima Virgen, del Canónigo J. Léman.—N. del T.

mos que deplorar tal frialdad, si nuestra fe en la Redención no hubiese sufrido considerable quebranto en sus bases más profundas, lo mismo que en sus más altas cimas.

Pero la mayor laguna en nuestro pensamiento y en nuestra vida, laguna que se parece á verdadero desierto, hállase en el poco caso que se hace de la enseñanza referente al Espíritu Santo. (1) Tenemos, ¡ay! que sufrir la burla que Renán nos lanza, renovando una frase de Feurbach, cuando expresa su compasión por esa nebulosa alegoría poética, por esa tercera persona de la Santísima Trinidad, olvidada de sus adoradores. (2)

Leyendo esto, pudiéramos creer que ese hombre veía más claro que nosotros. Algunas obras modernas, es verdad, principalmente la de Meschler, nunca bastante recomendada, han llamado la atención acerca del Espíritu Santo. (3) Mas, á pesar de eso, podemos decir que su persona, como su actividad, de la cual depende, no obstante, toda vida sobrenatural, no tienen por lo general en nuestro pensamiento y en nuestro corazón la estima que tener debieran.

No tratamos de hablar de su actividad extraordinaria. Los teólogos y los directores espirituales evitan prudentemente cuanto recuerda, aun de lejos, los milagros, las profecías y las intervenciones sobrenaturales extraordinarias. Con tal motivo, Santa Teresa dijo cierto día, con fina ironía, que «las inspiraciones más horrorosas de Satán no le causarían tanto pavor como las influencias más ricas y más fecundas del Espíritu Santo». (4)

Queremos menos todavía tratar de su ordinaria actividad por la gracia. Si antes de ahora se habló tanto de la gracia, pero desde un punto de vista tan particular, que

(1) Sobre este punto, tan sublimente hermoso, de la Teología Católica, véase la copiosa obra de Monseñor Gaume; hay algunos trabajos más, y ahora corre lo escrito por el Abate Sauvé, en sus «Élévations...»—N. del T.

(2) Renán, *Études d'histoire religieuse* (3), 411.

(3) Conocemos además las obras del Cardenal Manning, de Coulin, Janssen, Deutz y Regler, y el excelente librito de Zardetti, *Komm, Heiliger Geist.*

(4) Theresa, *Klostergründungen*, Kap. 8.

ni siquiera se pensaba en todo lo que el hombre debe hacer ante él, otro tanto se deja olvidado al presente. Y, sin embargo, enséñanos la fe que, por nosotros mismos, nada podemos hacer en el orden de la salvación, sino que nuestra capacidad para eso, (1) y todo don excelente proceden de lo alto, (2) del Espíritu Santo, único que puede venir en ayuda de nuestra debilidad. (3)

Basta eso ya para hacernos ver que tal negligencia no puede darse sin hacer grave daño á nuestra alma. Si sintiéramos más grande necesidad de la verdadera perfección, hablaríamos con mayor frecuencia de la gracia, y pensaríamos más en el Espíritu Santo. Y si nos cuidásemos más á menudo de Él y de sus dones, nos veríamos entonces bien pronto recompensados con tales progresos en la vida espiritual, que ni siquiera de ello tenemos idea. (4)

Así vense tratados el Espíritu Santo y su actividad. Sus obras no logran mejor suerte. Si en los últimos tiempos, el amor y el respeto á la Iglesia, fundación del Espíritu Santo, hanse debilitado en grado tal, que solamente las más fuertes sacudidas y las pérdidas más sensibles, pueden atraer nuestra atención sobre los peligros de nuestra situación, y volvernos al camino de la salvación, quien no cierre sus ojos á la luz, fácilmente comprende que el poder de la Iglesia, su corazón, su sangre, su calor vital y todas las manifestaciones de su vida, no son otra cosa más que el Espíritu Santo obrando en ella. Él es quien vive y obra en sus sacramentos, en cuanto son canales de la vida, instrumentos de la gracia y medios de salvación y de santificación. Otórgales una fuerza que solamente apreciamos cuando los recibimos con frecuencia y con profundo espíritu de fe.

Mas ¡ay! respecto de eso, nuestra fe no es más viva que

(1) II Cor., III, 5.

(2) Iac., I, 17.

(3) Rom., VIII, 26.

(4) A esta necesidad ha puesto remedio Scheeben con su hermosa obra, según Eusebio Nieremberg, *Die Herrlichkeiten der göttlichen Gnade*. Recomendable es también Tarrien, *La Grâce et la Gloire*, 2 volúmenes.

la pobreza de nuestro respeto. ¿Con qué miramientos los santos y los fieles de otros tiempos no trataban las cosas más mínimas del culto de Dios? En ellas, veían la acción viva del mismo Espíritu Divino. Por eso rodeábanle de ceremonias tan ingeniosas y tan á propósito para despertar la devoción. Y esas ceremonias producían á su vez tal efecto en ellos que, cuanto hacían, cantos, movimientos, parecía que no eran ellos mismos quien los ejecutaba en honor del Altísimo. Hubiérase dicho más bien que era Jesucristo, el Pontífice Eterno y el Espíritu Santo, quienes se dignaban hacer todo aquello valiéndose de sus manos y de su boca.

Á la vez emocionados y confusos, vemos qué importancia considerable, Durand y sus discípulos dieron á las ceremonias litúrgicas que para nosotros á menudo carecen de valor. Pero cuando el ilustre Kreuser trató, con su vasta erudición, de hacernos conocer las antiguas ideas tocante á ese asunto, le mirábamos como á ser extraño, y para él no teníamos más que sonrisas y encogimiento de hombros. Apenas si comprendemos la penetración de la mirada de los hombres de antaño. En una gota de agua bendita, en un altar consagrado solemnemente por la Iglesia, su fe veía mayor santidad que la que nuestra frialdad ve, casi me atrevería á decir en el Santísimo Sacramento. [1]

No solamente es la vida interior de la Iglesia lo que se les ofrecía como una acción divina sobrenaturalmente cumplida, mediante instrumentos naturales, con frecuencia hasta pecadores, sino también su historia externa. ¡Cuán lejos nos hallamos de tal concepción! ¿Quién actualmente podría, á pesar de tanto hablar de estudios históricos, hacer, tocante á toda la historia de la Iglesia, un sermonario tan vasto como el de Gelasio Hieber? En aquellos tiempos, á pesar de toda la humana debilidad que aterra y turba con frecuencia nuestro mezquino espíritu, veíase con imparcial mirada el efecto de lo sobrenatural sobre el mundo, y el efecto de lo terrestre en el otro mundo. Cielo, tierra, hombres, ángeles, santos, Dios, todo formaba para aquellos tiempos de fe un todo inseparable, un orden sobrenatural, un mundo divino, según las bellas frases de Dante: «Todas las cosas tienen entre sí un orden, y ese orden hace que el universo se asemeje á Dios. Aquí, las criaturas superiores ven la marcha del esfuerzo eterno (Dios), que es el fin á que tienden todas las reglas establecidas». [1]

(1) No hay que insistir aquí en la recomendación de la clásica obra de Guéranger. También debemos indicar á Dippel.

La visión maravillosa, en la cual Santa Gertrudis veía la misa celebrada en el cielo en el momento en que se celebraba sobre el altar, [2] danos la idea más grandiosa de esa unidad. En Santa Verónica de Binasco, [3] y en las revelaciones de Santa Brígida, [4] encuéntrase el mismo pensamiento de que, durante el santo sacrificio de la misa, el cielo se inclina hacia la tierra, y la tierra elévase hasta el cielo. Pues bien, no se trata ahí de figuras poéticas; trátase de verdaderas realidades, como lo atestigua la palabra del Salvador: «Veréis el cielo abierto, y á los ángeles subiendo y bajando». [5]

Los ángeles ¡ay! he ahí también una palabra que casi hemos olvidado. Casi podemos llamarles un mundo perdido para nosotros. Apenas si hablamos de ellos todavía ante los pequeñuelos. Mas, ¿cuántas son las grandes personas entre nosotros que todavía piensen en ellos, estén en relación con ellos y les agradezcan los inapreciables servicios que les han hecho?

No de otra suerte acontece con los santos. Es cosa evidente. Nuestros pensamientos y nuestra vida serían mucho más sobrenaturales, si tuviéramos conciencia de los bienes que á ellos nos unen, y si comprendiésemos el artículo de la fe sobre la Comunión de los Santos. Necesita-

(1) Dante, *Parad.*, I, 103 y sig.
(2) Gertrud., *Legatus divinae pietatis*, 4, 59.
(3) Isidor. ab Isolanis, *Vita B. Veronicae a. Binasco*, 8, 20 (Boll. Ian. II,, 199, Paris).
(4) Brigitta, *Revelat.*, 8, 56.
(5) Ioan., I, 51.

ríamos comenzar por obrar como ellos, imitar sus sacrificios, su santidad, para entender todo el consuelo y riqueza que se hallan en la doctrina del tesoro de la gracia, de los méritos del Cristo y de los santos.

Finalmente, otro tanto sucede en lo tocante á la doctrina de lo que está más allá de la eternidad y de nuestro fin último. Si mantuviéramos más relaciones con el cielo, y si nos cuidásemos más de las cosas que, según la Escritura, son los más seguros preservativos contra el pecado, [1] quedaríamos bien pronto dolorosamente sorprendidos al ver que nuestros manuales teológicos apenas tratan de las doctrinas tan importantes de los últimos fines de la vida eterna y de Dios, como el fin sobrenatural más elevado que existe, á la vez que fin de todo lo creado. [2]

10. En cuanto á la moral sobrenatural.—Por ese breve resumen, vemos el vacío y el empobrecimiento de nuestro pensar y de nuestra fe. Apenas se da materia alguna del orden sobrenatural, en la cual no sea dado indicar sensibles lagunas.

Pues bien, el descuido de las verdades de la fe lleva naturalísimamente al grave perjuicio causado á la moral sobrenatural.

Forma ésta el segundo dominio sobre el cual las necesidades presentes exigen vigorosos esfuerzos para llegar á más elevado nivel. Quizá se hace más necesario aquí que en el precedente dominio. Á causa de una penetración más profunda de las verdades de la fe, hase producido sensible adelanto recientemente en lo que á ellas atañe. No podemos afirmar ese mismo adelanto en lo tocante á la moral.

Tiempos hemos tenido en que la ética cristiana era ó una casuística árida, ó no era más que una moral de hombre honrado, puramente natural. Evitaba cuanto podía lo

(1) Eccli., VII, 40.
(2) Keel, Méric, Stöger, Bautz y Atzenberger también han llenado este vacío. La obra del obispo Schneider, *Das andere Leben*, es de todos conocida.

que era cristiano en el sentido propio de la palabra. Habría considerado como rebajamiento de su carácter científico, el trabajar en dar impulso á la voluntad ó aun al corazón, y en favorecer la ascética. Creía llenar su misión, al parecer, con tal que nadie le pidiese luz, consejos ó ánimos en las cuestiones de la vida sobrenatural.

Si hablaba de mística, á lo sumo era para dedicar algunas líneas á la pretensa incompatibilidad que suponía darse entre ella y la escolástica. Mas veíase que hablaba de eso como un ciego habla de los colores, y que no se había atrevido á mirar á la escolástica más que se atreve el visionario á mirar á un espectro.

Habría sido, si no mejor, por lo menos más prudente callar en ese punto como se hizo en otra parte en lo referente á otras muchas cosas, que, sin embargo, forman parte de las más sublimes materias que le atañen.

Apenas si se trataba también de las virtudes teologales en general y de la fe, lo propio que de la esperanza en particular, virtudes que son precisamente base fundamental y flor de la vida sobrenatural. Hablábase, es verdad, de la caridad divina como de una práctica secundaria, aislada; pero hablábase tan deprisa y con tal frialdad, que nadie comprendía su sublimidad, no se sentía encendido ante los rayos de su belleza, y no se daba importancia alguna á su influencia sobre la vida entera. Pasábase por entero en silencio toda la enseñanza de las virtudes morales sobrenaturales infusas y de las virtudes intelectuales. Ni siquiera se trataba de los dones del Espíritu Santo, con sus frutos y sus efectos santificantes. Esos resortes de la vida mística, á los cuales la antigua teología atribuía tan grande importancia, [1] dejábanse en el más completo olvido. Nada tampoco de los dones de la gracia. [2]

En una palabra, habíase descopado el árbol maravilloso de la moral sobrenatural; habíanse mutilado sus más hermosas ramas; hasta habíanse perjudicado su corazón y sus

(1) Thomas, 1, 2, q. 68, 69, 70.
(2) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 277 y sig., 255 y sig.

raíces. Así, naturalísimo era que se tornase raquítico, que diese frutos insípidos, que no produjese reconfortante sombra, que no invitase á los pueblos á levantar su tienda bajo de él.

11. En lo referente á la manera de comprender al hombre de sobrenatural manera.—Para llenar todas esas lagunas, y, cosa todavía más importante, para hacer circular por doquiera nueva vida sobrenatural, requiérese todavía mucho trabajo, y trabajo formal.

Pero las lagunas más considerables son las que dicen relación á un tercer punto, á la concepción sobrenatural de la misión y del destino del hombre, sin la influencia de la gracia. Aquí necesítase una transformación completa de nuestra manera de ver.

Injusto fuera negar que, también en este dominio, comenzó á mostrarse nueva tendencia. El hermoso libro del P. Nieremberg, (1) retocado por Scheeben valiente campeón de lo sobrenatural, es verdadero puesto avanzado para explorar las regiones superiores de la vida de la gracia. El éxito alcanzado por él demuestra cuál era la necesidad que el corazón cristiano tenía de aprender á conocer hasta en sus últimas profundidades ese mundo hasta entonces para él escondido.

Mas todavía no se hizo bastante para recoger las aguas de esta fuente vuelta á encontrar, y para transmitirlas á todo el mundo. Los teólogos y los predicadores, del propio modo que los ascetas y los directores espirituales, deberían hacer comunes esfuerzos, combinados según metódico plan para que esas verdades, y las de que hemos tratado antes, sean bien común del espíritu cristiano.

Hasta ahora, ellos son precisamente quienes se hallan con frecuencia más dispuestos á concebir las vigorosas expresiones con que la Sagrada Escritura y los Padres descri-

(1) Hemos indicado en la 7.ª edición de dicha obra, arreglada por nosotros, la bibliografía más importante teológica, ascética y mística, y de aquí que la indiquemos en cada cuestión. V. también Schram, *Theol. myst.*, § 3. Poulain, *Grâces d' oraison* (4), 387, 404.

ben el estado de gracia, como alegorías vacías de sentido, hasta como exageraciones piadosas más perjudiciales que útiles, que deben repetirse con toda reserva y atenuar en la medida de las propias fuerzas.

Pero los santos que han poseído verdaderamente el espíritu de Dios, y su gracia, en la medida más completa, han entendido esas palabras literalmente, y tan sólo doliéronse de una cosa, de que el espíritu humano fuese sobrado débil para entenderlas en toda su extensión, y que la lengua fuese sobrado pobre para mejor expresar las las ideas que contienen.

Según ellos, debe tomarse literalmente lo que la Revelación dice del hombre en estado de gracia: «hijo de Dios, (1) templo de Dios, (2) mansión del Espíritu Santo», (3) y cuando llama á la posesión de la gracia, «participación de la naturaleza divina». (4) Ya el Apóstol declara expresamente que no se trata aquí de meras palabras, sino de la pura realidad. (5) Y los Padres, de igual suerte que los teólogos, rivalizan en sus esfuerzos (6) para inculcar en el corazón de los cristianos toda la importancia de esta verdad, tan rica en consecuencias para la vida sobrenatural. (7)

Así, pues, cuando el Salvador dice que, por la gracia, viene él mismo á nuestro interior con el Padre y el Espíritu Santo, y establece de manera estable su morada en nuestro corazón, (8) no debe entenderse eso en sentido figurado solamente, ni como si la Divinidad obrase en nuestro corazón por medio de sus dones, sino que Dios mismo, no contento con otorgarnos sus dones, entra de ma-

(1) Ioan., I, 12; Rom., VIII, 14.—(2) I Cor., III, 16.
(3) Rom., VIII, 9.
(4) II Petr., I, 4.
(5) I Ioan., III, 1.
(6) Thomas, 1, 2, q. 110, a. 3, 4; q. 112, a. 1. Cornel. a Lap., *In 2 Petr.*, 1, 4. Ioan. a S. Thoma., *De gratia*, d. 22, a. 1. Scheeben, *Dogmatik*, I, 891 y sig.; II, 340 y sig.
(7) Alvarez a Paz, t. III, l. 2, p. 1, c. 10; l. 5, p. 1, app. 2, c. 9; Ponte, *Dux*, 1, 7; Blosius, *Instit. spirit.*, 3 y sig.; Ligorio, *Vollk.Christ.* (Regensburg, 1870, 333 y sig.).
(8) Ioan., XIV, 23.

nera sobrenatural enteramente particular en nuestro corazón, y en él habita. [1]

Esta verdad de fe, como notan los antiguos teólogos [2] y los intérpretes de la Escritura, debe de tal manera tomarse en serio, que necesario es afirmar sin temor de equivocarse que aun en caso que Dios pudiera dejar de hallarse en nosotros por su omnipresencia, hallaríase, sin embargo, presente en el alma del justo y del santo en virtud de su presencia por la gracia. [3]

En esto, vemos perfectamente bien qué desproporción se da entre nuestra manera de ver y la de los santos.

Antes de ahora, las jóvenes y los niños hallábanse tan convencidos de la presencia constante de Dios en su corazón, que, para ellos, era cosa enteramente natural, como se ve en las vidas de santa Lucía, de Santa Inés, de Santa Agata. Actualmente, apenas si, entre los teólogos, hay todavía algunos que sin dificultad comprendan eso. Cuando leemos estas palabras del Apóstol, que «Jesucristo es nuestra cabeza, que cada cual de nosotros es un miembro de su cuerpo», [4] figurámonos una maravilla, si exclamamos: «¡Qué bella imagen!» Mas para los siervos de Dios en los tiempos pasados, era esto la más completa verdad, creída por ellos, no tan sólo con su fría inteligencia, sino con su encendido corazón.

Sentían la gracia y su eficacia de manera tan viva en ellos, que su alma parecíales transfigurada, como el cuerpo y los vestidos de Jesucristo en la montaña. Todos sus miembros estremecíanse de emoción interior en presencia de su Dios, [5] y sentían en sí las pulsaciones del corazón de su Salvador. [6] Estaban de tal suerte unidos á Jesu-

(1) Thomas, 1, q. 43, a. 3 ad 1. Bonavent. 1, d. 14, a. 2, q. 1.
(2) Bañes, 1, q. 43, a. 1, Suarez, Trinit., 12, 5.
(3) Cornel. a Lapide, *In Oseam*, 1, 11; Gonet, *Clypeus, de trin.*, d. 13, n. 33; Pesch, *Præl. dogm.*, (2), II, 340 y sig. Terrien, (2), I, 216-269. Meynard, (3), I, 304 y sig., 474 y sig. Scheeben-Weiss, *Die Herrlichkeiten der götllichen Gnade*, (7), 131 y sig., 145 y sig.
(4) I Cor., VI, 15. Eph., IV, 15. Col., I, 18.
(5) Gertrudis, *Legatus divinæ pietatis*, 3, 12.
(6) Mechtildis, *Liber specialis gratiæ*, 1, 5; 2, 20. Gertrudis, 1, 3; 3, 51; 4, 4.

cristo, que el pecado, el gran destructor de esa unión, parecíales un acto que arrancaba un miembro al Salvador. [1] Toda injusticia y toda violencia cometida contra un fiel, era á sus ojos un crimen cometido contra el mismo Jesucristo. Pues, estando su cabeza en el cielo, sus miembros hállanse todavía sobre la tierra. Así, pues, cuando uno de estos vese atacado, es como si con dañada intención se le pisase, ó si se hiriesen sus manos. [2] Y, á quienquiera que daña á uno de los suyos, repítele las palabras que antes había dicho á San Pablo: «¿Por qué me persigues?» [3]

Tales eran las ideas que produjeron en los antiguos la formalidad de la vida, la ternura del corazón, la delicadeza del arte, el vuelo poderoso de la inteligencia. Lo que con tal encanto vemos, sin comprenderlo, en Fra Angélico, en los artistas y en los místicos de la Alemania de antaño, no es más que la consecuencia de esa consagración viva de la dignidad sobrenatural otorgada al hombre por la gracia divina.

Un hermoso poema de la Edad Media, que apareció en en el convento de dominicas de Nuremberg, muéstranos á Dios tratando de animar al alma hacia una vida más elevada, más perfecta. No la violenta, sino que la instruye, la ruega, la exhorta con dulzura y caridad. Dirígele siempre la palabra, sirviéndose de esta expresión: «Señora alma». Jamás la tutea, hasta que ella se da á Él por entero, de irrevocable manera. Y aun entonces, dale todavía los títulos honoríficos de señora, de bien amada, de esposa. [4] Ella, por el contrario, tutéale siempre.

Esto parece muy sencillo, y casi nos hace sonreir. Es, no obstante, una prueba de la manera como aquella época entendía literalmente las palabras de la Escritura: «¡Oh Señor! nos gobernáis con gran reserva, pues que seréis li-

(1) Baptista de Varanis, *De mentalibus doloribus Christi*, 1, 4 (Bolland. Mai. VII, 489, Paris).
(2) Augustin., *Sermo* 116, 7; 122, 6; 169, 9; 295, 6, etc.
(3) Act. Ap., IX, 4.
(4) *Der Minne Spiegel.* Bartsch, *Erlönsung*, 242 y sig.

bre siempre de usar de vuestro poder cuando os plazca». [1]

Mas nosotros, para quienes todo eso ha desaparecido, pasamos la vida sin prestar atención á nuestra dignidad sobrenatural, sin temer al pecado, sin saber apreciar la gracia en su justo valor. Vemos en ella tan sólo una especie de poder violento que de vez en cuando nos da rudo golpe en el costado ó en la cabeza. La consecuencia necesaria de tal manera de ver es la indiferencia que sentimos respecto de nuestra alma, esa vida enteramente descuidada á salir del día, como si se tratase de vida sin importancia.

Sí, no es dado negarlo, nuestra vida no tiene más que un valor muy restringido y hácese muy corriente, si perdemos de vista esas verdades únicas que la ponen sobre la vulgaridad, y únicas que pueden levantarla hasta el mismo Dios. Pues que, si la fe en la gracia sobrenatural no nos levanta, hallamos desgraciadamente en nuestra naturaleza muchísimas cosas capaces de rebajarnos á nuestros propios ojos.

12. Grito de guerra y fórmula de unión para la guerra santa.—Las necesidades de los tiempos invítannos vivamente á proponernos con formalidad esta cuestión: ¿De dónde procede nuestra debilidad, que para nosotros es una vergüenza y para la humanidad entera un rebajamiento? ¡Antes de ahora, en las épocas de fe, niños, insensatos á los ojos del mundo, vencieron á todos los poderes, conquistaron para Dios la tierra, hiciéronse santos, ganaron el cielo por asalto! Y nosotros ¿no seríamos capaces de hacer otro tanto? Ante tal cosa, ¿no debemos decir con San Agustín: «¿Qué hacemos? ¿No vemos á los ignorantes que se levantan y ganan por asalto el cielo, mientras nosotros, con nuestro saber, nos encenagamos en la carne y en la sangre? ¿Es vergonzoso el seguirlos? ¿No tenemos más bien vergüenza de no seguir sus huellas?» [2]

¿Pero de qué sirven la confusión y los suspiros, si nos

(1) Sap., XII, 18 y sig.
(2) (Augustin., *Conf.*, VIII, 8, 19). Passional Köpke, 422, 19 y sig.

quedamos así? Necesario es, pues, de absoluta manera, que se traduzcan en actos los buenos movimientos de que nos sentimos penetrados. Si los pequeños y los más pequeños han vencido al mundo, si alcanzaron por asalto el reino de Dios, y llegaron á la más alta perfección, nosotros también lo podemos, no hay duda.

La única cuestión está en saber cómo y por qué medios ejecutaron tan grandes cosas. El Apóstol nos da la respuesta tocante á eso: «Por medio de la fe. Merced á ella, siendo débiles, hiciéronse héroes; merced á ella, hiciéronse invencibles en las luchas que tuvieron que sostener; merced á ella, triunfaron de todos los ejércitos enemigos». [1]

He ahí la clave de la historia de los pueblos cristianos; poca fe, pocas fuerzas; gran fe, grandes energías.

Es ya tiempo de que nos aprovechemos de tales ejemplos. Así, pues, ¡en pie! Vayamos primeramente al combate, y después á la victoria, «Quien tiene fe todo lo puede». [2] Así habla la misma Eterna Verdad. La victoria que triunfa del mundo, es nuestra fe. [3]

¿Hay algo que la fe viva, sobrenatural, no pueda lograr? «Abre camino en donde nadie lo encontró; penetra en donde nadie penetró; abre lo que estaba cerrado; abraza lo que se halla situado fuera de ella». [4]

¡Fe! ¡Fe viva! ¡Fe sobrenatural! Tales son las palabras que deben hacerse nuestra voz de reclutamiento, las palabras que deben incesantemente dejarse oir en nuestra cruzada santa. Tal es la voz de orden por la cual deben conocerse todos los que deseen sinceramente la renovación de la antigua fuerza del Cristianismo, el triunfo de la causa de Dios.

Mas como la fe es también una gracia, imitemos el ejemplo del Apóstol: «Doblemos las rodillas ante el Padre de quien trae su nombre toda familia en los cielos y en la

(1) Hebr., XI, 33, 34.
(2) Marc., IX, 22.
(3) I Ioan., V, 4.
(4) Bernard., *Cant. cant.*, 76, 6.

tierra, para que nos dé la riqueza de su gloria, el ser vigorosamente fortalecidos por su Espíritu, para perfeccionamiento del hombre interior, y que Jesucristo habite en nuestros corazones por la fe, para que, arraigados y fundados en la caridad, podamos comprender con todos los santos, cuál sea la latitud y la longitud, la profundidad y la altura, y conocer el amor del Cristo, que sobrepuja á todo conocimiento, de suerte que seamos llenos de toda la plenitud de Dios». [1]

He ahí la primera tarea que incumbe á la época, he ahí lo que contribuirá al rejuvenecimiento de la Iglesia, he ahí lo que nos llevará á la salvación.

(1) Eph., III, 14 y sig.

Apéndice II

El Espíritu Santo como centro del pensamiento y de la vida sobrenaturales

1. El renuevo de la Iglesia es consoladora prueba de la acción del Espíritu Santo.—Hace unos treinta años que un libro capaz de hacer revivir la persona y la acción del Espíritu Santo en la conciencia y en el aprecio del pueblo cristiano, parecíanos una de las necesidades más apremiantes de la época. Tal obra brotó de la pluma del incansable Monseñor Gaume. Sin embargo, no era del todo á propósito para hacer popular y universal la devoción al Espíritu Santo, porque, de una parte, era sobrado devota, y, de otra, trataba demasiadas cosas extrañas al asunto.

Habíamos nosotros mismos prometido al Espíritu Santo escribir un librito de esa clase, cuando las circunstancias nos lo permitiesen. Mas en el ínterin, escogióse él mejores instrumentos, que le hicieron conocer á los hombres y han despertado en ellos el amor y el respeto hacia él. Casi al propio tiempo, en Francia, en Inglaterra y en Alemania, las hermosas obras del cardenal Manning, de Coulin, de Zardetti, de Deutz, de Meschler, venían perfectamente á llenar esta sensible laguna. [1] Cuanto al presente podemos desear, es que el impulso dado produzca sus resultados tan largamente como sea posible, por donde quiera que un corazón cristiano aspire al verdadero servicio de Dios y á la perfección. Pues la vida sobrenatural no

(1) Especialmente Froget, *L' habitation de S. Esprit dans les âmes justes.*

tierra, para que nos dé la riqueza de su gloria, el ser vigorosamente fortalecidos por su Espíritu, para perfeccionamiento del hombre interior, y que Jesucristo habite en nuestros corazones por la fe, para que, arraigados y fundados en la caridad, podamos comprender con todos los santos, cuál sea la latitud y la longitud, la profundidad y la altura, y conocer el amor del Cristo, que sobrepuja á todo conocimiento, de suerte que seamos llenos de toda la plenitud de Dios». [1]

He ahí la primera tarea que incumbe á la época, he ahí lo que contribuirá al rejuvenecimiento de la Iglesia, he ahí lo que nos llevará á la salvación.

(1) Eph., III, 14 y sig.

Apéndice II

EL ESPÍRITU SANTO COMO CENTRO DEL PENSAMIENTO Y DE LA VIDA SOBRENATURALES

1. El renuevo de la Iglesia es consoladora prueba de la acción del Espíritu Santo.—Hace unos treinta años que un libro capaz de hacer revivir la persona y la acción del Espíritu Santo en la conciencia y en el aprecio del pueblo cristiano, parecíanos una de las necesidades más apremiantes de la época. Tal obra brotó de la pluma del incansable Monseñor Gaume. Sin embargo, no era del todo á propósito para hacer popular y universal la devoción al Espíritu Santo, porque, de una parte, era sobrado devota, y, de otra, trataba demasiadas cosas extrañas al asunto.

Habíamos nosotros mismos prometido al Espíritu Santo escribir un librito de esa clase, cuando las circunstancias nos lo permitiesen. Mas en el ínterin, escogióse él mejores instrumentos, que le hicieron conocer á los hombres y han despertado en ellos el amor y el respeto hacia él. Casi al propio tiempo, en Francia, en Inglaterra y en Alemania, las hermosas obras del cardenal Manning, de Coulin, de Zardetti, de Deutz, de Meschler, venían perfectamente á llenar esta sensible laguna. [1] Cuanto al presente podemos desear, es que el impulso dado produzca sus resultados tan largamente como sea posible, por donde quiera que un corazón cristiano aspire al verdadero servicio de Dios y á la perfección. Pues la vida sobrenatural no

(1) Especialmente Froget, *L' habitation de S. Esprit dans les âmes justes.*

podría florecer, á no ser que el Espíritu Santo sea mejor conocido y mejor amado. (1)

Estas felices circunstancias, que nos dispensan de poner mano al designio que antes habíamos acariciado, cólmannos del más vivo consuelo, y de la más profunda gratitud con respecto á Dios. En ello vemos nueva demostración evidente de la energía siempre joven de la verdadera Iglesia de Dios. Hemos dicho ya que en todas las épocas de opresión y de rebajamiento, habíase siempre elevado por sí misma á nueva vida. El mismo fenómeno hase verificado aquí, y esto de manera que nos hace ver claramente de dónde viene esa fuerza en la cual renuévase ella siempre como el águila, y se rejuvenece en el fuego de la aflicción como el fénix, para lanzarse más alto que nunca hacia el cielo.

No la sabiduría humana es quien entonces acude en su socorro. Ésta ni siquiera comprende lo de que ahora tratamos. Además, sería incapaz de ayudarla. El socorro viene de lo alto. De igual suerte que idéntica necesidad habíase hecho sentir de pronto en las más diversas partes de la Iglesia, así los remedios encontráronse súbitamente. No eran poder ni sabiduría humanos quienes provocaban tal movimiento en los espíritus, era la voz de Dios sobre las aguas; (2) era la acción de Dios en el corazón de su Iglesia. El Espíritu del Señor es aquel mismo Espíritu Santo que, en el principio, cerníase sobre las aguas, (3) el mismo que llena la tierra, que vivifica á la Iglesia y mantiene su homogeneidad. Y pues sabe hablar (4) en el momento oportuno, es inevitable que aquélla encuentre, en la hora decisiva, las luces que necesita, la palabra, la línea de conducta y los actos justos. «Es el único y mismo Espíritu que produce todos sus dones, distribuyéndolos á cada cual según le place». (5)

(1) Para esta clase de lecturas, de Teología Intima, véanse los 9 tomos del Abate Sauvé.—N. del T.
(2) Psalm., XXVIII, 3.
(3) Gen., I, 2.
(4) Sap., 1, 7.
(5) I Cor., XII, 11.

Dios envió de nuevo ese Espíritu mediante el cual vive y obra la Iglesia. Él es, y no el poder intelectual del hombre, quien todo lo ha transformado, y quien renovó la faz de la tierra. (1) De él es de quien parte el movimiento silencioso é invisible que, en nuestros días, apoderóse de la Iglesia de manera evidente é irresistible. Cabe, á veces dolerse, y con razón, que, á causa de su debilidad, la inteligencia humana, tan imperfecta, no comprenda la fermentación, el empuje y el brote producidos por el Epíritu Divino. Como quiera que sea, ese poderoso impulso para nuevo vuelo que se deja sentir en la Iglesia, es una prueba de su divinidad, porque lo es de la actividad del Espíritu Santo en su seno. Es, además, prenda de esperanza en favor de una renovación más considerable, más perfecta. Dios es fiel. (2) Él es quien hizo el comienzo y quien dará también la terminación.

2. El Espíritu Santo como centro del pensamiento y de la vida sobrenaturales.—Este vuelo hacia lo mejor contiene al mismo tiempo otra verdad de la mayor importancia.

Pasa de un cuarto de siglo que se hicieron las primeras tentativas para rejuvenecer la enseñanza de lo sobrenatural, olvidada desde tan largo tiempo. Fué ello causa de grandes luchas en tal época. Muchos de los que abrigaban excelentes intenciones con respecto á la causa cristiana, creían prestar á Dios un servicio luchando, por todos los medios posibles, contra una tendencia en la cual veían tan sólo exageraciones de una fe que no estaba en conformidad con los pareceres de la época, y creaciones arbitrarias de una piedad exagerada.

Tales discusiones eran precisamente ocasionadas por la resistencia del espíritu racionalista que contaba ya un siglo. Son la demostración que manifiesta cuán extraño é incomprensible al mundo habíase tornado lo sobrenatural. Guiado por secreto y seguro instinto, el espíritu del falso

(1) Psalm., CIII, 30.
(2) I Thess., V, 24.

naturalismo veía su dominación amenazada, si tal manera de ver sobrenatural, que él creía desaparecida para siempre, llegase á resucitar. De ahí tan encarnizada guerra. Mas, contra el poder de Dios, no hay poder que resista. Transcurrió escaso tiempo, y la nueva tendencia, ó más bien la antigua tendencia cristiana, triunfaba por lo menos en la teología.

Apenas lo sobrenatural había recobrado su influencia sobre los espíritus, cuando se produjo como una necesidad indispensable de buscar, en el polvo de las bibliotecas, la enseñanza referente al Espíritu Santo, de tanto tiempo olvidada.

Muéstranos esto la verdadera importancia y el lugar que corresponde á este punto de doctrina en el dominio de lo sobrenatural.

El Espíritu Santo es foco, centro, manantial, y corazón del pensamiento y de la vida sobrenaturales. Muéstrasele á cada paso como guía á quien pretende penetrar lo formal del orden sobrenatural. Y solamente aquel que intenta familiarizarse con él puede orientarse en ese mundo sublime. Sin el conocimiento de su acción, el hombre no ve en las verdades sobrenaturales más que fragmentos sueltos de diversa naturaleza é incomprensibles, que, como meteoros y estrellas filantes, caen del otro mundo en el nuestro.

Un mundo nuevo, más elevado, lleno de unidad y de vida, ábrese tan sólo á quien trata de orientarse según la luz de ese sol bienhechor. Por esa razón, es también principio de la vida sobrenatural. Allí en donde no luce, y no calienta, la prosperidad espiritual no existe, hállanse tan sólo raquíticas pequeñas plantas, que ciertamente distan mucho de servir para atraer á lo sobrenatural la estimación y el amor.

3. Consecuencias del descuido habido en la enseñanza de la doctrina referente al Espíritu Santo.—Si alguien desea pruebas de lo que afirmamos, encontrará copioso número, lo mismo en las obras de teología y de piedad, que en la vida de pasados tiempos. Casi siempre tiene todo esto un aspecto tan frío, tan vacío, que nosotros mismos admirámonos de que se haya encontrado un solo hombre capaz de sentirse ahí satisfecho. No cabe decir que todo entonces fuese puramente natural. ¡Buena dicha, si así hubiera sucedido! Mas, considerado desde tal punto de vista, resultaba tan tieso como vacío desde el punto de vista sobrenatural.

Nada extraño es; no se trataba del Espíritu Santo. Por eso la vida, la fuerza y las flores por doquiera faltaban. En vez de tratar de las virtudes sobrenaturales infusas, y de insistir en su práctica, contentábanse con áridas recomendaciones referentes á una moral toda de prudencia, á una piedad de hombre honrado casi enteramente profana.

En cuanto á las virtudes teologales, no se sabía qué hacer. Á la fe, que todavía se admitía como monumento de la sencillez cristiana, mas no como una de las más altas virtudes, y como base indispensable de la justicia sobrenatural, tratábase de hacerle la vida lo más dura posible, y de despojarla de toda influencia. Respecto á los dones del Espíritu Santo, no había para ellos lugar en los pensamientos de aquel tiempo. Á lo sumo si, en la casa levantada por el racionalismo, se les daba todavía una pequeña buhardilla, para el caso en que pudieran tal vez ayudar á ciertos individuos privilegiados á cumplir actos extraordinarios.

La consecuencia de tal conducta fué esa manera de ver de la cual desgraciadamente afirmamos todavía hoy su existencia en muchas esferas cristianas: «No queremos participar de la vida del mundo;—dícese allí—mas tampoco se nos hará creer que debemos arrojarnos inmediatamente en la santurronería. Queremos guardar el justo medio entre ambos excesos. Ser buenos cristianos, pero no fanáticos; proceder sin ruido y modestamente; practicar la religión tranquila y reflexivamente, con moderación, sin exageraciones inútiles, sin ostentación, sin turbar el orden corriente de las cosas, he ahí nuestro ideal. Por lo tanto, nada que no sea necesario, nada que pueda afectar de manera desagradable á espíritus moderados».

Tal es, poco más ó menos, la filosofía práctica de todas las gentes del mundo, en los límites en que todavía quieren ser cristianos, y tal es la filosofía del mayor número de aquellos que se lisonjean de formar parte de las sedicientes clases ilustradas. Cosa curiosa, precisamente son los representantes de esas clases, quienes tienen mayor pretensión de creerse cristianos modelos.

Para decir con franqueza la verdad, no podemos prohibirnos añadir que en ciertos medios eclesiásticos, y en ciertas cátedras de teología, en donde tiene su hogar propiamente dicho, tal filosofía continúa gozando de la consideración de un evangelio consagrado por una práctica secular y de innumerables párrafos. (1)

Á consecuencia de tal manera de ver, acostúmbrase á clasificar á la humanidad en tres categorías.

En la primera, están aquellos á quienes el fariseo junta en su oración bajo esta rúbrica: *el resto de los hombres*, los ladrones, los bandidos, los asesinos, los hipócritas, etc. En las horas de mal humor, cuando se ve uno perseguido por la adversidad, llámaseles *malos*, ó *malos cristianos*, y hácense cargos á Dios porque permite que todo les salga bien, y porque parece olvidar á los buenos.

Frente á éstos, hállanse los que forman parte del extremo opuesto, y á quienes se da el nombre de *santos*. «Antes de ahora,—dícese—eran bastante numerosos; actualmente sólo se les encuentra en el cielo. Hombres vivos, que tienen formal intención de hacerse santos, están pasados de moda. Huiríase de ellos como si fueran espectros. De hecho, vense pocos de verdad en el mundo. Apenas si, en su seno, se encuentran personas que hayan llegado á una semi santidad. La mayor parte de las veces, son santos fracasados, gentes que muestran por su edad y su exterior, que no van con la época. Puede ocurrir que todavía se encuentren escondidos en alguna parte representantes

(1) Afortunadamente estas teorías ascéticas, ó de moral ascética, en España no se conocen, ni entre el sacerdocio, que se mantiene en su puesto de honor, ni entre las personas seglares que viven vida devota.—N. del T.

fuera de moda de la verdadera santidad; mas no se atreven á mostrarse públicamente. Antes de ahora por lo menos, habíaseles dejado generosamente los claustros como refugio; hoy trátase de cerrárselos, y con frecuencia aquellos que eran precisamente los mejores asilos de la santidad».

Entre ambos extremos, hállase la tercera clase, la de los *justos*. Estos, los buenos cristianos, como ellos mismos se llaman, con cierta especie de predilección, renuncian por anticipado á ser santos. Como dicen ellos, tan sólo tienen intención de llegar un día al cielo. Mas en cambio, tratan de formarse la vida tan feliz cuanto aquí abajo es posible; y, desde tal punto de vista, difieren enteramente de los fariseos. Quieren suprimir en el Cristianismo cuanto no es de moda, y cuanto tiene trazas de rigorismo, otras tantas cosas que podrían ser objeto de inquietud ó de horror para el espíritu de la época. (1)

Como se ve, tal tendencia permítese hacer algunos cambios conformes con la época en las doctrinas del Cristianismo. Sin duda alguna, sus representantes figúranse que la mansión de los bienaventurados es doble. Dejan á los santos lo más elevado en punto á santidad, lo que está inmediatamente ante la faz de Dios. Creen que allá pasan las cosas como pasaban aquí para el publicano, y conténtanse con la última porción, es decir, con el cielo de los llamados buenos cristianos. Mas no parece que tengan exacta idea de él. No se sabe si lo consideran como una especie de purgatorio agradable, ó como continuación de la vida honesta y poco penosa de los buenos cristianos en este mundo.

Según todas las apariencias, más bien adoptan ese último parecer, porque cuanto menos reivindican elevado puesto en la otra vida, más tratan de formarse un paraíso en ésta, probablemente para prepararse á la vida que cuentan tener allá eternamente. Y del propio modo que tratan de tranquilizar aquí bajo su conciencia con el menor tra-

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 331 y sig., 355 y sig., 361 y sig.

bajo posible, igualmente quisieran desentenderse en la eternidad de la proximidad molesta de Dios, por miedo á verse sustraídos por él de esa vida cómoda en la cual hallan la satisfacción de sus necesidades religiosas.

Pues, en suma, esto constituye el fondo de toda esa manera de pensar y de vivir. Cuanto recuerda, aunque poco sea, un celo mayor en la vida espiritual, resulta en seguida tachado de exageración, fanatismo, pesimismo, como fruto de malsana piedad. Como religión verdadera y conforme con las necesidades de los tiempos y de la civilización, no aprueban sino un Cristianismo que contenga lo estrictamente necesario, y practicado de tal suerte que nadie sufra por ello inconvenientes ó se vea contrariado. (1)

4. Ojeada acerca de la organización interior del orden sobrenatural en el hombre.—No daremos larga demostración haciendo ver cuán errónea y perniciosa es tal manera de ver. Conocido el fin que nos hemos propuesto, basta decir que no sería posible, ni se tuviera idea exacta de los dones del Espíritu Santo. Desde que se la tiene, la vida cristiana aparece de muy distinta manera.

Atendiendo á eso, dado es afirmar con toda verdad, que los dones del Espíritu Santo forman el punto doctrinal de la comprensión exacta del cual depende esencialmente la concepción de la doctrina moral sobrenatural. Ahí se da nueva prueba de la necesidad de buscar en el Espíritu Santo el centro y también el término de todo pensamiento y de toda acción sobrenatural. (2)

El cristiano pertenece á dos mundos que deben unirse en él de la más estrecha manera. Como hombre, debe tender á Dios, señor y término del orden natural. Como cristiano, debe dirigir sus aspiraciones á Dios, autor y consumador de nuestra fe. (3) En otros términos, debe tender

(1) Cf. conf. IV, 4.
(2) Cf. López de Ezquerra, *Lucerna mystica*, tr. 3, c. 5-8. Vallgornera, *Theol. myst.*, I, n. 547-586; II, Append. n. 256-283. Honorato a S. Maria, *Tradit.*, II, p. 3, a. 8. Meynard, *Vie interieure* (4), I, 411-461; II, 65-95. Terrien *La grâce et le gloire*, (2), I, 186-202.
(3) Hebr., XII, 2.

como hombre á su último fin natural; como cristiano, á su último fin sobrenatural.

Hemos demostrado ya suficientemente en las dos primeras partes de la presente obra, (1) que, dada su elevación á un fin sobrenatural, el hombre no puede alcanzar su fin natural sin el sobrenatural. Mas esto no destruye en manera alguna la posibilidad de establecer distinción entre ambos fines y entre ambos órdenes.

Para que el hombre pueda alcanzar su fin natural, otorgóle el Creador las dos potencias espirituales llamadas inteligencia y libertad. Mas al lado y por encima de esos dos principios interiores inmediatos de todo movimiento la criatura racional para llegar á su fin, dase como una causa exterior útil y más elevada, la intervención activa de Dios mismo, sin la cual jamás sus aptitudes de obrar no se reducirían al acto. (2) Además, la bondad de Dios otorgó á todas las potencias humanas cierta inclinación natural á un objeto que á ellas responde en cuanto es verdad, belleza ó bondad, (3) para tender más fácilmente á él, y poder dejarse atraer por él de manera más conforme con su naturaleza. (4) Así la piedra es más fácilmente arrojada por la mano del hombre que la pluma, porque la inclinación á la caída, ó la pesantez del objeto, viene en ayuda de la impulsión exterior dada por quien la arroja.

Dios organizó al hombre de igual manera para alcanzar su fin natural, Todo ser debe hallarse constituído en relación con el fin al cual está destinado. Sin eso, no podría alcanzarle. Pero cuanto, por una parte, más elevado sea el fin, más, por otra, la influencia de las impulsiones y de los movimientos que Dios debe ejercer sobre el hombre, en cuanto causa exterior que le determine á pasar á esa actividad por la cual debe alcanzar su fin, es sublime y delicada, más elevado y perfecto debe ser el equipo,—si así es per-

(1) Véanse los tomos I, II, III y IV.
(2) Thomas, 1, 2, q. 9, a. 1, 4; q. 79, a. 2; q. 9, a. 1, 9.
(3) Thomas, 1, 2, q. 8, a. 1; 2, 2, q. 155, a. 2; 1, q. 105, a. 5; *C. Gentes*, 3, 70; Pot., q. 3, a. 7.
(4) Cf. sobre esto el tomo I.

mitido decirlo—que el hombre necesita para tal asunto. [1]

Síguese de ahí, que en el mundo de la vida sobrenatural, necesita doble equipo más completo.

Por parte de su naturaleza racional, es suficientemente apto para cumplir su misión natural. [2] Dios, como autor de la naturaleza, es el fin apropiado á su naturaleza. Y las potencias naturales de su alma son, por su naturaleza, accesibles á la influencia natural de Dios en cuanto última causa motriz y capaces de responderle.

Pero resulta de otra suerte en el caso de hallarse elevado el hombre al orden sobrenatural. Tal privilegio es algo tan sublime y tan divino, que no se da término para expresar la distancia que al hombre le separa de Dios como autor del orden sobrenatural, la debilidad natural de la inteligencia humana de la magnitud del fin sobrenatural al cual después se halla destinada.

Cierto que, por la gracia santificante, vese el alma elevada y transfigurada de tal manera, que el Espíritu de Dios no halla sino una expresión para caracterizar tal estado, la expresión casi increíble de *participación de la naturaleza divina*. [3] Cierto que las disposiciones infusas con la gracia, para la práctica de las virtudes sobrenaturales, intelectuales y morales, y las infusiones de la gracia eficaz que les responden, prestan á la inteligencia y á la voluntad nueva fuerza más elevada para dirigir toda su actividad sobre Dios, como el fin sobrenatural más alto, y transformar así los actos en virtudes sobrenaturales. [4] Ciertamente, hasta podría creerse que si, en el orden natural, la inteligencia y la voluntad, ayudadas con el auxilio de la inclinación natural, bastan para responder á la acción natural de Dios, en lo que les es conforme, la cosa debiera igualmente ocurrir en el orden sobrenatural, des-

(1) Thomas, 1, 2, q. 68, a. 1. Antonin., IV, t. 10, 2, § 1.
(2) Rainer. a Pisis, *Pantheol.*, v. dona, 1, § 2.
(3) II Petr., I, 4.
(4) Thomas, 1, 2, q. 63, a. 3, 4.

de que las virtudes intelectuales y morales infusas, hicieron á esas dos potencias del alma capaces de abandonarse á la influencia sobrenatural de Dios, mediante la acción de su gracia. Mas no sucede por entero de esa suerte.

Unicamente aquí vemos bien de qué dignidad, pero también de qué obligaciones somos deudores á la gracia divina.

Seguramente Dios nos eleva á inmensa altura, dignándose hacerse nuestro fin sobrenatural. Por su abajamiento hasta nosotros en la gracia santificante, y por la elevación de nuestra alma y de sus potencias al estado sobrenatural, fórmase bien, es verdad, una unión entre estas últimas y su naturaleza. Mas, relativamente á nuestra actividad, bajo la influencia de su acción sobre nosotros, y á su acción misma, el abismo inconmensurable que de él nos separa dista mucho de verse colmado. [1]

Luego, para que sean posibles nuestra cooperación á su actividad, por una parte, y, por otra, el ejercicio libre de su influencia sobre nuestra actividad sobrenatural, tuvo que tender doble puente sobre ese abismo.

Aun en el orden natural, dió á la inteligencia y á la voluntad libre, como hemos visto, además de conocer la verdad y de lograr el bien, cierta inclinación hacia ambas cosas, para poder, por su mediación, obrar sobre esas dos potencias del alma sin violencia alguna, y de manera conforme á nuestra naturaleza. Pues bien, esa inclinación natural al bien, que también procede de Dios, [2] y que no es obra propia de la criatura, basta para hacer á la inteligencia y á la voluntad más prontas á responder á la influencia del movimiento natural divino. Por el contrario, no presta al hombre necesidad alguna ni deseo alguno natural que responda á la sublimidad del fin sobrenatural. [3]

Por esa razón Dios, para hacernos posible la completa unión sobrenatural con él, por medio de una actividad que

(1) Cf. Alvarez. a. Paz, III, l. 2, p. 2, c. 4.
(2) Thomas, 1, q. 103, a. 8; q. 111, a. 2.
(3) Propos. Baii damn. 21, 23, 24, 26.

responde perfectamente á nuestra elevación sobrenatural, debió poner, en lugar de la inclinación natural al bien y á la verdad en el orden sobrenatural, algo absolutamente nuevo, y eso, como ya hemos dicho, bajo dos aspectos.

Primeramente, en cuanto fin del orden sobrenatural, hállase de tal suerte más alto que la criatura, que ésta, aun estando su naturaleza elevada por la gracia hasta la participación de la naturaleza divina, no puede desarrollar una actividad conforme á ese estado de unión con Dios, á no ser que una potencia y una capacidad enteramente nuevas entren en el alma para tal fin.

Pues bien, esto ocurre con las virtudes teologales, que se refieren, no como las demás virtudes, desde luego á prácticas agradables á Dios, sino que le tienen inmediatamente por objeto, y hacen posible al hombre su unión con él en cuanto último fin del orden sobrenatural, mediante una actividad á la vez conforme con la dignidad de Dios y con la dignidad que el hombre recibió por la gracia. [1]

Mas aun las aptitudes dadas por las virtudes intelectuales y morales infusas, necesitan de ese sostén particular para ejercer su actividad de manera correspondiente á toda la extensión de la misión sobrenatural, á la elevación y á la delicadeza de las influencias divinas. Las virtudes naturales producen sus efectos á causa de la belleza natural que en ellas reside, y para cumplir los deberes que se sabe han sido impuestos por la voluntad de Dios. Las virtudes sobrenaturales producen las mismas acciones exteriores. Pero no deben practicarlas únicamente para satisfacer la obligación de obedecer la voluntad de Dios —á lo cual está ya obligada la razón natural.—Deben hacerlo para expresar de la más fiel manera posible, la unión sobrenatural de nuestra naturaleza con Dios en la gracia, expresión que responde perfectamente á la sublimidad y á la intimidad de nuestra unión sobrenatural con él. Pues bien, no sucede esto, á no ser que persiga la práctica de toda virtud sobrenatural, como fin último, la

(1) Thomas, 1, 2, q. 62, a. 1.

subordinación más completa con respecto á Dios, y siendo esa misma práctica la expresión del afecto más grande hacia Él.

Pues bien, la subordinación á Dios alcanza su más alto grado en la sumisión del espíritu á Él por la fe. El afecto á Dios alcanza el suyo en las virtudes de la esperanza y de la caridad. Cada virtud sobrenatural debe ser, pues, una emanación y una expresión indirecta de esas tres divinas virtudes, y principalmente de la caridad sobrenatural.

En segundo lugar, la misión de toda virtud que el justo practica en estado de gracia, consiste en producir un acto exterior que responda perfectamente á la actividad que el Espíritu Santo, que habita en nosotros, quiere realizar en nosotros y por medio de nosotros.

Luego, por una parte, la virtud sobrenatural debe realizar el mayor grado posible de sumisión á Dios, y de unión con Él en cuanto es Él su fin. Y, para llegar á eso, recibe el alma las virtudes teologales infusas, con la gracia santificante.

Por otra parte, aun cuando sea ejecutada mediante la libertad y con medios humanos, debe, no obstante, ser obra del mismo Espíritu Santo que habita en nosotros, efecto de sus inspiraciones y mociones, emanación de su propia actividad.

Para que ella se convierta en esto, de perfecta manera, necesita de una nueva fuerza permanente, sobrenatural, en lugar de la inclinación que, en el orden natural, previene los impulsos y movimientos naturales por parte de Dios. Y esa fuerza es lo que se llama dones del Espíritu Santo. [1]

5. Los dones del Espíritu Santo.—Esos dones del Espíritu Santo son, pues, aptitudes y potencias sobrenaturales especiales, infusas en el alma de manera persistente, con la gracia santificante, energías que, en cuanto son virtudes enteramente sobrenaturales y manifestaciones del amor divino, por una parte, y, por otra, emanación de los impulsos interiores del mismo Espíritu Santo, perfec-

(1) Thomas, 1, 2, q. 68, a. 1, 3.

cionan y fortifican la inteligencia de igual suerte que la voluntad, para hacerlas capaces de cumplir las prácticas de los deberes externos, del bien moral y del culto de Dios.

Representámonos con frecuencia su importancia de manera tan incompleta, que resultan, al parecer, necesarios tan solamente para cumplir acciones extraordinarias.

No es dudoso, en verdad, que toda iluminación extraordinaria de la inteligencia, que todo impulso extraordinario de la voluntad, que toda caridad extraordinaria del corazón, que toda acción heroica en materia de sacrificio y de virtud, de ellos procede. Es también cierto que son ellos quienes, en la práctica de las virtudes sobrenaturales, dan á la voluntad mayor fuerza, mayor ánimo, mayor celo, mayor dulzura, (1) y hácenla capaz de realizar la perfección completa. (2)

Mas fuera error prentender limitar su importancia tan solamente á esos efectos extraordinarios y raros. Para eso, una fuerza persistente no sería necesaria; bastaría con una influencia transitoria del Espíritu Divino. Pues bien, según lo que llevamos dicho, esos dones hállanse, en diversos grados, es cierto, pero encuéntranse en quienquiera que en sí lleve la gracia de Dios. (3) En donde se hallen la gracia y el amor divino, también se hallan los dones del Espíritu Santo. (4) En donde falten, también falta igualmente la gracia. (5) Por eso resultan absolutamente necesarios para lograr la salvación y la felicidad, ó el fin sobrenatural, (6) é igualmente indispensables para la práctica perfecta de las verdaderas virtudes sobrenaturales.

Tales dones, es cierto, no son tan sublimes como las virtudes teologales. Pero el hombre, no obstante, necesítalos, en parte, como disposiciones preliminares para ayudarle á practicarlas de más perfecta manera.

(1) Agreda, *Mystica civitas*, I, n. 597, 599.
(2) Scaramelli, *Theol. Myst.*, tr. 1, c. 6.
(3) Thomas, 1, 2, q. 68, a. 4, 5, 7.
(4) *Id.*, 2, 2, q. 45, a. 5.
(5) Thomas, 2, 2, q. 45, a. 4.—(6) Id., 1, 2, q. 68, a. 2.

Así, cada una de las principales virtudes sobrenaturales va acompañada de uno ó de varios dones del Espíritu Santo, la fe del don de ciencia y de entendimiento, la esperanza del don de la ciencia, en parte, (1) la caridad del don de sabiduría. El don de fortaleza viene en ayuda de la virtud cardinal del mismo nombre, el don de piedad en ayuda de la justicia, el don de consejo en ayuda de la prudencia, el don de temor en ayuda de la templanza. (2)

La inteligencia y la voluntad humanas hasta son secundadas por estos dones en sus oficios puramente naturales, para poder lograr su fin de más perfecta manera. (3)

Por lo tanto, la eficacia de los dones del Espíritu Santo es doble.

En primer lugar, únicamente por medio de ellos llega el cristiano al uso perfecto de la aptitud para la virtud y del poder para practicarla, depositados en él por medio de la justificación.

Á ellos, pues, en definitiva, debe el poder practicar cuanto se le pide en materia de virtud sobrenatural. No se da verdadera virtud cristiana que no exija los dones del Espíritu Santo de igual suerte que la gracia. Cuanto mejor cumple uno sus deberes de perfecta manera, mayor necesidad tiene de eso en grado elevado. Mas en las simples acciones de la vida cristiana ordinaria, nadie puede prescindir de eso, si quiere practicar virtudes sobrenaturales.

En una palabra, únicamente fortalecido con los dones del Espíritu Santo, puede el hombre cumplir por entero la misión á que se halla destinado á causa de su elevación al estado sobrenatural, á saber, la misión de vivir enteramente para Dios, y de trabajar en su salvación eterna.

En segundo lugar, solamente los dones del Espíritu Santo pueden predisponer al cristiano para recibir las iluminaciones y las visitas de la gracia, y hacerle dócil á su

(1) Meschler, *Die Gabe des heiligen Pfingstfestes*, 261.
(2) *Ibid.*, 244.
(3) Rainer. a Pisis, *Pantheologia*, V. dona, 1, § 2, 3.

influencia otras tantas cosas extrañas á la naturaleza humana, pero que le son muy necesarias, dada su actual situación.

Quienquiera que se conozca nada más que un poco, sabe, con el mayor pesar suyo, en qué medida la ceguera, la debilidad, la cobardía, la dureza, el miedo, la terquedad, la precipitación, el orgullo y la ligereza dominan en él. En vano millares de relámpagos y de soles encendidos en su inteligencia por la gracia, han intentado penetrar en esa floresta virgen. Millares de granos que el Divino Sembrador depositó en ese terreno pedregoso, han perecido ó viéronse sofocados por las zarzas y las espinas. Necesario es que el Espíritu Santo nos ayude de manera enteramente particular en ese desorden de malas hierbas que sin cesar se renuevan, de plantas trepadoras, de troncos robustos, en donde toda clase de gusanos encuentra seguro refugio. De otra suerte, la gracia misma no lograría hacer que madurase la mies.

Pues bien, los dones del Espíritu Santo prestan á nuestra cansada mano siempre nuevas fuerzas, y ayúdannos al propio tiempo á reducir á terreno cultivable la tierra de nuestra alma. Únicamente entonces la luz del cielo y el calor del sol pueden, de concierto con nuestra débil cooperación, hacer que germinen y maduren los frutos pacientemente.

Ausentes los dones del Espíritu Santo, la gracia encontraría en nosotros obstáculos mucho mayores. Mas su presencia préstanos capacidad para mejor recibirla y hacer que produzca más numerosos frutos. Á ellos debemos el ser más accesibles á sus efectos, más activos para llenar nuestros deberes de cristianos, y más dispuestos para recibir los impulsos del Espíritu Santo. Únicamente merced á ellos tornámonos en vasos de la gracia é instrumentos del Espíritu Santo en la plena acepción de la palabra. Tan sólo aquel que deja obrar en sí los dones del Espíritu Santo, puede aprender el gran arte de vivir en Dios y por Dios, es decir, de manera verdaderamente sobrenatural.

6. Llevan consigo, como consecuencia, el deber de que todos los hombres aspiren á la perfección.—Pues bien, nadie puede negar que esto concierne á todos los cristianos. No se da, pues, nadie que pueda decir que no necesita de los dones del Espíritu Santo, nadie que pueda decir que tales dones no se le ofrecen con la gracia, nadie que pueda decir que sin ellos, sería capaz de atravesar los diversos grados de la virtud cristiana, en relación con su situación. Pues la virtud tiene también sus grados. No está cada cual obligado á llegar de pronto á la cumbre de la perfección. Mas cada uno debe conformarse con los impulsos del Espíritu Santo, esforzándose á lo menos en alcanzar uno ú otro de esos grados.

No puede, pues, haber disputa tocante á distinguir entre los cristianos ordinarios y los santos, en el sentido en que con más frecuencia eso se entiende. Si, por tal distinción, quiere tan sólo decirse que se dan diversos grados en el esfuerzo hacia la perfección, que el Cristianismo es suave y humano, y no desecha á ninguno de aquellos que no han logrado el último de esos grados, es justa. Mas lo que no puede admitirse, es la distinción fundamental que se establece entre la vida de los que se dicen buenos cristianos y la de los santos, distinción que se traduce por el siguiente principio: nadie tiene necesidad de aspirar á la perfección propiamente dicha. Los cristianos ordinarios deben tratar de alcanzar el mismo resultado que aquel de que más ó menos cerca se hallan los perfectos; pueden también tratar de alcanzarlo según la medida de los dones del Espíritu Santo que ellos poseen. Pues bien, todos poseen tales dones,—en diferente plenitud, es verdad,—en cuanto se hallan en estado de gracia.

Así, pues, no se da nadie que no resultase mejor de lo que es, si quisiera dejarlos obrar en él y proceder de concierto con ellos. Todos podrían ejecutar acciones heroicas, hacerse perfectos, santos, si no opusieran óbice á los dones del Espíritu Santo.

7. Manera y fin de su actividad.—Esos dones del

Espíritu Santo tan necesarios y tan sublimes son, según el Profeta, [1] en número de siete. Cuatro de ellos hacen posible al hombre el cumplimiento de su misión sobrenatural por medio de la iluminación de la inteligencia. Son los dones de sabiduría, de ciencia, de entendimiento y de consejo. Los otros tres, el temor de Dios, la piedad y la fortaleza sostienen á la voluntad en el mismo fin.

Por este lado igualmente, la doctrina del Espíritu Santo aparece como clave que permite comprender la vida sobrenatural. El impulso y la fuerza otorgados á la voluntad humana por la gracia son tan necesarios, que, sin ellos, no sería dado cumplir ninguna obra humana perteneciente al orden de la salvación.

Por esa razón no se podrían predicar bastante las palabras del Apóstol, diciendo que Dios es quien, con su gracia, obra en nosotros el querer y el ejecutar. [2]

Mas esto no quita que la inteligencia necesite de una acción particular del Espíritu Santo. Es cosa que con sobrada frecuencia piérdese de vista; y dase sobrado poca importancia á la influencia decisiva que la vida sobrenatural tiene sobre el pensamiento sobrenatural.

De igual suerte, no nos damos cuenta bastante de que, para obrar sobre nuestra voluntad y sobre nuestras acciones, debe lo sobrenatural desde luego hallar libre acceso en nuestro espíritu. Y, por no prestar bastante atención á eso, échase en cara al Cristianismo el querer hacer violencia y emplear procedimientos mágicos respecto del hombre.

Aquí tenemos precisamente la más clara explicación de tan importante cosa.

Entre las influencias del Espíritu Santo, las más numerosas y mejores dirígense á la inteligencia. Lo cual no es decir que, sin embargo, la voluntad no tenga su parte. Por indispensable que sea el sostén de la voluntad por medio de la gracia, la iluminación del entendimiento por la luz

(1) Is., XI, 2, 3.
(2) Phil., II, 13.

sobrenatural no es menos necesaria para cumplir el bien, de igual suerte que toda obra perfecta.

Por eso es fácil comprender porqué la Sagrada Escritura designa con predilección la gracia con el nombre de *luz*, [1] y su efecto con el de *iluminación*. [2] La Iglesia hácenos repetir diariamente en el breviario que la gracia del Espíritu Santo se digne *iluminar* nuestros sentidos y nuestros corazones, y cuando habla de la eficacia de la gracia, hácelo diciendo que Dios, por medio de la iluminación del Espíritu Santo, conmueve nuestro corazón, [3] y que esa iluminación y esa solicitación del Espíritu Santo son precisamente lo que produce sin violencia, con dulzura y bondad, el resultado confirmado por la gracia. [4]

No nos toca examinar aquí qué influencia decisiva debe ejercer esa verdad sobre la concepción del conjunto de la doctrina de la gracia. Pero no es menos importante para dar exacta apreciación tocante á la vida cristiana en todos sus grados, comenzando por la conversión, para llegar hasta las más altas cumbres de la perfección.

Hemos visto que la vida sobrenatural sigue la marcha de la vida natural. Más la gracia no interviene en la naturaleza, de suerte que siembre allí el desorden. Elévala, ennobleciéndola. Por eso la vida interior de quien aspira á la virtud cristiana, aunque se vea elevada sobre la naturaleza, muévese, no obstante, conforme á las leyes que el autor de la vida de la gracia estableció para la naturaleza humana, en cuanto es igualmente autor de ambas. [5]

Pues bien, en actividad intelectual natural, es la inteligencia luz sin la cual la voluntad no acertaría á moverse en dirección determinada. Todo acto de la voluntad debe ir precedido de un acto de la inteligencia. [6] Sin éste, la voluntad puede, es verdad, moverse; mas todo el movi-

(1) Ioan., I, 4 y sig.; III, 19 y sig.; VIII, 12; XII, 46.
(2) Luc., I, 79. Ioan., I, 9. Eph., I, 18; V, 14. Hebr., VI, 4.
(3) Conc. Trid., sess. 6, cap. V. Pius VI, *Auctorem Fidei*, 21.
(4) Conc. Arausic., II, c. 7. Según la Sap., VIII, 1.
(5) Cf. Oseas, XI, 4.
(6) Thomas, 1, q. 82, a. 4, ad 3.

miento de que es capaz en tales condiciones, es un movimiento sin objeto, especie de movimiento vibratorio; oscilatorio ó giratorio, en tanto que la inteligencia no le haya señalado cierto fin. La voluntad no alcanza un fin, á no ser que la inteligencia se apodere de ella y le prescriba una dirección.

Según esa ley, es como el Espíritu Santo obra también sobre la inteligencia humana. La gracia da á la voluntad el primer impulso y el comienzo del movimiento hacia el bien sobrenatural. Pero si se contentase con eso, el movimiento provocado por él carecería de objeto, y, por lo tanto, quedaría indeterminado y sin resultado. Para imprimirle una dirección determinada, y permitirle así lograr su fin, el Espíritu Santo indica á la voluntad ya movida por medio de la inteligencia ilustrada igualmente por Él, el fin sobre el cual quiere Él dirigir su actividad.

No debemos, sin embargo, imaginar esto como si Dios comunicase primeramente á la voluntad un movimiento vano y sin objeto, y luego le diese tan sólo, por un segundo acto, un contenido y fin, por medio de la inteligencia. Sino que causa Él ambas cosas por medio de una sola y misma acción, análoga á la del sol que ilumina y calienta al propio tiempo. Igualmente obra el Espíritu Santo. Ilumina nuestra inteligencia á la vez que enciende nuestro corazón. (1)

No hay más, sino que ejerce tal influencia por diferentes lados y diversas maneras. Provoca primeramente de manera directa, por su propio poder, el movimiento de la voluntad. (2) Pues sin él, ningún poder del mundo podría moverse. (3) En cuanto á la dirección hacia la cual inclinará el movimiento, la voluntad es quien lo imprimirá, (4) no la voluntad sola, naturalmente, sino la voluntad bajo la

(1) Bernard., *Cant. cant.*, 8, 4.
(2) Thomas, *C. Gent.*, 3, 91; 1, q. 22, a. 2, ad 4; *Verit.*, q. 22, a. 8.
(3) Id., 1, q. 83, a. 1, ad 2; 1, 2, q. 9, a. 6; q. 109, a. 2, ad 2; *C. Gent.*, 3, 89, 149.
(4) Id., *C. Gent.*, 3, 1, 110; 2, dist. 25, q. 1, a. 1, ad 3; dist. 39, q. 1, a. 1; 1, 2, q. 9, a. 6, ad 3; *Pot.*, q. 4, a, 7, ad 13.

influencia constante de la gracia; de otra suerte, la libertad quedaría lesionada. (1) No queriendo Dios cambiar las leyes naturales por él establecidas, obra sobre la voluntad moviéndola y empujándola suavemente por medio de la iluminación de la inteligencia, hacia el fin por el cual ella misma se ha determinado siguiendo la dirección impresa por la gracia. (2)

Por lo tanto, no tan solo la marcha, sino también la resolución de las influencias de la gracia,—por más de que el comienzo, lo mismo que el medio y el fin, dependen de la acción sobrenatural del Espíritu Santo,—ocurren, como para toda actividad intelectual, en su dominio propio, es decir en su dominio natural. Y eso, por la razón de que la actividad personal y la decisión de la voluntad hacia tal ó cual fin determinado son producidas en el orden sobrenatural por el Espíritu Santo, mediante la iluminación de la inteligencia, según la manera con que los fenómenos naturales ocurren en el alma.

De esta suerte, comprendemos porqué las gracias y los dones del Espíritu Santo no sostienen tan solamente á la voluntad estimulándola, y obrando de concierto con ella, sino como son también poderosa ayuda para la inteligencia. Pues, de esta manera, la dirección seguida por la voluntad, bajo la influencia del Espíritu Santo, de igual suerte que el logro del fin hacia el cual se dirige, hállanse favorecidos con fuerza y suavidad, sin que la gracia, por una parte, la convicción, la libertad, la decisión y la actividad personales, por otra, sufran menoscabo.

Por ahí vemos cuán falsa es la opinión según la cual la doctrina cristiana separa lo sobrenatural de lo natural, y abre un abismo entre ambos imposible de colmarse.

Hemos hecho ya notar muchas veces, en el curso de esta obra, que la idea fundamental del dogma de lo sobrenatural, y, por lo tanto, del Cristianismo, es precisamente

(1) Thom., 2, dist. 28, q. 1, a. 1; 1, q. 83, a. 3.
(2) Id., 1, q. 82, a. 4, ad 3; 1, 2, q. 9, a. 1, ad 3; a. 3, ad 3; *C. Gent.*, 3, 73, 85; *Verit.*, q. 22, a. 9, ad 6.

lo contrario, es decir, algo verdaderamente sobrenatural, y al propio tiempo verdaderamente natural, algo enteramente divino y enteramente humano, reunido en una sola y misma obra, en un solo y mismo hombre.

La doctrina de los dones del Espíritu Santo preséntasenos igualmente aquí como centro de toda la vida sobrenatural, en cuanto establece, de manera clara é indiscutible, esa verdad fundamental de la vida sobrenatural, y que nos hace ver, en su admirable sublimidad, así la condescendencia de Dios en la gracia, como la elevación indescriptible del hombre por medio de ella.

Lo que hay de grande, asombroso, y sobrehumano en tal misterio, no tanto es la comunicación del Espíritu Santo y de sus dones, como la manera admirable con que supo proceder, en su sabiduría y su bondad, para realizar sus obras sobrenaturales, y hacer que sean juntamente acciones propias del hombre y acciones propias de Dios, acciones de Dios, no solamente en el hombre, sino por medio del hombre. Por eso es la doctrina de los dones del Espíritu Santo una de las más importantes, no solamente desde el punto de vista del alcance profundo y general que tiene sobre la enseñanza de lo sobrenatural y de la moral sobre la vida espiritual, sino igualmente desde el punto de vista de la apología del orden sobrenatural.

¡Por qué, ¡ay! no haber expuesto ese magnífico punto con más grande calor, y más viva convicción de lo que nuestra pequeñez nos lo permitió!

8. Quién y cómo experimenta su actividad. Dones de ciencia, de entendimiento y de sabiduría.—No podemos entrar aquí en pormenores acerca de los dones del Espíritu Santo, por atrayente que el asunto sea. En las obras antes citadas, la cuestión vese allí tratada con mayor ó menor amplitud. Pero la materia es tan copiosa que todavía está por agotar, y con mucho.

Para contribuir á renovar y á tornar más profunda nuestra literatura ascética, que á veces conténtase algo demasiado con beber en las primeras obras superficiales

que llegan, no se daría medio mejor que penetrar en las obras que los antiguos y las almas llenas del Espíritu Santo han escrito acerca de ese punto. Parécenos, pues, bien el indicar las más recomendables, para ayudar, en la medida que podamos, á la solución de cuestión tan importante.

Hemos remitido varias veces á las explicaciones más bien teológicas de Santo Tomás y de Raineri de Pisa. [1] Mas en lo tocante á la fase práctica de tal enseñanza, poseemos una literatura antigua tan rica, que todo predicador, director espiritual, ó escritor ansiosos de consagrar sus esfuerzos á promover una piedad vigorosa y vivificante, no se vería apurado para encontrar medios de instrucción.

Todo el mundo conoce, por lo menos de nombre, los soberbios trabajos que nos dejaron sobre ese asunto San Buenaventura, San Antonino y Dionisio Cartujano. Muy rico es igualmente Peraldo, que prestó antes de ahora tan grandes servicios, y actualmente es casi desconocido. [2] Santiago de Vitry, en su vida de María de Oignies, ofrece, no obstante lo breve de la obra, una mina excesivamente abundante. [3] La venerable María de Agreda trata esta materia, también brevemente, [4] pero con aquella seguridad, con aquella claridad y aquella profundidad notables de que da regularmente prueba, cuando habla de las más difíciles cuestiones de lo sobrenatural, hasta tal punto, que produce entusiasmo en el lector. Otro tanto cabe decir, aunque, no obstante, en menor grado, de los áridos y sencillos, pero muy claros escritos de la piadosa hermana María Lataste. [5] Los mismos teólogos pueden sacar de allí útilmente más de una enseñanza acerca de la vida sobrenatural.

(1) V. Scheeben, *Dogmatik*, III, 900 y sig.
(2) Peraldus, *Summa virtut. et vit.*, t. I, p. 4.
(3) Jacob. Vitriac., *Vita B. Mar. Oigniac.*, 5, 42 (Bolland. Jun., V, 557 y sig., Paris).
(4) Agreda, *Civitas mystica*, I, 2, 13, 596 y sig.
(5) Lataste, *Leben und Schriften*, von Darbins, (2), III, 126 y sig.

Lo que acabamos de decir tráenos á la memoria las palabras del Salvador: «Os alabo, ¡oh Padre, Señor del cielo y de la tierra!, porque habéis ocultado estas cosas á los sabios y á los prudentes, y no las habéis revelado sino á los pequeños. Sí, os alabo, ¡oh Padre!, porque así os plugo». (1) Como todas las verdades sobrenaturales, estas verdades son tan profundas, que el simple poder de la voluntad humana no basta para hacerse dueña de ellas. Mas lo que los mismos príncipes de este mundo no han entendido, Dios nos lo reveló por su Espíritu. Pues de igual suerte que nadie conoce lo que hay en el hombre, sino el espíritu del hombre que está en él, de igual manera nadie conoce lo que hay en Dios, sino el Espíritu de Dios. Pues bien, nosotros hemos recibido, no el espíritu de este mundo, sino el espíritu que viene de Dios, para que conociésemos las cosas que Dios nos dió por su gracia. (2)

Únicamente que de ninguna utilidad nos es el que Dios nos dé ese Espíritu con los dones de entendimiento y de ciencia,—pues estos dos dones son especialmente necesarios para entender las verdades sobrenaturales,—si no los aceptamos con humildad y piadosamente.—Mas como frecuentemente nuestro orgullo y nuestra frialdad son obstáculo para recibirlos, réstale tan sólo á Dios el escoger á los pequeños, y á lo que se tiene por insensato y es despreciado á los ojos del mundo. Y es lo que casi siempre ocurre.

Entonces, la vanidad de los sabios siéntese herida en lo vivo, y óyeseles decir que siempre son buenas mujeres y sencillas religiosas quienes pretenden poseer tales luces. Tales recriminaciones nada tienen de nuevo. (3) Mas, en la época en que la fe iluminaba mejor los corazones, habíase también encontrado la respuesta propia. La perspicacia humana no basta para entender tales misterios;—decíase—requiérese la gracia del Espíritu Santo. «La sabiduría no

(1) Luc., X, 21.
(2) I Cor., II, 8 y sig.
(3) Godefrid., *Vita S. Hildegardis*, 2, 2, 22 (Bolland. sept. V, 686, Paris).

entra en un alma maligna, y no habita en un cuerpo cautivo del pecado». (1) Porque los pequeños, las mujeres, las almas virginales tienen corazón más puro, (2) ó hacen más generosamente violencia á sus pasiones, (3) el Espíritu Santo puede hacer que en ellos brille su luz. Las palabras de la sexta bienaventuranza: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán á Dios,» (4) encuentran ya su aplicación en esta vida.

Los hombres y los grandes talentos no tienen, pues, razón alguna para acusar á las mujeres; por el contrario, tienen verdadero motivo para acusarse á sí mismos. No es privilegio de los pequeños y de las mujeres el ver mejor en las cosas sobrenaturales; sino que es un castigo para los hombres y para los sabios, para traerlos á la humildad. Y si no llegan á eso, reservada les está una confusión todavía mayor. El Salvador mismo es quien se lo dijo á Santa Catalina de Sena. (5) Santa Teresa reprochaba cierto día á Nuestro Señor el que la colmase de favores tan considerables, y le pedía que se los dispensase más bien á los hombres, á los sabios, á los sacerdotes, á los religiosos y á los teólogos. Y el Salvador contestóle: «Pero estos no tienen tiempo, ni deseo de trabar relaciones de confianza conmigo. Pues que siempre me desdeñan, necesario es que me dirija á las mujeres, si quiero tener el consuelo de tratar de mis intereses con los hombres». (9)

Así, pues, para entender la doctrina de los dones del Espíritu Santo, y también las doctrinas de la Revelación en toda su profundidad, su alcance y su conjunto, es decir, para aprender á pensar de manera sobrenatural, la inteligencia humana necesita desde luego de los dones de entendimiento y de ciencia. Mas para penetrarlos, para ha-

(1) Sap., I, 4.
(2) Godefrid., *Vita S. Hildegardis*, 2, 2, 24.
(3) Ribera, *Vita S. Theresae*, 1, 2, 37, 38 (Bolland. octob. VII, 1, 554).
(4) Matth., V, 8.
(5) Raimund. Cap., *Vita S. Cathar. Sen.*, 2, 1, 122 (Bolland. apr. III, 892, Paris).
(6) Ribera, 4, 3, 50 (Bolland. oct. VII, I, 668).

cerlos viva propiedad suya, en una palabra, para aprender á sentir, de manera sobrenatural, necesita del más elevado de todos los dones del Espíritu Santo, del don de sabiduría. «Y Dios que á todos da sencillamente, sin reprochar nada,» [1] no se los niega á quienquiera que se hace digno de recibirlos.

Mas de nada sirve tenerlos, si de ellos no se saca provecho alguno. Los dones de Dios más elevados piden que se los cultive por medio de la propia actividad del hombre. Cuanto más la libertad hace lo que debe hacer, más la gracia ejecuta lo que de ella depende.

Acabamos de aprender por los pequeños y por aquellos que son puros, la manera de hacer eficaces las gracias y dones del Espíritu Santo. Pero la misma verdad divina enseñónos el primero de todos los medios, por su propia boca, al decirnos: «¿Acaso vuestro Padre celestial no dará el Espíritu Santo á quien se lo pidan?» [2] Sin oración no tenemos luz, ni calor; sin vida de oración, no se tiene pensamiento, ni vida sobrenatural. Puedan todos los cristianos entender tan bien esto y practicarlo tan fielmente como Stolberg, hombre ilustre, que fué visiblemente instrumento del Espíritu Santo, y él mismo nos dice cómo llegó á serlo:

«Prosternado el rostro en tierra, ruego y lloro. Haz que á mis ojos brille tu luz, ¡oh Padre! Que sea tuyo en la vida y en la muerte». [3]

(1) Jac., I, 5.
(2) Luc., XI, 13.
(3) Janssen, *Stolberg*, I, 207.

CONFERENCIA IV

LA MÍSTICA PRÁCTICA

1. Deber de aspirar á unir de la más elevada manera posible la idea y la acción.—Hémonos detenido largo tiempo en cuestiones á propósito para alejar de la Iglesia el reproche de que ella tan solamente se cuida de política.

Por el contrario, algunos lectores pueden preguntar á qué vienen tales excursiones en los dominios de la especulación. Á esos contestaremos que tan sólo les hemos llevado hasta el umbral del santuario. Apenas si hemos desflorado las más altas cuestiones tratadas por los místicos. Si sucumbimos ya bajo ese leve peso, podemos decir, para propia confusión, que antes de ahora hubo hombres cuya fuerza intelectual era muy superior á la nuestra.

Pero si no somos capaces de seguir á nuestros antepasados á las alturas á donde llegaron, ¿cómo pretender entonces rivalizar con ellos en los esfuerzos que hicieron para alcanzar la más elevada perfección moral?

Pues, espero ciertamente que no tendremos necesidad de decir que al más elevado ímpetu intelectual debe responder la más elevada perfección práctica. Si la educación cristiana, digamos más bien la educación razonable, trata primeramente de armonizar en el niño la ciencia y la acción, de desenvolver igualmente en él la inteligencia, la voluntad y el corazón, el fin de la perfección humana no puede consistir sino en la formación igual de todas las potencias del alma y de su actividad.

La inteligencia debe, pues, llevarse consigo á la volun-

cerlos viva propiedad suya, en una palabra, para aprender á sentir, de manera sobrenatural, necesita del más elevado de todos los dones del Espíritu Santo, del don de sabiduría. «Y Dios que á todos da sencillamente, sin reprochar nada,» [1] no se los niega á quienquiera que se hace digno de recibirlos.

Mas de nada sirve tenerlos, si de ellos no se saca provecho alguno. Los dones de Dios más elevados piden que se los cultive por medio de la propia actividad del hombre. Cuanto más la libertad hace lo que debe hacer, más la gracia ejecuta lo que de ella depende.

Acabamos de aprender por los pequeños y por aquellos que son puros, la manera de hacer eficaces las gracias y dones del Espíritu Santo. Pero la misma verdad divina enseñónos el primero de todos los medios, por su propia boca, al decirnos: «¿Acaso vuestro Padre celestial no dará el Espíritu Santo á quien se lo pidan?» [2] Sin oración no tenemos luz, ni calor; sin vida de oración, no se tiene pensamiento, ni vida sobrenatural. Puedan todos los cristianos entender tan bien esto y practicarlo tan fielmente como Stolberg, hombre ilustre, que fué visiblemente instrumento del Espíritu Santo, y él mismo nos dice cómo llegó á serlo:

«Prosternado el rostro en tierra, ruego y lloro. Haz que á mis ojos brille tu luz, ¡oh Padre! Que sea tuyo en la vida y en la muerte». [3]

(1) Jac., I, 5.
(2) Luc., XI, 13.
(3) Janssen, *Stolberg*, I, 207.

CONFERENCIA IV

LA MÍSTICA PRÁCTICA

1. Deber de aspirar á unir de la más elevada manera posible la idea y la acción.—Hémonos detenido largo tiempo en cuestiones á propósito para alejar de la Iglesia el reproche de que ella tan solamente se cuida de política.

Por el contrario, algunos lectores pueden preguntar á qué vienen tales excursiones en los dominios de la especulación. Á esos contestaremos que tan sólo les hemos llevado hasta el umbral del santuario. Apenas si hemos desflorado las más altas cuestiones tratadas por los místicos. Si sucumbimos ya bajo ese leve peso, podemos decir, para propia confusión, que antes de ahora hubo hombres cuya fuerza intelectual era muy superior á la nuestra.

Pero si no somos capaces de seguir á nuestros antepasados á las alturas á donde llegaron, ¿cómo pretender entonces rivalizar con ellos en los esfuerzos que hicieron para alcanzar la más elevada perfección moral?

Pues, espero ciertamente que no tendremos necesidad de decir que al más elevado ímpetu intelectual debe responder la más elevada perfección práctica. Si la educación cristiana, digamos más bien la educación razonable, trata primeramente de armonizar en el niño la ciencia y la acción, de desenvolver igualmente en él la inteligencia, la voluntad y el corazón, el fin de la perfección humana no puede consistir sino en la formación igual de todas las potencias del alma y de su actividad.

La inteligencia debe, pues, llevarse consigo á la volun-

tad á la misma esfera de elevación á donde ella misma sube. «Poseer únicamente en la inteligencia el conocimiento de Dios y de la virtud; contentarse con hablar de ello,—dice Ricardo de San Víctor—significa llevar consigo ídolos, como los paganos hacíanlo en sus procesiones». [1] «Mas el verdadero sabio,—dice Máximo el Confesor—el hombre espiritual, no es ni aquel que permanece únicamente en la especulación, ni el que se confina tan sólo en la práctica; es aquel que sabe unir, en justa proporción, estas dos cosas: saber profundo y virtud elevada». [2]

Pues bien, para llegar á eso, no hay más que un medio, engolfarse en el estudio de las verdades del Cristianismo. «Por una parte,—como todavía dice Ricardo de San Víctor—la labor intelectual, á la cual debe someterse el espíritu obrando así, es la escuela en donde se hace capaz de los mayores esfuerzos, por lo tanto, de la tensión más considerable de la fuerza y de la voluntad». [3]

Por otra parte, las verdades edificantes y entusiasmadoras que así aprende á conocer, son, segun las expresiones favoritas de San Máximo, como aceite que torna al alma flexible en sus esfuerzos para llegar á la perfección, como vino generoso que la embriaga y hácela olvidar cuanto pudiera estorbarla en su vuelo. [4]

Según esto, ningún cristiano está dispensado de aspirar á la perfección. [5] El Espíritu Santo, iluminando la inteligencia de cada cual con los dones que en ella deposita, dale igualmente la posibilidad de elevarse á la cumbre de la perfección. El progreso en el saber, empuja al progreso en la virtud; la acción acrece la inteligencia de los misterios de Dios; una nueva luz empuja á nueva acti-

(1) Richard de Saint-Victor, *De erudit. homin. inter.*, c. 38 (Migne, 193, 1292, d).
(2) Maximus Conf., *Capita alia*, 188 (Migne, 90, 1445, a).
(3) Richard de Saint-Vict., *Exp. in Cant.*, c. 35 (Migne, 193, 506, a).
(4) Maxim. Conf., *Quæst. ad Thalass.*, 63 (Migne, 90, 681, c); *Capita alia*, 176 (90, 1441, c).
(5) Esta frase del autor debe entenderse con prudencia; la perfección evangélica es un consejo, no un mandamiento; la vocación hará después lo que le corresponde.—N. del T.

vidad; [1] y de esta suerte elévase el hombre de grado en grado, hasta que en él el pensamiento y la acción se unan para formar la perfecta sabiduría ó la vida espiritual, como el cuerpo y el alma forman un solo y mismo hombre. [2]

2. Guerra contra la perfección y contra los santos en el protestantismo.—Con dolor aquí pensamos en el profundo desgarramiento que la Reforma hizo en sus concepciones homogéneas y sublimes de los fines más elevados de la vida humana.

En la práctica, diéronse con sobrada frecuencia, ¡ay! merced á la humana debilidad, contradicciones, allí en donde teóricamente debiera darse armonía. Pero desde la gran separación que la Reforma obró en el seno de la Iglesia, increíble ceguera elevó á la altura de un principio, en el nuevo evangelio, la oposición entre la fe y la acción, haciendo depender toda la salvación de la fe, y teniendo la práctica como cosa indiferente.

No se diga que esto careció de importancia, pues la vida es siempre más consecuente y más conservadora que el pensamiento. No, en tales circunstancias, el mal fué grande. Quitando á la fe la influencia que tiene sobre la acción, restóse á la vida cristiana la orientación hacia lo sobrenatural y á lo sobrenatural la influencia sobre la vida, y eso en un tiempo en que aun se creía en la Revelación sobrenatural.

Mas no tardó en empeorar el asunto. La nueva fe comenzó por hacerse semiracionalismo, y luego racionalismo completo. Después de haber sido desterrado de la vida, lo sobrenatural vióse por entero excluído del pensamiento. Por lo tanto, no hay para qué decir que la nueva religión declaró la guerra á la exposición de la moral sobrenatural. «El ascetismo y la idea de santidad no tienen puesto en nuestro sistema»—dicen todavía hoy sus partidarios. [3]

(1) Maxim. Conf., *Cent.*, 1, 20 y sig. (Migne, 90, 1092); *Quæst. ad Thalass.*, 63 (90, 681, a).
(2) Maxim. Conf., *Quæst. ad Thalass.*, 63, *schol.* 33 (Migne, 692, a).
(3) Zöckler, *Aszese und Mönchthum*, (2) 628 y sig.

Y es verdad. La única aspiración á la santidad, y la única creencia en la posibilidad de llegar á ella están tenidas por ilícitas, como fanatismo ciego, como falta de caridad. (1)

El hombre—dícese aquí—es además incapaz de cualquiera buena obra. Muy lejos de poder practicar una virtud sobrenatural, ni siquiera es capaz de obrar el bien natural. Aun la obra mejor, al parecer, es enteramente pecado. El hombre hállase tan corrompido, en su naturaleza, que no puede menos de pecar. La gracia de la Redención no le otorgó mejor la fuerza para vencer sus inclinaciones al pecado, ó aun para aspirar á la perfección, de lo que ella se libró de toda obligación con respecto á la ley. Si Jesucristo cumplió la ley en lo que le concierne personalmente, no lo hizo para darnos ejemplo de virtud, ó para obligarnos á imitarle en santidad, sino tan sólo para que haya un hombre que hubiese cumplido toda justicia ante Dios. Á nosotros, bástanos saber que fué justo. Este sistema hasta vacila en emplear la palabra *santo*, al hablar de Jesucristo. Todo cuanto la fe exige de nosotros, es que, penetrados de la libertad evangélica y apostólica, renunciemos á todos los esfuerzos moralmente sin valor y sin objeto, y que esperemos á que llegue lo que Jesucristo hizo en favor nuestro y en nuestro lugar. (2)

Así, pues, nunca se verá, en los libros simbólicos de las diferentes sectas protestantes, que se haya dirigido á un pecador inquieto por su estado, ó á un hombre piadoso, descontento de su mediocridad, la frase del Apóstol: «Sé santo en toda tu conducta, fiel en eso á quien te ha llamado». (3) Sino que redúcese todo á decirle: «Deja toda esperanza; no hagas esfuerzo alguno, todo eso es inútil. No puedes menos de pecar. No esperes evitar esa ley. Jesucristo fué justo, basta con eso. Nada puedes hacer; no tienes necesidad de hacer cosa alguna. Lo que él hizo, para ti lo hizo. Lo que pretendes hacer sería un robo come-

(1) Zöckler, *Ibid.*, 631.
(2) Luther, ap. Möhler, *Symbolik*, (6), § 24, (6) 224.
(3) I Petr., I, 15.

tido en daño suyo. Trabajó él bastante para ti. Para ti no hay virtud. Fué justo, basta eso para tu justicia. En cuanto á la santidad, no hay para que hablar de ello». (1)

3. No se da verdadera religión, ni se da Iglesia, sin esfuerzo para alcanzar la perfección.—Este abuso que se hace del nombre y de la obra de Jesucristo, es la causa principal que mueve á los escépticos y á los incrédulos á negar y á burlarse de la necesidad de la perfección sobrenatural, lo mismo que de su cumplimiento en la vida de los santos.

Es eso una cosa contra la cual debemos protestar enérgicamente, lo mismo en nombre de la naturaleza humana que en el de la religión cristiana.

Suprimir la verdadera virtud interior y la santidad, significa minar la verdadera religión. Manifiestamente, una religión como la religión griega ó la religión turca, no podría verse tocada por el pecado, pues, por de pronto, esas falsas religiones no representan á la divinidad como ideal del bien; además, no hacen consistir toda la labor de la religión en la imitación. Mas la religión cristiana hace ambas cosas.

Por esa razón, predicando la doctrina que acabamos de indicar, la Reforma atacó la vida. Los resultados han demostrado que no se puede perseguir á los santos y á la santidad, sin hacer guerra á la religión.

No es mera casualidad, ó algo arbitrario, que el protestantismo haya rechazado el culto de los santos, es decir, que haya declarado guerra á los santos, pues que ese culto es prueba permanente de la posibilidad y del deber que tenemos de aspirar también nosotros á la santidad. Pues bien, el negar eso es negar la religión misma. No es ésta únicamente una fe muerta en Dios; de otra suerte, el mismo Satán sería religioso; sino que consiste en acercarse á Dios. (2)

(1) Möhler, *Symbolik*, (6) 227. Seeberg, *Dogmengeschichte*, II, 214 y sig., 238 y sig. Köllner, *Symbolik*, I, 619 y sig.
(2) Ang., *Enarr. in* Ps. XXXIV, 2, 6; LXXXIV, 11; XC, 2; XCIX, 5.

La religión cristiana, por boca de su Divino Fundador, nos impone la obligación especial de ser santos y perfectos como lo es Dios nuestro Padre, [1] resultando de ahí que el combatir la perfección y la santidad, es combatir el Cristianismo y al mismo Jesucristo.

Más todavía. La guerra contra la santidad es guerra contra Dios. Dios es la santidad misma. Cuanto los santos poseen, cuanto son, de Él procede. Si un hombre, si una religión, tiene algo común con Dios, eso debe manifestarse mediante el sello de la santidad, pues que ésta compónese de perfecciones que Dios puede comunicar á las criaturas. Ó bien no se da religión que proceda de Dios, ó bien, si se da una que de Él proceda, debe prestar testimonio á la santidad y llevar á ella. Luego una religión que combate á los santos, y que excluye toda santidad, no podría pertenecer á Dios ni tener nada común con Él.

Ahora comprendemos la importancia del artículo de fe referente á la unidad y á la santidad de la Iglesia. No se da más que una sola Iglesia, como no se da sino un solo Dios. La señal característica de esa Iglesia consiste en hallarse unida de viva manera con Dios. Y lo prueba estimando á la santidad, enseñando los esfuerzos que se requieren para llegar á ella, y obligando á lograrla.

Una sociedad que desprecia á la santidad y que llega hasta combatirla, no puede ser la verdadera Iglesia. La obligación á la santidad es, por lo tanto, un carácter esencial de la verdadera Iglesia y de la religión fundada por Dios.

Jesucristo no fundó su Iglesia sino para que fuese santa. [2] La verdadera sociedad de los fieles debe ser un pueblo santo. [3]

Quienquiera que acepte la fe cristiana, es llamado á la santidad. [4] Ó bien se debe aspirar á la santidad, ó se de-

(1) Matth., V, 48.
(2) Eph., V, 26.
(3) I Petr., II, 9.
(4) Rom., I, 7. I Cor., I, 2.

be renunciar al nombre de cristiano, al título de santo. Pues lo que Dios quiere es nuestra santificación. [1] Y, para llegar á eso, Jesucristo santificóse, para que igualmente nosotros nos hiciésemos santos, [2] santos en toda la fuerza de la frase. [3] Por esa razón tenemos el deber de ofrecer no tan solamente el alma á Dios, como hostia viva, santa y agradable, sino también nuestro cuerpo,; [4] por eso debemos poner toda nuestra atención y todo nuestro cuidado á cuanto se halla íntimamente ligado con la santidad. [5]

4. La perfección es empresa humana que puede llenarse con humanos medios.—Pero si está determinado que debemos trabajar en nuestra santificación, claro es que no se nos puede exigir que lleguemos en el primer paso á la cumbre de la perfección.

El protestantismo, que parece haberse propuesto la tarea de agotar todas las contradicciones posibles luego que trata de la santificación, cree que el hombre es como él. Niégale desde luego toda verdadera santidad interior; y luego exígele que se haga santo en un abrir y cerrar de ojos. Desde este punto de vista atrevióse á renovar las frases vacías de los antiguos estoicos, los cuales también creyeron que la perfección llega al hombre de sopetón, que puede, por la noche, acostarse siendo un insensato, y levantarse sabio en la mañana del día siguiente.

Esto no es, en verdad, muy difícil, según las enseñanzas del luteranismo ordinario, según el cual nadie tiene que hacer más que envolverse valerosamente, con fe ciega, en el manto de los méritos de Jesucristo, ó abrir las exclusas de la gracia, de tal suerte que sus aguas rompan de un solo choque todos los diques, y que entonces todo esté terminado y seguro. [6]

(1) I Thess., IV, 3.
(2) Ioan., XVII, 19. Eph., I, 4.
(3) Ioan., XVII, 17, 19.
(4) Rom., XII, 1.
(5) Phil., IV, 8.
(6) Plutarch., *Stoic. repugn.*, 19, 3; *Commun. notit.*, 9.

Ante tal doctrina, un tanto excesivamente cómoda, los groseros errores de numerosas sectas protestantes, como los metodistas, los cuáqueros y los herrnhutes, provocan todavía nuestro aprecio, pretendiendo que se requiere por de pronto sufrir, en sus rudos ejercicios de penitencia, toda la miseria del pecado y todos los tormentos del infierno, hasta que el triunfo de la gracia y la estabilidad en la nueva vida, se manifiesten á un tiempo por medio de movimientos convulsivos y de violentos calambres. (1) Ocurre esto de manera tan súbita y tan sensible, que debe uno ser capaz de señalar el momento preciso en que sucedió tal transformación. Así es como John Wesley, fundador del metodismo, sabía fijamente que la gracia había llegado á él el 24 de Mayo de 1738, por la noche, á las nueve menos cuarto, y le había hecho pasar en el mismo instante, del destierro penoso en que se hallaba, al gozo de sentirse seguro de formar parte de los hijos de Dios. (2)

Mas, no obstante el respeto que profesamos á esas falsas aspiraciones á la gracia, podemos ciertamente decir que un espíritu que así obra con el hombre no es el espíritu de Dios. Más bien recuerda aquel espíritu que, según la descripción de Justino, se levantaba en Delfos como una súbita tempestad, brotada del fondo de los infiernos, y sembraba la turbación en la mente de los adivinos, hasta el momento en que comenzaban á profetizar, (3) ó también al espíritu aquel del cual dícenos el Evangelio que se apoderó de pronto del muchacho, haciéndole arrojar espuma y gritar, y que le arrastraba por uno y otro lado. (4) Pues bien, el Evangelio llama á ese espíritu un espíritu malo, y los antiguos que, desde ese punto de vista, tenían bastante experiencia é imparcialidad, llámanle demonio. (5)

(1) *Prot. Realenzycl.* (1), IV, 150 y sig.; XIX, 302 y sig.; III (3), 590 y sig.; V, 486 y sig.; XIII, 16 y sig. Wagener, *Staats=und Gesellschaflexikon*, XVII, 121 y sig.
(2) Möhler, *Symbolik*, (6), 554.—(3) Justin. 24, 6.—(4) Luc., IX, 39.
(5) Plato, *Conviv.*, 23, p. 202 y sig. Diogen. Laert., 8, 32. Maxim. Tyr., 14, 8; 15, 1 sig. Plutarch., *Def. orac.*, 13, 16, 38, 48.

Tienen razón. Dios no atrae á sí al hombre privándole de su conciencia y de su voluntad. Válese para ello de medios humanos, dice él mismo. (1) Trátanos con gran respeto, (2) no como á esclavos suyos ó como bestias de carga, sino como colaboradores. (3) No violenta nuestra libertad. Bien que nos ayude con su gracia omnipotente, déjanos, sin embargo, obrar y crecer de manera verdaderamente humana. Por eso no podemos hacernos perfectos de una vez, sino lentamente y por grados, y en la medida de nuestra cooperación.

No, nadie puede hacerse perfecto de una vez. (4)

No se sube á la perfección sino despacio y gradualmente.

Pues bien, en toda actividad humana deben distinguirse tres cosas: el comienzo, el medio y el fin. (5)

Supuesto eso, distínguense tres grados de perfección, (6) ó, mejor dicho, tres grados en la vida espiritual, el de los principiantes, el de los que avanzan, y el de los perfectos, clasificación que ordinariamente llámase vía purgativa, vía iluminativa y vía unitiva.

Mas esas tres vías no deben considerarse como tres diferentes caminos, sin relación alguna entre sí. Esos tres grados más bien forman tres etapas de un mismo camino. En una ruta, el comienzo forma tan parte de ella como el fin. Quien se niegue á comenzar por el principio, jamás llegará al término. Alcanzar el término, no es por lo tanto, otra cosa más que seguir hasta el fin lo que se había comenzado. Así, la perfección es igualmente el término de lo que el primer paso hacia la justicia ha comenzado. (7)

(1) Os., XI, 4.
(2) Sap., XII, 18.
(3) I Cor., III, 9.
(4) Gregor. Mag., *Mor.*, 22, 46; *Ezech.*, II, 2, 3.
(5) Thomas, 2, 2, q. 183, a. 4; q. 24, a. 9.
(6) Dionys. Areop., *Eccl. hierarch.*, 5, 1, 7. Augustin., *In ep. Ioann.*, t. 5, 4; *Nat. et grat.*, 70, 84. Gregor. Mag., *Ezech.*, II, 3, 4; *Mor.*, 22, 46 y sig. Ioan. Climac., *Scala*, 26, 1. Bernard., *Cant. cant.*, 4, 1.
(7) Con esto también se contesta á la pregunta sobre si la mística y la ascética son dos ciencias diferentes. Muchos creen que se debe distinguir

Quien pretendiese lograr solamente la justicia y excluyese de intento la perfección en sus esfuerzos, tampoco alcanzaría la justicia. Y quien pretenda aspirar á la justicia, debe tratar de lograr la perfección en cuanto le sea posible.

Luego, el primer deber que incumbe á todos los principiantes en el camino de la justicia cristiana, es tener ante los ojos la perfección del fin. Por el contrario, quien se halle próximo á lograr ese fin, tiene siempre las mismas obligaciones que llenar con respecto á la justicia, y las mismas medidas de vigilancia que observar, que el principiante. En desquite, el principiante, si aspira formalmente á la perfección, participa de los frutos y de las gracias, de la paz del alma y de los consuelos que la perfección otorga á quienes la practican. [1] Y si la muerte le sorprende en

exactamente la una de la otra; así Meynard (*Vie interieur*, (3), I, VII); muy decidido, Poulain (*Des grâces d' oraison*, (4), 6 y sig.), el cual comprende en la mística las gracias y un estado extraordinarios. Más moderado Ribet, (*Mistica*, (2), I, 15 y sig.) el cual sólo quiere demostrar que la mística trata grados más elevados de la vida espiritual, mientras que la ascética trata exclusivamente los ejercicios de la primera y segunda vía. En este sentido, la diferencia está bien justificada. De aquí que no haya motivo para apartarse de la tesis de los grandes teólogos antiguos, á saber, que la mística es la enseñanza en general de todos los ejercicios que constituyen la vida espiritual, y la ascética aquella parte de la mística cuyos ejercicios están particularmente destinados al principiante y al que progresa. (S. Anton. a Spir. Sancto, *Director. myst.*, 1, n. 31. Philipp. a S. Trinit., *Theol. myst. prolegom.* Schram, *Theol. myst.*, § 2. Saudreau, *Les degrés de la vie spirituelle*, (2), 26.) Según este principio, está ordenada la grande obra de Álvarez de Paz, la más completa acerca de la vida espiritual que jamás se haya publicado. Esta cuestión parece puramente doctrinal, pero, sin embargo, tiene su significación práctica, y esto bajo dos conceptos. Si la mística es una cosa particular, no se debe tomar á mal que uno diga que se contenta con los ejercicios diarios de la ascética, con las «cosas elevadas», es decir, que la tendencia hacia la perfección, queda reservada á los místicos. Y al revés, probable es que uno que aspira á la perfección abarque de una ojeada cómo el camino que conduce á la cumbre empieza en los fundamentos más bajos de la vida espiritual y conduce por los caminos más difíciles y penosos del principio y del progreso. Gran sabiduría era la de los antiguos. No es posible la mística, no es posible la unión con Dios, si no se empieza por la vida purgativa, y si no se cimenta sobre el sólido edificio de todas las virtudes y ejercicios de la vida ordinaria cristiana.

(1) Anton. a Spir. Sancto, *Theol. myst.*, 1, 37. Schram, *Theol. myst.*, § 2, 25, 26. Ioannes a Jesu Maria, *Instructio novitiorum*, 2, 1, 16 y sig

medio de su camino, antes de haber llegado al término, hallará, no obstante, un juez misericordioso, puesto que hizo lo que pudo para llegar al fin más elevado.

Por lo tanto, manifiesto es que la mística cristiana nada tiene de común con las exageraciones de los estoicos y de los representantes de ciertas sectas. Cabe decir sin temor que el sello característico de la verdadera mística sobrenatural consiste en ser humana y natural. No pide que se llegue á la justicia en un día. Considera el comienzo de la justicia ó de la caridad como comienzo de la perfección, el crecimiento en la justicia y la caridad como crecimiento en la perfección, y busca entera perfección en una justicia completa y en la completa caridad. [1]

5. La perfección como justicia natural.—Mas, tiene ella entonces tanto más derecho para declarar que el deber de aspirar á la perfección incumbe ya naturalmente á todos.

Hay error, cuando se cree que únicamente el Cristianismo impuso esa exigencia á quienes lo profesan, y que, por tal razón, queda uno libre de aspirar á la perfección desde el momento en que se rechaza la fe cristiana. Mas aquí no hay excusa posible. El deber de la perfección incumbe á quien tiene por estrellas guiadoras su razón y su conciencia, como incumbe á quien observa la ley de la gracia. Únicamente que el primero no tiene como el segundo los medios de ayuda que le facilitan el cumplimiento de sus deberes.

Cierto es que el Salvador impone á quienes oyen su palabra la obligación de ser perfectos como su Padre celestial es perfecto. [2] Nótese bien que no impuso tal obligación solamente á los Apóstoles y á algunas personas escogidas, y que no expresa tan sólo un deseo, que dé solamente un consejo. No, es una orden que se aplica á todos aquellos á quienes Él se dirige, á quienes oyen su palabra.

(1) Augustin., *Nat. et grat.*, 70, 84. Suarez, *Virt. relig.*, 1, 13, 10.
(2) Matth., V, 48.

Mas fuera error el pensar que fué él el primero que exigió eso. Tal obligación había sido impuesta mucho tiempo antes de Él, de muy categórica manera al pueblo judio tenaz, [1] de suerte que podía él limitarse á indicarla una vez y como de paso.

Sería, pues, falso afirmar que el precepto de la perfección y de la santificación es cristiano exclusivamente. La verdad más bien está en que tal orden existió mucho antes de la ley cristiana, y que fué por ella aceptado como algo que era perfectamente natural y conocido mucho tiempo había.

Todo hombre razonable está obligado á cumplir aquello á lo cual se cree sujeto en conciencia. Cuando lo hace, llámasele *justo*. Por esa razón, en la moral natural, la palabra *justicia* considérase generalmente como base fundamental y resumen de toda la doctrina de los deberes. [2] El hombre vese ya obligado á practicar la justicia en atención á su naturaleza racional, aun aquel que jamás hubiese oído hablar del Cristianismo.

Pues bien, la perfección,—hablamos de una perfección que los hombres vivos pueden alcanzar, no de una perfección estoica, que tan sólo existe en la imaginación,—no consiste más que en el cumplimiento de todos los preceptos y de todas las obligaciones. [3] Luego no difiere de la justicia; y la justicia practicada sin interrupción es la perfección verdadera. Llámase justo aquél que practica cuanto puede y debe. Llámase perfecto aquél que no carece de nada de lo que debe ser, ni de lo que puede tener. [4] Perfecto es aquél á quien nada le falta en materia de bien. [5] Mas como el hombre no llega á su perfección moral sin actividad por parte suya, y que debe trabajar él mismo para adquirirla, entonces, si no se quiere ser inhumano, puédese ya llamar perfecto á quien hace cuanto debe y puede

(1) Num., XI, 44; 19, 2; XX, 26; XXI, 8.
(2) Aristot., *Magna moralia*, 1, 34, 2. Cf. Parte Primera, Conf. XXIV.
(3) Thomas, 2, 2, q. 184, a. 3.
(4) Aristot., *Metaph.*, 9, 4, 3.
(5) Ambros., *Iac.*, 2, 5, 21.

hacer, para alcanzar lo necesario en punto á buenas cualidades. Pues bien, idéntico es lo que la justicia pide.

Luego la perfección consiste en la virtud completa. [1] Mas, como acabamos de decir, la justicia también es la virtud completa, ó el resumen de todas las virtudes. [2] Por eso el filósofo griego tiene razón en decir que únicamente una virtud perfecta merece el nombre de justicia en todo el rigor de la frase, y que la justicia es igual cosa que la perfección. [3]

La justicia pide además el no deber nada á nadie, sino que á cada cual se le dé lo que le corresponde, á Dios el culto que le es debido, [4] á cada cosa el empleo que le cuadra según la ley de Dios.

Practícase, pues, la justicia poniéndolo todo en el orden natural que le corresponde, en aquel orden según el cual debe el hombre servir á Dios á causa de Él, y amarse á sí mismo, de igual suerte que á todas las criaturas, únicamente á causa de Dios. [5] Pues bien, ¿qué más podría pedir la perfección?

Cierto es que cuando alguien no cumple todo eso enteramente, no se le puede llamar perfecto hablando propiamente. Mas en tal caso, hállase tan lejos de la justicia completa como de la perfección.

No obstante, una mística humana tampoco exige que, para ser llamado justo, practique uno la justicia más perfecta. De otra suerte, sería arrojar del mundo ese título magnífico. Llámase más bien justo á quien se acerca, cuanto le es posible, á la perfección, á la justicia. [6]

Pues bien, esa misma mística humana declara también, opuestamente á todas las exageraciones de los estoicos y de tantos maestros de mentira, que la más elevada perfección no es posible á ningún hombre corriente aquí aba-

(1) Aristot., *Phys.*, 3, 6 (9), 8. Thomas, 2, 2, q. 184, a. 3.
(2) Aristot., *Eth.*, 5, 1 (3), 19; 2 (5), 9, 10.
(3) Aristot., *Magna moralia*, 1, 34, 2.
(4) Augustin., *Civ. Dei*, 19, 21, 2. Ibid., *Serm.* 278, 3.
(5) Augustin., *C. Faust.*, 22, 78.
(6) Augustin., *Perfectio Iustit.*, 11, 23.

jo. [1] Por eso da el nombre de *discípulos* á cuantos aspiran formalmente á ella. [2]

Por ahí vemos que la perfección comparte, desde todos los puntos de vista, la suerte de la justicia. Como es la perfección, tal es la justicia, y recíprocamente. Mas en donde no se ven esfuerzos para llegar á la perfección, nadie debe buscar verdadera justicia natural. Á lo sumo si se puede buscar una justicia exterior parcial, con apariencias de justicia, pero que verdaderamente no tiene valor alguno á los ojos de Dios ni ante el juicio de la razón. [3]

6. La perfección como justicia sobrenatural.—Si la obligación de aspirar á la perfección incumbe ya al hombre natural, ¿qué pensar entonces del cristiano que quisiera desentenderse de ella? Todos los deberes naturales redúcense al precepto de la justicia, y la justicia, que es la virtud fundamental del orden sobrenatural, mueve á la perfección. Sin eso, ella misma no podría existir.

Pues bien, el orden sobrenatural obliga á cuanto la ley natural prescribe. Es algo tan corriente, que es inútil insistir en ello. Con frecuencia miróse eso como si tuviera poca importancia respecto de la justicia. Pero eso es un error. Pide por parte de sus adherentes la justicia, no como misión impuesta de especial manera, sino que supone que cada cual cúmplela ya como hombre en grado perfecto.

Añádense á eso, no obstante, tres cosas.

Por una parte, la ley sobrenatural impone al hombre muchas obligaciones nuevas y más elevadas, de suerte que el dominio de la justicia sobrenatural sobrepuja en mucho al de la justicia natural.

Por otra parte, el hombre hállase en un estado en el cual jamás puede cumplir sus deberes del orden natural de perfecta manera, sin un socorro sobrenatural. Por lo

(1) Augustin., *Ep.* 167, 4, 15; *Peccat. mer.*, 2, 15, 22; *In Ps.* 38, 13. Reguera, *Theol. myst.*, l. 1. q. 11, 1321 y sig. Schram, *Theol. myst.*, § 17.
(2) Thomas, 2, 2, q. 184, a. 3, ad 2; q. 186, a. 2, ad 2.
(3) Bernard., *In festo Apost. Petri et Pauli*, 3, 6.

cual no se debe pensar nunca que pueda elevarse ni aun siquiera á la justicia natural completa sin el socorro de la gracia.

El mundo suministra la mejor prueba de lo que acabamos de decir. Evidentemente, jamás ofreció el caso de un hombre verdaderamente justo, esto es perfecto. Así es tan solamente como cabe explicar como acaba él por considerar la perfección como cosa imposible, y á la moral natural como dispensada de llegar á eso.

Pues bien, he ahí que, en el orden sobrenatural, viene Dios en socorro de la debilidad humana, y sostiene á la razón por medio de la Revelación de Jesucristo, en otros términos, por medio de la luz de la fe, la conciencia por medio de las luces del Espíritu Santo, la voluntad por medio de la gracia, y la ley de la justicia por medio de la de la caridad.

Tal es el tercer beneficio que debemos al Cristianismo. Inspíranos, como supremo motivo de nuestras acciones, la caridad de la cual hace compendio de la doctrina de los deberes sobrenaturales, en tanto que la ética natural tan sólo conoce la idea de justicia.

Tiene, pues, el cristiano un impulso más vigoroso hacia la perfección, puesto que cada una de las debilidades del orden natural vése completada de tan perfecta manera por medio del orden sobrenatural. Si, á pesar de eso, un cristiano quisiera desentenderse de los esfuerzos necesarios para llegar á la santidad, Dios con razón pudiera decirle: «Habíate plantado como viña escogida en la cual no había puesto yo más que buena planta, ¿cómo te has hecho, con respecto á mí, bastarda planta, ¡oh! viña extraña? [1] Ahora, vosotros, hombres, sed jueces entre mí y mi viña. ¿Qué habría debido hacerle yo más de lo que le hice?» [2]

7. La caridad esencia de la perfección.—Ahora fácil es decir en qué consiste la perfección. La respuesta no

(1) Ier., II, 21.
(2) Is., V, 3, 4.

puede ser sino como sigue. La perfección es la justicia perfecta, la perfecta caridad, la justicia natural y la justicia sobrenatural, la caridad natural y la caridad sobrenatural, la justicia humana completa y la caridad cristiana completa con respecto á Dios y con respecto á los hombres. Un hombre perfecto es un hombre completo, un cristiano completo.

El precepto que manda á cada cual que aspire á la perfección no es, pues, más que la obligación impuesta á todos de que adquieran verdadera virtud, de que tomen en serio el cumplimiento de sus deberes naturales y sobrenaturales, de que cumplan lo mejor posible todos los preceptos á que les obligan, por una parte, la ley natural por medio de la razón y de la conciencia, y, por otra, la ley de Jesucristo, de igual suerte que el impulso interior del Espíritu Santo. (1)

Manifiestamente, es una exigencia la equidad de la cual nadie puede negar una exigencia, de tal manera universal, que nadie puede sustraerse á ella, una exigencia que nadie puede desechar como imposible de cumplir.

No impone la obligación de ser desde el primer momento maestro en cada una de las virtudes, y de practicarlas en el grado más elevado. Basta con que cada cual cumpla en sus deberes lo que sea compatible con su situación, y que mantenga la voluntad de hacer todavía más y mejor, siéndole posible. (2)

Cabe, pues, decir con toda verdad, que ya es justicia el querer la perfección y aspirar formalmente á ella, y que no pide ésta otra cosa más que perfecta voluntad. (3)

Mas, como es muy natural, esa voluntad no consiste en ese deseo estéril, en esas débiles ansias, en esa voluntad incompleta que á nadie falta, ni aun á quienes distan mucho de la perfección. ¿Quién, pues, se cree dichoso con su tibieza y su imperfección? ¿Quién no siente de vez en

(1) Thomas, 2, 2, q. 184, a. 3.
(2) Thomas, 2, 2, q. 186, a. 2, ad 2.
(3) Augustin., *Ep.* 127, 5.

cuando el deseo de hacerse mejor, más formal, más completo, aun cuando su pereza lo hubiese tornado ineficaz miles de veces? ¿Quién no querría ser perfecto, si la perfección no costase trabajo, si se la pudiese adquirir en un momento?

Pero desgraciadamente no es eso lo que nos hace mejores, y con mayor razón perfectos. Para llegar á la perfección, no se requieren milagros ni esfuerzos sobrehumanos, pero se necesita, no obstante, algo más que esa veleidad. Lo que se requiere, es voluntad vigorosa, enérgica. Y cada cual puede tenerla, aun no hallándola en su débil y mísera naturaleza. Basta con dirigirse á la gracia; dásela ella á todos. La buena voluntad, la voluntad perfecta es la caridad «que se difunde en nuestros corazones con la gracia por el Espíritu Santo». (1)

Pues bien, la caridad hace posible lo imposible, (2) ligero lo pesado, dulce lo amargo. (3) En donde reina la caridad, no se sabe qué cosa sea el pesar, conócese tan sólo el gozo. (4) En la caridad, tenemos el medio que nos da no solamente la posibilidad de alcanzar la perfección, sino el gozo en medio de nuestras luchas para llegar á ella. Quien se queja de que le cuesta demasiado el cumplir lo que el precepto de la perfección le pide, tiene en eso una prueba de lo inmensamente pobre de su caridad. Hasta debe preguntarse si la tiene.

Efectivamente, la caridad es, no solamente el medio para llegar á la perfección, sino que es la perfección misma. (5) Si la perfección es el entero cumplimiento de todos los preceptos y de todos los deberes, es entonces, en una palabra, la caridad. El fin de todos los preceptos es la caridad. (6)

(1) Rom., V, 5. Augustin., *Ep.* 218, 2; *Op. imperf.*, 1, 86.
(2) Augustin., *Sermo*, 70, 3. Bernard., *Ep.* 11, 7.
(3) Bernard., *De div. sermo*, 97, 2.
(4) Bernard., *Cant. cant.*, 85, 8.
(5) Augustin., *C. Adimant.* 6. Thomas, 2, 2, q. 184, a. 1. Rainer. a Pisis, *Pantheologia v. charitas*, c. 6.
(6) I Timoth., I, 5.

Á la caridad, precepto propio de Jesucristo, refiérense todos los preceptos. [1]

Así todos cúmplense por medio de ella. Sin la caridad, no es posible cumplir los deberes de cristiano. [2] Mas la caridad los comprende todos. Porque la caridad no descansa en tanto que no haya alcanzado su objeto y practicado lo que busca. [3] Todas las buenas obras, toda la observancia de los deberes, no son sino la obra de una misma caridad. [4] La caridad es la raíz, [5] la vida, [6] el alma, [7] el lazo de todas las virtudes. [8] Por medio de ellas, únense unas á otras todas las virtudes sobrenaturales. [9] Por esa razón, es la caridad la primera y la última de las virtudes, [10] la virtud de todas las virtudes. [11] La caridad es ella misma toda virtud. [12] En donde falta la caridad, falta todo; en donde la caridad está viva, todo lo está. [13] La caridad sola bástase á sí misma, [14] pues que nada le falta para la perfección; [15] ella sola es la perfección. [16]

8. La caridad y las obras.—Sobre esta verdad descansa el principio de que todo hombre está sujeto á la perfección, y que todos igualmente son capaces de aspirar á la santidad. La justicia y la caridad son deberes que á todos incumben, y obligaciones que cada cual puede llenar. Si la perfección consistiese en sufrir como Job, en servir á los pobres como Tobías, en dejarlo todo como Abraham,

(1) Gregor. Magn., *Evang.*, 2, 27, 1.
(2) Augustin., *Sermo Dom. in monte*, 1, 5, 13; *Gratia Christi*, 26, 27. Cf. t. VI, conf. XXIV, 2, 8, 9,—(3) Bernard.. *Ep.* 233, 3.
(4) Augustin., *In Ps.* 89, 17.
(5) Augustin., *Gratia Christi*, 20, 21. Radulph. Flaviniac., *In Lev.*, 17, 4. Petr. Bles., *Sermo* 58.
(6) Petr. Bles., *De charit.*, 2, 1.
(7) Cæsar. Arel., *Sermo* 36 (Bibl. Lugd., VIII, 855, g).
(8) Col., III, 14.
(9) Thomas, 1, 2, q. 65, a. 3.
(10) Marc. Erem., *De his qui putant se operibus justificari*, 35.
(11) Petr. Bles., *De charit.*, 2, 1.
(12) *Ibid.*, 2, 11.
(13) Augustin., *In Ioan. tr.*, 83, 3.
(14) Bernard., *Cant. cant.*, 83, 4.
(15) Aelred., *Specul. Charit.*, 1, 16.
(16) Bellarmin., *Monach.*, 2, 2. Suarez, *Virtut. relig.*, 1, 3. Bona, *Princ. vitæ Christ.*, 2, 37. Scaramelli, *Aszese*, 1, 1, 1.

en ayunar como Juan Bautista, en derramar la propia sangre como Pablo, entonces, la mayor parte de la gente pudiera decir con razón: «No tengo vocación para eso; la perfección no es para mí». ¿Pero hay alguien que pueda decir: «¿Qué me importa la justicia? ¿No me siento capaz de amar?» Pues bien, desde que alguien confiésase obligado á practicar la justicia, y de servir á Dios en caridad, por el hecho mismo, confiesa igualmente su deber de aspirar á la perfección. [1]

Naturalmente, no debe entenderse eso en el sentido de que la justicia y la caridad solas constituyen la perfección, ó de que la caridad excluye todas las virtudes y todas las buenas obras, excepto la justicia y la caridad.

Por el contrario, una justicia que no se ve en las acciones, y eso en toda acción que á ella se presente no es justicia, ó á lo sumo es justicia defectuosa. Únicamente la justicia que cumple de la más perfecta manera lo que le incumbe, es justicia perfecta. Únicamente esa caridad es la verdadera caridad, y por tal razón, la perfección sobrenatural, que se aprovecha de todas las ocasiones y de todos los medios para demostrar á Dios su amor con acciones.

La caridad consiste precisamente en el cumplimiento de los preceptos de Dios, no por miedo, por violencia, ni siquiera con motivo de la recompensa, sino por agradar á Aquel á quien se dió libre y gozosamente. [2] Y se demuestra precisamente por las acciones. [3] Nadie puede decirse servidor de Dios sin demostrar prácticamente la verdad de lo que dice. [4] Con mayor razón, ¿cómo se atrevería á llamarse amigo de Dios, y á hablar de caridad con respecto á Dios, sin demostrarlo con sus acciones? [5]

Caridad y acción hállanse tan estrechamente unidas entre sí, que no podría existir la una sin la otra. Las bue-

(1) Thomas, 2, 2, q. 184, a. 3, ad 2; q. 186, a. 2, ad 2.
(2) I Ioan., V, 3.
(3) II Tim., II, 4.
(4) Gregor. Magn., *Evangel.*, 2, 30, 1.
(5) Augustin., *In Psal.* CI, 2, 15.

nas obras son únicamente aquellas que se hacen bajo la influencia de la caridad. [1] No se da buena obra sobrenatural que no tenga como raíz la caridad. [2] La caridad es, como ya hemos dicho, la raíz, el alma, la vida de las obras virtuosas. Aquél en quien la caridad muere, ve morir igualmente en sí mismo las buenas obras. [3] Mas la caridad decae y muere también, si no se halla alimentada por las obras. [4] Apágase el fuego desde que se deja de ponerle leña. La leña recibe del fuego la llama, y mantiene el fuego mediante la llama.

De esa manera una cosa vive mediante la otra. Pues bien, las buenas obras son el combustible de la caridad. De la caridad reciben su fuego, y mediante su fuego la caridad conserva y aumenta su calor. Sin obras, la caridad muere. Las obras son el alimento, la condición necesaria para la vida de la caridad. [5]

Luego, aquél que desea buenas obras guarde la caridad, y quien desea la caridad practique esas obras. Mas quien quiera la perfección, aspire con todas sus fuerzas á acrecer en sí mismo la caridad practicando buenas obras, y esté siempre dispuesto á cumplir todas las que pueda. [6]

9. La negación de los consejos evangélicos.—Estad prontos á cumplir toda buena obra, dícenos el Apóstol.

No es un estoico que pide lo imposible, ni un racionalista que pretende hacernos creer que cada virtud se adquiere durmiendo, con tal de no buscarla en la religión y en las victorias obtenidas contra sí mismo. Sabe lo que significa: aspirar á la perfección. Por eso no nos condena si no poseemos inmediatamente cada virtud en el más alto grado.

(1) Augustin., *In Psal.*, LXVII, 41.
(2) Augustin., *Spir. et lit.*, 14, 26.
(3) Gregor. Magn., *Evangel.*, 1, 9, 6.
(4) Thomas, 1, 2, q. 52, a. 3.
(5) Thomas, 2, 2, q. 24, a. 6. Rainer. a Pisis, *Pantheol. v. charitas*, c. 13 y sig.
(6) II Tim.,II, 21. Tit., III, 1.

Mas espera, no obstante, dos cosas de nosotros.

Debemos por lo menos hallarnos dispuestos siempre á practicar verdaderas buenas obras, en cuanto nos sea dado, teniendo en cuenta nuestra debilidad y nuestra situación, [1] y no debemos omitir práctica alguna de virtud que se nos ofrezca, y nos proporcione ocasión de aumentar así nuestra caridad, y por eso mismo de crecer en la perfección.

Todas las buenas obras y todas las prácticas de virtud no son indispensables á cada cual que pretende llegar á la perfección. Cada cosa tiene su lugar. Este principio aplícase igualmente aquí. Porque una cosa sea obligatoria para alguno, no hay razón para que otro se halle obligado á ella. Para uno, la práctica de la virtud sería un obstáculo y un perjuicio para su profesión y para su adelantamiento, en tanto que otro no puede adelantar un paso sin ella. Lo que fué de la mayor utilidad para alguno en determinado tiempo, no serviría más que para estorbar su camino en otro.

Luego, si el Espíritu de Dios exige de nosotros que nos hallemos dispuestos para toda obra buena, cuenta igualmente con nuestra prudencia, como con nuestra delicadeza de conciencia. Exige únicamente de nosotros lo que nos hace verdaderamente adelantar hacia nuestra perfección. Mas también espera por parte nuestra que tomemos con todo empeño cuanto nos haya parecido indispensable ó verdaderamente útil para alcanzar ese objeto sublime, aun cuando eso debiera costarnos penosos sacrificios y numerosas luchas.

Desgraciadamente, la pequeñez del corazón humano conoce siempre un medio para destruir la confianza que Dios tiene en nosotros. El hombre siempre es hombre. Mas, lo triste, está en que tal cosa se practique, tentado veríase uno á decir que como un deber de estado, por una sociedad religiosa.

Pues bien, eso es lo que el protestantismo hace. Muy

(1) Thomas, 2, 2, q. 184, a. 2, ad 3; a. 3, ad 2; q. 186, a. 2, ad 2.

lejos de hallarse dispuesto á practicar toda obra buena, combatió con tenacidad sin igual, de intento y conscientemente, todas las buenas obras en general, y de especial manera las que se encuentran entre las mejores y las más perfectas. Nos referimos á la guerra contra los consejos evangélicos, guerra por medio de la cual trátase de ocultar su hostilidad contra la perfección. Mas al proceder así, el protestantismo hizo ver ó que no tenía idea alguna de la perfección, ó que se negaba á confesar su incapacidad para comprender de qué se trataba.

Claro es que, en esa encarnizada lucha, tratábase de otra cosa que de los consejos evangélicos. No se lucha tanto tiempo y con tal violencia contra prácticas de virtud cuyo valor nadie niega, que no son en manera alguna obligatorias, y dejan entera libertad á quienes encuentran sobrado difícil su cumplimiento.

Como quiera que sea, esa lucha demuestra de la manera más palpable cuán poco el protestantismo penetró el Cristianismo, la ley perfecta de la libertad, [1] no obstante hablar sin tregua de libertad evangélica. En esta religión, la ley y la libertad hállanse tan estrechamente unidas, lo que pide como indispensable y necesario para los más flojos es tan poco, y, por el contrario, los más valerosos vense tan apremiantemente movidos á perseguir los más elevados fines, que se requiere ya tener profundo conocimiento de la perfección, para entender la unidad maravillosa de esas contradicciones aparentes.

Pues bien, únicamente los esfuerzos enérgicos hechos para llegar á la perfección, son lo que puede hacer que se la entienda. Pero ¿quién puede suponer eso en una tendencia que, en vez de representarse la ley como favorable á la libertad, ve en ella una esclavitud, y en la libertad la destrucción de la ley más bien que su cumplimiento gozoso y perfecto?

Las almas serviles no conocen más que la violencia. Únicamente á hombres libres puédese hablar de consejos

(1) Jac., I, 25.

y de libertad. El educador y el director espiritual no pueden suponer suficiente autonomía y perfección en quien no se muestre digno de la libertad por la prudencia y la delicadeza de conciencia, para dejarle en manos de su propia actividad libre, aun cuando siempre se hiciese bajo su vigilancia y bajo su dirección. Mas requiérese, que se hallen siempre tras él con una vara para obligarle á cumplir su deber.

En razón de esa ley psicológica, la Reforma declaróse ella misma incapaz de aceptar los consejos evangélicos. Son efectivamente lo más elevado que el espíritu cristiano tiene en punto á ideal, y lo más poderoso como impulso. Para hablar como el Apóstol, esa doctrina es la ley viva de la libertad. Hállanse en ella reunidas esas dos ideas que se presentan al alma servil como extremos inconciliables, á saber, la idea de libertad y la idea de ley. La ley sin la libertad, es la esclavitud. La libertad sin la ley, es la licencia. La ley y el ejercicio perfecto de la libertad unidos, constituyen la justicia, y lo que más es, la perfección.

Cuanto más uno se acerca á la perfección, mejor sabe por eso mismo conciliar la ley y la libertad. Hase dicho: «La ley no se hizo para el justo». [1] Y eso por tres razones. La previene; cúmplela por medio de su propia libertad interior; va más allá de lo que ella le pide, hasta donde la conciencia le aconseja, y hasta donde la justicia no daña á la caridad. Á pesar de eso, no se le ocurre pensar que haya cumplido la ley de perfecta manera, y con mayor razón que hubiese hecho más de lo que ella le pide. «Cuando hayáis hecho lo que se os mandó, decid: Siervos inútiles somos; hemos hecho lo que debíamos». [2] «Virtud rara, exclama San Bernardo. Con razón mírase admirándole á quien obra bien, y, no obstante, se cree siervo inútil». [3]

(1) I Tim., I, 9.
(2) Luc., XVII, 10.
(3) Bernard., *Ep.* 142, 2.

El Apóstol poseía esa virtud. Gastóse, sacrificóse gozoso, y eso le valió bien poco agradecimiento y bien pocas señales de amistad. [1] Había naufragado, había sido azotado; apedreado; sufrido hambre y sed, frío y desnudez, vigilias y ayunos. Habíase visto en peligro en el mar, encerrado en calabozos, puesto en peligro por los judíos, los paganos y los falsos hermanos. [2] Llevaba en su cuerpo los estigmas de Jesucristo. [3] De lo que cualquiera se atreviese á alabarse también él se atrevía. Había trabajado él desde luego y sufrido más que todos los siervos de Cristo. [4] Podía decir de sí: «Antes quisiera morir, que verme privado de ese glorioso título». [5] Decía también: «Si predico el Evangelio, no es para mí asunto de gloria, porque se me impuso la necesidad, y desgraciado de mí si no predico el Evangelio». [6]

He ahí el espíritu de donde proceden los consejos evangélicos.

10. Los consejos evangélicos.—Así, en la doctrina de los consejos evangélicos, vemos dos cosas. Por una parte el hecho del principio: «En donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad». [7] Cuando el Espíritu Santo infunde la caridad en alguno, á la vez que le dilata el corazón, ensancha su horizonte para dejarle ver la ley desde un punto de vista más elevado y más vasto. En San Felipe de Neri y en San Pablo de la Cruz, el corazón había materialmente dislocado las costillas. Bajo la presión de la caridad siempre creciente que lo inflamaba, dilatábase, y necesitaba mayor espacio para moverse.

Mediante ese favor, llamado el don de piedad, el Espíritu Santo causa iguales efectos en el alma del justo, aun cuando no sea en ese grado extraordinario. Tales efectos

(1) II Cor., XII, 15.
(2) II Cor., XI, 24 y sig.
(3) Gal., VI, 17.
(4) II Cor., XI, 21 y sig., I Cor., XV, 10.
(5) I Cor., IX, 15.
(6) I Cor., IX, 16.
(7) II Cor., III, 17.

consisten en esa hambre y sed de la justicia, que hallan alimento en la voluntad de Dios, sin que jamás puedan verse satisfechas aquí bajo. Lleva entonces el alma una carga que antes habríala abrumado. Y si fuesen piedra y hierro candentes, encontraría ella tanto frescor como alimento para el fuego que interiormente la devora. En tal estado, no distingue entre la ley y la libertad, entre precepto y consejo. Todas las ocasiones que se le ofrecen para manifestar el orden de su caridad, son medios para alimentar su llama. Apodérase de ellos con avidez. Cuanto mayores son los fines que se le proponen y más difíciles de lograr, más los ama. La caridad tan sólo dos cosas pide: ocasiones para manifestarse y alimento para sostenerse. No establece diferencias entre lo estrictamente mandado y lo que tan sólo es de consejo. Todo examen respecto de ese asunto, sería para ella un retraso que la enfriase. Conoce un medio muy sencillo para crecer siempre. Cumpliendo cuanto puede, cumple puramente lo mandado. De esta suerte, elévase por el medio más sencillo hasta la perfección, fundiendo en la misma unidad la libertad y la ley.

Otra consecuencia que resulta de la doctrina de los consejos evangélicos, es que aun la más elevada perfección no va más allá del deber y de la conciencia. El santo más grande, suponiendo que quisiera resumir su vida entera en una sola frase, no puede tener, en lo que á él se refiere, distinto lenguaje del de todo cristiano y del de todo hombre que quiere salvarse. Debe igualmente decir: «Mi parte consiste en observar vuestra ley, Señor». [1] Cuanto más crece, bajo la influencia del Espíritu Santo, en los dones de ciencia y de inteligencia, mejor ve la ley ante una claridad enteramente distinta de como hasta entonces habíala visto. Á medida que penetra en la ley meditándola y cumpliéndola, así ve abrirse ante sus ojos sendas más profundas, espacios más amplios, bóvedas más altas.

Después de haber cumplido miles de obligaciones, ve

(1) Psalm., CXVIII, 57.

todavía otras que esperan su cumplimiento; las ve en número mil veces mayor que en el tiempo en que cumplía, no sin gran vacilación, el primero de los preceptos. Sucede absolutamente como si la ley de Dios participase de la inmensidad de Dios mismo. Para quien quiere cumplirla, la ley es tan insaciable como inagotable la gracia. El esclavo que gime bajo la ley y que sólo piensa en lo pesado de su yugo, encuéntrala siempre sobrado extensa. Y allí en donde no le obliga bajo la amenaza de las más severas penas, pasa sobre ella con ánimo ligero, con el holgado consuelo de que no se trata de pecado, sino únicamente imperfección. El hombre libre no vive bajo la ley, sino en la ley. No la ve en lo exterior, sino que la mira en su interior. No se deja violentar por ella, sino que la cumple por gusto. (1) En medio de los mil repliegues de la ley, experimenta igual sentimiento que si se hallase sumergido en un laberinto lleno de inagotables riquezas. Cuanto más trabaja en esa mina, mayor número de magníficas venas descubre que le mueven á nueva labor. Pero cuanto más rico es el botín, y mayor su santificación, menos preocúpase del fin.

Por eso algunos maestros, que conócen admirablemente la perfección, no vacilan en afirmar que las supuestas imperfecciones sobre las cuales pasa tan á menudo el hombre imperfecto, ofrécense á quien aspira á la perfección, como verdaderas faltas, tanto mayores cuanto que más uno sube. (2)

Eso se comprende. El cristiano no debe dejarse guiar por la ley exterior de la violencia, como un esclavo, sino por la ley interior del espíritu y de la caridad, como un hijo de Dios. Desde el punto de vista exterior, las exigencias de la ley vense bien pronto satisfechas. Los preceptos que nos impone no son muy numerosos ni muy difíciles.

(1) Augustin., *In Psalm.* 1, 2.

(2) Lugo, *Pœnit.*, 16, 103. La Croix, *Moral.*, 5, 211 y sig. Anton. a Spir. S., *Myst. tr.*, 2, 1, 2; Phil. a S. Trinit., *Myst.*, I, tr. 1, 1, 2 y sig. Schram, *Myst.*, § 20, *schol.* 3. 404, 405, Pesch, *Prael. Dogm.*, (2), III, 341 y sig. Quizás es algo duro aquí Tissot, *Vie intérieure*, 1, 14 (70 y sig.).

Todo aquello á lo cual no nos obliga expresamente, déjalo á nuestra libertad. Además, no ejerce violencia sobre nosotros, y no nos amenaza con arrojarnos de la casa paterna, si no cumplimos lo supererogatorio. No dice á todos, sino tan sólo á quienes le parece que son llamados, que les convendría cumplir tal ó cual cosa, si quieren agradar á su Padre celestial y ser perfectos.

Luego no se trata aquí de violencia, sino únicamente de libertad.

Pero de esto no se sigue que cada cual pueda pasar por encima de tales consejos sin causar, en ciertos casos, daño á su alma. Una cosa es la ley y otra su espíritu. Enteramente distinto de la letra de la ley es también el impulso interior para el cumplimiento perfecto de la ley. Es posible que una práctica de virtud no sea prescrita rigurosamente á la letra. Lo cual no impide que, á la luz y bajo el impulso de la gracia, alguien se sienta alguna vez obligado á cumplirla.

Supuesto que, dadas ciertas circunstancias especiales, su conciencia le diga que necesita ligar su débil voluntad con un voto, abandonar el mundo erizado de peligros, someterse á la obediencia perfecta, renunciar hasta el goce permitido á los sentidos, resulta entonces una obligación, (1) no porque eso forme parte de los deberes del cristiano, sino porque su conciencia, primera regla que debe seguirse en las propias acciones, dícele positivamente que está en el deber de practicar tal acción para cumplir seguramente la voluntad de Dios. (2)

Vender cuanto se tiene para seguir á Jesucristo, no es ciertamente un precepto que á todos obligue. El joven rico del Evangelio sabíalo, y, no obstante, sentíase movido á eso. De otra suerte, hubiérase contentado con lo que estrictamente estaba mandado, y no pensaría en medios pa-

(1) Bucelin., *Ascet. considerat.*, III, 225 y sig. Suarez, *Virt. relig.*, 1, 9, 22 y sig. Lancic., *Apusc.*, I, 3. Surin. *Catech.*, 2, 7, 3. Schram, *Myst.*, § 20, *schol.* 2, 3.

(2) Matth., XIX, 16 y sig.

ra llegar á más elevada perfección. [1] Mas, por no haberlo hecho, el Salvador, que veía su corazón iluminado y solicitado por la gracia, lloró su pusilanimidad. Y la tristeza que se apoderó de aquel pobre joven, manifiesta lo bastante en punto á que tenía él conciencia de haber cometido grave infidelidad con la ley y la libertad, eso para su mayor daño espiritual.

11. Resumen de la perfección como fidelidad de la conciencia con respecto á las iluminaciones y solicitaciones del Espíritu Santo.—Por consiguiente, aun cuando el protestantismo hubiera conseguido negar los consejos evangélicos, habría, no obstante, fracasado en su intento, que consistía en limitar la obligación de llegar á ser perfecto, ó, por lo menos, el dominio de lo que se requiere para alcanzar la justicia perfecta.

Aun cuando en el Evangelio no se hallase invitación alguna á la santidad, y ninguna indicación referente á prácticas de virtud que están únicamente aconsejadas de una manera general, como medios para llegar á eso, el hombre no podría, sin embargo, en ciertos casos, disimularse tal obligación, ni hacerse sordo al impulso interior que le mueve á eso. No puede sustraerse á la voz de su conciencia personal. En caso tal, las luces y el impulso del Espíritu Santo ofrécense á él no como consejo, sino como verdadera obligación.

Por más que se diga: «Esto no está mandado, ¿para qué hacerlo? ¿Qué falta cometo no cuidándome de eso?; á lo sumo una imperfección, y nada más», la conciencia responderá: «De ninguna manera. Eso es una equivocación. No se trata de un precepto general, es cierto; pero es cosa

(1) Este es un punto que el director de almas y todo cristiano debe tener en su conducta siempre ante los ojos. Jamás puede declararse una regla como buena ó mala en absoluto, es decir, una regla que fuese para todos igual en todas las circunstancias. Siempre debe explicarla la propia conciencia. Lo que todos los libros de todos los maestros permiten, lo que también hacen hombres concienzudos sin vacilar, no puede convenir á éste ó aquél, porque ofrece peligro. Aquello que omite uno sin pecado, puede ser para otro tan indispensable á su progreso, que su omisión no deje de perjudicar á su alma. (Cf. Saudreau, *Les degrés de la vie spirituelle*, (2), I, 588 y sig.).

perfectamente sabida que aquello á que se está obligado no es dado practicarlo si se desprecia ese medio particular. Para ti, necesario es que obedezcas á tu convicción. No preguntes si eso obliga á alguien más que á ti. Haz solamente lo que juzgues necesario. De otra suerte, obras contra tu conciencia y te expones á violar la justicia misma».

Débese, pues, temer que uno se quede separado de la justicia y de la perfección, mientras que, poniéndose en el punto de vista de los hombres no libres, distinga entre precepto y consejo, y no esté resuelto á ejecutar más que aquello á que se halla obligado.

Solamente haráse justo y perfecto aquel para quien el asunto está resuelto en el momento en que su conciencia le diga: Dios lo quiere. Pues únicamente ése pondrá en práctica el principio del más santo de los Santos: «Conviene que cumplamos toda justicia». [1]

Antes de hacer algo, los santos jamás preguntaron si se trataba de justicia mandada, ó tan sólo de justicia aconsejada. Únicamente cuidábanse de lo que su conciencia, la voz de Dios en su interior, exigía de ellos. Por eso han cumplido todos la justicia. Sencillamente, la fidelidad en seguir las indicaciones de su conciencia, y no otra cosa, es lo que los hizo prudentes, justos, perfectos y santos.

Esa misma fidelidad es quien ahorra á cada cual el trabajo de hacer estricta distinción entre precepto y consejo, ó que le impide el esperar particulares revelaciones. La conciencia es la revelación más corriente de Dios y la más seguramente natural, aquella á la cual puede cada uno aspirar sin presunción.

Ni siquiera la Revelación sobrenatural, del propio modo que las comunicaciones extraordinarias y milagrosas de Dios, sustituyen á la conciencia. El mismo Espíritu Santo no se sirve de otro medio para dirigirnos. Todas las iluminaciones sobrenaturales, todos los impulsos de la gracia, todos los dones del Espíritu Santo, se nos trans-

(1) Matth., III, 15.

miten por medio de la conciencia. Si la voz del Espíritu Santo no nos intruyese en ese santuario, el más íntimo de nuestra alma, si su gracia no nos fortaleciese, todas las palabras exteriores serían llevadas por el viento, y todos los impulsos inútiles. (1)

Á esa iluminación y á ese movimiento interior cabe aplicar las palabras de la Escritura: «Todos pueden ser instruidos por Dios directamente. (2) Habéis recibido la unción del Espíritu Santo, y lo sabéis todo. Por eso no tenéis necesidad de que nadie os enseñe, pues que su unción os instruye acerca de todo, y tal enseñanza es verdadera». (3)

Mas esas palabras aplícanse tan sólo á quienes reciben dócilmente en su alma el bálsamo que Dios en ellas derrama por medio del Espíritu Santo. Únicamente son los ungidos de Dios, únicamente merecen el nombre de cristianos, aquellos que se someten á todas las disposiciones y prescripciones exteriores del Espíritu Santo. Porque solamente esos se someterán á su ilustración interior como dóciles discípulos, y estarán dispuestos á todas las visitas y llamadas de la gracia divina, con la mayor fidelidad de conciencia.

Luego, en definitiva, todo depende de esa fidelidad, de igual suerte que la continuación y sobre todo, el término de la perfección. (4)

12. Oportunidad y necesidad de la perfección.— Por otra parte, no aquel que se contenta con meditar ó leer algo acerca de la perfección es quien se hace perfecto. No aquel que se limita á darle sus alabanzas ó á pedirla es quien alguna vez llega á poseerla; sino tan sólo aquel que se esfuerza, de formal y perseverante manera, en apropiarse aquella á la cual muévele la gracia. Lo repetimos una vez más todavía, no es cualesquiera perfección pedida por alguno, sino la perfección de su estado, no la mayor perfección que sea dado pensar, sino la que se puede esperar en el momento, primero con modesto comienzo, después mediante progreso constante, y finalmente, mediante generosa terminación.

(1) Gregor. Magn., *Evang.*, 2, 30, 3.
(2) Is., LIV, 13. Joan., VI, 45.
(3) I Joan., II, 20, 27.
(4) Gregor. Magn., *Ezech.*, 1, 5, 2. Bernard., *Div. sermo*, 23, 6. Lombez, *Paix intérieure*, 4, ch. 11.

¡Cuánta necesidad tiene el mundo de ver renovado aquel espectáculo que antes de ahora vió en tan grandiosos ejemplos, y que tan raro es actualmente!

Quizá no se dió época en la cual el mundo se haya sentido más cansado de lo que hoy se siente de su moral árida, vacía. Leemos y oímos decir continuamente que la época y su miserable situación piden una moral más elevada ó más profunda, una moral libre, espiritualista, purificada, viril, desinteresada, encendida, una moral de acción, y no tan sólo sentimental declamación, una moral verdadera en vez de una moral aparente.

Cuantos hacen lo que en su mano está para remediar la miseria intelectual y moral de la época, tienen presto ocasión de convencerse de que ni la palabra, ni lo escrito, ni las razones, ni las refutaciones, ni la ciencia, ni la formación ingeniosa, no producen impresión alguna, y *a fortiori*, buenos resultados. No se cree en nuestras más entusiastas palabras. Créese apenas en nuestras propias convicciones, porque no se las ve formalmente realizadas en nosotros. Y, por último, en lo que toca á nosotros mismos nadie mejor que nosotros conoce cuán mal nos las componemos en esta vida mitad mundana y apenas mitad para Dios, cuán delicada y vacía de poesía es nuestra vida espiritual, y cuán poco nos satisfacen sus apariencias.

Para todo eso no hay más que un solo remedio. Lo que únicamente todavía es capaz de satisfacernos; lo que únicamente todavía constituye una perspectiva de ser tenido en consideración, son los actos y pruebas formales de la vida sobrenatural. Pues bien, para suministrarlos, no tenemos necesidad de inventar cosa nueva, ni esperar de los nuevos doctores revelaciones, milagros, un porvenir incierto. Todo eso hase realizado millares de veces en tiempos

pasados más formales. Tenemos eso ante los ojos de la manera más viva y más clara en Aquél que nos dió su nombre, desde que derramó en nosotros su espíritu para engendrarnos á una nueva vida. Es la perfección, la santidad. Representónos al rey de los santos en tan perfecto cuadro, que nos basta con imitarle en la medida de nuestras fuerzas.

Que esto sea posible á la debilidad humana, tenemos la prueba en miles de ejemplos, en los santos que, por aquello en que fueron sus fieles imitadores, han resultado para nosotros otros tantos modelos instructivos y animosos.

No seamos, pues, sordos al llamamiento de los tiempos. Veamos igualmente las necesidades de nuestro corazón. Hase hablado bastante y bastante escrito, es verdad. Mas no se practicó lo bastante. Y, lo que necesitamos, precisamente son actos, verdad y formalidad. Lo que nos hace falta son hombres, cabales y verdaderos cristianos. Pues bien, tan sólo la perfección es capaz de darnos unos y otros.

El único medio para librarnos de los males de hoy, está en aspirar á la perfección, en tomar en serio la virtud viva, enérgica. Pues bien, lo verdaderamente serio de la moral natural, de igual manera que lo de la virtud sobrenatural, es tan sólo la perfección, la santidad.

No hay más hombre cabal que el hombre perfecto. No se da más cristiano cabal que el santo. En lo escaso de los hombres perfectos, está la razón del corto número de verdaderos cristianos. Por eso la vida resulta tan insignificante, el mundo tan vacío, y tan pobres nuestros tiempos.

Pueda, pues, el mundo aprender nuevamente mediante las palabras, y más aún mediante el ejemplo de su Redentor y Salvador, á caminar por la estrecha senda de la vida sobrenatural, y á buscar la angosta puerta que al cielo lleva, para encontrar el socorro y la paz que le hacen tanta falta. Pueda cada cual, en vez de esperar que los demás le den el ejemplo de la actividad, repetirse, con el

firme propósito de practicarlas, las palabras que un poeta ilustre, y campeón en la guerra por la independencia, cantaba en época análoga á la nuestra:

«¿Por qué deberé, contando sólo con Dios, obrar como los demás, que, sin cuidado alguno, fiados en el caminar del mundo, siguen la ruta común? ¿Por qué tu bondad me dió la mente abierta á lo de arriba, y caballerescos sentimientos, sino para velar lo que es santo en esta época de escepticismo burlón? Déjame romper mis cadenas; déjame llevar tus armas brillantes, para reñir libremente las santas batallas, rogar gozosamente, atreverme soberbiamente, juntando en mí el gozo á la bravura». [1]

(1) Según Eichendorff, G. W., (2) I, 379 y sig.

CONFERENCIA V

VERDADERA SIGNIFICACIÓN DE LA MÍSTICA

1. Significación de las acusaciones contra la mística.—El proverbio «á muchos enemigos, mucho honor», no solamente cae bien en boca de un espadachín como Jorge de Frundsberg, que lo había elegido por divisa, sino que puédese también aplicar al Cristianismo, y eso en sentido mucho más noble.

Entre todos los vástagos producidos por la religión sobrenatural, apenas hay uno tan combatido y tan mal comprendido como la mística cristiana. De lo dicho, nadie debe extrañarse. Pues si la mística es verdaderamente, como la hemos aprendido á conocer, la flor y el término de la vida cristiana, entonces fácilmente se comprende que todas las dificultades que se cree deber oponer al Cristianismo, han de aumentar en este punto.

Entre tanto, podemos pasar á la orden del día. Pero también es útil examinar los reproches serios, no porque sean obstáculos molestos, sino porque nos ayudan á apreciar mejor nuestra empresa y á distinguir nuestro objeto desde nuevo punto de vista.

2. Exposición de la ciencia anticristiana.—La más soportable de las falsas interpretaciones de la mística, es, en todo caso, aquella que no distingue nada en ella, sino un esfuerzo heroico, alguna vez desesperado, del alma apartada de Dios para volver otra vez á convertirse en posesión de Dios.

Pues bien, ningún místico, y sobre todo ningún cristiano, negará que siente muy á menudo dolorosamente la di-

visión y los muchos obstáculos que se levantan en su interior entre él y Dios. Si el Apóstol no vacila en lamentarse de esto, no debemos ciertamente negarnos á confesarlo. Tampoco debemos negar que el descontento con relación á nosotros mismos es poderoso aguijón para lograr el contento que se funda Dios. Pero no se nos ocurre encontrar en ello el origen de la religión como lo hace Sabatier. [1] Y mucho menos encontramos en ello la verdadera significación de la mística. Por esto no queremos refutar esta cuestión, mucho menos cuando se la presenta alguna vez bajo aquella forma indigna que á menudo llega á afirmar que la desesperación de una vida deshonrada, frustrada y perdida, haya convertido paganos en cristianos, poblado los conventos y las soledades, y las que aun hoy día arroje á los hombres en brazos del fanatismo.

Con más seriedad y falsedad hace Eicken depender el pensamiento fundamental de la mística de sus prejuicios panteístas. En el origen, todo había sido una misma cosa, Dios, el hombre y la naturaleza. La cultura dividió todo esto, hasta introducir aquel supuesto dualismo, que muchos imputan al Cristianismo como crimen principal. Lo que en otro tiempo había sido una sola y misma cosa y siempre debía haber quedado así, Dios y el mundo, y lo mismo, en el hombre, espíritu y sensualidad, ya está separado y es enemigo. Sin embargo, el hombre no puede desprenderse del sentimiento de que esto no está en la naturaleza de las cosas. De aquí su esfuerzo para derribar todos los obstáculos que se oponen á su unión con el eterno todo y uno. «La naturaleza divina en él tiende hacia su fuente original». [2] Tal es la verdadera explicación panteísta sobre el origen de la religión en general y de la mística en particular.

Tras esto, siguen otras muchas acusaciones sobre la huída del mundo, el cansancio del mundo y la negación

(1) Sabatier, *Esquisse d'une philosophie de la religión*, (7), 7.
(2) Eicken, *Geschichte und System der mittelalterlichen Weltanschauung*, 98 y sig. Cf. Loofs, *Dogmengeschichte*, (3), 115.

del mundo de la mística, y aun de la piedad cristiana, sin diferencias ni excepciones. Que hay en el Cristianismo una aspiración enfermiza y pesimista, que en la enseñanza del Apóstol, y aun en la del mismo Señor, predomina de ordinario el pensamiento gnóstico del desprendimiento del mundo, de una oposición fundamental entre Dios y el mundo, como si el mundo fuese esencialmente malo y opuesto á Dios. Según esto, no sólo se formula contra el mundo un juicio injusto, sino que también depende ello de la «manera como se fija la idea de Dios en la Iglesia», [1] como si fuese Dios un Dios de lo porvenir y del más allá. De aquí los errores en el interior del Cristianismo, como si uno se pudiese salvar únicamente alejándose por completo del mundo. Como todo ha pasado en la Iglesia cristiana por modo completamente al revés, no debe uno extrañarse de que la mística, esta planta «de origen pagano»; [2] haya alcanzado tanta importancia y efectos tan lamentables para la cultura terrestre y utilidad de esta vida.

Esta explicación, que ataca al Cristianismo y, en general, á la religión en su ser más intimo, está juzgada por sí misma para todo el que sabe cómo enseña la religión cristiana la relación con Dios y con el mundo, nuestra obligación y la fidelidad á todos nuestros deberes terrenales. Pero, por lo menos, tiene de bueno que toma en serio la estrecha relación que media entre la convicción religiosa y el comportamiento religioso, entre la vida religiosa y la moral, entre lo sobrenatural y lo natural; tan en serio, que aun muchos cristianos comprenden difícilmente la significación de que, piedad y devoción, que toda la vida sobrenatural, moral y religiosa, principiando desde los primeros movimientos hasta los más elevados ejercicios de la mística, no es nada más que efecto de la fe viva. [3]

Á la vez tiene la explicación que acabamos de dar, por

(1) Kaftan, *Dogmatik*, (3), 138 y sig.
(2) Loofs, *l. c.*, 115.
(3) Cf. Scheeben-Weiss, *Herrlichkeiten der göttlichen Gnade*, (7), 503 y sig., 598 y sig., donde se encuentra la bibliografía.

falsa que sea, cierto mérito, pues ella misma parece comprender la falsedad de todas aquellas explicaciones que entienden siempre cada movimiento de la mística en el sentido de los hermanos del espíritu libre y según los pensamientos del protestantismo moderno libre, sin dogmas, como religión de lo puramente interno, á saber, en la negación absoluta del mundo y de la vida.

Según este error, cada místico sería lo que la más moderna crítica de la Biblia llama «el puro evangelio de Jesús» ó el «Cristianismo de Cristo», una religión de espiritualismo libre, sin dogmas, sin ley, sin culto, sin disciplina, [1] un desligamiento de todo dogma obligatorio, [2] de toda forma exterior de religión, [3] un contrapeso contra toda histórica apariencia religiosa, [4] y especialmente un alejamiento de toda autoridad interior y exterior, aunque fuese la del dogma, [5] en una palabra, el completo individualismo y subjetivismo en el terreno de la religión, el derecho del individuo frente á la autoridad obligatoria de la Iglesia. [6]

No se puede negar que la falsa mística, en todos los tiempos, ha obrado más ó menos según estos principios. Sólo hay que observar sus efectos, para convencerse de que aquí se aparta mucho del camino de la verdad. Y que se considere con qué decisión la Iglesia y la verdadera mística han combatido siempre todo esto, para estar ciertos de que con estos errores nada tiene que ver la Iglesia, pues ésta, y con ella la ciencia eclesiástica, pone como nota distintiva contra aquellos cuya sinceridad de proceder tiene que examinar, en primer lugar, la fidelidad ó infidelidad hacia la autoridad eclesiástica, la doctrina eclesiástica, el espíritu eclesiástico. [7]

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 197, 146, 148.
(2) Herrmann, *Der Verkehr des Christen mit Gott*, (3), 19.
(3) Ibid., 20.
(4) Ibid., 17, 20, 56.
(5) Ibid., 19, 22, 23.
(6) Vierkandt, *Naturvölker und Kulturvölker*, 160.
(7) Schram, § 444, 505, 543, 558. Scaramelli, *Unterscheidung der Geister*, 33 y sig. (n. 30). Meynard, (3), II, 469. Véase XXIII, 10.

No quiere decir esto que sea de Dios todo espíritu que haya pasado por estas pruebas. Pero lo cierto es que debe suspenderse el examen de estas cosas, si se manifiesta un espíritu que no esté en armonía con la Iglesia de Dios. Este es justamente el reproche que se nos hace continuamente, es decir, que nosotros, los hijos de la Iglesia, ahogamos el espíritu bajo el yugo de lo exterior. Pero nada de esto; ningún yugo de Dios ahoga el espíritu, si se le mantiene en sus debidos límites. La Iglesia y todo lo que le pertenece no es un yugo, sino la visible y sensible representación de Aquel que ha dicho: «El que os escucha á vosotros, me escucha á mí, y el que os desprecia á vosotros, á mí me desprecia». (1)

Pero el que oye á Cristo y le sigue, no se extravía, no sucumbe, no se ahoga. Sólo ha de temer el error, las tinieblas y la destrucción, el que rehuye la dirección de Cristo, lo que ciertamente hace aquel que la rechaza, y la rechazan los que niegan la Iglesia fundada por Dios y los pastores establecidos por Dios. De estos hablaremos aún más tarde. Por ahora tenemos el deber de ocuparnos en los otros enemigos de la mística.

3. Significación de la singular predilección por la mística en el mundo.—Se nos puede contestar á esto que, fuera de algunas excepciones, no hemos dejado hablar á los enemigos de la mística. Al contrario, la mayor parte de los que acabamos de oir son muy favorables á la mística, y esto no es enemistad.

Sí, es verdad, no les faltan expresiones de ternura y simpatía para la mística; sólo que la mística tiene sobrados motivos para rechazarlas. Pues esta simpatía es favorabilísima para todos los que están en contradicción con la Iglesia, y apartados de la fe cristiana. Pero cuando se inclina hacia aquellos que han permanecido fieles á su vocación eterna, les atribuyen tan falsos principios, que claramente se ve cuál es el verdadero motivo de esta atención exagerada. Á todo precio se quiere hacer á los místicos

(1) Luc., X, 16.

aliados de los enemigos de la Iglesia, en la lucha contra la fe, el dogma y la vida de la Iglesia. (1)

Tal amistad es peor que toda enemistad. En ninguna parte se puede conocer mejor que aquí lo que el cristiano tiene que esperar del mundo.

Aquí ocurre lo que Agustín dice: «Muchos parecen amigos, y son secretos enemigos». (2) Esta especie de amistad del mundo no es sincera; es producida por el propósito de alejar al cristiano de Dios, para apartarlo de la justa comprensión de su más sublime empresa, para atarle con cadenas de rosas al mundo, y hacer de él su cómplice. Quiere deshonrarle donde parece honrarle, debilitarle con lisonjas, destrozarle y perderle, embobándole astutamente, enredándole, y con dulce sonrisa le arrastra á la perdición. (3)

Esto también es un resultado útil de nuestra revisión, que nos demuestra otra vez, y bajo un nuevo aspecto, lo serio de nuestra situación, y nos facilita el desprendimiento del mundo y la exclusiva entrega á Dios, dos condiciones fundamentales de la verdadera mística, sin reservas de ninguna especie.

4. Reproches contra la mística en el interior del mismo Cristianismo.—Por lo demás, no le faltan á la mística adversarios más ó menos francos. Y, cosa extraña, entre éstos se cuentan á menudo los adversarios declarados de la fe en número menor que muchos de los que, por otra parte, están adheridos al Cristianismo y se complacen en llamarse buenos cristianos; porque precisamente le hacen la más cruda guerra aquellas almas frías, secas, que hacen proceder todo lo religioso de lo inevitale y de lo supuesto esencial, y procuran desprenderla de todo lo que no conviene al mundo, á saber, los *minimistas*, como W. G. Ward, el apóstol de *lo menos posible*, según el Obispo Isoard tenía costumbre de decir.

(1) Modelo de esta tendencia es la obra, sin valor alguno, de R. Steiner, *Die Mystik*, 1901.
(2) Aug., *Sermo* 49, 4.
(3) Cf. Aug., *Civ. Dei*, 19, 5.

«Que algunos—se dice,—los cuales, de ordinario, no son buenos para nada, sigan el camino de la mística, puede ser admisible. Pero cuando se quiere hacer un evangelio de la mística, entonces hay que ponerse en guardia. Tal esfuerzo nunca ha producido provecho, y mucho menos hoy día, para el cumplimiento de las obligaciones que nos son impuestas. Hoy tenemos que reconciliar el mundo con el Cristianismo; por esto no debemos ponerle ante los ojos un ideal que le espante y le aleje por completo del Cristianismo. Un Cristianismo *amplio* y *racional* es hoy necesario; no fantasías exageradas. [1]

»Nadie debería extrañarse de que la historia de la mística presente tan horribles errores en el pensamiento como en la vida; pues ya lleva el germen de ellos en sí misma. Porque ella aleja al hombre del mundo, del tiempo, del deber; le hace perder la confianza y la actividad, mina el valor y la fuerza, es la muerte de toda activa virtud, y pone en tal tensión, ó mejor dicho, en tal sobreexcitación su cabeza y corazón, que sería una casualidad si tan tristes efectos no se presentasen. [2]

»Pero no está en eso lo peor. Cosa mucho más deplorable es que ahonda ella el abismo entre el Cristianismo y la piedad, por una parte, y el mundo y su espíritu, por otra.

»La exageración de la vida intelectual y espiritual que tiene como causa, rechaza al mundo siempre más lejos de ella, en tanto que, por el contrario, arrastra ella sus víctimas al opuesto camino. Así, pues, en último resultado, una inteligencia entre ellos hácese imposible. Comienza ella por huir del mundo; no tarda en despreciarlo; y, finalmente, lo condena. En su deseo egoísta de llegar al reposo y á la satisfacción personal, el místico enciérrase en la concha de su mundo imaginario, y abandona despiadadamente el mundo real á su suerte, sin cuidarse de si hay millares de personas que luchan sin socorro á su lado y que perecen.

(1) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 304, 310, 473.
(2) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, 355, 356, 363.

Como es muy natural, eso no puede menos de volverse contra él, pues aislado de todo ambiente vivificante, y limitado tan sólo á sí mismo, debe acabar por decaer y agotarse.

»Ese espíritu falso levanta infranqueable muro, no solamente ante el mundo, sino también en el interior de la Iglesia misma, en donde establece categorías que traen á la memoria las castas de la India. Según su manera de ver, compónese la cristiandad de la gran masa de los imperfectos y del reducido grupo de los privilegiados.

»Cosa todavía más triste resulta, cuando tal separación es inherente á ciertas clases y á ciertas condiciones. Entonces sus representantes, como los bravos monjes y las buenas religiosas que permanecen dentro de sus muros apartados por sistema del movimiento intelectual y de la formación de la época, créense á menudo los únicos elegidos, y miran desde las alturas de su grandeza, como simples maniobras ó como máquinas, como obreros que valen menos desde el punto de vista intelectual, é imperfectos desde el punto de vista moral, á todos aquellos que, fuera de ellos, han cargado con el peso de la jornada y del sol en servicio de la Iglesia y de las almas.

»En una palabra, danse errores inseparables de la mística, porque se encuentran ya en su naturaleza. Por una parte, la exageración, y, por otra, el exclusivismo».

Tales son los juicios que se acostumbran á formular tocante á la mística, juicios que, en suma, no son sino pretextos para manifestar el disgusto que siente contra lo sobrenatural, contra la vida y el espíritu de la Iglesia.

Parécenos que tales interpretaciones no se hallan enteramente libres de aquellas exageraciones y de aquel exclusivismo, de los cuales dice San Gregorio que oscurecen fácilmente la claridad del juicio. [1] Tal vez hasta se hallen tocadas de cierta dureza de corazón.

Como quiera que sea, traénnos á la memoria las palabras de San Ambrosio: «El juicio que se hace respecto de

(1) Gregor. Magn., *Mor.*, 3, 60.

una falta es con frecuencia pecado más grave que la misma falta. Si los prudentes del mundo nos hacen ya esa advertencia, ¿no es para nosotros una llamada para que nos juzguemos antes de lanzar un juicio, para que no condenemos ligeras faltas en los demás, y en tanto cometerlas grandes?» (1)

No podemos entrar aquí en pormenores referentes á ese juicio. Más adelante volveremos al asunto. Por otra parte, una de las mejores respuestas que cabe dar á muchas acusaciones, consiste en ignorarlas caritativamente. Por el momento, queremos tan sólo fijar los puntos de vista generales en donde necesitamos colocarnos si queremos entender y apreciar la mística.

5. Los peligros que rodean á la mística piden circunspección y vigilancia.—Los enemigos de la mística tratan desde luego de disputarle el derecho á la existencia, invocando los grandes errores que su historia nos recuerda. ¡Como si fueran cosa natural en ella!

Lejos de nosotros el pensamiento de no juzgar tales yerros como lo merecen. En las páginas que anteceden, hemos ya, y con buenas razones, llamado la atención respecto de eso. Sin embargo, no vemos por qué deba condenarse la mística por causa de ello. Si se hubiera de evitar cuanto es susceptible de abuso y todo aquello de lo cual se abusa, difícil fuera que encontrásemos en donde meternos. ¿Qué habrá de lo cual no pueda abusar el hombre? La gracia, la misericordia de Dios, su paciencia, la razón, la libertad, los alimentos, ¿están seguros en este punto? ¿Á qué extremos no debió prestarse la Biblia? ¿Y la ciencia? ¿No tiene sus peligros, como la ignorancia? ¿Qué es lo que mueve á los hombres á tentativas y peligros mayores que la riqueza y la pobreza, la dicha y la adversidad, el trabajo abrumador y la ociosidad, la vida cómoda y la vida activa? ¿En dónde hallamos cosa alguna en la cual no tengamos peligro que temer?

Dejemos, pues, las exageraciones á los niños y al pueblo

(1) Ambros., *Apolog.*, II, *David*, 2, 5.

sin experiencia, y confesemos que la mayor parte de las veces el mal no está en la cosa misma, sino en la debilidad de nuestro espíritu y en lo perverso de nuestra voluntad.

Cierto es que hay cosas que, por naturaleza, son condenables y ofrecen peligros en sí mismas. Pero la mística no pertenece á ese número. Y aun, dado que fuera necesario admitir que algún peligro es de ella inseparable, ¿sería eso razón para arrojarla de la humanidad? No, preciso sería sacar de ahí otra conclusión.

Á nadie se le ocurre proscribir la química en atención á los peligros que ofrece. Es tan sólo un motivo para que se tomen precauciones, cuando se hace algo en esa ciencia. Si las autoridades á quienes está confiada la seguridad pública establecen severas prescripciones tocante al uso del agua, de los medicamentos, del vapor y del fuego, todo el mundo se lo agradece.

Luego, no debe pretenderse condenar inmediatamente la mística, exterminar la ciencia, suprimir la propiedad particular. Lo que se necesita, es desde luego recomendar á quienes en tales cosas se ocupan, que lo hagan con circunspección, después reconocer, á quienes tengan alguna responsabilidad en el dominio de la vida religiosa, moral y social, el derecho para imponer ciertas prescripciones tocante á su uso, y velar por su ejecución con la autoridad que Dios les ha otorgado.

Son las dos únicas conclusiones lógicas que pueden sacarse de tales principios. Todo lo demás, son exageraciones que no se tienen en pie.

6. Situación del hombre en el mundo y su tendencia invencible á lograr el puesto justo que le deje satisfecho.—No hay duda de que la mística ofrece sus peligros particulares. Mas no hay porque admirarse de que así suceda.

Para comprender su importancia, consideremos el lugar en que encuentra ella al uno, y el lugar en donde pone al otro.

Para eso, necesitamos elevarnos á cierta altura y dar amplia mirada en torno nuestro.

Cuando el hombre comienza á reflexionar acerca de sí, acerca de lo que le rodea y acerca de su situación en el conjunto del universo, tropieza con los mayores contrastes. Lo de acá y lo de allá, lo finito y lo infinito, la luz y las tinieblas, el bien y el mal, el espíritu y la carne, la inclinación á la tierra y las aspiraciones al cielo, la satisfacción que no encuentra en sí, ni fuera de sí, el ideal sublime que por doquiera se ofrece á sus ojos, he ahí cosas singularmente diferentes y singularmente opuestas entre sí.

Quizás se tomen muchas veces en sentido demasiado estrecho, si se consideran únicamente las divisiones que el mal ha producido en el interior del hombre y entre Dios y el hombre.

Sin duda que también es el pecado á menudo un aguijón que empuja al hombre á cosas más elevadas, y en todos debería producir este efecto. Si aun todos los que se enfurecen y vituperan la perdición del mundo, caen en el pecado, ó, desesperados, agitan las manos, como si todo trabajo fuese inútil; si todos los que tienen que confesarse del pecado,—¡y quién no debe hacerlo!—si para todos los que se consideran como pobres pecadores, el recuerdo de lo que han omitido y de lo que han cometido es un aguijón para reparar lo pasado, se podrían repetir con la mayor alegría las palabras de la Iglesia: *¡O felix culpa!*

Pero esto no quiere decir que la mística sea el fruto del pecado. No, éste está más hondo, está en la naturaleza del hombre y en su posición con relación á Dios. Como Dios desde el principio creó al hombre y á la naturaleza de manera que el hombre se viese obligado al trabajo, el sentimiento de la distancia entre él y Dios tenía que empujarle á la lucha hacia la completa unión con Dios, su fin más elevado.

Este sentimiento de la distancia se ha convertido por el pecado en certidumbre de separación. De ello, la mano del misericordioso Médico Divino ha hecho un estímulo nuevo y fuerte para el bien.

Comprendiendo el hombre la espantosa separación que existe entre él y Dios, no puede permanecer satisfecho, gracias al empuje hacia el bien que Dios, hasta en su caída, le ha conservado. Puede ocurrir que, á la manera de los pesimistas, procure persuadirse de que las cosas son así, y serán todavía peores, ó que, procediendo como los optimistas, crea que las cosas no son tan malas como parece. Puede ocurrir igualmente que, como buen fatalista, se resigne á lo inevitable, y se sumerja en los goces materiales de la existencia, ó que no satisfaciéndole nada, se vea obligado á buscar el medio para nivelar estas desigualdades, y encuentre así la respuesta exacta á sus aspiraciones.

Hay una necesidad inexpresable en el corazón del hombre, un impulso invencible, que le martiriza tanto como le consuela, impulso que ha ahogado centenares de veces y centenares de veces ha admitido con mayor esperanza. Lo que este impulso quiere decir, lo comprende el menor número. Dos cosas siente, sin embargo, el que le presta más atención. «Debes—le dice este impulso—tender á un objeto más elevado. Pero no te forjes la ilusión de que el mundo, con toda su cultura, con todas sus dádivas, te dará esto más elevado, si no lo encuentras en ti mismo».

Este impulso sintieron también los antiguos, en medio de lo errores del paganismo; de él sacaron su filosofía, como su arte. Este impulso sienten los modernos, y aun lo sienten más que muchos otros tiempos. Rara vez el mundo ha sido devorado por tal hambre hacia algo mejor como hoy día; también puede abusar de él como actualmente, por desgracia, lo hace por modo general; [1] pero no puede desmentirlo. Cuanto más nuestros contemporáneos reniegan de todo aquello con lo cual las generaciones cristianas han satisfecho más ó menos las exigencias de este impulso, tanto más son atormentados por él. Compasión merecen por el castigo que les impone á causa de

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 111 y sig.

su voluntaria ilusión, al escoger este falso camino, esta especie de trabajo de Sísifo; no obstante, hay que apreciar su lucha con sincera admiración.

¡Quiera Dios que todo hombre que experimente este impulso se convenza de que, para obtener esta satisfacción, hay sólo tres caminos! Ó bien hacer que lo sobrenatural descienda á lo sensible, ó bien poner en igual pie lo terrestre y lo infinito, ó bien buscar manera de que ambos se junten, manera de que esos dos mundos se toquen estrechamente, sin que sus respectivas particularidades sufran perjuicio.

Esas tres tentativas,—la historia está presente para atestiguarlo,—hiciéronse miles de veces, y eso de las más diversas maneras.

Casi siempre el hombre, ó bien ha tratado de forjarse ilusiones de manera más ó menos panteística respecto de su pobreza y de la del mundo, ó bien trató de persuadirse de que era cosa suya, unas veces rebajándose á favor de una filosofía materialista, otras subiendo excesivamente más allá de sí mismo, considerando lo sobrenatural á la manera del Humanismo,—suponiendo, sin embargo, que todavía lo admita.—Las tentativas hechas para reunir lo divino y lo humano hanse ciertamente con frecuencia renovado, y esto principalmente en las diversas religiones y mitologías paganas. Mas en tanto procedían del hombre mismo, han llegado á resultados tan groseros, que necesario es confesar que, no obstante lo excelente de la idea, han tenido peor éxito que las otras.

Además, no cabe negar que casi siempre han padecido del error fundamental de las otras dos tendencias, es decir, que han llevado la unión de ambos mundos hasta confundirlos.

Esos esfuerzos grandiosos de la humanidad han fracasado, precisamente porque no se quiso establecer la unión entre esos grandes contrastes, sino que se mostró encarnizamiento en suprimirlos. No le basta al misticismo, cualquiera que sea su forma, con encontrar á Dios en sus obras; quiere además hacerle violencia, apoderarse de él

directamente, [1] sea por medio de las delicias de la contemplación, sea mediante los goces íntimos del afecto, aun cuando debiera, para llegar á eso, negar el mundo real, tangible, y romper los lazos de la propia vida.

Esa tentativa halló su más elevada expresión en el sofismo, cumbre suprema del misticismo panteísta, [2] el fin más elevado del cual, la deificación humana, es literalmente el paso y aun la desaparición en Dios.

Según eso, es manifiesto que el hombre no puede tener ideas claras sobre ese punto, hasta tanto que no se explique cómo por una parte le es dado elevarse sobre su estado natural, que no le satisface, hasta llegar á Dios, y cómo, por otra, puede Dios comunicar más estrechamente con él que por medio de la naturaleza, sin que por ello sufran ni el uno ni el otro el más leve perjuicio.

Pues bien, eso no puede hacerse como no sea bajando Dios hacia el hombre, por una parte, y, por otra, mediante la elevación del hombre hacia Dios. Mas como no se da paridad entre Dios y el hombre, necesario es también atribuir á Dios una parte mayor en esa aproximación.

7. Labor, base y tipo de la mística.—Ilustrado por las luces de su propia razón, é instruído por las vanas tentativas de sus semejantes, el hombre pudiera en rigor llegar por sí mismo á la deducción de estos principios.

Mas tal conocimiento estaría aún lejos de formar el puente entre lo de acá y lo de allá. Lo más á que podrían llegar los mayores esfuerzos intelectuales del hombre, sería el hacerle conocer mejor la necesidad de su unión con Dios, y su propia incapacidad para lograrla. En otros términos, contribuirían á tornarle aún más degraciado que antes.

No es de admirar que aquellos que hacen abstracción de la Revelación sobrenatural, y que ven en la mística un esfuerzo puramente humano, sin comprender la misión

(1) Véase Herrmann, *Verkehr des Christen mit Gott*, (3), 22.
(2) Dahlmann, *Der Idealismus* etc., 86 y sig. Chantepie de la Saussaye, *Religionsgeschichte*, (2), II, 46 y sig.

que debe y puede realizar desde el punto de vista cristiano, sin considerar la base sobre que descansa la mística cristiana, y el modelo según el cual procede, hablen de ella en términos tan desdeñosos. ¡Como si fuese un manantial de errores y no un beneficio para la humanidad!

Mas, hemos dicho que la misión de la mística está en unir perfectamente lo natural á lo sobrenatural.

Quien entienda la enseñanza de lo sobrenatural tal como nos fué dada por el Hijo de Dios, y tal como se nos inculca por el Cristianismo, debe reconocer que el llamamiento á la mística es inseparable de él. Únicamente se responde á lo que lo sobrenatural pide, esforzándose en formar el propio pensar según él, y hacerlo pasar perfectamente á la propia vida. Pues bien, esas dos labores constituyen la idea fundamental de la mística.

El verdadero concepto de lo sobrenatural consiste precisamente en creer que lo natural no se halla separado de lo sobrenatural por infranqueable abismo. Consiste en no rebajar, con el racionalismo, lo sobrenatural á una especie de natural más desarrollado, y, con el misticismo, en no hacer que desaparezca lo natural en lo sobrenatural, sino en reconocer, por una parte, la diferencia esencial de ambos órdenes, y, por otra, en no perder jamás de vista qué grandes deberes nos imponen la bajada de lo sobrenatural á nosotros y su penetración en nuestra naturaleza.

Tales deberes resúmense en una palabra: terminar mediante nuestros esfuerzos morales, sometiéndonos á lo sobrenatural, y apropiándonoslo, la obra comenzada por Dios en nosotros.

Pero la base sobre la cual debe cumplirse esa labor no está, gracias á Dios, abandonada al poder arbitrario de cada cual. Si así fuese, mejor haríamos en evitar el dominio de la mística. La suerte que han sufrido los mayores talentos de la humanidad, tan pronto como, siguiendo su propia inspiración, arriesgaron su vuelo en regiones imaginarias, recuérdanos numerosos ejemplos espantosos. Quien dé respecto de ellos simple ojeada, no podrá menos de re-

conocer que tales esfuerzos son cuando menos inmensos y peligrosos.

Mas la cuestión no está en eso. La verdadera mística descansa sobre terreno muy sólido, y se mueve con tal precaución y circunspección, que inspira desprecio á ciertos espíritus orgullosos, tan luego como ellos lo advierten. Su base, su carrera, su dirección, todo eso le es dado atendiendo al orden de salvación cristiano. De él es de donde debe sacar ella toda su fuerza, y según él debe ser juzgada.

Ese espiritualismo de farsa, que sueña tan sólo con un culto de Dios en espíritu, y que, por esta razón, desecha orgullosamente toda especie de prácticas y de oraciones exteriores, que muestra desdén por la Iglesia y desprecia sus medios de salvación como si fueran obstáculos al vuelo del espíritu, se extravió precisamente al abandonar ese terreno sólido.

Un medio seguro, por el cual nos enseñan los maestros de la mística á distinguir lo cierto de lo dudoso en ese terreno, [1] consiste precisamente en la confrontación con las doctrinas de la Iglesia, institución salvadora fundada por Jesucristo, y ver si se da ó no conformidad con ellas. [2]

Por lo tanto, la misión de la mística, lo mismo que su base, llévanos á Aquel que nos trajo lo sobrenatural, y que, con su institución salvadora, nos dió los medios para apropiárnosle.

Desde este punto de vista, la mística cristiana es única en su género. Cuando de palabras se trata, la mística estoica explicóse ciertamente con más orgullo, y la mistica platónica con más profundidad. Mas si pedimos un modelo vivo que pueda imitarse, y que, por lo tanto, como ideal que jamás es dado alcanzar, ofrece siempre nuevas perfecciones á los ojos del hombre más perfecto, no hay más que uno que reuna tales condiciones: Jesucristo, el hijo del hombre.

En él adoramos al mediador de nuestra salvación, al doctor y al guía que nos enseña el camino del cielo, el modelo según el cual podemos cumplir de perfecta manera la

(1) Véase más arriba, n. 2.—(2) Véase más abajo, conf. XIII y XIV.

unión entre lo natural y lo sobrenatural. Su persona es la expresión más elevada de la unión de la divinidad con la humanidad, y su vida santa es la realización más maravillosa de la humanidad transfigurada y de la santidad divina manifestándose bajo la envoltura de nuestra debilidad. No sería dado imaginar un progreso del espíritu, ni una perfección de los cuales Jesucristo no sea el más hermoso espejo.

Cuanto de Jesucristo se aparta, es sospechoso. Cuanto más la virtud y la justicia se acercan á su virtud y á su justicia, más verdadera es la mística. [1]

8. La mística es el Cristianismo en su más perfecta forma, comprendiéndolo todo, y calculado para todas las situaciones de la vida.—Según cuanto acabamos de decir, no es tan sólo la flor más elevada del pensamiento y de la vida cristiana, ni únicamente la manera más perfecta de cumplir la misión del Cristianismo, sino que abraza al Cristianismo entero, en su pleno desarrollo.

Luego nada de cuanto pertenece al orden de la salvación evita el dominio de la mística, ni las doctrinas de la fe, ni los más altos misterios, impenetrables para la inteligencia humana, ni las prácticas más pequeñas y más enfadosas. La eterna sublimidad de Dios en el seno de su propia vida, la encarnación y los sufrimientos de su Hijo, la obra del Espíritu Santo, la vida íntima de Dios, lo que hizo en favor nuestro, lo que sin él es el hombre y lo que mediante él puede ser, la gracia, los medios de salvación en la Iglesia, la más elevada contemplación y la más grande actividad, la miseria de los pecadores, la salvación de las almas, la recompensa eterna, en una palabra, cuanto forma parte del mundo de la fe, de la esperanza, de la caridad, es materia en que debe la mística ocuparse. [2]

Es que la mística viene en ayuda de las necesidades de todos los tiempos y de todos los hombres. Quieren muchos

(1) Véase más abajo, conf. XVI.
(2) Cf. Thomas a Iesu, *De contemplatio divina*, *Philippus a S. Trinitate*, *Theol. myst.*, II, y especialmente Alvarez a Paz, III, l. 3 y 4.

admitir de buen grado que es fuente de consuelo en ciertas ocasiones en que grandes desventuras exteriores abruman al pueblo cristiano, como por ejemplo, durante las persecuciones bajo los emperadores romanos, ó que puede ofrecer tranquilo refugio á ciertas personas que, ante las ruinas amontonadas por doquiera, quieren retirarse en el santuario interior de su alma, para trabajar allí en su santificación, como sucedió en aquella gran decadencia interior y exterior llamada el siglo XV. Pero, en otras circunstancias, para espíritus vigorosos, enérgicos, en épocas de actividad, es ella más bien obstáculo que ayuda.

Gran equivocación. El alma del Cristianismo, la piedad es útil á todos, [1] y en parte alguna se requiere mayor formalidad y decisión en la práctica de los principios cristianos, que allí en donde se hace necesario traducirlos en acto.

Quien pretende excluir la mística, es decir el Cristianismo en su entero desenvolvimiento, trátese de la vida práctica, trátese de la actividad moral privada, trátese de la actividad pública, trátese de la dirección de los asuntos de la Iglesia y de la participación en los asuntos profanos, ese haría mejor en decir francamente que quiere la separación del Cristianismo y del mundo. Pues el Cristianismo no puede darse por satisfecho con que se le otorgue un puesto en este último, con sólo la condición de obrar de incompleta manera, y de renunciar á una parte de las consecuencias que consigo lleva.

Por eso la mística concierne á todos cuantos quieren aceptar el Cristianismo entero. No que cada cual se vea obligado á ejecutar cuanto ella prescribe, pues requiérese igualmente entender en tal sentido las palabras: «Hay muchas mansiones en casa de mi Padre»; [2] mas cada cual puede instalarse en su mansión según sus deberes y su situación se lo permitan.

Pues bien, todas las mansiones forman una parte de la

(1) I Tim., IV, 8.
(2) Ioan., XIV, 2.

común casa paterna. Aquí no se hallan partidos, ni castas. Todos hijos son de un mismo padre, cada cual con sus dones y deberes particulares. Pero todos juntos trabajan en hacer la voluntad del mismo jefe de familia, y cada cual contribuye por su parte á amar á Dios y á favorecer la concordia entre los diversos miembros, para que la casa paterna sea hermosa y perfecta.

9. Cuidado referente á la salvación del alma como la más próxima tarea de la mística.—No pretendemos negar con lo dicho,—y esto para prevenir una objeción que pudiera hacérsenos,—que la mística propónese ante todo por objeto favorecer la salvación del individuo. Ahí está seguramente su fin primero y próximo. Es igualmente el del Cristianismo. [1] «He venido para que mis ovejas tengan vida y se hallen en la abundancia». [2]

Tenemos, pues, de boca del mismo Salvador que tales esfuerzos llenan ellos solos completamente el objeto de su venida, que tienden á desenvolver la vida activa en toda su plenitud, en otros términos, la mística.

Y si se nos objeta que se da, no obstante, gran diferencia según que se persiga ese fin al par de otras obligaciones, y como su término, ó que se la mire como su comienzo y su base, dícenos entonces nuevamente el Salvador: «¿De qué sirve al hombre ganar el universo, si al fin pierde su alma? [3] Buscad antes el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». [4]

Esto hace ver con evidencia que ninguna tendencia comprendió tan bien, ni tan bien puso en práctica las palabras del Redentor, como la mística, y eso precisamente porque ante todo ocúpase en la salvación del alma, de lo cual todo lo demás se deriva.

(1) Matth., XII, 26. I Petr., I, 9. Ep. Barnabae, 2, 10: 17, 1. I Ep. Clement. Rom., 7, 4, 7; 45, 1. Hermas, *Pastor*, *Visio*, 2, 2, 5: 3, 6, 1; *Mand.*, 12, 3, 6. Clementin, Recognit., 10, 2. Arnob., 2, 61. Tertull., *Apol.*, 46: *Christiani, qui de salute sua curant.*
(2) Ioan., X, 10.
(3) Matth., XVI, 26.
(4) Matth., VI, 33.

Pues bien, esto permítenos sacar tres conclusiones. La primera consiste en que la mística hízose para todos. La ciencia, la vida pública, la actividad desplegada en favor del bien común no son para todos, pero todos sin excepción deben cuidarse de la salvación de su alma.

Nadie puede por lo tanto sustraerse á los deberes de la mística. Quien lo hace descuida su propia salvación.

La segunda conclusión es que no se da condición, estado ú ocupación que autorice á nadie para decir que la mística no le concierne.

Aquel á quien el amor á la ciencia le lleve á descuidar su salvación, yerra el fin de su existencia; quien expone su alma sirviendo al Estado ó á un señor humano, compromete su salvación.

Duras palabras son para muchos. Pero son demasiado ciertas para ponerlas en duda.

La tercera conclusión, es que la mística se hace necesaria á quien pretenda practicar los deberes de su estado de suerte que tengan algún valor á los ojos de Dios, y contribuyan á su propia salvación eterna, en otros términos, á quien pretenda practicarlos de manera perfecta, no solamente desde el punto de vista natural, sino desde el punto de vista sobrenatural.

Cabe discutir este punto en el papel. Mas la vida real, que tiene exigencias más graves, habla como nosotros.

Nadie niega que también se den virtudes y buenas obras en el mundo; nadie ignora igualmente su valor. «Es asunto concluído entre las personas que hacen profesión de piedad, dice San Agustín, que no se da verdadera virtud sin piedad, y que la justicia que sirve únicamente al honor humano, no es verdadera virtud». [1]

Á nadie se le ocurre pretender que no se da ciencia sin fe y sin virtud; mas todo el mundo sabe que se da gran diferencia entre las ciencias. Hay la ciencia de la palabras, la ciencia de los números, la ciencia de los hechos; hay una ciencia sin objeto, una ciencia de las causas y de los efec-

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 5, 19; 19, 25.

tos, una ciencia muerta y una ciencia viva, sin hablar de la ciencia de los santos.

No examinaremos aquí qué especie de ciencia es la más perfecta, aquella para la cual tiene aptitud el mundo, y aquella para la cual no la tiene. Nos atendremos á estas palabras de San Agustín: «Que solamente la piedad y la pureza llevan á las cosas más elevadas». [1]

Igualmente, fuera injusticia y locura el negar que por todas partes encuéntranse honradez y fidelidad al deber. Mas nadie tampoco negará que hay murallas que la simple justicia humana no toma por asalto. El hombre expone su vida cuando se trata de apoderarse de una fortaleza. No obstante, hay dos plazas fuertes ante las cuales vacilará siempre, ó que por lo menos tratará siempre de flanquear, en vez de atacarlas de frente: son su propio honor y el respeto humano. No hay más que una sola fuerza que ayude á traspasar esos dos números: el temor de Dios fundado en la religión y en la verdad. [2]

El poder humano—dícese—produce grandes y muchas cosas. También nosotros pensamos así. Sin embargo, las palabras del Espíritu Santo siguen siempre siendo verdaderas: «Quien teme á Dios nada descuida». [3] «Temer á Dios,—dice Gregorio Magno—quiere decir no descuidar nada del bien que se debe cumplir». [4]

Pero si la piedad y la pureza del corazón, si el desasimiento de toda mira personal y el temor de Dios, si el desasimiento de sí mismo y el consagrarse sin límites á Dios, son condiciones preliminares de la virtud perfecta, y las fuerzas únicas capaces de vencer los mayores obstáculos que se oponen al cumplimiento de los deberes humanos, entonces nadie negará que la vida espiritual sea igualmente útil al mundo, y que aun, á veces, le sea indispensable.

(1) Augustin., *De moribus eccles.*, 2, 7, 10.
(2) Cf. Parte tercera, conf. XIV, 11.
(3) Eccli., VII, 19.
(4) Gregor. Magn., *Moral.*, 1, 3.

10. El establecimiento del reino de Dios por medio del hombre, como punto céntrico, es la más elevada tarea de la mística.—Nadie tema, pues, que la mística dañe á ciertos bienes, ó á ciertas aspiraciones legítimas de la humanidad. No, la mística nada empequeñece, ni la inteligencia, ni el corazón, ni la voluntad, ni la ciencia, ni la energía, ni la justicia, ni la caridad, ni la Iglesia, ni el Estado, ni la escuela, ni la familia.

Por el contrario, los pormenores resultan mejor cuidados y el conjunto mejor ajustado, no solamente desde el punto de vista del honor, sino desde el punto de vista de la conciencia, no solamente á los ojos de los hombres, sino á los ojos de Dios, no solamente desde el punto de vista del tiempo, sino desde el punto de vista de la eternidad.

Cada actividad terrena hácese por ese medio más sólida, y toda obra humana más duradera y más pura. Cada persona ocupa entonces mejor el puesto que la Divina Providencia le asignó; tolera, gobierna y favorece pacíficamente á quienes le rodean, y todos trabajan de concierto para alcanzar el fin común más elevado, y el establecimiento de un gran reino de Dios.

Únicamente cuando la mística logre el puesto que le es debido, se cumplirán los sublimes designios que Dios tuvo al crear el mundo, y al salvarle por medio de su Hijo. Entonces, cielo y tierra, lo natural y lo sobrenatural, lo divino y lo humano, formarán un solo todo, á saber, el verdadero reino de Dios entre los hombres.

Como es muy natural, el centro de ese reino es Dios, en su calidad de Señor y de rey. El hombre, no obstante, puede también hacerse punto central del reino de Dios, en cuanto es su artífice y su administrador, en cuanto es representante de Dios, su confidente y ejecutor de sus planes.

La mística facilita la inteligencia de los pensamientos de Dios; ayuda á ejecutar sus más grandes planes; contribuye á la más sublime elevación del hombre; hace de él instrumento y centro de los actos de Dios; resuelve la obra que le

trae ocupado siglos ha, la unión de lo de acá y de lo de allá, de lo temporal y de lo eterno.

¿No basta esto para invitar, á quienes sean capaces de grandes pensamientos y de serias acciones, á que dirijan su atención sobre la mística?

SEGUNDA PARTE

LA VIDA ESPIRITUAL

CONFERENCIA VI

ABANDONO DEL ESPÍRITU DEL MUNDO

1. La obra de la separación de los elementos hízose en el comienzo de la Creación por medio de violentos combates.—«En el principio, creó Dios el cielo y la tierra. Pero la tierra hallábase informe y desnuda, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. Y Dios dijo: «Sea la luz». Y fué la luz. Y vió Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas.

Dijo también Dios: «Sea firmamento entre las aguas, y separe aguas de aguas». Y Dios hizo el firmamento, y separó las aguas que estaban bajo el firmamento de las que estaban sobre él.

En seguida Dios dijo: «Que las aguas que están bajo el cielo se junten en un sólo lugar, y que la parte árida aparezca». Y así fué hecho. «Y Dios llamó á la parte árida tierra, y al conjunto de las aguas, llamóles mares». [1]

Solamente entonces fué cuando Dios creó la hierba y los árboles que dan fruto, con todo lo que vive y respira sobre la tierra, y en fin, todo cuanto sirve para solazar su corazón, lo mismo que el corazón del hombre.

Crear, separar, ornar, tal es la triple marcha seguida por Dios en la Creación.

Palabras cortas, pero llenas de sentido. La Creación

(1) Genes., I, 1 y sig.

trae ocupado siglos ha, la unión de lo de acá y de lo de allá, de lo temporal y de lo eterno.

¿No basta esto para invitar, á quienes sean capaces de grandes pensamientos y de serias acciones, á que dirijan su atención sobre la mística?

SEGUNDA PARTE

LA VIDA ESPIRITUAL

CONFERENCIA VI

ABANDONO DEL ESPÍRITU DEL MUNDO

1. La obra de la separación de los elementos hízose en el comienzo de la Creación por medio de violentos combates.—«En el principio, creó Dios el cielo y la tierra. Pero la tierra hallábase informe y desnuda, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas. Y Dios dijo: «Sea la luz». Y fué la luz. Y vió Dios que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas.

Dijo también Dios: «Sea firmamento entre las aguas, y separe aguas de aguas». Y Dios hizo el firmamento, y separó las aguas que estaban bajo el firmamento de las que estaban sobre él.

En seguida Dios dijo: «Que las aguas que están bajo el cielo se junten en un sólo lugar, y que la parte árida aparezca». Y así fué hecho. «Y Dios llamó á la parte árida tierra, y al conjunto de las aguas, llamóles mares». (1)

Solamente entonces fué cuando Dios creó la hierba y los árboles que dan fruto, con todo lo que vive y respira sobre la tierra, y en fin, todo cuanto sirve para solazar su corazón, lo mismo que el corazón del hombre.

Crear, separar, ornar, tal es la triple marcha seguida por Dios en la Creación.

Palabras cortas, pero llenas de sentido. La Creación

(1) Genes., I, 1 y sig.

ocurrió súbitamente. [1] Mas la obra de la separación no fué así, y menos todavía la de la ornamentación, que todavía dura.

¡Quién podrá decir cuáles fueron las transformaciones y las tempestades ocurridas para separar la humedad y la aridez, la luz y las tinieblas, el calor y el frío! Sobre las paredes estriadas y pulidas de las rocas graníticas, sobre los bloques erráticos que han atravesado tierras y mares, sobre las capas de basalto recortadas, podemos leer algunas líneas de esa epopeya grandiosa. Mas, por esos pocos fragmentos medio descifrados, distamos mucho de formarnos idea exacta de esas luchas terribles que resumimos en esta breve expresión: formación de la tierra.

2. El camino de la santidad es camino de separación, de lucha y de purificación.—Lo mismo acontece en la vida de los santos. Con frecuencia, lo que acerca de ellos leemos, es muy poco, en ocasiones, hasta extremadamente lacónico, principalmente acerca de los tiempos más lejanos. Mas detrás de esas enseñanzas asombrosamente sencillas, hay un océano preñado de tempestades, de luchas y de monstruos amenazadores.

Fijémonos, por ejemplo, en San Pablo. Leemos primeramente respecto á él, algo que se refiere á Saulo, después súbitamente, vemos á Saulo convertido en Pablo. ¿Qué ha pasado en ese intervalo? ¿Qué luchas tuvo que sostener hasta el momento en que se obró esa transformación en él? El día postrero solamente nos lo dirá.

Mucho nos engañamos, con daño nuestro, si creemos que fué fácil á los santos alejar de sus venas la sangre corrompida de Adán, apartarse del mundo interior y exterior, y abrirse camino hasta la vida eterna. Nos imaginamos que los santos fuéronlo desde su nacimiento, ó que ganaron el puesto que en el cielo ocupan, sin pasar trabajo, á lo sumo, haciendo algunos milagros por vía de pasatiempo.

¡Mas no! el mismo San Pablo dice con tristeza: «Des-

(1) Thomas, 1, q. 74, a. 1, ad 1.

graciado de mí! ¿Quién me libertará de este cuerpo mortal?» [1] Él mismo no se vió exento de esa lucha ruda, que «penetra hasta la sutura del alma y del espíritu, hasta las junturas y la médula». [2] ¡Con cuánta mayor razón á otro santo no le será dado perfeccionarse sin luchas y sin purificación!

No á un entretenimiento, sino á seria labor invitó Dios á todos, lo mismo á los santos ya perfectos que á nosotros, que luchamos por adquirir la perfección. Enviónos á todos al trabajo de la vida con esta recomendación: «Sabe distinguir lo precioso de lo vil, [3] hasta que tu vida se torne de mayor precio que el oro purificado por el fuego». [4]

Tal es el camino por donde los santos hanse perfeccionado, unos al comienzo, otros al fin, la mayor parte durante el curso entero de su vida. Todos hanse hecho santos «á la manera que la plata se prueba por el fuego, y el oro en el crisol». [5]

3. La naturaleza del hombre pide gran formalidad por nuestra parte.—¡Y esperamos que todo eso se haga por sí solo para nosotros! Cruzámonos de brazos diciéndonos: «que un poco en el hueco de la mano vale más descansadamente, que llenas ambas manos con trabajo y aflicción de espíritu!» [6] Tomamos tan poco á pechos el ejemplo de los santos, que esperamos lograr cómodamente lo que lograron ellos á costa de los más penosos esfuerzos!

Sí, tenemos para nuestro uso personal una ascética *sui generis*, que casi pudiera llamarse la filosofía de la vida cómoda y de la gente honrada. Hemos trabado ya con ella conocimiento, considerándola como falsa interpretación de la doctrina del justo medio. [7]

«Dícese que nada debe exagerarse. En fuerza de aguzar,

(1) Rom., VII, 24.
(2) Hebr., IV, 12.
(3) Jer., XV, 19.
(4) I Petr., I, 7.
(5) Prov., XVII, 3.
(6) Eccli., IV, 5, 6.
(7) Parte I, Conf. XV.

acábase por mellar. Quien mucho abarca, poco aprieta. Amor arrebatado, es fuerza que dura poco. El que más alto sube, mayor caída sufre. Proceder con moderación, dejar que el tiempo haga su obra, y saber esperar, he ahí lo que con seguridad nos lleva al término. Es inútil tentar lo imposible. La vida no es un libro. Pueden estamparse muchos principios sobre el papel, y aun desde este punto de vista, algunos vigilantes imprudentes van casi siempre sobrado lejos. Mas en la práctica, no deben tomarse las cosas tan á la letra. Por ese camino no se llega á ninguna parte».

¡Cuán ricos é inventores son esos apóstoles de la prudencia de la carne, tratándose de bellos principios, para demostrarse á sí propios que las cosas van lo mismo sin que haya necesidad de desplegar toda la formalidad de que es uno capaz! ¡Si tan sólo fueran en realidad! Mas ellos mismos son la mejor prueba de que no van.

Con bastante frecuencia, recuérdaseles que la mediocridad no lleva á parte alguna. Trabajo perdido. «Siempre exageráis;—dicen—dejadnos, pues, en paz con vuestro pesimismo. Conocemos bien nuestro deber. Queremos igualmente lo mejor. Nosotros también tenemos la inteligencia, la gracia y el Espíritu Santo. ¿Solamente vosotros pretendéis, pues, ser más prudentes y mejores que los demás?»

Y luego, por último, un fracaso. Entonces, admiraciones interminables. «Es cosa curiosa. Yo tenía, sin embargo, buenas intenciones. Pero nada cabe hacer contra la fatalidad. No hay duda de que todo se ha conjurado contra nosotros. Inclinémonos bajo la mano de Dios. Lo que Dios hace, bien hecho está».

Así, pues, Dios, el *fatum* pagano y Satanás, deben ser los responsables de todo lo que debiera casi siempre atribuirse á falta de formalidad en nosotros.

Mas, quien conozca la naturaleza humana, no se asombrará de ver que las cosas no andan mejor.

Ya el antiguo sabio decía: «Pasé por el campo del perezoso y por la viña del insensato, y ví que todo ello estaba lleno de ortigas, que las espinas cubrían toda su superficie, y que el muro de piedra que lo rodeaba yacía por el suelo». [1]

Desde Adán, todos llevamos copiosos gérmenes malos en nuestra naturaleza. Aun entre los santos, tales gérmenes han crecido y dado malas hierbas, por cuidado que pusiesen para desentenderse de ello. ¿Qué será, pues, entonces lo que pase en nosotros, si nada hacemos contra esa invasión, ó si, á lo sumo, arrancamos de vez en cuando los tallos que dominan lo demás?

¡No, no! Llevamos en nosotros sobrados peligros para no comprender las palabras: «El reino del cielo sufre violencia, y solamente los violentos hácense dueños de él». [2] El estado de nuestra corrompida naturaleza no nos deja estar en paz con nosotros mismos, y querer, no obstante, lograr el fin.

Y aun cuando nuestra naturaleza se viese tan intacta como en el día en que salió de manos del Creador, costaríanos trabajo el conservarla y perfeccionarla. De esta suerte, difícil se nos haría cumplir nuestra misión. Quien pretenda elevarse, debe tener aspiraciones elevadas. Pues bien, el fin del hombre es lo más elevado que hay, puesto que es el mismo Dios.

No se exige á cada uno que logre ese fin de la manera más perfecta posible. Mas lo que á todos se pide es que traten de alcanzar la perfección según su capacidad y su situación.

No hace falta que sean todos artistas. Á quien carece de medios y de tiempo, pídesele únicamente que sea obrero laborioso, seguro. Pues bien, para llegar á eso, necesario es ya imponerse algún trabajo.

Muchos, sin embargo, tienen disposiciones, y, por el hecho mismo, también el deber de alcanzar más alta perfección. Aquellos á quienes su condición destina á ser artistas, no

(1) Prov., XXIV, 30, 31.
(2) Matth., XI, 12.

cumplen su fin, si no se levantan más allá que el mero artesano. Á esos aplícase lo que una gran Santa, Clara de la Cruz, acostumbraba á decir á sus religiosas: «Para nosotras, la perfección es inseparable de la salvación de nuestra alma. Hacer todos esos esfuerzos para llegar á lo que se tacha de exageración, no significa más entre nosotras, que trabajar formalmente en nuestra salvación». [1]

4. El espíritu mundano pide completa ruptura con él.—Esto solo, haría ya difícil nuestra empresa, la tendencia hacia la perfección, y nos impondría grandes luchas; esto solo haría ya que emprendiéramos la lucha contra nosotros mismos. El que una sola vez haya puesto mano seriamente en sí mismo, sabe lo que significa esto.

Pero nadie depende únicamente de sí mismo, sino que mil lazos nos unen á todos al mundo, el cual nos rodea por todas partes. Y aun cada uno de nosotros es una parte del mundo. De aquí que no necesitemos un examen muy profundo para saber lo que significa el mundo, lo que quiere decir el hecho de que pertenezcamos al mundo, que el mundo es una parte de nosotros, y que estamos bajo la influencia del mundo.

Muchos se escandalizan de estas palabras, creyendo que encierran una injusticia contra nuestros prójimos. Y cuando uno se apoya en las palabras del Señor y de sus Apóstoles, contestan que éstas se referían tan sólo al mundo pagano de aquel tiempo. Esto apenas necesita contestación. Si nosotros somos una parte del mundo, y si el mundo se compone absolutamente de partes como nosotros, todo está dicho. Sabemos de sobras qué gérmenes para el mal y qué obstáculos para el bien encontramos en nosotros. Todo esto, repetido millares y millones de veces, y aumentado por la cooperacion de un mismo espíritu para su realización en masa, y para su estabilidad y para su difusión contagiosa, esto es el mundo según el más sencillo concepto psicológico. Hasta no queremos tener en

(1) *Leben der heil. Clara vom Kreuze (von Montefalcone).* Regensburg, 1882, 79.

cuenta la multitud de los malos de veras, ni los miles que intencionalmente impiden el bien, los cuales, con malicia infernal, propagan el mal. Basta, como ya se ha dicho, que tomemos la medida del mal de nosotros mismos, para comprender qué obstáculos y peligros se encuentran en el mundo.

Lejos de nosotros seguramente el pensamiento de hablar del mundo en esos términos desdeñosos y burlones, con los cuales espíritus orgullosos y malhumorados acostumbran á juzgarle, como, por ejemplo, los cínicos y los estoicos, en la época de decadencia de Grecia, los satíricos del período imperial de Roma, los jansenistas, los pesimistas, los budistas de los tiempos antiguos y de los tiempos modernos. ¡No! el mundo no se halla tan degradado como lo pintan esos implacables censores.

Mas, aun cuando no le creamos peor de lo que verdaderamente es, su malicia ¿no es, sin embargo, bastante grande?

No un fraile fanático,—como gustan decir—sino uno de los más grandes escritores de Roma, Tácito, es quien dijo esta famosa frase: «Corromper y ceder á la corrupción, eso llámase el mundo». [1]

No es un ermitaño quien, viviendo apartado del mundo, al cual no conoce, se forma respecto de él ideas equivocadas, sino que es uno de los más grandes conocedores del mundo y de los hombres, Shakespeare, quien dice de él: «¡Oh Dios! ¡oh Dios! ¡Cuán fastidiosos, insípidos y vanos me parecen todos los goces de este mundo! ¡Oh Dios! ¡cuánto es mi desdén por él y cuanto me cansa! No es más que campo agreste y degenerado sin cultivo; cúbrese tan sólo de frutos amargos y de grosera y salvaje naturaleza». [2]

¿Cómo alguien que no tenga intención de seducir ó de dejarse seducir, cómo una inteligencia recta y un corazón no corrompido pueden ser partidarios del mundo?

Desde los antiguos tiempos, el principio confirmado por

(1) Tacitus, *Germania*, XIX.
(2) Shakesp., *Hamlet*, I, 2.

el Apóstol: «Las malas compañías corrompen las buenas costumbres», [1] no ha dejado de ser verdadero.

Por esa razón, los hombres más viriles y los más santos han evitado las relaciones con el mundo. Temen no poder vivir en su seno sin verse contaminados por la atmósfera de disimulo, de engaño, de mentira, de orgullo, de sensualidad y de molicie que le rodea. Necesario fuera que uno se creyese más fuerte que esos héroes ó más santo que los Santos, ó bien fuera preciso que él mismo se hallase ya contaminado, si se imaginara poder prescindir de las mismas medidas de precaución.

Y el proverbio dice á su vez que «la ingratitud es la recompensa que da el mundo». Por esa razón, el simple honor pide ya que se vuelva la espalda á él, que traidoramente abandona, y con la burla en los labios, á quien fielmente le sigue y le sacrifica todo.

La necesidad de ennoblecer la propia inteligencia y de emplear útilmente un tiempo precioso, impone también, además, á cada cual, el deber de huir de una sociedad que derrocha la vida en diversiones fútiles y en placeres enervantes.

Sí, para quien ama la vida, es mera prudencia huir el trato devorador del mundo, de igual suerte que sus placeres, que con frecuencia acaban de terrible modo, con incendios de teatros, duelos, hundimientos de salones de fiestas, luchas en las calles, bombas y la intervención de la policía. Vaya quien quiera, porque libre es cada cual. Mas, ciertamente, nadie tiene necesidad de avergonzarse para declarar públicamente que tal proceder no es de su agrado.

(1) El Apóstol cita el senario «φθείρουσιν ἤθη χρηστὰ ὁμιλίαι κακαί» (1 Cor., XV, 33), sin decir de quien es. Clemente de Alejandría lo cita como una «sentencia poética» (ἡ ποιητικὴ λέγει, *Pædag.*, 2, 6, 50; ἰαμβείῳ τραγικῷ, *Strom.*, 1, 14, 59). Tertullian (*Ad uxorem.* 1, 8), lo llama «versiculi sanctificati per apostolum» y da de él esta traducción poética: «Bonos corrumpunt mores congressus mali». S. Jerom. (In Tit., I, 12; in Gal., IV, 24; Ep. ad Magn., 70 [al. 80, 83], n. 2 [Migne, 22, 665], lo atribuye á Menandro, *Thais*, 2.ª ed., Didot, 1877, p. 21). Socrates (*Hist. eccl.*, 3, 16), y Nicéforo (*Hist. eccl.*, 10, 26), citan el verso como de Eurípides (Eurip. Fragm., ed. Wagner, n.º 962, p. 847). Erasmo (*Adagia*, ed. 1643, p. 517) le da otra forma: «κακοῖς ὁμιλῶν κ᾽ αὐτὸς ἐκβήσῃ κακός». Se le encuentra en prosa en Aristot., *Eth.*, 9, 12, 3.

5. El espíritu de la época oblíganos á escoger entre aspirar á la perfección ó ser arrollados por la corriente.—Pues bien, lo que acabamos de decir, encuentra hoy más que nunca su aplicación.

En otras épocas, el mundo velaba su verdadero carácter bajo ciertas apariencias de honradez y de sinceridad. Actualmente, ni siquiera mira eso como necesario. Arroja cada vez más el antifaz, y ofrece sus planes á la luz del día. ¿Á dónde, pues, iremos? ¿Á dónde llevaremos las almas que guardan su inocencia, sin que tengamos que temer por ellas y por nosotros los mayores peligros? No se da mostruario, cartel, periódico, hoja de papel para envolver, ni caja de fósforos en los cuales no se hallen figuras nocivas. Hasta parece que no se pueda tan siquiera frecuentar un paseo público, si quiere uno guardar puro su corazón.

Las frases brillantes de nuestra vida pública, es decir, las esferas sociales llamadas distinguidas, ocultan á veces una decadencia y una corrupción de costumbres, que traen á la memoria los tiempos de los Césares, la época del Renacimiento y la de Luís XV. Los periódicos ofrécennos reseñas de bailes de máscaras, en donde sus héroes aparecen con trajes provocativos, fiestas náuticas de peor género aún, representaciones en los hipódromos, en donde personas de la clase más elevada, caballeros y damas, representan papeles arriesgados á más no poder, y eso en medio de los aplausos de personas de más edad y de la misma categoría. Luego, si por casualidad ocurre que tales personas dejan por un momento esas malas diversiones, sustitúyense con exposiciones de perros, de productos culinarios, de bebés, con alguna fiesta de patinación ó de flores, por una lucha de gallos, una corrida, un baile dado á continuación de un incendio ó de una inundación, para volver inmediatamente á su propio terreno con una exposición de belleza.

He ahí las diversiones de esas clases distinguidas, que orgullosamente apellídanse la *sociedad*, y que reivindican para sí solas el título de clases instruídas, de esas clases que se niegan actualmente á ir á la iglesia, para no dar señales de ignorancia visitando esos *teatros de labriegos*, como ellos dicen en su impío lenguaje.

¿Tenemos necesidad, pues, de hablar de las oscuridades de la vida actual, en donde se agita el desecho de la humanidad? ¿Acaso, en sus tinieblas, pueden ocultar algo peor que lo que muestran en plena luz? ¿Haránse cargos á un espíritu formal, si se aparta de semejante mundo? ¿O más bien, no se harán á quien mire por su honor, por no apartarse?

Seguramente, ningún hombre honrado puede mantener relaciones con una sociedad cuyas intenciones un escritor moderno resume en estos repugnantes términos: «Son ridículas, no solamente las promesas de fidelidad conyugal sino también la lealtad política; ridículas las personas piadosas, los autores religiosos, los teólogos de oficio; ridículo quien se ocupe en asuntos de moral; ridículo un médico viejo que cree en la virtud del género humano, y particularmente en la de las mujeres; ridículas las expresiones de amor divino y de intereses de Dios». [1]

Un mundo en nombre del cual alguien se atreva á decir impunemente semejantes abominaciones, ha sin duda alguna renegado de todo cuanto se llama Dios, fe y costumbres. [2]

Luís Eckardt llegó hasta decir á los alemanes, cuyo carácter, no obstante, impone todavía cierto temor, que «los únicos templos que todavía tienen razón de ser visitados por

(1) Bodichon, *De l'humanité*, II, 220 y sig.

(2) Y aun peor habla Nordau en su libro detestable *Las mentiras convencionales de la humanidad culta*. En él se trata todo lo sublime y noble sencillamente como especulación calculada en la estupidez de los hombres, ó como ciega repetición de mentiras sobre la religión, el matrimonio, la castidad, el amor, la justicia, la cultura. El que lea esta obra inconsideradamente, ó creyendo lo que dice, no sólo se cansará de la verdad y de lo bueno, sino que sentirá deseo de ello. ¡Y ante mis ojos tengo la 18.ª edición con la observación de 52 y 53.000 ejemplares!

los hombres, son los teatros». Strauss pretendía reemplazar todo el culto divino en su patria por óperas y sinfonías de Beethoven.

Mas esto es muy poco en cotejo con lo que hacen otros pueblos más atrevidos. En Francia, se llegó hasta prohibir á la juventud las obras de Víctor Hugo, temiendo que al ver allí estampado el nombre de Dios, y considerada la limosna como la mejor oración, la generación formada en la escuela de Voltaire no vaya á dar en la superstición y el clericalismo, y que, de esa suerte, las mejores perspectivas de los revolucionarios resulten aniquiladas. Con tal objeto, el ciudadano Giedroye publicó un libro para las escuelas, en el cual la palabra *Dios* aparece suprimida hasta en las citas de los clásicos paganos. [1]

En Italia, José Carducci hízose, por un himno á Satanás, el poeta más popular y jefe de una escuela muy activa. [2] Cossa, cuyo odio á Jesucristo no tenía límites, no deseaba más que una cosa; ver restablecido en el Capitolio el culto público de Júpiter Stator. [3]

Todos esos hombres, y cuantos conocen los trabajos del espíritu de la época, ¿no deben considerar como extraña ocurrencia de sabio alemán las investigaciones de Strauss, para darse cuenta de si el mundo es todavía cristiano? Ni siquiera es pagano. De tal suerte rompió con la religión, y no tan sólo con la religión sobrenatural, sino con la religión natural, que todo cuanto se halla en contradicción con la razón, la conciencia, la verdad, la honradez, paréceles bien, con tal que sirva para desarraigar del corazón los últimos recuerdos religiosos. [4]

Es absolutamente necesario conocer ese estado de cosas; de otra suerte, sufrimos siempre ilusiones con antiguas fórmulas como éstas: las cosas no son tan malas como se dice; no se debe condenar al mundo en montón, no se le

(1) Drumont, *La France juive*, (3), II, 329.

(2) *Allgemeine Zeitung*, 1881, n.º 322, p. 4739.

(3) Cf. Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 149 y sig.

(4) *Ibid.*, 30 y sig., 94 y sig., 101 y sig., 120 y sig., 387 y sig., 442 y sig.

debe zaherir; él busca también la verdad, aunque sea por otros medios; désele tiempo, ténganse en cuenta sus esfuerzos y se acabará por conquistarle. (1)

¡Pero no! nada hay que ganar, nada que esperar. Por el contrario, todo resultará perder. Aquí, no se trata de extraviados, sino de revoltosos. Como Herodes, buscan la verdad, no para adorarla, sino para asesinarla. Trátase de sublevados contra la luz. (2) Evítanla de intento. (3) Dicen á Dios: «Retírate de nosotros, no queremos conocer tus caminos. ¿Qué clase de señor es, pues, para que mande que se le sirva?» (4) De nada sirve negociar con tales enemigos. No se les gana cediendo siempre y poniéndoles buena cara. Quien con ellos no procede con decisión, expónese á hacer traición á la causa de Dios y á perderse á sí mismo.

Para eso, no se requiere hacer como Samuel y Elías, sacar la espada y despedazarlos. Danse espadas más cortantes que la del guerrero; son la espada de la palabra, de la pluma y del celo. Estas convienen mejor á los servidores de Dios. Así, sería medio á veces muy cómodo proceder como los hijos del trueno, llamar de cualquier modo el fuego del cielo sobre los enemigos, ó rogar á Dios que los arrebate del mundo, para que no cometan más numerosos males.

Nosotros, cristianos, tenemos mucho mejores armas, las saetas ardientes de la oración, que no aniquilan por entero á aquellos á quienes hieren, pero que alcanzan á los enemigos de Dios en el corazón, para enternecerle y tornarle enteramente abrasado por él.

Aquél que, ante tan formidables masas, que van contra el reino de Dios con el deseo de arruinarlo, alguna vez hasta con la idea de prestar favor á Dios mismo, no sostiene vigorosamente sus armas, resuelto á morir antes que

(1) Weiss, *Ibid.*, 376 y sig.
(2) Job, XXIV, 13.
(3) Job, XXXIV, 27.
(4) Job, XXI, 14, 15; XXII, 17.

descansar, ni siquiera un solo día, no merece llamarse soldado de Dios.

Aquí no se trata de replegarse sobre sí mismo, y vivir en estoica quietud. Aquél que ahora descansa, aquél que deja que las cosas sigan su camino, aquél que hasta teme que se acentúe el contraste entre lo profano y lo divino; aquél cuya única preocupación consiste en no exponerse demasiado al peligro, en no cansarse demasiado, á ése bástale golpearse el pecho, si se cree de él que no toma las cosas con formalidad, que se halla en connivencia con los enemigos de Dios, y que no comprende la época, ni sus exigencias.

Todas esas estériles lamentaciones tocante á lo triste de los tiempos, toda esa secreta cólera contra la corrupción de los hombres, todos esos cobardes lamentos acerca del poder de Satanás, son pura niñería.

En una situación como la nuestra, no basta contar sólo con la fe, y consolarse con la esperanza de que todavía Dios vive, y que no abandonará á su Iglesia. En nuestros días aún, las palabras del profeta tienen aplicación: «Maldito aquél que hace la obra del Señor con torcidas intenciones; maldito aquél que guarda su espada, y que la impide el derramar sangre». (1)

No se trata de la sangre de los enemigos, sino de la propia. «No habéis luchado aún hasta derramar vuestra sangre»—(2) dice el Apóstol.—Y esa censura alcánzanos más que á los cristianos á quienes se dirigía.

Tal es la misión que predican el Espíritu de Dios, y el de nuestros tiempos. Aquí tienen aplicación estas hermosas palabras:

«Si tiemblas al ver tus interiores miserias; ante los vanos entretenimientos del mundo; si algo sientes parecido á las angustias de la muerte, pelea entonces enérgica, virilmente, hasta que en ti hayas aniquilado el espíritu de mentira y cobardía, que te estrecha». (3)

(1) Jer., XLVIII, 10.
(2) Hebr., XII, 4.
(3) Según Jul. Mosen, *Gedichte*, p. 9.

Sí, he ahí lo que los tiempos piden á cada uno de nosotros.

Alguien puede contestar: «No se escribir; no se hablar». Mas nadie puede decir: «No puedo separarme formalmente del espíritu del mundo, de la labor de la época». El espíritu de los tiempos clama justamente, á quien quiera comprenderlos, estas formales palabras: «Haz por lo menos lo que de ti depende. Necesitas luchar contra el mal, aun cuando hubieras de perder, no sólo tu sangre, sino también tu vida, y tu posición y los favores de que disfrutas. Sin eso, todo está concluído para ti».

Debiéramos tener como muy honroso para nuestra época, el presentarnos la mediocridad tan difícil, y ponernos, digámoslo así, en la doble alternativa, ó de aspirar al más elevado fin de la perfección cristiana, ó dejarnos arrastrar y sepultar por el torrente del mal.

6. Los deberes que la época impone al cristiano son tres: la huída del mundo, recogerse en sí mismo y elevarse á Dios.—Por esa razón, de nuevo, y más oportunamente que nunca, oímos resonar en nuestros oídos este llamamiento: «Salid de donde estáis; no toquéis á lo que es impuro». [1]

Esas palabras tienen, es verdad, aplicación en todos los tiempos. Ni siquiera se necesita de la luz del Cristianismo para comprender que es necesario separarse de los procederes del mundo, si no queremos hacernos partidarios suyos, ó sus víctimas. Ya Platón dijo: «Difícil es cruzar este mundo, sin sentir las acometidas de su corrupción. Pues, de una parte, hace todo género de aterradoras amenazas á quien con él no va, y de otra, es fuente de peligros todavía mucho mayores con sus adulaciones, sus placeres, sus dones, por medio de los cuales explota,—y desgraciadamente pocas veces en vano,—el poder del orgullo, de la sensualidad y de la avaricia. Aun almas graves fácilmente sucumben á sus atractivos». [2]

(1) Jerem., LII, 11. II Cor., VI, 17.
(2) Plato, *Rep.*, 6, p. 491, a y sig.

«Por eso—concluye él—quien quiere salvarse no tiene otra cosa que hacer sino proceder como si se hallase en medio de una manada de bestias feroces, ó de violenta tempestad. Resistir á las bestias ávidas de sangre, no puede. Entonces trata de huir en cuanto la ocasión se le ofrece. En cuanto á la tempestad, por adelantado sabe que no puede afrontarla. Entonces, abrígase al pie de muro protector y déjala pasar. De esta suerte, mantiénese seco y limpio, mientras los otros que no supieron guarecerse, resultan enteramente manchados de lodo». [1]

El Espíritu de Dios aconseja á los suyos que tomen en caso de peligro esa medida de precaución ya sugerida por la simple razón natural: «Huíd de Babilonia, y que cada cual de vosotros no piense sino en salvar su vida; no calléis su iniquidad». [2] Y el Salvador dice igualmente: «Que los que están en el llano huyan á los montes; y que aquél que se halla en el tejado no baje para coger lo que tiene en casa; y que aquél que se halla en el campo no vuelva para coger su vestido». [3]

Según este precepto es como han obrado los que supieron interpretar las señales de los tiempos, siempre que la corrupción moral y el relajamiento de los lazos de todo género anunciaban la proximidad de una catástrofe.

Las últimas sacudidas del mundo pagano en su agonía, en tiempos de Decio y Diocleciano, las tempestades de las invasiones bárbaras bajo las cuales cayó la antigüedad hecha ruinas, los tristes tiempos que siguieron al hundimiento de la monarquía carlovingia, las discusiones del siglo XV, que prepararon la Reforma, y el desencadenamiento de las más bárbaras pasiones, que fué su consecuencia inmediata, he ahí también las grandes épocas de la historia de la Iglesia, que han producido el mayor número de ermitaños, de monjes, de igual suerte que los más grandes santos, los más grandes reformadores y los más grandes místicos.

(1) Plato, *Rep.*, 6, p. 495, d. e.—(2) Jer., LI, 6.
(3) Matth., XXIV, 16 y sig.

Pues bueno, hace bien un siglo que esa ley de la vida cristiana ha dejado de cumplirse. Sin embargo, quizá no se dió época en que su cumplimiento haya sido tan necesario como al presente.

Nos asimos á un mundo que sin cesar huye ante nosotros, como si temiera mancharse tocándonos. Recházanos, y, no obstante, unímonos á él. ¿No comprendemos, pues, nuestra situación? ¿No queremos, pues, dejarnos explicar el tiempo por el tiempo mismo? Por doquiera muéstrasenos la salida. Cada cual confínanos en el desierto, en el santuario secreto de nuestro corazón, y á pesar de eso, no queremos entender esa enseñanza. Decimos constantemente que necesitamos ir con la época, pensar en conformidad con los tiempos, tener en cuenta las necesidades actuales.

Seguramente, ahí está el más grave de todos los deberes que la época nos impone. ¿Pero eso llámase ir con los tiempos, cuando nos postramos ante ellos en el fango, para dejarlos soberbiamente pasar sobre nosotros, cuando nos cosemos á su manchada veste, mendigando sus favores y algunos mendrugos de pan que desdeñosamente nos arroja?

¿Acaso no llegaremos más bien á comprender la época, si nos situamos en un punto de vista elevado, lejos del tumulto del mundo, y si, tranquilos espectadores, dejamos pasar ante nosotros el bárbaro cortejo, en vez de mezclarnos con él, y de sucumbir á la embriaguez por él producida? Ó bien, ¿queremos esperar nuevos profetas y que vuelva el mismo Jesucristo, para formar exacto juicio acerca de los tiempos en que vivimos? ¿Necesitamos profetas para eso? ¿Acaso quien tiene entendimiento y conciencia no es, en tal sentido, bastante profeta él mismo? ¿No dijo Dios á cuantos tienen ojos: «Hijo del hombre, te encargué que velases por la casa de Israel; yo mismo te hablaré y tú les trasmitirás estas palabras?» [1]

¿Por qué, pues, trabajamos tan poco en esa tarea? ¿Por qué no decimos también: «Vigilo para el Señor durante el

(1) Ezech., III, 17.

día, y toda la noche sigo vigilando?» Y si por acaso no confiamos en lo que la voz del Señor, nuestra inteligencia y nuestra conciencia, nos dicen, entonces ¿por qué no creemos á los que entienden mejor esa voz? ¿Por qué no prestamos atención á lo que nos hablan los acontecimientos?

Por doquiera vemos incendios. El horizonte arde y amenaza con tempestades. Retumba el trueno; tiembla el suelo bajo nuestros pies. En el gran reloj del tiempo, la mano avanza, avanza siempre. Siéntense ya bajar sus pesas, su martillo apréstase á dar esa hora terrible, ante el pensamiento de la cual tiembla el mundo entero lleno de ansiedad. Viene luego una espera misericordiosa, después aún otra vez resuena la advertencia: «Cuando esas cosas empiecen á suceder, erguíos y levantad la cabeza». [1]

¿Acaso no basta eso para instruirnos? Nosotros que de todo sabemos hablar y discutir acerca de todo, ¿queremos que el Señor nos dirija este cargo: «Sabéis discernir los aspectos del cielo, y no sabéis entender las señales de los tiempos?» [2]

Mereceríamos, efectivamente, esa censura, si no comprendiésemos que esas señales piden de nosotros tres cosas: separarnos del mundo, entrar en nosotros mismos y renovarnos mediante completa conversión á Dios. Esos tres puntos son el deber más indispensable y más apremiante que la época nos impone.

Nosotros decimos también, y de la más expresa manera, que debemos tener en cuenta las necesidades de la época. Hemos dicho ya, y lo repetimos, que perderíamos toda influencia sobre la época, y nuestro derecho de hablar alto en su presencia, si no mirásemos, y si no tomásemos á pechos, la misión que nos impone.

Pero atrevémonos igualmente á decir que únicamente comprende los tiempos presentes aquél que previene sus necesidadades, con ellos anda, y se esfuerza en cumplir las tres citadas exigencias. He ahí la actividad verdadera-

(1) Luc., XXI, 28.
(2) Matth., XVI, 4.

mente conforme con las exigencias de la época, la actividad que incumbe al cristiano, la única que demuestra que comprende la situación y sus exigencias. Es ella la única que le da la posibilidad de ser útil en la hora presente.

7. La piedad cristiana y la huída del mundo, tienen por carácter esencial un deseo vivo de mejorar al mundo.—Lejos de nosotros el pensar que basta con retirarse en sí mismo, y abandonar el mundo á su suerte.

Ese es el pensamiento que sirve de base al estoicismo, al budismo y al pesimismo. Mas el espíritu cristiano nada tiene que hacer con esa filosofía del orgullo, del egoísmo y de la pereza. Vale más morir que perecer inútilmente. El que no trata de salvar á otros, en cuanto está en su mano, difícilmente se salvará él.

Esto, no obstante, no se halla en manera alguna en contradicción con la verdad según la cual aquél que no comienza por corregirse á sí mismo, difícilmente corregirá á los demás.

Así, hemos hecho ver la gran diferencia que media entre la piedad cristiana y la fuga del mundo, de igual suerte que entre todas las demás tendencias intelectuales.

El bramán y el budista huyen del mundo, no como de un peligro, sino como de la encarnación del mal, y buscan la manera de adormecerlo, de olvidarlo y de hacerle desaparecer. El mahometano aplástalo y le infunde el germen de la muerte, el griego desaparece en él, el romano devóralo, el pesimista y el estoico lo consideran malo, y tienen demasiado buena opinión de sí mismos para bajar hasta él ó juzgarle digno de una tentativa de mejoramiento. El pietista conténtase con lamentarse de él y de él apartarse con piadosas palabras, cosa que el quietista mira como turbación que es inútil llevar en su egoísta tranquilidad espiritual. Vale más dejar que las cosas sigan su camino.

El único que pone manos á la obra de manera formal para corregirle y elevarle, es el verdadero cristiano, que sigue la huella de los santos. Los santos no huyen del mundo por orgullo, por desprecio á los hombres, porque le

consideran como el mal mismo, y el frecuentarlo como una mancha, sino por dos razones más altas.

Primeramente, temen las relaciones inútiles con el mundo, porque tienen miedo á su propia debilidad. Quieren ante todo salvarse, y hacerse ellos mismos fuertes, pensando que así podrán trabajar tanto más eficazmente en favor de él.

Después, quieren apartar de él, mediante la oración, la penitencia y las satisfacciones, los castigos que Dios podría infligirle, y tornarle accesible á la gracia. Quieren, mediante su recogimiento y su energía más considerable, dar á su palabra mayor influencia sobre las almas, y al ejemplo suyo mayor poder sobre los corazones.

Con tal intención, San Juan Bautista y el Apóstol de los Gentiles retiráronse á la soledad. Eran niños cuando allí fueron, y volvieron hechos hombres. Si antes no habían hecho más que balbucir, desde aquel momento, sus palabras ardieron como el fuego y abrasaron la tierra entera.

Así sucedió siempre entre los santos. Millares de ellos no pensaron expresamente en ese fin. En su humildad, hubieran hasta considerado tal designio como presunción personal. Pero retirábanse del mundo en sí mismos, y se levantaban sobre él hacia Dios en el espíritu del Cristianismo. Y éste encargábase de que su luz no quedase bajo el celemín, sino que, desde la soledad del claustro, ó desde las profundidades del desierto, el resplandor de sus virtudes y la fuerza de su palabra penetrasen los corazones con un poder capaz de ablandar los más duros.

8. Lucha inevitable entre el reino de Dios y el reino del mundo.—El mundo no tiene, pues, motivo para hacernos cargos, si de él nos separamos. Necesario es que tal separación ocurra. Hasta podría creerse que el mundo debe ser el primero en desearla. No puede hallarse á gusto; y tampoco se halla á gusto en la proximidad de aquellos que conceden á Dios influencia sobre la vida, ó aun de aquellos que,—aunque se sustraen con frecuencia á esa influencia por propia cuenta,—exhortan constantemen-

te al mundo á que reconozca á Dios como señor suyo. Él mismo tiene con nosotros exigencias que nos obligan á emigrar, como Israel, de Egipto, aun cuando nuestro corazón permaneciese al pie de las vasijas llenas de carne. No obstante, considera él la deserción de sus filas como insulto imperdonable. Como Faraón, trata de impedirnos que le abandonemos. Y cuando ve que va de veras, moviliza contra nosotros todas sus fuerzas militares.

He ahí lo que forma el gran contraste que media entre el reino de Dios y el reino del mundo.

Los amantes del mundo búrlanse de eso. Pretenden que los cristianos son quienes han encontrado esa contradicción en su mente. Ó bien siéntense molestados cuando oyen hablar de eso. Parece que se atenta contra su honor. «¿Estaríamos tan profundamente corrompidos, que haya necesidad de huir de nosotros como si fuéramos leprosos?—dicen—¡Nada bueno, pues, hay en nosotros!»

Podemos decir con toda sinceridad ante Dios que no tenemos la misión ni el deseo de condenar á los servidores del mundo. El Hijo mismo de Dios vino al mundo, no para condenarle, sino para salvarle. (1)

Pero su venida para salvar lo que estaba perdido, es precisamente la más terrible confirmación de ese antiguo hecho práctico, á saber, que entre el reino que encontró él casi aniquilado y que él restableció en nuevo esplendor, y el reino del mundo, media abismo inmenso. «Vino al mundo y el mundo no le conoció; prefirió las tinieblas á la luz». (2)

No es Él quien rechazó al mundo; el mundo es quien le rechazó de sí. Y como fué tratado Él, fuéronlo los suyos. Por eso les dijo: «Si el mundo os aborrece, sabed que antes me aborreció á mí». (3)

Luego no es el sombrío espíritu del Cristianismo quien inventó esa oposición. Es todo lo contrario. Lo cierto es

(1) Ioan., III, 17; XII. 47.
(2) Ioan., I, 10; III, 19.
(3) Ioan., XV, 18.

que el mundo fué quien la introdujo, y quien sigue siempre manteniéndola viva. No es culpa nuestra, sino del mundo, si ese contraste es tal, que el espíritu de Dios tenga que decirnos: «¿No sabéis que el amor del mundo es odio contra Dios? Aquél, pues, que quiere ser amigo del mundo, hácese enemigo de Dios». (1) Por odio al reino de Dios, al reino de la piedad, de la obediencia, fundó el mundo su propio reino, á saber «el reino de la concupiscencia de la carne, de la concupiscencia de los ojos y de la soberbia de la vida». (2) De ahí viene que haya al presente dos reinos opuestos, entre los cuales existe eterna lucha, y sin paz posible.

Ya Platón tuvo presentimiento de esa verdad fácil de comprender, (3) y dos mil años después de él, el epigramático alemán dice todavía:

«Aquél que quiere que Dios habite en su corazón, no debe permitir que el mundo entre en él; y aquél que quiere dar allí albergue al mundo, debe dejar á Dios fuera». (4)

Desde los más lejanos tiempos, efectivamente, por doquiera que se intentó trabajar en la extensión del reino de Dios, aun cuando no fuera más que para desmontar el más pequeño rincón, al punto apareció el reino del mundo para ahogar esos esfuerzos en germen. Mas, cuando Jesucristo, rey del cielo, apareció Él mismo para establecer su dominación en la tierra, trabóse tan violenta lucha, que le costó la vida.

No obstante, los suyos resultaron victoriosos. Lo cual no impide que la lucha, siga ora más violenta, ora más reposada, unas veces franca, otras más velada, cuando en toda la línea, cuando respecto de puntos aislados. Y así persistirá con alternativas de éxito y de revés, hasta el fin de los tiempos, en que estallará de nuevo con inaudita violencia y llevará consigo definitiva solución.

(1) Jac., IV, 4.
(2) Ioan., II, 16.
(3) Plato, *Rep.*, 9, p. 592, a. b.
(4) Logau, *Sinngedichte* (Eitner), 447.

Dase, pues, reino contra reino, trono contra trono, bandera contra bandera, altar contra altar. Á nadie esle permitido el permanecer neutro aquí. «Quien no está conmigo está contra mí». [1] Tal es el grito de guerra que en ambos campos resuena. Nadie puede ser partidario interiormente del reino de Dios, y exteriormente del reino del mundo, alistarse en la Iglesia bajo la bandera del Cristo, y en la plaza pública bajo la de sus enemigos. Cada cual debe escoger; y esa elección lleva la separación que, á su vez, produce verdaderamente la lucha.

Sin lucha, una guerra emprendida por el honor jamás tendrá éxito honroso. ¿Qué decir, entonces, de una guerra universal, tan larga y tan importante como la de que hablamos? El mundo, efectivamente, entra en campaña contra quien tenga valor de abandonar su bandera, y de unirse al ejército de Dios. El instinto de conservación es quien á ello le obliga. En tanto vive uno en paz con él, permanece inofensivo, aun cuando ese uno no se halle de acuerdo en todo con sus principios. Hay en sus filas millares de personas que en manera alguna quieren cargar con la responsabilidad de sus planes y de sus hechos. Lisonjéanse hasta de hallarse cordialmente unidas á la causa de Dios, y viven en la extraña ilusión de que pueden impedir mucho mal y hacer mucho bien, con tal que no rompan toda relación con sus enemigos. El mundo déjalas obrar tranquilamente. Para nada cuídase de ellas. Pues, si creyese poder atribuir el valor de un solo hombre á todas esas personas tomadas en conjunto, entonces, ó bien les haría sentir su cólera, ó bien las espulsaría de sus filas como traidores. Mas no hace sino sonreirse de esas bravas gentes. Sabe que acrecen tan sólo las filas de los adversarios de Dios, y que sirven sus designios.

Su cólera es tanto mayor cuando alguno pasa francamente á las banderas de Dios. Sabe que ese esle superior, desde el momento en que se adhiere por entero á su servicio, y que mira con formalidad la piedad y la salvación

(1) Luc., XI, 23.

de su alma. Posible es que, aparentemente, ese soldado ocupe el último puesto en el reino de Dios, y que resulte empleado en el más oculto rincón. Mas apenas se ha dado á él sin reserva, cuando la influencia de su actividad hácese al punto sentir.

Por esa razón no podemos hacer cargos al mundo, si toma las armas contra ese tránsfuga. Hasta debemos tener como señal de buen augurio, el que el furor del combate se vuelva contra nosotros. Pues, nadie sabe si es digno de amor ó de odio. [1] Así, pues, dado nos es decir, para consuelo nuestro, que vamos por buen camino, cuando, con sus ataques, dícenos el mundo que nos reconoce como fieles servidores de Nuestro Señor, y que ve salir de nosotros una fuerza contraria á su espíritu.

9. El más difícil trabajo es el de la separación.— Nuestro honor, nuestro deber, nuestra conciencia, Dios y el mundo empújannos á la vez á que tomemos una decisión vigorosa. ¿Por qué vacilar?

Puesto que hace falta que la separación se haga, hágase pues. Que sea, pues, completa é irrevocable.

En suma, solamente el sacrificio de la separación merece que de ello se hable. Cuanto viene después es mucho más fácil, cuando ya la ruptura es cosa cumplida.

Eso ciertamente pide esfuerzo. Separarse de amigos con quienes hasta entonces se vivió; incurrir en la nota de frialdad y de ingratitud por parte de aquellos que os han colmado siempre con señales de atención; dejarse acusar de ceguera, de locura, de temeridad; resignarse á sufrir las injurias del orgullo herido, las tristezas del aislamiento y el desprecio de los que fueron nuestros compañeros, todo eso pide, no lo negamos, heroica determinación.

Hasta parécenos que, para un corazón bien nacido, es el mayor esfuerzo que le sea dado hacer. Ese sacrificio es, al parecer, imposible.

Ya la resolución está tomada; ya el momento señalado llegó, y queremos reflexionar todavía por última vez,

(1) Eccl., IX, 1.

ó por lo menos diferir la ejecución de nuestro proyecto.

¡Pero no! Ahora ó nunca. Necesario es hacer eso. Y si debe hacerse, preciso es que eso sea en tanto que todavía es posible.

Finalmente, hecho está. Las mayores dificultades están vencidas. ¡De qué peso se ve libre mi alma! Libre soy. Pertenezco á Dios. He quemado mis naves. Ahora, necesito andar con Dios, aspirar á lo más elevado. Ahora, no puedo dispensarme de los esfuerzos necesarios para llegar á la santidad. Suceda lo que suceda, no encontraré obstáculos como el que he superado.

¡Oh! mundo, de quien al fin me he separado después de lucha desesperada, adios! ¡Sin embargo, no! No te digo adios, sino hasta la vista.

¡Oh! país mío, ¡oh! mi tiempo. Tomo á Dios por testigo, y os hago á vosotros mismos jueces de que no os aborrezco. Pero he tenido que obrar así. Pues no me era dado resistir á las ordenes de mi conciencia. Porque temía á mi propia debilidad, por eso he huído de vosotros. Espíritu siniestro ha bajado sobre vosotros. Y como tenía motivos justos para temer que tal espíritu fuera mi perdición, os he abandonado.

Pero esto no me impide el amaros, en mi nueva situación. Sí, el amor que os profeso aventaja al de vuestros propios hijos. El dolor que penetra mi alma es prueba de ello. Precisamente por amor á vosotros, de vosotros me he separado. Por vosotros también me he sacrificado. Y tal sacrificio persistirá hasta mi postrer suspiro. Gozaréis de sus frutos, por lo menos lo espero por la gracia de Dios, pues toda inclinación al bien no se halla extinguida en vosotros. La separación fué dolorosa. Pero está hecha. Cuando hayáis sacado provecho de ella, volveremos á vernos, y la amargura tornaráse en gozo.

Apéndice

La penetración del espíritu del mundo causa de nuestra debilidad

1. Triste situación de la época. La culpa es de los hombres y nuestra.—La presente situación es triste, y sombrío el porvenir. Como consecuencia, profundo malestar lo ha invadido todo. Únicamente dos clases de personas vense libres de ello.

La primera comprende á los partidarios inveterados del liberalismo. Cuando, desde las alturas del aislador de su ciencia y de su formación misteriosa, sienten que han perdido todo contacto con el mundo real, que lucha, sufre y trabaja, consuélanse entonces con el título honorífico de espíritus distinguidos.

La segunda está formada por las supuestas esferas elevadas de la sociedad, que viven siempre en un pasado más hermoso, y que no tienen mas que un cuidado: evitar las señales que pudieran hacerles notar el volcán sobre cuyo cráter danzan, juegan y duermen.

Mas, aparte de esas personas, nadie hay que no diga diariamente que el estado actual de cosas no puede sostenerse tal como es.

Cristianos y enemigos del Cristianismo, eclesiásticos y laicos, todo el mundo nota ese mismo sentimiento de malestar, todo el mundo se queja: el político, el filántropo, el comerciante, el educador, el autor, el predicador. Las diversas clases de descontentos no difieren sino en lo referente á la causa del mal, y á los medios de curarlo.

Echan unos la culpa al clero y al Cristianismo. En tan-

ó por lo menos diferir la ejecución de nuestro proyecto.

¡Pero no! Ahora ó nunca. Necesario es hacer eso. Y si debe hacerse, preciso es que eso sea en tanto que todavía es posible.

Finalmente, hecho está. Las mayores dificultades están vencidas. ¡De qué peso se ve libre mi alma! Libre soy. Pertenezco á Dios. He quemado mis naves. Ahora, necesito andar con Dios, aspirar á lo más elevado. Ahora, no puedo dispensarme de los esfuerzos necesarios para llegar á la santidad. Suceda lo que suceda, no encontraré obstáculos como el que he superado.

¡Oh! mundo, de quien al fin me he separado después de lucha desesperada, adios! ¡Sin embargo, no! No te digo adios, sino hasta la vista.

¡Oh! país mío, ¡oh! mi tiempo. Tomo á Dios por testigo, y os hago á vosotros mismos jueces de que no os aborrezco. Pero he tenido que obrar así. Pues no me era dado resistir á las ordenes de mi conciencia. Porque temía á mi propia debilidad, por eso he huído de vosotros. Espíritu siniestro ha bajado sobre vosotros. Y como tenía motivos justos para temer que tal espíritu fuera mi perdición, os he abandonado.

Pero esto no me impide el amaros, en mi nueva situación. Sí, el amor que os profeso aventaja al de vuestros propios hijos. El dolor que penetra mi alma es prueba de ello. Precisamente por amor á vosotros, de vosotros me he separado. Por vosotros también me he sacrificado. Y tal sacrificio persistirá hasta mi postrer suspiro. Gozaréis de sus frutos, por lo menos lo espero por la gracia de Dios, pues toda inclinación al bien no se halla extinguida en vosotros. La separación fué dolorosa. Pero está hecha. Cuando hayáis sacado provecho de ella, volveremos á vernos, y la amargura tornaráse en gozo.

Apéndice

LA PENETRACIÓN DEL ESPÍRITU DEL MUNDO CAUSA DE NUESTRA DEBILIDAD

1. Triste situación de la época. La culpa es de los hombres y nuestra.—La presente situación es triste, y sombrío el porvenir. Como consecuencia, profundo malestar lo ha invadido todo. Únicamente dos clases de personas vense libres de ello.

La primera comprende á los partidarios inveterados del liberalismo. Cuando, desde las alturas del aislador de su ciencia y de su formación misteriosa, sienten que han perdido todo contacto con el mundo real, que lucha, sufre y trabaja, consuélanse entonces con el título honorífico de espíritus distinguidos.

La segunda está formada por las supuestas esferas elevadas de la sociedad, que viven siempre en un pasado más hermoso, y que no tienen mas que un cuidado: evitar las señales que pudieran hacerles notar el volcán sobre cuyo cráter danzan, juegan y duermen.

Mas, aparte de esas personas, nadie hay que no diga diariamente que el estado actual de cosas no puede sostenerse tal como es.

Cristianos y enemigos del Cristianismo, eclesiásticos y laicos, todo el mundo nota ese mismo sentimiento de malestar, todo el mundo se queja: el político, el filántropo, el comerciante, el educador, el autor, el predicador. Las diversas clases de descontentos no difieren sino en lo referente á la causa del mal, y á los medios de curarlo.

Echan unos la culpa al clero y al Cristianismo. En tan-

to que ese obstáculo para la felicidad de los pueblos no se renueva enteramente, la situación no podrá mejorar.

Hácenla otros recaer exclusivamente sobre los enemigos de la fe y de la Iglesia. Creen que si se suprimiesen la francmasonería y el satanismo, [1] todo entraría inmediatamente en orden, y se recobraría aquella maravillosa tranquilidad que reinó en el Estado y en la Iglesia en tiempos de Luís XIV y José II.

Son razones que aquí dejamos á un lado, puesto que las hemos ya examinado. Por el momento, queremos penetrar un poco más en el fondo de las cosas y decirnos la verdad á nosotros mismos, después de habérsela dicho tantas veces á los demás.

¿De qué nos serviría mejorar al mundo entero, si llevamos siempre en nosotros los gérmenes de nuevos males? Por esa razón la simple prudencia exige que dirijamos todos nuestros esfuerzos por este lado. El justo comienza por acusarse él mismo, dice el Espíritu Santo. [2] Y de hecho, en circunstancias análogas, los justos han obrado así, cuando se hacía necesario mejorar la situación. «Cuanto has hecho con nosotros es justo»—[3] decían los tres jóvenes en el horno.—«Á nuestros reyes, á nuestros príncipes, á nuestros padres, á nosotros todos que hemos pecado, lo que nos sucede es la pública confusión»—[4] exclama Daniel.—«¿Cómo esta ciudad tan poblada, se ve ahora tan sola y tan desolada?—dice Jeremías.—La señora de las naciones ha quedado como viuda; la reina de las provincias vióse sujeta al tributo. Sus mismos amigos hanla despreciado, y tornádose enemigos suyos. Pero Jerusalén ha pecado, y por eso ha resultado errante y vagabunda. Todos los que la honraban hanla despreciado, porque vieron su ignominia; y ella volvió el rostro gimiendo». [5]

(1) Masonería, Judaísmo y Satanismo, ¿no son tres fases de una misma cosa, que es la Revolución?—N. del T.
(2) Prov., XVIII, 17.
(3) Dan., III, 27.
(4) Dan., IX, 8.
(5) Lament., I, 1, 2, 8.

Hoy también es la única respuesta verdadera á estas dos preguntas: ¿De dónde procede nuestro mal? ¿Cómo remediarlo?

Puede haber muchas causas de ruina. Pero si no buscamos ante todo la más profunda, y precisamente aquella cuya supresión depende únicamente de nosotros, perderemos el tiempo, y nada mejoraremos.

2. Nuestra debilidad procede de no hallarnos sólidamente firmes sobre una base sobrenatural.—Aquí hallámonos en presencia de cierto enigma. Si el Cristianismo es la religión verdadera, creación misma de Dios, ¿por qué entonces logró tan poco éxito, y cómo es que no ejerce mayor influencia en el mundo?

Hay en eso aparentemente un gran misterio, y, no obstante, no es difícil entenderlo.

Dios puso su propia causa en manos de los hombres. Quiere que lo sobrenatural triunfe por medios naturales. Somos los obreros de su honor y de su obra; mas también podemos ser sus destructores. Á nosotros corresponde unir lo natural y lo sobrenatural en un todo tal, que ninguno de ambos resulte perjudicado.

Tal es la idea fundamental del orden sobrenatural. De la admisión y de la ejecución de tal principio depende toda prosperidad del reino de Dios. De su desconocimiento y de su olvido depende, por el contrario, su ruina.

Si nosotros, cristianos, entramos en lucha con el mundo, y si queremos serle superiores, la primera condición está en pisar sobre terreno sólido. En otros términos, necesario es que aceptemos con inquebrantable convicción, y que practiquemos con fidelidad concienzuda las doctrinas y los principios sobre los cuales Jesucristo quiere que se establezca su reino. En una palabra, necesario es que nos sintamos y que nos portemos como pueblo de Dios, con propia manera de considerar la vida, con leyes propias, y que seamos independientes en nuestro propio terreno.

Si nos hemos dado cuenta de la importancia y del alcance de esas palabras, la cuestión de saber por qué nos

hallamos en tan mala situación no puede causarnos distinta impresión de esta otra cuestión: ¿Por qué los pueblos católicos van actualmente por doquiera más atrás que los otros?

La respuesta encuéntrase ya en estas dos palabras: pueblos católicos. ¿Hay actualmente pueblos católicos? Conocemos muchos pueblos híbridos, que antes eran católicos. Antes de ahora, á pesar de numerosos defectos, han ocupado honroso puesto en el Cristianismo. Pero desde que toda clase de elementos heterogéneos han venido á invadir su suelo natal, no producen más que vástagos desmirriados y pobres.

Tal es la verdadera respuesta al asunto.

Dos cosas deben hallarse juntas, para que la acción del cristiano sea próspera: la bendición de Dios y la propia actividad.

Sin duda alguna, únicamente debe esperar en la bendición de Dios, aquel que se adhiera de inquebrantable manera á su palabra, y que, en todos sus pensamientos y en todas sus acciones, trate de penetrarse de su verdadero espíritu.

Por otra parte, para ser enérgica y entusiasta la actividad propia, supone, cuando menos, la convicción. Pues bien, si nosotros mismos tratamos sobrado familiarmente al Cristianismo, si lo debilitamos, si lo cambiamos á gusto de nuestra fantasía, si tratamos de conciliarlo con las opiniones de la época, no nos queda entonces el derecho de admirarnos de que el mundo vea en él un acontecimiento temporal, cambiante y pasajero, acontecimiento en el cual hallará siempre mucho viejo, y muy poco nuevo, á pesar de nuestros mejoramientos.

Dos cosas hay que nos vemos obligados á aceptar, si queremos ser verdaderos discípulos del Salvador y de los Apóstoles. Pues los discípulos no son superiores al Maestro [1]—dos cosas que no fueron escaseadas tampoco al Hijo de Dios, ni al Apóstol de los Gentiles: el odio y la per-

(1) Matth., X, 24. Luc., VI, 40. Ioan., XIII, 16; XV, 20.

secución. [1] Pero en cambio, y sólo con esta condición, nos hallamos seguros de conseguir el respeto del mundo y una energía interior invencible.

Para resumir en pocas palabras la causa de nuestra debilidad, digamos que nuestra fe no descansa sobre convicciones bastantes sólidas, y que nuestra manera de obrar no es bastante sobrenatural.

3. La mediocridad sirve de medio para que penetre en la Iglesia el espíritu mundano.—Esta frase lastimará á muchos, lo sabemos. De buen grado admitimos también que hay muchos á quienes no se refiere en manera alguna. Pero á éstos alcánzales otro reparo, y reparo tal vez menos honroso que el precedente, el reparo de la mediocridad.

Sí, esa cojera de ambos pies, esa superficialidad que se satisface con apariencias exteriores y con el éxito del momento, esa cobardía que pretende persuadirnos de que podemos vivir en buenas relaciones con Dios y con Baal, en una palabra, con todo lo que constituye la semilla del liberalismo, [2] todo eso es otra causa del triste estado en que se halla el reino de Dios, la terminación y defensa del cual hánsenos confiado.

Nada queremos exagerar desde este punto de vista. Por el contrario, condenamos ese espíritu grosero que sólo encuentra censuras que infligir á cuanto en la Iglesia ocurre, trátese de ciencia, de arte, ó de instrucción. Críticos hay para quienes todo es grande, perfecto, admirable, con tal que no sea en el terreno de la Iglesia. Otros hay para quienes, *a priori*, todo cuanto pretende armonizarse sinceramente con la Iglesia, nada vale. No queremos tener nada que hacer con estos. [3]

(1) Matth., V, 11; X, 22; XXIV, 9. Marc., XIII, 13. Luc., XI, 49; XXI, 17. Ioan., XV, 18; XVII, 14. Rom., XII, 14.

(2) Cf. Parte cuarta; *Die religiöse Gefahr*, (3), 296 y sig.

(3) Que nadie se muestre demasiado susceptible contra lo que, desde luego, parece ir contra la buena opinión que de nosotros mismos tenemos. El que escribe una obra tan vasta como la presente, y se ve obligado á decir verdades severas contra todas las condiciones, puede, en definitiva, hacer

No se trata, por nuestra parte, de producir agitación y dar escándalo, de suministrar á los enemigos de la Iglesia asunto de maligno gozo, de dañar y causar pena á quienes la aman, ó aun de apagar el entusiasmo. Trátase más bien de reconocer la verdad y de saber en dónde se halla la causa de nuestra debilidad.

Pues bien, ésta no es difícil encontrarla. Por doquiera no se oye más que este juicio descorazonador: jamás las cosas han estado tan mal como ahora.

Hablando de una manera general, esto no es muy exacto. Tiempos hubo en que los enemigos de la Iglesia procedieron con mayor crueldad y menos miramientos; y, lo que todavía es peor, tiempos hubo en que la corrupción en el seno de la Iglesia misma era mucho mayor. Pero hay una cosa cierta, á no dudarlo, y es que la mediocridad, la timidez, la indecisión, son actualmente mayores que en los períodos desgraciados por los cuales atravesó. Nada se teme tanto como el romper con cosas que por sí mismas se rompen. Vacílase siempre en tomar por lo serio cuanto la razón y la fe prescriben como indispensable. Témese la contradicción y la lucha, los juicios del mundo, la fuerza de la costumbre, de la inclinación, de la tendencia á la comodidad. Créese poder adelantar algo por medios templados, negociaciones, retiradas, siendo así que diariamente se sale perdiendo. Quiérese asegurar, por lo menos personalmente, el propio reposo, el propio honor, las propias ventajas, aun cuando sea con detrimento de la buena causa. Y en realidad, pedazo á pedazo, resulta siendo presa de aquellos que, en su odio contra ella, no reconocen los más elementales miramientos. Pierde su influencia sobre los corazones y sobre los espíritus, y hasta la estimación de aquellos que la desfiguran tanto tiempo ha, y que la adulteran con elementos extraños, hasta el punto de tornar desconocible su primera nobleza.

---

este servicio al estado de que forma parte, sobre todo si comienza por acusarse antes de acusar á nadie y más que á nadie. Si hubiésemos querido emplear términos severos, hubiésemos podido tomar una rica colección de ellos en los escritos de los más grandes santos y de hombres de Dios como Bernardo, Pedro Damiano, Gerhoh de Reicherberg, Engelberg de Admont, Peraldo, Geiler, Hildegarda, Brígida, María de Ágreda, etc. Personas son éstas de quien puede uno fiarse, y, sin embargo, no nos atrevemos á repetir aquí sus palabras, porque para ello sería preciso desde luego poseer su espíritu, y porque, más que nadie, tenemos motivo para temer la posibilidad de ser reprobado después de haber predicado á los demás (II Cor., IX, 27). Obremos, pues, todos de conformidad con el principio: *Veritatem facientes in charitate* (Efes., IV, 15).

Ciertamente, en el corto número de los que han pasado por el tamiz y resultado fieles, el espíritu de la Iglesia creció, la recepción de los sacramentos, el celo por la defensa de los intereses de Dios, hicieron progresos; sin duda que las obras de caridad son innumerables, las vocaciones religiosas aumentan, por lo menos en las mujeres; muchos seglares trabajan en la vida pública y en la prensa, con mayor decisión en favor de la verdad y del derecho. Pero al par, hay también inmenso número de personas mediocres. Por todas partes el enemigo esparce cizaña entre el trigo. El espíritu del mundo—al que Ludovico Stein llama laicismo [1]—hace estragos en la casa de Dios, en las filas del clero y en la soledad de los claustros. Hácelo calladamente y con lentitud, pero de irresistible modo, roe sin cesar como un cáncer las porciones sanas que le rodean.

En las prácticas piadosas, en las obras de caridad, encuéntrase á menudo el gusano roedor de la vanidad, de la ambición, de las apariencias exteriores. En las casas de educación cristiana, bajo el pretexto de querer rivalizar con la enseñanza laica, el veneno del espíritu del mundo infíltrase á veces en proporciones considerables, y vense aun á veces algunas religiosas enteramente penetradas de él. La manera de defender á la Iglesia, y los medios empleados para ello, están con tal frecuencia copiados en los del mundo, que, por su éxito ligero del momento, la vida espiritual y aun la salvación de algunos de sus defensores, vense por largo tiempo, y tal vez para siempre, profundamente perjudicadas. [2]

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 473.
(2) *Messager des fidèles* (Maredsous, 1885), II, 18 y sig.

Los confesonarios vense asediados por las supuestas personas piadosas. ¿Pero en dónde están los confesores que se atreven á penetrar en el corazón y, llegado el caso, en la vida de aquellos que á ellos se confían? ¿En dónde hallar penitentes que lleven bien que se les exhorte severamente en serio, á la mortificación y á la renuncia de los atractivos del mundo? Lisonjéanse, y trátanse de consolarse mutuamente. Pero se piensa poco en la abnegación personal y en la perfección.

Los sermones frecuéntanse poco, á menos que ocupe el púlpito un predicador de rizados cabellos, de blanca dentadura, que adormece al auditorio, con frecuencia cargado de sueño, con discursos de agua de rosas acerca de la paz, acerca de lo bello, acerca de la tolerancia, y que, en vez de citarle pasajes áridos y pasados de moda del Evangelio y de los Padres, los llena con flores retóricas. Pero colocad allí á un San Pablo, que tan sólo predica á Jesucristo, y á Jesucristo Crucificado; á un San Juan Bautista, que exhorta á la penitencia con lenguaje evangélico, y se dirá: «Es un fanático que no pertenece á nuestro tiempo, y que no sabe una palabra de las exigencias de la época».

En cuanto á frecuentar los oficios, cada cual sabe cómo andan las cosas. Otro tanto en lo tocante al ayuno. Ya no son prácticas de piedad conformes con la época. Así nos decimos, mentándonos á nosotros mismos, que actualmente somos mucho más débiles para soportar esos rigores, que tanto bien hicieron en otro tiempo al férreo temperamento de nuestros padres y de nuestras madres.

Además, nos expresamos hoy como oradores en las asambleas. Tronamos en los papeles públicos contra la apatía de los malos católicos, y contra la blandura de los jefes eclesiásticos. Eso equivale á ir á la iglesia y reemplazar mortificaciones sin objeto.

Por otra parte, y como de buen grado lo decimos, las exigencias de la época no dejan tiempo libre para la oración. La actividad desplegada en las reuniones públicas debe reemplazarla. Las personas que la practican todavía, son

las que para nada sirven; los obispos, los canónigos, los religiosos ancianos.

Una cuesta en favor de los pobres hecha en la iglesia, no pasa ordinariamente de algunos sueldos. Pero abundan las ofrendas cuando un periódico es quien toma esa iniciativa. ¡Júzguese, pues, publica los nombres de los donantes, y cabe perseguir ahí á un adversario con alguna frase mortificante!

Antes de ahora, se ayunaba, ó imponíase uno algunos sacrificios, para poder hacer copiosas limosnas en secreto. Actualmente despléganse las más espléndidas pompas en bailes á favor de los pobres, y en conciertos á beneficio de las víctimas de algún siniestro. [1] El lujo en eso es tal, que se hace necesario recurrir á la caja de los pobres para pagar las deudas que consigo lleva frecuentemente esa mentira, la más grosera de estos tiempos.

Además, una beneficencia falsa y una piedad mal entendida, son el terreno sobre el cual el espíritu del mundo logra sus triunfos más irritantes.

La palabra *actor*, por ejemplo, evocó siempre en la mente algo repugnante. Pero tranformar en gentes de esta especie á niños, jóvenes, muchachas, para un fin laudable, hasta para celebrar una fiesta religiosa; disfrazarlos con trajes contrarios á su sexo, exponerlos á todos los peligros de la vanidad y de la sensualidad; destruir en una semana, quizá para siempre, el fruto de largos años de educación, he ahí cosas que aun casas de educación religiosa déjanse imponer por el espíritu de la época, bien que á su mayor detrimento, como pretenso medio de formación y de expansión de su influencia.

Desde que ese espíritu astuto consigue envolver una cosa con breve capa piadosa, nadie se preocupa ya ni de lo que en sí misma es, ni de sus consecuencias.

Cierto que á veces,—desgraciadamente siempre cada vez menos—trátase de preservar á los niños de todo roce

(1) Acerca de esas fiestas *de caridad*, véase lo que el ingenioso Selgas dice en su hermoso libro «Delicias del Nuevo Paraíso...»—N. del T.

con el mundo. Pero cuando una asociación católica—que, aparte de eso, apenas manifiesta su vitalidad—da un baile ó una reunión danzante; cuando hasta un convento de religiosas ó un orfelinato, expone á los aplausos y á los halagos de todos, pobres niños con disfraces bíblicos, ó trajes de santos, pero en realidad como imágenes vivas de la vanidad, del disimulo, del afán de agradar, todo escrúpulo desaparece. Dase como pretexto que eso se hace en nombre de la religión, por buen fin, por honor de Dios.

Sabemos muy bien que, al censurar todo esto, es la mejor manera de atraerse la nota de exageración y de pesimismo, y precisamente de parte de quienes debieran negarlo, y que lo afirman, sea por respetos humanos, sea por cierto atractivo interior. Pero hay en eso también razón para hablar con mayor franqueza, respecto del asunto. ¿No se ven, efectivamente, eclesiásticos que asisten al teatro, á la ópera? ¿No se les encuentra en las reuniones profanas de todo género, en los conciertos, en los cafés, en las fiestas públicas, en los espectáculos y diversiones mundanas?

Ciertamente, las más de las veces no lo hacen por divertirse,—dicen—sino para hallar acceso entre aquellos que no acuden á la iglesia, y para dar ocasión al mundo de hacer ver que no son tan groseros y oscuros como ordinariamente se les considera.

¡Qué ilusión! Tiempos hubo en que se deploraba el ver á los sacerdotes manteniendo relaciones sobradamente constantes con las familias. Creíase entonces que, haciendo visitas excesivamente frecuentes, y aceptando invitaciones inútiles, comprometían su situación, y se perjudicaban á sí mismos y á quienes trataban sobrado familiarmente. Y ahora, ¿querríase que las ocupaciones más mundanas cuadrasen á su estado? Y ahora, ¿no sería una vergüenza verlos mezclarse con los criados en las antesalas de los ricos, rebajarse al papel de lectores, de gente chistosa, de compañeros de juego ó de mesa, para intentar merecer la reputación de personas que comprenden su época? ¿No sería

ridículo ver algunos que, para lograr algún día un buen puesto, ó para obtener un título cualquiera, llevan la sombrilla de la señora condesa ó el paraguas del señor ministro, dirígenles ingeniosas poesías, ó se muestran llenos de miramientos con su perrillo?

Es vieja lepra que, al parecer, supura constantemente. Pero, al menos, en pasados tiempos, llamábase por su verdadero nombre, y combatíase ese mal pegado al cuerpo de la Iglesia.

Ya San Epifanio dirigía vivos reproches á los señores de corte con traje eclesiástico. [1] En la Edad Media, una porción de prescripciones procedentes de la autoridad espiritual habían condenado la conducta de esos bufones de corte, de esos juglares, de esos saltimbanquis, de esa peste de la Iglesia, como se decía entonces. [2]

Si, más tarde, se inventó para ellos el nombre menos chocante de *abates*, y si se les presenta hoy todavía como modelos á las personas de su estado, como los únicos ministros de la religión verdaderamente distinguidos, y al corriente de las costumbres del mundo, ¿es que, por ello, su conducta ha dejado de ser escandalosa y triste para los fieles, indigna de su elevada vocación, y ridícula para sus enemigos?

Antes de ahora, la opinión pública había obligado á esos pobres híbridos á presentarse en su porte exterior, como anfibios, mitad eclesiásticos, mitad seglares, mas por doquiera como faquines. Con eso lisonjeábanse, como el abad Bermudo en la corte del rey Fernando, de llevar tan bien la sotana en el coro, como en la guerra el estandarte. Á lo cual un conocedor de los hombres como el Cid, respondía: «Hermano, la sotana siéntaos mal». [3]

Tal era igualmente el lenguaje de aquel hombre franco, llamado Reinmar de Zweter: «Con frecuencia veo—decía—

(1) Vita S. Epiphan., 5, 39 (Bolland. Mai. III, 45, Palmé).
(2) Goliardi, bufones, trutanni, ribaldi: c. 1, VI, 3, 1. Conc. Trevir., 1227, c. 9. Conc. Castri Gonterii, 1231, c. 21. Concil. Colon., 1300, c. 12. Conc. Salisburg., 1310, c. 3.
(3) Cid (Herder), 41.

hábitos religiosos cortados según las reglas de su Orden; veo vestes hechas como las que deben llevar los sacerdotes. Desgraciadamente muy raros son los que las llevan bien. Medio peces, medio hombres, no son ni peces ni hombres. La presencia de un monje mundano y de un eclesiástico de corte sublévame de disgusto el corazón.

»He hablado en términos severos únicamente del monje mundano y del sacerdote cortesano, pues los que son fieles á su vocación merecen toda mi estimación y todo mi respeto. Vosotros, monjes, tened, pues, las costumbres del monasterio y no las del mundo. Vosotros, sacerdotes, dejad la corte y servid á Dios con honor». (1)

Tal acontecía antes de ahora. Pero, actualmente, vense igualmente eclesiásticos y religiosos que dejan el traje de su estado, de suerte que habláis con ellos durante algunas horas, sin saber con quien tratáis.

4. La mediocridad en el terreno de la fe y del pensamiento.—Si la mediocridad causa graves daños en el terreno de la vida cristiana, todavía los causa mayores en el de la fe y en el del pensamiento. En antiguos tiempos, como en los tiempos modernos, la Iglesia ha combatido como á la más acerba de todas sus amarguras, como enfermedad contagiosa, (2) como seducción para los débiles, y como apoyo prestado á sus enemigos, cierto aire liberal y ciertos tonos de compañerismo con el error y la incredulidad. Á pesar de eso, necesario es que tenga siempre el dolor de ver introducida esa peste precisamente por aquellos que, en virtud de su vocación, más bien debieran oponerse, con peligro de su vida, á la introducción de ese culto medio idolátrico. (3)

Fácil es comprender porqué así sucede.

De una parte, la mediocridad que, en la vida práctica, prefiere más bien el espíritu del mundo á la voluntad santa de Dios, empuja, como es perfectamente natural, á

(1) Según Reinmar von Zweter, 2, 131 (Hagen, *Minnesinger*, II, 201).
(2) Gregor. IX, *adv. magistr. Paris.*, d. 7 Iul. 1233.
(3) Gregor. XVI, *adv. Hermes*, d. 26 sept. 1835.

mantener igual conducta en el terreno de la enseñanza. El pensamiento y la vida no pueden andar nunca separados. Cuando el uno sufre, el otro no lo pasa bien. Pero necesario es, casi siempre, buscar en la práctica el comienzo del mal del espíritu. Una vez extinguido ahí el espíritu eclesiástico, sería necesario no tener conciencia, si no se tratase de forjarse principios mediante los cuales se pudiese hacer desaparecer el malestar sentido en el corazón.

Es caso viejo práctico. Ya en la Edad Media, decíase que esos eclesiásticos mundanos de que ahora se hablaba, pagaban las golosinas que recibían en la mesa de los grandes, con chistes lanzados contra la fe y su guarda, el Papa, contra Roma y la Iglesia. (1) Parecían sentir la necesidad de rechazar las alabanzas un tanto equívocas otorgadas á su vida sobrado libre, por la gloria de hacerse pasar por gentes ilustradas.

Por otra parte, Gregorio Magno vió ya que aquellos que á sí mismos se buscan, y que, por lo tanto, aceptan las enseñanzas de la fe, pero no sus obligaciones, y éstas únicamente cuando reportan honores exteriores, tórnanse casi siempre sus mayores adversarios, tan pronto como alguna tempestad se levanta contra ella y pide sensibles sacrificios. «Ni siquiera se les ocurre estudiarla mejor—dice el caritativo santo.—Prefieren chucherías que halagan el corazón y los oídos. Pero bien pronto su corazón flaquea y luego su fe vacila. Vense entonces atormentados por los reproches de su conciencia, y acaban por hacerse los adversarios más encarnizados de la verdad y de sus defensores». (2)

«Y de esta suerte,—dice San Agustín,—engáñanse á sí mismos, y seducen á otros. En apariencia, parece que miran las verdades de la fe desde un punto de vista más liberal y más en conformidad con los tiempos. En realidad, obedecen á una tendencia que nada tiene que ver con la fe ni con la religión». (3)

(1) Silv. Giraldus, *Specul. eccl.*, 4, 16 (Du Cange, Goliardi).
(2) Gregor. Magn., *Moral.*, 19, 56; 20, 77.
(3) Augustin., *Conf.*, 4, 1, 1.

Ese triste hecho tiene además todavía una tercera explicación. Demuéstranos cuán fácil es mover á cualquiera para que tome parte en el asalto contra el Cristianismo y la Iglesia, con tal que no deje ver claramente tal intención.

Después de haberse estrellado contra los inexpugnables muros de la Iglesia de Dios, cada gran defección ó tormenta vióse seguida de esfuerzos hechos para hacer penetrar en la ciudadela de Dios, por medio de minas secretas y disfrazadamente, el mismo espíritu que no había logrado vencer en franca lucha. El semiarrianismo, sucedió al arrianismo; el semipelagianismo al pelagianismo; el monotelismo al monofisitismo. Del kantismo salió el diluvio de las teologías y filosofías kantianas de Salat, Mutschelle, Hermes y muchos otros. Del panteísmo gnóstico-maniqueísta de Schelling, salió la tentativa—que felizmente no cuajó—de Rosenkrantz, pretendiendo salvar la vida á la fe en peligro á causa de un pretenso panteísmo católico. Lo que el calvinismo no había conseguido con su inflexible rigidez, el jansenismo intentó lograrlo por medio de falsa piedad, de ductilidad y de engaño. Si el césaro-papismo había dejado ver su debilidad en las groseras erupciones de su violencia contra la Iglesia católica, el galicanismo y el josefismo trataron de sacar mejor éxito mediante hipócrita sumisión respecto de ella, por medio de su celo en favor de la fe, y mediante generosa benevolencia. [1]

Igualmente hoy, necesario es conmover y limar, por todos esos desgraciados compromisos que existen en nuestro tiempo, aquello que todavía ofrece resistencia al racionalismo imprudente y á la incredulidad radical.

Es una desgracia que, en todas esas circunstancias, sean miembros del clero quienes se presenten para hacer esa labor de zapa. Cuando las ideas de Rousseau hubieron preparado la gran Revolución, Sieyes fué quien creyó prestar un favor á la buena causa, dándoles la última limadura.

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 248.

Bajo la dominación del liberalismo, halláronse centenares que le prestaron el apoyo de la teología para patrocinar su parecer acerca de los misterios, acerca de lo sobrenatural, acerca de la fe, acerca del interés y acerca de la usura. Y hoy, que todo se democratiza, falta poco para que veamos á sacerdotes católicos partidarios de las doctrinas socialistas de Marx, y de la independencia democrática en materia de disciplina eclesiástica.

Admitimos que los que favorecen esa tendencia, y principalmente los que trabajan en introducirla fraudulentamente en la Iglesia, conocen poco todo el alcance de sus actos. Pero eso nada cambia del hecho que consiste en la ruina de la fe y la disolución del poder y de la disciplina de la Iglesia. Eso tampoco nada cambia en la responsabilidad de quienes se prestan á esa labor. Que se equivoquen tocante á la importancia de su empresa, es posible; pero en lo que jamás pueden equivocarse, es que el asunto da que pensar, y que nunca querrían tener parte en eso, si no se sintieran influídos por la opinión pública, y atraídos por el incentivo de los aplausos del mundo. Pues bien, ¿es dado, sin pecar, proceder contra la propia conciencia en asuntos tan graves?

¿En qué consiste, pues, el fin manifiesto de todas esas tentativas de nivelación? Sus representantes hállanse con frecuencia muy lejos unos de otros; hasta frecuentemente son entre sí enemigos; pero convienen todos en un principio: poner de acuerdo la fe, ó más bien la conciencia cristiana, como ellos dicen,—pues no gustan de emplear la palabra *fe*—con la conciencia de la época, con las ideas modernas, con la única manera de ver que puede reivindicar la aprobación de las personas instruídas.

He ahí la primera cosa.

Hay otra como consecuencia. Para estar de acuerdo con la época y su manera de ver, piden que la Iglesia, y con ella la religión, rebajen un poco en sus ideas y en sus principios añejos. Si, en las opiniones teológicas pasadas de moda, y á veces sobrado severas y excesivamente ex-

clusivas, no se cediese en muchos puntos, nada podría quedar en pie. (1)

He ahí una confesión que ellos mismos hacen. ¡Entonces los divinos y eternos principios de fe, por los cuales el Unigénito de Dios entregó su vida, por los cuales el ejército glorioso de los mártires derramó la última gota de su sangre, por los cuales los Padres, los Santos y los Doctores han sufrido el destierro, el desprecio, la muerte misma, son opiniones teológicas pasadas de moda, vieja mercancía que se cree poder negociar como plazca, y cambiar por una sonrisa benévola, por un cumplimiento desdeñoso, por algunas monedas dadas por favor! ¿Y sería necesario comprar á ese precio el acuerdo con las ideas modernas?...

No, eso fuera pagarlo sobrado caro. Es contrabando que no debemos comprar. Es querer pagar con dinero que no nos pertenece. Pues bien, negocio semejante es tan injusto como ilícito, si es que no merece ser llamado una traición.

5. El Cristianismo hállase minado en tal sentido. —Por esta razón, hácese difícil creer que esos esfuerzos proceden formalmente del deseo de resucitar en el mundo la estima de la fe cristiana y la vida de la Iglesia.

Si así fuese, los promovedores de esas ideas tratarían manifiestamente de presentar la doctrina de la Iglesia y la vida cristiana en una pureza y en una perfección tan elevadas como fuera posible. Pero su primer y su postrer fin es con frecuencia todo lo contrario, es decir, que no tienen sino una sola intención: descartar todo lo sobrenatural y todo fervor, hasta tal punto, que cuesta trabajo reconocer en eso la fundación de Jesucristo y de los Apóstoles.

Pero si los representantes de esta tendencia se avergüenzan del Salvador mismo y de sus palabras; (2) si hacen lo que se requiere para que se les cuente en la masa

(1) Weiss, *Die religiöse Gefahr*, (3), 377 y sig.
(2) Luc., IX, 26.

de aquellos que menos valen en la Iglesia, en tanto que los Apóstoles, los grandes doctores y los santos hanse gloriado de la vergüenza de Jesucristo y de la locura de la cruz, (1) ¿cómo pueden entonces alimentarse con la ilusión de que llevarán al mundo á confesar gozosamente el nombre ultrajado de Jesucristo?

Lo más curioso que hay en eso está en que, de una parte, esos hombres llevan con frecuencia ventaja á su época en despreocupación tocante á la crítica referente á lo que la Iglesia manda ó tolera, y en predilección por las opiniones arriesgadas, y que, por otra parte, exígenle que acepte, sin decir palabra, como verdad inmutable, lo que quieren obligarla á aceptar.

Abstracción hecha de la injusticia y de la inutilidad del procedimiento, esto debe llevar á la ruina de la fe en la divinidad del Cristianismo. Por otra parte, el mundo cree sencillamente que las doctrinas de la Revelación son obra de los hombres y de las tendencias de una época que por fortuna pasó ya. Si ve ahora que sus propios defensores hablan en tal sentido, ve en sus palabras, y con razón, la confirmación de su prejuicio.

Para no citar más que un ejemplo sabido, ¿qué impresión debió experimentar cuando Beda Mayr escribió una *Defensa de la religión cristiana*, que él mismo necesitó defender mediante vasta apología y por medio de una serie de artículos, contra el cargo de haber desfigurado ó abandonado las cuestiones fundamentales más importantes del Cristianismo?

6. La destrucción de lo sobrenatural es el triunfo del mundo.—Toda esa tendencia tiene, si no como fin declarado y querido, á lo menos como consecuencia, por una parte, el empobrecimiento de todo lo verdaderamente cristiano, ó, como preferimos decir para evitar todo equívoco, de la vida de la Iglesia y del espíritu católico, y, por otra, la subordinación del Cristianismo al espíritu y á los poderes que reinan en el mundo.

(1) Act. Ap., V. 41. I Cor., I, 17 y sig.

Si tuviéramos que decir brevemente cuáles son el verdadero contenido y el fin postrero de ese liberalismo solapado, haríamoslo así: Tiende á rechazar lo sobrenatural y á subordinarlo, no á lo natural como pudiera creerse, sino al mundo. Necesita destronar al Dios del Cristianismo, al Dios Santo de la Revelación, en favor del falso humanismo.

Todo eso hállase tan bien velado con palabras al parecer inofensivas, que, en verdad, los defensores más celosos de tal tendencia protestarán contra semejantes imposiciones. Mas, lo que hemos dicho permanece, sin embargo, incontestable. Esos defensores de la nivelación entre el Cristianismo, el mundo y la humanidad, son ciegos instrumentos en manos de aquellos que saben para qué los emplean.

¡Oh! sí, amamos sobradamente al mundo, sobradamente le tememos, hallámonos sobradamente penetrados de sus sentimientos! Que aquel que se crea exento de estas tres faltas, nos arroje la primera piedra. Pero quien no haya por entero perdido la inteligencia para la verdad, golpee su pecho, y se nos una para confesar que todos padecemos la influencia del espíritu de la época, y que todos nos hallamos atacados de la enfermedad que el mundo padece. Todos hémonos hecho sobrado mundanos, no digo sobrado naturales. ¡Pluguiera á Dios que fuéramos á lo menos eso! Pero lo verdaderamente natural nos es tan extraño como lo sobrenatural, y tan apartados de ello estamos, porque nos hemos dado al mundo. Nuestra gran desgracia procede de nuestra falta, el desconocimiento, la deformación, la negación de lo sobrenatural.

Debiéramos pensar y obrar de manera enteramente sobrenatural, ó, como la Escritura dice, en el Espíritu, [1] de manera celestial, [2] divina. [3] Deberíamos vivir en Jesucristo, [4] revestirnos de Jesucristo. [5] Jesucristo debería vivir en nosotros. [6]

(1) Gal., V, 16.—(2) Phil., III, 20.—(3) Col., I, 10, I Thess., II, 12.
(4) Rom., VI, 11.—(5) Rom., XIII, 14.—(6) Gal., II, 20.

El mismo Salvador enseñónos el camino y los medios para llegar á eso: negarse á sí mismo, llevar la cruz, imitar á Jesucristo. [1]

¿Pero quién soporta tan sólo que así se le hable? ¿Quién aspira todavía seriamente á fines tan magníficos? No pensamos en esa gran labor, única misión del cristiano, y detestamos los medios que á eso nos llevan. ¿Es Jesucristo quien en nosotros piensa, siente y vive, ó es el mundo? ¿Podemos decir con toda verdad que doblamos la rodilla tan sólo ante el Dios vivo del cielo y de la tierra? ¿Qué poder es aquel á quien veneramos y tememos?

Y si hoy el Espíritu de Dios nos levantase entre el cielo y la tierra, como en otro tiempo al profeta Ecequiel, y nos hiciese ver el camino de Jerusalén como Él mismo lo ve á la luz de su saber infinito, ¿qué veríamos? Lo que vió el profeta entonces, cuando la ciudad santa caminaba delante de su castigo. En el atrio de los gentiles, precisamente en el sitio por donde se pasaba para ir al altar, habíase colocado la imagen de Venus Astarté, [2] como si se hubiera querido provocar la cólera de Dios. [3] Nadie podía entrar ni salir de la casa del Señor, sin que sus ojos no viesen aquella estatua.

Menos mal todavía. En el interior del templo mismo, habíanse por doquiera colocado, á lo largo de los muros, todos los ídolos de la época, todas las atrocidades capaces de agradar al pueblo, y los más viejos de la casa de Israel manteníanse en pie ante tales imágenes con un incensario humeante en la mano. [4]

Pero, sobre todo, en el santuario es en donde se mostraban las más horribles abominaciones. Allí encontrábanse los sacerdotes y los levitas que vivían del altar. Pero, en vez de cuidarse de su servicio, volvíanle la espalda, y, teniendo en sus manos un ramo de olorosas flores, miraban al sol naciente. [5]

(1) Matth., XVI, 24; X, 38.
(2) IV Reg., XXI, 7; II Par., XXXIII, 7.—(3) Ezech., VIII, 3, 5.
(4) Ezech., VIII, 10, 11.—(5) Ezech., VIII, 16, 17.

Tal es igualmente el espectáculo que nuestra época nos ofrece. Tiempos y cosas aseméjanse siempre.

¿Quién puede hoy dar un solo paso sin que sus ojos tropiecen por doquiera con objetos escandalosos y seductores? Si no cruza por calles y salas como un ciego, jamás estará seguro de que la muerte no penetre en su alma, por las ventanas de sus ojos. El peligro le persigue hasta las puertas del santuario, y cuando abandona la casa de Dios después de haberse arrodillado ante la sagrada mesa, la inmoralidad y la desvergüenza son las dos primeras cosas que hieren sus miradas.

Mas por lamentable que sea tal situación, es por lo menos consoladora, por una parte, en el sentido de que la corrupción no reina en la casa misma de Dios. Tiempos hubo en que había tendido ella sus lazos hasta en los templos.

¡Ay! ¡si solamente pudiéramos decir que el espíritu del mundo no penetró por otros caminos! Pero haríamos violencia á la verdad, si dijéramos que no hay ídolos, ante los cuales algunos de los nuestros manejan el incensario. El liberalismo en la enseñanza, el ingenio en el arte y en las letras, el intento de echar abajo el respeto á la autoridad, en la prensa igualmente que en las relaciones particulares, el desdén respecto de los medios que traen la gracia y de los mandamientos de la Iglesia, de las prácticas del culto divino, el desprecio de la vida de oración y de mortificación, la participación en las diversiones y futilidades del mundo, son otras tantas cosas que nosotros mismos hemos aprendido á considerar como únicas notas características de la civilización moderna, y la única idea exacta de las exigencias de la época.

Pero la medida se llena, cuando vemos la manera con que ese espíritu mundano se extiende en el santuario, hasta cerca del altar. ¡Cuántas veces celébrase con tibieza el santo sacrificio! ¡Cuántas enséñase la palabra de Dios con indiferencia, en la escuela y en el templo! ¡Cuántas veces recítase sin atención el Oficio! No debemos hacer grandes

cargos al mundo, cuando no mira con gran respeto todo eso, y cuando pretende hasta que nosotros no lo tomemos en serio.

Por el contrario, hablamos florido lenguaje, adoptamos maneras que parecen desafiar á los mejores actores, esparcimos los más suaves perfumes en torno nuestro, caminamos como una novia. Nuestros aposentos hállanse dispuestos para recibir visitas distinguidas, en tanto que los altares del Señor y su vestimenta inspiran disgusto y desdén, —si así se nos permite decirlo,—á causa de su poca limpieza y de la negligencia con que se les cuida.

Por doquiera el culto de Dios va á menos. Por el contrario, el poder del reino del mundo, que, desde el principio, fué opuesto al reino de Dios, elévase en cada momento cada vez más sobre el horizonte. Y nosotros tenemos constantemente los ojos fijos en el sol naciente de sus favores y de su poder. Volvemos la espalda á la Iglesia, para no vernos obligados á soportar con ella el desprecio y la opresión, y prestamos homenaje al dios-emperador, al dios-Estado, al dios-sociedad, y á toda clase de poderes, llámense mujeres, judíos ú opinión pública. Basta con que esperemos obtener de ellos un pobre empleo, un pobre título, aun cuando para ello nos viésemos obligados á renegar de la Iglesia, del altar, de nuestros más sagrados deberes.

En una palabra, servimos al mundo, y renegamos de lo sobrenatural. Adoramos todos los ídolos de la época, y creemos además que Dios nos debe una gratitud especial, cuando, en el vasto templo en donde diariamente sacrificamos, dejámosle una pequeñísima capilla lateral en obscuro rincón. Pero ni nuestra conciencia, ni la experiencia de los castigos, hablan bastante alto para que comprendamos las palabras de Dios irritado: «Hijo del hombre, ¿ves la conducta de éstos, y las abominaciones que aquí comete la casa de Israel? Véome obligado á alejarme de mi santuario». [1]

(1) Ez., VIII, 6.

7. No se da paz posible con el espíritu mundano.— Ante esa lamentable situación, y ante los peligros que la siguen, no hay más que un medio de salvación: una ruptura formal y decisiva con el espíritu del mundo.

No condenamos al mundo; no es cosa que nos compete. Alguien hay que juzgue, y cuyo juicio vale para la eternidad; y aun éste no necesita formular una sentencia, pues el mundo condénase ya él mismo.

Pero no nos es dado cambiar lo que se nos ha dicho: «No os conforméis al siglo presente». (1) «No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, pues en el mundo todo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida». (2)

Sí, el mundo entero hállase sumergido en el mal. (3) No hay paz posible con él, á menos de abandonar la causa de Dios. Y á ésta, no debemos hacer traición.

Si esto fué verdad siempre, eslo doblemente en la actualidad. No se trata de oponer obstáculos á la expansión del reino de Dios. Á los adversarios actuales de Jesucristo, no más que á los judíos, el viernes santo, no les basta con flagelarle para ver algunos de sus miembros mutilados. No, preciso es que sea crucificado, muerto, arrojado del mundo de los vivos; es necesario que su fundación, la Iglesia, sea demolida y aniquilada de arriba abajo. Actualmente es la guerra, reino contra reino, ejército contra ejército, iglesia contra iglesia.

De esa contra-iglesia negra, impura, sin campanario, que se presenta como rival contra el reino de Dios, una vidente moderna, que con frecuencia habló de estas cuestiones, (4) dice, en un pasaje notable: «Esa iglesia del mundo llena está de lodo y de tinieblas. Casi nadie conoce la obscuridad en donde trabaja, de tal manera es sombría.

(1) Rom., XII, 2.
(2) Ioan., II, 15, 16.
(3) Ioan., V, 19.
(4) Emmerich, *Leben Jesu Christi*, (1) III, 366 y sig. Schmöger, *A. K. Emmerich*, (2) II, 169 y sig., 263 y sig., 279 y sig.

Una silla sirve allí de altar; sobre una mesa, encuéntrase una calavera. En sus ceremonias, sírvese tan sólo de espadas. Allí, todo es malo de arriba abajo: es una sociedad de pecadores. Quieren formar un solo cuerpo en todo, menos en el Señor. Cuando la ciencia se separó de la fe, es cuando nació esa iglesia sin Salvador, en la cual la santidad de las obras existe sin la fe, esa contra-iglesia, de la cual la maldad, el error, la mentira y el dolor de cada demonio de la época forman su centro, esa anti-iglesia que no tiene un solo misterio religioso. Su lado peligroso es su aparente inocencia. Sus adherentes quieren y hacen por doquiera lo contrario de lo que Dios quiere. Todos están de acuerdo para prescindir de Jesucristo». (1)

Nada exageramos al hablar así. Lo que guía á este mundo, es el odio contra Dios y sus ungidos, es la lucha contra el espíritu de santidad, del cual no quiere oir hablar. Las palabras cruz y Jesucristo crucificado, son locura y escándalo para esa sociedad. (2) Tenemos que habérnoslas con los enemigos de la cruz, (3) que no se contentan con avergonzarse del Evangelio, sino que han jurado acabar con la fe.

Si así no fuese, ¿de dónde provendrían esos esfuerzos casi diabólicos para arrancar los hijos á su madre, á la Iglesia, y á la casa de su Padre Celestial? ¿No tienen como causa el odio al Espíritu Santo que todavía vive en sus almas? ¿Á qué esas tentativas de privar al moribundo de los últimos consuelos de esta vida, sino para gozar del triunfo de haber dejado frustado para el Salvador, en el momento decisivo, el botín por Él conquistado con su muerte? ¿Por qué se trata de corromper á la inocencia por medio de la burla, del arte, de la poesía y de la seducción? ¿Por qué se intenta extirpar de los corazones la fe en la pureza, como si fuese una hipocresía, una estupidez, una niñería ridícula, sino porque es un gozo verdadera-

(1) Schmöger, *Emmerich*, (2) I, 475.
(2) I Cor., I, 18, 23. Gal., V, 11.
(3) Phil., III, 18.

mente satánico el profanar la obra y la imagen del Criador?

Por doquiera vemos á Jesucristo nuevamente crucificado: en los escaparates, en los museos, en los teatros, en los salones de baile, en las escuelas, en los libros, en las asambleas y deliberaciones públicas. ¿Y podríamos callar en presencia de todo eso? ¿Vacilaríamos aún en separarnos de quienes crucifican á Nuestro Señor? ¿Preguntámonos todavía si podemos ir con ellos? ¡No! Imposible. Cierto que debemos tratarlos para comunicarles los dos bienes que el Señor trajo al mundo: la verdad y la vida. Mas para que reciban ellos de nosotros esos dos tesoros, debemos, desde luego, refugiarnos al pie de Jesucristo. Únicamente cuando los hayamos recibido de su corazón, puros é intactos en el nuestro, podremos ofrecérselos al mundo sin daño para nosotros, y con provecho para él.

8. Verdadero conocimiento de la época.—Por esa razón no vemos con malos ojos que se llenen los aires con esta queja: «Las cosas no pueden ir como en pasados tiempos. Los tiempos han cambiado. Y quien no comprenda que las necesidades apremiantes del presente y del porvenir nos imponen exigencias mucho más elevadas que antes de ahora, se verá infaliblemente aplastado por la rueda del tiempo».

Ciertas son estas palabras. Unicamente requiérese entenderlas de manera distinta de lo que generalmente se hace. Y de todo corazón quisiéramos que, ante todo, se aprovechasen de ellas los que de mejor grado las profieren.

Sí, los tiempos han cambiado; hanse tornado de excepcional gravedad. Oblíganos á tomar una decisión. ¿Quién sabe si será la última? Ya no hay nada que hacer con la mediocridad y la comodidad. Quien todavía crea que hace un favor á la buena causa adulando al mundo, no es digno de la época grande, sublime, seria, en la cual se digna Dios hacernos vivir. Quien no quiera perecer en estos días difíciles, necesita de gran formalidad; no debe obrar á medias. Como son pocos los que pueden resolverse á ello, esa es la razón por la cual también son muy pocos los que comprenden estos tiempos, y proceden en conformidad con sus necesidades.

Los que viven de verdad del espíritu del Cristianismo, y piensan y sienten con la Iglesia, comprenden lo que la época exige. La gran lástima está en que sean tan pocos. Pero, cuanto menor sea su número, con más vigor deben obrar, más deben trabajar de incansable manera, y levantar la voz para clamar á quien quiera oirlo: «Las necesidades que en la hora presente se imponen, son la separación total del mundo, el amor gozoso de la cruz, la imitación sincera de Jesucristo, los esfuerzos por llegar á la perfección, y aun á la más elevada santidad».

CONFERENCIA VII

DESASIMIENTO DE LOS BIENES TERRENOS

1. La vida social es como examen sufrido por el hombre acerca de sus vicios capitales.—Fácil es decir que sólo hay *dilettanti*, sobre todo en el clero, que no pueden resistir la tentación de hacer que resalte el punto de vista moral en la discusión de asuntos públicos, como, por ejemplo, en los asuntos de instrucción y de educación, de civilización en general, y aun de mera política. Fácil es decir igualmente, que en la cuestión social es en donde se ve mejor esta tendencia, y que hace imposible toda discusión rigurosamente científica.

Si la condición preliminar para una discusión de ese género consiste en excluir todo miramiento en punto á la moral, no podemos menos de deplorar esa ciencia. Pues, si su misión debe limitarse á registrar y alinear los hechos externos, aun en los defectos que provienen, sin embargo, del hombre razonable y libre, no es ella entonces otra cosa que una destreza mecánica, y los seres más sabios, que hasta el presente conocíamos, no son sino placas fotográficas ó máquinas de registrar.

¡Si únicamente fuera posible observar esa exigencia que se dice científica! ¡Si únicamente un hombre reflexivo pudiese escribir y hablar de manera soportable acerca de la situación social,—limitándonos á este ejemplo, sin entrar en la vida real,—y su centro vivo, el hombre real!

Han pasado los tiempos,—sea Dios por ello alabado,—en que la llamada economía nacional científica, creía haber resuelto su misión, cuando declamaba cierto número

de frases aprendidas de memoria acerca de la oferta y la demanda, acerca del oficio de la moneda, y acerca de las leyes de la naturaleza, pero miraba al hombre como pieza accesoria, inevitable, en la máquina general.

Hoy, quiéralo ó no, la ciencia tiene que descender de su trono, contar con el hombre, con sus necesidades y darle un puesto en sus apreciaciones.

Pues bien, cuando tal sucede,—y es de necesidad,—la lógica de los hechos lleva consigo la necesidad de contar también con la fase moral de la vida humana. ¿Quién, por otra parte, pretendería hablar razonablemente del hombre, sin tener en cuenta aquella última? El anatómico, bien, pero él tan solo trata de cadáveres. Quien trate del hombre vivo, aun siendo un médico, para quien el cuerpo es mera máquina, debe tratarle como ser moral. Y también trátale como tal.

Así procede toda persona reflexiva, aun el economista perteneciente á la escuela que, por principio, excluye la moral de su terreno. «¿De qué nos sirve—dice con desesperación—el establecer las más hermosas leyes de la naturaleza, según las cuales todo podría ir de admirable modo? La teoría es perfecta; pero en la práctica nuestros esfuerzos son vanos. Pues, desgraciadamente, siempre es el hombre quien descompone nuestros planes. Dámosle un salario con el cual podría ciertamente vivir, si supiera contentarse con él. Mas para él, ese salario nunca es bastante elevado. Siempre quiere más. ¿Y por qué? Porque no quiere limitarse, porque siempre quiere gozar y subir siempre. Cada cual quiere ser dueño de sí; cada cual quiere gozar de la vida, y para eso todos los medios son buenos. Sí, el orgullo, la busca de los placeres, la avaricia, he ahí las tres grandes plagas de la vida social».

2. Origen é importancia de los tres principales vicios del hombre.—¡Oh maravilla! He aquí á nuestro elaborador de política social transformado de pronto en predicador de moral y en maestro de retiros. Y, lo que todavía es más curioso, sus palabras concuerdan textualmente

con lo que San Juan dice, no solamente de la vida social, sino de la vida del mundo, y del espíritu del mundo en general. «Todo cuanto hay en el mundo, redúcese á tres cosas, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida». [1]

La busca de los goces, la avaricia, el orgullo, tal es el espíritu del mundo, según el juicio del Espíritu Santo.

Pues bien, tal es él igualmente, según el juicio del mismo mundo y de cuantos le conocen, con la diferencia, no obstante, de que casi siempre éstos no lo expresan en términos tan moderados, sino con amargura y burla.

Inútil hablar largamente acerca de tal asunto, pues hácelo la realidad. No condenamos al mundo; no decimos que cuanto hay en el mundo es malo; hasta más bien hacemos una distinción bastante rigurosa entre el mundo y lo que es condenable en su espíritu y en sus actos. Y precisamente por eso, es por lo que decimos que si se lograse separar del mundo esas tres cosas, la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida, nada en sí tendría de condenable.

¿El hombre más moderado no será de nuestro parecer? [2]

Los dos móviles propiamente dichos que empujan al mal, son el orgullo y la sensualidad. Esto corresponde á la doble naturaleza del hombre. Desde que cayó del estado que le corresponde, es decir, de aquel estado en que, merced á la armonía de sus facultades, á la subordinación de su espíritu á Dios y de sus sentidos á su espíritu, vivía dichoso, todo cayó en el desorden. Él mismo hállase dividido en dos mitades que se hacen entre sí la guerra más encarnizada, á menos que el espíritu no se haga es clavo de la carne, sin oponer resistencia alguna.

El espíritu emancipado del yugo de Dios, sigue sus propios caminos y sólo tiene un deseo, subir hasta que nada encuentre más alto que él. La carne, que arrebató de manos del espíritu las riendas con las cuales la contenía, sigue un camino opuesto, y desciende cada vez más, no pudiendo goce alguno sensual satisfacer sus deseos.

(1) I Joan., II, 16. Cf., Clinias Pythagor. (Mullach, II, 24). Entre las diferentes interpretaciones de este pasaje, ésta es la que mejor se armoniza con el sentido de las ideas de la Sagrada Escritura. Eccl., XIV, 8, 9. Eccl., IV, 8. Prov., XXVII, 20.

(2) Cf. Weiss, *Lebensweisheit*, (10), 94 y sig., 99 y sig.

Como se ve, es precisamente el orgullo intelectual quien lleva á la más vil esclavitud de los sentidos. Luego, cuanto más se extravía subiendo el espíritu orgulloso, tanto más pierde en punto á seguridad y apoyo; cuanto más la porción sensible cae en el fango, más pesada se torna su masa. Esto tiene que acabar por un derrumbamiento y por una ruina.

Por lo tanto, en este camino, no se da hartura ni satisfacción para el hombre. Por el contrario, para decirlo con Platón, á medida que los dos corceles apártanse uno de otro, agrándase la distancia que entre ellos media.

Para llenar ese hueco, el hombre no cuenta más que con una sola cosa: la tierra con sus tesoros. De ahí proviene su sed de bienes terrenos, sed que jamás puede aplacar, pues, por ambos lados, arriba como abajo, vése constantemente acrecida por el deseo de poseerlos. Pues el orgullo que debe sentir muy amargamente el escaso éxito de sus esfuerzos para someterse el mundo del espíritu, vese muy pronto reducido á la única posibilidad que le queda para obligar á sus conciudadanos á darle su estima: hacerlos rivalizar en ardor para sobrepujar en punto á bienes terrestres ó en punto á influencia dada por ellos.

Por otra parte, la busca de goces sensibles no empuja menos á acrecer los bienes temporales. Es el único medio por el cual espera poder aplacar su sed inextinguible.

Así nació la busca de riquezas, desde luego mero auxiliar, casi pudiéramos decir ciencia auxiliar, puesta al servicio de las dos grandes enfermedades del espíritu: el orgullo y la sensualidad.

Basta con ver la conducta perversa de la juventud, para convencerse de que la horrible sed de oro no existiría en el hombre, si no estuviese alimentada por el orgullo y

por la avidez de los goces. Pues bien, cuanto más tales pasiones producen en el alma un vacío insoportable, más la sed de riquezas tórnase predominante. De ahí el fenómeno de que, á medida que se adelanta en años, en el momento en que todos los demás vicios han perdido de atractivo, y se ofrecen como vanas ilusiones, la avaricia crece siempre. Parece ser entonces la única cosa á la cual sea sensible el corazón.

3. Peligros en pretender las riquezas.—Mirada en sí misma, la busca de riquezas es, pues, una aberración accidental, y el vicio más ajeno al hombre.

Pero si consideramos á éste en el estado de decadencia en que realmente se encuentra, necesario es atribuirle una importancia mayor. El amor á las riquezas es el lazo que encadena á la tierra al hombre caído. Es el aceite que constantemente alimenta la mecha de los dos vicios principales de la humanidad: el orgullo y la sensualidad. Es el contrapeso á todas las decepciones que éstos provocan. Es un móvil que hace á uno capaz de todos los crímenes. Mediante todas las atracciones y todas las rebeliones, que son su consecuencia, es el medio principal que impide al alma el entrar seriamente en sí misma, y volverse á Dios. Cuando el amor á las riqueza sobra en grande, es entonces medio infalible para conocer en qué medida una sociedad hállase alejada de Dios, y sumergida en las cosas de la tierra.

Por consiguiente, que los economistas estimen, si quieren, la prosperidad de una época según el aumento del bienestar exterior, pero, desde el punto de vista sociológico, no cabe apreciar la dominación del dinero, sino como un empobrecimiento de la sociedad y del hombre. Y esto confirmado está por la historia. Pues un período semejante va siempre acompañado ó precedido de una gran flojedad moral, y prueba, á no dudarlo, que la esclavitud y el envilecimiento han alcanzado muy alto grado.

En una palabra, si se cuenta con la realidad, no habría manera de imaginarse sobrado grandes los peligros á que tal vicio nos expone.

El amor á las riquezas no es el mayor de los pecados. Los que son puramente intelectuales son más graves, porque suponen algo más decisivo en la aversión á Dios. Pero es uno de los rebajamientos más vergonzosos á los cuales pueda descender el hombre, y eso precisamente porque su objeto se halla tan profundamente por bajo de él.

Finalmente, ese vicio es una esclavitud cuyas cadenas son excesivamente difíciles de romper, pues no le sucede como á los vicios sensuales, no pierde su atractivo por el abuso, y no embota la sensibilidad. Por el contrario, más bien avívalos, mediante las alternativas de decepción y de esperanza de las cuales es fuente, igualmente que por los esfuerzos siempre renacientes que provoca. [1]

Mas lo peor que hay, es que, para el hombre en quien entró ese vicio, es señal de profunda decadencia, casi sentiríase uno tentado á decir, de la más completa decadencia, y que es al propio tiempo el punto funesto introducido entre las porciones disgregadas de la naturaleza humana corrompida. Mientras en él domina, no hay que pensar en la curación.

Por lo tanto, claro es que el gran medio de salvación moral, es decir, la ascética, debe muy principalmente dirigir sus esfuerzos contra ese enemigo, cuando se trata de desechar el espíritu del mundo y de curar el alma.

4. Su influencia desde el punto de vista religioso. —Ante todo, es manifiesto que el amor á las riquezas es el mayor obstáculo al vuelo del alma hacia lo alto, por lo tanto á los esfuerzos para llegar á un ennoblecimiento moral y religioso, y muy particularmente á lo sobrenatural.

Con razón llama el Apóstol á ese vicio idolatría. [2] Pues una vez apoderado del corazón, el desgraciado que se hizo esclavo suyo, de tal manera sepúltase en los bienes terrenos, que de desear fuera que el servicio de Dios nos cautivase á todos en igual medida. El hombre ambicioso sólo en el

(1) Thom., 2, 2, q. 118, a. 5.
(2) Eph., V, 5. Col., III, 5.

dinero piensa, no obedece sino al dinero, pone toda su confianza y todos sus afectos en el dinero. Por el dinero, lo sacrifica todo, hasta su entendimiento y su conciencia. Por él, da su salud y su vida, por él expone hasta su dicha eterna. ¿Qué importancia puede, además, tener el culto de Dios al lado del culto de Mammón? «Nadie—dice el Señor—puede servir á dos amos», [1] con mayor razón á dos divinidades, cada una de las cuales revindica para sí sola al hombre entero.

Además, la idolatría del dinero expone también al hombre á un peligro enteramente particular, el de no procurarle ninguna satisfacción duradera.

Desde ese punto de vista, el buscar las riquezas es un vicio único en su género. Ni el orgullo, ni los placeres de los sentidos pueden compararse á él.

Fácil es explicarlo desde el punto de vista psicológico. El hombre tiene sobrada conciencia de su independencia, para que el sentimiento de poseer un puñado de tierra no le haga dichoso hasta el fondo de su alma.

Santo Tomás había sin duda arrojado profunda mirada sobre el corazón humano, cuando decía que «el amor á las riquezas no es un vicio de los sentidos, sino del espíritu, porque aquél que es su esclavo, no busca en definitiva sino su propia satisfacción». [2] Y es verdad. Pero no es menos peligroso.

Así, para inspirar al hombre el temor de tal pecado, dijo el Salvador: «Ay, de vosotros ricos, pues que tenéis vuestro consuelo». [3]

De tal suerte está formado el hombre, que un malestar interior le empuja de lo imperfecto á lo mejor, le aparta del mal y oriéntale hacia Dios. Quien conozca siquiera un poco á los hombres, espántase al ver morir á personas que se creen por sí mismas justas, personas que tienen todo su bienestar, perfectamente satisfechas y llenas de seguridad

(1) Matth., VI, 24.
(2) Thomas, 2. 2, q. 118, a. 6.
(3) Luc., VI, 24.

tocante á su salvación. Parécele que esa satisfacción personal de que disfrutan, hasta les quitó el deseo de buscar algo mejor.

Pero esa idolatría no proporciona consuelo tal á todos. Para muchos, es precisamente lo contrario: es para ellos fuente de cuidados y angustias continuas.

No obstante, no debe creerse que eso tenga influencia saludable. No, porque esa tensión y esa sobreexcitación apodéranse de tal suerte del corazón humano, que se torna inaccesible á lo elevado. No hay sino ver á un esclavo de ese dios cruel en su lecho de muerte, para comprender hasta qué punto el cuidado de su amado dinero se apoderó de él. A tal punto llega, que ni siquiera oye que la muerte llama á sus puertas.

5. En nuestro interior.—Así, nadie se asombrará que tal vicio corrompa al hombre, como lo hace.

El placer de los sentidos produce rabia en la carne y orgullo en el espíritu, y ambas cosas conmueven y derrumban profundamente la naturaleza humana, es cierto. No puede uno siquiera darse bien cuenta de ello, sino viendo la tenacidad con que sus consecuencias hácense sentir, años todavía después de la conversión. Pero el amor á las riquezas aventaja á los demás vicios en que ataca al corazón, lo empequeñece y aun lo petrifica.

Fácil es hacer ver sus consecuencias. De igual suerte que un terror súbito aprieta de tal manera el corazón del hombre, que se detiene desatinado é inmóvil ante las amenazadoras mandíbulas de una serpiente, ó en presencia de un incendio, de igual modo ese vicio torna insensible á todas las amenazas del fuego eterno, y á todas las exhortaciones al amor de Dios, con la diferencia, no obstante, de que el efecto producido por el terror es momentáneo, en tanto que el producido por el amor á las riquezas es permanente.

Una vez apoderado ese vicio del corazón, el hombre apégase de tal suerte á las cosas de la tierra, tórnase tan indiferente con respecto á su salvación, tan insensible á

más nobles impulsos, tan inaccesible aun al temor que, diríase, tiene en su pecho una piedra en vez de corazón. De ahí viene el que el Espíritu Santo haga decir al sabio: «Nada hay más injusto que aquél que ama el dinero. Hombre tal hasta vendería su alma, porque vivo despojóse de sus propias entrañas». [1]

6. En la vida social.—En este caso, el prójimo y el mundo son, naturalmente, quienes menos pueden contar tratándose de consideraciones. Inútil extenderse más en ese punto, pues que nuestra situación social, en grandecomo en pequeño, da con respecto á él la más triste explicación.

«El afán por la fortuna;—dice Leroy-Beaulieu—he ahí el espectáculo que ofrecen casi por todas partes nuestras sociedades occidentales. Parécense á un circo obscuro en donde grandes y chicos, jóvenes y viejos, los padres llevando de la mano á sus hijos, corren á porfía, derribándose en el camino y pisoteándose unos á otros. Á esa febril prosecución dedican los padres á sus hijos. Para la mayor parte, la educación no es más que un correr ante esa *steeple-chase* á la fortuna, tanto peor para los que caen en el camino, ó se quedan cansados ganando el premio». [2]

No hay para qué decir que, con tal proceder, la parte noble y delicada del corazón humano debe necesariamente atrofiarse. El egoísmo humano lleva en sí, es verdad, el germen de la violación de la caridad. No obstante, el hombre trata ordinariamente de ocultar ésta última bajo una finura ó bajo una amabilidad afectada, no porque él mismo respete esas cualidades, sino porque se avergüenza de dejar ver su egoísmo. Una vez caído el velo que hasta entonces habíalo ocultado á las miradas del mundo, muéstralo entonces con ese orgullo impudente de que hace prueba la inmoralidad, tan luego como se vió sorprendida en la verdadera forma que por largo tiempo había ocultado bajo la capa de aparente candor.

(1) Eccli., X, 10.
(2) Leroy-Beaulieu, *Le regne de l' argent (Revue des Deux-Mondes)* CXXII (1894), p. 242 y sig.

Pues bien, la avaricia es quien suministra al egoísmo la ocasión más segura para manifestarse, y eso bajo su forma más vulgar.

Por esta razón no se le encontrará en parte alguna de tan brutal manera como allí en donde reina el espíritu de Mammón. Mas una vez que haya él destruído los rasgos más nobles en el interior de sus servidores, dirígese públicamente á cuanto hay grande y santo. Para el adorador del becerro de oro, nada hay que sea digno de respeto. Considéralo todo como venal: convicciones, conciencia, inocencia, honradez, lealtad. De igual manera que vende su voz y su alma al mejor postor, de igual suerte considera la vida entera como inmenso mercado, la vida eclesiástica lo mismo que la vida política.

Á quien le hable de fe y de deber, considérale como un hipócrita, como un especulador, tanto más astuto cuanto que rehusa más largo tiempo el aceptar una ofrenda. Para él la venta de las almas es cosa tan natural como vender rábanos en el mercado. Él mismo, como esclavo que es del oro, mira á todos como esclavos, y como tales los trata, enteramente como en la antigüedad, que no otorgaba al esclavo ni derechos personales, ni el derecho de tener opinión personal, ni honor, ni virtud, ni dignidad humana.

7. El desasimiento de los bienes terrestres es principio de la prudencia en la educación cristiana.—Solamente cuando se mira todo eso, es dado formarse idea de la sabiduría y de la fuerza con que el Cristianismo se puso al trabajo, á la tarea de combatir el espíritu del mundo.

Abramos las primeras páginas de la historia de los apóstoles, que nos dan á conocer los comienzos de la primitiva Iglesia de Jerusalén. Tan sólo leemos en ellas algunas líneas acerca de la fe en la cual bautizaban á sus discípulos, y acerca del culto divino que celebraban. Pero allí encontramos tanto más desarrollado el entusiasmo que todo lo hacía común entre los cristianos, de tal manera que na-

die podía llamar suya una cosa, [1] y la grandiosa generosidad con la cual socorrían á los pobres.

Si examinamos en la historia de la Iglesia, los primeros comienzos de aquellas asociaciones, cuya misión consistía en continuar la vida de la comunidad apostólica, en más ceñidas esferas, porque, en el seno de aquella Iglesia siempre creciente, no podía uno mantenerse de una manera general en la primitiva severidad, hallamos entonces, á la cabeza de toda enseñanza ascética, el principio de que quien quiera servir á Dios en la vida religiosa, debe abrazar la pobreza, y eso en todos sentidos. [2] El desasimiento completo de toda posesión alimenta la verdadera filosofía, [3] presta reposo al alma, [4] y enséñale el camino de la piedad. [5]

Si seguimos las tentativas todas ocurridas en el transcurso de los tiempos para levantar la vida religiosa cuando declinaba, por doquiera encontramos este hecho, que los reformadores ilustrados por el Espíritu de Dios, y aleccionados por la experiencia, comenzaban por restaurar el espíritu de pobreza. Y con razón. Pues la experiencia demuestra que la perspectiva del éxito en las reformas desvanécese por adelantado, allí en donde tal espíritu no se halla despierto, y que los mejores comienzos á nada llevan tan luego como ese espíritu ha desaparecido.

Todo eso hállase de manera tan evidente en la Sagrada Escritura y en la más lejana historia del Cristianismo, que muchos han creído que el antiguo y verdadero espíritu cristiano no daba valor alguno á la fe en las cosas suprasensibles, de igual suerte que á la oración y á otras prácticas del culto divino, sino que hacía consistir exclusivamente la religión en el desasimiento completo del mundo, y en las obras de misericordia.

No podemos ocuparnos aquí en esta exageración. Hé-

(1) Act. Ap., II, 44 y sig.; IV, 32-34.
(2) Basil., *Ep.* 22, 3.
(3) Basil., *Ep.* 4 (Migne, *Patr. græc.*, 32, 237.
(4) *Vitæ Patrum*, 3, 169 (Migne, *Patr. lat.*, 73, 797).
(5) Basil., *In Isai. prophet.*, n.º 80.

moslo hecho ya en otra parte. [1] Pero lo que es muy cierto, es que el Salvador, lo mismo que los Apóstoles, han recomendado la renuncia á las cosas de este mundo [2] y las obras de misericordia. [3] De tal suerte, que á veces pudiera creerse que no es posible llegar por otros medios á conseguir la salvación.

Tal interpretación sería, no obstante, contraria á la doctrina evangélica. Pues ésta no nos permite en manera alguna dudar, de que, al recomendar la práctica de la pobreza perfecta, no entiende establecer una obligación que se aplique á todos, sino dar solamente un consejo á quienes aspiran á una perfección más alta, [4] y que tiene por cumplidas sus exigencias, con tal que nadie ate su corazón á los bienes terrenos, sino que sepa practicar el tan difícil arte de ser pobre de espíritu en medio de las riquezas. [5]

Así, pues, con tan suave como elevada enseñanza, el Cristianismo puso el hierro en la llaga más sensible del corazón humano; cortó lo que se necesitaba cortar para curarle, y dejó á la propia libertad el cuidado de escoger el remedio seguro, según el impulso interior y la posibilidad exterior de cada cual.

Aconsejó lo más perfecto, recomendó lo necesario, y dió con ello mismo á cada uno la posibilidad de lograr su salvación.

Pero hay una cosa por él impuesta como obligación general, y es el desprender á lo menos el corazón de los bienes terrenos y el estar dispuesto á todos los sacrificios cuando la voluntad de Dios lo exige.

8. Los tres frutos de la renuncia del mundo.— Aquí podemos admirar la sabiduría de la educación divina. Esa palabra sacrificio, de la cual no quiere oir hablar el mundo, esa palabra que choca también á los pobres y á los desheredados—pues aun cuando no posean tesoros, de-

(1) Vol. V, conf. VI, 6, 9.
(2) Luc., XIV, 33.
(3) Matth., XXV, 35 y sig. Jac., I, 27.
(4) Matth., XIX, 21.
(5) Matth., V, 3. Cf. Ps., LXI, 11.

séanlos en su corazón—esa palabra, la primera que el Espíritu de Dios pronuncia, y que tal dolor causa al alma sumergida en las cosas terrenas, por lo mismo que corta profundamente en las más caras afecciones, tiene un triple resultado. Rompe los más pesados hierros para el espíritu, liberta el corazón y templa el carácter.

Con eso, el cristiano hállase preparado para la misión que Dios le impuso. Pues si quiere ser fiel á su vocación, necesita tres cosas: valor, libertad y generosidad.

Si alguien me pregunta lo que ante todo necesita para alcanzar su fin sobrenatural, no puedo decirle más que esto: valor y decisión. Es montaña escarpada la que hay que subir, y el camino que á la cumbre conduce es estrecho y escabroso. Los obstáculos son numerosos, y fuertes los enemigos que le cierran el paso. Para vencerlos, requiérese valor. Pues bien, es un hecho práctico que no se desaniman fácilmente los que nada temen, y que difícilmente se pone en fuga á quienes nada tienen que perder.

El hombre es un enigma, como quiera que se le considere. Prefiere dañar su piel á estropear sus vestidos; pónese ante una lluvia de balas y se guarece ante un chubasco. En donde su vida corre peligro, tórnase arrogante. Sabe, en caso necesario, resistir al ver amenazado su honor. Pero quien toca á sus bienes redúcele á la más absoluta impotencia.

Ahora bien, ¿cómo pudiera ser eso, tratándose de quien por nada se halla retenido aquí bajo? ¿Ante qué peligro huiría quien dió lo último que naturalmente érale querido?

Sin embargo, ¿de qué sirve el valor en donde el hombre no es libre para seguir los impulsos de su corazón?

¡Cuántos hay que son héroes en casa, cuando hablan de asuntos bélicos, y que tal vez lo serían realmente si se vieran ante el enemigo! Pero mil lazos que no pueden romper encadénanlos, y quizá auméntanse cada día. Así, todos esos hechos heroicos que cumplir quisieran, bien presto se desvanecen. Pues bien, la mayor parte de esas

cadenas rómpense en el momento en que cualquiera puede decir con San Pedro: «Señor, he aquí que todo lo hemos dejado por seguiros». (1)

El mundo compadece soberanamente á los pobres ciegos, como él dice, que, á consecuencia de un supuesto prejuicio envejecido, han abandonado sus goces y sus bienes terrenos. Pues bien, ese mismo mundo dice á esos mismos insensatos en los momentos difíciles y decisivos, en los cuales necesitan luchar penosamente para defender los derechos de la verdad, conservar intactos su honor y su conciencia: «¡Oh! cuán dichosos sois actualmente. Os veis libres, y nosotros atados. Obrad, pues; nosotros no podemos. Podéis hablar; pero nuestra boca está sellada. No estáis obligados á guardar miramientos á nadie. ¿Quién puede causaros daño? Sois independientes».

Tiene razón el mundo. Quien quiera saber lo que es la esclavitud del espíritu, no tiene más que ponerse bajo sus banderas. Ó más bien, no tiene uno idea bien clara de la prisión en que vive, ni noción bien exacta de la libertad del espíritu, en tanto que, en hora penosa, en la cual todo se agita, no se halló ante un hombre enteramente despegado del mundo, de sus goces y de sus bienes.

Pero desde que el espíritu alcanzó su libertad, halla en seguida esa flexibilidad y ese empuje que le son naturales.

El hombre no se halla tan clavado á las cosas de la tierra, ni tan encadenado al polvo, como su pereza parece hacérselo creer. Ha caído de su elevación, es cierto, y ha caído en el fango. Pero no puede desentenderse de la tendencia que le empuja hacia lo alto. Ni los goces de la vida no son bastante aturdidores para suprimirla por entero. Apenas el cansancio produce una interrupción, cuando de nuevo aparece. Una sola cosa es capaz de hacer callar por entero esa inclinación ideal de la naturaleza humana: el amor á las riquezas, ese amor que es como peso de plomo, que ata el hombre á la tierra. Hasta es más. Es como

(1) Matth., XIX, 27.

aquel manto de plomo dorado, con el cual Dante veía pasearse á los condenados. Cuando alguien se ve cargado con ese peso, pierde, no tan sólo la capacidad para ocuparse en cosas más altas, sino que pierde hasta el deseo de pensar en ellas. Cuando uno se desentiende de lo que le ataba á la tierra, su espíritu distiéndese súbitamente, y logra lo que hasta entonces parecíale incomprensible. Sabe apreciar lo que antes le disgustaba. Siéntese atraído á las cosas espirituales, por las cuales antes no sentía más que secreto horror.

El idealismo cristiano que la gracia sobrenatural inspira al espíritu y al corazón, tiene fácil tarea con tales almas. Allí en donde otras se arrastran penosamente, ellas corren; allí en donde otras hállanse clavadas á la tierra, ellas lánzanse al cielo; allí en donde el espíritu del mundo vulgar quéjase y murmura, como si llevase pesos imposibles de levantar, ellas nunca han hecho bastante; y no contentas con su propia tarea, trabajan, expían y hacen sacrificio en favor del mundo entero.

9. La renuncia del mundo es inmenso beneficio para este último.—Precisamente en esas almas es en donde se ve mejor que el desasimiento cristiano no es el abandono del mundo, sino únicamente una preparación para prestarle mejores cuidados.

Quien cree que los esfuerzos hechos para llegar á la perfección son egoísmo, y que el hombre perfecto, contento con saber que su propia salvación está segura, abandona de buen grado el mundo á su suerte, olvida qué página brillante forman, en el libro de la civilización, los actos de esa virtud que fué siempre mirada como escuela preparatoria de la perfección, á saber, la indiferencia ante las cosas terrestres.

Es imposible escribir una historia de la pobreza cristiana, desde los apóstoles hasta nuestros días, sin hacer al propio tiempo la apología de la caridad cristiana. ¿Qué angustia y qué miseria habrá dejado sin socorro? Los pobres, los huérfanos, los esclavos, los endebles, los enfermos, los

leprosos, los niños abandonados, los peregrinos, los cautivos, los ancianos, han sido sostenidos y consolados mediante los sacrificios de quienes se despojaron por Jesucristo, y que, sin embargo, habrían podido disfrutar en paz de sus legítimas posesiones.

Cuanto mayor se hizo el número de los necesitados, tanto más hanse desarrollado los medios de socorro de que se podía disponer; cuanto mayor fué el mal de los tiempos, tanto más crecieron las alas de la misericordia. Para cada nueva necesidad encontróse nueva forma de socorro. Las obras exteriores han cambiado con las circunstancias, pero el espíritu interior de la caridad con respecto al hombre y con respecto á Dios no cesó de ser activo.

Quien no comprenda el espíritu cristiano, no puede entender ese enigma.

Solamente con silenciosa sonrisa es dado oir las extrañas palabras con que el mundo trata de explicarse tales contradicciones. «Aquí es en donde se ve como esas personas resultan engañadas—dícese.—Exteriormente préstanse las apariencias de haber renunciado á todo, y, en realidad, disponen de medios tan poderosos, que nos cuesta trabajo formarnos idea de ellos. Dios sabe como se las arreglan para procurárselos. Por nuestra parte, ignorámoslo».

Hablando con franqueza, con frecuencia ignoramos nosotros mismos como se reunen los fondos para subvenir á tantas obras. Pero sabemos perfectamente de donde proceden, de nuestra pobreza y de la riqueza de Dios. He ahí todo el misterio. En tanto que persistimos en nuestra renuncia al mundo, somos, dice el Apóstol, «pobres, pero enriquecemos á muchos; parece que nada tenemos, y lo poseemos todo». [1] En el momento en que quisiéramos hacernos semejantes á él, tales medios desaparecerían. Si tan sólo en Dios nos apoyamos, somos inagotables, si Dios no nos basta, resultamos tan vacíos como el mundo, que no tiene más posesión que á sí propio.

Por ahí, cada cual puede ver con sus propios ojos, y co-

(1) II Cor., VI, 10.

nocer de evidente manera, que dijo la verdad Aquél que animó á sus discípulos á que fuesen perfectos haciéndoles esta promesa: «Quien haya dejado su casa, ó sus hermanos, ó sus hermanas, ó su padre ó su madre, ó su mujer ó sus hijos ó sus campos á causa de mi nombre, recibirá el céntuplo y tendrá la vida eterna». (1)

10. La renuncia del mundo es garantía del espíritu de apostolado en la Iglesia.—Así, renuévanse en cada momento sobre la tierra los milagros de los primeros días, allí en donde se hallan los discípulos de Jesucristo, cuando fieles á su palabra, renuncian á cuanto poseen. (2)

Los apóstoles eran todavía niños en la fe, é incapaces de comprender los misterios del reino de Dios. El Salvador no podía enseñarles mas que las primeras nociones de la vida sobrenatural, de la vida perfecta. Por eso, esperando, los ejercitó en el espíritu de renuncia al mundo, para que, instruídos por medio de la experiencia respecto de ese primer punto, se apresurasen tanto más á elevar sus aspiraciones, aun en aquello en que no se sigue la recompensa de manera tan pronta y tan palpable.

Los envió dos á dos, sin zapatos, sin báculo, sin dinero en su bolsa. (3) Partieron y regresaron sanos y salvos, hasta contentos. «¿Os ha faltado algo?»—preguntóles.—«Nada, Maestro; (4) los mismos demonios hannos estado sometidos en vuestro nombre.»—(5) «¡Pues bien!—díjoles el Salvador —Sed fieles á mi doctrina. Quien ama á su padre ó á su madre más que á mí, no es digno de mí; quien ama á su hijo ó á su hija más que á mí, no es digno de mí; quien no toma su cruz y no me sigue, no es digno de mí. (6) Seréis odiados de todos á causa de mi nombre; (7) pero os he dado poder para pisar las serpientes y los escorpiones, y todo el poder

(1) Matth., XIX, 29. Luc., XVIII, 29 y sig.
(2) Luc., XIV, 23.
(3) Matth., X, 8 y sig. Marc., VI, 8 y sig. Luc., X, 3 y sig.
(4) Luc., XXII, 35 y sig.
(5) Luc., X, 17.
(6) Matth., X, 38; XVI, 24; Marc., VIII, 34. Luc., IX, 23; XIV, 27.
(7) Matth., X, 22.

del enemigo, y ese en nada podrá dañaros. (1) Quien ama su vida la perderá, y quien aborrece su vida en este mundo, la tendrá para la vida eterna». (2)

Los apóstoles comprendieron estas palabras, y vieron que eran verdaderas. En todos tiempos, millares de personas, descansando en las palabras de Jesucristo, y en el ejemplo de los primeros que las practicaron, hicieron la misma tentativa y vieron igualmente cuán verdaderas eran. Y el espíritu de Dios que sopla en donde quiere, sabe suscitar constantemente almas generosas que la comprenden, y prueban al mundo que todavía hoy guardan todo su valor.

En tanto que ese espíritu de renuncia no haya desaparecido de la Iglesia, será prueba de que fué fundada por el Salvador, que está llena del espíritu apostólico, y que es la heredera de las promesas de Dios.

(1) Luc., X, 19.
(2) Ioan., XII, 25; Matth., X, 39; XVI, 25.

CONFERENCIA VIII

ELEVACIÓN DEL ESPÍRITU SOBRE LA NATURALEZA SENSIBLE, Ó LA CASTIDAD

1. La libertad del espíritu solamente se logra con la castidad.—Con el desasimiento de los bienes terrenos, dase un gran paso en el camino de la libertad y de la educación del hombre. Pero no es más que un primer paso. La tarea de que aquí se trata es tan múltiple y tan complicada, que, para llenarla cumplidamente, necesario es dar aún otros pasos que piden esfuerzos mucho mayores, y mucho más tiempo.

Hemos dicho que el amor á las riquezas es de todos los vicios el más extraño al hombre, porque su objeto hállase fuera de su naturaleza. Por el contrario, todos sus demás defectos, son defectos íntimos, en el sentido de que no forman, por decirlo así, más que uno con su naturaleza, por lo menos en el triste estado en que ésta se halla actualmente.

Si, pues, esa enfermedad que la penetró del exterior, adquiere tan fuertes raíces, y causa tales daños, fácil es comprender qué trabajo le costará curar esas deformidades interiores del alma.

«Examinemos al hombre;—dice Platón—[1] nos causará la impresión de esos monstruos fabulosos de que hablan los poetas, la Quimera, Scilla, Cerbero, y que están compuestos con los animales más diversos. Ciertamente, es hombre por ciertos aspectos; más también por algunos, participa de león, de serpiente y de otros animales. Y es difícil decir cuál de esos caracteres sobresale en él. De ahí proviene el

(1) Plato, *Rep.*, 9, p. 588, c. y sig.

poder que la cólera, la astucia, el disimulo, el humor querelloso, la intemperancia, la pereza, la molicie y el placer de los sentidos ejercen en él».

Cuanto más tales instintos dignos de los animales salvajes se hallan íntimamente unidos á nuestra naturaleza, cuanto más penetran sus más secretas fibras, tanto más difíciles son de someter y purificar.

Mas entre todos los vicios enumerados, ninguno tan profundamente arraigado como el que no forma sino uno con nuestra carne y nuestra sangre. Por eso, tampoco hay ninguno que trastorne al hombre tan hondamente, que tan por entero se apodere de él, que le encadene al mismo objeto, y haga de él tan vil esclavo.

Para alguno, inútil fuera, pues, poner mano á la obra de su libertad espiritual, si no hiciera cuanto pudiese para librarse de las ligaduras del placer sensual.

Sobre este asunto, no cabe hablar con sobrada gravedad y circunspección. Para quien conoce al hombre y la vida real, todas las palabras de madurez intelectual, de dominio personal, es hablar al aire. Mientras no se halle seguro de que toda la vida espiritual de que alguien se alaba se apoya en severo ascetismo, debe oir tales fanfarronadas con la mayor desconfianza. Porque si se supiera qué fuerza se necesita desarrollar en tal combate, y si, por otra parte, se conociese la debilidad de la naturaleza y los peligros incesantes, á los cuales hállase uno expuesto, no habría ganas de pronunciar esos vacíos é irreflexivos discursos.

Quien conozca al hombre, manifestará que no se requieren pruebas en favor de la verdad del principio de que no se da espíritu libre, ni carácter completo, mientras el primero no se halle libre del dominio de la carne, y no se haya templado el segundo en las luchas contra la naturaleza sensible.

2. Errores acerca de ese asunto.—Por cierta que sea esa verdad, hállase, no obstante, en el número de aquellas que cuesta muchísimo hacer que se las admita.

Por una parte, tiene á la naturaleza corrompida como

enemigo irreconciliable; y no hay nadie que no sepa lo que eso quiere decir.

Como si no bastase que ese enemigo hiciese sentir á cada cual su poder en secreto, la vida pública está de su parte para aumentar los atractivos de la sensualidad, mediante el poder de la seducción y del ejemplo.

Finalmente, para que nada falte, el espíritu mismo hállase al servicio de esa pasión tan astuta como ávida de dominación, y despliega toda su fuerza para demostrar que sus exigencias son justas, inevitables, naturales, que solamente la docilidad con respecto á ella hace posible la verdadera inteligencia de lo bello y de la vida digna del hombre. Si se pusieran de un lado todas las producciones literarias que predican esa sabiduría carnal, y en frente las otras, asombraríase uno de la pequeñez del número de aquellos que tienen valor para romper la más vergonzosa de todas las cadenas.

Por otra parte, necesario es luchar contra las exageraciones que no sólo comprometen la verdad, sino que finalmente abandonan á sí misma la sensualidad, bien que la condenen y dejen libre curso á sus más desenfrenados instintos.

Hemos ya mencionado antes de ahora, [1] que en la antigüedad una escuela entera de místicos, muy espiritualistas en apariencia, hacía derivar el mal del destierro en esta vida terrestre, y consideraba el pecado como no siendo otra cosa mas que el lazo que ata el alma al cuerpo. De ahí la expresión tan popular de Platón, de que el cuerpo es el calabozo, la tumba del alma, [2] expresión que, hasta cierto punto, puede ser exacta, [3] y que, por lo que parece, fué entendida por este filósofo en un sentido que no es el peor.

(1) V. *supra*, I, Apéndice, 5.
(2) Plato, *Phædr.*, c. 6, p. 62, 6; c. 11, p. 66, 6. *Cratylus*, c. 17, 400. b.
(3) Cf. Sap. IX, 15. Rom., VII, 24. *Carnis ergastulum* en el *Oratio de S. Benedicto* y en el himno de Santo Domingo (Mone, *Hymni lat.*, III, 270); igualmente, *carnis vinculum* (ibid., III, 230), ó *carcer* (Bernard. *In Ps.* XC; Sermo 8, 6). Agustín no aprueba tales expresiones, porque fácilmente podrían los herejes interpretarlas en pro de su doctrina.

Mas lo que él no dedujo lógicamente con claridad, hiciéronlo otros. Filón, como ya hemos visto, [1] fué bastante lejos en ese camino. Epicteto, y como es muy natural, su fiel discípulo Marco Aurelio, fueron todavía más lejos. Ambos miran al cuerpo como carga que el alma apenas puede llevar, [2] hasta como un cadáver al cual se halla sujeta. [3] Pero los neoplatónicos llegan hasta pretender que la materia es el mal, aun no siendo el primer mal. [4] Y según eso, enseñan que el alma es siempre pura, con tal que aleje de sí cuanto posible sea la materia, único asiento del mal. [5]

Así comprendemos los groseros errores que, en distintas épocas, hanse deslizado en el Cristianismo. [6]

Ya los antiguos Padres veíanse obligados á luchar contra el error, renovado por Flacio Ilírico, de que el pecado es la naturaleza, aun la esencia del hombre, es decir, la naturaleza sensible, [7] ó, como una herejía más reciente dice, la inclinación á la sensualidad que en nosotros reina. [8]

De aquí, que otros hayan sacado la conclusión que se imponía, á saber, que no hay para qué inquietarse por los instintos sensuales, sino que se puede dejar que sigan sin temor su camino, puesto que nada hay que hacer contra la naturaleza. [9]

3. La castidad en el mundo.—Ante todo esto, no nos

(1) V. Conf. I, Apénd. 5.
(2) Epictet., *Diss.*, 4, 1, 100; 1, 9, 12; Marc. Aurel., 3, 3; 9, 3.
(3) Epictet., *Fragm.*, 176. Marc. Aurel., 4, 41.
(4) Plotin., *Enn.*, 1, 8, 4 (ed. Didot, 42, 1); 1, 8, 5 (43, 16).
(5) Plotin., *Enn.*, 1, 8, 4: Ἡ τελεία καὶ πρὸς νοῦν νεύουσα ψυχὴ ἀεὶ καθαρὰ, καὶ ὕλην ἀπέστραπται καὶ... κακὸν οὔτε ὁρᾷ οὔτε πελάζει · καθαρὰ οὖν μένει ὁρισθεῖσα νῷ πάντελῶς.
(6) Esta expresión debe entenderse, no respecto de la Iglesia, sino de algunos cristianos.—N. del T.
(7) Petr. Chrysolog., *Sermo* 111; Peccatum natura est an substantia? Nec natura, nec substantia est, sed accidens.—Non ergo peccatum versum est in naturam (Migne, *Patr. lat.*, 52, 505, c; 506, c). Greg. Nyss., *Adv. Eunom.*, 2: Ἡ ψυχὴ ἁμαρτία οὐκ ἔστιν ἀλλὰ δεκτικὴ ἁμαρτίας ἐξ ἀβουλίας ἐγένετο (Migne, *Patr. gr.*, 45, 545 d).
(8) Conc. Trident., *Sess.* 5, 5; Denzinger, *Enchiridion*, n.° 627, 930, 931, 954, 955, 956; Gotti, *Theol.*, VI, 264 y sig., 267 y sig.
(9) Denzinger, *Enchiridion*, n.° 1128, 1129, 1133, 1134-1140; Terzago, *Theol. hist. myst.*, 131 y sig., 137 y sig.

sorprende el ver que los antiguos tiempos, que precedieron al Cristianismo, nos ofrezcan tan escasos ejemplos, y ejemplos tan imperfectos, relativamente á la elevación del espíritu sobre la esclavitud de la carne.

En suma, debemos reconocer que la antigüedad tuvo como imposible la ruptura de las cadenas de la sensualidad, y podemos decir que se sometió á esa esclavitud, no solamente de buen grado, sino hasta con alegría. (1)

Al hablar así, no pretendemos, sin embargo, negar que el antiguo mundo haya igualmente salvado, desde este punto de vista, el honor de la humanidad con algunos nobles ejemplos. Cuando en él no hubiera sino el honor prestado á las vestales, sería ya hermoso testimonio en su favor.

La sabiduría política romana había confiado á unas vírgenes la seguridad del Estado. (2) Hallábanse encargadas de velar por la prenda de la salvación pública, (3) el paladium, del cual dependía—creíase—la suerte del Estado. (4) Toda violencia ejercida contra una de aquellas vírgenes teníase como una amenaza de ruina general, que se creía no poder conjurarse como no fuera mediante los mayores sacrificios. (5)

Por eso gozaban de los más grandes honores que el Estado podía concederles. Su dignidad mirábase como muy santa é inviolable. (6) El cónsul mismo cedíales el paso, y sus lictores bajaban sus haces ante ellas. (7) Toda falta cometida contra ellas castigábase con pena de muerte. (8) Si tropezaban con un criminal llevado al suplicio, quedaba en el acto perdonado. (9) Hasta disfrutaban del derecho de comparecer ante los severos tribunales romanos, para in-

(1) Aristot., *Ethic.*, 7, 14, 2. Terent., *Andr.*, I, 1, 50 y sig. Séneca, *Octavia*, 2, 426 y sig.
(2) Cicero, *Pro Fonteio*, 20. Symmachi, *Relatio ad Imperat.*, n.° 11 (Ambros., *Opp.*, Migne, *P. lat.*, 16, 1010, b).
(3) Cicero, *Philipp.*, XI, 10.
(4) Livius, XXVI, 27.
(5) Livius, XXII, 57. Plutarch., *Quæst. roman.*, 83.
(6) Cicero, *Pro domo*, 53. Livius, I, 20.
(7) Séneca Rhet., *Excerpta controvers.*, VI, 8.
(8) Plutarch., *Numa*, X, 6.
(9) *Ibid.*, X, 5.

terceder en favor de los culpables; y los jueces respetaban su petición. (1)

Esa institución es precisamente la que mejor nos hace ver en qué punto se hallaban relativamente á la virtud de la pureza en la antigüedad.

El mundo hacía gran ruido en torno de seis sacerdotisas de Vesta, que debían guardar la virginidad de diez á cuarenta años, y que luego podían casarse. Prueba que tal cosa era por lo común inaudita ó inimaginable.

Á pesar de los grandes honores de que las vestales se veían rodeadas, y de los soberbios medios de existencia puestos á disposición suya, su condición inspiraba horror. Raro era que voluntariamente se diera una joven para llenar tales funciones. El privilegio que el gran pontífice tenía de poder escogerlas en donde bien le pareciese, en cualquiera familia, mirábase como un poder arbitrario terrible. Y no cabe duda que para él fuese buena ocasión para enriquecerse, pues que las familias que podían rescatábanse de tal honor mediante crecida suma. (2) Si no se hubiera dado entre los romanos la consideración del bien del Estado que se imponía á todo, la institución no hubiera subsistido mucho tiempo.

Por lo tanto, aun en los contados casos en que la virginidad se practicaba en la antigüedad, era un sacrificio arrancado por el miedo, ó por la necesidad, soportado con pesar, gimiendo, con muda resignación ú orgullosa jactancia, suerte sin valor, mas no una virtud.

¡Qué dolorosa impresión experimentamos, al oir á Sófocles (3) y á Eurípides (4) decirnos cómo jóvenes que se sacrifican á una causa grande y santa, llenan en tal momento el espacio con sus quejas, inconsolables por bajar al sepulcro sin haber conocido los goces del himeneo!

(1) Tacit., *Annal.*, XI, 32; *Hist.*, III, 81. Sueton., *Cæsar*, I.
(2) Niebuhr, *Rœmische Alterthümer*, 424 y sig.
(3) Sophocles, *Antigone*, 810 y sig., 876, 891 y sig., 905 y sig., 916 y sig. Cf. Soph., *Fragm.*, 293, 403 (Ahrens).
(4) Euripides, *Iphig. Aul.*, 1218, 1224, 1342, 1399. Cf. *Alcestis*, 177 y sig., 187 y sig.

Pues bien, ahí está la expresión exacta de las ideas del mundo. No haremos especial reproche á la antigüedad, porque nuestra época no tiene sentimientos mucho más nobles. Actualmente, hallámonos precisamente en donde se hallaban la mayor parte de los pueblos antes de Jesucristo, ó más bien, para decirlo con mayor exactitud, nos hallamos todavía más abajo. En realidad, la antigüedad no conoce más que un puesto y un fin para el hombre; el matrimonio. Pero, al proceder así, hallábase guiada á lo menos por más elevadas miras: las necesidades del Estado. Nuestra época, por el contrario, piensa en eso en último lugar, cuando afirma que el hombre no ocupa su puesto aquí bajo como no sea en el estado de matrimonio. Al hablar así, no piensa mas que en la sensualidad.

No por consideraciones políticas como entre los antiguos, sino por los más bajos motivos, la más amable de todas las virtudes hase tornado actualmente una vergüenza. Porque ¿quién todavía la estima? ¿Cuántas jóvenes cristianas prefieren á todo otro título el de vírgenes, que antes era mirado como un título honorífico? ¿Acaso la mayor parte de ellas no se sonreirían, ó no protestarían, si se les diese ese nombre?

4. La castidad como virtud natural.—He ahí á dónde hemos llegado.

Por eso hácese necesario hablar de esa virtud con toda la estima que merece. Decimos *virtud*, porque tan sólo hablamos de la castidad como virtud.

Toda continencia no es virtud. El viejo célibe renuncia también al matrimonio. Pero, prescindiendo de que el mundo no cree en su continencia, goza de mala reputación, tan sólo porque se atribuye su soledad al amor del goce y del egoísmo, principalmente á su mal humor y su aversión por los sacrificios que la vida común lleva consigo. Si tal es el motivo de su aislamiento buscado, no cabe duda de que nada tenemos que hacer aquí con la virtud.

Lo mismo sucede, si se practica la continencia á causa

de la situación que se ocupa, como dice Gœthe, (1) ó según el consejo de Fichte, tan solamente por sentimiento de honor. (2) Practicar una virtud únicamente por el honor, significa sencillamente desterrar la virtud. ¡No se puede, sin embargo, practicar la virtud por orgullo! ¿No sería obrar mal para que resultase bien? (3) ¿No significaría eso justificar el fin por los medios? ¿Acaso no significaría eso arrojar á Satán por Belcebú? (4)

Aquí es en donde se ve una vez más el desinterés tan alabado y la sublimidad de la moral incrédula.

No, en parte alguna la moral libre es tan impotente como en este terreno. Nada hay ante lo cual el honor se calle tan pronto como ante la voz de la sensualidad. Ninguna inclinación halla tan fácilmente recurso para guardar las apariencias exteriores, como los malvados placeres del corazón. Si la pureza moral no tiene más perfección que la guarda de las apariencias, no tiene de qué alabarse. ¡Cuántos seres humanos son como sepulcros blanqueados por fuera! ¡Pero qué conjunto de podredumbre el ojo de Dios, que lo ve todo, contempla bajo esas brillantes superficies!

Sin embargo, no intentamos negar que haya igualmente poderosa razón natural para guardar la castidad. Desde este punto de vista, también debemos vengar el honor desconocido y ultrajado de la naturaleza. Pero debemos añadir en seguida que aun tal motivo no tiene valor sino en cuanto es entendido desde el punto de vista religioso, y sostenido por consideraciones religiosas. Nadie negará que la conservación de la pureza del corazón cuesta esfuerzos contra sí mismo, en una palabra, sacrificios.

Luego, desde el punto de vista natural, no hay más que un solo motivo bastante poderoso para conservar intacta la castidad: el espíritu de sacrificio. Precisamente por ser

(1) Eckermann, *Gespräche mit Gœthe* (Moldenhauer, III, 48 y sig.).
(2) J. G. Fichte, *Staatslehre*, G. W. IV, 477 y sig.
(3) Rom., III, 8.
(4) Matth., XII, 24.

tan raro y tan endeble, se ve tan poco practicada la castidad. Y por vergüenza en confesar la ausencia de espíritu de sacrificio, invéntanse tantas razones dirigidas á probar que no es posible conservar la castidad, que hasta eso es contra natura.

Mas esos motivos que se pretende hacer que valgan contra ella, son ya despreciables desde el mero punto de vista de la razón natural, porque su falta de sinceridad no engaña á nadie. La verdadera razón porque se combate la castidad, está en que no se puede hacer el sacrificio de sí mismo, y que no se quiere declarar tal debilidad.

Mas, teniendo en cuenta la gracia de Dios, que aparece justamente en el hombre débil, danse siempre y por doquiera ejemplos que demuestran que se puede vivir en espíritu de sacrificio y en la continencia. ¿Quién ignora que muchas chozas y buhardillas cobijan nobles almas? Pudieran éstas gozar de su independencia; mas, para no privar á parientes ancianos, y con frecuencia maniáticos, de los socorros y de los consuelos que necesitan, renuncian á los goces de la vida, y prefieren quedar ellas mismas sin consuelos, sin sostén, sin saber lo que llegarán á ser más adelante.

Es este uno de los más hermosos sacrificios que sea dado hacer. He ahí lo que se llama virtud real y virtud natural. Pues, ¿quién negará que la razón que les mueve á obrar así sea verdaderamente natural?

¿Quién, pues, negaría su estimación á tales personas?

Entonces, ¿cómo es que, á pesar de eso, pretende siempre el mundo que la virginidad es contra natura é imposible de guardar? ¿No confiesa él así que, aun desde el punto de vista de su convicción, los motivos naturales más nobles no bastan por sí solos, sin el apoyo de los motivos religiosos para hacer ese sacrificio de persistente manera y con alegría, es decir, no por fuerza, sino por convicción íntima, por virtud?

5. La castidad como virtud sobrenatural.—Sí, así

es. La castidad, en sí misma, no es virtud sobrenatural. Está ya prescrita al hombre por la ley natural. Hasta le es posible el practicarla. Para eso bastan la razón, la conciencia, la voluntad libre.

Mas en parte alguna la corrupción, que penetró en el hombre á causa del pecado, no se dejó sentir tan fuertemente como aquí.

De esta suerte, tocamos el punto más sensible del hombre hasta el extremo de que, más que cualquiera otra cosa, demuestra que nuestra naturaleza no pudo salir de manos del Criador tal como hoy se encuentra.

Hay en el hombre, tal como es, es decir, en el hombre caído, una pasión que tiene terrible violencia, [1] que toca en la locura, un instinto animal repugnante, por no decir bestia salvaje, [2] un fuego que hierbe en él, como si pretendiese devorar el alma misma, [3] un hervor de sangre, una especie de fiebre, [4] digamos una llaga siempre abierta en la naturaleza, [5] merced á la cual ejerce el pecado inmensos daños en la humanidad. [6]

Tal inclinación es causa de la más profunda confusión para el hombre, [7] porque éste jamás puede dominar á la naturaleza, ni aun allí en donde quisiera tenerla bajo severa disciplina, hasta el punto de que, según las palabras del Apóstol, no le haga sentir ella las aflicciones de la carne, los pesares del corazón y los tormentos de la conciencia. [8] Es una inclinación grosera que puede arrastrar al hombre, si una vez la obedece, hasta envidiar la vida y la dicha de los animales, y hasta sacrificar la inteligencia,

(1) Plato, *Rep.*, 3, 403, a; *Tim.*, p. 86, c; *Phædr.*, 24, p. 238, a. Aristot., *Rhetor.*, 1, 11, 5; *Eth.*, 7, 11 (12), 4. Augustin., *C. Julian.*, 4, 14, 71; *Civ. Dei*, 14, 16.
(2) Odo Cluniac., *Collat.*, 2, 12.
(3) Gregor. Magn., *Mor.*, 21, 19.
(4) Augustin., *C. Julian.*, 4, 10, 56; *Sermo*, 5, 10.
(5) Augustin., *C. Julian.*, 3, 26, 59.
(6) Augustin., *Peccat. mer. et rem.*, 1, 16, 21; *Nat. et grat.*, 67, 81. Gotti, *Theolog. schol. dogm.*, VI, 166 y sig.
(7) Augustin., *Civ. Dei*, 14. 18.
(8) I Cor., VII, 28.

la inmortalidad y la dicha eterna por poder imitarlos. Es un fuego que no se contenta con roer el alma propiamente hablando, sino un fuego que parte de ella para devorar también á los demás, aun siendo vasos á Dios consagrados y cedros del Líbano.

En una palabra, después del instinto de conservación, no hay otro más potente que ése, y una vez corrompido, hasta le supera.

Y entonces, ¿teníamos razón en decir que es cosa imposible al hombre natural el dominar tal instinto?

Nadie, ciertamente, se atrevería á emitir tal pretensión sin exponerse á ser tenido por mentiroso. Sabe cada cual que, en conciencia, siéntese obligado á dominarle. Aun el hombre más malo no puede evitar el sentir un movimiento de vergüenza cuando llega á sucumbir en eso. (1)

Y, no obstante, cada cual sabe en qué cercano peligro de caer encuéntrase, si no se ve socorrido por un poder que no está en su naturaleza, y si no se halla sostenido por motivos más elevados que las consideraciones profanas acostumbradas.

Hallámonos aquí, sin duda alguna, ante un caso en el que debe imponerse la convicción de que la naturaleza necesita estar sostenida por la gracia.

En asunto tan delicado, echemos, pues, á un lado las vanas fanfarronadas del poder personal.

Por otra parte, termínanse siempre por la más triste caída. Todo el mundo sabe hasta dónde alcanza el hombre. Sí, cuando se trata de la guarda de la castidad, de poco sirve todo el poder humano. Las disposiciones naturales más nobles, como las de un Alejandro ó de un César, la mayor perspicacia intelectual, como la de un Agustín, la energía más indomable, como la de un Napoleón, no quitan á nadie el llegar á ser esclavo de la más vergonzosa de las pasiones.

En tal materia, quien en sí propio confía, está perdido. Quien no busque socorro en la gracia sobrenatural, sólo

(1) (Aristot.) *Problem.*, 4, 27.

por milagro evitará el pecado. De otra suerte, todo está para él acabado.

No despreciamos, pues, á la naturaleza; pero no podemos concederle lo que no tiene. Á lo sumo si puede moderar los instintos sensuales y obedecerlos sin cometer pecado, cosa que pide ya formalidad é imperio sobre sí mismo.

Únicamente la gracia presta al hombre fuerza suficiente para detener su impetuosidad, vencer sus desobediencias, prevenir sus ataques mediante la vigilancia, el dominio personal y el temor de Dios. (1)

No que se pueda eso suprimir enteramente nunca en la presente vida. Falsas tendencias dentro y fuera del Cristianismo han intentado eso en diversas épocas. Pero fueron vanos sus esfuerzos, y con frecuencia han dado un resultado enteramente opuesto al que buscaban. Ciertamente, la concupiscencia puede ser debilitada, pero nunca por entero suprimida. (2) No sentir los movimientos de la concupiscencia es cosa imposible al hombre mientras vive en la carne. (3) Pero vigilarlos, tal es la misión que Dios le impuso. (4) No sentir movimiento alguno de la sensualidad está fuera del poder humano; (5) mas el hombre puede dominarlos. (6) Sin duda más cómodo y más agradable sería no experimentarlos; mas, puesto que la gracia no nos los suprime, es que mejor es, sin duda, que nos queden. Tórnanse así para nosotros en fuente de energía y de méritos. Únicamente dejaremos de sentirlos cuando hayamos llegado á la perfección completa, cuando hayamos dejado la carga de los sentidos.

Á pesar de eso, recibimos de la gracia algo que la naturaleza sola no puede darnos. Líbranos, por lo menos, del exceso de la concupiscencia. (7) Por lo menos, destruye la dominación de la sensualidad. (8)

(1) Augustin., *Gen. ad lit.*, 9, 10, 18; 11, 19.
(2) Augustin., *Sermo*, 151, 5.
(3) Augustin., *Op. imperf.*, 4, 77.
(4) Gen., IV, 7.
(5) Augustin., *Gen. ad lid.*, 6, 17.—(6) Augustin., *Gen. ad lit.*, 9, 11, 19.
(7) Augustin., *Retract.*, 1, 23, 1.—(8) Augusrin., *Sermo*, 30, 6, 7.

Sólo la gracia puede llegar á estos dos resultados. Es ya algo grande para la naturaleza que el hombre no convierta sus sentidos en arma del pecado y de las tinieblas. Pero solamente la gracia puede tornarlos en arma de la justicia y de la luz. Los que viven únicamente según la naturaleza, saben bien porqué afirman, con tanta fuerza y tanta unanimidad, que la lucha contra la sensualidad es la tarea más difícil que pueda imponerse al hombre. Los hijos de la gracia saben, es verdad, por la fe y la experiencia, que jamás podrán vivir exentos de temores y de luchas. Pero saben también que, en todos los peligros, seguros están de la victoria, con tal que se aprovechen fielmente del poder de la gracia.

6. La virginidad hállase indisolublemente unida al Cristianismo.—Lo que al hombre es imposible, es posible y aun fácil para Dios. Aquí celebra la gracia uno de sus mayores triunfos. Por ella dase verdadera castidad, más aún, pureza sin tacha, virginidad inmaculada.

No se trata únicamente de un ideal poético, de un deseo piadoso, de una posibilidad filosófica. No, sino de una realidad que el Cristianismo vió millares de veces en su seno.

Cuanto más débil es la naturaleza en tal sentido, tanto más gloriosos son los triunfos de la gracia. Cuanto más se encoge de hombros el mundo, mayor gozo sentimos por nuestra fe, que al frágil hombre da tal victoria, haciéndole, aun viviendo en la carne, más fuerte que los ángeles del cielo, y concediéndole llevar en realidad vida angélica. [1] El mundo puede dudarlo si bien le parece. He ahí, sin embargo, algo que sirve para convencerle; he ahí, no obstante, la prueba del poder de Jesucristo y de la santidad de su ley.

La virginidad acompañó al Cristianismo desde sus primeros comienzos. Nadie la impuso violentamente. Ninguna ley en la tierra, ningún mandamiento divino, ninguna perspectiva de gozar de un cielo distinto del que á todos

(1) Augustin., *De virginitate*, 12; Bernard., *Nativ. Mar.*, 8.

está destinado, han hecho de ella una obligación. Y, sin embargo, millares de almas hay que buscan esa vida, como se buscaría un cargo de honor cerca del trono de Dios.

Los más antiguos apologistas podían ya decir con razón que, entre los cristianos, dábanse muchos de todo sexo y de toda condición que, desde su juventud,—y lo que es mucho—desde que habían dejado sus pasados desórdenes, habían conservado incólume la virtud de la pureza, hasta la más avanzada edad, [1] y que, siendo ancianos, todavía eran niños, [2] como dice Tertuliano.

No solamente las persecuciones no impidieron ese espíritu de sacrificio, voluntario, gozoso, sino que más bien lo alentaron. Y cuando se logró la victoria, cuando al fin reinó la paz, los ejemplos heroicos dados por las almas virginales, brillaron con tal resplandor, [3] que de todas partes asistióse á una verdadera lucha para lograr la corona de la virginidad.

Principalmente San Ambrosio apoderóse de aquel movimiento con inteligencia enteramente romana, y lo metodizó, valiéndose de sólidas disposiciones. Pero cuanto mayor fué la severidad en la vida religiosa, más grande fué la afluencia de las reclutas. De donde quiera, hasta de la Mauritania, las jóvenes de las principales familias á él acudían en tropel, ansiosas de poder disfrutar de su austera dirección. Encerrábanlas sus madres para preservarlas—decían—del encanto de su palabra. [4] Los que profesaban ideas mundanas estaban furiosos.

El mundo siempre es igual. Todas las razones que actualmente alega contra la virginidad, las alegó ya contra San Ambrosio. Rebaja el matrimonio,—decían,—[5] impide una porción de prácticas de virtud sublimes y de deberes difíciles, de los cuales ofrece ocasión ese estado. Mejor hi-

(1) Justin., *Apolog.*, 1, 15.
(2) Tertull., *Apolog.*, 9.
(3) *Ibid.*, 50; Minuc. Fel., *Octav.*, 37; Lactant., *Instit.*, 5, 13.
(1) Ambros., *De virginit.*, 1, 10, 87, 60.
(5) *Ibid*, 5, 26.

ciera en formar la juventud para que algún día resulte útil á la sociedad, más bien qua impedirle que trabaje en bien de la generalidad. [1]

Los economistas mismos levantáronse contra él, y le acusaron de ser causa de la disminución de la población. [2]

Pero Ambrosio, que había resistido á Máximo y á Teodosio, y, lo que es más, al furor de una Justina, no era hombre que se dejase amedrentar por tales palabrerías. Defendióse públicamente contra sus enemigos, ó más bien, contra los enemigos de la virginidad, con toda la majestad que en él se daba. Hízoles notar que, al favorecer la virginidad, protegía el matrimonio, y trabajaba por el bien común. «¡Quiera Dios, ¡oh! padres,—exclamaba—que eduquéis todavía más vírgenes! Las familias no estarían como están. Una virgen no es tan sólo un favor de Dios, y un presente que se le hace, sino que también es un tesoro para la familia, una sacerdotisa de la castidad en medio de ella, una víctima que aplaca diariamente la justicia de Dios. [3] ¿Cómo queréis que el mundo sufra daño por eso? Más bien reporta utilidad. En donde la virginidad no florece, sufren disminución los pueblos. Por el contrario, su salud, sus fuerzas, el número de población, crecen en la proporción en que aquella se extiende». [4]

Tal es la opinión de los Padres de la Iglesia tocante á la virginidad; tal es la opinión que en todos tiempos ha existido.

La misma Iglesia es una virgen pura y sin mácula. [5] Debiera dejar de ser lo que es, si perdiese la elevada estimación que por esa virtud abriga. En donde la virginidad es despreciada, allí hase abandonado la verdadera Iglesia de Jesucristo. La virginidad es señal infalible de la Iglesia. «La virginidad—dice San Cipriano—es en la Iglesia lo

(1) Ambros., *Ibid*,. 6, 27.
(2) *Ibid.*, 7, 36.
(3) *Ibid.*, *De virginibus*, 1, 7, 32.
(4) *Ibid.*, *De virginit.*, 7, 36.
(5) Ephes., V, 27. II Cor., XI, 2.

que la flor al capullo; es aquella práctica que más perfectamente favorece el honor de Dios. Es el mejor adorno del aprisco de Jesucristo». [1] «En donde se halla una virgen,—dice San Ambrosio—está el templo de Dios». [2]

Todo esto aplícase sin duda únicamente á la virginidad, cuando se la practica según la Iglesia la entiende, como acto religioso, como sacrificio sobrenatural. «No se trata de ausencia de faltas contra la pureza,—dice San Agustín—sino que se trata de que esa pureza sea consagrada á Dios. [3] No se trata de abstenerse de malas acciones, sino de la santidad del corazón». [4]

7. Motivos sobrenaturales para practicar la virginidad.—Por eso es de la mayor importancia, cuando se juzga esa virtud, el comprender el espíritu que la anima, y las razones porque se practica en la Iglesia.

La primera es siempre la imitación de Jesucristo. Si algún día la virginidad no tuviese puesto entre los cristianos, entonces habríase acabado la perfecta imitación de Jesucristo.

Él mismo dió á esa virtud particular preferencia. Como virgen, como hijo de la Virgen, como esposo de las vírgenes, [5] puso en el corazón de los suyos triple impulso capaz de entusiasmarlos por esta virtud.

Pero, la más importante y más santa razón, que llena las almas con tal aprecio de la pureza, está siempre en que, por su santa vida, diónos magnífico ejemplo que imitar.

El pensamiento en nuestro Redentor es inseparable del pensamiento en la más elevada pureza, sea interior, sea exterior. Quien cree en el Hijo de Dios hecho hombre, debe inclinarse con el mayor respeto ante la virginidad.

Por esta razón, el respeto es la piedra de toque para la fe en la encarnación de Jesucristo. Quien desprecia la pureza, no estima la vida del Salvador. Por el contrario, sola-

(1) Cyprian., *De hab. virgin.*, c. 3.
(2) Ambros., *De virginibus*, 2, 4, 26.
(3) Augustin., *De sancta virginitate*, 8.
(4) Augustin., *In Psalm.*, 147, n.° 10.
(5) Bernard., *Cant. cant.*, 28, 10.

mente puede amar la pureza del corazón quien imita á Jesucristo por amor. El amor á Jesucristo es semilla de la virginidad.

La segunda razón que mueve siempre á practicar esa amable virtud, es la veneración á la Madre del Salvador. Nunca se arrancará del corazón del cristiano el amor á María, mientras la fe en la encarnación del Hijo de Dios viva en él. Nunca se dejará despojar del derecho de prestar homenaje á María, que, desde el punto de vista de la devoción que le debemos, ocupará el primer puesto después de su Hijo, en tanto se mantenga el respeto á la virtud perfecta.

No se da otra criatura de quien pueda decirse, como de nuestro Redentor, que su vida sola es ya un modelo para todos los hombres. Esa criatura es María. (1) Pues bien, si poseyó todas las virtudes en el más alto grado, hay entre ellas una, sin embargo, que parece eclipsarlas y formar el más bello florón de su corona: su perfecta pureza. En ella vió Dios primeramente al género humano en el brillo más grande de la pureza hacia la cual esle dado elevarse por la gracia.

En ella, ven los hombres igualmente la imagen más perfecta de la pureza y de la santidad de que sea capaz la criatura. (2) De ella aprenden la delicadeza del corazón. Bajo su protección ponen esa tan delicada virtud, tan fácil de perder. Invocando su auxilio, ponen en fuga los numerosos enemigos que la cercan. Por lo tanto, toda práctica de esa virtud es, á los ojos de quienes la veneran, de igual suerte que ante Dios, no tan sólo una transmisión de la virginidad de Jesucristo, sino igualmente un reflejo de la pureza de María.

En ese sentido, dice la Edad Media de manera á la vez delicada é ingeniosa:

«Ama Dios, con particular amor, la pureza de un corazón casto, porque su Santa Madre la poseyó. Aquel en quien la contempla, recibirá una parte de gracias más pre-

(1) Ambros., *De virginibus*, 2, 2, 15.—(2) *Ibid.*

ciosas que las demás y se verá magníficamente recompensado». (1)

La tercera razón por la cual las almas generosas siéntense de irresistible manera atraídas hacia esa virtud sublime, es la satisfacción con que Dios las mira, no la satisfacción que él les demuestra, sino la que experimenta en su corazón.

Apenas se verá virtud más desinteresada que la pureza. Despréciala el mundo, y Dios no le reserva aparentemente sino pruebas. Exteriormente, parece que no se atrae más que luchas, é interiormente, esle necesario aceptar todo género de sequedades y pruebas. No conocen los caminos de la vida interior quienes piensan que las vírgenes cristianas siguen á su esposo únicamente á causa de la miel que sus labios derraman en su corazón. Lo cierto es que la verdad es todo lo contrario. Á todas las demás almas reunidas, no presta tantas amarguras como á ellas. Vigila sus más leves infidelidades celosamente, y trata de borrar sus más ligeras manchas con un cuidado que deja ver la grandeza de alma con que quiere llevar sus virtudes hasta la perfección. Y, no obstante, persisten y siguen las huellas de Aquel que se les oculta casi siempre. Saben que ama esa virtud por encima de todo, y eso bástales. Ven á San Juan descansando sobre su corazón. Ven en el cielo á las vírgenes acompañándole por doquiera. (2) Háceles sentir raras veces algo de su intimidad; hasta cuando pretenden estrecharle en sus brazos, apártalas con estas palabras: «No me toquéis». (3) Y renuncian á tales consuelos, con tal que les permita practicar la virtud que saben ellas que constituye por encima de todo sus delicias.

8. La castidad no es virtud pasiva, sino virtud activa.—Con razón, pues, la Iglesia Católica alábase de ser la única en practicar la virginidad como la flor más bella de su vergel. (4)

(1) *Passional* (Köpke), 565, 20 y sig.
(2) Apocal., XIV, 4.—(3) Ioan., XX, 17.
(4) Cyprian., *Habit. virg.*, 3. Bernard., *Cant. cant.*, 47, 4. Guerric., *Nativ. Mar.*, 1, 3, 5. Paschas. Radbert., Ps. 44.

Ya los antiguos apologistas vieron en el entusiasmo eternamente nuevo que esa virtud excita, evidente señal de la acción del Espíritu Santo.

Y en verdad, si se da una virtud que sea una transmisión del don de fortaleza, [1] es verdaderamente la pureza, martirio incruento, la mejor escuela para el martirio cruento, [2] lucha grandiosa por la vida contra el más peligroso de los enemigos, [3] médula de la Iglesia y del mundo, [4] maravilla ya tan delicada de suyo, que una sola mirada la hiere, [5] y que el aire de la calle la pone en peligro, [6] y, sin embargo, tan invencible, que millares de veces el fuego y el hierro han fracasado contra ella, y que las fieras hanla respetado. [7]

Tiene el mundo ideas tan equivocadas respecto de ella como respecto de la naturaleza de la paciencia y del martirio. Es manifiesto, porque los tres son muy cercanos parientes.

El espíritu del mundo, que no tiene aptitud para ninguna de esas dos virtudes, trata de excusarse diciendo que esas son virtudes pasivas buenas para las mujeres. ¡Como si eso bastara para justificarle! ¡Como si no mostrase é hiciese ver mejor su debilidad mostrándose incapaz de cumplir tales cosas llamadas de tan corta importancia!

Pero esas virtudes nada tienen de pasivas, de virtudes buenas para las mujeres. La mejor prueba de ello está en que, para practicarlas, requiérese más energía de la que el mundo es capaz de desarrollar. Sí, la paciencia es más que la bravura militar, [8] el martirio, más que la paciencia, y la pureza sin tacha, servicio militar perpetuo, [9] más que el martirio de un instante.

(1) (Bernard.) *Vitis myst.*, 22, 73.
(2) Ambros., *De virginibus*, 1, 3, 10.
(3) Ambros. Ansbert., *Apocal.*, XIV, 1.
(4) (Bernard.) *Vitis myst.*, 28, 94.
(5) Ambros., *Ep.* 1, 63, 34.
(6) Ambros., *De virginit.*, 8, 46 y sig.
(7) Ambros., *De virginibus*, 2, 3, 19, 20; *Ep.* 1, 63, 34.
(8) Cf. Vol. II, Conf. XVI, 6.
(9) Sap., IV, 2.

Quien desprecia virtud tal, despréciase á sí propio. Dice el proverbio: «El arte no tiene sino al ignorante por adversario, y la castidad no tiene más detractor que el cobarde, de quien la sensualidad hizo un ser afeminado». [1] Un hombre varonil jamás dirá una palabra contra la castidad. Únicamente quien á sí propio no se estime se atreverá á despreciarla. Nadie se forja ilusiones en ese punto, sobretodo el mundo que sabe mejor que nadie que: «El valor y la energía abandonan hasta al héroe, cuando los bajos instintos sobre él logran dominio». [2]

Cuando alguien ha una vez sucumbido á las tentaciones de la carne, su energía interior resulta entonces ya más ó menos perjudicada. Cierto que hay manera de recobrarla; pero ese medio no consiste en palabras orgullosas contra la virtud de la pureza perdida, consiste en severa penitencia.

Cabe decir sin exageración que no es dado emplear sino almas puras para las grandes labores de la vida espiritual é intelectual, ó, por lo menos, almas á quienes una penitencia formal acercó á la lozanía, á la fuerza invencible y á la generosidad de la inocencia.

9. Fuerza intelectual y moral de una vida casta.— Esto aplícase ante todo á las cumbres de la vida intelectual, y al trabajo de la mente.

Pueden ser creídos bajo su palabra aquellos que han tenido la desgracia de dejar que su inteligencia se sumiese en los lodazales de la vida sensual, cuando afirman que les es imposible reconocer la existencia de Dios por medio de sus obras, el dedo de Dios por medio de sus juicios más conmovedores, y la verdad de la Revelación por las pruebas y milagros más convincentes. Hasta la ciencia y la erudición profanas que tratan de la verdad más pura y más sublime, de ese Dios inaccesible á toda impureza, son absolutamente inconciliables con el culto del pecado. [3]

(1) Camoens, *Lusiaden*, III, 139.—(2) *Ibid.*, III, 141.
(3) Augustin., *Agon. Christ.*, 14. Leo, *Sermo* 94 (95), 8. Thomas, 2, 2, q. 45, a. 2.

«Los pensamientos corrompidos apartan de Dios. La sabiduría no entrará en un alma maligna; no habitará en un cuerpo sujeto al pecado». (1)

Por el contrario, la sexta bienaventuranza promete á los corazones puros el don de entender (2) y de penetrar los misterios de Dios. (3)

Un corazón puro ve mejor que el entendimiento más perspicaz, llega más pronto al cabo que una inteligencia viva y laboriosa, y alcanza sin trabajo lo que paraliza casi á todo saber.

Pedro corrió al sepulcro del Salvador, llevado en alas del arrepentimiento del amor. Pero San Juan llegó antes que él. Los demás discípulos no conocían al que caminaba sobre las olas. Pero San Juan dijo al punto viéndole: «¡Es el Señor!» (4) Quizá sus dotes intelectuales no llegaban á las de San Pablo; pero aquella pureza, merced á la cual había tenido la dicha de descansar sobre el corazón virginal del Salvador, y el honor de reemplazarle cerca de la Virgen María, hízole acercarse al Salvador más que los demás apóstoles. En el manantial de su divino Corazón, bebió esas enseñanzas sublimes que nos dejó escritas, y ese vuelo que le hizo remontarse como un águila hasta las gradas del trono de Dios. (5)

La perspicacia intelectual de Santo Tomás de Aquino fué igualmente el resultado de aquella lucha sublime que le valió el verse libre durante su vida entera de los movimientos de la concupiscencia. (6)

Esto aplícase igualmente á la vida moral y espiritual.

La castidad es, para los individuos como para los pueblos, la piedra de toque de su fuerza moral. Una gran lucha en pro de la castidad es con frecuencia la causa de una

(1) Sap., I, 3, 4.
(2) Augustin., *Sermo Dom. in monte*, 1, 4, 11. Thomas, 2, 2, q. 8, a. 7. Rainer. a Pisis, *V. dona*, c. 7.
(3) Matth., V, 8.
(4) Ioan., XXI, 7.
(5) Hieron., *Is.*, 56, 3. Beda, *In Joan.*, 1, 1.
(6) Thoco, *Vita S. Thom. Aq.*, 2, 11.

orientación definitiva hacia el bien ó hacia el mal. Si la castidad triunfa, tenemos el reino de la fe, del amor de Dios; si sucumbe, tenemos la victoria de la incredulidad.

Y lo que se dice de la fe, dícese de las demás virtudes. Violentas tentaciones contra la pureza son quizá, en la mayor parte de los hombres, el momento que decide si Dios logrará sus designios con un alma, si ésta encontrará la muerte ó la vida durante la eternidad.

No hay almas más fuertes que las almas castas; no las hay más gozosas en ofrecer sacrificios; no hay almas más desinteresadas que las que han adquirido en esa guerra interior la solidez de «el espíritu de fortaleza». (1) Pues éste, como es perfectamente natural, presta sublimes sentimientos, y mueve á practicar acciones extraordinarias.

¡Cuán cobardes y ciegas son, pues, esas personas, que no se cansan de repetir que no se les ocurriría siquiera decir una palabra contra la virginidad, si no se sintiesen apremiadas en su alma y su conciencia por razones más poderosas, es decir, por razones de utilidad general! Debilita y paraliza las más hermosas fuerzas, dicen. Á consecuencia de una piedad mal entendida, lleva á los que la profesan, á retirarse en sí mismos como ermitaños, y á consumirse en luchas en las cuales la naturaleza desconocida véngase de esfuerzos hechos para conseguir espiritualizarla.

En verdad, hay ahí por parte de la prudencia de la carne un razonamiento que no carece de habilidad. Pero, como en todos los atrevimientos, asoma la punta de la oreja. Los que así se explican hablan de la *naturaleza;* mas, en sus labios, esa palabra significa siempre la *carne.* Pretextan fines más elevados para ocultar los fines más bajos. Quisieran hacer despreciable, como si fuera una debilidad, la virtud de quien temen su energía extraordinaria.

Tal es el verdadero sentido de ese procedimiento. Pero si el espíritu que anima á nuestras vírgenes es espíritu de debilidad, si el estado de virginidad es un gasto de fuerzas inútil, ¿porqué no se las deja acabarse en el fondo de

(1) Psalm., L, 14.

los claustros y en los hospitales? ¿Porqué se expulsa sin piedad á las Hermanas de la Caridad? ¿No es más fácil dejarlas vivir y morir en medio de su inutilidad?

Pero tienen razón. Sábese muy bien que hay ahí una fuerza inagotable de desinterés, de caridad y de sacrificio, fuerza con la cual el mundo jamás podrá rivalizar, y, al propio tiempo, una fecundidad que, si no se la estorba, hará germinar en el mundo entero riquísima cosecha. Esa fuerza es la castidad ante todo quien la da. Sí, no cabe dudarlo, el árbol tan vigoroso que, hace siglos, suministra innumerables servidoras de los pobres, de los desgraciados, de los enfermos, de los niños, de los leprosos, faltaría hoy mismo, si se llegase á retirarle la savia que le alimenta, y de la cual proceden todos sus frutos, á saber, la vida virginal.

Por otra parte, ¿de dónde tomarían esas heroinas de la caridad su fuerza, sino de esa virtud?

Luego, si conocéis algo que sea más útil y más provechoso para el mundo, algo que sea más beneficioso á la humanidad, decídnoslo. Mas, entre tanto, afirmaremos que la más desinteresada de todas las virtudes es la virginidad, y que si se hiciese un concurso de esfuerzos, ella es quien se llevaría el primer premio.

Retirad á esas religiosas cuanto os plazca, y bien pronto no le suprimiréis más que la vida; en seguida entablad lucha con ellas, armados con todos los medios de que podáis disponer, y seréis por ellas vencidos. Mientras posean el tesoro de la castidad, sucumbiréis ante ellas. Mientras los sacerdotes guarden incólume ese bien, ningún poder de la tierra les arrebatará su influencia sobre las almas. He ahí todo el misterio.

¡No! La castidad no es una debilidad, sino una fuerza de la inteligencia y de la voluntad. [1] Ella es quien constituye el gran poder de la Iglesia Católica. Porque mantiene ella la virginidad en su seno, el mundo le pertenece.

(1) Ambros., *Vid.*, 13, 85. Hieron., *Is.*, 56, 3.

Los abogados de la carne agítanse como si, aparte del estado de matrimonio, no se diera otro estado en el mundo. Pues su horizonte no va más allá de los muros de su casa. En esa baja hipótesis, el celibato no es un estado á su juicio, y un hombre sin familia es como un hombre sin condición social.

¡Qué estrechez de espíritu! Nosotros no despreciamos en verdad á nadie de aquellos que limitan su vocación á su hogar. El hogar y la familia son lo que conviene á la generalidad de los hombres. ¡Puedan ser tan sólo siempre y por doquiera lo que debieran ser!

Pero hay además algo más elevado y más grande. La casa es estrecha y el mundo vasto. Hermosa es la vida en la familia. La vida en la sociedad lo es más. La más hermosa de todas es la vida para la tierra y para el cielo, para la tierra y para la eternidad al propio tiempo.

Apreciamos como se merece la vocación por la familia; pero todavía apreciamos más la vocación por todo el mundo. Que la mayor parte de los hombres funden una familia, nada mejor. Pero es muy necesario que haya también personas que sirvan al mundo, y esto es todavía preferible. Si es un honor el ser útil, en la propia condición, á reducido círculo de personas, es todavía honor más grande el renunciar á la vida de familia, y escoger una condición en la cual se pueda ser útil á la humanidad entera, y eso en aquello en que le sea de mayor necesidad para esta vida y para la eternidad.

Pues bien, obra de esa manera, quien da á su prójimo ejemplo de sacrificio y de fuerza moral, y que siempre está dispuesto á tender mano salvadora á todas las miserias temporales y espirituales, aun á costa de la mayor abnegación personal. Y precisamente para poder obrar así, por eso escogió el estado de vida continente.

Y no se equivocó. Aquí verifícase igualmente la promesa del Salvador, que aquel que lo deje todo por Él, recibirá ciento por uno y tendrá la vida eterna. [1] Necesario

(1) Matth., XIX, 29.

es ser Goncourt para pretender que jamás ninguna virgen hizo obra alguna grande. ¡Como si el mundo entero no viviese de las obras y de las acciones de las vírgenes! No hay campo de batalla que no hayan honrado con su heroísmo, ni mar que no hayan cruzado, ni miseria que no hayan socorrido.

10. La castidad es la escuela en donde se forma el hombre completo; eleva la personalidad humana.— La castidad acrece la energía interior y la actividad exterior. Necesario sería estar ciego, si se pretendiese negar que sus frutos elevan la personalidad interior y exteriormente.

Es estado difícil; nadie se forja ilusiones respecto á eso. Pero desdeñarla porque á veces impone grandes luchas, fuera dar pobre idea de sí. No se hacen cargos á quien se queda calentándose en casa, mientras los defensores de la patria vierten su sangre por él, expuestos á todas las inclemencias del tiempo. Pero si los acusase por no arrojar las armas, y por no hacer traición al honor y á la patria, para poder también ellos calentarse agradablemente, sería ciertamente objeto del general desprecio.

Pues bien, ¿hace otra cosa quien censura á los que luchan por el más grande honor, por la más esplendorosa belleza, por la verdadera libertad humana, por la pureza? [1] ¡Á qué grado de cobardía descendería la humanidad, si sólo hubiera personas amantes de la suave atmósfera de un aposento bien calentado!

Mas, por fortuna, el Espíritu de Dios es todavía bastante poderoso sobre los corazones, para que la raza de sus héroes no se extinga. En donde tiemblan los cobardes, el corazón del valiente goza. Abstracción hecha de la gracia del Espíritu Santo, son precisamente esas luchas quienes dan al alma su fuerza. [2] Lo que las pasiones son para el alma, las borrascas de la sensualidad lo son para la fuerza moral, es decir, una piedra que adelgazar, escuela

(1) Aldhelm. Schirnbur., *Laud. virginit.*, c. 28.
(2) Cassian., *Coll.*, 12, 5.

de guerra, ejercicio constante, sin los cuales el hombre perdería muy pronto todo su vigor, y jamás sabría de qué fuerza es capaz cooperando fielmente á la gracia, con prudencia y humildad.

De esta manera hállase ya indicado el segundo fin puramente humano, que todos esos asaltos y combates de la vida espiritual deben llenar juntamente con el fin de glorificar á Dios. Hacen al hombre vigilante y fuerte. Hácenlo aguerrido y flexible.

Hemos visto ya [1] antes de ahora que el Cristianismo había dado al hombre un carácter enteramente nuevo, que había suavizado su dureza y templada su debilidad. No es dado imaginarse el carácter verdaderamente cristiano, sino como vigoroso y suave. Un vino añejo es su más viva imagen.

Pues bien, la mejor escuela para formar el carácter, es la práctica de la castidad. [2] Nada fortalece ni suaviza al hombre en igual medida como esta virtud. Compréndese porqué nuestro Redentor prestóle tanta atención durante su vida. Por una parte, es la encarnación de la oposición con el viejo Adán, y de la oposición al espíritu del mundo. Por otra, quien practique de manera perfecta esa virtud, según el ejemplo de Jesucristo, acércase á la transfiguración de los hijos de Dios, en cuanto es posible en esta patria de pecado y de miserias.

Por esa razón la propiedad esencial de esa virtud consiste en asentar al hombre tan sólidamente, y en ponerle tan alto, que, por lo menos, en lo que le concierne, no necesite que otro le complete.

Perdonamos á quienes no conocen al hombre nuevo creado según Jesucristo, si no aciertan á representárselo de otro modo que teniendo necesidad de completarse por otro, que colme sus lagunas, fortifique sus lados débiles,

(1) Vol. II, Conf. 16.
(2) Con esto se combate la aserción de que la Iglesia ha instituído el celibato, porque considera á la personalidad como nula y sin valor; de que solamente el todo, el sexo, tiene valor para ella. Así Steffensen, *Zur Philosophie der Geschichte*, 321.

suavice sus lados ásperos. Comprendemos que no se atrevan á atribuir, particularmente á la mujer, bastante independencia y autonomía, para considerarla capaz de llenar por sí misma y por sí sola, un fin en el mundo. Ese complemento personal, debió desde luego realizarlo el Cristianismo. Pues bien, lógralo con su flor más bella, la castidad, sobre todo la virginidad.

En ella está encerrado el don de poder bastarse á sí misma, la verdadera autonomía é independencia, la liberación de lo que quebranta al hombre más recio, la elevación sobre todo lo bueno, la vida espiritual é interior, la transfiguración de la existencia, y, ante todo, la conciencia de que cada individuo, hombre ó mujer, hasta el niño, tiene su valor personal en sí, su fin completo para sí. Pero sin duda alguna, sólo aquellos que saben respetarlo son capaces de apreciar eso.

Lo más importante es que produce ese complemento y esa nivelación sin los cuales no es posible hombre completo. Un semihombre jamás puede ser independiente, ni prescindir de los demás. Si la virginidad aventaja á las demás virtudes haciendo que el hombre se baste á sí propio, demuestra que tiene mejor que las demás la gloria de formar hombres completos.

Efectivamente, la castidad intacta es la virtud del hombre completo. Para conservarla, debe obrar todo de concierto y en muy estrecha unión: lo interior y lo exterior, el cuerpo y el alma, la voluntad y la inteligencia, el corazón y la imaginación, el sentimiento y todos los sentidos corporales. Únicamente de la actividad común de todas las potencias humanas brota esa difícil virtud. Es ciertamente un fin elevado para el hombre, á la vez que el honor más grande y el más bello ornamento que pueda tener una mujer.

Así se comprende que no haya virtud más expuesta á la presunción. Nada, pues, debe sorprendernos el que los Padres y maestros en la vida espiritual crean que no se da peligro contra el cual haya mayor necesidad de poner

en guardia las almas virginales, que contra el orgullo. Y se ve que conocen perfectamente la naturaleza de la castidad, cuando dicen: «La humildad y la castidad deben mirarse como dos hermanas gemelas que no pueden vivir una sin la otra». [1]

Sin humildad, toda pureza nada vale; es como nula. [2] Aun allí en donde no aparece dañada por algún placer sensual, el orgullo es su muerte. [3] Únicamente la humildad es su defensa, [4] su única seguridad, [5] la fortaleza en donde se oculta esa virtud tan expuesta y tan frágil. [6]

Precisamente para impedir que el alma abandone ese refugio, en otros términos, para mantenerla en la humildad, Dios envíale tantas tentaciones, no por dureza y como castigo, sino por caritativa prudencia y sabia misericordia.

Sin embargo, eso no debe exagerarse. Imagínanse muchos que las luchas contra la carne son tormento que sin descanso persigue á quienes guardan continencia. De ninguna manera. Las personas castas no hacen su misión más difícil desde tal punto de vista. Al contrario. Si en ocasiones sufren violentos asaltos, las que han elegido otra vida súfrenlos mayores y más frecuentes, por no decir continuos. [7] Y en tanto que las primeras acaban por triunfar, si permanecen fieles á su vocación, el tiempo de prueba no cesa para las segundas, aun no haciéndose más duro.

Por otra parte, no es rigurosamente necesario que esas tentaciones se desencadenen en el corazón de las almas puras. Si viven sinceramente en la humildad, Dios no necesita emplear con ellas ese medio de humillación y de

(1) Petr. Bles., *Sermo* 35.
(2) Bernard., *Div. serm.*, 46. Isidor. Pelus., *Ep.*, 1, 286. Fulgent., *Ad Probam ep.*, 3, 2. Gregor. Magn., *Mor.*, 21, 6.
(3) Gregor. Magn., *Mor.*, 26, 28, 29.
(4) Augustin., *Bon. coning.*, 26, 35.
(5) Augustin., *Sancta virginit.*, 31, 33.
(6) *Ibid.*, 51, 54.
(7) I Cor., VII, 28.

purificación. Que eviten tan sólo con gran prudencia, con vigilancia y modestia, cuanto excite la sensualidad, ociosos ensueños, frecuentación del mundo, buena mesa, miramientos, relaciones peligrosas. Que hagan implacablemente violencia á sus ojos, á su palacio, á sus comodidades, á su pereza, entonces, ni aun sospecharán esas luchas tan temidas. No es enteramente necesario que su vida sea dilatada cadena de tentaciones. Tampoco es necesario que se acobarden en seguida cuando éstas surgen. Igualmente, no deben imaginarse que les es imposible andar su camino sin ellas.

Los que se quejan por eso, ordinariamente son los primeros culpables. Si velasen con más prudencia sobre sus sentidos y sus pensamientos; si se entregasen á mortificaciones más severas, y si su lámpara se hallase constantemente llena con el aceite de la caridad y de la oración, tendrían entonces verdaderamente mucho menos que sufrir de esas tentaciones.

No es dado gustar la dulzura de la vida continente sin el espíritu de mortificación y de oración. Sin esas dos alas, la castidad no hace más que arrastrarse. Quéjase uno entonces de haber hecho por Dios grandísimo sacrificio sin hallar reciprocidad por su parte; duélese uno de haberse preparado formidables asaltos. Pues bien, hágase únicamente ese sacrificio á Dios, en el sentido completo de la frase, y bien pronto se verá si no lo paga centuplicadamente.

No se ven almas más alegres en el mundo que esas almas virginales siempre frescas, siempre ávidas de sacrificios y de actividad, y cuyo único pensamiento consiste en agradar más cada día, por medio de la oración y mediante una abnegación sin reserva á Aquél á quien se dieron. [1] Quieren cumplir por entero la palabra mediante la cual han desposado con él sus almas:

«A Él es á quien prometí ser fiel, mientras viva yo en

(1) I Cor., VII, 34. II Tim., II, 4.

la tierra. No habrá para mí hombre ni mujer; mi alma y mi cuerpo pertenécenle». [1]

11. María, modelo de pureza.—Si, pues, alguna virtud puede prescindir de nuestra defensa y de nuestras alabanzas, es ciertamente aquella en la cual la gracia divina venció tan gloriosamente la debilidad de la naturaleza, y transfiguró en una belleza tan encantadora la debilidad de la carne. Si alguna virtud se recomienda por sí misma, es ciertamente la virtud de la castidad, desde el momento en que se ofrece á la humanidad en un modelo perfecto.

Gracias á Dios, podríamos ofrecer millares y millares de esos modelos entre los cristianos. Mas, por grande que sea su atractivo, palidecen todos, sin embargo, ante el brillo, la belleza y la perfección de un solo modelo, que es la Madre virginal del Salvador.

«Si alguien quiere ver lo que sea la pureza del corazón,—dice San Ambrosio, su gran defensor,—vaya á la escuela de María, la más ilustre maestra, modelo vivo de toda santidad. Fué virgen en su cuerpo y en su alma. Jamás la falsedad y el disimulo entraron en su corazón. Era humilde de corazón, prudente y moderada en palabras, celosa en el estudio de la Sagrada Escritura. Velando cuidadosamente cada uno de sus movimientos, llena de moderación en cada una de sus acciones, jamás se inquietaba por los juicios humanos, sino únicamente por la manera con que Dios juzgaba su interior. No hacer mal á nadie, ser bondadosa con todos, respetuosa con sus padres, no causar daño al prójimo, evitar toda presunción, guiarse por la razón, amar la virtud, he ahí lo que hacía. ¿Habría jamás lastimado á sus padres sólo por la actitud de su fisonomía? ¿Habríase podido hallar nunca en oposición con su prójimo? ¿Habríase negado á socorrer al débil? No.

»Nada sombrío en su mirada, nada libre en sus palabras, nada inmodesto en su conducta. Su porte no dejaba ver afán alguno en adornarse: su gesto, ninguna inclinación

(1) Según la *Vie de Marie*, de Philippe le Chartreux, 1010 y sig.

á la molicie. De sus labios no se escapaba frase alguna curiosa. En una palabra, todo su exterior era luminosa imagen de su espíritu, modelo de perfección.

»Inútil hablar de su moderación. Su fidelidad en el cumplimiento de sus deberes estaba por encima de todo elogio. No se le ocurría abandonar su morada, como no fuese para ir á la del Señor. Y aun así no iba sino acompañada por sus padres ó por sus parientes. En casa trabajaba y guardaba silencio. No aparecía en público, sino cuando á ello se creía obligada. Pero ella era para sí misma su mejor defensa respecto de su virtud. Su porte y su trato inspiraban tal respeto, que parecía no levantar los pies para caminar, sino para subir los peldaños de la virtud. Á todos observaba para aprender algo de cada cual. De tal manera cumplía sus deberes, que podían todos aprender de ella. Nunca estaba menos sola que cuando estaba más sola. He ahí el modelo de la virginidad.

»En su interior, guardaba misterioso abismo de ternura; pero exteriormente, desplegaba con brío y valor el estandarte de la fe á la vista de todos. Dábase activamente á toda ocupación que la obediencia le imponía. Virginal en su interior, acudía en socorro de quien la necesitase. Y aún allí en donde tenía que cumplir sus deberes de madre, encontraba siempre tiempo bastante para correr al templo». [1]

Soportaba valerosamente la pobreza, cumplía perfectamente su labor, y sufría el desprecio con un valor más que viril. En donde su Hijo era honrado, dejábale solo. Cuando el odio y la persecución estallaron contra Él, tuvo ella su parte, y, finalmente, cuando murió en la cruz, hallábase cerca de Él, compadeciéndose de sus sufrimientos, sin rendirse, no obstante, al peso de su dolor. En aquella hora suprema, allí estaba sola, con algunas personas fieles, á quienes su ejemplo había inspirado suficiente fuerza y entereza para acompañarla. Mas todas ellas eran igualmente almas virginales ó penitentes.

(1) Ambros., *De Virginibus*, 2, 6, 15. Augustin., *Doctrina christ.*, IV, 21, 48.

12. Importancia de la virginidad para los últimos tiempos.—¡Oh! cuánto mejor andaría el mundo, si quisiera desentenderse de ese miedo extraño que tiene á esa virtud maravillosa llamada pureza! Antes, hallábase poblado el mundo de vírgenes. Eran entonces días de vigor, de conquistas, de milagros. Las almas sentíanse como arrastradas á creer y á luchar para llegar á los fines más elevados. Eran los tiempos heroicos, los tiempos caballerescos de la Iglesia.

Desgraciadamente, han llegado otros tiempos, tiempos de bajeza y de debilidad. La fe entonces no excitó sino el odio, la vida de la fe el horror, y la pureza el miedo.

Ese período comenzó cuando la Reforma introdujo la separación en la fe. Continuóse por la apostasía, y actualmente perpetúase por medio de la rebelión contra la fe. Casi todos los días de estos tristes tiempos de molicie y de flojedad general han sido testigos de deserciones, de derrotas y de pérdidas. Parecería que caminásemos á una nueva lucha decisiva, tal vez la última.

Si así fuese, los cristianos necesitan de nuevo fuerza, y fuerza mayor que nunca. Entonces habrá llegado el tiempo en que la virginidad debe cumplir igual misión que la cumplida en tiempos difíciles. Á los mártires y á la virginidad debe la Iglesia la victoria merced á la cual este mundo existe. La virginidad fué semilla de mártires; la sangre de los mártires fué semilla de cristianos. [1] De los mártires y de la virginidad dependerá nuevamente el que la Iglesia obtenga la victoria final, en la hora del gran combate, cuyo premio será una eternidad dichosa ó desgraciada.

Sin vírgenes no se dan mártires; sin mártires no se da triunfo de la verdad y de la virtud.

(1) Tertullian., *Apologet.*, 50.

CONFERENCIA IX

LA EDUCACIÓN DEL ESPÍRITU PARA ENSEÑARLE Á DOMINARSE

1. La ciencia descuida el estudio del hombre.— Cuando se da una ojeada á esa multitud de obras de filosofía moral, que, á partir de los estoicos, van creciendo sin cesar, y que desde Spinoza propáganse tan rápidamente como el veneno, piénsase sin querer en las palabras del Profeta: «Crece la multitud, mas no el gozo». [1] Por el contrario, bien cabe decir que cuantos más libros tenemos acerca del hombre, menos se le conoce. Esos pretensos manuales de filosofía moral hablan mucho de la naturaleza, del fin de la naturaleza, de lo que se puede y de lo que se debe hacer, del egoísmo y del altruísmo, de la teología y de la autonomía. Pero, desgraciadamente, guardan completo silencio cuando del hombre se trata. Y si por ventura hablan, vese en seguida que sus autores no han dado jamás una mirada á su interior. Es por lo general el lado flaco de casi todas las ciencias profanas. Si no hubiera ciertas novelas llamadas psicológicas, que no estudian al hombre, sino que le analizan químicamente, y le detallan anatómicamente, casi pudiera decirse que no existe para la literatura profana.

Sí, la frase de Paúl Bourget es verdadera: «El alma humana es una selva oscura apenas registrada».

Mas, abstracción hecha del daño que eso causa á una época, es verdaderamente vergonzoso para ella el some-

(1) Is., IX, 3.

ter cada cosa al examen más minucioso, sea infinitamente pequeña ó infinitamente apartada, y olvidar al hombre en sus investigaciones. ¿No es, pues, digno de observación alguna? ¿Es él lo único que no puede llegar á conocerse? ¿Nada cabe aprender en él?

Debemos protestar contra una negligencia tan culpable. El hombre es, sin embargo, verdaderamente tan interesante como la polilla y las ranas. Ciertamente, tiene grandes culpas; pero no mereció la vergüenza de que, por la palabra *ciencia*, entiéndese tan sólo aquello que dice relación á las setas ó á las antiguallas, y que se elimine del número de los sabios á quien se cuide del corazón y de la inteligencia. Sabemos ciertamente apreciar una buena biblioteca, pero, á pesar de eso, declaramos que es el hombre la más rica biblioteca, y que en él es dado aprender mucho más que en todos los libros del mundo.

2. Desorden que reina en el interior del hombre.— Queremos, si no excusar el hecho de que el hombre pone tanto cuidado en huir de sí mismo, á lo menos explicarlo.

Es el hombre verdaderamente una selva espesa y misteriosa. Todas las selvas vírgenes de Ceilán no ocultan mayor número de sorpresas que su corazón. Mas, por otra parte, no guardan mayores peligros que impidan entrar allí. Pues, la razón principal por la cual el hombre pónese tan cuidadosamente en guardia contra si mismo, está en que sabe perfectamente cuán bravía es esa selva, y qué número de habitantes peligrosos encierra. No es que le sea dado conocerse; sino más bien porque prefiere ignorarse. He ahí porque resulta tan extraño á sí mismo. Huye de entrar, porque teme á lo que pudiera descubrir.

Aun cuando el hombre ha triunfado de sus enemigos, que son el mundo y la carne, no se ha de creer que se halle todavía seguro ni en reposo. Pues los enemigos que guarda en su interior son mucho más numerosos, y los peligros con que amenazan mucho mayores. Á esos peligros

interiores pueden aplicarse estas palabras: «El hombre es para si mismo su mayor enemigo». Porque si no los conoce, ó si no sabe apreciarlos debidamente, ó si llega á despertarlos, como sucede con frecuencia, necesario es tenerle por perdido.

Un desorden insensible ha penetrado en el interior del hombre. No basta que la carne conspire contra el espíritu, [1]—hemos hablado ya de eso,—mas, en el espíritu mismo, los pensamientos acúsanse y defiéndense por turno, [2] de tal suerte que no ejecuta él el bien que quisiera, sino el mal que no quiere. [3] Entonces hállase todo en revolución y en lucha, todo busca ocasión para hacerse independiente, y causar daño al alma: el ejército de los afectos, ó como acostumbramos á decir, de las pasiones, con sus auxiliares tan decididos en la naturaleza sensible y en los sentidos externos, la imaginación, la memoria, la voluntad, el corazón. Por doquiera la corrupción, el peligro, la guerra.

Ese mal penetró tanto, que muchos han creído que llevamos en nosotros doble alma, un alma animal ó carnal, y un alma racional ó espiritual. Es la doctrina de la tricotomía, presentada de diversas maneras por Numenio, por los maniqueos, por Apolinar, Gunther y otros.

Ciertamente, ese error va demasiado lejos, y nos arrebataría toda esperanza de suprimir el dualismo que en nosotros existe, puesto que, en tal hipótesis, no sería sino una misma cosa con nuestra naturaleza. Si, pues, nos vemos precisados á desecharla, así por esa razón como por otras, concedémosle, no obstante, gran importancia en cuanto nos deja ver cuánto sus representantes han debido sentir la decadencia que penetró en nuestro interior.

3. Errores acerca de la mortificación.—Pero no necesitamos error alguno para defender la verdad, y sobre todo cuando se trata de una verdad tan sólida como ésta.

(1) Gal., V, 17.
(2) Rom., II, 15.
(3) Rom., VII, 19.

Podemos ciertamente decir que la humanidad entera conviene en que se da en nosotros un gran desorden, pero que también conviene en que debe hacerse algo para suprimirlo, y para curar el alma.

No hay duda de que se dan personas entregadas al placer en todas las épocas, personas cuya ciencia de la vida resúmese poco más ó menos en estas palabras que Mobed dirigía á Rustem:

«Goza mientras vivas, piensa que la fábrica del mundo es perecedera, y que, una vez bajado á la tumba, echarás de menos los placeres con que te has destetado aquí bajo». [1]

Los griegos fueron quienes enseñaron con mayor crudeza esa sabiduría carnal, [2] como San Pablo la llama con su preciso lenguaje. Hazte vida cómoda; no te prives de placer alguno; procúrate cada goce tan grato como posible sea. He ahí poco más ó menos los tres mandamientos según los cuales han organizado su vida, y que les han merecido ser los favoritos del Humanismo, á la vez que ser proclamados por el mundo como maestros de la verdadera civilización en todos tiempos.

Desgraciadamente, debemos citar entre los adversarios declarados de la mortificación y del ascetismo, una tendencia muy extendida actualmente en el interior del mismo Cristianismo. No se cansa de ver en la mortificación una dirección falsa impresa al espíritu cristiano, [3] una renuncia inhumana [4] á cosas lícitas, una contradicción con las disposiciones de la naturaleza humana y los datos del Evangelio debidamente entendidas, [5] un tormento moral inútil, pura locura. [6] No teme siquiera hacer despreciables las prácticas más heroicas para llegar á la purificación mo-

(1) Schack, *Firdusis Heldensagen*, 10, 12, p. 252.
(2) Rom., VIII, 6.
(3) Dorner, en *Hertzogs Realencycl.*, (1) IV, 193.
(4) Mangold, *ibid.*, X, 760.
(5) Hertzog, *ibid.*, I, 413.
(6) Palmer, *ibid.*, XVI, 513.

ral, [1] como si fueran niñerías, cuando todavía no llega á considerarlas como resultado de la más completa decadencia, afirmando, con Rothe, que «las prácticas de penitencia y de mortificación suponen anteriores excesos, y el despotismo de la sensualidad». [2]

No obstante, eso es excepcional. Por regla general, podemos decir que por doquiera y siempre la humanidad sintióse convencida de la necesidad de la mortificación.

En ese sentido, fácilmente podemos ahorrarnos el trabajo de suministrar la prueba de lo que decimos. Pues, desgraciadamente, hay otros errores contra los cuales debemos preferentemente ponernos en guardia. Son las exageraciones contra el abuso y la falsa interpretación de la mortificación. Púdose, ¡ay! ver crecido número por diferentes lados.

Los pitagóricos, y más aún los neopitagóricos, de igual suerte que los representantes de muchas sectas que son de su parentesco, y que sólo de nombre son cristianos, como los gnósticos y los maniqueos, predicaban igualmente la abstención, y aun hacían con frecuencia consistir toda la sabiduría y toda la perfección en la mortificación. Pero la razón de eso debe buscarse en una manera de ver más ó menos panteísta, que habían seguramente recibido del Oriente, verdadera cuna de esa falsa ascética. [3] Absteníanse de ciertos alimentos, de ciertos goces, no para aprender á dominarse, sino, en parte, porque los creían malos y capaces de comunicar el mal por contagio, y, en parte, por no cometer crimen contra el alma racional [4] ó humana, [5] que se ocultaba en los animales ó en las plantas, aun quizá contra la divinidad que sufría en ellos.

Otros, como los neoplatónicos, vieron en el pecado, se-

(1) Rothe, *Ethik*, (2) III, 458.
(2) *Ibid.*, III, 473.
(3) Philostr., *Apollon.*, 6, 11, 9.
(4) Porphyr., *Abstinentia*, 3, 1 y sig.
(5) Plotin., *Enn.*, 3, 4, 2.

gún antes de ahora hemos dicho, la confusión del alma con el elemento sensible, y la dependencia del espíritu con relación al cuerpo y á todo lo corporal. [1] Esta doctrina fué renovada por Schleiermacher y Julio Müller. Así, pues, para alejar todo lo posible al alma de las máculas que consigo lleva su contacto con lo sensible, pretendían limitar, en la más estricta medida, las necesidades exteriores de la vida. Mas no era eso evidentemente nada de mortificación. Era tan sólo una tendencia muy marcada hacia el orgullo del espíritu.

Verdaderamente, desempeña éste gran papel en la historia de la mortificación, allí en donde no se la practica con intenciones y con una manera de ver verdaderamente cristianas.

Vémosle encarnado bajo su más repugnante aspecto en el fariseísmo. Desgraciadamente, no es este el único ejemplo. Aquel desasimiento que ostentaban tan groseramente los cínicos y los estoicos, que, despreciando al conjunto de los hombres, se complacían en mostrar que se hallaban muy por cima de él, los excesos de los penitentes de la India, que se separan del mundo con una insensibilidad y un desaliño repugnantes, y viven en una especie de embrutecimiento intelectual [2] para no participar de la falta que la naturaleza ó la divinidad comete produciendo esta miserable existencia; [3] aquellas penitencias disimuladas y encarnizadas de los jansenistas, que no solamente querían huir de los hombres á quienes despreciaban para no tener participación alguna en su miserable suerte, sino para intentar persuadirse á sí propios, y hacer creer al mundo asombrado, que en ellos nada más había que el hombre corriente; [4] todo eso y otras muchas cosas análogas no son evidentemente más que el orgullo disfrazado.

Como siempre, Schopenhauer es quien se explicó más

(1) Porphyr., *Abstinentia*, 4, 20.
(2) Wuttke, *Heidentum*, II, 354, 366, 368, 370 y sig.
(3) *Ibid.*, 363 y sig., 377.
(4) Nisard, *Hist. de la litt. franç.*, (1) II, 205.

crudamente respecto de tal asunto. Nadie espera que hombre tal recomiende la purificación moral. No obstante, hácese partidario de la mortificación, y á la letra. «Únicamente el hombre vulgar—dice él—encuentra este mundo rico en goces. Para distinguirse de él, el medio más sencillo está en separarse de él completamente, ó bien en servirse de él, si no en abusar de él, de manera que se satisfaga cuanto posible sea el fin del hombre de genio, que es la negación del mundo, y, en difinitiva, la negación personal». [1]

Desde luego que estas orgullosas palabras bastaban á Schopenhauer. Quien le conozca, no creerá que hubiese practicado él estos bellos principios. Pero los penitentes indios tómanlos en serio en la realidad, y con sus mortificaciones, llegan hasta el suicidio. [2] Pues bien, claro es que tal mortificación, no solamente es incapaz de purificar y mejorar el alma, sino que, por el contrario, debe tornarla grosera y salvaje. [3] Los representantes de tales tendencias no piensan en el alma. Tratan solamente de maltratar, oprimir ó ahogar la naturaleza sensible. Ya Plotino dijo que lo que intentaban no era la purificación expresamente que lo que intentaban no era la purificación del alma, pues, según su convicción, el alma no necesitaba purificarse. [4]

Mas cuando el alma resulta así descuidada en principio, el resultado á donde se llega, es que las pasiones se vuelven contra el mal trato con todo su salvajismo.

Puédese ver esto con mucha frecuencia confirmado por los hechos. Pues precisamente en estas esferas, es en donde somos testigos de los más tristes errores morales que se ocultan vanamente bajo el manto de la piedad y de la religión. La historia nos muestra que semejante falso ascetismo no hace más que embotar el espíritu, matar los

(1) Schopenhauer, *Welt als Wille und Vortstellung*, (3) I, 363 y sig., II, 649 y sig., 639 y sig.
(2) Wuttke, *Heidentum*, II, 374 y sig.
(3) En este sentido admitimos lo que Ed. Caird (*Evolution of religion*, (3), II, 286) dice en sentido general.
(4) Plotin., *Enn.*, 3, 6, 5.

esfuerzos morales, caldear la imaginación, excitar la concupiscencia, sostener la licencia, y alimentar la más incorregible de todas las especies de orgullo, el orgullo de la virtud.

4. ¿Quiénes necesitan la mortificación?—Por lo dicho, fácil es ver que con la mortificación sucede lo que con un medicamento enérgico ó con un buen baño. Empleada convenientemente, y bajo acertada dirección, es fuente de vida; peró mal empleada, ese medio indispensable para la virtud puede convertirse en obstáculo para su realización, y hasta en su tumba.

De igual modo que el que abusa de un remedio no alcanza de ninguna manera su virtud curativa, de igual suerte todo daño que el mundo se cause á sí propio, mediante falsa aplicación de la mortificación, no puede dañar á la verdad de que pocas cosas hay que sean más necesarias al hombre. [1]

Ningún principio debiera predicarse con mayor frecuencia y más expresamente, pues concierne á todos, y eso no tan sólo como benévolo consejo, sino como serio encargo. [2]

El Evangelio hace notar bien que el Salvador dijo, no solamente á sus discípulos, sino á todo el mundo: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese á sí mismo, lleve su cruz cada día y sígame». [3] No dice que quien quiera ir en pos de sus pasos se mime á sí propio, que ahorre su carne; no, dice que debe negarse á sí mismo. [4] Nadie puede poner, pues, su fin tan bajo,—si aspira á su fin último,—que no se vea obligado á pensar en la mortificación. El Salvador no se contenta con declarar que quien huye

(1) Cf. Alvarez a Paz, II, 1, 2. Rodríguez, II, 1. Saint-Jure, *Connaissance du Fils de Dieu*, l. 3, p. 2, c. 10, 5, 6-20. Vallgornera, *Appen.*, n. 142 (II, 385 y sig.). Schram, § 80-100. Philipp. a S. Trinit., I, tr. 2. Dirckinck, *Semita perfectionis*, 1, 2-27. Tronson, *Examens particuliers*, 151-180. Surin, *Catéchisme sp.*, p. l., ch. 4; p. 13 y 14. Meynard, (3), I, 93 y sig. Lejeune, *Intr. á la vie myst.*, 187-231. Bürger, *Christ. Vollk.*, 147 y sig.
(2) Basil., *Regul. fus.*, 8, 1.
(3) Luc., IX, 23.
(4) Victor Antioch., *In Marc.*, 8, 34.

de la mortificación no se le asemejará en lo perfecto, sino que dice que no es digno de él. [1]

Así, pues, nadie es de tal suerte perfecto que pueda prescindir de la mortificación. Nadie en esta vida se halla enteramente libre de faltas, sino que cada cual necesita purificarse. [2] Puédese andar ya largo tiempo por el camino de la perfección, sin que por eso se crea uno exento de la ley de la mortificación. «¿Quién pensará nunca haberlo todo purificado en su vida,—dice San Bernardo—de tal manera que nada le quede que hacer? Creedme, apenas la poda se haya terminado, cuando aparecerán nuevos brotes. Pues no basta con haber tomado una sola vez la podadera. Necesario es hacerlo con frecuencia. Así, pues, si no te forjas ilusiones, siempre hallarás algo que limpiar en ti. Por grandes que sean los progresos que hayas hecho, te engañas si crees que tus defectos están muertos». [3]

Según esto, no hay nadie á quien no se deba predicar la necesidad de la mortificación. Pero principalmente incumbe á quienes aspiran á adelantar en la vida espiritual, y en la perfección. [4] La *Imitación de Jesucristo* dice: «No adelantarás sino es haciéndote violencia». [5]

Para los primeros pasos, puede bastar con tener buena voluntad. Dios no se lo pide todo al principiante, sino que le dispone, hasta que se haga más fuerte, y se desprenda de su primera timidez. Mas tan pronto haya pasado el primer escalón, la mortificación reclama sus derechos, de idéntico modo que la seriedad, tratándose de quien haya traspuesto la infancia.

Aquí se halla siempre la respuesta á tantas dudas y cuestiones que surgen en el camino de la vida espiritual. «Yo tenía, sin embargo, buenas intenciones al entrar al servicio de Dios—dicen muchos.—¿Por qué, pues, no tengo tantos

(1) Matth., X, 38. Luc., XIV, 27.
(2) Apocal., XXII, 11. Thomas, *In Ioan.*, XV, l. 1.
(3) Bernard., *Cant. cant.*, 58, 10.
(4) Bened. XIV, *Beatific. et canonis.*, 3, 28, 12; Phil. a Sancta Trinitate, *Myst.*, I, tr. 2, d. 4. Rodríguez, 2, 1, 5.
(5) *Imitat. Christi*, I, 25, 11.

consuelos como en el comienzo? ¿Por ventura no atraso en vez de adelantar? ¿Acaso, en definitiva, no di un paso en vano? Quizá no encontré un buen guía para llevarme por el camino de la salvación. ¿Me equivoqué en Dios, ó Dios me engañó?»

No, alma buena, no. Nada de eso. Sino que has creído poder adelantar sin mortificación. He ahí tu gran equivocación. Sin mortificación no se da fuego duradero, ni consuelo, ni devoción. Sin mortificación no se da energía en las tentaciones, ni victoria en las luchas contra la carne, ni pureza de corazón. Sin mortificación no se da progreso, ni tenacidad, ni perfección. La mortificación es la muerte de las pasiones, remedio contra el placer que se halla en el pecado, el golpe dado á la raíz del mal. Es alimento del celo, aceite de la oración, camino de la unión con Dios. Aprende á estimar mejor y á practicar la mortificación, y bien pronto verás el cambio operado en ti por la mano de Dios.

5. Necesidad de la mortificación á causa del espíritu de los tiempos, de la Iglesia y el Cristianismo.— Son principios estos que, para toda época, tienen, tarde ó temprano, su valor. Mas apenas hubo tiempo en que fuese más necesario inculcarlos que en el nuestro.

Dice Taulero en alguna parte, con su estilo inimitable en la energía: «Heme hallado en un país en el cual son los hombres tan viriles, se convierten y perseveran tan bien, que la palabra de Dios produce allí más fruto que aquí en diez años. En ese amable pueblo, vense maravillas y grandes gracias. Pero ciertos países no dan sino corazones femeninos. No sabe uno por donde cogerlos. ¿No sospecháis que de vosotros se trata? No obstante, es la pura verdad. Hijos míos, necesitamos ser hombres, y dejar las criaturas para convertirnos formalmente». [1]

Esto está enteramente conforme con lo que santa Hildegarda había escrito mucho antes: «Actualmente la energía de la fuerza viril hase convertido en debilidad femenina. Sí,

(1) Tauler, 73, a (37) (Frankf. 1826, II, 208).

vivimos en una época de debilidad general. Todo el mundo teme las molestias. El pueblo descuida la ley; los superiores espirituales duérmense; la hija de Sión busca todas sus comodidades». [1]

Si esas almas ricas de Dios hablaban de tal modo de su tiempo, ¿qué diremos entonces del nuestro? Seguramente ese país que no produce sino corazones afeminados, es el en que vivimos. Ese tiempo afeminado, en el cual cada uno teme molestarse, es el nuestro. Nuestra señal caracterísca es la molicie. De esta manera educamos á la juventud. Debe estudiar divirtiéndose. Ahórrasele cuanto es posible todo lo que sea duro y desagradable. No se le enseña siquiera á violentarse, á practicar la abnegación. Así crecemos y envejecemos, incapaces de practicar las cuatro artes más indispensables de la vida: el sacrificio, la paciencia, el sufrimiento y el dominio personal. Gozar es nuestra única aspiración. Privarnos, someternos, tener paciencia ó llegar hasta negarnos algunas satisfacciones, son palabras cuya sola vista nos hiere.

¿No es esta una época afeminada? ¿No son estos corazones afeminados?

¡Si tan sólo pudiéramos decir que la Iglesia de Dios no los vió jamás parecidos! Mas cuando se considera su situación actual, ¿en dónde se halla el espíritu de penitencia? ¿en dónde el espíritu de mortificación? ¿Quién habla de eso todavía entre nosotros? ¿Quién se atreve aún á predicar sobre tal cosa? ¿Cuántos confesores y directores insisten todavía en eso, en la dirección de las almas? ¡Por do quiera la flojedad en el espíritu de penitencia, por doquiera la molicie y las contemplaciones!

¿Acaso no hay cosa, incluso el noviciado de la vida eclesiástica, que no deba hacerse divirtiéndose? No sabemos soportar el ayuno; creemos que nos podemos eximir de las obras de penitencia. Es enteramente como si hubiésemos descubierto nuevo evangelio, en el cual se dijese: «Bárbaros eran los tiempos en los cuales el reino de Dios sufría

(1) Hildegard., *Ep.* 94 *ad Clerum Trevir.*

violencia. Desde que la instrucción hízose tan grande, desde que el mundo mira con horror las austeridades de los santos, todo eso ha cambiado. Actualmente, no tenéis necesidad de tomar á Jesucristo como modelo. Basta que os lo representéis como un joven cubierto de flores, como un niño jugando entre lirios, como maestro de cómoda piedad, que guarda miramientos al corazón y no hace violencia á la carne».

De hecho, pudiérase creer que nueva revelación de esa especie ha ocurrido, cuando se abren ciertos libros piadosos de donde se exhalan los más suaves olores, ó se da una ojeada á esos millares de imágenes religiosas con las cuales tratamos de estimular nuestra imaginación y nuestro corazón. Trátase únicamente de palomas que se besan y arrullan, de rosas, lirios, miosotis, cogines de terciopelo, coronas de flores y collares de perlas. Difícilmente se verá traje de penitencia, unas disciplinas, el cáliz de amargura; y mucho tiempo haría falta para encontrar una imagen seria, impresionante, conmovedora, del Redentor, derramando sudor de sangre, flagelado, coronado de espinas, llevando su cruz, y crucificado. [1]

No debemos hacer sobrados cargos á un moderno acusador de la Iglesia, cuando dice: «Ella y sus sacerdotes no toman en serio el cielo. Su poesía carece de gravedad, y le falta la fuerza del dolor. El culto de Dios calcúlase tan sólo de manera que sorprenda á la imaginación y satisfaga á la sensibilidad. Sábese hablar á propósito de la nada del mundo en términos convenientes, lo cual no impide saborear sus goces cuando se presenta ocasión». [2]

Ese hombre tiene razón, si quiere hablar de nosotros. Hemos merecido justamente que se nos eche eso en cara.

(1) Un médico que, no obstante, murió en bien merecida reputación de alta virtud y rara piedad, me dijo que, después de su conversión (era incrédulo), había buscado por medio mundo, sin escatimar gastos, un retrato del Salvador que le representase toda la profundidad de los sufrimientos que había padecido por nuestra salvación, y sólo después de muchos años había encontrado uno en Nápoles.

(2) Julian Schmidt, *Geschichte der Romantik*, I, 47 y sig., 51, 71.

Que se equivoque haciendo á la misma Iglesia de Dios ese grave reproche, no es culpa de ella, sino nuestra. Pues tornámonos la piedad tan cómoda, que alguien que se pare tan sólo en la superficie de las cosas, pudiera creer que el espíritu de la Iglesia hízose tal.

Pero no, no. No es así el espíritu de Jesucristo, no es tal el espíritu de la Iglesia. Eso es una falsificación. Y precisamente para apropiarnos ese espíritu,—por otra parte no se da sin él salvación—debemos practicar de nuevo la mortificación y la renuncia personal.

Jesucristo es el mismo ayer, hoy y eternamente. (1) Si, en pasados tiempos, no se daba salvación sino participando de la cruz de Jesucristo, no se da actualmente tampoco fuera de la imitación de Jesucristo crucificado. Solamente imita á Jesucristo quien le sigue.

Pues bien, ¿qué fué su vida entera sino renuncia personal y personal abnegación? Luego inútil es que nadie se lisonjee de seguirle si se esfuerza en hacerlo por distinto camino que este.

Darse exteriormente apariencias de practicar una de las santas acciones de Jesucristo, seguirle hasta la Cena, y abandonarle tan luego entra en el Huerto de las Olivas, eso no es lo que se llama revestirse de Jesucristo. Para eso, necesario es, como dice el Apóstol: «llevar en sí la mortificación de Jesucristo». (2)

La mortificación ó la abnegación personal son, pues, la ley propiamente dicha de los servidores de Dios, (3) y la señal característica de los verdaderos discípulos é imitadores de Jesucristo. (4)

Desgraciadamente esa señal resulta casi borrada por culpa nuestra. Si actualmente el cuerpo de Jesucristo en la tierra resulta tan débil, consiste en que sus miembros han conservado en sí muy poco de un elemento de vida

(1) Hebr., XIII, 8.
(2) II Cor., IV, 10.
(3) Nieremberg, *Doct. ascet.*, 3, 28.
(4) Weiss, *Die relig. Gefahr.*, (3), 361 y sig.

muy importante, la mortificación. Y si el mundo no tributa mayor respeto á Nuestro Señor, es porque, diríase, es incapaz de inspirar á los suyos la fuerza de hacerse violencia.

¡Puedan, pues, todos lo que todavía conservan un resto de celo por el honor de Jesucristo levantarse, y mostrar que su antiguo espíritu obra siempre en sus miembros! Puedan trabajar en la realización de la predicación de santa Hildegarda, cuando, á las quejas que acabamos de referir, añade estas consoladoras palabras: «Después de esa época afeminada, llegarán tiempos viriles. Ocurrirán entonces grandes guerras y grandes combates. Los hombres no serán como niños insensatos, que no piensan sino en fútiles entretenimientos. Veránse hombres vigorosos. Severa disciplina y el temor de Dios volverán á reinar, y muchos seglares vivirán como santos. Esa aspiración á la santidad persistirá largo tiempo. El clero será modelo de todas las virtudes. La salud, el vigor y la fuerza reinarán en el pueblo de Dios, hasta tal punto que se verán numerosos mártires de la fe. (1)

6. La mortificación como elemento de muerte en la vía purgativa.—Mas para que tal suceda,—si alguna vez eso debe suceder,—necesitamos decidirnos á llevar de nuevo una vida más formal, y á practicar una austeridad mayor. Pues tal como actualmente somos, no podríamos soportar las pruebas que á Dios le plazca enviarnos. Y, para llegar á tal resultado, necesario es ante todo, que, mediante la mortificación, formemos una generación vigorosa.

La mística católica emplea con intención la palabra *mortificación* y la palabra *muerte*. Expresándose así, conservó desde el principio su reputación de moderada y reflexiva; previno todas las exageraciones que con frecuencia se manifiestan en ese terreno.

Nunca debe debilitarse la naturaleza, hasta el punto de enervarla y despojarla de todo impulso. (2) Semejante

(1) Hildegard., *Ep.*, 94.
(2) Phil. a S. Trinitate, *Myst.*, l. tr. 2, d. 4, a. 1.

intento sería orgullo y locura, y produciría enteramente lo contrario del resultado al cual se querría llegar. Las más de las veces el exceso y la inteligencia vénganse por ese lado con una caída en la esclavitud de la carne. No somos ángeles, y en esta vida, jamás llegaremos á igualar á los espíritus bienaventurados. Por lo cual debemos soportar con humildad y paciencia las necesidades de nuestra naturaleza sensible, y hacer lo que podamos para ahorrarnos las luchas de las cuales ella es causa. Pero no debemos intentar sustraernos á eso aplastándola.

Ni los santos han procedido de esa suerte. Practicaban austeridades que nos espantarían y á las cuales sentíanse movidos por un impulso particular de Dios, para probar, con su ejemplo, á una época afeminada, lo que puede el hombre cuando seriamente quiere, y para cumplir en su carne inocente lo que el mundo culpable descuida, ¡ay! con sobrada frecuencia. Pero no aborrecían su naturaleza. (1) San Bernardo, que, en el celo impetuoso de una juventud inexperta, había practicado durante algún tiempo excesiva dureza consigo mismo, resume la doctrina referente á la mortificación en este principio inatacable como quiera que se le mire: «En la vida natural, debemos la salud al cuerpo, y al corazón la pureza. En la vida sobrenatural, el cuerpo, según la frase del Apóstol, (2) debe imponerse suficientemente mortificaciones para que, en todas sus acciones, el espíritu y el corazón sean sacrificio puro y agradable á Dios». (3)

Pero si una prudencia de vida reflexiva—y la ascética del Catolicismo lo es eminentemente—rechaza toda exageración malsana, no se sigue de ahí en manera alguna que sea preciso sostener las consideraciones respecto de la carne. «No os cuidéis de la carne, de suerte que excitéis el deseo». (4)

Lo que rechazamos, es el intento de matarla. Lo que

(1) Hugo a S. Charo, *In Eph.* 5, 29.
(2) I Cor., IX, 27.
(3) Bernard., *Div. sermo* 16, 2, 3.—(4) Rom., XIII, 14.

predicamos, es la mortificación. En cosa tan seria como la vida, y tratándose de alcanzar nuestro fin eterno, las futilidades no vienen á cuento. No se trata de atentar contra la vida, trátase únicamente de libertarla de los obstáculos que la perjudican.

Ninguna mala hierba muere por sí misma, y la del alma todavía menos que las otras. El fruto de la perfección no brota por sí solo. Trátase de arrancar constantemente las zarzas y las espinas que tienden á sofocarlo, de remover sin cesar, con bien cortante azada, el suelo sobre el cual se halla plantado el árbol que lo da, de librarle de las orugas y gusanos que amenazan roerle. Cuanto se perdone en caso semejante, es en perjuicio del magnífico arbolillo que el celestial jardinero plantó con su propia mano, y regó con su propia sangre; y á medida que el árbol crece, el trabajo aumenta. Trátase entonces de hacer que suba derecho, de obligarle, de sacarle los jugos dañosos, de cortar las ramas superfluas. Hay siempre algo que hacer.

Con frecuencia parecería que el árbol debe morir bajo la dura mano que le cuida. Mas cuando llega el otoño, y el jardinero presenta en la mesa del amo el fruto que hizo crecer, éste muéstrase satisfecho, y él mismo resulta resarcido de todos sus trabajos.

He ahí una imagen de la vida espiritual. Quien se presta consideraciones, no hace más que prestárselas á sus enemigos. Quien no tiene siempre á mano la podadera de la mortificación, vese en constante peligro de hallarse invadido por las malas hierbas, y ahogar el plantío de Dios.

Ó damos muerte á nuestras malas pasiones, ó ellas nos matarán. Y como no podemos matarlas nunca por entero, necesario es por lo menos que las debilitemos hasta tal punto, que no puedan ellas darnos muerte.

Así se halla explicada la primera tarea de la mortificación.

Muy pronto veremos que hay todavía otras. Mas aquí

hablamos únicamente de aquellas que debe llenar en el comienzo de la vida espiritual, en la vía purgativa, en el sentido propiamente dicho de la frase.

En el presente caso, no debe ahogar el vigor natural, sino libertar á la naturaleza, y hacer lugar á lo sobrenatural. Debe primeramente suprimir la exuberancia de las pasiones que llevan al mal; además, apartar de la carne cuanto es propio para favorecer la concupiscencia; en tercer lugar, refrenar y moderar los instintos naturales que llevan fácilmente á cometer excesos, cuando su poder no se halla contenido, y, por último, en cuarto lugar, destruir los focos de egoísmo, pues, que sin eso, resulta de ahí esa gusanera de todo género que devora toda nuestra labor. (1)

Tal es la mortificación que se requiere en la primera etapa dentro del camino de la perfección, llamada vía purgativa.

7. Tres especies de mortificación: mortificación material, mortificación de los sentidos y mortificación espiritual.—De lo que acabamos de decir, claramente resulta que la mortificación mira á lo interior y no á lo exterior.

Es principio que no se recomendará nunca con bastante insistencia. Quienes desprecian la mortificación y quienes de ella abusan, parten del funesto error de que no tiene otro objetivo que encarnizarse contra la naturaleza sensible. (2) Pues bien, por ahí dejan ver que no tienen la menor noción de la mortificación.

No es la naturaleza á quien se debe dar muerte, ni siquiera á lo que hay de animal en la naturaleza, sino el mal en ella introducido. No se trata de perseguir á la carne, sino de purificar el alma. Los rigores empleados contra la naturaleza sensible son únicamente medio para lograr

(1) Cf. Weiss, *Die Kunst zu leben*, (5), 77 y sig., 221 y sig.

(2) Aquí está la explicación de la horrible expresión de Murisier (*Les maladies du sentiment religieux*, 45) de que la ascética es el complemento natural de una religión, que, incapaz de domar las pasiones, cree haber cumplido su deber castigando por lo menos las pasiones indomadas. Cf. más abajo, n. 10 y Weiss, *Die Kunst zu leben*, (5), 94 y sig.

el fin. Pues bien, ese fin consiste en lanzar del alma cuanto para ella es obstáculo que la impida llegar á la pureza y á la perfección. En aquello en que la naturaleza sensible no es un peligro para el alma, la mortificación puede inmediatamente perseguir su fin propiamente dicho: la purificación del alma. Cuando, pues, Dios ha revestido ya al cuerpo con su invisible vestido de penitencia, formado por la enfermedad, por la pobreza, ó por el trabajo penoso, la mortificación física suprímese por sí misma. En este caso, todo director discreto, no solamente no impelerá á eso, sino que más bien apartará de ello.

Mas allí en donde la naturaleza animal hace correr los mayores peligros al alma, quienquiera que tome á pechos la salvación del hombre, insistirá de la manera más apremiante para que emplee severa disciplina con su naturaleza sensible. (1) Hay en esto una exigencia de la simple razón y de la experiencia. Impónese de tan indiscutible manera, que San Alfonso de Ligorio, refiriéndose á una máxima del gran doctor de la penitencia, San Juan de la Cruz, no vacila en afirmar que quien no admita tal doctrina, no debe ser creído, aun cuando lo probase con milagros. (2) La Iglesia mira tan esencialmente esta señal de los verdaderos esfuerzos hacia la perfección, que, tratándose de los siervos de Dios que no hayan muerto mártires, se abandonaría al punto su proceso de canonización, si se pudiera probar que no amaban la mortificación, aun cuando, fuera de eso, nos ofreciesen señales extraordinarias de santidad. (3)

Pero, como para la mayor parte de los hombres, la mortificación sensible es en gran parte lo más necesario que hay, y que, sin ella, no pueden siquiera llegar al comienzo del bien, resulta de ahí que por lo general la palabra *mortificación* obliga tan sólo á pensar en su especie más secundaria.

(1) Aquí nos complacemos en recordar á los directores de almas lo que hemos dicho en otra parte sobre la abstinencia de bebidas alcohólicas, á fin de salvar de los mayores peligros á la juventud.

(2) Alphons. Ligori, *Homo apost.*, *append.*, 1, 3, 25.

(3) Bened. XIV, *Beatif. et canonis.*, 3, 28, 1, 18; 29, 8.

Esto es, por otra parte, fácil de explicar, puesto que, las más de las veces, cuesta mucho trabajo hacer aceptar por el mundo la más mínima cantidad de este último grado de mortificación. Tocante á las prácticas voluntarias de esta virtud, manifiestamente no hay para qué hablar de ellas. ¡Si solamente la que se pide á todos los cristianos se practicase! Mas en tanto que se impone á los venados, en los jardines zoológicos, un día de ayuno á la semana, como medida sanitaria, los hombres tratan de persuadirse de que morirían si guardasen el precepto de la Iglesia que manda ayunar en días determinados, á pesar de hacer constantemente la prueba de que, con nuestros excesivos cuidados, las fuerzas del hombre redúcense cada vez más, y que las pasiones van siempre acercándose á las de las bestias feroces.

Ante tal obstinación en no querer instruirse, es predicar en desierto. Si el más elocuente de los oradores de la penitencia—queremos referirnos á la miseria de los tiempos, que quiere apenas darnos aún el pan de cada día—no puede llevarnos á que nos limitemos en nuestros deseos, ¿qué predicador podrá entonces conseguirlo? Y si la humanidad no quiere resistir al más grosero de todos los instintos, el placer del gusto, ¿quién se atreverá entonces á decirle que, para quien pretenda vida pura, es elemental el sujetar todos los malos instintos, principalmente el más peligroso de todos los sentidos, el sentido del tacto?

Que eso agrade ó no, ténganse ó no probabilidades de salir airosamente, necesario es, no obstante, decirlo. Y precisamente porque es, al parecer, muy poco conforme con la época, necesario es proclamarlo en alta voz. Cuanto mayores son la molicie y la sensualidad, más apremiante debe ser el llamamiento á vigorizarse y á la austeridad. Si, antes de ahora, edades de hierro creyeron deber ponerse en guardia contra el sentido del tacto, valiéndose de medios especiales, usando cilicios, duros lechos, ¿quién podría entonces negar la necesidad de semejantes mortificaciones en nuestra época de molicie y de cobardía?

Por otra parte, cualquiera que sea la necesidad de hablar de este género de mortificación en la hora presente, no es razón para creer que sea la principal especie, y menos aún que es la mortificación completa.

La mortificación física no es más que el comienzo de la mortificación, y un comienzo muy imperfecto. Otros dos grados son mucho más elevados y más importantes: la mortificación de los sentidos [1] y la mortificación del alma. [2] Ambas especies son necesarias y posibles á todos, aun á los que con razón dicen que no pueden practicar, ó no tienen necesidad de practicar la primera categoría. Entre nuestros sentidos, no hay uno que no ofrezca múltiples peligros á la pureza del corazón, si hay descuido en mortificarle. Pero hay dos que se hallan tan estrechamente ligados con nuestro interior que, de su vigilancia, depende no solamente el recogimiento, la calma, la pureza, sino la vida del alma entera. Son las puertas de entrada y salida del alma: los ojos y la lengua. Por eso, quienes toman con formalidad á pechos su salvación y sus adelantos en la vida espiritual, trabajan siempre en someter esos dos sentidos con tal ansiedad, que con frecuencia, vista la indiferencia nuestra, parécenos exagerada.

Pero para San Luís Gonzaga no era una exageración el dominar de tal modo su vista, que casi necesitase un guía; tanto que apenas conocía la casa que habitaba. [3] No era una exageración para Santa Clara de la Cruz, quien ni siquiera quería mirar el retrato de un hombre, [4] ni para San Pedro de Alcántara, que, durante tres años, no vió más que el suelo que se extendía ante él, ni miraba los vestidos de las mujeres, ni, con mayor razón, sus semblantes, y que no parecía sino que tenía ojos para no ver, y oídos para no oir. [5]

(1) Alvarez a Paz, II, l. 2, p. 2; Saint-Jure, 3, 22, 8, 9.
(2) Alvarez a Paz, II, l. 2, p. 3; Rossignol, *Christ. perf.*, 2, 9 y sig. Surin, *Catéchisme*, XIII, XIV.
(3) Cepari, *Vita S. Aloys*, 1, 2, 30; 5, 63; 2, 1, 128.
(4) Mosconius, *Vita S. Clarae Montefalc.*, 3, 25.
(5) Ioan. a S. Maria, *Vita S. Petri Alc.*, 2, 16 y sig.

Estos ejemplos, y otros muchos de la vida de los santos, prueban el cuidado exquisito con que miraban la pureza de su corazón y el progreso de su alma. En vez de acusarlos de haber hecho mucho, debiéramos temblar y preguntarnos si creemos que, descuidando la vigilancia sobre nosotros mismos, podremos progresar en el bien, ó tan sólo salir de nuestras perpetuas distracciones y sobreexcitaciones, ó vencer únicamente las peligrosas tentaciones que nos asaltan.

Si las personas piadosas y los santos vigilan tan cuidadosamente su exterior, fácil es darse cuenta de la severidad con que tratan su interior, y de cómo practican la principal especie de mortificación, es decir, la mortificación del alma, de sus inclinaciones y pasiones.

Verdadero temor causa el ver á qué precio han luchado años enteros contra sus defectos naturales, contra sus hábitos peligrosos, contra las consecuencias de sus faltas y negligencias de otros tiempos, con qué tenacidad han trabajado en purificar sus afectos de toda inclinación malsana, y en ponerlos por completo al servicio de la virtud, con qué seriedad se han esforzado en vencer la curiosidad y los extravíos de su inteligencia, en moderar el ardor de sus deseos, en expulsar sus distracciones, en refrenar su imaginación desordenada, en purificar su memoria de todo recuerdo perturbador, en dar flexibilidad á su voluntad, pureza á su corazón, calma á sus nervios. [1]

Y, sin embargo, apenas si nos acordamos de que debemos seguir esta misma vía, si queremos llegar al mismo fin.

8. La mortificación como medio de disciplina, y como remedio que fortalece y cura al alma en la vía iluminativa.—Pero lo que hasta el presente hemos visto, constituye únicamente la primera empresa, y no el fin más elevado que la mortificación debe alcanzar.

(1) Cf. Alvarez a Paz, II, 1, 2, p. 3; III, l. 3, p. 1, c. 7; l. 4, p. 1. Philipp. a S. Trinit., I, tr. 1, d. 2; tr. 2, d. 1-4. Meynard, (3), I, 175 y sig. Lejeune, 71-100, Bürger, 163 y sig. Cf. más arriba, n. 4.

Hasta ahora no se proponía otro objeto que extirpar de raíz sus consecuencias y afectos, el mal que domina en nosotros. Sin embargo, esto no es más que el principio del mejoramiento personal de la llamada vía purgativa. Pero á ésta siguen aún otras vías, la del progreso y la de la perfección. Y sobre estas dos vías tiene también importancia la mortificación, sólo que desde otros puntos de vista.

Verdad es que existe una opinión muy difundida y sostenida antiguamente por los neoplatónicos, según la cual, el que quiere ser bueno, solo tiene necesidad de dominar la influencia excesiva de la parte sensible de su ser sobre la parte espiritual. Con tal que llegue uno á este resultado, todo está concluído, elevándose entonces el alma por sí misma á la pureza. [1]

Pero no. Quien así piensa, sólo muestra que tiene poca experiencia de la vida espiritual, y que, á lo sumo, se ha movido en sus hondonadas.

Es el mismo error que esa ilusión, á veces muy frecuente, que consiste en creer que uno es bueno tan pronto como ha cesado de pecar. Pero, en este caso, también sería bueno el que carece ya de fuerzas para obrar el mal, ó no encuentra ocasión propicia para ello. Ahora bien, ¿quién se atrevería á sostener esto? ¿Quién se atrevería á llamar sano al hombre en quien ha cedido un acceso de fiebre?

Sí, queda todavía un largo camino que seguir, á partir del momento en que uno ha renunciado al pecado, para llegar á aquel en que el alma está sólidamente establecida en el bien. Sólo es capaz de comprender esto el que hace ya muchos años que marcha por el camino de la perfección.

Quizás no ha cometido jamás pecado alguno, y no está, por consiguiente, sometido á la tiranía de sus efectos. Sin embargo, no puede desconocer su debilidad, su inclinación al mal, los peligros que le envuelven y le amenazan con hacerle caer. Siente que las viejas tentaciones, que cien veces ha vencido ya, se despiertan siempre de nuevo, y no

(1) Plotin., *Enn.*, 1, 2, 3 (Didot, p. 10, 4 y sig.).

ignora lo poco que se necesita para hacerle sucumbir, á pesar de su buena voluntad, si no fortalece sin cesar su debilidad con toda clase de esfuerzos.

Así se explica fácilmente que las almas rectas, que no tienen que expiar faltas propias, sean precisamente las que más aman la mortificación, ya que saben apreciar el auxilio que en ella encuentran para curarse y progresar en la virtud.

Hay en la mortificación una virtud maravillosa, de la que se priva quien no la practica.

¿De dónde proviene nuestra debilidad ordinaria que desafía constantemente á la gracia? ¿Por qué somos tan propensos á las recaídas? ¿Por qué esta inconstancia en nuestras buenas resoluciones? ¿Por qué perseveramos tan rara vez en el bien?

La causa de todo esto consiste en que nos repugna la mortificación. Sólo aquí vemos la gran necesidad que tenemos de su auxilio y los servicios que nos presta.

Su más apremiante necesidad no se manifiesta únicamente como castigo. Á todo hombre le llega una época de progreso, en la que la mortificación no le es tan necesaria como al principio. Pero, en este caso, no le es menos necesaria como medio de disciplina para fortalecerse, y como remedio para curar su alma enferma.

Error grave sería el creer que la mortificación conviene únicamente á los grandes pecadores y á los penitentes, sino que también forma parte de la vía iluminativa, en la que ocupa un lugar distinguido.

Para curar y fortalecer al alma que acaba de sacudir su enfermedad pasada, para conducir al que es puro á una pureza mayor, es la mortificación uno de los medios más indispensables y eficaces.

9. La mortificación como medio de elevación sobrenatural en la vía unitiva.—Pero esto no es menos cierto cuando se trata de alcanzar la perfección, es decir, el tercer grado de la vida espiritual.

La mortificación no debe abandonar jamás al hombre

mientras no haya conseguido este fin, ya que es tan obligatoria para el perfecto como para el principiante y el progresante. Sólo que su empresa y su carácter difieren en cada uno de estos tres grados.

Desde luego entraña el carácter de un instrumento de muerte, luego el de un medio de disciplina y el de un remedio para fortalecer y curar, y, finalmente, el de un medio para llegar á la unión completa con lo sobrenatural.

En la vía purgativa, le da el Espíritu Santo el aspecto del temor, en la iluminativa el de la fuerza, en la unitiva el de la piedad.

Vemos aquí con cuánta frecuencia somos injustos con Dios y con los santos. Quisiéramos poseer las perfecciones de estos últimos y gozar de sus consuelos, pero quisiéramos todo esto sin vivir de su vida, ó bien creemos que hay en ésta dulzuras imaginarias.

Esto es un error. Cada paso hacia la perfección les cuesta á los santos una lucha penosa, y comprar á gran precio cada uno de los consuelos que les procura su unión con Dios. También para ellos, y sobre todo para ellos, todo esto es el precio de su fidelidad. La menor infidelidad en un esfuerzo exigido por Dios de ellos para vencerse, una momentánea detención en el camino de la renuncia personal, debe ser expiada por ellos inmediatamente, con tales penitencias como no las exige Dios de nosotros, sus servidores imperfectos, de nosotros, que tanto amamos la molicie. Y Dios, satisfecho de la aterradora severidad que ejercen consigo mismos, les impone además con frecuencia, para hacer desaparecer los últimos obstáculos que se oponen á la luz de la contemplación y á su completa unión con Él, esas purificaciones excesivamente duras que la mística conoce con el nombre de purificaciones *pasivas.* [1]

(1) Godínez-Reguera, *Myst.*, 1, 3, q. 1, 2; López de Ezquera, *Lucerna mystica*, tr. 6; Schram, *Myst.*, § 164 y sig., 226 y sig.; Scaramelli, *Myst.*, tr. 5, 16 y sig., 154 y sig.; Vallgornera, n. 435 y sig., 763 y sig. (ed. 1890, I, 306 y sig., 548 y sig.; Phil. a S. Trin., *Myst.*, I, tr. 3; Ribet, *Mystique*, (2) I, 357 y sig., 378 y sig., 404 y sig. Meynard, (3) II, 151-268. Lejeune, 221-255.

Creemos haber hecho algo de extraordinario cuando lanzamos, medio divirtiéndonos y medio por pasatiempo, una mirada furtiva al camino de la vida espiritual. Y al punto nos lamentamos de no poder hallar á Dios, de tardar tanto en convertirnos en hombres nuevos, de no sentir todavía el nacimiento de las alas que deben elevarnos, y dirigir nuestro vuelo al tercer cielo.

Pero aun en los santos que hacen milagros y que desentrañan sus secretos á la luz de la contemplación, encuentra Dios todavía tantos obstáculos para la completa unión con su santidad, que no admite como suficientes sus más heroicas mortificaciones. Dios mismo tiene que encargarse de la última pero delicada purificación, á fin de conducirlos á la más elevada perfección.

Así, el grado más alto de mortificación en los santos es para nosotros la mejor prueba de que, para llegar al cielo, no hay otro camino que el de la penitencia, el de la mortificación, el de la renuncia personal.

El sabio, el artista, el poeta, esos hombres que no aspiran más que á fines terrenales, abandonan, no obstante, el mundo, y se privan de numerosos goces permitidos, á fin de conservar su espíritu en la calma, fortalecerlo para las grandes empresas y facilitarle el vuelo hacia lo ideal. Y ¿creeremos nosotros poder elevarnos á lo sobrenatural sin emplear los mismos medios? Si la sabiduría terrestre y el arte no se hallan en el país en que se goza de vida cómoda [1] ¿cómo podremos nosotros, con nuestra molicie y nuestra medianía, poseer la sabiduría divina y la más difícil de todas las artes, la vida sobrenatural perfecta?

Si los santos, que nunca perdieron su inocencia bautismal, han amado la mortificación; si el mismo Rey de reyes, que estaba lleno de gracia y de verdad, al propio tiempo que era esplendor de la gloria de su Padre, llevó una vida tan austera, ¿qué podremos responder sobre esto nosotros, pobres pecadores? No otra cosa que estas pala-

(1) Job, XXVIII, 13.

bras de la Escritura: «Sólo si sufrimos con Él, seremos glorificados con Él». [1] «Sólo será coronado quien lidiare según sus leyes». [2] No otra cosa que lo que los santos se han dicho para animarse á proseguir por la vía estrecha: «La caridad de Cristo nos urge». [3]

Sí, esta idea debe ser decisiva. Si el Salvador practicó una vida de mortificación y abnegación, como lo hizo, ¿no deberíamos avergonzarnos de llevar su nombre, si, en la medida de nuestras fuerzas, no procurásemos asemejarnos á Él en seriedad y abnegación personal?

10. Lo que el precepto de la mortificación exige esencialmente de nosotros.—¡Fuera, pues, todo temor y toda molicie! ¿En qué pensamos? ¿qué hacemos? Los pequeños y los débiles conquistan el reino de Dios á costa de acciones heroicas; ¿y nosotros no nos hastiaremos de esta degradante servidumbre en que nos sumerge nuestra propia cobardía? ¿No debemos decirnos todos:

«¡Ah, qué sueño tan pesado encadena mis fuerzas! ¡Qué nimias futilidades enervan el vigor de mi espíritu!» [4]

Tiempo es ya de que cese nuestra medianía, y de que, «semejantes al hombre que sacude las cadenas del sueño tras prolongado dormir», [5] rompamos con nuestros pueriles escrúpulos.

Que nadie se espante, pues, de la palabra *mortificación*. No es tan terrible como se imagina el mundo. El horror que le infunde es como el miedo que siente por los espectros: aterradores de lejos, nada de terrible tienen cuando se les ve de cerca; el horror es más imaginario que real.

¿Qué es lo que exige de nosotros el precepto de la mortificación? ¿Acaso nos exige que pasemos cuarenta días sin comer ni beber como el Salvador, que tengamos constantemente en mano el látigo ó las disciplinas, que nos presentemos diariamente al Padre que está en los cielos con

(1) Rom., VIII, 17.
(2) II Timoth., II, 5.
(3) II Cor., V, 14.
(4) Tasso, *La Jerusalen libertada*, XVI, 33.
(5) *Ibid.*, XVI, 31.

la espalda ensangrentada en expiación de nuestros pecados y de los pecados del mundo, como su Hijo en la columna de la flagelación, ó bien que procedamos como esos héroes de la fe que no concedían precio alguno á las cosas del mundo, recibiendo con indiferencia las burlas y los golpes, tendidos día y noche en el banco de tortura, muriendo de hambre y de sed, atormentando su carne con vestidos de penitencia?» (1)

No. ¿Quién ha reclamado jamás esto de nosotros? Esos héroes de mortificación han realizado precisamente cosas tan difíciles para llenar la medida de la penitencia exigida por la justicia de Dios, y eliminar así la que se reclama de nosotros. ¡Si tan sólo realizásemos lo poco que de nosotros exige! ¿Qué es lo que Dios espera de nosotros? Que tengamos cuidado de nuestro cuerpo como el viajero cuida á su caballo, con el que ciertamente tiene miramientos, pero al que emplea en trabajos serios; (2) que cuidemos de él como un instrumento del alma para que pueda servirla, sin que jamás reciba fuerzas tan superabundantes, que le conduzcan á sustraerse á sus obligaciones para con ella; (3) que no lo tratemos como á un criminal, es decir, colérica y brutalmente, sino con miramientos y paciencia, (4) como la parte más débil sobre la cual el alma—ya que él carece de razón—debe velar racionalmente, á fin de no oprimirlo, ni dejarse oprimir por él; (5) que le consideremos como al huésped complaciente que da hospitalidad á la parte más noble de nuestro ser, y que le indemnicemos con dones espirituales más elevados de los cuidados que le ha prodigado. (6)

Para hablar con más sencillez, debemos conceder siempre al cuerpo lo necesario, y alguna vez también un recreo

(1) Hebr., XI, 36 y sig.
(2) Humbert a Romanis, *Expos. regulae S. Augustini*, p. 4 (Bibl. P. P. Maxima, Lugdun., XXV, 585, c).
(3) Bernard., *Advent. sermo*, 6, 3.
(4) Radulph. Flaviniac., *Levit.*, 1, 6.
(5) Gregor. Magn., *Mor.*, 5, 68.
(6) Bernard., *Advent. sermo*, 6, 5.

moderado. Pero debemos alejar de él cuanto pueda serle peligroso, y peligroso para el alma. No debemos, pues, dormir demasiado, ni en cama regalada, ni vestirnos con sobrada delicadeza, ni evitar las más nimias molestias físicas. Por lo contrario, debemos observar regularidad en abandonar el lecho y en nuestro trabajo, huir de las diversiones inútiles, dar de lado á los placeres vanos que matan el espíritu, vigilar nuestra lengua y nuestros ojos, domar nuestra curiosidad, rehusarnos en ocasiones una golosina, interrumpir súbitamente un placer de poca monta, renunciar á un goce cuando empieza á tiranizarnos; en una palabra, aprender á observar en todas partes la modestia, el dominio personal y la moderación.

Sí, moderación y dominio personal; he aquí á lo que se reduce, para la mayor parte de los hombres, el precepto de la mortificación.

Aun las terribles penitencias practicadas por los austeros eremitas y los rígidos monjes del desierto, no eran más que excepciones voluntarias. Regla era también para ellos que la moderación constante y la adversidad soportada con paciencia y resignación eran preferibles á las grandes mortificaciones aisladas. (1)

Pero lo que miraban todavía como más importante, era la gran verdad de que la mortificación interna es muy superior á la externa.

No ceder á la cólera era considerado por ellos como superior á ayunar cuarenta años. (2) No ignoraban que el Apóstol había enseñado que los ejercicios corporales tenían poca utilidad, pero que la piedad era útil á todo. (3) No que dijese que la mortificación externa es superflua y sin valor, sino únicamente que tiene utilidad limitada cuando se la compara con esos sentimientos interiores de amor á Dios, que, bajo la influencia del Espíritu Santo, hacen al alma capaz de todo bien. No dice, pues, esto que

(1) *Vitae Patrum*, 5, 10, 44; Cassian., *Inst.*, 5, 7, 8, 9.
(2) Cassian., *Inst.*, 5, 27: *Vitae Patrum*, 5, 4, 23.
(3) I Timoth., IV, 8.

excluyamos las prácticas externas, sino que demuestra la importancia que se concede á la disciplina interior del espíritu.

Si la mortificación corporal, la cual, sin embargo, sólo tiene un valor secundario y limitado, es tan importante, ¿qué decir de la mortificación interior?

No carece, pues, de importancia poner en guardia á nuestra época contra esa concepción superficial de la mortificación tal como la practicaban los cínicos y los fariseos. Siempre hay quien, como Lutero en sus principios, busca únicamente la salvación en el aniquilamiento de la carne, en vez de buscarla en la purificación y sujeción de las pasiones. (1) Siempre ha habido quien, como los jansenistas, ha creído poder restablecer la disciplina quebrantada por medio de austeridades corporales y de la más minuciosa observancia de todas las prácticas externas, gentes que se han considerado como perfectas, y se han arrogado el derecho de despreciar á los demás, porque ellos practicaban ostensiblemente mortificaciones extraordinarias.

Ahora bien, esto no está conforme ni con el espíritu de la Iglesia, ni con los sentimientos de los santos, ni con la doctrina del Salvador. «Muchas personas consagradas á Dios—dijo un día nuestro Señor á Santa Brígida—llevan una vida austera. Sin embargo, no se acercan á mí, si su austeridad no se apoya en la verdadera base. El ayuno es excelente, pero es preferible la caridad. Sin ésta, no hay salvación. Las austeridades externas no siempre son oportunas, ni convienen á todos. Pero nadie está dispensado de la perfección del corazón». (2) «Han cambiado los tiempos. Puede tratarse al cuerpo con menos dureza, y mitigar el ayuno, con tal que los progresos espirituales del alma no sufran detrimento alguno». (3) «También yo, cuando vivía en la tierra, viví de tal suerte que nadie pudiese

(1) De aquí el reproche que Murisier (véase más arriba, n. 7) dirige á la religión.
(2) Birgitta, *Extravag.*, 13.
(3) *Ibid.*, 6, 65, 91.

horrorizarse de mi austeridad, y todos los hombres pudiesen imitarme». (1)

De aquí que la mortificación que conviene á todas las situaciones y á todos los hombres, aquella á la cual nadie puede sustraerse, sea la mortificación de los sentidos, y todavía más, la de las pasiones. Sin ella, toda mortificación externa es inútil; antes por lo contrario, toda mortificación física debe tender á este fin como medio secundario, si no quiere uno que sea dañina. (2) Tal es el verdadero combate espiritual, (3) del que depende la salvación del alma, y en el cual los maestros de la vida espiritual procuran ejercitar á sus discípulos. Sin esta mortificación interna, nadie puede llegar á ser mejor, ni mucho menos perfecto. Pero también hay que decir que todos pueden practicarla.

Alguien puede decir: «No puedo ayunar»; pero ¿dirá: «No puedo domar mi lengua ni mis ojos?» Y si pretende que no tiene necesidad de látigo ni disciplinas, ¿hallará un pretexto para dispensarse de la obligación de mortificar sus pasiones, sus malos hábitos, sus malas inclinaciones, el desorden de su imaginación, la adhesión á su propia voluntad, el espíritu de contradicción, la inclinación al mal?

Así, pues, lo necesario á todos los hombres para lograr su salvación, lo que todos pueden practicar, si lo quieren, es la renuncia personal.

Para curar nuestras llagas morales individuales y sociales, nada nos es tan necesario como la abnegación y la renuncia de uno mismo.

¿De dónde, pues, provienen casi todas nuestras enfermedades á la moda, las enfermedades del corazón, de los nervios, la hipocondría, el histerismo, sino de la falta de abnegación personal? ¿Cuál es la causa de que sea tan intolerable la miseria de la época, y tan abrumadora la pobreza? ¿Por qué la persecución y el olvido conducen con

(1) Birgitta, *Ibid.*, 6, 122.
(2) Cassian., *Inst.*, 5, 11.
(3) Birgitta, *Ibid.*, 5, 12.

tanta frecuencia á la desesperación, sino porque se ignora esta virtud?

Otras épocas ha habido en que los hombres han sido ciertamente desgraciados; pero practicaban la abnegación personal, y por eso soportaban sus sufrimientos con más calma y virilidad. Pero nosotros hemos llegado al extremo de que los que parecen más felices son los más desgraciados, y de que los ricos pueden soportar menos la vida que los pobres y los que sufren.

Proviene esto de que ya no se educa á nadie en la práctica de la abnegación personal. Nuestra educación y nuestra pedagogía nos enseñan exactamente lo contrario de lo que es necesario á la vida de la humanidad. De aquí que tengan ellas la mayor parte de responsabilidad en la miseria de nuestro tiempo.

Ahora bien, por cuanto ya no se enseña la renuncia personal, piensa uno exclusivamente en sí mismo, sólo es accesible á lo que le agrada, y olvida lo que los otros pueden desear.

Sin renuncia personal, la más elevada educación no conduce más que á necesidades refinadas y á pretensiones exageradas.

Sin renuncia personal, se hacen más descontentos los ricos, y los más poderosos más insoportables, más susceptibles en lo referente á su bien ó su mal personal, y más duros con los demás. Sin abnegación, los que han recibido la más distinguida educación desde el punto de vista estético, se convierten en las personas más intratables y crueles.

¡Oh, qué bien tan grande procuraría al mundo el que pudiese introducir de nuevo en la educación y en los corazones la mortificación y la renuncia personal! ¡Cuántas quejas quedarían así acalladas! ¡Cuántas enfermedades curadas y cuántos suicidios evitados! [1]

11. Práctica de la mortificación como virtud sobrenatural.

(1) Cf. Weiss, *Die Kunst zu leben*, (5), 74 y sig., 131 y sig., 136, 147 y sig., 332 y sig., 496 y sig.

—¿Tan imposible es, pues, suscitar de nuevo este espíritu de mortificación?

He aquí nuestra respuesta: Lo que es imposible al hombre, es posible á Dios. Sin duda que, con razones puramente humanas, sólo se obtendrán medianos resultados. Ocurre con la mortificación lo que con la castidad. Muy laudables son las razones naturales que se aducen en pro de ellas. Pero es muy raro que, de hecho, determinen á la práctica de estas virtudes. Pocas esperanzas hay de verlas realizadas allí donde no intervienen los motivos sobrenaturales.

Esto se comprende fácilmente. La llamada castidad natural es una virtud puramente negativa, si, con todo, merece el calificativo de virtud. Es simplemente la ausencia de mal, y nada más. Ahora bien, como con frecuencia lo hemos dicho, no es esto lo que constituye la virtud. La virtud es algo positivo; la virtud consiste en que el hombre abandone la vida sensual, en la cual quisieran de buen grado mantenerlo las inclinaciones de su naturaleza muelle y perezosa.

De donde resulta que es fácil comprender por qué las verdaderas virtudes naturales son tan raras, y por qué no se afirman muchas virtudes cuando se las quiere practicar desde el punto de vista natural. De este número forman parte la mortificación y la castidad.

No ocultaremos, pues,—antes por lo contrario, es nuestra firme convicción—que estas dos virtudes sólo pueden ser practicadas en el terreno sobrenatural. No deben, pues, ser únicamente abstención de mal, sino plenitud de bien. Deben elevarse por encima de la naturaleza, porque son una victoria magnífica obtenida sobre ella. De aquí que no sea posible soñar en su realización completa, hasta tanto que no esté uno lleno interiormente de Dios y de su Espíritu Santo.

Por otra parte, la mortificación es la condición preliminar para entrar de lleno en la vida sobrenatural.

El bienaventurado Jourdain expuso esto con admirable claridad.

Presidía el Capítulo General prescrito por la Regla de su Orden, cuando de súbito cayó gravemente enfermo y no pudo ofrecer á sus hermanos el dulce consuelo de escuchar su palabra. Tan grave disgusto les causó este contratiempo, que, no obstante su lamentable estado, le instaron á que les dirigiese algunas palabras de edificación.

Reunió entonces el venerable religioso todas sus fuerzas, y les dijo: «En esta semana—era la de Pentecostés—leemos con mucha frecuencia estas palabras: «Todos estaban llenos del Espíritu Santo». (1) Ahora bien, sabéis que el que está lleno de una cosa, no puede estarlo de otra, pues haría rebosar el vaso. Los Apóstoles quedaron llenos del Espíritu Santo, porque habían arrojado de sí su propio espíritu. También cantamos con el salmo: «Haz desaparecer su espíritu; enviarás el tuyo, y serán creados de nuevo». (2) Con el auxilio de la gracia, despojaos, pues, de vuestra propia voluntad, de vuestra terquedad, de vuestro egoísmo, y seréis llenos del Espíritu Santo y transformados en hombres nuevos». (3)

Por otra parte, no hay duda de que únicamente el Espíritu Santo puede darnos el verdadero gusto de la mortificación. Sólo la vida interior en Dios puede elevarnos por encima de los instintos sensibles, que tan poderosos son, y dar completa satisfacción á todos los sacrificios que las dos virtudes de mortificación y castidad imponen á la naturaleza. Esta es la razón por la cual nadie debe asombrarse de que los que no practican la vida sobrenatural no amen la mortificación ni sean héroes de la castidad.

No hay que considerar como permisiones incomprensibles de Dios las caídas, en apariencia súbitas, que en ocasiones sumen al mundo en el espanto y en el júbilo. No; ocurre con frecuencia que la justicia de Dios no es tan insondable como se cree. Quizás no se trate de una caída de elevada altura, sino únicamente del hundimiento de

(1) Act. Ap., II, 4.
(2) Psalm. CIII, 29, 30.
(3) Gerard. a Fracheto, *Vitae fratrum primaevi Prædicat. Ordinis*, 3, 42.

un edificio carcomido, del que sólo quedaban las apariencias. Nada había en él capaz de sostenerlo en adelante. No tenía el temor de Dios por base, ni por columnas la oración, ni el alejamiento del mundo por muros. Sólo poseía el amor propio, que es un pésimo estado. Pero lo que especialmente le faltaba, era la vida sobrenatural, y, por el hecho mismo, carecía del único punto de apoyo que poseen estas virtudes. De aquí su caída. (1)

Por consiguiente, predicar la mortificación á los que no tienen seria voluntad de aspirar á la perfección sobrenatural, es perder el tiempo. Pero para aquellos que han dirigido ya su corazón hacia este objeto, para aquellos que toman en serio la salvación de su alma y la imitación de Jesucristo, de tal modo les son naturales las virtudes de renuncia personal y de mortificación, que antes hay que reprimirlos que excitarlos, siendo preciso vigilar cuidadosamente á estas almas para que no traspasen los límites de la prudencia ni comprometan su libertad de espíritu.

12. Verdadero remedio para nuestros males.—Si se tratase de dar con lo que puede hacer al mundo un verdadero servicio, y curar las llagas de nuestra vida moral privada y pública, indicaríamos el espíritu de mortificación.

Si los maestros y los padres nos preguntasen por qué medios podrían formar una nueva generación más sana desde el punto de vista físico, y más vigorosa desde el intelectual, les contestaríamos sin vacilar que con el espíritu de mortificación.

Si los predicadores y los apóstoles nos preguntasen cómo deben proceder para hacer escuchar de nuevo la palabra de Dios y las verdades de la fe, y darles entrada en los corazones, les responderíamos: Ante todo, practicad vosotros mismos la mortificación. Sin esto, no se convencerá el mundo de que creéis lo que predicáis. Pero si ve en vosotros el espíritu de mortificación, tendrá que creer que tomáis en serio lo que decís, y también lo tomará en serio.

(1) Cf. Weiss, *Lebensweisheit*, (10), 132 y sig.

Si los directores de almas nos preguntasen por qué, no obstante sus esfuerzos, obtienen con frecuencia tan escasos resultados en su ministerio, les contestaríamos lo mismo: Ejercitad á los que se dirigen á vosotros en la mortificación y en la renuncia personal, y para que lleguen á este resultado, dadles vosotros mismos el ejemplo. Si no los conducís á esta virtud, no les infundiréis virtud alguna verdadera. Pero si lográis consolidarla en ellos, podréis exigirles cuanto de más difícil hay.

Finalmente, si alguien nos preguntase qué es lo que puede despertar el espíritu de la esposa del Salvador y hacerla marchar con paso firme, con la lámpara encendida en la mano, delante de su esposo, le daríamos igualmente esta única respuesta: Renovando su amor á la mortificación y á la renuncia personal.

¡Siempre y en todas partes la mortificación! Sí, penitencia por nuestros propios pecados y por los del prójimo; severidad con nosotros mismos, celo en la oración, extraordinaria paciencia é imitación de Jesucristo en el camino del Calvario, amor á la mortificación; he aquí el verdadero remedio de todas nuestras llagas.

Quien pueda entender, que entienda.

APÉNDICE

NOCIÓN EXACTA DE LA ASCÉTICA

1. Ideas falsas sobre la ascética.—Este sentimiento de hostilidad contra la ascética, del cual hemos hablado ya, y que hace siglos se manifiesta, aun en el interior del Cristianismo, ha conducido á Otón Zöckler á sostener que éste último era, no la religión del ascetismo, sino la de la fe y del amor. [1]

Según él, no hay que buscar el desarrollo del principio del ascetismo en la naturaleza del Cristianismo, ó en su contenido doctrinal primitivo, sino únicamente en la historia. [2]

Sin embargo, el mismo autor vese obligado á admitir que no sólo el ascetismo se encuentra en las ideas del mundo cristiano primitivo, sino también en el Nuevo Testamento. [3] Y aun admite que el ascetismo físico, lo mismo que el intelectual, no era más extraño á las ideas griegas que á las cristianas, que, por consiguiente, es algo de común á los miembros de la humanidad, que penetra todas las religiones, que no falta en ninguna de las que en realidad merecen este nombre, y que, en sus esfuerzos para volver á Dios, vense constreñidos los hombres á alimentar aspiraciones hacia el ascetismo y practicar el ascetismo. [4]

¿De dónde provienen estas evidentes contradicciones en un mismo autor? Pueden reconocer diferentes causas. Sin

(1) Zöckler, *Ascese und Mönchtum*, (2) 136.
(2) *Ibid.*, 143.
(3) *Ibid.*, 2
(4) *Ibid*, 2 y sig.

Si los directores de almas nos preguntasen por qué, no obstante sus esfuerzos, obtienen con frecuencia tan escasos resultados en su ministerio, les contestaríamos lo mismo: Ejercitad á los que se dirigen á vosotros en la mortificación y en la renuncia personal, y para que lleguen á este resultado, dadles vosotros mismos el ejemplo. Si no los conducís á esta virtud, no les infundiréis virtud alguna verdadera. Pero si lográis consolidarla en ellos, podréis exigirles cuanto de más difícil hay.

Finalmente, si alguien nos preguntase qué es lo que puede despertar el espíritu de la esposa del Salvador y hacerla marchar con paso firme, con la lámpara encendida en la mano, delante de su esposo, le daríamos igualmente esta única respuesta: Renovando su amor á la mortificación y á la renuncia personal.

¡Siempre y en todas partes la mortificación! Sí, penitencia por nuestros propios pecados y por los del prójimo; severidad con nosotros mismos, celo en la oración, extraordinaria paciencia é imitación de Jesucristo en el camino del Calvario, amor á la mortificación; he aquí el verdadero remedio de todas nuestras llagas.

Quien pueda entender, que entienda.

Apéndice

NOCIÓN EXACTA DE LA ASCÉTICA

1. Ideas falsas sobre la ascética.—Este sentimiento de hostilidad contra la ascética, del cual hemos hablado ya, y que hace siglos se manifiesta, aun en el interior del Cristianismo, ha conducido á Otón Zöckler á sostener que éste último era, no la religión del ascetismo, sino la de la fe y del amor. [1]

Según él, no hay que buscar el desarrollo del principio del ascetismo en la naturaleza del Cristianismo, ó en su contenido doctrinal primitivo, sino únicamente en la historia. [2]

Sin embargo, el mismo autor vese obligado á admitir que no sólo el ascetismo se encuentra en las ideas del mundo cristiano primitivo, sino también en el Nuevo Testamento. [3] Y aun admite que el ascetismo físico, lo mismo que el intelectual, no era más extraño á las ideas griegas que á las cristianas, que, por consiguiente, es algo de común á los miembros de la humanidad, que penetra todas las religiones, que no falta en ninguna de las que en realidad merecen este nombre, y que, en sus esfuerzos para volver á Dios, vense constreñidos los hombres á alimentar aspiraciones hacia el ascetismo y practicar el ascetismo. [4]

¿De dónde provienen estas evidentes contradicciones en un mismo autor? Pueden reconocer diferentes causas. Sin

(1) Zöckler, *Ascese und Mönchtum*, (2) 136.
(2) *Ibid.*, 143.
(3) *Ibid.*, 2
(4) *Ibid*, 2 y sig.

duda alguna que una de ellas se encuentra en su manera á la vez superficial y mundana de concebir el ascetismo.

De un lado, considéralo él desde el punto de vista puramente exterior, como una huída del mundo, y como un conjunto de prácticas por medio de las cuales atorméntase uno á sí mismo. (1) Pero, de otro, cae en ese error tan común que consiste en considerar la conciencia como un aplastante descontento de sí mismo. (2) De donde concluye que el ascetismo es compañero inseparable de la mala conciencia, por consiguiente, expresión de una religión muy imperfecta todavía. (3)

2. Aun en el paganismo hállanse aquí y allá ideas exactas acerca de la ascética.—No sin cierto sentimiento de confusión lee uno semejantes aserciones, á causa del oprobio que arrojan sobre el nombre cristiano, ya que demuestran que algunos cristianos pueden descender en sus concepciones por bajo del nivel de los paganos.

Desde este punto de vista, hallamos en el estoicismo posterior al Cristianismo, y en sus contemporáneos, un modo relativamente tan justo y tan puro de considerar este punto, que nos deja asombrados. No examinaremos en detalle si la doctrina en cuestión es únicamente fruto de esta filosofía, ó si ha tomado una parte de su contenido de las doctrinas cristianas ó judías.

Sabido es que la idea del ascetismo representa en Filón un papel importante. Además, es casi cierto que, en esta materia, hubo fusión de las doctrinas pitagóricas y de las de Oriente. Sea de ello lo que se quiera, no nos extenderemos sobre este punto, ya que no cabe duda de que, por sus facultades puramente naturales, puede adquirir el hombre ideas exactas sobre el ascetismo.

Esta filosofía pagana de que hablamos concibe desde luego el ascetismo como una abstención física, v. g., del vino, (4) ó de platos exquisitos. (5) Pero á la vez comprende

(1) Zöckler, *Ibid.*, 137.
(2) Cf. Vol. I, Conf., 3, 2.
(3) Zöckler, *loc. cit.*, 3 y sig.—(4) Epictet., *Diss.* 3, 14, 4.
(5) Plutarch., *Quæst. conviv.*, 4, 4, 3, 4, ἀσκητικὰ δίαιτη.

muy bien que semejante abstención carecería de valor si únicamente sirviese para alimentar el orgullo; (1) en otros términos, si las prácticas externas hiciesen descuidar la disciplina del espíritu. De aquí que pase expresamente á esta disciplina, y diga que todo asceta debe especialmente dirigir sus esfuerzos contra su pasión dominante: sensualidad, pereza, susceptibilidad, ó cualquier otro defecto que halle en sí. (2) Así, pues,—concluye—cada uno debe practicar el ascetismo por modo diferente. Sólo es asceta quien se esfuerza en no obedecer á sus pasiones y en vencer sus repugnancias. (3)

De nuevo queremos hacer notar aquí la distinción esencial que media entre esta filosofía pagana posterior al Cristianismo y la antigua sabiduría de la vida que no conocía, propiamente hablando, la educación del espíritu.

Recuérdese únicamente cómo el grave Aristóteles, en su doctrina sobre la *catharsis* (purificación), pasa superficialmente sobre este punto. Si él cree que un poco de emoción en un espectáculo purifica al alma, (4) fácilmente podremos apreciar los errores que espíritus menos poderosos han cometido en esta materia.

Sin duda que Isócrates se servía por lo menos de la expresión *disciplina del espíritu;* (5) pero del mismo modo sólo comprendía él por esta disciplina lo que llamamos nosotros formación intelectual.

De todos modos, si la antigüedad logró elevarse por sí misma á esta alteza de pensamiento, la repugnancia actual por el ascetismo nos muestra á las claras el grado á que puede descenderse por bajo del paganismo cuando se abandona el espíritu cristiano.

3. Cuádruple significado de la palabra ascética en la literatura cristiana.—En el lenguaje cristiano podemos distinguir varios sentidos de las palabras *ascetismo* y *asceta.*

(1) Epictet., *Diss.*, 3, 12, 1 y sig.
(2) *Ibid.*, 3, 12, 7, 10; 2, 18, 27.
(3) *Ibid.*, 3, 12, 8.
(4) Aristot., *Polit.*, 8, 6, 5; 7, 4.—(5) Isocrat., *Nicocl.*, (2) 11.

Naturalmente, lo que llama más la atención es siempre la práctica de austeridades exteriores: ayunos, vigilias, abstinencia de carne y vino, visitas prolongadas á la iglesia, dormir en cama dura, vestidos sencillos y groseros, obras externas de misericordia, cuidado de enfermos, practicar la caridad con los pobres y otras semejantes.

Compréndese perfectamente que con frecuencia se cite todo esto cuando se trata de ascetismo y de asceta. (1)

Pero creo que nadie pensará que los antiguos cristianos y Padres de la Iglesia, que tanto brillaron por su elevada espiritualidad, fuesen tan estúpidos que creyesen, con los fariseos y los pitagóricos, que el asceta ha logrado ya su objeto cuando ha luchado contra la carne y satisfecho su vanidad con la práctica de duras austeridades. «Gran diferencia media—dice Orígenes—entre los pitagóricos que, por superstición y por efecto de su creencia en la metempsícosis, se abstienen de ciertos manjares, y los ascetas cristianos. Porque éstos obran así por una razón moral más elevada. Para ellos, la abstención no es un fin, sino un medio para llegar al fin que se proponen, esto es, la sujeción de la carne, á fin de matar en ellos los malos deseos, (2) según el precepto del Apóstol». (3)

Así, pues, el ascetismo indica primeramente la lucha contra el mal, (4) y desde este punto de vista consiste en la abstención.

Ahora bien, como tal, es, en segundo lugar, la piedra fundamental sobre la cual descansan las demás virtudes. (5) De donde se sigue que, no sólo el ayuno y otras mortificaciones corporales (6) forman parte del dominio de la actividad del asceta, sino también la oración, la práctica de las virtudes, y ante todo la virtud de la caridad. (1)

(1) Euseb., *Hist. Eccl.*, 2, 17 (Vales., 57, b, c). V. sobre este punto á Touttée *In Cyrilli Hieros. Cat.*, 1, 1 (Migne, 33, 376).
(2) Origen., *Contra Cels.*, 5, 96. Cf. *Canon. apostol.*, 51 (50).
(3) Rom., VIII, 13. Col., III, 15.
(4) Clem. Alex., *Strom.*, 1, 7, 57 (Dindorf, I, 171 y sig.).
(5) Euseb., *Hist. eccl.*, 2, 17 (Vales., p. 56, b; 54, b).
(6) (Chrysost.,) Ascetam facetiis etc. (Migne, 48, 1058).

Lejos de ser simplemente un medio para llegar á la purificación moral, el ascetismo es, en tercer lugar, resultado y prueba de la fuerza interior del corazón, (2) al propio tiempo que ejercicio preparatorio para lograr la completa iluminación de la inteligencia, es decir, la perfección. (3)

El ascetismo es, pues, como dice Sozomeno, (4) la práctica enérgica de todo bien, la elevación constante de los ojos á Dios y el ejercicio continuo de la oración. Es la dominación de las pasiones, de la cólera, de la tristeza; es la práctica de las virtudes de la paciencia, de la dulzura, de la caridad, de la castidad; es el temor de Dios y el amor activo á Él. (5) Como enseña San Basilio, maestro en esta materia, sólo se propone un fin: la salvación del alma. (6)

Todos los cristianos podrían y deberían realizar esta triple empresa del ascetismo. Pero como muchos han tropezado y tropiezan diariamente contra los obstáculos que la vida, con todas sus exigencias, les opone, de aquí la formación de comunidades especiales para entregarse exclusivamente á sus prácticas. Líganse sus miembros con votos, y siguen la dirección de la Iglesia. De aquí una nueva significación de esta expresión.

Con mucha frecuencia hallamos la palabra *asceta* (7) aplicada á los que han hecho del ascetismo un deber profesional, y son reconocidos por la Iglesia como formando una clase de personas aparte, (8) en una palabra, á los

(1) Crysost., *Ibid.*, (Migne, 48, 1055). Cyrill. Alex., *In Ioan.*, (13, 35) I, 9 (Migne, 74, 168, b, c).
(2) Cyrill. Hieros., *Cat.*, 1, 5; δεῖξον ἐν ἀσκήσει τῆς καρδίας σοῦ νενευρομένος Cf. Clem. Alex., *Paedag*,, 1, 7, 57.
(3) Clem. Alex., *Strom.*, 2, 21, 132 (Dindorf, II, 393): γνωστικῆς ἀσκήσεως προγυμνάσματα.
(4) Sozom,. *Hist. eccl.*, 1, 12 (Migne, 67, 892).
(5) Chrysost., *Inscript. Act.*, 2, 2 (Migne, 51, 80).
(6) Basil., *Sermo. ascet.*, 31 (Migne, 31, 881, b): τὴν τῆς ψυχῆς σωτηρίαν. Cf. Clem. Alex., *Paedag.*, 1, 7, 53.
(7) (Athanas.,) *Synopsis S. Script.*, 77 (Migne, 28, 436, b). Basil., *Const. ascet.*, c. 8, 9. Cyrill. Hieros., 10, 19. Iustin., *Novell.*, 123, 43. Photius, *Nomacanon*, l. 9, c. 1 (Migne, 104, 1100, b).
(8) Const. apost., 8, 13. Dionys. Ar., *Eccl. hier.*, 6, § 2.

miembros del *orden ascético*, como dice San Basilio. (1)

Pero no nos expondríamos ciertamente á cometer un error, si adoptásemos la opinión aceptada por los sabios, y según la cual, por lo menos en los tiempos más antiguos, existía una diferencia entre monjes y ascetas. Llamábanse entonces *monjes* ó *anacoretas* únicamente los miembros de la clase de los ascetas que se aislaban por completo del mundo, en tanto que muchos ascetas vivían en su seno. Pero esta distinción no existe ya en San Basilio ni en Teodoreto.

Tales son los diferentes sentidos de la palabra *ascetismo* que encontramos por todas partes en los primeros siglos de la Iglesia. Pero todo el mundo sabe que hoy esta expresión tiene un sentido más amplio. El ascetismo, ó mejor, la *ascética*, es la doctrina de la vida espiritual en general. El que habla de un libro *ascético*, entiende por él una obra que ilustra sobre todas las cuestiones de la vida virtuosa y perfecta.

No es fácil determinar el momento preciso en que esta palabra tomó esta significación general. Pero lo cierto es que se ve ya apuntar esta tendencia en los Padres. Las palabras de Clemente de Alejandría al afirmar que las prácticas externas no son más que una preparación para la iluminación de la inteligencia son prueba de ello.

Del propio modo, nos proporciona otra prueba lo que Sócrates cita de Evagrio, el discípulo de Macario y de Gregorio Nacianceno. (2) Había escrito Evagrio, entre otras obras, dos tratados, de los cuales el uno era una especie de manual para la vida activa, y se titulaba *El Monaquismo*, y el otro, titulado *El Gnosticismo*, estaba consagrado á la vida contemplativa.

Parece, pues, que, en los tiempos antiguos, distinguíase entre la ascética, en cuanto doctrina práctica de todas las cosas que forman parte de la vida espiritual, y

(1) Basil., *Constit. ascet.*, c. 29, 34: σύστημα ἀσκητικόν.
(2) Socrates, *Hist. eccl.*, 4, 23 (Migne, 67, 520, b).

la *gnosis*, ó ascética gnóstica, ó también filosofía, (1) en cuanto dirección para llegar á ella.

En San Basilio, la noción moderna de la ascética aparece ya completamente formada. En él se encuentran constantemente las expresiones *escuela ascética*, *instrucción ascética*, *escritos ascéticos*, (2) absolutamente como hoy en día.

Eusebio (3) y Paladio (4) entienden también por ascética lo que nosotros llamamos *vida espiritual*. En este sentido, dice Máximo Confesor: «El asceta, purificado por la disciplina externa, ejercitado en la lucha contra las pruebas y las tentaciones, debe buscar su perfección en la meditación de las más elevadas verdades». (5) «Porque el asceta probado es aquel que, como jardinero inteligente, se da á trasplantar al terreno del mundo sobrenatural las cosas sensibles, como se haría con un árbol, sacando así de las cosas visibles el tesoro de la sabiduría sobrenatural». (6)

4. Noción de la ascética.—Lo que acabamos de decir muestra suficientemente que, según la concepción cristiana, la ascética es, no sólo una actividad exclusivamente externa, sino algo mucho más elevado. Es la más fiel realización del precepto del Apóstol: «Dedícate al ejercicio de la piedad». (7) Enséñanos, para hablar con la *Imitación de Cristo*, á dominar nuestros afectos desordenados, (8) á moderar los deseos de nuestro corazón, (9) á evitar la impaciencia, (10) á renunciar enteramente á nosotros mismos para obtener la libertad del corazón. (11)

(1) Basil., *Sermo. ascet.*, 31 (Migne, 31, 881, b); Sozom., *Hist. eccl.*, 1, 12 (Migne, 67, 892, a).
(2) Ἀσκητικὴ προδιατύπωσις (Migne, 31, 620 y sig.); λόγος ἀσκητικός (Migne, 31, 625 y sig., 881 y sig.); περὶ ασκὴσεως (Migne, 31, 648 y sig.); τὰ ἀσκητικά (Migne, 31, 620).
(3) Euseb., *De martyr. Palaest.*, c. 11 (Vales., p. 340, b).
(4) Pallad., *Hist. Laus prooemium* (Migne, 34, 995).
(5) Maxim. Conf., *Centur.*, 1, 74 (Migne, 90, 1109, c).
(6) *Ibid.*, 1, 17 (Migne, 90, 1090, b).
(7) I Tim., IV, 7.
(8) *Imit. Christi*, I, 6.
(9) *Ibid.*, III, 11.
(10) *Ibid.*, III, 39.
(11) *Ibid.*, III, 37.

En una palabra, la ascética es la ciencia y el arte de poner en orden el mundo interior de las potencias del alma, de suerte tal que el espíritu, fortalecido por la gracia, pueda dominarse por completo.

CONFERENCIA X

EJERCICIO PROPIO DEL ESPÍRITU EN LOS LÍMITES QUE LE CONVIENEN

1. **No solamente todo en el hombre hállase desconcertado, sino que él mismo está fuera de su lugar. ¿Por qué?**—La moderna filosofía francesa muestra extraordinaria predilección por lo que llama psicología, [1] es decir, por la explicación fundamental, por sus últimas causas, de los actos humanos y de los acontecimientos históricos. Si no hubiese en ello demasiado positivismo y evolucionismo, merecería nuestro aplauso esa vuelta á la filosofía de la historia. Aunque exagerada, como ocurre con toda nueva dirección, nadie podrá negar que, en este terreno, ha hecho muchos y hermosos descubrimientos y más de un feliz empleo.

Sin embargo, en tanto que lo explica todo psicológicamente,—historia, literatura, arte, fenómenos naturales, religión, etc.—omite inconsideradamente el propio yo. Prueba evidente de que los hombres siempre son los mismos, y de que la moderna ciencia no cambia el interior del que á ella se dedica, sino que sigue siendo como antes, es decir, como en los tiempos de ignorancia.

Ningún hombre capaz de juzgar por modo equitativo, recriminará á su prójimo por el hecho de sentir extrema-

(1) Z. B. Th. Ribot, *La psychologie de l' attention;* Binet, *Psychol. du raisonnement;* P. Paulhan, *Psychol. de l' invention;* G. Danville, *Psychol. de l' amour;* Le Bon, *Psychol. des foules; Psychol. du socialisme;* M. Pilo, *Psychol. du beau et de l' art;* A. Fouillée, *Psychol. des idées-forces; Psychol. du peuple français;* L. Ferri, *Psychol. de l' association;* J. Joly, *Psychol. des grands hommes.* Esta tendencia se ha manifestado también en el terreno religioso. Z. B. H. Joly, *Psychol. des saints;* Pacheu, *Psychol. des mystiques;* Chollet, *Psychol. des élus; Psychol. du purgatoire; Psychol. du Christ.*, etc.

En una palabra, la ascética es la ciencia y el arte de poner en orden el mundo interior de las potencias del alma, de suerte tal que el espíritu, fortalecido por la gracia, pueda dominarse por completo.

CONFERENCIA X

EJERCICIO PROPIO DEL ESPÍRITU EN LOS LÍMITES QUE LE CONVIENEN

1. No solamente todo en el hombre hállase desconcertado, sino que él mismo está fuera de su lugar. ¿Por qué?—La moderna filosofía francesa muestra extraordinaria predilección por lo que llama psicología, [1] es decir, por la explicación fundamental, por sus últimas causas, de los actos humanos y de los acontecimientos históricos. Si no hubiese en ello demasiado positivismo y evolucionismo, merecería nuestro aplauso esa vuelta á la filosofía de la historia. Aunque exagerada, como ocurre con toda nueva dirección, nadie podrá negar que, en este terreno, ha hecho muchos y hermosos descubrimientos y más de un feliz empleo.

Sin embargo, en tanto que lo explica todo psicológicamente,—historia, literatura, arte, fenómenos naturales, religión, etc.—omite inconsideradamente el propio yo. Prueba evidente de que los hombres siempre son los mismos, y de que la moderna ciencia no cambia el interior del que á ella se dedica, sino que sigue siendo como antes, es decir, como en los tiempos de ignorancia.

Ningún hombre capaz de juzgar por modo equitativo, recriminará á su prójimo por el hecho de sentir extrema-

(1) Z. B. Th. Ribot, *La psychologie de l' attention;* Binet, *Psychol. du raisonnement;* P. Paulhan, *Psychol. de l' invention;* G. Danville, *Psychol. de l' amour;* Le Bon, *Psychol. des foules; Psychol. du socialisme;* M. Pilo, *Psychol. du beau et de l' art;* A. Fouillée, *Psychol. des idées-forces; Psychol. du peuple français;* L. Ferri, *Psychol. de l' association;* J. Joly, *Psychol. des grands hommes.* Esta tendencia se ha manifestado también en el terreno religioso. Z. B. H. Joly, *Psychol. des saints;* Pacheu, *Psychol. des mystiques;* Chollet, *Psychol. des élus; Psychol. du purgatoire; Psychol. du Christ.*, etc.

da repugnancia en lanzar una mirada á su interior. Y, sin embargo, es necesario, y ciertamente, algo más que una simple mirada. Mas requiere esto un esfuerzo supremo de que muchos no son capaces. Sí, examinar la conciencia, es para el hombre una de las cosas más difíciles.

Todos conocen la causa de ello, por más que todos tengan buenas razones para ocultársela á sí mismos.

Casi nada hay en nosotros que ocupe el puesto que le conviene exactamente. Un salón contemplado á la salida de una orgía nocturna, es quizás la imagen que mejor nos hace comprender el estado de nuestro interior. Admitimos que los concurrentes al banquete no eran precisamente vándalos, y que no lo han arrasado todo. No obstante, el aspecto está muy distante de ser bello. Todo ha sido allí cambiado de puesto, trastornado; reina allí el desorden más completo.

Tal es el extremo á que llega el hombre cuando pierde el dominio de sí mismo. Desgraciadamente, le ocurre esto con demasiada frecuencia.

¿Qué decir ahora del hombre considerado en sí mismo? Pregunta es esta muy impertinente,—se responderá—pregunta que á lo sumo podría perdonarse á un médico. Pues bien, no nos mueve á formularla la curiosidad, por cuanto ésta poco va ganando en ello, sino el amor á la humanidad, á fin de poner en guardia al médico y socorrer al enfermo. «No sé lo que me pasa,—se dice uno á sí mismo—y, con todo, no cometo excesos. Sin embargo, no me siento bien, hoy no doy pie con bola; no puedo trabajar ni pensar; paréceme que no estoy en mi centro».

Tal es la imagen exacta del hombre caído. Todo está trastornado en él, y ni siquiera él mismo ocupa el puesto que le conviene. He aquí al hombre tal cual es; una estrella extraviada en su camino, un príncipe arrojado de sus Estados, un ser descontento de su situación, el cual, en castigo de ello, ha perdido cuanto poseia sin hallar lo que deseaba.

La desgracia del hombre comenzó cuando, descontento de la situación privilegiada que la subordinación á Dios le había concedido, quiso elevarse por encima de sí mismo. La consecuencia de ello fué la caída que dió. Á consecuencia de la gravedad de esta caída, quedaron perturbadas todas sus potencias. De aquí su triste situación. «Dios—dijo el profeta—ha derramado en él el espíritu de vértigo y anda desatinado como un borracho». [1]

La causa del mal ha sido la presunción, el orgullo. El medio para volver á ordenarlo todo, es la práctica de la humildad.

2. Los dos reinos; un doble amor es la razón de su separación.—Aquí es únicamente donde se ve la manera tiránica con que el orgullo se ha apoderado del corazón, y la salvaje resistencia que opone la naturaleza cuando se trata de arrancar este germen y dar el paso decisivo del que ha de provenir la curación.

Lo que el Espíritu de Dios considera como lo más indispensable para lograr este fin, aprécialo el espíritu humano corrompido como la mayor injuria que pueda inferírsele. Apenas si quiere saber de que se trata.

Solamente aquí comprendemos el sentido completo de la imagen de los dos campos ó de los dos reinos, tan frecuentemente empleada en la Escritura y en el lenguaje de la Iglesia.

La mayor parte de nuestras grandes ciudades, por cuanto contienen todavía grandes núcleos de población cristiana, nos ofrecen un ejemplo excelente para expresar lo que nos proponemos. Puédeseles aplicar á la letra el relato bíblico referente á Rebeca: «Concibió y advirtió un día que llevaba dos niños en su seno. Entonces le dijo el Señor: Hay en ti dos pueblos que se distinguirán esencialmente. Pero el mayor acabará por servir al menor». [2]

Esto es lo que vemos realizarse cada día ante nuestros ojos, y nosotros mismos trabajamos en su cumplimiento sin darnos cuenta de ello.

(1) Is., XIX, 14.
(2) Gen., XXV, 22 y sig.

Las calles de nuestras ciudades ofrecen un aspecto muy diferente según sea la hora que por ellas pasemos. Por la noche, pudiera creerse que estamos en una ciudad completamente distinta de la que hemos visto á la mañana. ¡Cuán silenciosas, modestas y sencillas son las personas que encontramos al alba! Caminan sin detenerse y no tardan en desaparecer en la iglesia vecina. Pero ¡cuán diferentes son aquellos que, parecidos á las aves nocturnas, empiezan á revolotear cuando el sol traspone el horizonte!

Pero lo más curioso es que estas dos categorías de personas habitan en las mismas casas y no se conocen.

Ocurre siempre lo mismo que en la Roma de las catacumbas. Cuando los espectáculos y las fiestas de toda especie congregaban la ciudad entera, una porción de sus habitantes, la más pequeña, pero la más importante, negábase á concurrir á semejantes centros; y cuando, por lo contrario, volaban éstos, en el silencio de la noche, hacia la luz de Dios, sus numerosos conciudadanos, sumergidos en el sueño, no pensaban que hubiese en medio de ellos otra vida que no comprendían, y por la cual no sentían la menor inclinación.

Así ocurre de ordinario en el mundo. En él se hallan el bien, la salud, la vida. Pero no quieren verlos, y se acaba por no poder distinguirlos, aunque se quisiese. El mundo no busca seriamente la verdad, y evita hablar de ella.

El Salvador ha dado numerosas pruebas dignas de fe relativamente á su persona y á su doctrina, y, sin embargo, «las tinieblas huyen de la luz». (1) Vive y obra en el mundo que ha creado y salvado, que conserva y rige, y «éste nada quiere de Él». (2) Ciertamente, no son libros para defender la verdad, instruirse y llegar á la perfección los que hacen falta, sino lectores. Estudiamos las mismas fuentes en que han bebido otros el entusiasmo para realizar acciones heroicas é imitar á los santos; pero

(1) Ioan., I, 5; III, 19.
(2) Ioan., I, 10.

de ellas nos servimos para representar los tiempos cristianos como un abismo de ignorancia y de desorden, y la vida de los más insignes campeones de Dios como un tejido de locuras sin nombre.

Ahora bien, cuando los hermanos se alejan así los unos de los otros; cuando hombres que hablan la misma lengua no se entienden, preciso es que sea muy profunda la razón de esta divergencia, por lo que sólo puede residir en la voluntad y el corazón.

Y, en realidad, de aquí es de donde parte la ruptura que divide á la humanidad en dos campos extraños, y aun hostiles. No son las ideas las que separan á los hombres, sino las inclinaciones y repulsiones del corazón.

La historia del mundo no es el resultado prudentemente calculado de principios claros y sólidos, sino antes bien el efecto accidental de las pasiones constantemente movibles é imposibles de reducir á cálculo.

«El mundo está gobernado por dos amores, sobrenatural el uno, y no completamente natural el otro. El uno es santo, el otro impuro; el uno está sometido á Dios y de aquí que aspire á lo alto y eleve consigo al mundo; el otro es enemigo de Dios, y por esto arrastra hacia abajo y quiere someter el mundo entero. Allí donde el uno prefiere la verdad á las alabanzas de los que tan fácilmente caen en el error, busca el otro únicamente el honor por cualquier medio. Si el uno desea para el prójimo lo que anhela para sí, procura explotarlo el otro en su provecho. Si el uno sirve al prójimo por consideración á éste y para honrar á Dios en el hombre, aplástalo el otro para aprovecharse de sus despojos». (1)

Así habla San Agustín.

Pues bien, esto ha debido conducir necesariamente á la formación de dos sociedades, por no decir dos Estados, que, fuera de los ejercicios ordinarios de la vida cotidiana, nada tienen de común entre sí. El uno es la sociedad de los que viven según el mundo; el otro la sociedad de los que

(1) Augustin., *Gen. ad lit.*, 11, 15, 20.

viven según Dios. [1] De un lado el reino del mundo, del otro el reino de Dios. Aquí Jerusalén, allí Babilonia. Aquí la sociedad de los santos, y enfrente la sociedad de los que, conscientemente ó no, han declarado guerra á Dios y á los santos.

Estas dos sociedades existen desde el principio del mundo, y durarán hasta su fin. [2] Sus miembros se cruzarán y se entrecruzarán en la vida, chocarán entre sí y se harán la guerra, hasta que el juicio final los separe definitivamente. Los unos aumentan sus méritos soportando las penas que los agobian; los otros hacen el mal en detrimento de ellos. Los unos oran, bendicen, enriquecen; los otros seducen, corrompen y no hacen más que crear obstáculos al bien.

Pero lo que separa ya ahora á estas dos sociedades, siquiera esto no sea evidente, y de suerte tal que con frecuencia podría creerse que es imposible una inteligencia entre ellas, es un amor diferente. Aquí el ordenado amor de Dios; allí el desordenado amor propio. [3]

Sí, un amor diferente es el que ha creado estas sociedades diferentes. El amor propio, que llega hasta suprimir á Dios y despreciar á todos los que le sirven, ha dado nacimiento al reino del mundo. El amor de Dios, que hace que el hombre se olvide de sí mismo para entregarse á su criatura, ha hecho nacer el reino de Dios. [4] Así, pues, tanto como el amor propio haga oposición al amor de Dios, aparecerá separado el mundo en dos campos irreconciliables.

3. Sus signos característicos son el orgullo por una parte y por otra la humildad.—Por consiguiente, de un lado el reino de Dios con la verdad por jefe, el amor por ley y la eternidad por duración. [5] Del otro, el reino del mundo, que se apoya únicamente en la codicia de la carne,

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 15, 1, 1.
(2) Augustin., *Catech. rud.*, 19, 31; 21, 37.
(3) Angust., *Civ. Dei*, 14, 13, 1.
(4) Augustin., *C. Dei*, 14, 28.
(5) Augustin., *Ep.* 138, 3, 17.

en la inclinación desordenada de los ojos y en el orgullo de la vida. [1]

Exteriormente, los miembros de estos dos reinos viven juntos; interiormente tienen también muchos rasgos comunes. El mundo no es todo mentira y maldad. Se ha apropiado del reino de Dios muchas hermosas y buenas cosas, y precisamente en esto consiste su fuerza y los peligros que origina. Recíprocamente, no pocas de las semillas que contiene caen en el campo de Dios, y producen en él malas hierbas en abundancia, hasta la época de la recolección. Esto es precisamente lo que constituye la debilidad del reino de Dios aquí bajo.

Pero también hay algo que separa [2] interiormente los corazones, pudiendo servir así de nota distintiva á cada uno de estos reinos.

Por débiles que á veces sean los partidarios del reino de Dios, quieren por lo menos lo que Dios quiere; porque si alguno no tiene esta intención, no forma parte del ejército de Dios. Pero los partidarios del otro reino, aunque hagan el bien y digan verdad, obran así, no porque lo quieren, sino porque les place. [3] Amar á Dios, someterse á Él; tal es la línea de conducta que siguen los primeros. [4] La independencia personal; tal es la regla de los segundos. Todos los inflados de orgullo y presunción, todos los que sienten sed de dominio, todos los ambiciosos, aunque se hagan mutuamente la guerra, están unidos en la misma sociedad por el lazo del amor propio, á fin de conseguir su objeto.

Por lo contrario, todos los que buscan con humildad, no su propio honor, sino el honor de Dios, y le rinden homenaje con corazón piadoso, forman igualmente una sola sociedad. [5]

Así, pues, lo que separa á los dos reinos, lo que da á

(1) I Ioan., II, 16.
(2) Augustin., *Ps.* 136, 1.
(3) Augustin., *Conf.*, 12, 25, 34.
(4) Augustin., *Civ. Dei*, 2, 19: 10, 7.
(5) Augustin., *Catech. rud.*, 19, 31.

cada uno de ellos su nota particular, es, de una parte, la humildad, y, de otra, el orgullo. [1]

El orgullo es precisamente ese falso amor propio á que ha dado nacimiento el reino de las tinieblas. Orgulloso es el que vive según su propio espíritu, el que deliberadamente se rebela contra Dios. [2] Orgulloso es el que no escucha más que las inspiraciones de su propio espíritu, el que sólo conoce su propia voluntad.

Pero el que comprende el Espíritu de Dios, debe ante todo someter humildemente su espíritu á Dios. [3]

Por esta razón se decía en las épocas de fe que la humildad era el estandarte de Jesucristo, y el orgullo el estandarte de Satanás. [4]

En aquellos tiempos, llamábase orgullo, vanidad, presunción todo lo que entibia al mundo, lo aleja de Dios y le arrastra hasta luchar contra Él y los suyos. [5]

Á pesar de que rendía homenaje á las hazañas de los paganos y de los héroes profanos, la Edad Media cristiana creía poder caracterizar en estos términos el espíritu que los animaba:

«Obran con gran temeridad, como lo hacen siempre los condenados. [6] Hay en ellos sobrada presunción, y se engríen de sus propias fuerzas. Por esta razón, no comprenden, en lo que á ellos se refiere, que quien no vive según la voluntad de Dios, está siempre en oposición con Él». [7]

Por lo contrario, la Edad Media consideraba la humildad como la nota característica de los servidores de Dios, de los caballeros de Nuestro Señor, de los verdaderos hijos de Dios. [8]

(1) Augustin., *Civ. Dei*, 14, 13, 1.
(2) Augustin., *Psalm.* 142, 12.
(3) Augustin., *Psalm.* 141, 5.
(4) Guerric., *In solemn.* SS., n.º 5. Hugo a S. Charo, *In Ps.* 77, 43 (Isid. Hisp.,) *Conflict. vit.*, 4 (Migne, 83, 1133, c).
(5) Lamprecht, *Alexanderlied*, 798 y sig., 1172, 1175, 3258 y sig., 3292 y sig. *Parzifal*, 348, 28; 456, 12: 604, 12 (Bartsch, 7, 328; 9, 702; 12, 642).
(6) Konrad, *Rolandslied*, 289 y sig., 3361, 4604,
(7) *Ibid.*, 3478 y sig.
(8) *Parzifal*, 170, 21 y sig.; 473, 1 y sig. (Bartsch, 3, 1637 y sig.; 9, 1201 y sig.).

«Los servidores del mundo—dice—disputan por el honor; los caballeros del reino celestial luchan con humildad por la salud de las almas y por la recompensa eterna. Ahora bien, manifiestan esta humildad con la sumisión á Dios, y á los hombres por amor á Dios». [1]

4. Parte que el orgullo tiene en todo pecado.—Semejantes expresiones no son del gusto del mundo. Todavía se las perdona á los antiguos, porque no podían comprender con exactitud las ideas que entrañan. Pero si intentásemos renovarlas en nuestra época, preciso sería que nos hallásemos dispuestos á ser acusados de mortificante dureza y falta de gusto.

Sin embargo, la verdad permanece eternamente la misma, y siempre habrá quien se atreva á sostenerla.

Si examinamos hoy á los hombres según su verdadera naturaleza; si los apreciamos de cerca, no podremos usar diferente lenguaje del que se empleaba antiguamente. Toda justicia humana, toda perfección cristiana, toda virtud natural y sobrenatural está basada en esta verdad; el hombre debe dirigirse á Dios como á su único y último fin, y someterle todas las potencias de su alma.

Por lo contrario, la única causa de todo mal consiste en que se aparta de Dios, en que emplea sus potencias en su propio provecho personal en vez de ponerlas al servicio de Dios, en que quiere ser su propio dueño, excluyendo la soberanía de Dios sobre él. [2]

Por consiguiente, todo pecado comienza por un acto que consiste en apartarse de Dios. [3] La nota característica y la razón universal de todo mal [4] son la negativa á obedecer á Dios, en otros términos, el orgullo.

La mayor parte de las veces se añade aún á esto la mala inclinación á un objeto creado cualquiera, ó el uso de este objeto contra la voluntad de Dios.

(1) Konrad, *Rolandslied*, 214 y sig., 4719 y sig., 6206.
(2) Augustin., *Gen. c. Manich.*, 2, 9, 12; *Spir. et lit.*, 7, 11.
(3) Eccli., X, 14. Thomas, 1, 2, q. 84, a. 2.
(4) Isidor., *Sent.*, (*Summ. bon.*) 2, 38. Julian. Pomer. (Prosper), *Vita contempl.*, 3, 2. Gregor. Magn., *Mor.*, 34, 48.

Los diferentes modos con que la voluntad se aparta así de Dios constituyen la distinción específica entre los diferentes pecados. Pero la raíz de todo pecado, la fuente del peor veneno, es siempre el orgullo, que aleja de la voluntad de Dios.

Abstracción hecha del orgullo puramente intelectual, hay que distinguir, en consecuencia, dos cosas en todo pecado. Primeramente el apartamiento de Dios por efecto de la desobediencia y del orgullo, y luego la inclinación á un objeto prohibido. Este elemento sólo constituye el segundo lugar en el pecado, por más que sea él el que desde luego nos llama la atención. Esto es lo que lo constituye en una gravedad y en una especie particulares. (1)

El orgullo es, pues, la base del pecado. La avaricia, la satisfacción de cierta pasión y el placer sensible no hacen más que completarla. (2)

Vese, pues, ya que los principios relativos al orgullo y á la humildad no son invenciones buenas solamente para niños y mujeres, destinadas á atormentarlos con futilidades y mezquindades inútiles y á hacerles perder el tiempo, sino antes bien trátase aquí de la salvación y de algo que es la condición preliminar indispensable para realizar nuestra empresa sobrenatural y alcanzar nuestro fin.

No hay que creer que el orgullo sea simplemente una debilidad que se manifiesta á veces por modo feo y poco edificante, sino que es el primer pecado cometido en el camino del alejamiento de Dios, el último obstáculo en la vía que conduce á Él. (3)

Inútil cometer exageraciones sobre este punto. No decimos que todo pecado tenga lugar por el orgullo, ó que todo pecado es de orgullo; (4) pero sí afirmamos que en todo pecado hay orgullo, ó en otros términos, que el orgullo

(1) Thomas, 1, 2, q. 72 y 73; 2, 2, q. 162, a. 5, 6.
(2) Iulian. Tolet., *Anticeimenon*, 1, 115.
(3) Augustin., *In Ps.* 18, 1, 14. Hildebert. Caenom., *Ep.* 31. (Bernard.,) *De ordine vitae*, 9, 27.
(4) Augustin., *Nat. et gr.*, 29, 33. Thomas, 2, 2, q. 162, a. 2.

tiene parte en todo pecado. (1) Es el primero de todos los pecados, (2) el principio, (3) la causa, (4) la fuente, (5) la raíz de todo mal. (6) Es la levadura que contamina el bien y continúa produciendo sus efectos por la fermentación. (7) Es el mayor, por no decir el único, obstáculo que impide adherirse á Dios y someterse á Él. (8) Aléjase uno de Dios en el mismo grado que es orgulloso. (9)

5. El espíritu mundano es espíritu de orgullo.— Con esto hemos respondido á la cuestión de saber por qué el mundo es tan extraño á Dios, y por qué su espíritu es tan hostil al Espíritu de Dios.

¿Qué es el espíritu del mundo sino el espíritu de orgullo? Sin duda que al mundo le extrañará este lenguaje. Pero ¿acaso dice él algo diferente? ¿Dónde hallar un hombre de mundo, un filósofo, que conceda á la humildad una palabra de aprobación y de tolerancia? No sólo no la recomiendan, sino que dicen que no es una virtud, y aun que está en contradicción con la razón; (10) que si se quisiese practicarla seriamente, veríase muy pronto que es completamente irrealizable, porque el desprecio ó la burla serían la consecuencia inevitable de semejante tentativa. (11)

Por lo contrario, no se avergüenzan de constituirse en campeones del orgullo. «Sólo los insensatos—llegan á decir—se atreven á vituperarlo, pero sin razón alguna. Sin duda que hay un orgullo excesivo que acaba por ser desagradable; pero el orgullo contenido en justos límites es útil y recomendable. Sin duda que la decencia exige cierta humildad, pero á condición de que sea únicamente

(1) Augustin., *Lib. arb.*, 3, 10, 29; *Ps.* 57, 18.
(2) Augustin., *Musica*, 6, 13, 40.
(3) Augustin., *Peccat. merit.*, 2, 17, 27.
(4) Augustin., *In Ioan. tr.*, 25, 15, 16.
(5) Gregor. Magn., *Mor.*, 33, 4; 34, 47.
(6) Augustin., *Epist. Parmen.*, 3, 2, 5.
(7) Augustin., *Trinit.*, 13, 17, 22.
(8) Augustin., *Ps.* 93, 16; *Ps.* 137, 11; Gregor. Magn., *Mor.*, 18, 59. Raban., *In Eccli.*, l. 3, c. 3 (Migne, 109, 828 y sig.).
(9) Augustin., *Spir. et lit.*, 13, 22.
(10) Spinoza, *Ethica* 4, *prop.* 53.
(11) Rückert, *Kulturgeschichte des deutschen Volkes.*, II, 294.

externa, y se refiera tan sólo á las relaciones sociales. El orgullo bien oculto en lo interior, y que no se manifiesta por modo mortificante, es parte necesaria y aun esencial del carácter. Un hombre de honor no puede prescindir de él, si quiere ser apreciado por el mundo». [1]

Ahora bien, ¿quién se atreverá á negar que toda la vida y toda la conducta del mundo son realización de estos funestos principios? ¿Quién, pues, no se siente roído y emponzoñado por el orgullo? Cierto que se procura prevenir sus groseras manifestaciones hacia lo exterior, á fin de que uno no caiga en el ridículo, ó no se haga imposible en la sociedad. Pero ¿quién que conozca al hombre se engañará sobre esto? En verdad que es difícil mantener relaciones con el mundo, y no formular sobre él un juicio durísimo, y no sonreir á causa de las pantomimas que hace para satisfacer su orgullo sin que lo adviertan.

He aquí todavía otra razón por la cual los nobles corazones no se complacen en vivir en el mundo, ni quieren exponerse á la tentación de faltar á la caridad. Sócrates descubrió un día el orgullo de Antístenes á través de los agujeros de su vestido. [2] Tal era el grosero orgullo de los cínicos, los cuales necesitaban hábitos destrozados para distinguirse en el mundo. Hoy, de tal modo se ha refinado, que atraviesa los tejidos más finos y los tocados más elegantes.

Bajo la influencia de este espíritu, todo el carácter, lo mismo que el modo de hablar y obrar de la humanidad moderna, se han cambiado en algo de malsano.

Nos horrorizamos y experimentamos un sentimiento extraño al leer en las obras de la Edad Media el poco cuidado que se tomaban entonces para ocultar sus internos defectos. No que nuestros padres fuesen peores que nosotros, sino que, si nos sentimos tentados á juzgarlos así, es porque pisoteaban nuestro primer principio de vida.

La educación que recibimos desde la infancia nos enseña, no á corregirnos de nuestros defectos, sino á ocultarlos, no á purificar nuestras secretas intenciones, sino únicamente á no revelarlas, no á poner en armonía nuestro exterior con nuestro interior, sino á fingir de tal suerte, que nuestra conducta externa oculte los deseos de nuestro corazón. Porque ¿quién se atrevería á manifestarlos abiertamente? ¿Quién no procede de tal modo que, en todos sus actos, no se proponga únicamente lo que conviene á su persona?

(1) Hume, apud Vorländer, *Geschichte der philos. Moral*, 479.
(2) Diogen. Laert., 2, 36.

Bajo el imperio de esta violencia, todo ha tomado un aspecto artificial: continente, rasgos, relaciones, conversaciones, literatura, estilo.

Y es natural. No podemos hacer ostentación de estas intenciones á la faz del mundo. No estando satisfechos de lo que somos, ni de lo que podemos, aspiramos á salir de nuestra esfera. [1] Queremos ser más grandes de lo que somos en realidad. [2] Y como no podemos serlo directamente, nos vemos obligados á usar del disimulo. [3] Si, en realidad, poseyésemos lo que deseamos mostrar al mundo, procuraríamos enorgullecernos menos. Si no supiésemos antes que nadie cuán vacío es nuestro interior, no procuraríamos esta dilatación y esta rigidez externa. [4]

No queremos decir con esto que debamos manifestar sin pudor nuestros defectos. Por el contrario, debemos hacer esfuerzos tales para despojarnos de ellos, que ninguno pueda ya manifestarse en nosotros.

Pero el orgullo invalida precisamente estos esfuerzos, por cuanto descuida lo interior y ornamenta únicamente lo exterior como un sepulcro blanqueado.

6. Introducción del espíritu mundano en el santuario.—Así, pues, no es en el mundo donde debemos buscar la humildad, y nadie la busca en él. No decimos que le sea imposible esta virtud. Bien pudiera hallarla y practi-

(1) Thomas, 2, 2, q. 162, a. 1.
(2) Bernard., *Cant. cant.*, 37, 6.
(3) Augustin., *Gen. c. Manich.*, 2, 5, 4; *Ps.* 121, 8; 139, 13.
(4) Augustin., *Ps.* 95, 9.

carla, pero no quiere, antes por lo contrario, huye de ella. Para que pudiera familiarizarse con ella, preciso le sería dejar de ser mundo. Fácil le es intentar hacer creer que lo sabe todo, pero ni tan sólo quiere aparentar que conoce la humildad. Habla de todo, pero no le dedica ni una palabra. [1] Se miente á sí mismo al atribuirse la justicia perfecta, pero sólo desprecio siente por la humildad del hombre justo y perfecto. [2] Trata de hacer suponer que nada le es imposible, pero, mientras sea lo que es, ni podrá ni querrá reconocer la caridad que edifica sobre la humildad como base, ni el sacrificio de un corazón humilde y arrepentido, ni la sumisión del alma á Dios, ni la idea de asistir á la escuela de Aquél que es dulce y manso de corazón. [3]

Así, propiamente hablando, la humildad es una virtud cristiana. ¡Si siquiera se hallase entre los cristianos!

Ahora bien, penetramos aquí precisamente en el campo en que el enemigo ha sembrado más zizaña en el trigo. Con frecuencia esta mala hierba no tiene necesidad de que la siembren, pues el menor soplo de viento esparce su semilla, y luego, como verdadera mala hierba que es, crece por sí sola. Cuanto mejor es el terreno, más profundizan sus raíces. Arrancada millares de veces, vuelve á brotar, aun cuando sólo hayan quedado algunas raicillas en la tierra.

Esta mala hierba es el espíritu del mundo, es decir, el espíritu del orgullo. ¡Oh Dios mío, cuán llenos de esta mala hierba, que no muere nunca, están vuestro jardín, el corazón cristiano y aun la misma Iglesia! ¡Cuántos estragos ha causado el enemigo en vuestro santuario! [4] «¡Oh Dios de los ejércitos, vuélvete hacia nosotros, mira desde el cielo, y atiende, y visita esta viña!» [5] ¡Ved cómo la ha invadido el espíritu del mundo! «¿Por qué has derribado

(1) Augustin., *Ps.* 32, 2, 18.
(2) Augustin., *C. Iulian.*, 4, 3, 17.
(3) Augustin., *Conf.*, 7, 20, 26; 21, 27.
(4) Psalm. LXXIII, 13.
(5) Psalm. LXXIX, 15.

su cerca, y dejas que la vendimien todos los pasajeros?» [1] La cerca digo, pero no sólo la del templo, la de la Iglesia, sino también la del santuario, la del santo de los santos, la del sacerdocio y del estado religioso.

¡Por todas partes reina la vanidad! El respeto humano, la busca de alabanzas, de favores y honores, son otras tantas malas hierbas que pululan en el trigo. ¿Qué significan esos aires mundanos, esa conducta mundana? ¿Por qué corren así los servidores de Dios tras de todos los que el mundo adula á causa de su influencia, de su posición, de su dinero, de sus atractivos? ¿Por qué sacrifican el tiempo, sus fuerzas, su vocación, su honor, á los que el mundo considera como sus ídolos? ¿Á qué aspiran esas pobres almas que truecan el libre servicio de Dios por una servidumbre tan baja, y nada conocen sino el éxito momentáneo, la satisfacción de tener razón, la salvaguardia de las apariencias? ¿Qué influencia se ejerce sobre ellos, para que una graciosa sonrisa, una condecoración, un vano título, los desarmen con más rapidez que las amenazas de un Diocleciano? ¿Cómo han podido convertirse los sacerdotes en cortesanos, y los religiosos en gentes mundanas que encontramos en todas partes? ¿En qué escuela de diplomacia y de política han aprendido á ejercer su vocación, de suerte tal que puedan lisonjearse de lo que San Pablo consideraba como imposible, á saber, agradar á los hombres y servir á Cristo? [2] ¿Qué luz los ha desvanecido hasta el punto de no poder distinguir ya á un servidor de Dios de un funcionario, de un ayuda de cámara de los grandes, de los ricos, de las damas? ¿Qué malsanas golosinas les han corrompido el gusto, para que no teman profanar el púlpito y el confesonario con insípidas lisonjas? ¿Por qué mendigan sin cesar honores?

Á todas estas preguntas, sólo hay una respuesta: el espíritu del orgullo, el espíritu del mundo ha penetrado también entre nosotros, echando raíces tan profundas, que acep-

(1) Psalm. LXXIX, 13.
(2) Gal., I, 10.

tamos el desprecio del mundo en vez de la humildad. Nosotros mismos no comprendemos nuestra conducta.

¿Acaso sabemos ya lo que es humildad? ¿Sabemos por qué tenemos necesidad de ella? ¿Sabemos de qué puede servirnos? No, no los abemos. De tal modo nos hallamos impregnados del espíritu del mundo, que casi estamos tan distantes de la humildad como el mundo mismo.

De aquí provienen también gran parte de las llagas que sufrimos, y de las cuales nos lamentamos, sin percatarnos de que nosotros mismos nos las hemos abierto, y de que sólo nosotros podemos curárnoslas. Sin duda que es esta una manera de llenar el abismo que separa el reino del mundo del reino de Dios; sólo que la desgracia consiste en que no se le llena atrayendo el mundo á Dios, sino entregando el reino de Dios al mundo.

7. La humildad es el espíritu de Cristo y del Cristianismo.—En presencia de tan grave peligro, todos debemos darnos cuenta de que se trata, cuando se habla de humildad, no de una práctica de piedad infantil, sino de la salvación y de la realización del reino de Dios, lo mismo en general que en cada alma individual.

Así como el orgullo es la nota distintiva del reino del mundo, así la humildad es la nota característica del reino de Dios. Si el orgullo es el espíritu del mundo, la humildad es el espíritu de Jesucristo. Separados de Dios por el orgullo, debemos volver á Él por la humildad. (1) Porque el reino de Dios descansa en la justicia y en la verdad.

Habiéndose introducido la corrupción por el alejamiento de Dios, debe empezar la salvación por la vuelta á Dios.

Según todas las exigencias de la justicia, la rebelión contra Dios, que constituye la naturaleza del orgullo y la base de todo pecado, no puede invalidarse sino por la sumisión á Él. Ahora bien, en esta sumisión consiste la humildad. (2)

(1) Augustin., *Psalm.* 33, 1, 4; *Fid. et symb.*, 4, 6.
(2) Thomas, 2, 2, q. 161, a. 1 ad 5; q. 162, a. 5.

Según las exigencias de la lógica, debe suprimirse la mentira devolviendo á la verdad el honor que se le ha arrebatado. Pero la gran mentira, el origen de toda mentira y de todo pecado, ha sido la presunción personal. Luego el pecado sólo puede ser expulsado por la humildad, porque la humildad es la verdad. (1)

Así como el que se deja arrebatar por el orrgullo encuentra indefectiblemente el camino que conduce al pecado y al reino del mundo, así también no hay para el que busca el reino de Dios más que una sola vía segura: la de la humildad.

Esta es la vía que nos ha mostrado, con su palabra y ejemplo, Aquél que se llamaba á sí mismo «el camino, la verdad y la vida». (2) «Aprended de mí»,—nos dice.—Ahora bien, ¿qué debemos aprender? ¿Á hacer milagros? ¿A crear un mundo? No, nada de esto. Debemos aprender á ser humildes de corazón. Esto es todo lo que ha querido enseñarnos. (3)

Como el mundo no había hallado ni médico ni medicina para curar su enfermedad, le ha ofrecido Él uno y otra en su persona. El orgullo es un veneno tan corrosivo, que sólo puede ser curado con un antídoto eficacísimo. (4) Pues bien, el remedio que Jesucristo nos ha proporcionado es tan enérgico, que no es posible imaginar otro semejante. ¿Cómo el orgullo podría ser curado aún, sino lo hubiera sido por las humillaciones del Hijo de Dios? (5)

¿Por qué hizo Jesucristo, bajo este concepto, todo lo que era posible hacer? La humildad resume cuanto hizo por nuestra salvación. (6) Entraña la humildad todo lo que enseñó con sus palabras, sus oraciones y su vida entera. (7) La humildad es la virtud propia de Jesucristo. (8) Con razón dijo el poeta sobre este punto:

(1) Imit. Christi, l. 3; III, 4.—(2) Ioan., XIV, 6.
(3) Matth., XI, 29. Augustin., *Sermo* 69, 2; 142, 7.
(4) Augustin., *Sermo* 163, 8; 304, 3.
(5) Augustin., *Agon. christ.*, 11, 12; *In Ioan. tr.* 25, 16.
(6) Augustin., *Sermo* 160, 5; 351, 4.
(7) Augustin., *Ps.* 31 2, 18. *Sermo* 30, 9; 117, 17; *Sancta virg.*, 31, 33. Leo Magn., *Sermo* 37, 2.—(8) Bernard., *Epiphan.*, 1, 7.

«El tierno Salvador Jesucristo era el gran rey de la humildad». [1]

Si, pues, nuestra salvación consiste en aceptar el espíritu de Jesucristo y en imitar su ejemplo, no podemos negar que nuestra salvación en Jesús es inherente á la manera como sepamos apropiarnos su humildad. [2]

8. Los dos fundamentos de la vida cristiana son la fe y la humildad.—Esto no quiere decir que la humildad sea la única virtud que se exige del cristiano, sino que significa solamente que es indispensable siempre y en todas partes, lo mismo para los comienzos de una vida cristiana virtuosa, que para la prosperidad de su desarrollo.

En el edificio espiritual, la humildad es la única base en que se asientan las virtudes con toda seguridad. [3] Es la raíz y principio de todo bien, [4] la puerta del reino del cielo. [5] El progreso en el bien depende del progreso en la humildad, [6] y el término de la justicia, la perfección, tiene tanta mayor necesidad de la humildad como base, cuanto que más alta se eleve. [7]

En este sentido, puede decirse realmente, como los santos, que la humildad es la justicia perfecta, [8] que la humildad es nuestra perfección.

Pero para no exagerar, y para comprender exactamente la importancia de esta virtud, preciso es volver sobre lo que ya hemos dicho.

En la vida del individuo, como en la de la humanidad, es raro que decida la clara convicción de la inteligencia. En la inmensa mayoría de los casos, es la inclinación del corazón, si es que no llega á serlo la impetuosidad de la

(1) *Leben der hl. Elisabeth*, 2483 y sig. (Rieger, 133).
(2) Augustin., *Sermo* 285, 4.
(3) Chrysost., *In Ioan. hom.* 33, 3; Bernard., *Considerat.*, 5, 14, 32.
(4) Gregor., *Evangel.*, 1, 7, 4; Chrysost., *In Matth. hom.* 15, 2.
(5) Ioan. Climac., *Scala*, 25, *Sch.*, 16, *Vitae PP.*, 5, 15, 22.
(6) Basil., *De renunciat. saeculi*, 10, *Vitae PP.*, 5, 15, 77; Smaragdus, *Diadema monach.*, 11.
(7) Augustin., *Sermo* 69, 2.
(8) Bernard., *Ps.* 130, 14; Smaragdus, *Diadema*, 11.

ciega pasión. Pues bien, esto no debe tener lugar en el mundo sobrenatural, ya que en él debe gobernar lo que está destinado á mandar en el hombre: la inteligencia y la voluntad.

Débil auxilio hubiera prestado la Revelación á la humanidad, si no hubiese purificado y esclarecido la inteligencia, y si no hubiese procurado formar la vida cristiana por su mediación. Pues bien, esto es lo que ha hecho al darle la fe por base.

Según la doctrina cristiana, la fe es la base más profunda del edificio espiritual. [1] La fe es raíz de toda virtud verdaderamente cristiana, [2] el fundamento de toda justicia sobrenatural, [3] el principio de la salvación, el punto de partida de la justificación. [4]

En otros términos, esto significa que el Cristianismo no quiere abandonar el resultado de sus esfuerzos al ciego juego de las inclinaciones y repugnancias, en una palabra, al corazón, el cual, en la marcha de la vida natural, ejerce el predominio sobre las otras facultades, sino que confía dicho resultado á la inteligencia fortalecida por una luz sobrenatural, por la fe, y que, por esto mismo, está en disposición de ejercer con mucha más seguridad su influencia directora.

Sin embargo, el otro principio que ha poco enunciamos, y según el cual, la humildad debe ser considerada como base de la verdadera justicia, permanece absolutamente verdadero.

Esto se aplica ya á la vida natural, por cuanto el hombre no puede crearse su moral á medida de su capricho, ya que no vive convenientemente, si no vive sometido á la voluntad de Dios. Ahora bien, sólo el hombre humilde cumple la voluntad de Dios, en tanto que el orgulloso no hace más que la suya propia. [5] El orgullo hace al hombre in-

(1) Dorotheus, *Doctrina* 14 (Migne, *P. P. gr.*, 88, 1772 y sig.).
(2) Primasius, *In. Hebr.*, 3, 14. Eulogius, *Apolog. mart.* (Bibl. P. P. Maxima Lugd., XV, 288, b).
(3) Iulian. Pomer., (Prosper.,) *Vita contempl.*, 3, 21.
(4) Conc. Trid., sess. 6, cap. 8.—(5) Augustin., *In Ioan. tr.*, 25, 16.

capaz de ser bueno desde el simple punto de vista natural. Por consiguiente, la humildad es indispensable, aun para llegar á la justicia natural.

Pero lo es con mayor razón cuando se trata de la virtud sobrenatural y de la perfección. La bóveda de la vida sobrenatural se apoya en pilares fundamentales, en la fortaleza de la cruz de Cristo y en la eficacia del Espíritu Santo. Pero sólo el que está profundamente arraigado en la humildad, puede soportar el peso de la cruz y de la vida, vida que debe apropiarse las enseñanzas de la cruz. (1)

Por otra parte, sólo el corazón humilde es capaz de convertirse en templo de Dios. (2) ¿Cómo, pues, el Espíritu Santo se establecerá en un alma que no está vacía de sí misma, y que, por consiguiente, no tiene sitio para Él, (3) en una alma en que no reina la paz como efecto de una sumisión humilde, de suerte tal, que pueda fijarse en ella? (4)

Vemos por esto que la concepción cristiana de la vida, aun permaneciendo firmemente adherida á lo sobrenatural, es verdaderamente humana.

Cualquiera que sea la insistencia que despliegue en presentar la fe como principio de la vida sobrenatural, y en recomendar al hombre que la forme de acuerdo con las indicaciones y el ideal que le ofrezca su espíritu esclarecido con las luces sobrenaturales, nada le impide reconocer la gran influencia que el corazón ejerce, lo mismo sobre las ideas que sobre las acciones del hombre. De aquí que procure transformarlo de tal suerte, que sea un auxiliar para la práctica de la vida sobrenatural. Sabe muy bien que aun el conocimiento más perfecto no se traduce en actos si así no lo quiere el corazón.

Y sabe aún más. Con la voluntad, comprende el hombre fácilmente, y acepta de buen grado y jovialmente las in-

(1) Paschas. Radbert., *Comment. in Matth.*, 11, 29.
(2) Augustin., *Conf.*, 11, 31, 41.
(3) (Peraldus) Humbert. a Roman., *Spec. relig.*, 4, 14.
(4) Augustin., *Sancta virginit.*, 39, 40.

dicaciones de la inteligencia, y aun las previene. En una palabra, cree sin esfuerzo cuando el corazón está en orden; pero allí donde éste se revela, ya pueden elevar la voz los milagros, las profecías, las pruebas más evidentes, que el hombre no tendrá valor para exclamar: «Creo».

Por consiguiente, la humildad, no sólo es necesaria, á la vez que la fe, para observar sus preceptos, sino que lo es también para aceptar la fe. Porque no sólo hace á ésta fecunda y activa, sino que contribuye á someterle el corazón.

Con razón, pues, se ha dicho que la humildad forma la base de la vida sobrenatural. Pero esto no significa que constituya su fundamento más profundo. Porque éste está formado por la fe, la primera de todas las virtudes sobrenaturales. (1)

Pero la sumisión humilde á Dios hace desaparecer todos los obstáculos que el corazón humano, tan profundamente corrompido por el orgullo, opone, lo mismo á la fe que á las demás virtudes. (2)

Luego á la fe corresponde la gloria de elevar el alma á Dios, al sometérsela. Sin embargo, la humildad tiene gran parte en esta empresa.

Estas dos virtudes fundamentales están unidas entre sí como la cabeza y el corazón. La inteligencia ilumina al corazón y lo dirige, y el corazón facilita y hasta toma á su cargo el trabajo de la cabeza. La fe y la humildad están unidas de la misma manera. (3) El orgullo ni siquiera escucha las prescripciones de la fe, (4) y le obedece menos todavía. Creer, no es empresa de orgullosos, sino de humildes. (5) Creer, sólo quiere decir someter la inteligencia á la verdad sobrenatural. Allí donde no reina la humildad, no hay voluntad, ni inteligencia, ni fuerza para hacer este sacrificio. La fe no arraiga en un corazón orgulloso.

(1) Thomas, 2, 2, q. 4, a. 7.
(2) Thomas, 2, 2, q. 161, a. 5, ad 2.
(3) Augustin., *In Ioan. tr.*, 40, 8.
(4) Augustin., *Sermo* 160, 3.
(5) Augustin., *Sermo* 115, 2.

Muere en él, en tanto que crece en los humildes. [1] En la atmósfera fría del orgullo, permanece perpetuamente estéril. Plantada en el fértil terreno de la humildad, produce los más maravillosos frutos.

Por consiguiente, ambas virtudes son inseparables. Muchos han tratado de levantar un grandioso edificio, pero por cuanto han empezado sin base sólida, su trabajo se ha hundido lamentablemente.

No ocurre lo mismo con el espíritu del Cristianismo. Ningún arquitecto se ha atrevido aún á construir un edificio más elevado, pero preciso es decir también que jamás un arquitecto ha construído con tanta solidez. La fe inspira al cristiano fuerza y audacia suficientes para elevarse hacia un ideal sublime; la humildad le da solidez y firmeza. Con la fe, se eleva muy por encima de la tierra; con la humildad, permanece siempre arraigado en la realidad de la vida terrestre.

Numerosos son los filósofos que han soñado en una perfección quimérica, porque eran demasiado orgullosos para rebajarse á la miseria y á la vulgaridad de la vida real, y demasiado llenos de sí mismos para creer que, con sus inventos, podían prescindir de las debilidades inherentes á la naturaleza de todo hijo de Adán.

Por lo contrario, la mayor parte de la humanidad se arrastra por el suelo, y no conoce más base que el placer, el honor, los bienes terrenales, que ceden al primer impulso del viento y todo lo sepultan en sus escombros.

Pero el Cristianismo se apoya en la realidad de la vida terrestre, y enseña á sus adeptos á confesar humildemente su fragilidad y su miseria personal, á soportar sus defectos con paciencia y á corregirse en la esperanza de una vida mejor. Con esto, eleva su espíritu y su corazón por medio de la fe, y de este modo, les da una segunda base en el mundo sobrenatural, [2] base que resiste aun á los

(1) Aelred., *In Is. Serm.* 21 (Bibl. P. P. Lugd., XXIII, 53 d).
(2) Augustin., *Sermo* 327, 4; *Ps.* 86, 3; Ambros., *Offic.*, 1, 29, 142. Gregor. Magn., *Mor.*, 16, 15.

más violentos choques de la adversidad, á las olas de las persecuciones y al fuego de la aflicción.

9. La humildad y la generosidad.—Vemos por esto cuán poco conocen la humildad cristiana los que siempre temen que descorazone al hombre y le convierta en pusilánime.

Sí, existe una humildad de esta especie, ó mejor, para hablar con más exactitud, existe cierta cobardía y cierta pereza que procura su justificación apropiándose falsamente el nombre de humildad. Hay también cierta ambición y cierto orgullo que todo lo quisieran hacer por sí solos y que creen poder prescindir de Dios y de los hombres. Pero como los que se sienten atacados por ellos ven diariamente el poco valor personal del hombre, caen en el abatimiento, pierden el valor y cometen un segundo error al considerar este castigo de su presunción como la virtud de la humildad.

Pero no es difícil darse cuenta de que este sentimiento no es de humildad, sino precisamente lo contrario. [1] En realidad, no es otra cosa que el despecho del amor propio, que no puede tolerar que se haya correspondido tan mal á sus magníficas promesas y á sus grandes designios, ó también la vergüenza de la propia debilidad, que uno hubiera querido ocultarse á sí mismo y á los demás.

De aquí esa amarga y opresora inquietud con respecto á una falta cometida, inquietud que con tanta frecuencia se confunde con el arrepentimiento; de aquí esa exageración en la acusación personal, esa desesperación por no poder jamás mejorarnos.

De aquí el fenómeno de que el orgullo no sea jamás fuerte ni generoso. Considera con demasiado exclusivismo su honor propio, corre demasiado tras las apariencias, y cuenta excesivamente con los intereses inconstantes de las ventajas particulares, para poder olvidarse de sí mismo y sacrificarse.

Pero la generosidad, este ornamento de las demás vir-

(1) Thomas, 2, 2, q. 133. Antonin., 2, 9, 16. Rodríguez, 2, 3, 10.

tudes, [1] es una virtud que sólo se propone la verdad. Las simples apariencias no le satisfacen nunca. Jamás llama grande á lo pequeño; no se alimenta de vanas ilusiones, de éxitos pasajeros; no quiere tener razón, sino antes bien, obrar. [2]

Pero esto es precisamente lo contrario del orgullo. De aquí que éste le sea tan extraño como la mentira lo es á la verdad. Nada tan estrecho como ese falso amor que uno se profesa á sí mismo. Que el mundo entero esté en peligro; que se trate de ganar el cielo ó de perderlo, ¿qué le importa todo esto al orgulloso? No hay más que un reloj, un poste indicador, un móvil en todas sus acciones: su miserable yo. El mundo y todo lo que contiene gira en torno de los mezquinos intereses de este yo. Si ardiese la tierra entera y pudiese él extinguir el incendio con una gota de agua, con la única condición de ennegrecerse un poco las manos; ó bien, si, en lugar de esta gran acción, se le ofreciese la más simple alabanza humana, dejaría tranquilamente que ardiese. Sólo movería un dedo para impedir este cataclismo en la perspectiva de salvar un fárrago de cosas inútiles para su uso personal. Pero en vano será buscar en él el olvido de sí mismo, el espíritu de sacrificio, el desinterés y la generosidad.

El hombre humilde hace todo esto. Y hace todavía más, y lo hace por modo completamente natural. Ni siquiera se le ocurre la idea de que, obrando así, realiza algo de extraordinario. Por eso la generosidad brota de la humildad por modo tan natural como la sencillez y la rectitud proceden de la verdad. No hay nadie tan generoso, tan ávido de hacer el bien, tan inagotable en el sacrificio, tan inventivo en los aspectos de la caridad, como el hombre humilde. Jamás piensa en sí mismo. Lo que en los servidores del mundo decide siempre en última instancia, á saber, el juicio de la muchedumbre, el propio honor, la ventaja personal, la satisfacción de las inclinaciones propias, carece de importancia para él. Lo único que le interesa es la voluntad de Dios y su mayor gloria. Todo lo que brilla fuera de Dios no le conmueve lo más mínimo; pero todo lo que proviene de Dios y conduce á Él, le entusiasma, sin preocuparse de que el esplendor de ello recaiga sobre éste ó aquel. Sólo hay un hombre verdaderamente imparcial, el humilde y desinteresado. Con la sola frase: «Con tal que Jesucristo sea predicado», [1] evita los escollos de esas pequeñas envidias y de esas discusiones horribles que deslustran con frecuencia á la misma Iglesia de Dios, y que impiden tanto bien. Esta frase, que ni siquiera se le ocurre al egoísta, es para él completamente natural.

(1) Thomas, 1, 2, q. 66, a. 4, ad 3; 2, 2, q. 129, a. 4, ad 3.
(2) Thomas, 2, 2, q. 132, a. 2, ad 1, 2.

Lejos de quedar paralizado por el éxito ajeno, ve, por lo contrario, con alegría lo que su Maestro ejecuta por medio de los otros, como si en ello tuviese también su parte; y lleno entonces de noble emulación, redobla su celo. [2]

En ninguna parte encontramos tampoco más valor que en la humildad. No hay nadie á quien las calumnias, las amenazas, las burlas, impidan menos cumplir con su deber que al hombre humilde. No hay nadie en quien las lisonjas y las seducciones produzcan menos efecto que en él. Y si para agradar á Dios y cumplir su misión tiene que abandonarlo todo, lo hace sin esfuerzo, y aun sin sospechar que ha hecho algo de inaudito.

En una palabra, si tiene uno necesidad de alguien á quien confiar cualquier asunto, así el más difícil como el más humillante, de alguien que no se espante de ningún sacrificio, de ningún esfuerzo, de ningún sufrimiento, de ningún poder, de alguien á quien pueda uno emplear en trabajos que, como vulgarmente se dice, producen poco, preciso es todavía recurrir al hombre humilde.

Para esto, no es necesario que el humilde posea los dones de un San Pablo, quien «todo lo podía en Aquél que lo fortificaba». [3] Basta el alma más pequeña y débil, con tal que esté bien arraigada en la humildad.

Por eso se ha dicho de Santa Gertrudis: «La virtud que

(1) Phil., I, 18.—(2) Psalm. CXVIII, 63.—(3) Phil., IV, 13.

brillaba en ella por modo particular, era la humildad, este vaso de la gracia, este antemural de todas las virtudes. De tal modo se consideraba indigna de los dones de Dios, que no podía imaginarse haberlos recibido para su propio bien. Considerábase únicamente como un canal misterioso por el cual Dios quería conducir las gracias á sus elegidos. Pero, no obstante creerse tan indigna de los dones de Dios, trabajaba con todas sus fuerzas en emplearlos en provecho del prójimo. Y hacía esto, tanto por fidelidad á Dios, como por humildad para consigo misma, porque estaba convencida de que nadie era tan indigno como ella. Por humildad no vaciló un instante en hallarse dispuesta á recibir todos los dones de Dios y á comunicarlos á los demás, creyendo que estos dones, no tanto eran concedidos á ella, como á los que debían llegar por sú mediación». (1)

Vemos, pues, cuán en lo cierto está San Bernardo cuando dice: «Este es el efecto de la gracia divina en los corazones, si no se desalienta la humildad, y si la generosidad no se hace presuntuosa; antes bien, estas dos virtudes obran de concierto, de tal modo que la generosidad favorece á la humildad y recíprocamente. Cuanto más elevados son los dones que encuentran en ellos, mayor es la delicadeza, el temor y la gratitud con que obran con relación al Autor de todo bien. Y cuanto menor es la confianza que tienen en las cosas más pequeñas, con más firmeza creen que la omnipotencia de Dios les hará posibles las cosas más grandes». (2)

10. Resultados felices de la humildad.—Y no se engañan. Los que no comprenden este misterio se preguntan por qué el éxito está con tanta frecuencia en contradicción con los dones. Los mayores espíritus se consumen en las continuas labores de una larga vida, casi sin dejar rastro de sus esfuerzos, en tanto que otros, cuya capacidad no podía compararse con la de ellos, triunfan en todas las empresas.

(1) Gertrud., *Legatus divinae pietatis*, 1, 11.
(2) Bernard., *Dom. infra oct. Assumpt. B. M. V.*, 13.

¿Á qué atribuir esto? No al azar, no á injustas preferencias, sino á su fidelidad en las cosas pequeñas y á su humildad: «Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes». (1)

¿Y cómo daría su gracia á los orgullosos? No hallarían éstos puesto alguno para ella en su corazón completamente lleno de sí mismo. (2) Su espíritu no podría reconocer lo que entraña la salvación para él. (3) El orgullo corrompe toda virtud, como el veneno corrompe la leche, (4) como el gusano roe el fruto. (5) Cada éxito no hace más que ofrecerle nuevo alimento para él mismo, lo que es la muerte de todo bien.

Por lo contrario, Dios puede prestar su brazo á la humildad. Porque en tanto que el orgullo abusa de los dones de Dios para despojar de ellos á Aquél que los distribuye, y para corromperlos, empléalos fielmente la humildad de conformidad con los fines para que son concedidos, á saber, el honor de Dios, la extensión de su reino y la propia santificación.

De aquí los felices resultados y el poder de la humildad. Sus frutos son tan ricos y duraderos porque ella prepara un terreno accesible á la gracia de Dios.

Los santos no se cansan de alabar los frutos benditos de la humildad y sus maravillosos efectos. Dicen de ella que expulsa el pecado, (6) que mata las pasiones, (7) que abre la puerta á la verdad, (8) que conserva (9) y aumenta (10) la gracia, que es la vía que conduce á la caridad, (11) á la vida, (12) al cielo (13) y á Dios. (14)

(1) I Petr., V, 5.—Jacob., IV, 6.—(2) Bernard., *Cant. cant.*, 54, 10.
(3) Gregor. Magn., *Mor.*, 27, 23, 24.—(4) Petr. Bles., *Sermo* 63.
(5) Macar., *Hom.* 10; Augustin., *Ep.* 211, 6.
(6) Ioan. Climac., *Scala* 26, *schol.* 37.
(7) Ioan. Carpath., *Capita hortat. ex Theodor. Edess.*, 20.
(8) Zachar. Chrysopolit., 2, 67.—(9) Macar., *Hom.* 41.
(10) Macar., *Hom.* 10.
(11) Augustin., *Sancta virginit.*, 31; *Trinit.*, 4, 1, 2.
(12) Augustin., *Ps.* 15, 10.
(13) Augustin., *Civ. Dei*, 16, 4.
(14) Augustin., *Conf.*, 4, 12, 19; Bernard., *Cap. ieiun.*, 2, 1.

En una palabra, todas las grandes cosas que pueden producirse en el hombre y por el hombre, ora provengan de su generosidad natural, ora de la gracia de Dios, sólo crecen bajo la protección de la humildad. Pero una vez arraigadas, prosperan admirablemente.

11. Naturaleza de la humildad.—Así, pues, todo el que desee ver bendecidos sus trabajos, todo el que aspire á la verdadera perfección del corazón, hará bien en familiarizarse con la virtud, de la que el mundo habla con tanto desdén, únicamente porque no conoce su poder. Pero ¿cómo podría conocerla, si ni siquera comprende su naturaleza?

Apenas si hay en la vida moral algo sobre lo cual existan ideas tan poco claras como sobre esta virtud. Y esto no sólo afecta á los que nada quieren tener que ver con ella, sino también á los que la respetan y aun se vanaglorian de poseerla.

Con mucha frecuencia nos figuramos que la humildad consiste en creer que uno no posee nada de bueno en sí. Esto es un grave error. La humildad es la verdad, como el orgullo es el error. Así, pues, la humildad consiste ante todo en aprender á conocerse uno á sí mismo, (1) y á pensar de sí lo que uno es en realidad. (2) Por consiguiente, no hay humildad en desconocer los dones sobrenaturales que uno posee y las acciones que Dios ha producido por medio de uno, ó en rehusar la empresa á que Dios nos ha destinado. Por lo contrario, la humildad testifica jovial gratitud á Dios por sus dones, y manifiesta celo desinteresado por las cosas más elevadas á las cuales puede Dios destinarnos, aunque sea la más extraordinaria santidad.

Pero esto no excluye el sentimiento profundo de su debilidad y de su insuficiencia personal. Porque, hecha abstracción de que no nos hemos dado estos dones de Dios, una sincera mirada sobre nosotros mismos nos hace comprender, para nuestra mayor vergüenza, lo muy poco que los hemos hecho servir para la consecución del fin á que Dios los había destinado, y lo mucho que los hemos corrompido con nuestros pecados y negligencias.

(1) Augustin., *In Ioan., tr.* 25, 16.

(2) Basil., *Ep.* 278; Bernard., *De grad. humil.*, 1, 1, 2; Puccini, *Vita S. Magdal. de Pazzis*, 2, 7, 221.

Tal es el primer grado de la humildad: la humildad de la inteligencia. En ella piensa el mundo, si es que, con todo, se digna hacerlo.

Sin embargo, la humildad propiamente dicha no consiste en esto. El conocimiento de la miseria personal puede conciliarse perfectamente con el despecho que uno siente por ella y con el ansia de distinciones, lo cual prueba que la humildad de la inteligencia puede existir perfectamente al lado del orgullo del corazón. Por consiguiente, es por sí misma insuficiente.

La humildad perfecta consiste únicamente en el segundo grado de esta virtud; la humildad de corazón. Ésta proviene de la voluntad, es decir, de la sumisión libre y jovial á Dios. Esta es la humildad de la cual el Salvador nos dió ejemplo, según sus propias palabras. (1) No podía practicar la humildad de la inteligencia, por cuanto ésta consiste en la consideración de sus propias miserias, y Él no cometió falta alguna. Pero, en cambio, practicó mucho más la humildad de corazón. Jamás quiso mostrar sus dones, sino cuando lo reclamaba la voluntad de su Padre, y aun entonces rehusaba recoger el honor de ellos para su propia persona, ya que sólo se proponía promover el honor de Dios. No se ponía por encima de los que poseían dones inferiores á los suyos; toleraba que no se fijasen en Él y que no se le tributase el honor que le era debido. Aceptaba el último lugar, y, no obstante, se le debía el primero. Honraba y respetaba á todo el mundo, como si fuese inferior á todos.

Quien desee llevar honrosamente el nombre de Cristo, debe imitar este modelo. Sólo es discípulo de Jesucristo y le imita fielmente, quien practica la humildad, y la humildad de la voluntad.

(1) Matth., XI, 29.

El primer grado de la humildad, la humildad de la inteligencia, es una necesidad inevitable, aun cuando se niegue uno á practicarla con la palabra, porque la fragilidad personal obliga ya á cada uno á rendirle testimonio con sus obras. Pero la humildad como virtud se encuentra únicamente en el segundo grado, es decir, en la humildad de corazón.

El solo hecho de reconocer uno su fragilidad personal, no constituye una virtud. Sin duda que la verdadera virtud supone el conocimiento de la verdad, pero no se encuentra únicamente en este conocimiento. Preciso es que se le unan la voluntad y la acción. Así, pues, para que la humildad llegue á ser virtud, es necesario que la voluntad abarque este conocimiento de la propia nada por amor á Dios. Después, satisfecha de este estado de pobreza interior, no debe buscar apariencias externas, ni exigir interiormente por parte de los demás sentimientos que estén en desacuerdo con la verdad interior. (1)

Para resumir brevemente lo que es la humildad, podemos decir: La humildad comprende dos cosas. Desde luego, el conocimiento de la verdad que afirma que el hombre no es gran cosa, y por sí solo, nada; y luego, la voluntad sincera de no querer pasar por más de lo que uno es en realidad, en términos más exactos, por más de aquello para lo cual Dios le ha hecho y á lo cual le destina, y aun, si así lo exige, á pasar por menos de lo que uno es en realidad.

12. Humildad y perfección.—Sólo entonces comprendemos por qué la humildad es la condición primera é indispensable de la verdadera virtud y de la perfección. Parecer y ser son términos siempre opuestos, como el agua y el fuego. Por eso el orgullo es un obstáculo insuperable. El que cultiva las apariencias y aspira á distinguirse á los ojos de los hombres, ha renunciado de antemano á la verdadera virtud. Para poseer el ser y la verdad, preciso es renunciar á toda apariencia. Para comprender lo que son

(1) Bernard., *Cant. cant.*, 42, 6 y sig.

la virtud y la perfección, preciso es comprender ante todo lo que es la humildad y haber aprendido prácticamente á conocerla.

Pero esto no basta. Para hablar con exactitud, la humildad debe contener en sí misma los esfuerzos para llegar á la virtud y á la perfección, absolutamente como la pobreza honrada entraña el deseo de usar de sus fuerzas, por lo menos para no convertirse en carga de los demás. El que no se avergüenza de confesar humildemente su pobreza, vese obligado, por ello mismo, á hacer lo posible para mejorar su situación. Porque sólo en el caso de que la pobreza no sea un castigo de la pereza, sino un estado voluntario, deja de ser una vergüenza. Del mismo modo, la humildad no es humildad y virtud sino en el caso de que no degenere en pereza ó en pecado á costa de extraña actividad, sino que sea un estímulo poderoso de mejoramiento y de perfección.

Allí donde faltan los esfuerzos para llegar á la perfección, tampoco hay humildad. Lo que entonces parece ser humildad, no sólo no es virtud, sino repugnante bajeza. Cuando uno descubre esta falsa humildad, sabe al punto á qué atenerse, y obra como cuando se halla en presencia de un mendigo que se complace en su pobreza para no trabajar y vivir á expensas de otros. En efecto, esa falsa humildad arrebata á la verdadera el respeto que en tan alto grado le es debido.

Los verdaderos pobres que hacen cuanto pueden para ganarse la vida, son tan dignos de estima como de compasión; y precisamente porque trabajan y desean trabajar, hacen respetable su pobreza. Así, los esfuerzos para llegar á la perfección están tan esencialmente unidos á la humildad, que podemos considerarlos como nota cierta de la verdadera humildad.

Pero en realidad, sin humildad, no se hallan jamás en parte alguna esfuerzos sinceros para llegar á la perfección, como tampoco puede uno lisonjearse de la esperanza de alcanzarla. Así también, jamás se halla verdadera humil-

dad si faltan los esfuerzos constantes y sinceros para llegar á la perfección.

Cese, pues, el mundo de despreciar la humildad de una vez para siempre; antes bien, aprenda á conocer cuán humano es el camino que conduce á la perfección sobrenatural, y, en el fondo, cuán fácil es, por no decir natural, la elección del mismo.

Por sublimes y elevados que sean los fines que la fe indica á nuestro espíritu, la vía que á ellos nos conduce, á saber, la confesión de nuestra propia miseria, está perfectamente adaptada á nuestra debilidad. Todos, sin duda alguna, podemos humillarnos. Mas cuando se ha hecho esto, hase hecho lo más difícil. [1]

¿No puedes trabajar? Puedes humillarte. ¿No puedes ayunar? Puedes humillarte. ¿Careces de lágrimas para llorar tus pecados? Puedes humillarte. ¿No puedes orar? Puedes humillarte. ¿Es frío tu corazón y poco accesible á la caridad? Puedes humillarte.

Humíllate, pues, ante la sabiduría, la omnipotencia y la santidad de Dios,—y ciertamente no es una vergüenza humillarse ante ellas—y estarás en buen camino para corregirte, para llegar á la perfección y al reino de Dios.

(1) Dorotheus, *Doctr.*, 2.

Apéndice

EL PUNTO CRÍTICO EN LA VIDA ESPIRITUAL

1. Producción inquietante en materias de obras ascéticas.—La queja del sabio: «No hay límite en la multiplicación de los libros», [1] aplícase, no sólo á las obras de filosofía moral, sino á toda suerte de escritos ascéticos.

Bajo ciertos aspectos, el espectáculo es regenerador, por cuanto prueba que es considerable la necesidad de instruirse en las cosas espirituales, y que, en los negocios del alma, la dirección ocupa un puesto distinguido.

Pero, desde otros puntos de vista, produce una especie de tristeza, porque bien puede decirse que hay necesidad de restringir mucho el número de las obras verdaderamente serias de esta especie, pues, de lo contrario, no se reclamarían siempre otras nuevas.

Sea de ello lo que se quiera, una cosa hay cierta, y es que la oferta supera de mucho á la demanda, y que, desde este simple punto de vista, prodúcese una baja en el valor de los productos indicados.

En presencia de este hecho, nos atrevemos á rogar á los que tienen autoridad para ello que vigilen severamente la literatura ascética [2] en bien de la verdad, á fin de fomentar la sana piedad y conservar el honor del nombre cristiano.

2. Diversas tendencias en el mundo de la ascética.—Pero, al hablar así, no queremos perjudicar la libertad ajena, ni predicar un rigorismo falso y un puritanismo dañino.

(1) Eccli., XII, 12.
(2) Véase más arriba, III, 3.

dad si faltan los esfuerzos constantes y sinceros para llegar á la perfección.

Cese, pues, el mundo de despreciar la humildad de una vez para siempre; antes bien, aprenda á conocer cuán humano es el camino que conduce á la perfección sobrenatural, y, en el fondo, cuán fácil es, por no decir natural, la elección del mismo.

Por sublimes y elevados que sean los fines que la fe indica á nuestro espíritu, la vía que á ellos nos conduce, á saber, la confesión de nuestra propia miseria, está perfectamente adaptada á nuestra debilidad. Todos, sin duda alguna, podemos humillarnos. Mas cuando se ha hecho esto, hase hecho lo más difícil. [1]

¿No puedes trabajar? Puedes humillarte. ¿No puedes ayunar? Puedes humillarte. ¿Careces de lágrimas para llorar tus pecados? Puedes humillarte. ¿No puedes orar? Puedes humillarte. ¿Es frío tu corazón y poco accesible á la caridad? Puedes humillarte.

Humíllate, pues, ante la sabiduría, la omnipotencia y la santidad de Dios,—y ciertamente no es una vergüenza humillarse ante ellas—y estarás en buen camino para corregirte, para llegar á la perfección y al reino de Dios.

(1) Dorotheus, *Doctr.*, 2.

Apéndice

EL PUNTO CRÍTICO EN LA VIDA ESPIRITUAL

1. Producción inquietante en materias de obras ascéticas.—La queja del sabio: «No hay límite en la multiplicación de los libros», [1] aplícase, no sólo á las obras de filosofía moral, sino á toda suerte de escritos ascéticos.

Bajo ciertos aspectos, el espectáculo es regenerador, por cuanto prueba que es considerable la necesidad de instruirse en las cosas espirituales, y que, en los negocios del alma, la dirección ocupa un puesto distinguido.

Pero, desde otros puntos de vista, produce una especie de tristeza, porque bien puede decirse que hay necesidad de restringir mucho el número de las obras verdaderamente serias de esta especie, pues, de lo contrario, no se reclamarían siempre otras nuevas.

Sea de ello lo que se quiera, una cosa hay cierta, y es que la oferta supera de mucho á la demanda, y que, desde este simple punto de vista, prodúcese una baja en el valor de los productos indicados.

En presencia de este hecho, nos atrevemos á rogar á los que tienen autoridad para ello que vigilen severamente la literatura ascética [2] en bien de la verdad, á fin de fomentar la sana piedad y conservar el honor del nombre cristiano.

2. Diversas tendencias en el mundo de la ascética.—Pero, al hablar así, no queremos perjudicar la libertad ajena, ni predicar un rigorismo falso y un puritanismo dañino.

(1) Eccli., XII, 12.
(2) Véase más arriba, III, 3.

«Donde reina el Espíritu de Dios, reina la libertad». [1] ¿Por qué en el dominio de la piedad y de la vida espiritual habría de cortarse todo por el mismo patrón? ¿Por qué habría que reedificar siempre aquí lo viejo, y no permitir á la antigua verdad presentarse bajo una nueva fisonomía? «Cosa dañosa es beber siempre vino, ó siempre agua, al paso que es grato el usar ora de uno, ora de otra». [2] Pues precisamente en las cosas que miran á la dirección, á la conducta moral, es excelente tener siempre ante la vista, con la más completa imparcialidad, los modelos más acertados, á fin de poder imitarlos.

Confesamos que también en esta materia seguimos nuestro principio favorito: «Yo entro á la parte con todos los que te temen y observan tus mandamientos». [3] De aquí que no veamos la necesidad de vituperar las diferentes vías que hacen seguir á sus lectores.

Bueno es el método de oración de San Ignacio. Los de San Francisco de Sales y de San Pedro de Alcántara lo son también. Lo mismo ocurre con los de San Alfonso de Ligorio y de M. Olier. La doctrina espiritual de Alfonso Rodríguez conduce á la salvación. Los escritos de Scupoli y de Luís de Granada conducen igualmente á ella. [4]

«Hay, sí, diversidad de dones espirituales, más el espíritu es uno mismo; diversidad de ministerios, más el Señor es uno mismo; diversidad de operaciones, mas el mismo Dios es el que lo obra todo en todos. El mismo espíritu es el que produce todos los dones, repartiéndolos á cada uno según quiere». [5]

En esto, no hay más remedio que admirar la sabiduría y bondad de Dios, que se acomodan al carácter propio del hombre.

(1) II Cor., III, 17.
(2) II Macc., XV, 40.
(3) Psalm. CVIII, 63.
(4) El índice completo, ó sólo á medias, de la bibliografía ascética, ocuparía demasiado espacio. Sin embargo, hay en este tomo indicados en diferentes partes tantos nombres, que el lector por lo menos puede tener conocimiento de los autores más importantes, así como de sus obras.
(5) I Cor., XII, 4-6, 11.

Sin duda que todos los hombres están igualmente destinados á la salvación, pero todos no se parecen. Más todavía: un mismo hombre no se parece siempre. Lo que entusiasma á uno, deja frío á otro. Hoy se mira una cosa con indiferencia; mañana con gran interés. La sabiduría de Dios sabe esto perfectamente, y la bondad divina obra en consecuencia.

Pues bien, en esta mirada pedagógica, la palabra de Dios varía constantemente los medios que emplea para determinarnos á pensar en nuestra salvación. Un día procura enternecer el corazón, en tanto que otro lo golpea rudamente. Ora brilla como el sol, ora amenaza como una nube en el horizonte. Ya predica la contrición, ya el espíritu de sacrificio, ya la necesidad de imitar á Dios. Inculca aquí la fe, allí la caridad; aquí la oración, allí las obras; aquí lo interior, allá lo exterior. Los medios son diferentes, pero el fin es el mismo: la salvación de las almas y el honor de Dios.

3. Para todos existe un punto crítico común.—En definitiva, si nos fijamos con detención en ellos, veremos que los diferentes medios tienden todos á un mismo fin. Con seguridad que no consideramos suficientemente este punto, ni le damos la importancia que merece.

De un lado, nos muestra, para nuestro mayor consuelo, cuán sencilla es en el fondo la vida espiritual, tan complicada en apariencia. De otro, hácenos ver cuán fácilmente puede extraviarse uno en este camino, á pesar de las muchas prácticas de piedad, si no se fija en aquello de que todo depende aquí. Por eso podemos decir muy bien que, al presente, nos hallamos en presencia del punto crítico en la vida espiritual.

Según lo que ya hemos visto, nadie puede poner en duda que, en esta cuestión, se trata de la humildad. Tomemos, por ejemplo, un alma entusiasta de austeridades y mortificaciones. Ciertamente, esta vía conduce al cielo. Los santos, como Elías, Juan Bautista, Efrén y Pedro de Alcántara, son prueba de ello. Nada, pues, tenemos que

objetar á la dirección espiritual que toma nuestro amigo, porque el espíritu de Dios, que sopla donde quiere, se la ha sugerido. Pero aquello de lo que todo depende consiste en que siga esta inclinación de conformidad con las inspiraciones del Espíritu de Dios. Ahora bien, el Espíritu de Dios penetra hasta el fondo, y de aquí la obligación de no contentarse con lo superficial, sino de llegar hasta donde el Espíritu de Dios quiere conducirlo.

Pero he aquí que nuestro amigo abre generosamente su alma al soplo del Espíritu Santo, que le obedece dócilmente cada vez que le dice que abrevie su sueño, que se rehuse un buen trozo, etc., y aun que coge con verdadero entusiasmo las disciplinas y otros instrumentos semejantes de penitencia. Pero de repente se pone de muy malhumor cuando se le sirve en la mesa algo que no es de su gusto, cuando unos pasos pesados le amargan la siesta, cuando el criado descuida en su servicio una cosa con la cual está ilusionado, cuando un amigo no le guarda las consideraciones á que cree tener derecho. Y vedlo aquí desconcertado, aniquilado, cuando se le pide un sacrificio relativo á la distribución de su tiempo, á un placer, á una fantasía, ó cuando el bien común exige de él que renuncie á la oración, ó á una comodidad privada, que salga de su retiro, etc.

Y cuando, por otra parte, queriendo Dios herirle en lo vivo, le obliga á experimentar los efectos de una censura, de una humillación, de una falta de aprecio, he aquí que se rebela, se resiste y se revuelca por el suelo presa de impotente cólera.

Evidentemente, nuestro amigo, con todo su amor por la mortificación, no ha alcanzado el punto crítico, es decir, la mortificación de la voluntad, ó por mejor decir, la sumisión á Dios, á las cosas y á los hombres por amor de Dios, en otros términos, la humildad de la voluntad.

Siempre y en todas partes lo mismo. He aquí lo que siempre y en todas partes constituye el punto crítico, del

que depende el valor de los medios empleados para llegar á la perfección, así como la solidez de la virtud.

Bueno es orar, y aun indispensable. Pero el que no ha alcanzado este punto crítico, ora cuando le place, y no ora en el caso contrario, y muéstrase desabrido cuando se le estorba en este ejercicio. En una palabra, ora para satisfacer su propia voluntad, no para cumplir la voluntad de Dios.

Mientras uno no ha franqueado este punto crítico, en vano se le hablará de sacrificio, pues apenas si comprende lo que esta palabra significa.

Sin esta condición preliminar, posible es que obedezca mil veces en las cosas que le agradan, ó que se ofrezca á hacerlas sin que se lo exijan. Pero, si quien tiene derecho á mandarle, olvida por casualidad pedirle su consentimiento en un asunto enojoso, no tardará en sacudir el yugo de Dios.

Así, pues, todo lo recomendado en la Escritura y en las obras de los santos, como medio para fomentar la vida espiritual, es bueno. Pero en la práctica, todas estas recomendaciones no tienen su significación exacta y querida por Dios, así como no entrañan un efecto saludable, sino en el caso de que hayan sufrido la prueba del punto crítico.

Sin la inteligencia de este punto, el celo por la pureza del corazón degenera en una especie de idolatría personal, la fidelidad á los mandamientos en fariseísmo, la austeridad de la penitencia en rigorismo, la humildad en hipocresía, la imitación de Jesucristo en caricatura del Salvador, los impulsos é inspiraciones del Espíritu Santo en ciego fanatismo y en adhesión el sentido propio. Sólo el que ha sufrido la prueba de que hablamos, esa prueba que suaviza al alma y la hace apta para formarse según las intenciones de Dios, es capaz de cualquier sacrificio; se convierte en dócil instrumento en manos de Dios, imita á Cristo con fidelidad siempre mayor, y recibe en su alma la impresión del sello con que el Espíritu Santo se-

ñala en último lugar, para la eternidad, las obras de su actividad artística.

4. **Breve resumen de la vida espiritual.**—Si tuviéramos que resumir brevemente toda la doctrina de la vida espiritual, creeríamos poder hacerlo en dos palabras: humildad y oración.

La humildad hace al hombre apto para recibir la acción de Dios; la oración le eleva á Dios y hace que Dios descienda á él.

La humildad trabaja el terreno del corazón humano para hacerlo capaz de recibir la semilla de la gracia divina; la oración aporta la semilla, la hace germinar y madurar.

No es fácil decir qué es lo más importante, si la oración ó la humildad. Pero dos cosas son ciertas: la oración misma no es verdaderamente eficaz más que cuando prospera en el terreno de la humildad; pero para que la humildad prospere, hay que orar mucho y orar bien.

CONFERENCIA XI

NECESIDAD DE DIRIGIR EL ESPÍRITU ÚNICAMENTE Á DIOS

1. **Unidad de las vías de Dios, particularmente en asuntos morales.**—Cuanto más se ocupa uno en las cuestiones que dicen relación á la vida espiritual, y más estudia su importancia, mayor es la admiración por la homogeneidad del espíritu que domina este vasto dominio, y por la lógica inexorable con que va progresando gradualmente.

Los que censuran á la doctrina cristiana de la perfección que le falta homogeneidad y sencillez, [1] muestran que, en esta materia, jamás han llegado más allá de los primeros ensayos. Semejante juicio se parece mucho á un profano, que, después de lanzar una somera ojeada á un terreno de construcción, en el que distingue aquí y allá bases de pilares y lienzos de muros, exclama encogiéndose de hombros: «¿Y todo este caos ha de convertirse en una catedral?»

Si esperase á la terminación del edificio, ó si fuese capaz de estudiar el plano del mismo, no tardaría en ver cómo las diferentes partes, que con frecuencia distan mucho entre sí, están calculadas para que se adapten las unas á las otras del modo más exacto, y cuán armonioso y homogéneo es el conjunto que forman.

Sí, Dios es un grande y sabio arquitecto. Vésele en todas sus obras, ya pertenezcan al mundo visible, ya al espiritual. La nota característica de su actividad es siempre la sencillez en la diversidad y la homogeneidad en la plu-

(1) Vornemann, *Christliche Vollkommenheit nach katholischer und evangelischer Auffassung*, 15.

ñala en último lugar, para la eternidad, las obras de su actividad artística.

4. Breve resumen de la vida espiritual.—Si tuviéramos que resumir brevemente toda la doctrina de la vida espiritual, creeríamos poder hacerlo en dos palabras: humildad y oración.

La humildad hace al hombre apto para recibir la acción de Dios; la oración le eleva á Dios y hace que Dios descienda á él.

La humildad trabaja el terreno del corazón humano para hacerlo capaz de recibir la semilla de la gracia divina; la oración aporta la semilla, la hace germinar y madurar.

No es fácil decir qué es lo más importante, si la oración ó la humildad. Pero dos cosas son ciertas: la oración misma no es verdaderamente eficaz más que cuando prospera en el terreno de la humildad; pero para que la humildad prospere, hay que orar mucho y orar bien.

CONFERENCIA XI

NECESIDAD DE DIRIGIR EL ESPÍRITU ÚNICAMENTE Á DIOS

1. Unidad de las vías de Dios, particularmente en asuntos morales.—Cuanto más se ocupa uno en las cuestiones que dicen relación á la vida espiritual, y más estudia su importancia, mayor es la admiración por la homogeneidad del espíritu que domina este vasto dominio, y por la lógica inexorable con que va progresando gradualmente.

Los que censuran á la doctrina cristiana de la perfección que le falta homogeneidad y sencillez, [1] muestran que, en esta materia, jamás han llegado más allá de los primeros ensayos. Semejante juicio se parece mucho á un profano, que, después de lanzar una somera ojeada á un terreno de construcción, en el que distingue aquí y allá bases de pilares y lienzos de muros, exclama encogiéndose de hombros: «¿Y todo este caos ha de convertirse en una catedral?»

Si esperase á la terminación del edificio, ó si fuese capaz de estudiar el plano del mismo, no tardaría en ver cómo las diferentes partes, que con frecuencia distan mucho entre sí, están calculadas para que se adapten las unas á las otras del modo más exacto, y cuán armonioso y homogéneo es el conjunto que forman.

Sí, Dios es un grande y sabio arquitecto. Vésele en todas sus obras, ya pertenezcan al mundo visible, ya al espiritual. La nota característica de su actividad es siempre la sencillez en la diversidad y la homogeneidad en la plu-

(1) Vornemann, *Christliche Vollkommenheit nach katholischer und evangelischer Auffassung*, 15.

ralidad. Si, como ocurre á menudo, no podemos comprender esto, es porque nuestra inteligencia tiene todavía que hacer progresos desde el punto de vista de su desarrollo. Pero cuanto más progresamos en una ciencia,—en astronomía, en ciencias naturales, en investigaciones sobre la unidad de las fuerzas físicas,—con mayor claridad vemos la unidad de las leyes de la naturaleza y la sencillez del plan divino que sirve de base á todos los acontecimientos y á todos los fenómenos.

Esto es mucho más fácil de comprender en el terreno de la vida moral y de la vida espiritual. Fácil es darnos cuenta de ello, ahora que llegamos al término de las investigaciones que hemos hecho en una serie de volúmenes.

No es satisfacción pequeña la de ver, tras vastas y penosas discusiones, cómo todo se armoniza aquí, y cuán sencillo y armonioso es el edificio que constituye la vida dirigida según las exigencias de la razón y de la conciencia, á la vez que según las leyes de Dios.

Hemos visto que, en el dominio de la ética natural, hay una frase que lo resume todo: el hombre completo. También hemos visto que toda la doctrina de la vida sobrenatural se resumía en esta fórmula: unión de lo natural y lo sobrenatural. Ahora que hemos llegado al terreno de los esfuerzos intelectuales más elevados, responderemos igualmente con una frase muy corta á la cuestión de saber en qué consisten en definitiva la perfección y la santidad; pues bien, consisten en la sencillez, en la rectitud y en la verdad.

2. Homogeneidad de la doctrina del Cristianismo relativamente á la misión del hombre.—El que ha hecho ejercicios espirituales según el método de San Ignacio,—práctica que nunca recomendaremos cuanto se merece—sabe con qué lógica perspicacia se tratan en ellos las dos ideas, ó mejor, la única idea fundamental: el hombre no tiene más que un origen, un fin, un camino, una empresa, una felicidad: Dios. Todo cuanto es, todo cuanto

posee en materia de fuerza física é intelectual, todos los bienes de que puede usar y gozar, su vida, su suerte, sus riquezas, el mundo entero, en una palabra, todo lo que no es Dios, y aun el mal que Dios permite, no es más que un medio para lograr su único fin. Todo esto debe considerarlo y utilizarlo desde este punto de vista.

Sólo que no hay que creer que fuese San Ignacio el primero en difundir estas ideas en los espíritus.

Mucho antes que él, el manual bien conocido de Pedro Lombardo había dominado en las escuelas y en el modo de pensar de la cristiandad. Ahora bien, este manual comienza textualmente con la misma doctrina. Además, todos los escolásticos que escribieron después de aquel teólogo, empezaron su enseñanza con la misma idea, y todos los místicos que tomaron como base la escolástica, terminaron su doctrina con este principio: la paz completa fundada en Dios solo, es la única vía que conduce á la perfección. [1]

Y mucho antes que Pedro Lombardo, San Agustín, á quien él imitara, había comenzado su maravilloso libro las *Confesiones*, con estas palabras conocidas de todo el mundo: «Para Vos nos habéis hecho, ¡oh Dios mío!, y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Vos».

Y mucho antes que San Agustín, la Sabiduría encarnada del Padre, de la cual este Santo y todos los Santos Doctores recibieron la suya, había reducido todas sus enseñanzas á ésta: «Una sola cosa es necesaria. [2] Yo soy el principio y el fin. [3] Buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». [4]

Y mucho antes que Dios hubiese hablado á su Hijo, «había hablado en multiplicadas ocasiones y de diferentes modos á nuestros padres por los profetas». [5] Ahora bien,

(1) Denifle, *Das geistliche Leben*, (3), 485 y sig.
(2) Luc., X, 42.
(3) Apoc., I, 8.
(4) Matth., VI, 33.
(5) Hebr., I, 1.

todos los discursos de éstos se encaminan igualmente á un mismo pensamiento: «Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre». (1) «¿Qué cosa puedo apetecer yo del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de ti, Dios mío? Los que de ti se alejan perecerán; mas yo hallo mi bien en estar unido con Dios, en poner en el Señor Dios mi esperanza». (2)

He aquí el resumen de la verdadera vida cristiana. Á este pensamiento fundamental deben reducirse todas las prácticas interiores; él es el que las explica todas.

3. Oposición formal entre la doctrina del Cristianismo y el espíritu mundano.—De creer es que ahora se esclarezca este punto, y que muchos que antes no lo comprendían claramente, hallen excusable que la Sagrada Escritura introduzca una contradicción tan grande, y aun un abismo tan profundo, entre el espíritu de Dios y el del mundo.

En efecto, preciso es confesar que no es posible un acomodamiento, si, por una parte, se da una sociedad, cuya primera ley son las palabras del Salvador que acabamos de citar, y por otra, un mundo, cuyo modo de obrar pinta así uno de sus poetas:

«De la mañana á la noche, en días de fiesta y de trabajo, todos, patricios y plebeyos, se agitan en el foro, sin salir nunca de él. Todos se han entregado á una sola y misma ocupación: engañar con destreza, combatir con astucia, luchar con perfidia, fingir honradez, tenderse mutuamente lazos, y convertirse en enemigos los unos de los otros». (3)

Sin embargo, no es esto una razón para combatir en absoluto al mundo, por lo que tampoco lo condenamos. Pero esa falta de rectitud en su conducta hace imposible todo acomodo con él. ¿Quién querría negociar con uno que cambiase constantemente? Pues bien, el mundo es este camaleón.

(1) Eccli., XII, 13.—(2) Psal. LXXII, 25 y sig.
(3) Lucilius, ap. Lactant., *Instit.*, 5, 9.

El cuidado de los negocios, la jactancia, el deseo de llegar á ser algo y de aparecer en luz favorable, el disimulo, la astucia, la destreza para lograr su propios fines, he aquí lo que constituye el punto de partida en la conducta del mundo. Y esto se continúa por medio de la doblez. Uno procede aquí de un modo, más allá de otro, según que espere honor ó éxito. Finalmente, la mentira calculada termina el todo, allí donde ya no vale la pena el disimulo. (1)

En efecto, desde el principio todo era falsedad y engaño, lo cual estaba inspirado por el orgullo y la ambición. El mal comienza con el orgullo, continúa con la mentira y acaba con la infidelidad.

Tal es la clave bien sencilla que permite comprender la manera de obrar del mundo. De aquí la manía por la política y la diplomacia, que hacen penosa á todo hombre recto la vida en su seno.

La supuesta formación según el mundo, no tiende en el fondo más que á ocultar lo interior por medio de artificios externos, á velar el sentido de las palabras, á hacer verdadero lo falso y falso lo verdadero.

Si aquí y allá encuentra uno todavía cristianos que creen que lo exterior debe ser espejo del corazón, y que, por lo mismo, conceden mayor importancia al contenido interior que al esplendor de las apariencias, no sabe cómo mofarse de ellos, y ve simplemente en esto otra prueba de que la religión, que hace á los hombres tan cándidos, tan torpes y tan estúpidos, no podría ya armonizarse con la instrucción de la época. (2)

Pues según estos principios se educa á la juventud, de conformidad con ellos se regulan las relaciones sociales, y,

(1) Tales descripciones se consideran hoy día como crueldad, como pesimismo, como obstáculo á la adaptación de la cultura del tiempo. Si alguien se refiere al lenguaje de los Padres y de la Iglesia, se le rechaza como si perteneciese á los tiempos bárbaros é incultos. Pero estos sofismas no prevalecen contra las sentencias de la Biblia. (Ps. XI, XIII, XXXV, XLVIII, LI, LII, LIV, LVII, LVIII y sig.; Sap., II, 5), y particularmente contra la doctrina del Señor y de sus Apóstoles, aun la del discípulo de amor.
(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 10, 48.

lo que es más triste aún, la misma vida de familia. En ninguna parte hay sinceridad, verdad, rectitud.

Todos sabemos lo que significa este modo de obrar forzado y artificial. No obstante, cada uno lo exige de su vecino, y considera toda infracción cometida contra este procedimiento como una ofensa inaudita. Ilustrar á uno sobre una ilusión, y decirle la verdad, equivaldría á carecer de la ciencia de la vida. Pero burlarse por detrás de aquel á quien por delante se le ha hecho buena cara, es considerado como signo de educación distinguida, en tanto que armonizar las palabras con las intenciones y los actos con las palabras, casi se considera como señal de estrechez de espíritu. Así, el árabe y el persa desprecian al cristiano, porque el arpa de su corazón no tiene más que una cuerda. Posible es que la solidez del saber y del carácter sea una cualidad estimable en sí misma; pero, con todo esto, no se hace más camino en el mundo que con los enormes infolios de los antiguos escolásticos y de los sabios de gabinete extraños á la vida práctica.

Si los antiguos elegían con predilección especial al león para blasonar sus escudos, á causa de su continente real y lleno de franqueza, casi no hay para nosotros más que dos animales que se nos adapten por completo, dos animales que, en los tiempos de rectitud y sinceridad, gozaban de muchísima reputación: la pantera manchada y la zorra ratera. Posible es que un día, cuando seamos llamados á comparecer en el mundo de la verdad, nos suceda lo que á aquel estudiante de París, que, después de su muerte, fué condenado á errar cubierto con un manto de papel lleno de sofismas, en castigo de todos los que había formulado durante su vida.[1]

4. El espíritu mundano penetró en el Cristianismo, particularmente en las sectas.—Pero si un corazón sincero no puede ver sin disgusto esta conducta del mundo, basada toda ella en vanas apariencias y en el engaño, ¿qué debemos pensar, y sobre todo, qué debe pensar Dios, cuando la vemos introducida en el campo religioso?

(1) *Passional* (Köpke) 586, 82 y sig.

No insistiremos aquí en la hipocresía de los individuos. Siempre ha habido y habrá gazmoños de esos que despliegan una piedad hipócrita sólo con la intención de poder satisfacer mejor sus pasiones, sepulcros blanqueados en lo exterior, y llenos interiormente de inmundicias y corrupción.[1] Pero estos son hechos aislados que el espíritu del mundo debe producir necesariamente, en el supuesto de que no se dé la separación necesaria de que precedentemente hemos hablado.

Mas si estos desgraciados hacen grandísimo mal, ¿cuántas ruinas no producirán esas sociedades religiosas, cuya naturaleza no es otra cosa que un concubinato entre el espíritu del mundo y la piedad mal comprendida? ¿Quién podrá pensar sin repugnancia en la mala fe del fariseísmo y en la hipocresía del jansenismo? Gracias á Dios, podemos considerar como muertas estas dos escuelas de mentira, por lo menos como sectas. Pero otras existen en las cuales podemos comprobar toda una serie de hechos análogos: santos engreídos de su superioridad ó aferrados á su opinión, gentes que han logrado por completo divorciarse de la verdad y de la sencillez. Tales son esas personas piadosas, de rostro gesticulante, de frente arrugada, de ojos vueltos al cielo, de labios apretados, las cuales, con su aire sombrío, su lenguaje monosilábico, su continente solemne, sus dulzachonas palabras, parece que se han propuesto hacer tan poco amable y natural como sea posible la piedad.

Sentiríase uno tentado á creer que el mundo debe apartarse con asco de tales caricaturas de la piedad, y que éstas están llamadas á desaparecer muy pronto. Pero, desgraciadamente, el mundo conoce tan poco la sencillez de la verdad, que llega hasta considerar con cierta timidez respetuosa á estas gentes que profundamente lo desprecian. Y aun á menudo ellas engendran cierta especie de contagio. Ese tono impregnado de seca unción y de ruda dignidad que hallamos en tantos predicadores, ese estilo

(1) Matth., XXIII, 27. Act. Ap., XXIII, 3.

embrollado, con su tinte de antigüedad, sus crudas expresiones, su énfasis estirado; ese supuesto vocabulario bíblico, con sus términos extraños, que presta tanto más orgullo cuanto que más vacía deja la cabeza y el corazón, son prueba fehaciente de ello. Todo esto muestra hasta dónde puede llegar el extravío de una persona, con la mejor buena fe y la mayor buena voluntad, si, para agradar al espíritu del mundo, se aparta de esa sencillez de corazón que con tanta frecuencia elogia y recomienda el Apóstol. [1]

Desgraciadamente, hemos perdido esa sencillez y esa rectitud, hasta el extremo de que no sabemos ya apreciarlas allí donde las encontramos. No hablamos aquí de las gentes del mundo. Éstas encuentran en la vida de los santos tan pocas de esas tortuosidades á las que desde su infancia están acostumbradas á considerar como rasgo característico de una educación profana distinguida, que se alejan rápidamente de ellos y se felicitan de vivir en época distinta. Pero nosotros mismos tampoco podemos familiarizarnos cómodamente con el espíritu de los santos, ya que de tal modo nos es extraño, que nos desvanecemos sólo de pensar en él.

¿Qué es lo que encontramos de más asombroso, sus virtudes, que nos parecen tan extrañas, ó la manera más extraña todavía de confesar sus faltas? Quizás sea su sinceridad la que menos comprendamos.

Revestirnos de ciertas apariencias de virtud, cuesta poco; pero no velar nuestros defectos, he aquí algo de que somos incapaces. Sin duda que no queremos que se nos considere como seres completamente exentos de faltas, pues, según nuestra propia opinión, los defectos son un derecho fundamental é inamisible de la humanidad. Pero, á despecho de todos los desórdenes de que es teatro nuestro interior, queremos garantizar á cualquier precio nuestro honor á la faz del público, y consideramos como un derecho

(1) Rom., XII, 8.—II Cor., I, 12; VIII, 2; IX, 11, 13; XI, 3.—Eph., VI, 5.—Col., III, 22.

rehusar nuestra corrección antes que dejar que alguien advierta la gran necesidad que tenemos de corrección.

De aquí que apenas haya nada que nos parezca tan incomprensible como la sinceridad con que los antiguos santos confiesan sus faltas y la ingenuidad con que las refieren sus historiadores. Leyendo su vida, experimentamos el mismo sentimiento que aquella persona que, hallándose cierto día en uno de esos raros medios en que reina todavía la franqueza de los antiguos tiempos, sintióse violenta y exclamó: «¿Qué quiere decir esto? ¡Aquí se piensa en alta voz!»

Muéstranos esto perfectamente el contraste que existe entre el espíritu del mundo y la perfección.

El espíritu del mundo es, como dice la Escritura, la sabiduría de la carne. [1] Haz cuanto quieras, pero no te descubras; guarda las apariencias, pero salva tu honor. Tal es el primer principio de esa diplomacia. Puede uno cometer faltas, pero debe guardarse de confesarlas. Puede uno, pecando, deshonrarse ante su conciencia y ante Dios, pero restituir con sincera confesión el honor que á sí mismo se ha robado uno y que ha robado á Dios, equivaldría á deshonrarse.

La sencilla rectitud de los santos, de tal modo es opuesta á este modo de ver, que no parece posible un acomodamiento. Según ellos, lo que constituye el rubor es la falta y no la confesión. «El justo empieza por acusarse á sí mismo». [2] No que la simple acusación baste para la justificación; pero la acusación personal, la confesión, la penitencia sincera, constituye el restablecimiento de la verdad violada por el pecado, y la sencilla verdad es la primera condición para llegar á la justicia, y, por lo mismo, á la perfección.

5. La rectitud y la verdad constituyen el espíritu de Jesucristo y de los santos.—Si, pues, alguien quiere introducir en sí el espíritu cristiano y elevarlo hasta la per-

(1) Rom., VIII, 6.
(2) Prov., XVIII, 17.

fección, debe apartarse de este mundo embustero, y, según la recomendación del Apóstol, «abrigar en su corazón los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo». (1)

Sólo hay un modelo de perfección, y quien no se forme según él, gasta todas sus fuerzas en conseguir precisamente lo contrario de la virtud. La medida en que se aproxime á este modelo indica el grado de su propia perfección. Este modelo es Jesucristo nuestro Redentor.

Maravilloso es ver cuán sencillo y natural ha sido en sus palabras y en su vida entera. Le comprende un niño; atraía á sí las gentes más sencillas. Preciso fué toda la hipocresía del fariseísmo para escandalizarse de Él. ¡Ah, quién podrá pintar jamás la encantadora sencillez de su persona! Si tuviésemos tan sólo suficiente fuerza de voluntad y de celo para imitarle, ¡cuán pronto vería el mundo verdaderos ejemplos de perfección!

Los santos han reproducido este modelo en copias innumerables. Pero la prueba de que han triunfado en su imitación, nos la ofrece el hecho de haberse apropiado más ó menos la sencillez del Salvador.

En la Iglesia Católica no hay ciertamente un solo santo que, durante su vida, haya tenido un aire enfático, ó bien que haya representado un papel hipócrita. ¿Quién podría figurarse un San Francisco de Sales altivo y desdeñoso, un San Ignacio de Loyola petulante, un San Francisco de Asís rudo é imperioso? Se dice que San Felipe Neri consideraba la rectitud y la honradez de corazón como raíz de toda virtud. En todo caso, fué enemigo declarado de toda afectación y de toda ampulosidad. (2)

Pues lo mismo fueron todos los grandes santos. No vacilamos en afirmar que tendríamos falsas ideas sobre ellos, si se hallase entre todos uno solo cuyos rasgos característicos no fuesen la lealtad, la honradez, la rectitud. Muchos tuvieron debilidades; sin embargo, si hubiesen si-

(1) Phil., II, 5.
(2) Barnabæus, *Vita S. Phil. Ner.*, 2, 17 (Bolland., 22, 301).

do débiles en realidad, ciertamente jamás hubiesen sido canonizados.

Pero con la misma seguridad podemos decir también que todos los que comprenden el camino de la salvación, consideran la sinceridad y la rectitud como la base fundamental y completamente natural del edificio de la vida cristiana. Aun los que, personalmente, están bastante alejados de la sencillez de Jesucristo y de los santos, la exigen más severamente de aquellos cuyo espíritu juzgan ó quieren juzgar. Y con razón. Cualquiera puede hacer milagros, vivir del aire, mostrar los estigmas del Salvador, y convertirse en objeto de peregrinación; pero si en él se descubre una sola vez el disimulo, está juzgado para todo hombre serio. Ningún director razonable querría encargarse de la dirección de un alma, si no la hallase dispuesta á declarar la guerra á toda falta de sinceridad y á todo artificio de lenguaje, pues sabe que, sin esto, todo trabajo es inútil, ya que el Espíritu Santo huye de todo disfraz, (1) y comunica sus secretos á los sencillos. (2) «El que anda con sencillez, camina con seguridad; (3) pero aquel cuyo corazón está dividido, perecerá». (4)

6. La sencillez, privilegio de los santos.—Cuando leemos semejantes principios, y cuando los vemos realizados en la vida de los santos, exclamamos de ordinario con dolorosa sonrisa: «¡Qué época de ingenuidad la de entonces!» Nos deleitamos con la lectura de Joinville y de Enrique Susón, y á cada instante exclamamos: «¡Qué naturalidad, qué candor!» En el atrio profanado de San Marcos, pasamos de un cuadro de Fra angélico á otro, y sin poder contener la risa, no cesamos de mumurar: «¡Qué ingenuidad!»

Es la misma reflexión que haríamos, si pudiésemos penetrar en el cielo y pasar de un santo á otro. No otra cosa decimos cuando damos con almas piadosas y puras. Sin

(1) Sap., I, 5.
(2) Prov., III, 32; XI, 20.
(3) Prov., X, 9; XXVIII, 18.
(4) Os., X, 2.

duda que obramos así de ordinario, porque nos sentimos oprimidos. Para evitar pensamientos más serios, nos rehacemos al punto, y continuamos nuestra marcha, diciendo: «Sin embargo, siempre hay personas ingenuas!»

¡Gentes ingenuas, tiempos candorosos! ¿Qué quiere decir esto? ¿quién es ingenuo?

Llamamos ingenuo á un niño que manifiesta con franqueza á sus padres sus propios sentimientos y lo que ha oído, que dice con la mayor sinceridad la verdad que ocultan artificialmente los demás. Con esta franqueza, ponen con frecuencia los niños en duro aprieto á uno, sin que pueda castigárseles por ello, porque, procediendo con candor, no hacen mal alguno; no se han apropiado todavía el arte del disimulo de las personas mayores.

¿No parecerá que la ingenuidad es precisamente el sentimiento infantil que el Salvador exige de todos los que quieren entrar en el reino de Dios? (1) Sin duda que es este el sentido exacto de sus palabras. En efecto, lo que constituye la ingenuidad es la sencillez infantil, la pureza juvenil. La mentira jamás es ingenua, como tampoco es infantil. Puédese calificarla de pueril, como desde luego todo aquello por lo cual se ve constreñida la naturaleza á la mezquindad y á la locura. Pueril es la vanidad, la jactancia, la afectación, la hipocresía, el disimulo. Infantil es, por lo contrario, todo lo que más recuerda la naturaleza primitiva, y todo lo que resiste á la desfiguración consciente de lo natural.

Lo mismo ocurre con lo que llamamos ingenuo. Es lo que mejor responde á la naturaleza tal como es innata en nosotros. Como lo indica ya la misma expresión, la ingenuidad es lo natural conservado intacto. (2)

Entonces, ¿qué es lo que hacemos al aplicar á los santos y á los tiempos en que vivieron el calificativo de ingenuos? ¿Qué hacemos al comprobar con sentimiento que ya no somos accesibles á esta ingenuidad natural?

(1) Matth., XVIII, 3.
(2) Natural, de nativum.

Pues hacemos una confesión preciosa, ya que queremos decir que hemos perdido lo natural. Si queremos encontrarlo intacto, preciso es buscarlo en los santos y allí donde todavía reina su espíritu. (1)

En efecto, en ninguna parte se conserva intacta la naturaleza. Solo lo sobrenatural la ha reducido á su pureza primitiva. No encontramos la ingenuidad, lo natural, la rectitud, la sencillez ó la verdad, ni en la antigüedad ni fuera de las esferas en que reina el Cristianismo por modo viviente.

Todos estos términos significan lo mismo. La naturaleza verdadera es la verdad. La verdad es la sencillez. (2) La sencillez y la ingenuidad son la naturaleza intacta. Quien quiera encontrar todo esto, debe buscarlo en aquellos que toman en serio la vida sobrenatural, es decir, en los santos.

7. La sencillez como señal exterior, por la cual conócense los santos y la santidad.—Al dar el dictado de ingenuos á los santos y á los tiempos en que mejor se ha manifestado el espíritu cristiano, se expresa sin quererlo una cuestión importantísima.

No vacilamos en conceder á los santos y á los tiempos en que dominaban al mundo, especialmente en la Edad Media, la ingenuidad como una especie de privilegio. Pero no podríamos perdonárnosla á nosotros mismos, y procuramos que la pierdan los niños lo más pronto posible. Cuando se revelan tales como son, y hablan como piensan, apellidámoslos *niños terribles*. Pero se la perdonamos de buen grado á los santos, por extraño que esto nos parezca, ya que comprendemos que es necesaria en ellos. En efecto,

(1) Nos repugna detenernos en todos los antiquísimos extravíos de la ignorancia, y en los de hoy día, sabios en apariencia, que no comprenden en la santidad otra cosa que histerismo, neurosis, neuropatía, melancolía enfermiza, *dédoublement de la personnalité*, y otras expresiones favoritas de la *psychologie morbide*. Véase sobre esto á Bonniot, *Le miracle et ses contrefaçons*, (2), 382 y sig. Gombault, *L' imagination et les états préternaturels*, 289 y sig. Sobre el desgraciado ensayo de considerar como histérica á la misma Santa Teresa, véase á Joly, *Psychologie des Saints*, (8), 115 y sig.
(2) Thomas, 2, 2, q. 109, a. 2, ad 4; q. 111, a. 3, ad 2.

comprendemos que la ingenuidad debe formar parte de su ser, que sin ella no serían lo que son.

Equivale, pues, esto, á confesar que no podríamos imaginarnos la santidad sin lo natural, sin rectitud ni sencillez, á confesar que la santidad es una sola y misma cosa con la verdad.

Y así es, en efecto. Ya lo hemos visto al hablar de la humildad. La humildad es la verdad, y á su vez, la sencillez es la verdad.

Pero media una diferencia entre las dos. La humildad es la raíz, y la sencillez el tronco del árbol de la perfección.

Una raíz sana no basta, porque cuando produce muchos retoños, éstos no forman nunca árboles vigorosos, ya que la vida que los alimenta se distribuye por canales demasiado numerosos. Para que un árbol alcance considerable altura y produzca fruto, preciso es que sea el único que soporte la raíz. Vástagos hermanos serían para él dañinas excrecencias. Por eso se cortan y se procura que el único tronco que resta crezca derecho.

El árbol de que aquí se trata es la perfección. La verdad es su savia; mientras ésta se mantiene oculta como la raíz del árbol, se llama humildad; cuando se manifiesta al exterior, se llama sencillez. Es, pues, la misma verdad que, como el tronco, se eleva recta al cielo.

De aquí que con todo derecho pueda uno considerar la sencillez como la nota más cierta de la perfección y de la santidad. Porque si la rectitud, en cuanto humildad, permanece oculta, el mundo no es capaz de reconocerla. Sólo bajo la forma de sencillez se ofrece á él por modo sensible. Y como esta forma de la verdad es al propio tiempo la que más llama su atención, natural es que considere la sencillez como la nota exterior que más le impresiona en los santos.

8. Primer grado de la sencillez: mirar solamente á Dios.—De lo que acabamos de decir, se deduce que no hay duda de que todos los que quieren imitar á los santos en

el camino de la perfección, deben trabajar para adquirir la sencillez lo mismo que la humildad. Porque si no quiere uno fundamentar el edificio de la virtud en la sólida base de la verdad, vale más que no intente practicarla.

Examinemos, pues, más de cerca la humildad en la vida de los santos, ya que es esto tanto más necesario cuanto que, fuera de ellos, y fuera del Rey de los santos, no podría hallarse un modelo perfecto de esta virtud tan rara, siendo igualmente necesario para que, á ejemplo de ellos, aprendamos á desafiar el respeto humano que tan terribles obstáculos opone á esta virtud.

El mundo sólo tiene desprecio y mofa para la sencillez. Sólo su nombre se ha convertido en expresión de desdén. Quizás la mayor parte de los hombres no la considerasen como tal deshonor, si se dijese de ellos que, de tal modo son finos y astutos, que todos deben ponerse en guardia contra ellos para no merecer el dictado de sencillos.

En virtud de este entredicho contra tan hermosa virtud, las cosas han tomado en el mundo esa forma que á veces le es á él mismo desagradable, por más que crea no poder obrar por modo diferente.

¿Quién se fía ya del prójimo? ¿Quién no paga su imprudencia, si llega á fiarse? ¿Dónde hallar un ambiente en el que no reinen el lenguaje de doble sentido, la mentira y el disimulo? En la alta política, en las relaciones de los grandes, en los negocios comerciales, esos desagradables artífices del mundo han hallado siempre un asilo inviolable; pero hoy, las relaciones sociales y aun la vida misma de familia están dominadas por ellos. Sí, hemos llegado al extremo de tratar á Dios y á nuestras propias personas absolutamente como los antiguos harúspices y los modernos diplomáticos.

Lamentable es ver cuán llenos estamos de consideraciones para con nosotros mismos. ¡Y qué consideraciones! Cada hombre, cada mirada que podría caer sobre nosotros, cada opinión que pudiera emitirse sobre nuestro proceder, nos imponen por completo. Procuramos complacer á todo

el mundo; nadie debe tener motivo para dirigirnos un reproche; queremos prevenir toda mala interpretación de nuestra conducta. Vivimos en la misma disposición de espíritu del miserable que, condenado á ser descuartizado vivo, ve preparar los caballos de su suplicio.

Fácilmente se comprende que, en semejante situación, las cosas no pueden deslizarse sin mentira. Si esto es así, admitimos de buen grado que debe uno decirse con toda convicción que es imposible atravesar la vida sin caminar por senderos tortuosos, sin orientarse según el viento, y sin usar de la intriga, de la diplomacia y de la política.

Vemos por ello cuán necesaria nos es la sencillez para conquistar nuestra libertad y marchar rectos por el camino de la vida. Pero también vemos por los santos cómo podemos lograr esta virtud tan deseable.

Evidentemente, la primera condición para esto consiste en que, de un lado, apartemos nuestro espíritu del mundo y de sus juicios, para dirigirlo sin cesar y exclusivamente hacia nuestro único y más elevado fin, y en que, de otro, en todas nuestras acciones, sólo nos propongamos poseer á Dios y hacer su santa voluntad.

Así es como los santos han comprendido y practicado la sencillez, es decir, como calma completa, como sumisión sin reserva alguna á Dios y á su santa voluntad. [1] Su escudo en todos los peligros, su consuelo en todas las penas, el resumen de toda su sabiduría de la vida, era la frase del Apóstol: «Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?» [2]

Si Dios está contento de mí, ¿qué perjuicio puede producirme la censura de los hombres? ¿Qué me importa en este caso que mis mejores intenciones hayan sido tan mal interpretadas y recompensadas? ¿De qué sirven todos los éxitos y todas las alabanzas del mundo, si Dios no está contento de mí? La voluntad de Dios, la satisfacción, el

(1) Psalm. XXIV, 15.
(2) Rom., VIII, 31.

honor de Dios; tales son las únicas consideraciones que conocen los santos.

Este es el pensamiento que resume todo lo que ellos buscan, evitan y hacen. De él provienen su calma en medio de los peligros, su valor en los sufrimientos, la serenidad de su mirada en todas las dificultades, la seguridad con que marchan rectos á su fin en las situaciones más difíciles, la unidad y la armonía de toda su vida. Lo único que temen es desagradar á Dios. Sólo procuran su honor; la apariencia de un éxito pasajero no los embriaga; los reveses no los abaten. Y si el mundo entero los agobia con su malhumor, como ocurrió con San Bernardo cuando el fracaso de la desgraciada cruzada que había predicado, exclaman como él: «Prefiero que murmuren contra mí que contra Dios. Por feliz me tengo de que Él me haya elegido por escudo suyo. Renuncio de buen grado á mi honor con tal que nadie toque al de Dios». [1]

9. Segundo grado de la sencillez: abandonarse por entero á Dios.—El primer paso hacia la sencillez cristiana consiste, pues, en formar uno solo con Dios, en su pensamiento, en su voluntad y en su corazón.

Sin embargo, esto no basta, sino que es preciso un segundo paso, que consiste en que el hombre procure introducir en sí mismo la unidad. Ahora bien, cuando se ha dado el primero, pocas dificultades exige el segundo; y, por lo contrario, el que no ha dado el primero, difícilmente comprenderá y dará el segundo.

Mientras uno, en vez de dirigir única y puramente su intención á Dios, sirve al mundo como un esclavo, no sería posible, sin perder el tiempo, hablarle de paz interior, del espíritu que sólo busca á Dios. «No es conveniente tocar el arpa en un molino» [2]—dice el proverbio.—Ahora bien, el servidor del mundo se parece mucho á un molino constantemente lleno de ruido, en el que las idas y venidas no cesan un momento. ¿Cómo podría este servidor del

(1) Bernard., *Considerat.*, 2, 1, 4.
(2) Seifried Helbling, 4, 814.

mundo asegurar la unidad en sí mismo, dada su dependencia de las impresiones, juicios y opiniones del mundo exterior, en ese cambio continuo de deseos y consideraciones propias, y sobre todo, en esa lucha entre la conciencia y la acción, la convicción y la voluntad? En medio de ese embate y de ese tictac perpetuos, ¿cómo hacernos comprender por él cuando queremos alimentarlo con la calma interior del corazón?

Sin embargo, debemos dirigirnos aquí á otra clase de hombres, á los cuales esta frase pudiera parecer un sueño.

Estos hombres, de los cuales queremos hablar, no son hombres de mundo, ni pecadores, sino cristianos sinceros que aspiran con toda el alma á la perfección, pero que no saben lo que es la paz interior, y se sienten incapaces de comprender cómo puede uno asegurar la armonía en sí mismo. Presa continua de la duda, de la ansiedad y del temor, soportan una vida llena de amargura é inquietud, una vida que es un verdadero tormento para todos los que tienen que ver con ellos. ¡Si tan sólo pudieran lograr la certeza de que están en el buen camino! ¡Si tan sólo hubiese uno que pudiese poner fin á las perpetuas inquietudes, á los escrúpulos y á las incertidumbres de esos *especulativos*, como se les llama!

Con toda intención citamos aquí á estos desgraciados. Su situación de espíritu es particularmente propia para mostrarnos lo que es necesario á la sencillez cristiana. Únicamente ésta es lo que de ordinario falta á estas pobres víctimas de la inquietud. Si la tuviesen, poseerían la paz, y con la mitad del trabajo que se dan, podrían lograr la perfección.

Bastaría únicamente que aprendiesen á someterse por completo á Dios, ahora y siempre, con todo lo que poseen. Deberían ocuparse en Dios más que en sí mismos, exigir menos satisfacciones por parte de Él, y procurar más su contento. Deberían abandonar todo juicio sobre ellos, y todo lo que concierne á su destino eterno, á Aquél que se ha reservado este negocio. Sólo deberían buscar á Dios y nada más fuera de Él. Ni siquiera deberían desear saber si Dios está contento de ellos. Deberían esforzarse en practicar lo que hemos dicho que constituye el primer grado de la sencillez cristiana, el cual consiste en no proponerse más que una cosa: la voluntad de Dios. Muy pronto subirían entonces el segundo grado que consiste en abandonarlo todo en manos de Dios con la más absoluta confianza.

En el primer grado, dirigimos nuestros ojos á Dios como constituyendo nuestro último fin. En el segundo, deponemos todos nuestros deseos, todas nuestras esperanzas, todos nuestros temores, en una palabra, todo nuestro corazón á los pies de Dios. El primero consiste en la simple pureza de intención; el segundo en el completo abandono á Dios. Los dos juntos constituyen la sencillez, y dan como recompensa la plenitud de la unidad y de la paz.

Dios mismo ha revelado esta verdad á Santa Magdalena de Pazzis, en una visión en la que le hizo entrever que, para llegar á ser perfecta, debía entregarse por completo á Él, no proponerse otra cosa que el cumplimiento de su voluntad, destinar su inteligencia á conocer únicamente sus designios y sus beneficios, emplear todas sus fuerzas en su servicio y entregarlas en sus manos. (1)

De hecho, la práctica de este consejo contiene el remedio á todos los escrúpulos, la iluminación de la inteligencia y el reposo del corazón. Sin esta donación á Dios, jamás podremos obtener la paz completa. El que una vez se ha decidido á buscar á Dios y servirle, no sólo debe dirigir sus miradas únicamente á Dios, referirlo todo á Él y á su voluntad, sino también someterse sin reservas á su dirección.

Todo esto es obra de la sencillez cristiana. Ve ella á Dios en todo; en cada prueba, su voluntad, en cada aflicción, su paternal providencia, en el mismo mal, una permisión suya. Busca ella á Dios en todo, en las oraciones cotidianas y en los sacrificios extraordinarios. Siempre y

(1) Puccini, *Vita S. Magdal. de Pazzis*, 1, 3, 26 (Bolland.).

en todas partes, se confía á Dios, como único objeto de sus amores. En Él se refugia en todas sus penas. Á Él refiere con suma gratitud todas las alegrías que experimenta. Cuanto hace, por Él lo hace. Rinde á sus pies todos sus éxitos. Allí donde puede elegir, escoge lo que más puede honrar á Dios, y en sus esfuerzos, únense estrechamente su inteligencia, su voluntad y su corazón.

10. Manifestación de la sencillez en el hablar.— Estos dos grados de la sencillez constituyen la sencillez cristiana. Todos los demás rasgos que de esta virtud hallamos en la vida de los santos, no son más que manifestaciones externas de ella. De ella provienen la rectitud y la franqueza de lenguaje que en ellos constituyen tan notable contraste con el espíritu del mundo.

Las relaciones con los santos son algo verdaderamente extraño. No hallamos en ellos esas fórmulas rudas ó floridas de que nos inunda la llamada sociedad distinguida, y aun con frecuencia desdeñan deliberadamente el bello lenguaje. Sin embargo, nos complace su trato.

Á veces hablan con crudeza, pero siempre francamente, sin segundas intenciones, y dicen á todos lo que piensan. No toleraríamos en otros semejante libertad; y aun nos asombramos de poder aceptarla, pero lo hacemos de buen grado y con edificación. Si otro que no tuviese su espíritu obrase así, nos extrañaríamos de ello en gran manera, pero en ellos constituye esto una parte de su ser. Tienen un modo propio de expresión y una actitud singular, que proceden como naturalmente de su interior, y que, por lo mismo, se distinguen esencialmente de las investigaciones y conveniencias del mundo.

Aunque usen parcamente de esas fórmulas vulgares y de esos cumplidos circunstanciales que con tanta abundancia hallamos en este último, supéranle sin comparación alguna en delicadeza, respeto y caridad. Por lo contrario, para expresar sus sentimientos interiores, hallan términos que, en su sencillez, contrastan con frecuencia por modo extraordinario con la conducta de las personas del mundo,

pero que ejercen sobre los que los oyen una influencia tanto más bienhechora, cuanto que son más naturales y verdaderos.

Y del mismo modo que no podrían excusar sus propias faltas, no pueden adular á los demás. Todos los consideran de tal modo incapaces de decir una mentira ó valerse de un equívoco, que prefieren no dirigirles una pregunta por miedo á obtener la verdadera respuesta, y todos huyen de ellos mientras tienen en el corazón algo que saben ha de provocar una respuesta franca por parte de ellos.

San Andrés Avelino y San Alfonso de Ligorio renunciaron á la profesión de abogados á causa de una pequeña mentira cometida irreflexivamente, para no sucumbir jamás á este peligro. San Assico hizo durante siete años durísima penitencia por haber cometido la misma falta. (1) Santa Rosa de Lima reunió, en el lecho de muerte, las fuerzas que le restaban para protestar de una pequeña adulación que se había dirigido en su nombre á un religioso que acababa de entrar. (2)

Enemigo declarado de la mentira fué especialmente San Luís, rey de Francia. Hubiese preferido la lepra en su cuerpo á verse atacado de esta lepra del alma, (3) y podría decirse de él lo que se ha dicho de su homónimo el digno y piadoso esposo de Santa Isabel: «Jamás la mentira brotó de los labios de este príncipe. Su palabra era segura; podía uno fiarse de ella. Era maravillosamente digna de fe y de verdad. Jamás engañó á nadie. El que una vez lo oía hablar, tenía fe en él, como si hubiese afirmado con juramento lo que decía». (4) «En él, sí era sí, y no no. No le gustaban las afirmaciones exageradas, ni los juramentos, que ciertamente no eran necesarios». (5) «No le agradaba

(1) Iocelin., *Vita S. Patric.*, 12, 95 (Bolland. Mart., II, 559, Palmé).
(2) Hansen, *Vita S. Rosæ Lim.*, 17, 230 (Bolland., August., V, 947).
(3) Joinville, 1, 1, 8 (Bolland. Aug., V, 674).
(4) *Leben der hl. Elisabeth* (Rieger, 3423 y sig.).
(5) Gaufrid. de Belloloco, *Vita S. Ludov.*, 1, 9. *Reginae Confessar de S. Ludov.*, 1, 15; 12, 131.

hablar misteriosamente, ni podía soportar que las personas hablasen en la mesa entre sí en voz baja. «Si decís algo que no puedan oirlo todos,—les decía,—callaos. Si es algo bueno, decidlo, á fin de que todos puedan aprovecharse y regocijarse de ello». [1]

Otro modelo de sencillez de lenguaje fué la venerable Ana de Jesús. «En presencia de sus superiores,—dice su vida—no tenía secretos. Su corazón no abrigó jamás el disimulo, ni palabra alguna mortificante brotó de sus labios. De tal modo contentaba á todos, que todos se separaban de ella consolados de haberle pedido consejo y edificados de la cordialidad y rectitud que se manifestaban en sus palabras y conducta. Repleta de sencillez, elevábase por encima de toda consideración humana, y hallaba así la necesaria libertad de espíritu para decir la verdad, lo mismo á distinguidos personajes que á las personas de humilde condición. Y nadie se extrañaba de ello». [2]

11. Manifestación de la sencillez en la conducta. —Tal es el lenguaje de los santos, y tal su conducta. Es ello tan curioso, que preciso sería verlo, porque es difícil de expresar. Nuestro lenguaje está perfectamente organizado para expresar la conducta tortuosa de los hombres inmorales y astutos, de esas personas que vemos á millares en los salones del gran mundo y en las calles. Pero pintar la sencillez de los santos, es empresa superior á sus fuerzas.

Pues en el mismo caso nos hallamos cuando queremos imitar su conducta. No decimos que sea inimitable, ya que debemos tomarla por modelo, sino que la mayor parte de las veces la comprendemos mal.

Que nadie se lisonjee, pues, de poder imitar únicamente un rasgo que le haya encantado en la conducta de un santo, si no se toma el trabajo de apropiarse el espíritu que lo ha producido. Los santos no son personas rotuladas. Se pegan rótulos en las botellas, pero á veces el contenido no

(1) Joinville, 1, 1, 9 (Bolland.).
(2) Lantages, *Vie d' Agnès de Jésus* (ed. Lucot.), II, 87 y sig.

responde en manera alguna á lo que indican. En los santos, todo su adorno está en lo interior. [1] Lo que en ellos se manifiesta exteriormente no es más que un pálido reflejo de la maravillosa hermosura de su alma, que brota á lo exterior en sus rasgos, en su lenguaje y en sus gestos. El que se figura que es como ellos, porque imita tan sólo algunas de sus palabras y acciones, si es hábil actor, puede llegar á disimular por algún tiempo la ridícula caricatura que es, pero no podrá representar largo tiempo este papel.

Lo mismo ocurre aquí. Sin el espíritu de sencillez, la conducta de los santos parecería á menudo pesada y ridícula. La mayor gentileza artificial no produciría lo que en ellos tiene tanto encanto, si el espíritu que poseían no animase la forma externa. Esa rectitud y esa sencillez maravillosa no se aprenden de un profesor de estética, ni con métodos artificiales, ni estudiándose uno á sí mismo, ni observando á los demás. Tampoco los santos empleaban semejantes medios. No sabían que su persona poseyese tan maravilloso encanto. Esto debe venir por sí solo, como fruto de una vida interior muy intensa. Sólo la mirada sencilla lanzada sobre Dios y sobre sí mismos, sólo el amor puro y ardiente, sólo intenciones desinteresadas, son capaces de hacerlo crecer poco á poco y de llevarlo á su completa madurez.

En las célebres instrucciones que el Salvador dió á Santa Magdalena de Pazzis sobre la virtud de la sencillez, apenas si se encuentra una que se refiera á la conducta externa. Todas tratan de la interior.

«Quiero—le dijo entre otras cosas—que en todas tus acciones, tanto internas como externas, tiendas siempre á esta pureza de que te he hablado. Todas tus obras deben ser un imán que atraiga á mí las almas. Debes proceder como yo cuando vivía en la tierra, humillarte ante todas las criaturas y practicar con ellas la mayor caridad. No prives á ninguna de ellas de lo que puedas darle, ni le arre-

(1) Psalm. XLIV, 14.

bates nada de lo que posee. Pero mi último deseo es que en cada acción, ya interior, ya exterior, te transformes en mí». [1]

En realidad, la vida de los santos no es otra cosa que la práctica de estos principios.

Tenían ellos relaciones con el mundo, porque vivían en medio de él, pero no se extraviaban en él, porque vivían en Dios. Aunque fuesen separados de él, elevábanle hasta ellos en aquellas regiones más serenas en que vivían.

Dícese de la bienaventurada Margarita de Faenza que iban á confiarle sus penas condes, barones, obispos y religiosos, y que se alejaban de ella consolados. Muchas veces, ante el número y la gravedad de las confidencias, sentíase invadida por el temor de perderse ó inducir á los otros en error. Pero el Salvador le dijo: «No te inquietes. No quiero que rehuses tus luces á nadie, sino que consueles á los que se dirigen á ti. Para ello, penetraré los corazones, á fin de que sepan que soy yo quien habla por tu boca».

Y todos los que tenían la dicha de estar en relación con ella, declaraban que no pensaba más que en Dios y sólo trabajaba para Dios. [2]

Tal era también Coloma de Rieti. En sus relaciones con el papa y los cardenales, como con las personas de humilde condición, aparecía siempre llena de dulzura y sencillez. Nadie la abandonaba sin sentirse edificado, aunque hubiesen ido á visitarla llenos de prejuicios ó para probarla. En cambio, todos se sentían asombrados de la dulzura, de la humildad, de la caridad y de la paz que difundía en torno de ella. [3]

Tal era también Santa Rosa de Lima. Nunca se mostró sombría, ni triste, ni severa, ni arrogante. Siempre alegre, serena, abierta, perspicaz, benévola, era en realidad una

(1) Puccini, *Vita S. Magdal. de Pazzis*, 1, 3, 27.
(2) Petr. Florentin., *Vita B. Margaritae Favent.*, 3, 14 (Boll. Aug., V, 850. Palmé).
(3) Sebast. Perusin., *Vita B. Columbae*, 12, 113.

rosa sin espinas. [1] Esta dulce y tierna virgen no quería que nadie derramase lágrimas sin utilidad, y, personalmente, era muy avara de ellas, aun en sus más grandes dolores, pues creía que las lágrimas pertenecían, á Dios, y que sólo debemos verterlas como tributo de homenaje rendido á la Majestad Divina.

Un día que su madre lloraba sin motivo, le dijo: «¿Qué hacéis, madre mía? Prodigáis un tesoro que únicamente deberíamos depositar en la casa de Dios. ¿No sabéis que esta agua preciosa pertenece á Dios solo, y que de ella debemos servirnos únicamente para lavar nuestros pecados?» [2]

También Santa Teresa era enemiga declarada de toda afectación. Ignoraba ella esa diplomacia que quiere dejar siempre buena impresión de sí en casa ajena. Si algo la preocupaba era el temor de engañar á los otros, y de infundirles demasiado buena opinión de ella. Lo que una vez había resuelto llevar á cabo, realizábalo con viril valor. También lo conseguía sometiendo todo impulso humano á la voluntad de Dios, á quien siempre tenía presente. No se amilanaba en manera alguna ante las cosas extraordinarias, y se alegraba más de hacer lo que exigía mayor esfuerzo que de lo que no oponía dificultad alguna. Sabía tratar á los grandes con la misma dignidad que si hubiese pertenecido á su misma clase. Decíales la verdad, condenaba sus defectos, y si tenía que renunciar al favor de alguno de ellos, lo hacía sin pena, y aun con generosidad. En su conversación era á la vez amable, dulce, jovial, franca, seria y prudente. Cuando hablaba de algo, hacíalo tan bien que agradaba á cuantos la escuchaban. Por eso hallaba en todas partes buena acogida, atraíase el respeto y se hacía estimar muy pronto de quien frecuentaba su trato. Sus relaciones con todo el mundo estaban impregnadas de cordialidad y afabilidad. Tenía siempre alegre el rostro y libre el espíritu, de suerte tal que los que

(1) Hansen, *Vita S. Rosae Lim.*, 4, 57.
(2) Hansen, *Vita S. Rosae Lim.*, 17, 230; 28, 401.

conocían los grandes dones que poseía de Dios, y los difíciles negocios que sin cesar tenía que resolver, asombrábanse de verla obrar exteriormente como si nada tuviese que hacer. Experimentaba particular placer en hablar con personas que ella conocía como rectas y sinceras, y en quien sabía que habitaba el verdadero celo por el amor de Dios y la salvación del prójimo. Su gratitud era tal que jamás olvidó un beneficio hecho á ella ó á los suyos. Por lo contrario, jamás pudo conservar en su memoria, á pesar de que era tan fiel, las faltas y defectos ajenos. El menor disimulo, la más pequeña maledicencia hallaba en ella un enemigo encarnizado. En medio de su pobreza, pensaba en el orden y en la limpieza, y aun en la elegancia, pero siempre se preocupaba más de los otros que de sí misma. (1)

12. Secreto del éxito en los santos.—He aquí delineada á grandes rasgos la imagen de la sencillez cristiana.

Ahora que diga el mundo si no es más bella y agradable que toda la finura de la educación mundana. Á su juicio lo dejamos.

Mas todavía resta un punto que dejamos también á su elección. De ordinario dice el mundo que el que quiera prosperar en la vida, debe seguir vías tortuosas, y obra en consecuencia, dando vueltas y más vueltas, como un ligero plumón arrastrado por el viento, como la serpiente que se arrastra por entre la yerba de la pradera. No hay éxito que no desee, aun en detrimento de su conciencia. Recomiéndase, ora por sus maneras aduladoras, ora por su disimulada humildad, según lo reclame su interés. Pero ¿qué gana con todo esto? Nadie lo sabe mejor que él.

Los santos han procedido de otro modo. Todos han manifestado su horror á la afectación; todos, con San Francisco de Sales, (2) la han condenado como cosa ridícula. Sin embargo, no les ha impedido esto obtener resultados mejores que los del mundo con su política, y experimentar en el fondo del corazón indecible satisfacción.

(1) Ribera, *Vita S. Teresae*, 4, 1, 9; 4, 1, 4, 5; 4, 1, 6; 4, 1, 7; 4, 1, 8.
(2) Baudry, *Veritable esprit de saint François de Sales*, II, 174.

Á los ojos del mundo, el éxito decide, pues, de todo. Es este un principio vitando, causa de innumerables males. Pero esta vez no lo tememos, lo dejamos llegar tranquilos.

Hemos visto que hay cosas que ocurren á los santos, y á nadie más, cosas en que ellos triunfan y en que fracasan los otros. Llenos de confianza en Dios y de celo por su honor, emprenden lo imposible por obediencia, y en ello triunfan. Dicen la verdad á las personas más susceptibles, y todas la aceptan. Oran de tal modo que parece no hacen otra cosa, y, no obstante, escriben obras y realizan acciones tales, que tentado se siente uno á creer que no les queda un momento para orar.

¡Guárdese el mundo de entrar en lucha con ellos! ¿Y por qué? Él mismo no lo sabe á ciencia cierta. Encógese de hombros cuando se le habla de ellos, y dice que todo esto no es serio. Sin embargo, no hay nada tan sencillo. Lo que tiene ante los ojos no es otra cosa que la superioridad de la verdad, de la honestidad, de la rectitud, en una palabra, de la sencillez.

«El hombre de ánimo doble es inconstante en todos sus caminos; (1)—dice el Espíritu de Dios—pero «la justicia del hombre sencillo dirigirá sus pasos». (2)

Estas palabras explican los fracasos del mundo y los éxitos de los santos.

Preguntaron un día á San Bernardino de Sena el secreto de sus triunfos, y contestó: «En esta materia sólo conozco una regla, que es más fácil de seguir que todas las demás, y gracias á la cual se llega á un resultado mejor. Jamás he pronunciado una palabra que no fuese encaminada á honrar y alabar á Dios. Esta única línea de conducta es la que me ha dado toda la ciencia, toda la elocuencia, toda la autoridad y toda la habilidad que he podido adquirir. Ella es la que ha atraído á Dios todas las almas que he conducido á Él». (3)

(1) Jac., I, 8.
(2) Prov., XI, 5.
(3) Vegius, *Vita S. Bernardini*, 4, 25.

Tal es también la opinión del poeta que ha dicho de Santo Domingo:

«Lleno de sencillez, ponía al servicio de la voluntad divina su inteligencia y su corazón. Todas sus acciones tendían á este fin. Esto fué lo que le dió la fuerza de elevarse y cernerse en las alturas de la perfección. Esto fué lo que le preservó de las vías engañadoras por las que marcha el mundo sin dar con lo que desea. Jamás las pasiones que paralizan á tantas personas tan bien dotadas, torturándolas con las decepciones que les procuran, entorpecieron su marcha. Toda su vida se consagró á Dios, que da luz y calor. Por eso fué él luz y consuelo, lo mismo en palabras que en obras». (1)

(1) Según *Passional* (Köpke), 354, 83 y sig.

CONFERENCIA XII

EL HOMBRE COMPLETO AL SERVICIO DE SU MÁS ELEVADA MISIÓN

1. La mística como término de la vida moral completa.—El que nos ha seguido en el camino largo, á menudo penoso y complicado, por el cual tuvimos que andar en esta Apología desde el principio hasta aquí, ahora que tocamos al fin, puede facilmente formarse una idea de la extraordinaria importancia que la mística tiene en el gran edificio de la doctrina y vida cristiana.

Necesario es para ello mirada penetrante, como la del artista que asciende á la cúspide de la catedral de Milán. Antes de subir, sólo había visto un bosque de cosas que absorbía toda su atención, y que, por causa de la multitud y de la diferencia, no podía comprender el motivo de todo ello. Pero ahora, con una sola mirada, lo percibe todo, su armonía, su efecto de conjunto; y de conformidad con un plan común, lo reduce todo á un punto, en la cumbre, la cual reune todas las partes y las dirige hacia el cielo, su destino.

Así también, más de un lector se habrá preguntado, en las partes anteriores de esta obra, y en las diferentes explicaciones de ella, si este ejercicio ó aquel deber era tan necesario á la religión como con tanta frecuencia se pretendía. Después de haber oído que todo se queda á medias y á trozos, si no se une al todo y á la unidad interior, y que esta unidad tan sólo puede tener relación con Dios, no abrigará ya duda alguna sobre esto.

2. Carácter religioso de la vida moral completa.—Si el estudio de la mística no tuviese otra utilidad que

Tal es también la opinión del poeta que ha dicho de Santo Domingo:

«Lleno de sencillez, ponía al servicio de la voluntad divina su inteligencia y su corazón. Todas sus acciones tendían á este fin. Esto fué lo que le dió la fuerza de elevarse y cernerse en las alturas de la perfección. Esto fué lo que le preservó de las vías engañadoras por las que marcha el mundo sin dar con lo que desea. Jamás las pasiones que paralizan á tantas personas tan bien dotadas, torturándolas con las decepciones que les procuran, entorpecieron su marcha. Toda su vida se consagró á Dios, que da luz y calor. Por eso fué él luz y consuelo, lo mismo en palabras que en obras». [1]

(1) Según *Passional* (Köpke), 354, 83 y sig.

CONFERENCIA XII

EL HOMBRE COMPLETO AL SERVICIO DE SU MÁS ELEVADA MISIÓN

1. La mística como término de la vida moral completa.—El que nos ha seguido en el camino largo, á menudo penoso y complicado, por el cual tuvimos que andar en esta Apología desde el principio hasta aquí, ahora que tocamos al fin, puede facilmente formarse una idea de la extraordinaria importancia que la mística tiene en el gran edificio de la doctrina y vida cristiana.

Necesario es para ello mirada penetrante, como la del artista que asciende á la cúspide de la catedral de Milán. Antes de subir, sólo había visto un bosque de cosas que absorbía toda su atención, y que, por causa de la multitud y de la diferencia, no podía comprender el motivo de todo ello. Pero ahora, con una sola mirada, lo percibe todo, su armonía, su efecto de conjunto; y de conformidad con un plan común, lo reduce todo á un punto, en la cumbre, la cual reune todas las partes y las dirige hacia el cielo, su destino.

Así también, más de un lector se habrá preguntado, en las partes anteriores de esta obra, y en las diferentes explicaciones de ella, si este ejercicio ó aquel deber era tan necesario á la religión como con tanta frecuencia se pretendía. Después de haber oído que todo se queda á medias y á trozos, si no se une al todo y á la unidad interior, y que esta unidad tan sólo puede tener relación con Dios, no abrigará ya duda alguna sobre esto.

2. Carácter religioso de la vida moral completa.—Si el estudio de la mística no tuviese otra utilidad que

convencer de esto al espíritu, con sólo ello quedaría ya justificado, aunque no se sintiese impulsado por una tendencia irresistible hacia la verdadera y completa perfección. Porque, en medio de tantas luchas, no es despreciable el resultado, si uno comprende claramente la verdad de que toda la tendencia moral tiene que ir seriamente encaminada á Dios, en otros términos, que tiene que ser verdaderamente religiosa, y religiosa por completo.

Cuanto mayor y más difícil es la empresa, más necesidad hay de la religión. Cuanto más profundamente penetrado esté uno de la religión, por modo tanto más perfecto resolverá su empresa.

3. Temor de que una vida piadosa pueda perjudicar al hombre en su actividad.—Con estas palabras hemos despertado la antigua dificultad, nunca completamente vencida, y esta vez en aquellos que no forman entre los adversarios fundamentales de la cristiana perfección, ó por lo menos, que no quieren pertenecer á sus filas.

«No dudamos—dicen éstos—que toda actividad ejercida según la voluntad de Dios, es colmada de sus bendiciones; pero la gran cuestión consiste en saber si la práctica de la vida espiritual responde á la voluntad divina. Esta ocupación es con frecuencia grandísimo obstáculo al desarrollo de una actividad verdaderamente útil. ¿No puede uno comprobar que con mucha frecuencia los hombres piadosos muestran menos habilidad, menos celo, menos interés en los negocios ajenos y en los públicos, que aquellos que se entregan en cuerpo y alma á su vocación profana, por cuanto ningún pensamiento referente á cosas más elevadas viene á perturbarlos? Posible es que la vida espiritul purifique y ennoblezca al alma; pero ¿no enerva en el hombre esas potencias destinadas á la actividad? Posible es que, en su esfera, las gentes piadosas sean á veces buenas y perfectas; pero cuando se ponen en contacto con el mundo, les es imposible desprenderse de cierta estrechez de espíritu y de cierta torpeza. Interiormente y ante Dios, puede ocurrir que sean hombres completos; pero en la vida pública, son casi siempre personas mediocres».

Tal es, sobre la perfección, el juicio que podemos presentar como la apreciación que el mundo hace generalmente de ella.

Como ocurre de ordinario con semejantes acusaciones, difícil es darse exacta cuenta de lo que ellas quieren decir con precisión, porque abarcan demasiados extremos.

La que ahora examinamos no quiere negar ni condenar la perfección. Las personas que la profesan pueden ser muy honradas, pero no admite que sean aptas para algo. Esto equivale á decir que la piedad es agradable á Dios y perjudicial al mundo; que las personas piadosas son á la vez personas completas y personas medianas.

Como se ve, lo que entraña esta aserción, no se comprende á primera vista.

Sea de ello lo que se quiera, manifiesta ella la intención de rehusar á la perfección la capacidad de formar hombres completos, porque no hace discípulos aptos para todo.

Ahora bien, proponemos esta cuestión: ¿Es posible que uno pueda hacerlo todo? ¿No basta que sea un hombre completo para él personalmente, y que cumpla, en la medida de sus fuerzas, aquello de que es capaz y aquello á lo cual está obligado por su situación? ¿Quién tiene derecho á exigir de alguien cosas que superan las fuerzas humanas ó los deberes de su posición? ¿Cómo reprochar á la perfección cristiana que no haga hombres universales? ¿Realizaría mejor su empresa excitando á sus servidores á entregarse con ardor á negocios que no son de su incumbencia, ó si cometiese la simpleza de exigirlo todo de todos?

Pero sabemos que detrás de sus exigencias se oculta una razón más profunda. Para muchos, sin que quizás se den cuenta de ello, es la ignorancia de la relación exacta que media entre el hombre y la acción, entre lo interior y lo exterior, entre lo principal y lo accesorio. Jamás se engañará uno al admitir que hay aquí un modo de pensar y una tendencia de espíritu que buscan lo que llamamos el

hombre completo, desde luego y principalmente, en la actividad externa, pero que para nada tienen en cuenta de ordinario la personalidad, es decir, lo interior.

4. Principio utilitario del racionalismo, y apreciación de la vida espiritual desde el punto de vista del racionalismo.—Este modo de ver muestra que todavía impera el racionalismo, es decir, aquella tendencia de espíritu que quiere reemplazar lo sobrenatural con la simple utilidad mundana, lo espiritual con la llamada vida práctica, lo interior con lo exterior, juzgando únicamente las cosas,—como dice Aristóteles [1]—no según lo noble é ideal, sino tan sólo desde el punto de vista de la momentánea y evidente conveniencia.

Desgraciadamente, esta tendencia no pertenece aún á la historia antigua. Preciso es convenir en que hoy el espíritu de la antigüedad domina por completo desde este punto de vista.

Naturalmente, nuestros profesores se alborotaban cuando Guillermo I decía del gran Leibnitz que no sabía qué hacer de él por cuanto era incapaz de montar la guardia.

Naturalmente, nuestros intelectuales se burlan de Campe, el ilustre autor de Robinson, porque dice que la poesía es un arte ingrato que ha podido ser de alguna utilidad á la razón en épocas de barbarie, pero que hoy, que esta razón lo ilumina todo con sus radiantes destellos, nadie piensa ya en rendirle homenaje, y que los que han inventado el torno y los que han introducido la patata han sido para la humanidad bienhechores incomparablemente más grandes que el autor de la Ilíada y de la Odisea.

Naturalmente, nuestros historiadores condenan á Jose II porque permitió existir á las religiosas de Milán con la única condición de que quisiesen hacer camisas para los soldados. El 30 de Octubre de 1781 suprimía todas las Órdenes contemplativas, porque, según él, no contribuían en nada al bien del prójimo y de la sociedad. En cambio, el 9 de Noviembre del mismo año, publicaba un decreto

(1) Aristot., *Rhet.*, 2, 12, 13; 13, 9.

imperial en el cual se ordenaba á los eclesiásticos que leyesen desde el púlpito á los campesinos un extracto de las obras del francmasón y comisionista Wollstein sobre la epizootia. [1]

Naturalmente, no hubo eclesiástico que, en los oficios divinos, en vez de hablar de los misterios de la religión, no perorase sobre el café, sobre la cría caballar, sobre las plantas venenosas, sobre el reclutamiento, sobre la vacunación y los inconvenientes del corsé. [2] Y aun en los países protestantes sucedió que un pastor creía no poder santificar mejor las grandes fiestas que predicando, v. g., en Navidad, sobre la alimentación de las bestias, en Domingo de Ramos, sobre los delitos cometidos contra los bosques, en Pascua, sobre las precauciones contra el fuego y sobre los medios para dormir tranquilamente. [3]

Ciertamente, nadie esperará de semejante espíritu un juicio sensato sobre los esfuerzos para llegar á las empresas más elevadas de la vida cristiana. Gentes tan secas sólo ven en la perfección pérdida de tiempo, pereza, incapacidad de llegar á una actividad verdaderamente útil. ¡Si tan sólo no hablasen de ella por modo tan desdeñoso, tan grosero y tan poco caritativo, como millares de veces lo han hecho y lo hacen todavía! Fácil sería mostrar con citas análogas hasta qué punto muchas personas, á veces instruídas, olvidan toda conveniencia, todo dominio personal y toda dignidad tan pronto como hablan de esta materia. Mas, obrando así, no deshonran al adversario, sino que se deshonran á sí mismas. De aquí que baste, para el honor y defensa de la santidad, que el racionalismo no le prepare una suerte distinta de la de todo lo que es elevado é ideal, y que muestre por la santidad aversión todavía mayor que por todo lo que el hombre tiene por sublime y santo.

(1) Brunner, *Mysterien der Aufklärung*, 169.
(2) Brunner, *Mysterien der Aufklärung*, 347.
(3) Hohoff, *Revolution*, 87. *Realenzyklopädie für protestant. Theologie und Kirche*, (3), XV, 695.

Tal es el espíritu de nuestra época. Pero conocemos suficientemente el estado de las cosas, para comprender que semejantes ideas no circulan jamás por el mundo sin procurar penetrar también entre nosotros. Y, de hecho, penetran, y entre nosotros encuentran derecho de ciudadanía. Hoy, ya en forma agradable, ya con ropaje piadoso, ora por medio de la burla, ora por medio de groseros ataques contra la piedad, háblasenos de la necesidad en nuestros días de los hombres de acción. «No con idealistas,—se dice—ni con eremitas, ni con Jeremías enojosos, es como se hace avanzar las cosas».

5. Penetración del espíritu de exterioridad en las esferas eclesiásticas.—Pues bien, es este un peligro que dista mucho de ser pequeño. Los ataques abiertos del espíritu del mundo nos son menos perjudiciales. Lo que sobre todo tememos es que dicho espíritu nos penetra secretamente. Amable, flexible y en apariencia inocente, sabe deslizarse á través de todas las trincheras, y, sin que lo advirtamos, se convierte en nuestro familiar y aun en nuestro amigo y consejero.

Lo mismo ocurre en nuestra cuestión. Si se atacase directamente á la vida espiritual, todos los que de corazón aman el bien, la defenderían resueltamente. Pero el peligro es tanto mayor, cuanto que este espíritu de exterioridad, de materialismo y de racionalismo se presenta con la máscara del celo por el bien, y aun de la piedad, ofreciendo esa especie de amalgama de la verdad y el error, de lo espiritual y lo mundano, en la cual consiste el carácter propio del supuesto liberalismo religioso.

«Ciertamente,—dicen los representantes de éste—en manera alguna atacamos la piedad; por lo contrario, procuramos hacerla atractiva y útil, y ganarle todos los corazones. ¡Que siquiera pueda ella por su parte no ser un obstáculo para cualquier clase de bien, y comprenda ante todo las exigencias y necesidades de la época! Hoy no basta ya, como antes, limitarse uno á sí mismo. Hay tantas miserias que curar, que preciso es olvidarse uno de sí mismo y consagrarse por completo á la humanidad. Con oraciones solamente, nadie cumple hoy con su deber. Hay que trabajar algo menos en la propia alma, y, en cambio, hacer más obras de caridad. ¿No se atribuye al Espíritu Santo que «la caridad cubre muchedumbre de pecados?» [1] ¿No dijo el mismo Espíritu: «No quieras ser demasiado justo?» [2] ¿No dijo el Apóstol por su parte, que la religión pura y sin tacha ante Dios consiste en cuidarse de los huérfanos y las viudas? [3] Obrar, obrar; he aquí la religión de que tiene necesidad nuestra época. ¿Es que el hombre posee dones para dejarlos que se enmohezcan sin provecho? ¿No es virtud mayor emplearlos por modo fructuoso para la totalidad, en vez de conservarlos para sí? ¿Hay algo de más noble que hacerse uno útil y hacer participar á los otros del fruto de su actividad?»

Tal es la tendencia que reina hoy en las supuestas esferas piadosas. Muchas prácticas externas, muchos actos de abnegación, á menudo grandiosos y muy loables, al servicio de la humanidad y para bien de la Iglesia; pero nada de vida interior, ó, por lo menos, nada que sea suficiente.

Hay en ello todo lo que puede dar lustre á las acciones externas. Sólo falta una cosa: la frescura, la vivacidad del alma. No decimos que esta alma esté muerta, sino que duerme, ó que parece medio dormida.

Del propio modo, no se aprecia aquí suficientemente la vida interior. Y este extravío es tanto más difícil de remediar cuanto que produce algunos resultados excelentes. Mas lo que tiene de malo en sí es que tiende casi exclusivamente á lo exterior, que aquí se detiene, que aquí se consume, y piensa muy poco en lo interior.

6. Falsa interioridad.—Pero el corto número de los que todavía parece que entienden el llamamiento á la interioridad, no son los últimos sobre los cuales recae la cul-

(1) I Petr., IV, 8.
(2) Eccli., VII, 17.
(3) Jac., I, 27.

pa de esta situación. Decimos que *parece que entienden*, porque negamos que el espíritu que los anima sea la verdadera interioridad.

Nos referimos á esos panegiristas de los antiguos tiempos, á quienes ya conocía Horacio, á esas personas que aman su tranquilidad, á esos críticos de miras estrechas que no tienen idea alguna de las necesidades actuales, pero que quieren justificarse con lamentaciones estériles sobre la irremediable decadencia del mundo moderno, ó que, semejantes á ciertas familias que han perdido su esplendor, creen recuperar un pasado glorioso con inútiles jactancias.

«La humanidad—dicen—no debería ser ingrata hasta el punto de olvidar lo que los antepasados han hecho por ella. ¿Acaso no debe bastarle esto? ¿Habla en serio cuando nos reclama auxilio todavía? La verdad siempre es la misma. Si ha sido útil otras veces, ¿por que no había de serlo ahora? Pues bien, nosotros poseemos esta verdad. Que venga el mundo á nosotros y la encontrará. Equivaldría á dudar á la vez de ella y de la gracia, el querer desplegar semejante precipitación al ocuparnos del mundo. La abandonamos á los que buscan la seguridad».

Esta singular manera de pensar sirve de lazo de unión á las tendencias más diversas, y hace de ellas una de las más extrañas mezclas. De un lado, ese misticismo inactivo que maldice al mundo, que quizás lo niega, y que ha cosechado sus principales triunfos en el quietismo y en el pesimismo. De otro, ese ciego fatalismo que se abandona á la gracia de Dios como el turco á la Providencia.

Enlazado en esta enojosa red de prejuicios, déjase uno superar en todos los dominios; retrocede desde el punto de vista espiritual como desde el intelectual, se desespera y se hace envidioso y susceptible, cuando otros, que comprenden mejor las necesidades de la época, y en los que se manifiesta una vida más intensa, se elevan á las alturas. Pero mejor haría imitando la actividad de éstos. En vez de entregarse al despecho, viéndolos gozar de todos los favores del mundo, valdría más trabajar en hacer desaparecer esa tendencia á la inquietud y esa actividad completamente externa que á menudo se deplora en las personas mejor intencionadas.

Tal es el verdadero medio para alimentar y justificar esa estrecha vida interior que acabamos de pintar.

En efecto, cuando, de un lado, una suficiencia personal, y cómoda no produce nada, ó, por lo menos, nada de notable al exterior, y cuando, de otro, apenas si conserva algunas formas viejas sin las cuales se extingue el fuego de la vida interior, y todo arranque intelectual se paraliza, ¿no es posible que el corto número de los que ven que el mundo pertenece al hombre activo, se precipiten con exagerada diligencia en ocupaciones tales que ya no les permiten pensar en la única cosa necesaria? ¿Y quién se extrañará entonces de que, en este caso, el espíritu del mundo, el espíritu de exterioridad, coseche nuevas victorias sobre los que más entusiasmo sienten por la buena causa?

7. La interioridad como primera base de la perfección.—Aquí la falta es de ambas partes. Pero los más culpables son los que ocultan su talento en la tierra. Ahora bien, la verdad está, como siempre, en el punto medio.

Sobre esta materia, la vida y las enseñanzas del más Santo de los Santos y de todos sus discípulos y fieles imitadores, son tan claras y categóricas, que nadie puede engañarse si busca sinceramente la verdad.

«Lo primero que yo he ordenado buscar en el Evangelio,—dice el Salvador por boca de Santa Gertrudis—es el reino de Dios y su justicia, (1) es decir, el progreso interior. Yo no he dicho que, en segundo lugar, haya necesidad de buscar lo exterior, pero he prometido darlo por añadidura. Que todos los que quieren ser amigos de Dios pesen la importancia de estas palabras, especialmente los religiosos y las religiosas». (2)

(1) Luc., XII, 31.
(2) Gertrudis, *Legatus divinae pietatis*, 3, 90.

Él empezó por poner en práctica su doctrina. Porque siempre «obraba, y luego enseñaba». [1] Ahora bien, toda su vida deslizóse en la práctica de tres cosas que desgraciadamente sabemos apreciar muy poco, no obstante formar parte de los actos más heroicos de abnegación personal. Nos referimos al retiro, á la oración y al sufrimiento oculto. Y si fuese todavía capaz de sufrir, nuestra obstinación en no comprender estas tres cosas, que evidentetemente constituyen el fondo principal de su vida, le causaría nuevos y crueles dolores íntimos.

Tal es, sin duda alguna, la primera razón por la que tan poco nos asemejamos á Él. Nos torturamos con duro trabajo, gemimos bajo el peso de cargas que nos hemos impuesto y que no podemos soportar; [2] y, no obstante, no conseguimos ningún resultado. Sembramos á millares buenas obras, y nada recolectamos; nos entregamos á numerosas prácticas de piedad, y permanecemos fríos; devoramos cuanto aparece en materia de invenciones piadosas, y no nos saciamos nunca. Y cuando creemos haber obtenido algún éxito, es como si lo hubiésemos echado todo en saco roto. [3]

¿Qué hemos ganado con ello para nuestro interior? Helo aquí:

Al complacernos en nuestro celo, en nuestra severidad, en nuestra puntualidad, hemos alimentado y fomentado nuestro amor propio. Al desdeñar á los que no viven así, hemos herido á la caridad, y con ello hemos perdido el verdadero amor de Dios.

No todo depende de la austeridad de la vida ni de la multitud de acciones externas. Si fuese así, los obreros de las fábricas y los mineros irían muy por delante de nosotros en el camino de la santidad. Tampoco hace á uno santo la cantidad de ejercicios piadosos. Los derviches y lo lamas quizás nos son muy superiores desde este punto

(1) Act. Ap., I, 1.
(2) Matth., XXIII, 4; Luc., XI, 46.
(3) Deuter., XXVIII, 30 y sig.; Mich., VI, 15 y sig.; Agg., I, 6.

de vista, y, no obstante, no les envidiamos semejante ventaja.

Mas nosotros debemos superar al mundo en perfección interior y en esfuerzos para lograr la santidad. Jamás podremos hallarla únicamente en lo exterior. «Toda su belleza está en lo interior». [1]—hase dicho de la esposa de Dios.—«Marchad según el espíritu», [2]—se ha recomendado á los cristianos—porque Dios es espíritu, y por eso «quiere verdaderos adoradores en espíritu y en verdad». [3] De lo interior, del espíritu, de lo más profundo del alma, debe difundirse la vida por las obras externas, del mismo modo que la savia por las ramas y las flores; de lo contrario, no llegan á su madurez.

Las virtudes interiores de fe, de humildad, de abnegación personal, de devoción, de piedad, y especialmente de caridad, [4] este hogar de la perfección, constituyen, pues, ante todo, la dote del cristiano. [5]

Así es como los santos han comprendido la empresa principal de su vida, y así es como han obtenido tan magníficos resultados.

¿Por qué viven en continuo silencio? ¿Por qué tienen constantemente los ojos bajos? Porque llevan en su interior su mundo, sus relaciones y sus principales esferas de actividad. Allí, en su interior, tienen mucho que hacer, no consigo mismos, sino con el Espíritu Santo, que ha hecho de ellos su templo. Por eso parece á veces que no existen para el mundo externo.

Tal era la celda que Santa Catalina de Sena se edificaba en su corazón cuando sus padres le prohibían ir al templo. [6] Ángela de Foligno halló una semejante en su inte-

(1) Psalm. XLIV, 15.
(2) Gal., V, 16.
(3) Ioan., IV, 23 y sig.
(4) Rom., XII, 2. II Cor., IV, 16. Eph., III, 16; IV, 24. I Petr., III, 4. Thomas, 1, 2, q. 20, a. 4; 2, 2, q. 81, a. 7; q. 186, a. 7, ad 1. Olier, *Catéchisme pour la vie intérieure.*
(5) Greg. Magn., *Ez.*, 1, 10, 9. Thomas, 2, 2, q. 184, a. 1. Saint-Jure, *Connaissance de N. S. J. C.*, l. 1, ch. 2.
(6) Raimund., *Vita S. Cathar. Sen.*, 1, 2, (4), 49 (Boll.).

rior, en la cual no penetraban ni el ruido, ni los placeres del mundo, y en la que únicamente habitaba Dios. (1)

Santa Teresa, en su tan conocido libro, nos refiere de ese misterioso castillo cosas tales que nos muestran cuán extraños somos á nosotros mismos, y qué magníficos descubrimientos podríamos hacer en nuestro corazón, si quisiésemos tan sólo retirarnos seriamente á él. (2)

Santa Isabel nos dice, por boca del poeta, á propósito de ese mundo maravilloso, por desgracia tan poco conocido:

«No es fácil referir las delicias que gustaba en él, el bien que en él experimentaba, los consuelos que Dios me daba en él, el rocío celestial que me inundaba. En él conocí las más maravillosas gracias, y pude contemplarlas secretamente con los ojos interiores». (3)

En este íntimo retiro, Ida de Lovaina sentíase embriagada por la proximidad del Espíritu Santo, y tan llena de sus dones, que, olvidando momentaneamente el tiempo, la tierra y la existencia humana, consideraba como el reino de Dios el sitio en que se hallaba, abarcaba de un solo golpe de vista todas las épocas, no prestaba atención á las cosas de la tierra, y no comprendía cómo los hombres que estaban en torno de ella, no veían el interior del cielo á través de los techos y de los muros. (4)

8. Verdadera y falsa contemplación.—Pero—se nos dirá—estos ejemplos muestran precisamente que semejante interioridad no es propia de esta vida. Estamos en el mundo; debemos vivir con el mundo y obrar sobre el mundo. ¿En qué nos convertiríamos, si nos sumergiésemos en la vida interior hasta el punto de olvidar por completo la exterior? Esto es bueno para los santos. Por otra parte, hay en ellos muchas cosas que son más dignas de admiración que de imitación. Pero, ¿mereceríamos perdón, si nos

(1) Arnaldus, *Vita B. Angelae Fulgin.*, 3, 82.
(2) Cf. Surin, *Catéch. spirituel*, 5, 4; 16, 7.
(3) *Leben der hl. Elisabeth* (Rieger), 5183 y sig.
(4) Hugo, *Vita B. Idae Lovan.*, 2, 1, 2 (Bolland. 13 Apr.).

decidiésemos á perder ó disipar nuestros talentos y nuestro tiempo en ociosas meditaciones?

He aquí, desnudamente expuesta, la manera corriente de considerar la vida contemplativa.

Cierto que, si en esto consistiese, merecería en parte el desdén con que se la gratifica de ordinario. Pero el mundo la juzga según él.

En efecto, difícilmente podríamos imaginarnos algo de más árido y repugnante que ese orgulloso menosprecio de la humanidad profesado por el estoicismo y el pesimismo, cuyos representantes se consideran como demasiado superiores al mundo miserable para rebajarse hasta él. No hay nada más horrible que ese sueño de las facultades predicado por el budismo oriental y el budismo europeo moderno.

Si alguien no ha aprendido á conocer la vida contemplativa bajo otra forma, y si ha tenido ocasión de observar la negligencia, tanto interna como externa, y la pereza en la vida moral, individual y pública, que entrañan estas tendencias, le perdonamos que sólo con horror y desconfianza oiga pronunciar las palabras *vida contemplativa.*

En efecto, semejantes deformidades son muy propias para hacer sospechosa é incomprensible la verdadera interioridad. Y, sin embargo, es de la más alta importancia la comprensión de la misma.

La falsa idea que el mundo se forma de la contemplación, no es otra cosa que puro egoísmo. ¿Qué me importa que se arruine el mundo, con tal que yo no tenga que ocuparme en él? He aquí su único principio, repetido hasta la saciedad desde Marco Aurelio acá. Sólo le preocupa una cosa: su caro *yo*. Este caro *yo* es estudiado sin interrupción ante el espejo; sólo en él se piensa cuando se escribe, y el boletín de su salud y de sus impresiones es comunicado diariamente al mundo por medio de los periódicos, de las memorias, de cartas innumerables.

Muy diferente de esta seca anatomía es la vida contemplativa religiosa y moral. Su objeto primario y más impor-

tante es, no el hombre, sino Dios. El que desea acometer las empresas más elevadas de la vida cristiana, se retira en el silencio y en el recogimiento interior, para aprender á conocer despacio y con seguridad las más altas verdades, únicas que difunden luz, así sobre los enigmas de la vida como sobre el último fin de la existencia. (1)

Sólo cuando este sol se ha elevado en el interior, repliégase el alma contemplativa sobre sí misma, no para considerarse con extremado egoísmo, sino para reconocer (2) desde luego, á la luz de lo alto que la penetra, sus propios defectos y los obstáculos principales que paralizan su vuelo, y después, para trabajar en hacerlos desaparecer, y elevarse así gradualmente al amor de Dios por la práctica de todas las virtudes. (3)

No es posible expresar mejor esto de lo que lo hace Mechtilde de Magdeburgo, una de las almas poéticas más hermosas que hayan existido nunca:

«¡Oh mi amado Jesús, oh Salvador mío! Os consagro esta hora en expiación de las miserias del tiempo y de los males de la cristiandad. Mi consuelo consiste en pensar que lo que os doy lo recibiré centuplicado. Lo único que os ruego que imprimáis profundamente en mi corazón, es la íntima convicción de que nada soy. Ayudadme á abismarme en vos y á olvidar el mundo».

«Purifica tu corazón;—respondióle el Salvador—hazte pequeña á lo exterior, y sólo así podrás vivir unida á Dios». (4)

9. Contrariamente á lo que predicaba el quietismo, es la contemplación la más elevada actividad del espíritu.—Vemos ya por estas palabras cuán grande es el error de considerar la moderación de los sentidos ó de las facultades espirituales como un sueño estéril del alma ó como un goce sin provecho.

(1) Thomas, 2, 2, q. 179, a. 1; q. 180, a. 1.
(2) Thomas, 2, 2, q. 180, a. 2.
(3) Thomas, *ibid.*, q. 180, a. 1: a. 7, ad 1.
(4) Mechtild von Magdeburg, 5, 11.

Y, sin embargo, existe una tendencia que representa así la vida contemplativa: el quietismo.

Semejante error debería ser colmado de universal desprecio, por cuanto renuncia al más elevado privilegio humano, á saber, el uso de las facultades del alma. Pero, en realidad, ha ejercido siempre una atracción tan grande, como su pariente el estoicismo.

La razón consiste en que, por una parte, fomenta la pereza, y por otra, lisonjea agradablemente el orgullo del espíritu, dando á entender que puede uno elevarse muy cómodamente á una altura espiritual que no pueden alcanzar, á pesar de sus esfuerzos, los que no comprenden este secreto.

Tal es el motivo porque el neoplatonismo ha tenido y tiene siempre tantos adeptos. Halágalos con la perspectiva de ponerlos en un estado que, al hacerlos capaces de bastarse á sí mismos, los convierta en cierto modo en semejantes á Dios. Tal es el estado que adorna con el nombre de contemplación.

Según Plotino, el alma que ha llegado á este grado, no sólo olvida toda acción externa, sino que ya no piensa, y no empieza á gozar de esta sublime felicidad sino cuando ha renunciado á toda actividad intelectual propia. (1)

Así, pues, para ella, la más elevada actividad del espíritu consiste en una actividad inconsciente de la especie de aquella de que hablan Schopenhauer y Hartmann. Llegada el alma al grado de la contemplación—afirma Plotino—ya no tiene conciencia de sí misma. (2) Semejante estado, sólo es comparable á la embriaguez; de tal modo queda el alma privada de toda capacidad de moverse, de tal modo todo dormita en ella, así las pasiones como la inteligencia. (3)

Desgraciadamente, este error ha sido introducido en la mística religiosa por los hesiquiastas, los iluminados y so-

(1) Plotin., *Enn.*, 6, 7, 35.
(2) *Ibid.*, 5, 8, 11.
(3) *Ibid.*, 6, 7, 35; 6, 9, 11 (Didot, 502, 36 y sig., 539, 9 y sig.).

bre todo por Molinos, [1] y ha producido horribles estragos. No obstante, y guardada la debida proporción, ha tenido en ella menos éxito que en el dominio de la filosofía, en donde todavía lo hallamos.

Compruébase esto especialmente por la predilección que ciertas esferas manifiestan por el budismo, porque, sin duda alguna, esta filosofía es la que más lejos ha llevado el quietismo. En efecto, con su doctrina sobre el *nirvana*, —que trate de excusarla el que pueda—no sólo aspira á adormecer el alma, sino á ahogarla por completo.

Toda energía es poca para rechazar estos errores indignos del hombre, los cuales han sido condenados en todo tiempo por los teólogos y los místicos católicos. [2]

Sin duda que la mística emplea también la palabra *sueño*, [3] y habla de la oración de quietud; [4] pero este modo sublime de orar es algo completamente distinto de lo que este error quietista entiende por él.

Para el quietismo, el sueño espiritual es un medio para llegar á la quietud, ó mejor dicho, un fin; pero para la mística cristiana, el llamado sueño del alma es, por lo contrario, un medio para lograr una actividad más elevada y segura, no la quietud de las potencias del alma, sino la quietud en torno del alma, á fin de que en manera alguna se perturbe el juego de sus potencias.

En este sentido habla la esposa del Señor cuando dice: «Yo duermo, pero mi corazón vela». [5]

No es un sueño que adormece, sino un recogimiento que aleja las distracciones causadas por las cosas externas. [6] Este es el sueño que busca el alma, no para olvidarlo to-

(1) Molinos, *Propos. damn.*, 1, 2, 4, 5, 9.
(2) Suarez, *Virt. relig.*, tr. 4, l. 2, c. 12; Anton. a Spir. S., *Myst. tr.*, 1, d. 1, s. 3; Phil. a S. Trin., *Myst. disc. proœm.*, a. 3; Schram, *Myst.*, § 275; Terzago, *Theol. myst.*, 77 y sig., 81 y sig., 88.
(3) Sandaeus, *Theol. myst.*, l. 2, *comment.* 6, *exercit.* 30, p. 537 y sig., Alvarez a Paz, III, l. 5, p. 3, c. 7.
(4) Sandaeus, c. 5, ex. 1, 2, p. 352 y sig.; Alvarez, III, l. 5, p. 3, c. 3, 4; Schram, *Myst.*, § 274 y sig.
(5) *Cant. cant.*, V, 2.
(6) Bernard., *Cant. cant.*, 52, 3.

do y olvidarse á sí misma, no para entregarse á la inactividad, sino para oir y entender mejor la verdadera sabiduría, que tan dulcemente habla en su interior. [1]

Este sueño dista, pues, mucho de hacer inactiva al alma, antes, por lo contrario, es el aumento más elevado de la actividad interior. Supone por parte del espíritu esfuerzos mucho mayores que los que el estado de vigilia ordinario es capaz de desplegar para la vida externa. [2] El espíritu se sustrae precisamente á las cosas de aquí bajo, á fin de poder ocuparse con mucha más libertad en las cosas eternas. [3] Y cuanto más perfectamente se desprende de las cosas exteriores, más fresco queda y mejor dispuesto interiormente. [4]

10. Oración sin aumento de actividad espiritual y de virtud, es oración sospechosa.—Resulta de aquí que toda forma de vida espiritual que no vaya seguida de un aumento de actividad en las potencias del alma, y que, por consiguiente, no fomente la vida interior, es sospechosa, si no condenable. [5]

Aplícase esto á todos los grados de la perfección, lo mismo á la vía purgativa que á la iluminativa y á la unitiva.

Ocurre á veces que alguien, sintiéndose llamado á desplegar su actividad en lo exterior, cree poder limitarse á vivir según las leyes de la moral y de la honestidad ordinaria. Esto es un error. La perfección le impone el deber de poner su inteligencia, su voluntad y su corazón al servicio de Dios. Si no lo hace, mucho hay que temer que todos sus esfuerzos sean poco apreciados por Dios.

(1) Augustin., *In Ioan. tr.*, 57, 3.
(2) Gregor. Magn., *Mor.*, 5, 55.
(3) Gregor. Magn., *Cant.*, 5, 4. Paterius, *Cant.*, 13, 32.
(4) Gregor. Magn., *Mor.*, 5, 54; 19, 54.
(5) Que no se interprete mal esto, ni se abuse de ello. Una oración que adormezca interiormente y haga á uno inactivo, seguramente es falsa. Pero de esto no se sigue que el director, para probar el espíritu, interrumpa el estado interior de la oración y á cada momento, aun en la contemplación, imponga cualquiera actividad exterior. Esto, en muchos casos, producirá tan sólo una tortura inútil, tan inútil como si se obligase á un poeta ó á un pensador abstraído en su objeto á hacer repentinos cálculos, ó un discurso sobre el arte culinario. Cf. Poulain, *Les grâces d' oraison*, (4), 167 y sig., 182 y sig.

Por otra parte la perfección no dispensa en mayor grado la obligación de hacer esfuerzos espirituales, que la de vencerse y practicar la renuncia personal. La misma felicidad no es en manera alguna un estado de simple contemplación y de simple goce, sino que consiste en la actividad de los goces del alma elevada al grado más alto y completo, en la facultad de conocer, desde luego, y en seguida, en la de amar. (1)

Incontestablemente, la vida verdaderamente virtuosa y piadosa consiste en el uso de las facultades del alma y en la actividad de todas las potencias internas. (2)

Nadie puede ignorar la influencia práctica de esta cuestión en apariencia puramente especulativa.

Los maestros de la vida espiritual no se cansan de hacer notar que nadie debe confundir la oración, ya como meditación ordinaria, ya como oración contemplativa, con la especulación puramente filosófica. Aun la penetración de las más elevadas verdades, que exigen únicamente la reflexión sin el concurso de la voluntad y del corazón, no es verdadera oración. Podrá darse á este ejercicio el nombre de especulación, de sabia investigación, pero jamás podrá calificársele de oración ó meditación. (3)

Y con mayor razón, permitido es considerar como ilusión y pérdida de tiempo esa supuesta desaparición en Dios, gracias á la cual, el mismo espíritu no obra ya, sino que se deja simplemente dominar por el sueño. (4)

Sólo lo que hace obrar al hombre, sólo lo que eleva al hombre completo á Dios y le ayuda á renovarse, merece el nombre de oración. Tales son los tres requisitos inseparables de ella.

(1) Aristot., *Eth.*, 1, 7 (6), 14, 15; 9, 9, 5; 10, 7, 7. Thomas, 1, 2, q. 3, a. 2 y sig.; *C. Gentes*, 3, 25-40.
(2) Aristot., *Eth.*, 3, 5 (8), 21, 22; 6, 1, 1 y sig.; *Magna Mor.*, 2, 7, 29 y sig. Thomas, 1, 2, q. 25, a. 2; 2, 2, q. 58, a. 1.
(3) Schram, *Myst.*, 555, 257. Godínez-Reguera, *Myst.*, I, 4, n.º 243 y sig, Rosignol., *Christ. perfectio*, 4, 21.
(4) Suarez, *Orat.*, 2, 12. Schram, *Myst.*, § 275 y sig. Anton. a Spir. S., *Myst.*, 1, d. 1, s. 3. Phil. a S. Trin., *Myst. prœm.*, a. 3. Terzago, *Theol. myst.*, 98 y sig., 100 y sig.

Según esto, fácil es juzgar si una especie de oración ó de vida espiritual es la verdadera, ó si es extraña al espíritu de Dios.

La oración que no tiene por objeto inculcar y afirmar las virtudes, no es verdadera oración. (1)

Lo que constituye la piedad no son ciertamente fórmulas piadosas, ni largas estancias en los templos, ni pensamientos elevados, ni ideas ingeniosas, ni maneras repelentes, ni suspiros y amargas quejas sobre las miserias de los tiempos. «Fácil es filosofar con palabras,—dice San Crisóstomo—pero no es tan fácil lo que únicamente puede realizar un corazón generoso, á saber, armonizar las grandes palabras con las grandes acciones». (2) «Cuando se trata de testimoniar amor á Dios,—añade el mismo Santo— no hacen falta palabras, sino obras». (3) «Á los ojos de Dios, una sola obra tiene más valor que numerosos milagros». (4)

Lo mismo ocurre con la oración. La conducta indica ya la manera como se ora. El que no se hace más amigo del trabajo, más diligente en los sacrificios, más enérgico, no practica la verdadera oración.

Muchos buscan consuelos sensibles y sentimientos piadosos en este ejercicio. Es un error que puede serles funesto. Otros se preocupan de hallar en ella pensamientos elevados, y aun sueñan con visiones y éxtasis. Es también una ilusión personal. Mas sólo está en el buen camino, quien no busca otra cosa en la oración que fuerzas para luchar contra sus pasiones y malos hábitos, y valor para soportar sus sufrimientos y para practicar sus deberes.

No puede haber ilusión á propósito de una oración que hace á uno más celoso en combatir sus defectos y sus malas inclinaciones, más paciente con los demás, más infati-

(1) Thomas, 2, 2, q. 180, a. 1. Godínez-Reguera, *Myst.*, l. 4, 246 y sig. Schram, *Myst.*, § 258.
(2) Chrysost., *In Ioan. hom.* 80 (79), 1.
(3) Chrysost., *In Ioan. hom.* 20 (19), 3; 75 (74), 1,
(4) Chrysost., *In inscriptionem Actuum*, 2, 3.

gable en la abnegación personal y en la fidelidad á la vocación.

Así como la fe sin las obras es muerta, así también, una oración, siquiera sea la más profunda contemplación, no tardará en convertirse en causa de relajamiento y de ruina sin la práctica enérgica de la virtud.

11. Utilidad de la contemplación para la vida exterior y para la vida interior.—Si nos detenemos, pues, un instante para examinar aquí la vida interior y contemplativa solamente en sus efectos sobre el alma, habremos de convenir en su inmensa utilidad.

Bajo este concepto, los antiguos paganos nos cubren de confusión. «Lo bueno es siempre útil»—dijo Platón. [1]—Y Hermes Trismejisto nos ha conservado estas bellas palabras: «No hay sabiduría que no cure la locura, ni luz que no expulse las tinieblas. No puede calificarse de perfume lo que no lisonjea agradablemente al olfato; ni de verdad lo que no refuta la mentira, ni de remedio lo que no cura la enfermedad, ni de bien lo que carece de utilidad y provecho». [2]

¿Y dudaremos todavía de que la vida interior sirve de algo bueno? Cuando no produjera otro resultado que hacer á uno más paciente, más animoso, más fuerte, más generoso, más fiel, más recogido, más sereno en el cumplimiento del deber, ¿no demostraría ya su utilidad?

Pero el Apóstol dijo que «la piedad es útil para todo, contando con la promesa de la vida presente y de la futura». [3]

Quien aspire á referir únicamente á la otra vida, ó á la vida íntima de algunos particulares, las ventajas de la vida interior y de la santidad, tampoco sabe lo que es la piedad.

Si es posible reconocer la verdadera oración en que hace á uno más celoso en la adquisición de la virtud, más

(1) Plato, *Alcibiades*, I, 12, p. 116 d.
(2) Shahrastani (Haarbrücker, II, 66).
(3) I Tim., IV, 8.

fiel en el cumplimiento del deber, más perseverante y más fuerte, la verdadera vida interior debe igualmente manifestarse en actos externos.

Y se manifiesta, en efecto.

¿Qué, sino, hizo capaces á los Apóstoles de recorrer y convertir al mundo entero? Persuadidos estamos de que lograron este resultado gracias á su infatigable actividad y á la inmensa variedad de sus esfuerzos. Uno de los más excelentes maestros de la vida espiritual dice que se explica esto por su vida contemplativa. [1] Y los Apóstoles le dan la razón, por cuanto dicen que todo lo rehusaron, excepto la oración y la predicación de la palabra divina, especialmente la administración de los Sacramentos. [2]

¿Quién, pues, ha hecho fértiles los desiertos, roturado los bosques, transformado los pantanos en magníficos jardines, sino hombres entregados á la vida contemplativa? ¿En dónde hubiera hallado la audaz Edad Media la fuerza y la energía necesarias para construir esas soberbias catedrales góticas, y ese edificio no menos grandioso que se llama la escolástica, para emprender esas cruzadas que duraron siglos, y para realizar esas heroicas hazañas producidas en todas las latitudes de la tierra, si los hombres de aquella época no las hubiesen sacado de la fuente eternamente fresca de la meditación y del retiro? ¿Y qué es lo que da á esos pacientes silenciosos, á esos obreros infatigables, á esas víctimas admirables de la caridad que vemos todavía en el día de hoy, aquí en forma de esposa agobiada de inauditos disgustos, allá en la de una criada ó de una pobre hermana de la caridad, qué es lo que les da, —repetimos—esa fuerza casi incomprensible de que ofrecen admirables pruebas, sino la oración, la confesión, la misa y la comunión?

Quitadles todo esto, y les arrebataréis el secreto de su fuerza. Abandonarán el trabajo, huirán del sacrificio y se acabará su paciencia.

(1) L. Lallemant, *Doctrine spirituelle*, princ. 7, ch. 4, a. 4.
(2) Act. Apost., VI, 4. I Cor., I, 17.

¡Qué dureza y qué ceguedad al propio tiempo el querer privarles de su único consuelo y de la única fuente de su fuerza!

12. Dependencia íntima que se da entre la vida contemplativa y la vida activa.—Si comprendiese el mundo sus propios intereses, recomendaría eficazmente lo que menos tolera: la piedad. Sin gusto en el trabajo, sin tenacidad en el trabajo y sin éxito en el trabajo, todo trabajo es inútil. Ahora bien, tres frutos son estos que sólo maduran en el árbol de la verdadera piedad.

Sólo una piedad como la de los euchitas y los mesalinos cree poder abandonarse á la pereza en el servicio de Dios. [1] En cambio, el espíritu del mundo, que nada conoce fuera de lo terrenal hace del hombre una máquina, invitando menos al trabajo, que haciendo nacer en él una inquietud y una precipitación tales que acaban por agotarlo.

En ambos extremos, de nada aprovecha el trabajo.

Pero el que posee el Espíritu de Dios, posee también el espíritu del verdadero trabajo. Dios es continuamente activo. [2] Es la actividad pura, porque su actividad procede de su naturaleza, del propio modo que es manifestación y nota característica de su vida más íntima. Por eso Dios no sale nunca de sí mismo, no se agota jamás, cualquiera que sea su actividad externa. En Él su perfección es su actividad, y su actividad su perfección.

En esto, es Él para nosotros el modelo de toda actividad sana. Una sola mirada sobre Él nos enseña que media una dependencia íntima entre la actividad y la perfección. Los primeros monjes del desierto son prueba de ello. [3]

En efecto, sin la actividad constante del espíritu, no hay perfección. Allí donde no se practica el trabajo en una forma cualquiera, la vida espiritual, y sobre todo la vida religiosa, no prospera. [4] Los santos y los maestros de la

(1) *Vitae Patrum*, 3, 55, 56, 212; 5, 12, 9. Augustin., *De opere monachorum*.
(2) Ioan., V, 17.
(3) Augustin., *De op. monach.*, 30, 38.
(4) Cassian., *Inst.*, 10, 23.

perfección consideran como la primera condición de su florescencia y desarrollo, la feliz unión del trabajo y de la oración, de la vida contemplativa y de la vida activa.

Penetrados de esta convicción, los antiguos monjes llegaban hasta consagrar, aun durante la noche, cuatro horas á la oración, cuatro al trabajo y cuatro al reposo. [1]

Pero la razón principal que les movía á conceder tal importancia á la unión del trabajo y de la contemplación, menos era una razón externa, como, por ejemplo, el deseo de no ser una carga para nadie, ó la intención de consolar las miserias ajenas, que una razón más profunda, puramente ascética.

Con todo, esto no quiere decir que excluyeran por completo los otros motivos de trabajo. [2] Por lo contrario, tenían constantemente á la vista el ejemplo de San Pablo, quien, no obstante sus labores apostólicas, vivía del trabajo de sus manos; [3] como él, mostrábanse satisfechos de no haber comido nunca el pan ajeno desde que habían entrado en la vía de la piedad y de la vida religiosa, [4] y sentíanse alentados á una actividad sin descanso por los ejemplos de aquellos monjes que, gracias á los frutos de su trabajo, podían alimentar á provincias enteras en tiempos de escasez, y socorrer á los prisioneros. [5]

Pero, á la vez que esto, perseguían un fin aun más elevado, un fin puramente espiritual. [6] El abate Pablo hallaba de qué vivir en su pequeño jardín. Habitaba tan lejos en el desierto, que si hubiese querido vender las cestas que fabricaba, el transporte le hubiese costado más de lo que valían. No obstante, trenzaba escrupulosamente cierto número de ellas cada día, y las quemaba cuando el montón era muy grande, porque estaba convencido de que es im-

(1) *Vitae Patrum.*, 3, 199.
(2) Thomas, 2, 2, q. 187, a. 3.
(3) Cassian., *Inst.*, 10, 8 y sig.
(4) *Vitae Patrum.*, 3, 160; 5, 1, 16. Pallad., *Hist. Lausiaca*, 113. Augustin., *Mor. eccl. cathol.*, 1, 33, 70.
(5) Cassian., *Inst.*, 10, 22; cf. Basil., *Reg. fus.*, 37, 1.
(6) Hieron., *Ad Rustic. ep.* 125, 11 (Vall.).

posible al hombre ascender sin trabajo á la cumbre de la perfección. [1]

Si, pues, estos primeros héroes de la santidad insistían tanto en la unión del trabajo y la oración, era porque, según su convicción, basada en numerosas experiencias, la consideraban absolutamente necesaria para perseverar en el camino de la perfección. [2] Del mismo modo que el trabajo sin la oración no perfecciona, sino que distrae y agobia, así también la oración sin el amor al trabajo, es muerta y estéril. Pero la actividad ordenada y unida á la oración es un excelente medio para matar las pasiones, ejercitarse en la renuncia personal, [3] templar la voluntad, y, con el auxilio de la gracia, hacerla capaz de resolver las empresas más elevadas de la vida espiritual. [4]

Por consiguiente, compréndese sin dificultad que comprobemos á menudo en los santos y en los maestros de la vida espiritual una habilidad tan maravillosa en la conducta de los asuntos externos. Su infatigable y múltiple actividad, de un lado, y, de otro, la profundidad y fuerza de esta actividad, nos parecen inexplicables. Sin embargo, son muy comprensibles.

Dícennos millares de veces con su vida lo que la *Imitación de Jesucristo* expresa así: «El hombre bueno y verdaderamente piadoso dispone desde luego en su interior todo lo que debe hacer al exterior». [5] Ahora bien, cuando todo está en orden en el interior, el trabajo externo resulta fácil.

Santa Gertrudis tenía costumbre de decir: «Cuando el poder de Dios y la buena voluntad bien ordenada están unidos, cinco dedos aptos para sostener un huso bastan para hacer algo útil». [6]

Los santos estaban convencidos de que «la fuerza debe

(1) Cassian., *Inst.*, 10, 24.
(2) Cassian., *Inst.*, 10, 24.
(3) Cassian., *Inst.*, 10, 14. Basil., *Reg. fus.*, 37, 1.
(4) Cassian., *Inst.*, 10, 4.
(5) *Imit. Christi*, I, 3, 4.
(6) *Vita B. Gertrudis ab Oosten*, 2, 8 (Boll. 6 Ian.).

brotar del santuario del corazón», [1] según la expresión de un poeta.

Con esto hemos resuelto el enigma de la inagotable fecundidad espiritual de los santos. Puédense proponer á las almas que están unidas así á Dios, y que gozan de semejante paz interior, las empresas más difíciles, que ellas las resolverán.

Ana de Jesús dió pruebas de tal prudencia, no sólo en la administración de sus cargos religiosos, sino también en los consejos relativos á cosas externas de la más alta importancia, que un hombre muy autorizado para juzgarla ha podido decir de ella «que hubiese sido un excelente primer ministro en cualquier Estado». [2]

Dante hubiera podido decir de cualquier otro santo lo que dijo de Santo Domingo:

«Poseía vasta ciencia, y supo cultivar la viña que languidece cuando no la cultiva el viñador. Después de solicitar y obtener de la Santa Sede el derecho de combatir la depravación del mundo, lanzóse como un torrente formado por lluvias copiosísimas. Su impetuosidad hirió los gérmenes de la herejía con fuerza tanto mayor cuanto que más resistencia se le oponía. De esta fuente nacieron muchos arroyos que bañan el jardín católico y refrescan sus arbustos». [3]

13. Los santos son útiles á todo; su universalidad y su profundidad.—Explica esto igualmente otro aspecto de la vida de los santos. Con frecuencia quisiéramos imitarlo, pero nos faltan aptitudes para conseguirlo. Nos referimos á su maravillosa universalidad.

Inclinamos melancólicamente la cabeza cuando vemos á un San Bernardo, ora conducir centenares de monjes á la santidad, ora mantener relaciones con reyes y emperadores, ya enseñar, defender y amonestar á papas, ya desplegar su celo contra incrédulos y herejes, ya arrastrar con

(1) *Lohengrin*, 7, 763, 5 (Junghans).
(2) Lantages, *Agnès de Jésus* (Paris, 1863), 1, 506, 509.
(3) Dante, *Parad.*, 12, 97 y sig.

su palabra, en un concilio ó en una dieta, á los hombres más notables. Y crece nuestra admiración cuando pensamos en la magnitud de su correspondencia, en sus viajes, en sus continuos sermones, en las visitas que le agobiaban con su número. Pero la medida de nuestro asombro se desborda cuando, no obstante todo esto, vemos cuán capaz era aún de llevar una vida tan continua de oración, y de demostrar que era bueno para algo allí donde se le llamaba.

Lo mismo observamos en los santos que fueron sabios, en Santo Tomás de Aquino, San Buenaventura, en Dionisio de Chartreux y muchos otros. Tanto escribieron, que no acierta uno á comprender cómo tuvieron tiempo para orar. Mas tanto oraban, que no vemos dónde podían hallar tiempo para escribir. Y, sin embargo, se entregaban aún á la predicación y á la poesía, viajaban continuamente, recibían numerosas visitas, respondían á multitud de preguntas, trataban innumerables asuntos. Y todo les salía bien.

Ante semejante universalidad, nos sentimos confundidos á causa de la esterilidad de nuestra vida y la estrechez de nuestro horizonte. Experimentamos entonces la tentación de ensanchar el círculo de nuestra actividad, de hacernos útiles, de darnos á conocer, y nos precipitamos por las calles, ingresamos en todas las asociaciones, fundamos otras nuevas, y queremos contribuir á todas las buenas obras, formar parte de todas las grandes empresas, y que se nos tenga en todo tiempo y lugar por importantes é indispensables.

Así es como los mismos excelentes santos contribuyen á que este espíritu superficial, inquieto y entregado por completo á las ocupaciones mundanas, se implante, por decirlo así, en el templo de Dios con la aureola de la santidad sobre su cabeza. Y para que esto ocurra con más seguridad, fabricamos santos á capricho, como fabricaban ídolos los paganos. De San Pablo hacemos un periodista, un conferenciante ambulante; de San Vicente de Paúl un entusiasta fundador de asociaciones; de Santa Catalina de Sena la primera representante del moderno feminismo.

Pero ¿qué hemos ganado con este espíritu? Estamos en todas partes, y, no obstante, no nos hallamos en ninguna. Sin embargo, cualquiera puede estar seguro de encontrarnos allí donde llenamos de obstáculos la empresa. En cambio, nadie nos halla cuando necesita de nosotros. Intervenimos en todos los negocios, de los cuales no comprendemos ni palabra; queremos hablar de todo lo que no nos interesa; pero cuando se trata de nuestros propios deberes, no prestamos atención á los ajenos consejos. Nos mezclamos en todo juicio, y, según nosotros, nuestra opinión es siempre la mejor; sólo que, cuando se trata de nosotros, no sabemos dirigirnos. Todo y nada, apariencias sin realidad, superficialidad sin profundidad, trabajo sin solidez; he aquí lo que nos caracteriza.

Y tras esto, nos preguntamos cómo los santos han podido ser utilizables en todo, y cómo han podido unir tal universalidad con tal solidez.

Estemos bien persuadidos de que no han obrado como por arte de encantamiento. Por otra parte, jamás han hecho de su conducta un misterio. Bastaría que examinásemos tranquilamente su vida y sus actos, con intención de instruirnos, para obrar como ellos.

Lo que hacía tan activa, tan llena, tan fecunda su vida externa, era su vida interior. Sólo se proponían una cosa: cumplir la voluntad de Dios y santificarse por este medio. Cuanto más interiormente vivían para Dios, más profunda era su calma y su santa indiferencia respecto de lo exterior. Su único cuidado al obrar así consistía en satisfacer por completo á Dios y en servirle con la mayor perfección posible.

Así, pues, de su interior sacaban la fuerza necesaria para llevar á cabo sus acciones externas. Y por cuanto en todas éstas sólo buscaban á Dios, y por cuanto renovaban lo gastado sacándolo en abundancia de su corazón, esta fuente inagotable de vida, jamás eran pobres, antes, por lo contrario, siempre tenían para dar.

Escuchemos uno de ellos, cuya actividad fué maravillosa, San Gregorio el Grande: «Quién no cumple—dice—los deberes impuestos por Dios, prueba que no le ama. Y si el Hijo de Dios abandonó el seno de su Padre para el bien común de la humanidad, ¿por qué preferir nuestro reposo á la utilidad del prójimo?»

«Entre los mandamientos, hay, sin embargo, uno que ordena amar á Dios y al prójimo. Por amor al hombre, ofrecióse Elías á Dios como obrero. Por amor á Dios, procuró Jeremías sustraerse á la misión que había recibido. Ambos obraron bien, ambos procedieron impulsados por el mismo espíritu. El uno no hubiese ofrecido jamás sus servicios á Dios, si no se hubiese visto previamente purificado con un carbón encendido, y el otro rehusó el trabajo que se le había pedido, porque no se creía suficientemente puro y fuerte para llevarlo á cabo».

«En cuanto á mí,—continúa el gran papa—vivo en tal torbellino de asuntos, que me siento casi como desterrado de la faz del Señor. Con temor y azoramiento, me veo en esta situación. No que tema algo contra mi persona, pues, si tiemblo, es por aquellos en cuyo provecho despliego mi actividad. Porque en medio de semejante universalidad, las palabras del Profeta: «Se desvanecerán como el humo», [1] encuentran con demasiada facilidad su aplicación. Cuanto más aumenta la actividad, más vacía resulta.»

«Por eso—concluye—todas las precauciones serán pocas para evitar que los cuidados dominen el corazón y la cabeza. El solo hecho de lanzarse con impetuosidad al trabajo, es ya censurable. Por eso, los que se ven obligados á entregarse á trabajos externos, deben ponerse en guardia contra toda diligencia inmoderada. Un buen medio para lograrlo consiste en llegar, por medio del recogimiento, la oración y la meditación, á hacer todos los actos como si estuviesen en el dintel de la eternidad». [2]

(1) Psalm. XXXVI, 20.
(2) Gregor. Magn., *Ep.* 7, 4; *Reg. pastor.*, 1, 7; *Ep.* 1, 5; *Ep.* 7, 4; *Ep.* 7, 29.

Así hablan los santos.

He aquí todo el secreto que deberíamos aprender en su escuela. Si, á ejemplo suyo, procurásemos llevar á cabo nuestra empresa propiamente dicha, no en obras y prácticas externas, sino en el recogimiento exterior, en la pureza de intención y en la unión con Dios; si, por otra parte, supiésemos conservar en medio de todas nuestras ocupaciones la libertad de espíritu, y pensar en lo único necesario, podría Dios servirse de nosotros como se ha servido de ellos, y, como lo ha hecho con ellos, podría hoy ponernos de relieve, y enviarnos mañana á la cocina ó á la leñera, y podría también derramar sus bendiciones sobre nosotros, porque sabría que nos proponemos, no tal ó cual acción, sino únicamente su voluntad, no nuestro honor, sino el suyo.

Creyó por un instante San Enrique que tenía vocación religiosa, y también lo creían cuantos le rodeaban. Sin duda que hubiese sido un monje santo, lo que, sin embargo, no le impidió ser un santo emperador y un santo guerrero. Y llegó á serlo, porque fué un príncipe y un caballero perfecto.

La soledad y la contemplación no impidieron que Santa Rosa de Lima fuese—como se dice en la Bula de su canonización—una mujer fuerte que comprendió el arte difícil de evitar las contrariedades domésticas, que hacía los trabajos de sus padres antes que se levantasen, y que superó á las más hábiles mujeres en los quehaceres domésticos. [1]

Lo mismo ocurrió con Santa María Magdalena de Pazzis, [2] Santa Hildegarda [3] y Santa Catalina de Génova. [4]

Todas llegaron hasta el punto de que aun sus éxtasis

(1) Bolland. Aug., V, 1014 y sig. (n. 172; Palmé).
(2) Cepari, *Vita S. M. Magd. de Pazzzis*, 21, 213, 214. Puccini, *Vita eiusdem*, 1, 10, 111.
(3) Godefrid., *Vita S. Hildegard.*, 1, 2, 11, 12.
(4) *Bulla canonisat. S. Cath. Fliscae Adornae*, n.° 42 (Bolland. Sept. V, 184, Palmé).

no les impedían cumplir sus deberes profesionales, y de que, recíprocamente, no hallaban en ellos obstáculo alguno á las prácticas más sublimes de la oración.

Siempre creemos que nos es imposible ser completamente buenos, porque no tenemos tiempo suficiente para orar. Y cuando nos engolfamos en oraciones, no parece sino que estamos más alejados de Dios que durante nuestro trabajo. En cambio, para los santos, el lugar, el tiempo y las ocupaciones importaban poco, porque en todas partes hallaban á Dios en ellos, y en Él realizaban todas sus acciones.

Con frecuencia las obras más meritorias, los coloquios más familiares con Dios, las más sublimes comunicaciones del Espíritu Santo han tenido lugar en la cocina, en el establo, en la escalera, subiendo agua, guardando ganado.

Ora la bienaventurada Ida de Lovaina partiese leña en la leñera, ora lavase ropa en el estanque, nada le impedía amar á Dios. Siempre consideraba á su alma como un templo gigantesco en el que habitaba Dios. Decorábanlo espléndidos ornamentos, cirios ardían constantemente en él, ascendía en él el incienso en nubes olorosas, y los ángeles aparecían ordenados en dos largas filas hasta el altar de su corazón. Sobre este altar manteníase en pie el Sacerdote Eterno, el Unigénito de Dios, el Salvador y Redentor, Jesucristo mismo, ofreciendo en sacrificio al Padre Celestial la acción que ella realizaba en aquel momento con fidelidad y humildad. [1]

14. La vida de los santos es siempre fructuosa.— No hay que asombrarse, pues, de que la vida de los santos y de todos los verdaderos servidores de Dios sea eternamente fecunda.

Plantados al borde de la límpida corriente de la gracia, verdean y crecen sin cesar, porque la savia que los alimenta son los dones del Espíritu Santo que vive en sus corazones. De aquí que estén siempre cubiertos de verdes hojas y de frutos de exquisita frescura. Ahora bien, y co-

(1) Hugo, *Vita B. Idae Lovan.*, 1, 7, 34.

mo lo dice la Escritura, los frutos son alimento delicioso, y medicina saludable las hojas. [1] Poco les importa cosechar frutos para ellos ó para los demás, públicamente ó en secreto. De este modo saben sacar provecho de todas las situaciones en que se les coloca, de cada cargo que se les confía. Su única preocupación consiste en agradar á Aquél á quien se han consagrado. [2] Y en cambio, les da dones sin medida, por cuanto ellos proceden también así con Él.

Esta es la razón por la cual se centuplican sus frutos, sin que piensen en ello, y, á menudo, sin que lo sepan. Podría empleárseles en todo, y así se ha hecho. En todas partes fueron útiles, en todas partes excitaron la admiración y dejaron impresiones y recuerdos imposibles de sustituir.

Ahora bien, si lograron todo esto, debiéronlo únicamente al cuidado que pusieron en vivir de la vida interior, esta vida que ordinariamente se considera tan inútil. Sólo buscaron el reino de Dios y su justicia; halláronlos, y el resto les fué dado por añadidura.

Perfectamente expresa un poeta esta verdad fundamental de la perfección cristiana, en las siguientes palabras que consagra á Santa Isabel:

«De tal modo son numerosas las obras de caridad practicadas por esta sierva del Señor, que preciso sería renunciar á enumerarlas todas. Imitaba á Marta y se entregaba con asiduidad al consuelo de todas las miserias. Como María, engolfábase en la contemplación que constituía todas sus delicias. Así vivía, y sus trabajos no la fatigaban. La gracia inundaba su corazón, hasta el punto de que, al salir de la oración, resplandecía su rostro como iluminado por divino fuego. Pero si se complacía en orar, mostrábase también llena de celo para llevar á cabo sus obras exteriores, encarnando de este modo en ella la vida de las dos hermanas». [3]

(1) Psalm. I, 3. Ez., XLVII, 12.
(2) II Tim., II, 4.
(3) *Passional* (Kœpke), 624, 83 y sig.

VICARIATO GENERAL

DE LA

DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que á Nos toca, concedemos Nuestro permiso para publicarse los tomos IX y X de la quinta parte de la obra titulada *Apología del Cristianismo*, escrita en alemán por el R. P. Alberto María Weiss, del Orden de Predicadores, y traducida al castellano por el Dr. D. Emilio A. Villelga Rodríguez, Pbro., mediante que de Nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y á la sana moral. Imprímase esta licencia al principio ó final de cada tomo y entréguense dos ejemplares de dichos tomos, rubricados por el Censor, en la Curia de Nuestro Vicariato

Barcelona 26 de Septiembre de 1906.

El vicario general,
Ricardo, Obispo de Eudoxia

Por mandado de Su Señoría,
Lic. José M.ª de Ros, *Pbro.,*
Scrio., Can.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

PÁGS.

1. Ministerio y suerte del profeta. 5
2. Labor completa del apologista. 7
3. La doctrina referente á la perfección es parte esencial de la apologética. 9
4. Imposibilidad de separar del Cristianismo la perfección. . . 11
5. Hacer separación entre el Cristianismo y lo sobrenatural y la perfección, equivale á dirigir un ataque contra su vida. . . 14
6. Relación entre lo sobrenatural y la perfección. 18
7. La restauración de lo sobrenatural y los esfuerzos para lograr la perfección distan todavía del punto en que debieran hallarse. 21
8. Labor que corresponde á nuestro tiempo. 24
9. Lo que más necesitamos actualmente. 28
10. La salvación para los tiempos presentes hállase en volverse al Cristo. 29

PRIMERA PARTE

LA MÁS ELEVADA EMPRESA MORAL DEL HOMBRE

CONFERENCIA PRIMERA

LA MÍSTICA NATURAL

1. El Cristianismo es una Revelación nueva, sobrenatural, que procede de lo alto. 31
2. La naturaleza adelántase á las exigencias de la razón.. . . 33
3. En el mismo Paganismo, nótase viva tendencia hacia la mística natural. 35
4. Base natural de la mística. 37
5. La mística puramente natural debe forzosamente degenerar. . 39
6. Subjetivismo de la mística natural. 41
7. Desprecio individualista de la mística natural por el mundo. . 43
8. Su carácter puramente negativo. 44
9. La naturaleza es base, pero también peligro para la mística. . 47
10. La historia de la mística natural demuestra que necesita de un auxilio sobrenatural.. 49

APÉNDICE

LOS ERRORES REFERENTES Á LA MÍSTICA

PÁGS.

1. Doctrinas á las cuales dieron márgen los errores en la mística. 52
2. Errores fundamentales de la mística tocante á las relaciones con Dios. 53
3. Errores en cuanto á la posición del hombre. 56
4. Errores contradictorios en punto á la moral. 58
5. Peligros de la pseudo-mística. 62
6. Mística de Filón. 63
7. Mística neoplatónica. 68
8. La historia de la mística muéstranos numerosos peligros y nos orienta hacia Jesucristo. 71

CONFERENCIA II

LA MÍSTICA SOBRENATURAL

1. Cómo se explica la influencia de ciertas palabras sacramentales. 74
2. Cómo es dado despertar y aprender á conocer las humanas fuerzas. 76
3. Efectos de la enseñanza de lo único necesario. 78
4. Doble poder pedagógico de la Revelación sobrenatural. . . 80
5. Los impulsos morales más elevados hállanse en la Revelación. 83
6. Su eficacia estudiada en los Apóstoles.. 87
7. Su eficacia estudiada en la historia de la Iglesia. . . . 89
8. La mística cristiana inseparable del Cristianismo. . . . 92
9. La mística cristiana contenida en el mismo Cristo. . . . 94

CONFERENCIA III

LA MÍSTICA ESPECULATIVA

1. Eterna vacilación entre la teoría y la práctica. 96
2. La repulsión actual tocante á toda especulación hállase aun en el seno de la Iglesia. 97
3. Consecuencias peligrosas que de ahí se derivan respecto á la vida religiosa. 99
4. Una piedad sana y vida mejor lograránse únicamente volviendo á la ciencia eclesiástica. 101
5. La ciencia de los santos. 105
6. Cuán necesario nos es el tener hombres juntamente sabios y santos. 108
7. Lo que más necesitamos actualmente, es la renovación de la ciencia de los santos. 111

APÉNDICE I

LO SOBRENATURAL COMO REGLA DEL PENSAMIENTO CRISTIANO

PÁGS.

1. Los tres medios para lograr que salga la Iglesia del rebajamiento y de la opresión. 114
2. ¿Cómo los empleamos en las presentes necesidades? . . . 115
3. Aprecio de lo sobrenatural en los antiguos tiempos. . . . 116
4. Consecuencias del desarrollo racionalista. 118
5. Los resultados obtenidos por el protestantismo moderno prueban en favor de lo sobrenatural. 123
6. Empeño del espíritu de la época en alcanzar lo sobrenatural. . 126
7. Nuestra salvación y la tarea que nos corresponde consisten en renovar el pensamiento y la vida cristiana por medio de la Iglesia. 130
8. El camino que lleva á lo sobrenatural está en someternos á la Iglesia. 132
9. Deber de la época tocante á las verdades de la fe sobrenaturales. 135
10. En cuanto á la moral sobrenatural. 142
11. En lo referente á la manera de comprender al hombre de sobrenatural manera.. 144
12. Grito de guerra y fórmula de unión para la guerra santa. . . 148

APENDICE II

EL ESPÍRITU SANTO COMO CENTRO DEL PENSAMIENTO Y DE LA VIDA SOBRENATURALES

1. El renuevo de la Iglesia es consoladora prueba de la acción del Espíritu Santo. 151
2. El Espíritu Santo como centro del pensamiento y de la vida sobrenaturales. 153
3. Consecuencias del descuido habido en la enseñanza de la doctrina referente al Espíritu Santo.. 154
4. Ojeada acerca de la organización interior del orden sobrenatural en el hombre. 158
5. Los dones del Espíritu Santo. 163
6. Llevan consigo, como consecuencia, el deber de que todos los hombres aspiren á la perfección. 167
7. Manera y fin de su actividad. 167
8. Quién y cómo experimenta su actividad. Dones de ciencia, de entendimiento y de sabiduría. 172

CONFERENCIA IV

LA MÍSTICA PRÁCTICA

1. Deber de aspirar á unir de la más elevada manera posible la idea y la acción. 177

PÁGS.

2. Guerra contra la perfección y contra los santos en el protestantismo. 179
3. No se da verdadera religión, ni se da Iglesia, sin esfuerzo para alcanzar la perfección. 181
4. La perfección es empresa humana que puede llenarse con humanos medios. 183
5. La perfección como justicia natural. 187
6. La perfección como justicia sobrenatural. 190
7. La caridad esencia de la perfección. 191
8. La caridad y las obras. 194
9. La negación de los consejos evangélicos. 196
10. Los consejos evangélicos. 200
11. Resumen de la perfección como fidelidad de la conciencia con respecto á las iluminaciones y solicitaciones del Espíritu Santo. 204
12. Oportunidad y necesidad de la perfección. 206

CONFERENCIA V

VERDADERA SIGNIFICACIÓN DE LA MÍSTICA

1. Significación de las acusaciones contra la mística. . . . 210
2. Exposición de la ciencia anticristiana. 210
3. Significación de la singular predilección por la mística en el mundo. 214
4. Reproches contra la mística en el interior del mismo Cristianismo. 215
5. Los peligros que rodean á la mística piden circunspección y vigilancia. 218
6. Situación del hombre en el mundo y su tendencia invencible á lograr el puesto justo que le deje satisfecho. 219
7. Labor, base y tipo de la mística. 223
8. La mística es el Cristianismo en su más perfecta forma, comprendiéndolo todo, y calculado para todas las situaciones de la vida. 226
9. Cuidado referente á la salvación del alma como la más próxima tarea de la mística. 228
10. El establecimiento del reino de Dios por medio del hombre, como punto céntrico, es la más elevada tarea de la mística. . 231

SEGUNDA PARTE

LA VIDA ESPIRITUAL

CONFERENCIA VI

ABANDONO DEL ESPÍRITU DEL MUNDO

1. La obra de la separación de los elementos hízose en el comienzo de la Creación por medio de violentos combates. . . . 233

PÁGS.

2. El camino de la santidad es camino de separación, de lucha y de purificación. 234
3. La naturaleza del hombre pide gran formalidad por nuestra parte. 235
4. El espíritu mundano pide completa ruptura con él. . . . 238
5. El espíritu de la época oblíganos á escoger entre aspirar á la perfección ó ser arrollados por la corriente. 241
6. Los deberes que la época impone al cristiano son tres: la huída del mundo, recogerse en sí mismo y elevarse á Dios. . . 246
7. La piedad cristiana y la huída del mundo, tienen por carácter esencial un deseo vivo de mejorar al mundo. 250
8. Lucha inevitable entre el reino de Dios y el reino del mundo. . 251
9. El más difícil trabajo es el de la separación. 255

APÉNDICE

LA PENETRACIÓN DEL ESPÍRITU DEL MUNDO CAUSA DE NUESTRA DEBILIDAD

1. Triste situación de la época. La culpa es de los hombres y nuestra. 257
2. Nuestra debilidad procede de no hallarnos sólidamente firmes sobre una base sobrenatural. 259
3. La mediocridad sirve de medio para que penetre en la Iglesia el espíritu mundano. 261
4. La mediocridad en el terreno de la fe y del pensamiento. . . 268
5. El Cristianismo hállase minado en tal sentido. 272
6. La destrucción de lo sobrenatural es el triunfo del mundo. . 273
7. No se da paz posible con el espíritu mundano. 278
8. Verdadero conocimiento de la época. 280

CONFERENCIA VII

DESASIMIENTO DE LOS BIENES TERRENOS

1. La vida social es como examen sufrido por el hombre acerca de sus vicios capitales. 282
2. Origen é importancia de los tres principales vicios del hombre. 283
3. Peligros en pretender las riquezas. 286
4. Su influencia desde el punto de vista religioso. 287
5. En nuestro interior. 289
6. En la vida social. 290
7. El desasimiento de los bienes terrestres es principio de la prudencia en la educación cristiana. 291
8. Los tres frutos de la renuncia del mundo. 293
9. La renuncia del mundo es inmenso beneficio para este último. . 296
10. La renuncia del mundo es garantía del espíritu de apostolado en la Iglesia. 298

CONFERENCIA VIII

ELEVACIÓN DEL ESPÍRITU SOBRE LA NATURALEZA SENSIBLE Ó LA CASTIDAD

PÁGS.

1. La libertad del espíritu solamente se logra con la castidad. . 300
2. Errores acerca de este asunto. 301
3. La castidad en el mundo. 303
4. La castidad como virtud natural.. 306
5. La castidad como virtud sobrenatural.. 308
6. La virginidad hállase indisolublemente unida al Cristianismo. 312
7. Motivos sobrenaturales para practicar la virginidad. . . . 315
8. La castidad no es virtud pasiva, sino virtud activa. . . . 317
9. Fuerza intelectual y moral de una vida casta. 319
10. La castidad es la escuela en donde se forma el hombre completo; eleva la personalidad humana. 324
11. María, modelo de pureza. 329
12. Importancia de la virginidad para los últimos tiempos. . . 331

CONFERENCIA IX

LA EDUCACIÓN DEL ESPÍRITU PARA ENSEÑARLE Á DOMINARSE

1. La ciencia descuida el estudio del hombre. 332
2. Desorden que reina en el interior del hombre. 333
3. Errores acerca de la mortificación. 334
4. ¿Quiénes necesitan la mortificación? 339
5. Necesidad de la mortificación á causa del espíritu de los tiempos, de la Iglesia y el Cristianismo. 341
6. La mortificación como elemento de muerte en la vía purgativa. 345
7. Tres especies de mortificación: mortificación material, mortificación de los sentidos y mortificación espiritual. 348
8. La mortificación como medio de disciplina, y como remedio que fortalece y cura al alma en la vía iluminativa. . . . 352
9. La mortificación como medio de elevación sobrenatural en la vía unitiva. 354
10. Lo que el precepto de la mortificación exige esencialmente de nosotros. 357
11. Práctica de la mortificación como virtud sobrenatural. . . 362
12. Verdadero remedio para nuestros males. 365

APÉNDICE

NOCIÓN EXACTA DE LA ASCÉTICA

1. Ideas falsas sobre la ascética. 367

PÁGS.

2. Aun en el paganismo hállanse aquí y allá ideas exactas acerca de la ascética. 368
3. Cuádruple significado de la palabra ascética en la literatura cristiana. 369
4. Noción de la ascética. 373

CONFERENCIA X

EJERCICIO PROPIO DEL ESPÍRITU EN LOS LÍMITES QUE LE CONVIENEN

1. No solamente todo en el hombre hállase desconcertado, sino que él mismo está fuera de su lugar. ¿Por qué?. . . . 375
2. Los dos reinos; un doble amor es la razón de su separación. . 377
3. Sus signos característicos son el orgullo por una parte y por otra la humildad. 380
4. Parte que el orgullo tiene en todo pecado. 383
5. El espíritu mundano es espíritu de orgullo.. 385
6. Introducción del espíritu mundano en el santuario. . . . 387
7. La humildad es el espíritu de Cristo y del Cristianismo. . . 390
8. Los dos fundamentos de la vida cristiana son la fe y la humildad. 392
9. La humildad y la generosidad. 397
10. Resultados felices de la humildad. 400
11. Naturaleza de la humildad. 402
12. Humildad y perfección.. 404

APÉNDICE

EL PUNTO CRÍTICO EN LA VIDA ESPIRITUAL

1. Producción inquietante en materias de obras ascéticas. . . 407
2. Diversas tendencias en el mundo de la ascética. 407
3. Para todos existe un punto crítico común. 409
4. Breve resumen de la vida espiritual. 412

CONFERENCIA XI

NECESIDAD DE DIRIGIR EL ESPÍRITU ÚNICAMENTE Á DIOS

1. Unidad de las vías de Dios, particularmente en asuntos morales. 413
2. Homogeneidad de la doctrina del Cristianismo relativamente á la misión del hombre. 414
3. Oposición formal entre la doctrina del Cristianismo y el espíritu mundano. 416
4. El espíritu mundano penetró en el Cristianismo, particularmente en las sectas. 418
5. La rectitud y la verdad constituyen el espíritu de Jesucristo y de los santos. 421

PÁGS.

6. La sencillez, privilegio de los santos. 423
7. La sencillez como señal exterior, por la cual conócense los santos y la santidad. 425
8. Primer grado de la sencillez: mirar solamente á Dios. . . 426
9. Segundo grado de la sencillez: abandonarse por entero á Dios. . 429
10. Manifestación de la sencillez en el hablar. 432
11. Manifestación de la sencillez en la conducta. 434
12. Secreto del éxito en los santos. 438

CONFERENCIA XII

EL HOMBRE COMPLETO AL SERVICIO DE SU MÁS ELEVADA MISIÓN

1. La mística como término de la vida moral completa. . . . 441
2. Carácter religioso de la vida moral completa. 441
3. Temor de que una vida piadosa pueda perjudicar al hombre en su actividad. 442
4. Principio utilitario del racionalismo, y apreciación de la vida espiritual desde el punto de vista del racionalismo. . . . 444
5. Penetración del espíritu de exterioridad en las esferas eclesiásticas. 446
6. Falsa interioridad.. 447
7. La interioridad como primera base de la perfección. . . . 449
8. Verdadera y falsa contemplación. 452
9. Contrariamente á lo que predicaba el quietismo, es la contemplación la más elevada actividad del espíritu.. 454
10. Oración sin aumento de actividad espiritual y de virtud, es oración sospechosa. 457
11. Utilidad de la contemplación para la vida exterior y para la vida interior. 460
12. Dependencia íntima que se da entre la vida contemplativa y la vida activa. 462
13. Los santos son útiles á todo; su universalidad y su profundidad. 465
14. La vida de los santos es siempre fructuosa. 470
Licencia eclesiástica. 472

HEREDEROS DE
JUAN GILI
EDITORES